CONJURA DE OTOÑO



CONCEPCIÓN PEREA

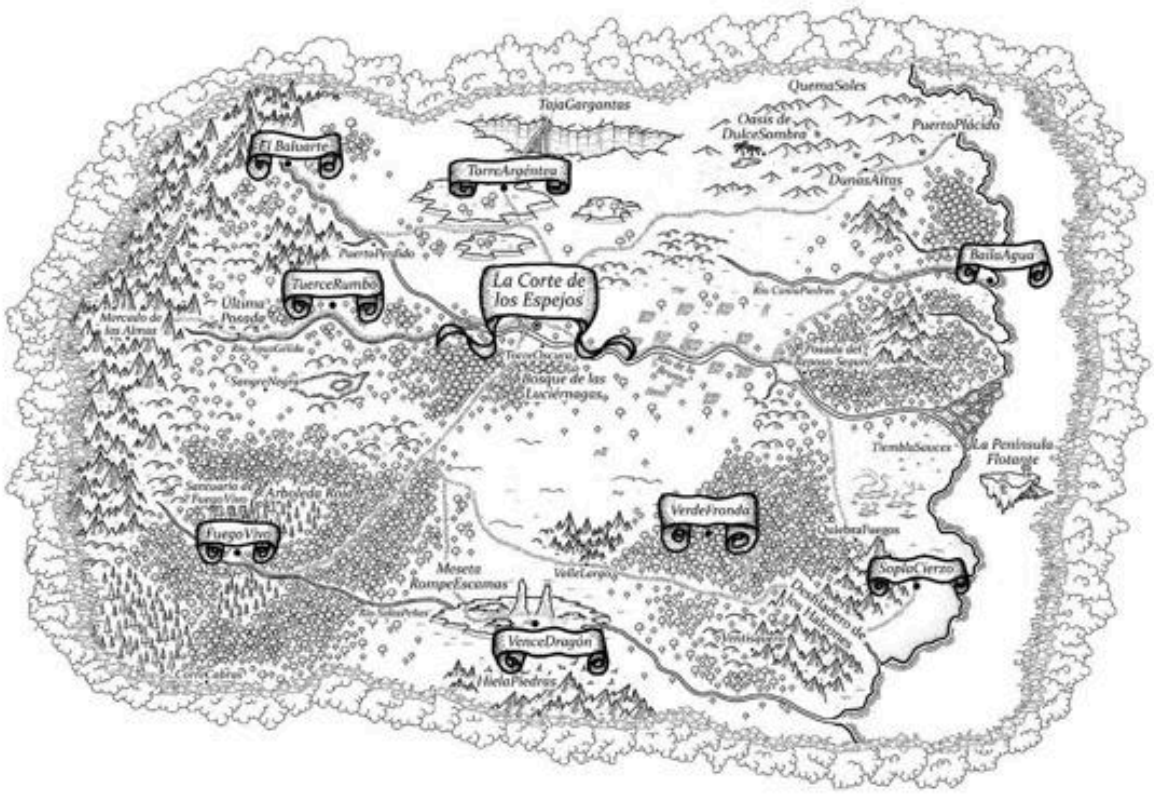
Una historia de la Guerra de la Reina Durmiente

RUNAS

CONJURA DE OTOÑO

CONCEPCIÓN PEREA

ALIANZA EDITORIAL


QuemaSoles
TojaGargantas
Oasis de DulceSombra
PuertoPlácido
El Baluarte
TorreArgéntea
DunasAltas
BailaAgua
PuertoProfundo
TuerceRumbo
La Corte de los Espejos
Río CortaPiedras
Última Posada
Mercado de las Almas
Río AguaGélida
SangreNegra
TroncoEscarpado
Bosque de las Luciérnagas
Posada del Viajero Seguro
TiemblaSauces
La Península Flotante
Santuario del FuegoVivo
Arboleda Roja
FuegoVivo
VerdeFronda
TuerceTuercas
SoploCierzo
Meseta RompeEscamas
ValleLargo
Desfiladero de los Halcones
VenceDragón
HielaPiedras
CorteCabras

Para Jordi

When I thought that I fought this war alone,
you were there by my side on the front line.

Poets of the fall. *War.*

Prólogo

La calma era engañosa. Un lugar tranquilo no tenía por qué ser necesariamente seguro y las hadas que solían reunirse de noche a las afueras de la ciudad no lo hacían con buenos propósitos. La encrucijada estaba desierta, hacía ya un par de horas que habían dejado pasar a los últimos carromatos y viajeros de aquel día. A lo lejos aún se veía la luz de alguna granja, pero se irían apagando poco a poco. Las murallas de la ciudad mantendrían encendidas las almenaras, vigilando los caminos con sus ojos de luciérnaga, pero la verdad era que estaba demasiado lejos como para ver nada de lo que ocurriese en el cruce.

Llegar hasta allí no había sido sencillo; un gato podía colarse por casi cualquier parte y, aun así, escalar la muralla pasando desapercibido era toda una proeza. Las hadas pensaban que todos los phokas eran sigilosos por poder pasar a su forma animal, pero dependía de cuál fuera y de que supieran sacarle partido. Sería divertido ver a su marido, Uro, convertido en un toro, intentando colarse discretamente en cualquier sitio.

El resto de gentiles usaban agujeros en el muro o sobornos para sus salidas ilegales, y ambas cosas conllevaban mucho más riesgo del que el gato estaba dispuesto a asumir. Aquel era un buen sitio para un encuentro clandestino, o para un asesinato discreto, y a sus clientes no les gustaba airear sus asuntos a la luz del día, algo bastante lógico cuando contratabas a un ladrón. Jadul no se dedicaba a vaciar bolsillos o robar bolsas en los mercados, no era un ratero. Su especialidad era entrar en casas y buscar botines más interesantes que el dinero, como documentos ocultos en un cajón falso, artefactos celosamente guardados en cofres con complejos

sistemas de cierre, joyas hermosas o valiosas reliquias familiares. Todas las casas guardaban algún secreto, algún tesoro.

Aunque tenía que reconocer que nunca se había reunido con nadie en aquellas condiciones. Estaba allí porque en La Capitana, una taberna bastante dudosa para beber pero estupenda para encontrar trabajos irregulares, alguien había dejado una sencilla nota en el tablón de los mercenarios: «En la encrucijada al plenilunio». No era un mensaje vulgar escrito sobre un trozo de papel y dejado a simple vista delante de todo el mundo, por eso llamó la atención de Jadul. Era una nota de ladrón, oculta en otro texto que pedía voluntarios para limpiar de vespifatas una zona cercana a las murallas. Junto al anuncio había un plano en el que se señalaba el lugar exacto a limpiar, y en aquel dibujo estaba el mensaje escondido con signos que solo un ojo entrenado era capaz de encontrar. Hacía mucho que nadie usaba aquel código. Arrancó la nota del tablón al grito de «este es mío» y, después de intentar averiguar sin éxito quién era la mano detrás del misterioso encargo, tomó la decisión de acudir a la cita. Era imprudente y peligroso, pero por suerte o por desgracia, Jadul no podía resistirse a la mezcla de curiosidad y emoción. «Los mejores trabajos son para los valientes», se decía a menudo, obviando con esta sentencia otra mucha más certera que hablaba de lo que solía pasarle a los gatos demasiado curiosos. Era un phoka. Era un ladrón y era un gato, por ahora la muerte era demasiado lenta para atraparlo.

Llevaba dos pipas fumadas con la cabeza metida en la capucha de un abrigo que cumplía bastante mal su función, y a pesar de que no se había presentado allí sin tomar precauciones y había rodeado la encrucijada de alarmas, saltaba al menor ruido que oía. Por lo menos la noche era clara: se veía bien y podía apoyarse en el viejo pilar de mármol. No le gustaba esperar de pie y el suelo húmedo no invitaba a sentarse. La red de hechizos que había tejido era costosa de mantener y empezaba a estar cansado. Si la luna llegaba a lo

más alto del cielo sin que se presentase alguien, se largaría. No hacía tiempo para trasnochar al raso tan desabrigado.

Esperó un poco más porque habría sido una pena tomarse tantas molestias para llegar hasta allí sin ser visto y regresar a casa con las manos vacías. Una vez que se cerraban las puertas de la muralla, nadie podía salir ni entrar en la ciudad salvo rarísimas excepciones en las que casi siempre había un noble caprichoso de por medio. Mientras se encendía la tercera pipa le pareció escuchar algo; un susurro, un batir de alas no demasiado lejos. Miró a su alrededor, su naturaleza gatuna le permitía ver bastante bien en la oscuridad y la zona estaba despejada, pero no había nada. Sus trampas no reaccionaron a pesar de que el sonido se acercaba. Erizando la cola, acercó la mano a la espada corta que llevaba oculta a la espalda, disimulada entre la ropa. No quería sacarla, no aún. Olisqueó el aire, que se estaba volviendo denso. Aquel tufo a plumas quemadas no le resultaba familiar y tardó en darse cuenta de que era magia. Una magia poco amigable. El ruido se intensificó, ahora veía claramente una nube de pájaros que se acercaba a él. Venía arrastrando un pequeño columpio ocupado por un hada tan delgada y pálida que parecía hecha de cera. Piel blanca y ropas negrísimas, su larga melena oscura la seguía como una estela de sombras. Quien fuese que se acercase, era una maraña de humo y tinieblas.

—Buenas noches, Jadul —lo saludó mientras posaba los pies descalzos con ligereza en el suelo y su extraña montura se alejaba.

No le sorprendió que supiese su nombre, debía de haber preguntado quién se había llevado el anuncio. Había algo raro en esa hada; parecía una sluagh, pero al phoka le fallaba algo. No era realmente una sluagh, ni una mestiza. Cuando la vio mejor, se le pusieron los pelos de punta, no parecía del todo sólida. Le daba la sensación de que podía ver a través de ella, como si estuviese hecha de papel de seda.

—Buenas noches, mi señora. —Se obligó a hacer una reverencia, no quería que aquella criatura se enfadase.

—Eres valiente. —La delgada figura sonrió. Una sonrisa que era en realidad un espejismo porque la cara que la sostenía parecía estar a punto de desvanecerse en la brisa.

—Es una de mis virtudes, pero no es la única —contestó. No lo dijo por soberbia, era una advertencia. Tenía que hacerle entender al fantasma que podía ser una amenaza.

—Lo sé —respondió sosegada sin dejar de mirarlo; sus ojos eran dos trocitos de noche flotando en la niebla—. Por eso voy a contratarte.

—Pero aún no sé para qué y tampoco sé si voy a aceptar el trabajo. ¿Podríais explicarme en qué consiste?

—A medianoche, en Samhain, encenderás una vela.

Jadul frunció el ceño, era una petición tan extraña que no supo qué responder. Cualquier cosa que hubiese dicho le habría hecho quedar como un idiota. La figura pareció entender su desconcierto.

—No puedo contarte más porque las palabras imprudentes caen en oídos indiscretos y ese es un lujo que no puedo permitirme —explicó.

—Yo jamás revelo los secretos de mis clientes.

—Eso no es verdad, pero no eres tú, Jadul, quién me preocupa. Aún es pronto y todo está por tejer. No voy a explicar nada más.

—Entonces no creo que pueda aceptar vuestra petición —dijo el gato.

Esto pareció sorprender a la dama translúcida. Su presencia se volvió más etérea, tanto que el gato pudo ver claramente a través de ella.

—¿No? Que extraño… Creí que esto era un punto fijo. Está todo tan enmarañado… que aún no estoy segura de lo… Pero es así cómo debe ocurrir. Es este lugar y eres tú… sin duda… Sí, es así como… —La voz se fue apagando hasta que la figura quedó envuelta en un silencio ensimismado y se hizo aún más transparente, hasta casi desaparecer. Duró muy poco, un pequeño destello la recorrió por entero. Un rayo que la trajo de vuelta y volvió a hacer sus contornos casi sólidos. Ahora que veía mejor sus facciones, Jadul se dio cuenta

de que en realidad tenía el porte de una sidhe más que el de una sluagh. Era hermosa. Hermosa y terrible.

El ladrón retrocedió un par de pasos. No entendía qué estaba pasando, pero ahora sabía que no estaba viendo a una sluagh, ni tampoco era una sidhe, aunque en aquel preciso momento lo pareciese. No tenía una palabra para describir lo que tenía delante. El hada se acercó a él deslizándose sobre el suelo. No podía moverse, estaba asustado y fascinado. Perdido en aquella exquisita belleza que olía a jazmín y a camelias. Flores de verano y de invierno. El perfume lo adormeció hasta que no pudo hacer nada, hasta que no quiso hacer nada. Deseaba entregarle su corazón y que consumiese sus huesos hasta volverlos polvo. El hada puso sus manos sobre el rostro del gato, eran cálidas. Al verla tan cerca le pareció que sus cabellos ya no eran negros, sino de un rojo encendido. Estaba muerto de frío y al mismo tiempo rodeado de fuego. Los labios de la extraña se posaron helados sobre su frente, dejando sobre su piel un beso gélido y suave.

«En realidad no importa si aceptas o no. No te lo pedimos, el destino te ha marcado».

Lo despertó el canto de hojalata del gallo mecánico que tenía alguno de sus vecinos. Jadul bostezó y se giró en la cama para descubrir que estaba solo. Sin duda Uro se había largado a trabajar. Se enderezó despacio y se estiró perezosamente. El espejo le mostró un rostro somnoliento al que le faltaba el ojo derecho. Se rascó la cicatriz, un gesto automático que se repetía cada vez que veía su reflejo, como si aún le sorprendiese que el ojo no estuviese allí. Se levantó con otro bostezo y vio su ropa completamente manchada de tierra esparcida por el suelo. Recogió la camisa para olisquearla y algo pesado cayó a plomo al suelo. Era una bolsa abultada, parecía estar llena de monedas.

—¿Estás despierto? ¡Ven a desayunar! —La voz de su hija lo apremió desde la habitación de al lado.

Jadul miró la bolsa sin entender de dónde había salido. Junto a ella había una vela barata de sebo, de un extraño color verdoso que desprendía un olor repugnante. Alarmado lanzó las dos cosas dentro del espejo, nadie las buscaría en el mundo de los reflejos. Por ahora estarían a salvo allí. No tenía muy claro el motivo, pero sentía que eran objetos que debía poner a salvo. Se puso la camisa, se echó un viejo chal de lana sobre los hombros y salió del dormitorio con una sonrisa forzada. Manx estaba tostando pan sobre el pequeño fogón y lo miró con falsa desaprobación.

—No sé cómo estás despierto si has llegado hace un rato.

No recordaba cómo ni cuándo había llegado. Se obligó a estirar la sonrisa, lo cierto era que estaba muy cansado.

—Me ha despertado ese maldito gallo metálico, desayuno un poco y me vuelvo a la cama.

—Pensaba que ya estabas viejo para irte de juerga. Uro no está nada contento. Cuando vuelva de los recados te echará la bronca.

Se sentó con muy poca elegancia en un sillón cómodamente desvencijado. Tendría que inventarse una buena historia si no quería exponerse a una larga discusión con su esposo. Volvió a sonreír fingiendo una despreocupación que no sentía.

—Tu padre me adora, nunca me echa broncas.

Su hija dejó un plato con varias tostadas de pan dorado sobre la mesa, mientras le pasaba el cacillo lleno de café.

—Seguramente se tranquilizará cuando le cuentes tus aventuras nocturnas —se burló su hija untando su tostada con queso fresco.

Jadul se acurrucó en el sillón, sí que estaba agotado. El café humeaba, estaba muy caliente y le dio un sorbo lento. No sabía qué explicarle a su familia. Tenía la memoria en blanco y el corazón lleno de brumas.



1. La hora de la despedida

La primera vez que Nicasia cruzó las murallas de la Corte no fue capaz de admirar la grandiosa construcción, con sus enormes sillares tan perfectamente encajados que se decía que eran la obra de unos gigantes tan hábiles que no necesitaron usar argamasa para sostener las piedras. Tampoco vio las hermosas casas, ni las fachadas variopintas, ni sus tejados coloridos, cubiertos de tejas erizadas a las que la luz de la mañana arrancaba alegres destellos. No vio los balcones, ni las rejas de forja pintadas de azul, de blanco, de verde… Ni las ventanas cargadas de macetas, que la primavera radiante se encargaba de llenar de flores. Ignoraba completamente el bullicio que rodeaba la carreta.

Tampoco se fijó en la casa, aquel gran edificio con un tejado verde pizarra, tan lustroso que se irisaba bajo el sol como el caparazón de un enorme escarabajo. Cuando el carromato cruzó la puerta que llevaba hasta el gran patio, levantó la vista y enseguida notó que un manto húmedo le emborronaba los ojos. No pudo leer el cartel tallado en madera donde ponía «Carbonería». Se pasó el dorso de la mano por la cara para secarse las lágrimas. Centraba todo su esfuerzo en respirar tranquila, tratando de ignorar el amargo nudo que se le había formado en la garganta, y en apretar los labios para que no temblasen. Hasta entonces, nunca se habría imaginado que la tristeza pudiera causar dolor físico, real. Le dolía la espalda porque estaba tensa y sentía un pinchazo agudo en las sienes que estaba logrando que se marease. Conocía el miedo y la

desesperación, conocía la esperanza y la decepción. La pena era algo nuevo para ella. No la sintió cuando dejó el Mercado de las Almas, ni cuando nació el hijo al que no deseaba; estaba demasiado asustada. En su cabeza no había espacio para nada que no fuese el miedo y así debía ser, gracias a eso había sobrevivido. Ahora también estaba asustada pero, sobre todo, estaba triste.

Aquella mañana había cumplido diligentemente todas las órdenes de Eleazar. Se tomó su tiempo para trenzarse el pelo. No era una labor sencilla, le caía por debajo de la cintura, peinarlo y recogerlo era toda una tarea. Se había puesto ropa nueva; una falda larga de color azul con un corpiño a juego y una camisa de lino crudo. Nada que ver con los cómodos vestidos sueltos que había llevado hasta entonces. Había cambiado las viejas y familiares sandalias por unas botas de cuero flexible. Eran buenas prendas, la primera ropa verdaderamente digna de ese nombre que tenía, pero no estaba de humor para disfrutarlas. Ninguno de los regalos que había recibido aquella mañana la consoló lo más mínimo.

Había sido dócil porque sabía que no tenía alternativa. Nunca la tenía. Su vida era un camino recto, sin bifurcaciones ni elecciones. Seguir adelante como única opción, huir, dejar cosas atrás, peregrinar de un lugar a otro sin detenerse nunca, cubriendo nuevas etapas de su viaje. Se preguntaba hasta cuándo podría soportarlo.

Eleazar apareció en la tienda justo cuando acababa de vestirse. Intentaba sonreír, pero era tan evidente que se sentía incómodo que la sonrisa se deshizo al instante.

—¡Nunca te había visto tan guapa! —le dijo. Sus palabras parecían sinceras, el tono de alegría no tanto.

Ella no estaba muy segura de qué contestar, así que no lo hizo, asintió un poco con la cabeza y se sentó en el pequeño baúl donde ahora estaban todas sus cosas, poniendo las manos en el regazo.

—He venido a darte algo muy importante, Nicasia —le dijo Eleazar señalando una bolsa de viaje. No se acostumbraba todavía a aquel nombre.

La mestiza miró a su visitante hastiada. Desde que le dijeron que iba a dejar la caravana de los Ibn Bahar, le habían hecho algunos regalos: ropa, algunas herramientas, un par de mantas… Todos estos gestos estaban destinados a demostrar que eran generosos con ella. Habían corrido un gran peligro al aceptar a una mestiza goblin, una fugitiva según las leyes del Mercado de las Almas y una indeseable según las de TerraLinde, que dictaminaban que cualquier goblin que fuese encontrado fuera de las Ciudades de Piedra debía ser ejecutado. Los mestizos como ella no eran una excepción. La caravana le dio cobijo y ahora la dejaban en la capital del reino, con un trabajo y un pequeño ajuar. Ella les habría estado agradecida de no haber sido porque sabía que no les movía la generosidad. Estaban obligados a cumplir el juramento de lealtad de Eleazar. Sin esa atadura, la habrían abandonado a su suerte en cualquier encrucijada. Los regalos eran un seguro, un modo de demostrar que el juramento estaba cumplido. Servían para proteger a Eleazar, no eran auténtica y desprendida generosidad. Eran una transacción, un trámite entre comerciantes. Los Ibn Bahar nunca la habían tratado bien ni se habían molestado en disimular que tenían prisa por librarse de ella. Y a pesar de todo, quería quedarse en la caravana. Estaba acostumbrada a no ser bienvenida, a las tareas ingratas, incluso a la humillación. No necesitaba sentirse querida, pero le aterraba sentirse sola.

Eleazar Ibn Bahar la conocía desde que era un bebé, había sido su profesor y su guía. Era la única hada que, de un modo u otro, siempre había estado presente en su vida. Habían sido esclavos para la misma familia. Eleazar le contaba a escondidas cuentos del mundo exterior. Les dio clases a su hermano Yirkash y a ella. Las dos únicas hadas que le habían demostrado cariño, que se habían preocupado por ella. Ahora sabía que su tutor se había valido de ella para escapar de la esclavitud. Fuera de la montaña, su actitud hacia ella cambió. El cariño se convirtió en distante corrección, cumplió sus deberes con respecto al juramento que le había hecho a Yirkash, nada más. A pesar de saberlo, a pesar de la mezcla de rabia y dolor

que le quemaba el pecho, la idea de perderlo le resultaba devastadora.

—Tu hermano quiso darte algunos regalos —le dijo mientras miraba por encima de su hombro para asegurarse de que estaban solos. Sacó un paquete de la bolsa y se lo ofreció a la mestiza.

Ella lo cogió confundida y lo abrió sin hacer preguntas. Descubrió un cuaderno con tapas de metal y un cierre de artesanía goblin. La tapa tenía grabados el emblema del Clan del Yunque. No necesitaba abrirlo para imaginarse qué era; había visto otro cuaderno como aquel en casa del padre de Yirkash, su primer amo. Lo apretó contra el pecho.

—¿Mi hermano te dio su cuaderno de herrero?

Eleazar no se sorprendió con aquella pregunta. Los goblins tenían gran aprecio a sus cuadernos de trabajo y rara vez los cedían. Era una herencia que solía pasarse de padres a hijos. Cada artesano goblin escribía el suyo; guardaban conocimientos ancestrales y todos los registros de la vida familiar. Era una mezcla entre diario, grimorio y manual de trabajo.

—Es una copia del suyo. Me hizo jurar que te lo daría cuando estuvieses realmente a salvo y que no dejaría que nadie, salvo tú, lo viese.

Un juramento muy lógico. Las notas contenían secretos de forja goblin, técnicas de construcción y hechizos poderosos. Estaban escritas con código cifrado que muy pocos conocían. Eleazar no había sido capaz de descifrarlo, aunque Nicasia estaba bastante segura de que lo había intentado. Era inútil, solo alguien del Clan del Yunque habría podido, y por lo que ella sabía quedaban muy pocos vivos. Sacar uno de esos cuadernos de la Ciudad de la Piedra, o copiarlos sin permiso, era un delito que se castigaba con la muerte. Una vez más, Yirkash había corrido un gran peligro por ella. Abrazó el cuaderno con fuerza.

—Debiste habérmelo dado antes.

—¿Y dónde lo habrías escondido? —le preguntó recordándole que en la caravana todo el mundo la vigilaba.

—Pudiste decirme al menos que lo tenías —insistió ella. No creía que Eleazar estuviese siendo sincero.

—Me daba miedo, habrías querido quedártelo. La caravana no es un lugar donde se valore la privacidad, habría fallado a mi juramento.

—Si me lo hubieses dado, habrías quedado liberado de tu carga —le reprochó sin miramientos.

—Imagina que mi familia hubiera descubierto que lo tenías. Te habrían obligado a descifrarlo para ellos. No quería que eso ocurriese. Se lo debo a Yirkash, os lo debo a los dos. No me olvido de que vosotros me devolvisteis la libertad —argumentó Eleazar en un tono tan paternalista que la mestiza tuvo ganas de gritar.

«Y me lo pagas deshaciéndote de mí». Se guardó esas palabras porque eran demasiado dolorosas para decirlas en voz alta. Además, no quería ofenderlo, quizás aún podía conseguir que cambiase de opinión. Quizás aún podía encontrar el modo de quedarse a su lado. Centró la atención en el segundo paquete, una caja de madera pequeña. Guardaba dos alfileres, cada uno rematado por un diminuto rostro femenino delicadamente trabajado pese que no eran mayores que una uña.

—Póntelos en los puños de las mangas —le explicó su maestro.

La mestiza obedeció. Eleazar sonrió maravillado cuando enganchó el primer broche. Sin decirle nada, le pasó un espejo de mano y la invitó a mirarse con un gesto. Estuvo a punto de soltarlo de golpe, lo habría hecho si el Ibn Bahar no hubiese estado a su espalda. El espejo le mostraba una imagen que no conocía; el fondo negro de sus ojos ya no estaba, ahora sus pupilas azules flotaban en un anodino color blanco. Su mirada era idéntica a la del resto de las hadas. Sus dientes también habían cambiado, se pasaba la lengua por ellos, confusa, y le parecía que estaban como siempre pero los de la imagen no eran puntiagudos. Incluso sus orejas parecían más pequeñas. Permanecía la piel blanca, la gruesa trenza, larga y pálida como un jirón de niebla y el aire desgarbado. Era ella y al mismo tiempo era algo diferente. Una vez se hubieron esfumado los rasgos

goblins, el espejo mostraba a una auténtica knocker. Al mirarse se preguntó si se parecía en algo a la madre que no llegó a conocer.

—Nadie te confundirá con un goblin. Podrás vivir en la Corte sin ningún tipo de temor. ¿Qué te parece? —le dijo su protector entusiasmado.

—Es raro —contestó tocándose la mejilla—. Es muy raro.

El precio para poder ser libre era dejar de ser ella. Se preguntaba si sería capaz de pagarlo.

—Desde ahora ya no eres una mestiza goblin, ni una esclava de la Ciudad de Piedra. Ahora eres una knocker, una aprendiz del Gremio de Constructores. Una herrera.

—Nicasia —dijo sin poder apartar la vista del espejo, tratando de comprobar si aquel nombre era el que correspondía con el rostro que estaba viendo.

Eleazar le puso ese nombre en el desierto, el día que dio a luz a su hijo.

—Exacto, Nicasia. Es un bonito nombre, hazlo grande.

Nicasia volvió a mirar su reflejo. Ya no era la esclava del Clan del Yunque, ni la concubina de nadie. La fugitiva de la Ciudad de Piedra quedaría escondida, junto con su pasado, junto a su antiguo rostro. Era quizás lo único positivo de aquella situación. Nunca le había gustado ser Nanyalín, la esclava, la asesina, la madre de monstruos.

—Te dejo para que disfrutes el momento, tengo que montar la carreta. Partiremos antes del mediodía.

La momentánea felicidad se deshizo con aquella frase. La idea de que con un nuevo rostro quizás podría quedarse en la caravana se esfumó de golpe. No importaba que ahora pareciese una knocker. No lo era. Nunca lo sería. Viviría siempre entre dos mundos, una parte de su vida estaría a la vista de todos y otra sería clandestina. Ser goblin era un delito. Y los Ibn Bahar eran la cara amable del rechazo; se limitaban a echarla, otros no serían tan comprensivos. Volvió a sentarse en su baúl con la cabeza llena de ideas tristes, el pesimismo y la rabia la desbordaban. Trató de mantenerse fría. No estaba adoptando la actitud correcta. Era inevitable que los Ibn

Bahar la enviasen a la Corte de los Espejos. No la querían con ellos y Eleazar no iba a mediar para que se quedase. Las mujeres de la familia, su esposa, su madre e incluso sus hijas, la odiaban sin disimulos y eso no iba a cambiar. Tenía que aceptarlo, la caravana no era su lugar y darle más vueltas no serviría de nada.

Regresó de sus recuerdos cuando el carro se detuvo en el patio. Eleazar se bajó del pescante para hablar con otro knocker. Era muy alto y muy delgado, tanto que parecía imposible que esos brazos de alambre tuviesen la fuerza suficiente para levantar un martillo. Una melena salvaje y despeinada le revoloteaba alrededor de la cabeza. La nariz, larga y puntiaguda, sobresalía del rostro como si intentase huir del cuerpo larguirucho y desmañado. Un ceño muy fruncido y unas mejillas chupadas acababan de formar un rostro poco agradable. Llevaba la ropa arrugada y llena de manchas pese al mandil de ante que le colgaba del cuello. Las herramientas que sobresalían de los múltiples bolsillos estaban muy usadas, con mangos de madera pulidos por el uso y metal ennegrecido. Comparada con Eleazar, que se había vestido con una elegante túnica azafrán y llevaba el pelo aceitado, con todas sus finas trenzas recogidas en un complejo moño apretado contra la nuca, atado con hilo de oro, la figura del knocker parecía muy vulgar. Vio cómo ambos la miraban sin demasiado disimulo y bajó los ojos aterrada. Eso no le impidió ver al Ibn Bahar darle una bolsa de dinero bastante abultada al tipo del mandil. Suponía que le pagaba para que se hiciese cargo de ella. Seguía siendo una mercancía. Eleazar sacó un pliego de papel y el tipo alto la miró de reojo.

—Creo que deberíamos ultimar algunos detalles en mi despacho —gruñó el knocker, y luego se giró hacia ella—. Espera aquí un segundo y ve sacando tus cosas.

Eleazar asintió sin disimular su hastío y ambos salieron del patio. Nicasia se quedó sola. Bajó de la carreta. Ahora que sabía que su suerte estaba totalmente decidida se sentía intrigada por conocer el lugar en el que iba a vivir. Tres knockers la estaban observando desde una de las ventanas. Les devolvió la mirada sin reparo.

Durante todo el camino se había preguntado si el hechizo serviría para hacerse pasar por uno de ellos. Parecía que sí, ya que aquellos tres no la miraban con extrañeza, y aunque cuchicheaban entre ellos y se reían con disimulo, parecían más intrigados que suspicaces. Conocía aquel comportamiento. Cuando entraba un esclavo nuevo en casa de Yirkash ella había hecho lo mismo, cotillear sobre el nuevo y hacer apuestas sobre su futuro. Aquello parecía tan lejano en el tiempo que era casi como si ese recuerdo perteneciese a otra vida.

Los knockers tenían la piel pálida, aunque no tanto como la suya. Sus caras eran angulosas y delgadas. Se parecían mucho más a los goblins de lo que esperaba. No eran verdes ni tenían los dientes afilados, pero el brillo malicioso de sus miradas, los gestos traviesos y los cuerpos fibrosos estaban allí. Era innegable, aunque ninguna de las dos razas quisiese reconocerlo, que estaban emparentados. Los curiosos desaparecieron a toda prisa en cuanto Eleazar regresó con el knocker alto.

—Nicasia —la llamó—. Este es el Maestro Avispa y será tu patrón a partir de hoy.

Nicasia hizo una pequeña reverencia, como le habían enseñado en la caravana.

—Encantada, señor.

—¡Qué educada! —contestó divertido el Maestro Avispa. Su voz sonaba como un chirrido de metal oxidado—. Ya veremos si estoy encantado cuando acabe la semana.

—Lo estará sin duda, Maestro. Nicasia es excepcional —se apresuró a contestar Eleazar con una sonrisa tensa.

—Sí, sí… No te cansas de decirlo. Anda, lárgate de una vez. Nos veremos dentro de un año —rio el knocker enseñando los dientes pequeños y grises.

Eleazar estaba visiblemente incómodo.

—¿Puedo despedirme de ella a solas? —preguntó el Ibn Bahar al ver que su anfitrión no se marchaba.

—Claro —contestó Avispa en un tono falsamente cordial—. Regresaré dentro de un rato.

El Maestro Avispa volvió a entrar en la casa. Eleazar quiso cogerle las manos a Nicasia pero esta las apartó.

—No te hagas ideas equivocadas, volveré el año que viene —rogó Eleazar.

—Me estás vendiendo —murmuró Nicasia.

No podía disimular el rencor que había en estas palabras. Le habían prometido que nunca más sería una esclava, pero seguían comprándola y vendiéndola sin pudor delante de sus narices. Seguía cambiando de manos sin la menor oportunidad de decidir sobre su destino. Eleazar le había mentido. A ella y a Yirkash. El vulgar truco que usaba para eludir las condiciones de su juramento servía para esquivar las consecuencias mágicas de la infracción, no para engañarla a ella.

—Yo no gano nada con esto, Nicasia. En todo caso estoy dando mucho por ti, para que tengas una buena vida —le contestó su tutor ofendido.

Nicasia se cruzó de brazos.

—Me dejas aquí porque tu familia no me quiere con ellos, no adornes los motivos.

—No he podido hacer nada, lo he intentado…

—Entonces vete —le cortó apretando los brazos contra las costillas.

Tenía tantas ganas de rogarle, tantas ganas de tirarse a sus pies y suplicarle, que casi no podía hablar. Al mismo tiempo se sentía incapaz de humillarse una vez más. Si obedecía a su deseo, si se aferraba a sus piernas y le pedía que la llevase con él, estaría en deuda para siempre y viviría a expensas de su buena voluntad. Un lado de ella estaba dispuesta a aceptarlo con tal de poder quedarse a su lado. Para Nicasia, Eleazar era lo más similar a un padre que tendría jamás. Pero si se humillaba una vez más, nunca dejaría de ser una esclava.

—Mi esposa no quiere verte en la caravana —argumentó nervioso, abiertamente incómodo—. Me debo a mi familia. Aquí estarás bien, me he esforzado en buscarte un buen lugar para vivir.

—Me pregunto si habrías hecho lo mismo si no te obligase un juramento.

—Me duele que hagas esa pregunta —le respondió Eleazar, y Nicasia vio en sus ojos que decía la verdad, algo que no le importó.

—No conoces a la gente hasta que deja de necesitarte —dijo Nicasia sin darle tregua—. Y ya no me necesitas.

Decir aquello en voz alta la ayudó a aceptar que tenía que dejarlo marchar.

—Eso es cruel. ¿De verdad crees que no me importas?

No quiso responderle.

Eleazar suspiró, esta vez sí pudo cogerle las manos y se las acarició con dulzura. Nicasia se quedó inmóvil, petrificada. Apretando los labios y apartando los ojos.

—Dentro de un año volveré a la Corte. Si para entonces este sitio sigue sin gustarte, buscaremos otra solución. Pero al menos prueba a vivir aquí, es más que un taller. Trabajarás con un ingeniero, con un maestro constructor. Tienes talento para esto, podrías hacer grandes cosas si aprendes. Podrías acabar siendo maestra, tendrás tu propia vida y no dependerás de nadie. ¿No entiendes que te estoy regalando tu libertad?

Nicasia se mordió el labio y no contestó. Así que Eleazar se acercó a ella.

—El baúl tiene un falso fondo, ahí tienes tú cuaderno y algo de dinero. Si pasase cualquier cosa, escríbeme —le susurró al oído.

«Pero no vendrás antes de un año», pensó Nicasia.

—Muchas gracias —le contestó sin poder evitar que la voz le vacilase.

—Algún día entenderás por qué hago esto —le aseguró él.

«Si ya lo entiendo, no hay lugar en tu vida para mí». Las respuestas le parecían demasiado claras. Ella tenía los ojos húmedos, pero su tutor estaba sereno.

—Vete, Eleazar Ibn Bahar, que el camino sea generoso contigo.

La fórmula de despedida de la caravana era educada y correcta. También era fría y distante.

—¿Eso es todo lo que tienes que decirme? —preguntó decepcionado.

—Quizás dentro de un año pueda decirte más. Ahora no —le respondió Nicasia en el mismo tono cortante.

Eleazar dejó caer los hombros, rendido ante la cabezonería de su pupila.

—Está bien. No era así como quería que nos despidiéramos —suspiró el Ibn Bahar.

—Ni yo. Pero si no puedo elegir mi destino, al menos elegiré mis sentimientos.

Eleazar negó con un gesto de reproche al escucharla. Era obvio que estaba ofendido. Nicasia entendió que de verdad esperaba que se despidiese arrojándose a sus brazos, triste y agradecida. Eleazar esperaba docilidad y obediencia. No los tendría. Su agradecimiento llegaba hasta allí.

—Volveremos a hablar dentro de un año. Espero que entonces podamos ser más razonables —le dijo sacando el baúl del carromato y dejándolo en el suelo. Sin mirarla ni un momento más, arreó al bonacón y se puso en marcha. La knocker quiso detenerlo. Eleazar le había enseñado a leer y a escribir, tanto en idioma goblin como en común. La había visto crecer, les había contado cuentos a ella y a Yirkash. Llevaban juntos toda la vida. Siempre fue amable y educado con ella, no podía decir lo mismo de ninguna otra hada, salvo de Yirkash.

«Nunca te ha defendido», se obligó a recordar. «Jamás ha hecho nada por ti que no le beneficiase».



2. Un viaje esclarecedor

Una nevada había borrado todos los caminos y las señales que los marcaban. Ante ella se extendía una llanura radiante, tan blanca que resultaba mucho más cegadora que el sol pálido que se asomaba a ratos entre las nubes en mitad del cielo descolorido. Las ramas de los árboles crujían cargadas de nieve. Sobre ellos, un grupo de nubarrones oscuros ocultaban las cimas de VuelaPluma. Sygurn les dedicó una mirada experta mientras calculaba cuánto tiempo tenía para llegar a casa. El aire prometía tormenta y no quería encontrársela en mitad del valle. Cortaría camino si atajaba por el bosque y caminaba a buen ritmo. Aceleró el paso con la sonrisa oculta tras el cuello de la capa; su propio aliento le calentaba la nariz y las mejillas. Pronto estaría de vuelta, junto al fuego, charlando con su madre mientras se comía un buen plato de estofado. Ya tenía a la vista las murallas de VuelaPluma cuando unos golpes atronaron sobre la nieve. La sidhe giró la cabeza para localizar el sonido. Los golpes se repitieron, más apremiantes que la primera vez.

Sygurn abrió los ojos sobresaltada mientras alguien aporreaba la puerta del puesto de guardia. Se había quedado dormida como una vulgar novata. Miró decepcionada a su alrededor a la vez que se frotaba la cara tratando de espabilarse. El puesto era una habitación sofocante con paredes de piedra amarillenta y desgastada a la que le vendría bien una ventana más grande para reemplazar la delgada saetera, algo que dejase entrar el fresco de la noche y ventilase el olor a humedad antigua que rezumaban los muros. Estaba sentada

ante una modesta chimenea ahogada en ceniza sobre la que colgaba el emblema de su majestad, tan sucio de hollín que el airoso cerezo de la casa PrendeSoles apenas se veía. Bostezó pensando con añoranza en su tierra y se estiró para alejar la pesada modorra que la invadía mientras alguien aporreaba la puerta con impaciencia. Al abrirla, un joven oficial al que no conocía se cuadró con muy poco entusiasmo.

—¿Algún problema? —preguntó esperando no parecer somnolienta.

—El Senescal la requiere —la informó el soldado con un desdén nada disimulado.

Sygurn observó el blasón bordado en el jubón del joven, una abeja dorada sobre un lirio. Era una casa menor de la que no conseguía recordar el nombre. Un joven sidhe sin tierras que heredar que trabajaba en el ejército esperando ganarse un lugar en el mundo. Ninguno de aquellos muchachos le tenía simpatía. El puesto de Alférez era muy codiciado y que lo ocupase una dama, y encima una desconocida, era para muchos una especie de afrenta.

—Enseguida bajo, puedes volver a tu puesto —contestó con tono amable.

El soldado volvió a cuadrarse y se alejó sin añadir ni una palabra ni despedirse, aunque a Sygurn le pareció ver un leve mohín de desprecio en los labios. O tal vez solo había sido impresión suya. Tampoco debía preocuparle. ¿Qué importaba lo que pensasen de ella mientras cumpliesen las órdenes? Sus amigos no estaban allí, en la Corte, sino a muchas millas, en las heladas laderas de VuelaPluma.

Cerró la puerta del despacho, maldiciendo entre dientes. Quedarse dormida en horas de guardia era una falta que no consentiría a sus soldados, así que ella tampoco debía permitírsela. Necesitaba un poco menos de comodidad y algo más de trabajo si quería mantenerse despierta durante los turnos. Le encantaría quedarse fuera con los soldados, si esos elfillos estirados se dignasen a hablar con ella. Con los gentiles no tenía problemas, pero en su destacamento apenas una decena vestía el uniforme del

ejercito real. La mayoría estaban en la guardia urbana o trabajaban más como peones que como soldados. Eran los carceleros, los trabajadores de las cuadras, los custodios de la armería, cualquier tarea que un sidhe no quisiese hacer se encargaba a los llamados «soldados de a pie». Servir en la Guardia de Palacio era un honor demasiado alto como para permitírselo a cualquier hijo de la calle. Así que se encontraba sola, rodeada de mequetrefes que la miraban por encima del hombro. La llamaban «la montañesa» o «la troll». No era ni alta ni especialmente corpulenta, aunque puestos a insultar eso no les importaba, querían molestarla, se habían asegurado de que se enterase de sus motes.

Tiró con delicadeza de su capa y escuchó un gruñido que salía de entre los pliegues de la tela.

—Lena, tengo que salir —susurró tiernamente.

La pequeña cabeza de una mellifata de pelo plateado asomó dando un bostezo, luego, sin ninguna prisa, estiró los brazos regordetes.

—¿Ya es por la mañana? ¿Qué hay de desayuno? Me apetecen unas tortitas, o unos bollos con crema. Para ti el bollo y para mí la crema.

—Aún queda un buen rato para la mañana, tragona. —Sygurn sonrió tirando con más fuerza de la capa para que Lena se moviese—. ¡Espabila, Calendemyn me está esperando!

Lena alzó el vuelo. Parecía imposible que sus delicadas alitas pudiesen levantar un cuerpo tan rollizo. A pesar de las apariencias, todas las mellifatas volaban con gracilidad, con la misma fluidez que las vespifatas, aunque solo se parecían a sus primas en la altura. Mientras las últimas eran tan delgadas que parecían hechas de ramitas, las mellifatas eran rotundas, poseían cuerpos generosos, llenos de curvas, hermosos y rollizos. A Sygurn le encantaba el efecto tornasolado de sus alas al moverse, parecía que Lena viviese dentro de una pompa de jabón, siempre acompañada de un halo irisado.

—¡Voy contigo! No tengo ganas de quedarme sola en este cuartucho.

Era inútil tratar de contradecirla. Sygurn se puso la capa sobre los hombros y Lena se metió en la capucha. Además, se quedaba más tranquila si iba con ella. Desde que había llegado a Palacio tenía el miedo constante de que alguien la viese sola y la matase sin hacer preguntas. Era mejor que fuesen juntas a todas partes. Lo habían hecho siempre así desde que se conocían, y ya hacía más de treinta años. Hasta entonces era por amistad, ahora también era una medida de precaución. La sidhe se ajustó el broche con el escudo de los VuelaPluma y salió al pasillo. Pese a los braseros y las antorchas, el frío se colaba incluso en primavera. La gente del llano no sabía construir edificios para resguardarse del frío. No quería imaginarse cómo debía ser un invierno en la capital.

Cruzó el pasillo y el largo patio descubierto que separaba los edificios de la Guardia del Palacio. Una neblina helada, muy tenue, caía sobre la piel y se colaba hasta los huesos como si tratase de convertirlos en cristal. Sygurn agradeció la capa y los guantes forrados. Además, su madre, siguiendo la tradición de los Ventisquero, le había cosido un grueso caftán de lana que la aislaba del frío de la armadura. Incluso su gorjal estaba forrado con piel de oveja. Más que conveniente para las heladas mañanas primaverales que les estaban tocando. Al cruzar los muros alabastrinos de Palacio, la atmósfera se volvió cálida. Las grandes lámparas de cristal coloreado iluminaban el ancho corredor. A aquellas horas, muy pocos criados recorrían los pasillos y los soldados que estaban de guardia ocupaban aquellos tediosos turnos paseando para combatir el sueño. Casi todos eran gentiles, hadas con uniformes prestados que apenas sabían esgrimir un arma. En tiempos de paz era más que de sobra; los soldados estaban allí más bien para vigilar que ningún criado entrara en alguna de las residencias de los Altos Señores sin permiso o que no se metiesen en alguna de las salas deshabitadas por error. El castillo era un gigante dormido, repleto de magia, y en algunos de sus rincones pasaban cosas extrañas. Que las escaleras se moviesen

o que ciertas estancias cambiasen de sitio era algo habitual en cualquier edificio mágico, y no sorprendía a nadie. Sin embargo, en algunos pasillos podían desencadenarse auténticas tormentas, con aguaceros feroces que inundaban zonas enteras. En otros, los espejos y los cuadros eran puertas por las que podían salir nubes de mariposas y mostraban caminos que invitaban a pasear. Una vez, Sygurn abrió una puerta que no conocía y acabó en mitad de un inmenso campo de flores, rodeada de música. Si Lena no la hubiese ayudado, puede que no hubiese logrado volver a Palacio. No todos los encuentros eran tan agradables. Había plantas enteras selladas para que nadie entrase en ellas por cuestiones de seguridad. Lena le había contado que, al parecer, en una habitaba toda una manada de unicornios. Sygurn no sabía si creerse aquella historia, en todo caso cualquier hada sensata sabía que era mejor mantenerse lejos de los unicornios. Los soldados estaban allí para velar por sus habitantes. No hacía falta proteger el Palacio, el Palacio se protegía solo.

Antes de alcanzar el arco porticado que llevaba a las estancias del Senescal, escuchó una voz que la llamaba. Aglanor de QuiebraFuegos salió de entre las sombras de la enorme puerta con una sonrisa amistosa. Era un sidhe de una belleza serena, armoniosa, perfecto como un rayo de sol. Tenía unas facciones suaves, labios hechos para las sonrisas cálidas, como la que lucía mientras se acercaba a ella, unos ojos grandes, algo rasgados, de un extraño color cobre brillante que la miraban con la intensidad de un ave de presa. A Sygurn el joven le hacía pensar en los halcones de las nieves de su tierra, volando suavemente sobre los cielos despejados. Preciosos y ligeros. Aglanor se movía como si su cuerpo no pesara, dejando tras de sí el leve vuelo de la capa de lana que llevaba graciosamente atada bajo el brazo izquierdo.

—Mi Señora de Ventisquero —la saludó con una reverencia suave—. Es un placer veros.

Aglanor la cogió por el brazo con una familiaridad acogedora y empezó a alejarla de la puerta. Llevaba unas botas de montar altas y desgastadas, calzas de lana y una casaca discreta, sin escudos ni

blasones. Antes de que Sygurn pudiese decir nada más, el joven retomó la frase.

—Calendemyn me ha pedido que os lleve a conocer a alguien. Perdonad el misterio, Palacio no siempre es un lugar discreto, así que sonreíd y actuad con naturalidad.

Aglanor de QuiebraFuegos era casi tan joven como ella, solo que por sus venas corría la antigua sangre de los Aen Sidhe. Que su casa no formase parte del Alto Consejo siempre fue considerado por su familia como afrenta de los antiguos reyes. Una afrenta que trataban de enmendar haciendo gala de un hambre de poder que no se molestaban en ocultar. Sygurn sabía que el joven había optado al puesto de Alférez Mayor, pero finalmente Calendemyn decidió que el puesto debía ser para su banderiza y nombró a QuiebraFuegos Cillero del Senescal. Pese a su manifiesta ambición, no parecía que le hubiese molestado verse desplazado a un cargo al que no optaba, al contrario, había aceptado su nombramiento y las tareas que conllevaban con un enorme entusiasmo. Calendemyn estaba satisfecho con la diligencia del joven, que administraba los gastos del Senescal con una sensatez admirable. No era austero, aunque tampoco era demasiado amigo de los gastos extravagantes. En una ocasión le había dicho a Sygurn que su nuevo cargo lo preparaba para cuando ocupase el puesto de su padre al mando de su Casa, ya que algún día heredaría el título de Señor de QuiebraFuegos. Aspiraba a ser también banderizo del Senescal, no había tenido problemas en pedirle ayuda para conseguirlo. Esa honestidad le pareció interesante a Sygurn, pues en Palacio todo el mundo ocultaba sus intenciones, salvo Aglanor. Desde entonces ambos habían colaborado. Era una de las pocas hadas que no parecía tener problemas con la sangre mestiza de los Ventisquero. La trataba con una cercanía amable, la había cogido del brazo y la guiaba por el pasillo sin dejar de sonreír.

—¿No puede decirme a dónde vamos? —preguntó Sygurn dejándose guiar.

—Si vamos a fingir que somos un par de amigos que van en busca de un poco de diversión nocturna deberíamos tutearnos.

—No sabía que ese era el plan, pero no me voy a negar. Siempre estoy a favor de dejar de lado las formalidades.

—A la Dama de Ventisquero no le gustan las formalidades. —Aglanor sonrió sin malicia—. Por desgracia son necesarias. Si tratas a los demás con demasiada familiaridad, acaban por perderte el respeto.

—O te convierten en uno de los suyos —replicó Sygurn.

La voz de Lena resonó maliciosa en la mente de Sygurn. La mellifata, oculta en su capucha, nunca se esforzaba en disimular lo mal que le caía cualquier sidhe que no fuese ella.

«Este no sabe qué es la familiaridad, seguro que trata de "vos" a su propio padre».

—«Lealtad». Es una palabra bonita. Seguro que eres lo bastante lista como para saber que la confianza es una trampa. Sobre todo aquí, en Palacio. La familiaridad no hace vínculos, hace la traición más fácil.

«Te lo dije», apostilló Lena. «Seguro que es de los que se lleva una ballesta a la letrina. No confía en nadie. Así que no confíes en él».

«No seas tan dura, solo me está dando un par de consejos», le contestó Sygurn sin abrir la boca.

«Te está diciendo que no confíes en nadie para que estés sola. O para que solo confíes en él».

«Él no sabe que nunca estoy sola».

—Mi Señora de Ventisquero, te has quedado muy callada.

Sygurn negó con una sonrisa.

—Solo estaba pensando en tus palabras.

—¿En esa sarta de obviedades? Me halaga, creía que no estaba diciendo nada que no supieras.

«Te acaba de llamar tonta», se indignó Lena.

«Por favor, no puedo seguir dos conversaciones a la vez».

«Vale, ya me callo», refunfuñó la mellifata antes de hundirse en un silencio huraño.

—Son cosas con las que no estoy de acuerdo. Supongo que el tiempo dirá cuál de los dos tiene razón —le contestó Sygurn mientras sentía el enfado de Lena bullendo en su cabeza.

—Espero que no, porque eso implica que uno de los dos habría experimentado un suceso muy desagradable.

Aglanor la llevó hasta el establo de postas, donde los correos reales cambiaban las monturas. De día era un lugar concurrido, con viajeros entrando y saliendo a cada instante; de noche rara vez era necesario que un correo partiese con urgencia. Los soldados de guardia estaban jugando a las cartas en la caseta donde se dejaban los arreos junto a una hoguera improvisada. Sygurn reprimió las ganas de mandarlos a sus puestos de inmediato. Si querían salir de Palacio discretamente era mejor que estuviesen distraídos. Decidió que esa sería su última noche tranquila, mañana tendrían que rendir cuentas.

Aglanor le mostró una poterna encajada entre las cuadras. El sidhe sacó una llave blanca, que refulgió débilmente a la escasa luz de la luna y la encajó en la cerradura herrumbrosa. Al girarla soltó un gemido oxidado y las bisagras crujieron como los huesos de un anciano. Cruzaron un pasillo mohoso que atravesaba la muralla y el foso, y no tardaron en llegar a la explanada que descendía hasta la ciudad. Allí, junto al camino, les esperaba un carruaje sin blasones, con las cortinas echadas y un conductor en el pescante. El sidhe abrió las puertas y la invitó a subir.

«Al conductor le pasa algo raro», advirtió Lena.

«¿A qué te refieres?».

«No siento su mente».

La mellifata tenía ciertas habilidades empáticas. La única mente que podía leer era la de Sygurn, las dos compartían un lazo, un vínculo de cariño mutuo que les permitía comunicarse de un modo profundo que iba más allá de las palabras. Con el resto de hadas no tenía ninguna conexión, solo podía percibir su presencia. Que dijese

que no sentía la del conductor era extraño. Echó un ojo a la figura sentada al pescante y soltó una exclamación de sorpresa; tenía por cara una máscara de basalto sin orificios, lisa como un huevo de avalerion. Las manos que asomaban de las mangas del uniforme eran de alambre dorado. Aglanor sonrió.

—No se te escapa ningún detalle, por lo que veo. Es un autómata, mi familia lo tiene desde hace poco. La privacidad que ofrece vale cada una de las monedas de oro que pagamos por él.

—Imagino que no debió de ser barato —dijo Sygurn admirando los detalles. El cuello parecía articulado y la ropa era en realidad una cobertura de chapa exquisitamente moldeada para imitar la librea de un cochero.

—No, es lo único que impide que todos los sidhe de la Corte tengan uno —bromeó Aglanor ya dentro del carruaje.

Sygurn subió y se sentó frente al Cillero. El interior era magnifico. De un enrejado dorado situado a sus pies surgía un agradable chorro de viento cálido y perfumado, muy de agradecer en una noche fresca como aquella, y pequeñas lámparas de cristal con forma de campanillas iluminaban las paredes de madera labrada. Los asientos, forrados de tela verde, eran cómodos. Se sentía como si estuviese en el interior de un viejo árbol del Bosque Viviente.

—Es maravilloso, no podía imaginar algo así viéndolo desde fuera.

—El exterior es vulgar porque no quiero que llame la atención, pero el interior… me gustan las cosas bonitas y cómodas. —Aglanor golpeó el suelo con el pie un par de veces y el carruaje se puso en marcha.

Cuando Sygurn apartó un poco la cortina para mirar las calles de la Corte, Aglanor las descorrió por completo.

—Puedes asomarte sin temor, desde el exterior no pueden vernos.

«Qué bien pensado lo tiene todo». Era difícil saber si Lena lo decía con admiración o con suspicacia, tal vez fuese una mezcla de las dos cosas.

—Veo que te gusta la privacidad.

—Es necesaria, Calendemyn me ha pedido que te traiga porque hay ciertos temas que es mejor no tratar en Palacio.

—¿Y por qué no me lo ha dicho él en persona?

—Porque ser discreto es una herramienta muy útil para mantener el poder y gobernar en paz. Hay asuntos oficiales y otros que no lo son tanto. Ambos son igual de importantes y cada uno tiene sus espacios. Aprender esto te mantendrá muchos años en el puesto de Alférez.

Sygurn estaba acostumbrada a ver gobernar a su padre. Olymar era un sidhe franco, de palabras y actos claros. Consideraba que su sinceridad y su lealtad al Alto Consejo eran sus mejores armas, aunque quizás lo que valía en VuelaPluma no fuera igual de útil en la Corte, donde al parecer todo el mundo escondía un as bajo la manga. No se sentía cómoda con esa idea. Sus valores eran totalmente distintos a los de Aglanor y le extrañaba que Calendemyn aprobase aquellos dobles juegos, pero claro, hasta entonces, ella había conocido al Calendemyn, Señor de VuelaPluma. Ahora le tocaba descubrir al Senescal Real y quizás esa faceta no le gustase tanto.

—Entiendo —dijo Sygurn cruzando los brazos.

Aglanor estaba ahora más serio que en Palacio. Aunque sus penetrantes ojos de milano seguían pareciendo amables, de algún modo aquella seriedad era más sincera que su hermosa sonrisa. El joven sacó un pliegue de papel de debajo de su asiento y se lo tendió. Sygurn lo desplegó sin mediar palabra. Era un plano de Palacio y, aunque no era fácil reflejar en papel un espacio viviente, parecía bastante fiel. Alguien había marcado algunos puntos con tinta plateada, también había líneas de varios colores que cruzaban paredes y conectaban habitaciones. Junto al pliegue, le dio la llave blanca. Era de hueso, suave y pulido, con una delicada filigrana dorada que la recorría por completo. La cabeza tenía forma de lechuza con los ojos cerrados. Al tocarla notó en ella el hormigueo de la magia antigua.

—Calendemyn me dijo que te diera esto.

—Un plano con pasadizos secretos de Palacio, muy útil. Imagino que no están todos.

—Descubrirlos todos en un edificio gigantesco que no para de cambiar es una tarea titánica que ningún sidhe ha emprendido, al menos que se sepa. Están los más conocidos y he marcado en azul los más concurridos.

Había una buena cantidad de líneas azules, algunas llevaban fuera de Palacio. Una de ellas era la poterna que acababan de cruzar.

—¿Me estás diciendo que hay hadas entrando y saliendo de Palacio cuando les apetece?

—Saliendo, sobre todo.

Era una brecha de seguridad enorme. La pesadilla de cualquier Alférez.

—Imagino que es lo primero que debo arreglar.

—Pues imaginas mal —la corrigió Aglanor con un gesto tan serio que a Sygurn no le cupo la menor duda de que le estaba diciendo la verdad—. Los que salen son nobles o criados que trabajan para ellos, se molestarían mucho si la Guardia se entrometiera en sus asuntos —continuó hablando el Cillero mientras miraba por la ventana.

—¿Qué clase de asuntos deben ocultar de la Guardia?

—Poca cosa. Les gusta salir a divertirse, ver a sus amantes, apostar, escaparse al bosque…

—No entiendo por qué lo hacen en secreto, no tiene nada de malo ir a los prostíbulos o a las casas de juego.

«Lo del bosque sí que es extraño», murmuró Lena.

Aglanor apartó la vista de la ventana y le dedicó una sonrisa pícara que combinaba mal con la dulzura de su rostro.

—Los que usan esos pasadizos no van a las elegantes casas de la Celosía ni juegan a las cartas. Les gusta la prostitución callejera, las arenas de combate y las Cacerías Salvajes.

«Tiene que estar de broma». La mellifata se removió dentro de la capucha. Sygurn tuvo que echarse para atrás para que el Cillero no

la viese.

«Mírale la cara». Lena podía ver a través de sus ojos. «¿Te parece que esté de broma?».

—¿Y Calendemyn lo permite?

Sygurn no quería escuchar la respuesta. Consideraba que su señor era un sidhe íntegro que sabía diferenciar entre el bien y el mal. Sabía que la prostitución callejera abundaba a pesar de que quienes la ejercían no tenían a quien a nadie que los protegiese. Trabajaban donde se lo pidieran, lejos de la seguridad de los prostíbulos. Esos gentiles estaban obligados a ser discretos, no solo estaba en juego su sustento, también su vida. Los luchadores de las arenas no estaban en mejor posición. Las arenas gentiles eran ilegales y en ellas las peleas podían ser sanguinarias. Pocos luchadores salían bien parados de allí. Se negó a pensar en las Cacerías Salvajes, quería considerarlas cosas de otro tiempo.

—Las arenas mueven mucho dinero en ambas direcciones. Muchos gentiles se llenan los bolsillos gracias a ellas. También algunos nobles. Y mientras más entretenidos estén, menos piensan en gobernar.

El Cillero lo expresó con una frialdad apacible, parecía considerar que ese era el orden natural de las cosas.

—Entonces no vigilo las puertas. ¿Hago la vista gorda? —Apenas se podía creer lo que estaba diciendo.

—Al contrario, debes vigilar las puertas sin que nadie note que las vigilas. Solo unos poco deben entrar y salir. Esa llave abre casi cualquier puerta de Palacio. Úsala con sabiduría.

—¿Y si me limito a cerrarlas todas y me ahorro el trabajo de estar espiando quién se acuesta con quién? Tengo muchas otras cosas que hacer.

—Estarás de vuelta en VuelaPluma antes de que te dé tiempo a firmar una renuncia honorable. A Calendemyn no le quedará más remedio que degradarte. Volverás a Ventisquero sin honor y todas las Altas Casas te darán la espalda.

Eso destrozaría a su familia. Sus hermanos acabarían sirviendo en feudos lejanos como eternos pajes y lacayos. Sus padres acabarían en el ostracismo y sus tierras serían administradas por cualquier otra casa. No podía permitírselo. Le había costado mucho trabajo conseguir el puesto. Tenía una responsabilidad, con su familia, con Calendemyn, con Palacio. Aglanor debía ver la lucha en su interior, le puso la mano sobre la rodilla y se inclinó hacia ella.

—Calendemyn te escogió porque confía en tu buen criterio, sabe que podrás cumplir tu cometido.

«¿Y cuál se supone qué es mi cometido?», se preguntó Sygurn angustiada

«Mantener seguros a los nobles», le respondió amarga Lena.



3. Todos los sidhe han de gobernar

En los braseros ardía una mezcla de madera de cedro rojo y resina de AlmaViva que cargaba la pesada penumbra con un olor dulzón y denso. La primavera se estaba deshaciendo de los hielos invernales y dentro de la habitación hacía un calor pegajoso que invitaba al sueño. Gwyllión se desabrochó los dos primeros botones del cuello buscando algo de alivio. Estaba sola, los criados rehuían el dormitorio y solo entraban cuando era necesario, salvo Tácito, que permanecía fiel a su señor. El bogan cabeceaba sin decoro ni disimulo sentado en una esquina, cerca de la puerta. La sidhe suspiró. Si hubiese sido otro criado, no habría dudado en soltarle un golpe con la fusta en las rodillas. El anciano llevaba tanto tiempo al servicio de la familia que su padre le permitía ciertos privilegios. Para ella habría sido como castigar a un viejo amigo, pero eso no quitaba que prefiriera que guardara un poco más las formas. Si estaba cansado, debería haber pedido permiso para retirarse en lugar de quedarse allí durmiendo con la boca abierta. «Hay que buscar a un cuidador más joven», pensó Gwyllión. Al instante se sintió cansada. Una nueva tarea de la que ocuparse era lo último que necesitaba.

En los últimos años, su padre solo era la voz de la Casa DanzaDragón en el Alto Consejo, al que acudía en su silla de mano, agostándose ante los ojos de los Altos Señores día tras día. Frente a ellos aún mostraba la energía y la fuerza de carácter de las que había hecho gala toda su vida. Era el tallador de glifos, el confinador de bestias, el domador de sombras. Lydden de DanzaDragón

hablaba ante el Consejo mientras ella se pasaba los días encerrada en el despacho familiar, dejándose los ojos ante la enorme cantidad de documentos que no dejaban de llegar. Revisando cuentas, firmando pagarés y leyéndole en voz alta las cartas y los tratados, a veces más de una vez porque el anciano cada día prestaba menos atención. Todos estos esfuerzos eran desconocidos para el resto de la Corte. Daba igual que ni una hoja del jardín se moviese sin la aprobación de Gwyllión, daba igual que fuese la única hija, la heredera del título. El resto de los nobles solo veían a una dama que ya empezaba a estar lejos de sus años casaderos, convertida en la solícita mano derecha de su padre. Una heredera sin esposo. En *El cotilla ilustrado* ya hacía mucho que no se referían a ella como una joven promesa, empezaban a creer que se convertiría en una solterona. No le importaba. Ella quería ser, antes que nada, libre y dudaba que fuese a conseguirlo casándose.

—Gwyllión, acércate —susurró una voz que sonaba como el arrastrar de hojas otoñales.

Se levantó alisándose la falda. Mientras caminaba hacia la cama que presidía la sala se abotonó el cuello de nuevo, presa de la costumbre de estar impecable cada vez que debía comparecer ante su padre. Apartó el dosel de terciopelo y miró el rostro que reposaba sobre la almohada. Venerable, apacible, aún bello. Los sidhe se marchitaban con elegancia, verlos morir era como contemplar apagarse las luces en el cielo. Hermoso, en cierto punto terrible y siempre inevitable.

—Dime, padre, ¿necesitas algo?

El anciano sacó de entre las sábanas una mano delgada que le indicó que se acercase más.

—¿Estamos solos? —preguntó bajando aún más la voz.

Gwyllión miró a Tácito, que roncaba suavemente con el mentón apoyado sobre el pecho. Al final le dio pena despertar al anciano, llevaba horas de leal guardia.

—Así es —mintió sin remordimientos.

—¿Qué hora es?

No estaba segura, las cortinas estaban cerradas y no sabía cuánto llevaba en su aburrida vigilia. Se acercó a la ventana para levantarlas un poco. Una luz dorada de tarde moribunda inundó la habitación.

—Está anocheciendo —anunció.

El anciano asintió para sí mismo.

—Mañana solicitarás un Canciller a Palacio y buscarás los testigos adecuados. Es hora de sellar el traspaso de poder. Quiero que todos sepan que eres mi heredera.

El pánico la dejó helada, se aferró a las cortinas como si temiese desplomarse en el suelo. Se obligó a alejar el temor respirando profundamente.

—Padre, aún es pronto para pensar en eso —dijo Gwyllión.

—He soñado que tu madre me llamaba —murmuró complacido, con la vista perdida en el techo del dosel—. Está bailando con las estrellas. Cuando vuelva a llamarme, me iré con ella. No tardaré mucho.

Y Lydden de DanzaDragón conseguía todo lo que deseaba. Gwyllión se acercó de nuevo a la cama, agachó la cabeza y contestó con el corazón.

—No deseo ese título si me priva de vuestra compañía.

Los dedos de su padre le acariciaron la mejilla, suaves y delicados.

—Mi niña, todas las hadas han de marcharse y todos los sidhe han de gobernar —la consoló.

—No sé si estoy preparada.

—La semana que viene habrá una reunión de postas, irás en mi lugar y anunciarás que vas a ocupar mi silla en el Consejo. Eres la voz y la voluntad de los DanzaDragón, va siendo hora de que lo demuestres.

Le costaba aceptar lo que estaba oyendo. Sabía que su deber era ocupar el lugar de su padre. Siempre se había imaginado que sería de otro modo.

—¿No vendrás conmigo?

Lydden sacudió la mano en el aire con un gesto desdeñoso.

—No sería apropiado, no quiero que te vean como mi portavoz, sino como mi sucesora.

—¡Es demasiado precipitado, no me aceptarán! —Odió escuchar el tono de súplica de su propia voz, infantil y chillón.

Su padre se incorporó. La placidez beatífica que mostraba su rostro se transformó, los ojos grises del anciano recuperaron su antigua ferocidad.

—Fui blando contigo. Nunca te obligué a hacer nada que no quisieses y ahora te vas a quedar sola. Sin nadie que pueda defender tu título o tu casa, sin hijos a los que enviar al mundo. Necesitas testigos, necesitas a los aliados de DanzaDragón.

—Soy capaz de hacerme escuchar —replicó cortante.

—¡Pues demuéstralo! Estoy depositando en ti una confianza que muchos querrían. ¡Hazte valer!

—¿Pero tiene que ser así? Sé que madre… —se defendió Gwyllión, que notaba que empezaban a escocerle los ojos.

—Ella fue una esposa ejemplar y una madre entregada. Tú no has querido esos títulos. Si quieres ser al menos una heredera, harás lo que te diga. Estoy a tiempo de entregar el sello a cualquiera de la familia.

«Mi madre era un espíritu libre, un hada inteligente y bondadosa a la que apenas llegaste a comprender», pensó sintiendo que el rencor le inundaba la boca de un sabor amargo.

—Tiene razón. —Agachó la cabeza—. Iré a prepararlo todo.

Lydden se desplomó de nuevo entre las almohadas, volviendo a su nebulosa de recuerdos somnolientos. Gwyllión corrió el dosel sintiendo las lágrimas quemarle las mejillas. Estaba acostumbrada a llorar en silencio, tragándose los sollozos al mismo tiempo que la rabia. Se secó la cara con el dorso de las manos, se sonó la nariz tirando del delicado pañuelo que solía llevar escondido en la manga, siempre manchado de tinta o de polvo de carboncillo. Se irguió hasta que le dolió la espalda y se acercó a la silla donde Tácito fingía dormir y lo sacudió sin demasiadas deferencias.

—Ve a ponerte la librea, tienes que llevar una carta a Palacio.

—¿A estas horas? —Tácito no logró ocultar su fastidio.

—No hay más remedio —le dijo en un tono que no admitía réplica.

Tácito se puso en pie, haciendo una reverencia que mostraba su coronilla despejada, rodeada por un remolino de canas. Si no era tan viejo como su padre, no debía de faltarle mucho.

—Claro, como ordenéis, señora.

A Gwyllión no se le escapó el tono gruñón. Le permitía demasiadas libertades y de vez en cuando era necesario recordarle que, por muchos años que llevase con ellos, solo era un sirviente de la casa. Lo dejó pasar porque no tenía tiempo para nimiedades.

No podía presentarse sola ante el Consejo. Su padre pensaba que si aparecía sin avisar tomaría por sorpresa a los Altos Señores, que no tendrían más remedio que aceptarla entre ellos. La sorpresa no era mala estrategia, pero no podía hacerlo sola. Si quería que las Casas aceptasen a una dama como heredera y portavoz, necesitaba algún apoyo. Escribió una carta al Senescal Real. Calendemyn era un viejo amigo de la familia. Los DanzaDragón y los VuelaPluma eran aliados desde antes de que la reina regente muriese, aunque le dolía tener que hacer algo así a espaldas de su padre. Se sentía como una niña. «Pronto podré dejar atrás estás triquiñuelas». El pensamiento fue una mezcla de alivio y profunda pena.

Escribió la carta midiendo cuidadosamente las palabras, usando todas las reglas protocolarias. Mordisqueaba la punta del cálamo mientras sopesaba cómo explicarle su situación. La noche se le echó encima emborronando papeles. Cuando acabó ya era bastante tarde. Tácito llevaba un rato esperando pacientemente ante la puerta del despacho, vestido de librea y visiblemente cansado. Gwyllión metió la carta en una caja de plata junto al sello de Cancillería para que Tácito pudiese entrar a Palacio sin ningún problema. Lo correcto habría sido incluir un pequeño regalo, pero buscar algo apropiado retrasaría la entrega de la carta. Le prepararía un buen ramo de flores frescas y se lo daría al Senescal cuando se reuniesen. Gwyllión

estaba dispuesta a sacrificar el protocolo en favor de la rapidez y la comodidad.

Le entregó la caja a Tácito, que se marchó tras hacer una reverencia muy poco elegante y sin soltar una palabra. A la vuelta despotricaría con los otros criados mientras cenaba en la cocina, aunque al final siempre estaba a su lado cuando realmente lo necesitaba.

Gwyllión se había criado sola entre aquellas paredes. Al contrario que otros jóvenes herederos, no había acudido a estudiar a las aulas de la Escolanía en Palacio. Tenía pocos amigos de su edad. Su padre no estaba dispuesto a consentir que se mezclase con sidhe de casas menores; ella era una Alta Señora y solo debía congeniar con los de su clase. Había estudiado con preceptores y tutores, los mejores del reino. Había recibido una educación tan exquisita como solitaria. A veces llegaba a pensar que le gustaba la soledad. Mientras paseaba por sus inmensos jardines con alguno de sus gyvernos pisándole los tobillos, disfrutaba del silencio, del perfume de las flores y la tierra. Cuando era niña jugaba a explorar la selva. Se imaginaba como una aventurera solitaria que no necesitaba a nadie para vencer a todos los enemigos y superar cualquier obstáculo. Sus delgadas mascotas se convertían en feroces dragones, un pasillo entre los arbustos era una cueva y las ramas de los árboles, un reino en las nubes. Se sentía dichosa hasta que escuchaba las risas en el jardín vecino. Esas risas destrozaban el espejismo de sus juegos y la ponían de frente ante una soledad que dolía.

Se frotó los ojos. Llevaba toda la noche en el escritorio, sin apenas cruzar palabra con nadie. Los amigos de su padre ya no los visitaban. Los sidhe huían de la muerte, les gustaba pensar que eran eternos, y la desagradable verdad los molestaba. Ya casi ninguno de ellos era Aen Sidhe, y por mucho que viviesen más años que el resto de las hadas, no escapaban del abrazo de la eternidad. Gwyllión se pasaba los días dedicada únicamente a cuidar del enfermo, limpiarlo, alimentarlo, entretenerlo, aguantar sus crisis de mal humor o angustia. Tenía que seguir tragando con su modo de hacer las cosas,

aunque fuese ella quien se encargara de todo. Tácito y Belina eran su única y constante compañía pero, por mucho que los quisiera, había asuntos que no debían hablarse con los criados, ni siquiera con los más cercanos.

A veces sentía el deseo terrible de que aquella situación acabase pronto, quería recuperar su vida, o mejor empezar una nueva. Dar fiestas, montar a caballo, conocer hadas nuevas, de su edad, con las que poder divertirse. Entonces comprendía que solo la muerte de Lydden podía darle lo que deseaba. Las primeras veces que estas ideas le vinieron a la cabeza lloró a escondidas, cargando con una sensación de culpabilidad que la partía por la mitad. Dividida entre el amor a su padre y la sensación de lenta asfixia. Con el tiempo, se le secaron los ojos, aunque siempre notaba una puñalada de culpa cuando se retorcía las manos mirando por la ventana sintiéndose expulsada del mundo de los vivos.

Necesitaba descansar un rato. Pidió que le preparasen un baño, le llevasen algo de vino y la dejasen sola. No necesitaba criadas, podía vestirse por sí misma. Se metió en el agua tibia, perfumada con menta, bebiendo del gollete de la botella. El agua y la espuma la abrazaron, consiguiendo que la tensión que le agarrotaba los músculos de la espalda se aflojase. Sintió encima todo su cansancio, la ansiedad royéndole el pecho, recordándole las mil tareas que tenía por delante, obligándola a pensar en el momento que los ojos de toda la Corte se posasen sobre ellos, ávidos de detalles. Casi podía oír lo que comentarían luego en sus fiestas y recepciones. Estiró los brazos en el agua. No estaría mal que la invitasen a alguna de esas fiestas para hablar de frivolidades. Le encantaría poder ser ella la que criticara a alguien para variar. Se pasó las manos entre las piernas. Descubrir lo que era sentirse deseada. Los susurros, el roce de otra piel, el peso de otro cuerpo. Se dedicó una caricia lenta y escurridiza que la tensó de un modo mucho más placentero que su tirantez agotada habitual. Todavía con el sabor del vino entre los labios, cerró los ojos para imaginar que podía beber de la boca de un hada que la deseaba.

A la mañana siguiente, Belina fue a buscarla cuando estaba en el invernadero con los gyvernos, cortando flores de sal ambarina para hacer el ramo que pensaba regalarle a Calendemyn. Feroz, el más grande, siseó al verla entrar y enrolló la cola escamosa en torno a la cintura de Gwyllión. Su guardesa estaba acostumbrada a las estrafalarias mascotas de la familia y no les prestó ninguna atención.

—Calendemyn de VuelaPluma está aquí, señora, quiere hablar con usted.

Gwyllión dejó caer la frágil flor que acababa de cortar, que se estrelló contra el suelo con un chasquido. La sidhe se apartó para no pisar las esquirlas afiladas.

—¿Dónde está Tácito?

—En la habitación del señor.

—Trae al Senescal al invernadero y asegúrate de que nadie del servicio le cuenta nada a mi padre. Y trae algo rápido para comer.

Dejó sobre una mesa la cesta llena de delicadas flores recién cortadas y se quitó los gruesos guantes acolchados. Había supuesto que Calendemyn la citaría para reunirse con él en Palacio. No estaba vestida para recibir visitas, aunque el Senescal era un viejo amigo y no se lo tendría en cuenta. De otro modo no se habría presentado sin avisar. Gwyllión colgó de un perchero junto a la puerta el grueso delantal que usaba cuando cortaba flores de aquel invernadero. Allí crecían algunas de las flores y plantas más raras y mortales de TerraLinde, a ella le gustaba llamarlo «su jardín de la muerte». Solo Turba, la dríade que cuidaba sus jardines, y ella tocaban aquellas plantas.

Calendemyn entró al invernadero con los brazos abiertos. El Senescal tenía el pelo salpicado de canas y un bigote que acentuaba su sonrisa. Llevaba pantalones de montar al estilo de los montañeros, metidos dentro de unas lustrosas botas altas de piel gris perla. Al parecer era una vieja costumbre de las Guerras Goblin que no había logrado quitarse, igual que el aire militar. La casaca con dos filas de botones de plata no era la del uniforme real, pero lo traicionaba como el viejo soldado que era. Gwyllión siempre se

sentía un poco extraña junto al Senescal; tenía la misma edad que su padre, pero apenas parecía un par de años mayor que ella. La sangre de los Aen Sidhe corría fuerte por aquellas venas.

—¡Querida mía! Es un placer verte.

El abrazo del sidhe era cálido y olía a NieveFresca. Gwyllión se sintió agradecida por la muestra de cariño.

—Lo mismo digo, aunque tengo que reconocer que me ha sorprendido tu visita. Esperaba verte en palacio —reconoció.

—Quería visitaros a ti y a tu padre, hace demasiado que no lo hago. Y tu carta me ha dejado preocupado. ¿Cómo está Lydden?

—Desde la última reunión del Consejo ha empeorado bastante. Ha perdido las fuerzas y las ganas de salir de la cama, dice que mi madre lo llama desde las estrellas.

—Lamento mucho oír eso. Luego me gustaría verlo, si te parece prudente.

—No sé si es buena idea. —Gwyllión sonrió tensa—. Será mejor que nos sentemos y hablemos cómodamente.

Lo guio por un camino bordeado de SiempreHambrientas hasta una mesa con varias sillas. Las plantas se retorcieron y tintinearon al paso de los sidhe. Los preciosos zarcillos celeste se movieron lentamente hacia ellos, mucho más despacio de lo que lo habrían hecho en sus pantanos natales. Allí el frío las mantenía adormecidas. De haber estado en su entorno natural los habrían matado a los dos sumamente rápido. El gyverno los siguió a toda velocidad, como una flecha dorada, con las alas pegadas a los costados.

—Tienes gustos de goblin, ya desde niña te gustaban los peligros y veo que eso no cambia —dijo rascando la cabeza del enorme lagarto, que cerró los ojos rojos complacido.

Gwyllión se rio con el chiste. Calendemyn era el único que encontraba divertidas sus pequeñas extravagancias y no se asustaba al tener cerca a sus mascotas.

—Mi vida necesita algo de emoción. ¿Te apetece algo de beber?

—Sí, por favor —dijo el sidhe dejándose caer sobre la silla con un suspiro—. Me paso el día hablando. Gasto demasiadas palabras y no

digo nada importante.

—Dudo mucho que eso sea verdad.

Belina trajo una jarra de limonada endulzada con miel y unas flores de calabaza rebozadas. El Senescal saludó a la criada, cogió una y se la metió en la boca con deleite.

—He desayunado demasiado temprano y aún no he comido nada. No podía dejar de pensar en tu carta, por eso he venido a verte. Es mejor que me cuentes tus problemas aquí y no en Palacio.

—¿Qué tiene de malo Palacio?

—Demasiados oídos indiscretos —gruñó Calendemyn antes de coger su vaso—. Entonces, ¿Lydden quiere que te presentes ante el Consejo para ocupar su asiento? ¿Sin avisar al resto de señores?

—Él cree que no me aceptarán entre ellos. Y yo estoy preocupada.

—No ha habido ninguna Dama en el Alto Consejo desde que la Señora de Nogaleras sucedió a su hermano. Y aquello no acabó bien.

—Sé que la Pequeña Guerra ha servido de excusa para no permitir que las damas hereden títulos, pero no está prohibido y yo… —Las mejillas de Gwyllión se encendieron como brasas—. No deseo tomar esposo. Aún no he encontrado a nadie de mi agrado.

Calendemyn tamborileó con los dedos sobre la mesa mientras sus ojos se paseaban pensativos por las vidrieras coloreadas del invernadero.

—Lo que hagas en tu vida privada interesará poco al Alto Consejo mientras mantengas las apariencias. Pero tienes razón, no hay ninguna ley que impida que ocupes el asiento de tu padre. Salvo que nadie hasta ahora lo ha hecho.

—Pero es posible —le recordó Gwyllión.

—Es posible, cierto. Tu petición tendrá que ser sometida a votación por el Alto Consejo, y puede ser complicado que consigas ganarla.

—¿Me ayudarás? Mi padre no quería que te contase nada, quería que lo hiciese todo en secreto, pero no creo que lo logre sola.

—Tu padre quiere que tomes al Consejo por sorpresa, algo que no es mala idea. Pillar desprevenidos a tus enemigos es una buena estrategia. El problema de esa idea es que Lydden considera al resto de las Casas como adversarias y no creo que todas estén en contra de tenerte entre ellos.

—¿Crees que tengo posibilidades?

Calendemyn soltó un profundo suspiro en el que mostró todas sus dudas.

—Puede que sea buen momento. Acabo de nombrar una banderiza, que es también la primera Alférez Mayor. Quizás eso te ayude. Quizás podamos hacer que algo empiece a cambiar en el reino.

Era la primera vez en mucho tiempo que alguien le daba esperanzas. Gwyllión acarició la cabezota de Feroz. Sus escamas eran suaves como la madera pulida. Le gustaría poder llevarlo con ella al Alto Consejo, que le diese fuerzas para enfrentarse a los Altos Señores, que infundiese miedo en ellos. Sabía que era una fantasía infantil. Feroz solo era un lagarto grande, no el dragón que le gustaba imaginar. Hacía mucho tiempo que los dragones habían abandonado TerraLinde, mucho antes de que la Dama Nogalera lanzase a las Altas Casas a la Pequeña Guerra. A algunos debía de parecerles tan improbable que regresasen como que una dama se sentase de nuevo en el Alto Consejo.



4. Oro ganado y plata perdida

Las monedas eran redondas, gruesas, tenían un peso prometedor y el metal era lo bastante blando como para confirmar que era auténtico. Parecía oro de verdad y, con la cantidad que había en la bolsa, podía afirmar sin equivocarse que era rico. Jadul nunca había visto tanto oro junto, ni monedas redondas. Tampoco el sello que tenían acuñado. En TerraLinde todas las monedas tenían el cerezo de la Casa Real en una de las caras y eran triangulares, aquellas tenían el frondoso roble de la Hueste Estival, con su sol radiante, en una cara, y el roble sin hojas de la Hueste Invernal, con su luna creciente, en la otra. Todas tenían unos extraños símbolos entre las raíces. Ni siquiera estaba seguro de que fuesen monedas, solo lo suponía.

Llevaba varios días sometido a una tortura de lo más sofisticada, tenía dinero suficiente para comprar todo el edificio, pero no se atrevía a usarlo. Sabía que no era prudente gastar un oro misteriosamente caído del cielo y tampoco podía explicarle a Uro, o a cualquier otra hada, de dónde había salido. La noche en la que apareció la bolsa entre sus ropas era un vacío enorme, un espacio en blanco en sus recuerdos del que no lograba sacar nada que no fuese un dolor de cabeza.

Era desesperante tener tanto dinero en las manos y no poder usarlo de ningún modo. Se le había pasado por la cabeza fundir algunas de las monedas pero no podía hacerlo en casa sin que Uro se enterase y tampoco tenía los conocimientos ni las herramientas

adecuadas. Ir a un joyero o a un pasante, incluso a uno dispuesto a hacer la vista gorda sobre la naturaleza de las monedas, atraería sobre él una atención peligrosa. Las preguntas le hervían en la cabeza. Los malos presentimientos le erizaban hasta el último pelo de la cola y la frustración lo ponía de mal humor. Algo en su interior, algo más antiguo y sabio que él mismo, le decía que no era el momento de gastarlas, que aquel oro tenía propiedades que desconocía.

Jadul se dio la vuelta en la cama y se encontró con la inmensa espalda de Uro, que roncaba con fuerza. Ni la luz ni el ruido molestaban al toro lo más mínimo, como si dormir fuese una muestra de determinación y estuviese dispuesto a conseguirlo por encima de cualquier obstáculo. El gato sonrió y se abrazó a él disfrutando de los últimos momentos de calma. Mientras aún estuviese en la cama, el día no podía considerarse por empezado. Todas las sorpresas que se reservase, buenas o malas, aguardaban más allá de la habitación. Fuera estaban el mundo y sus guerras. Sobre aquel colchón, entre ronquidos y sábanas, solo había sitio para ellos. No necesitaba nada más. Le habría gustado quedarse allí todo el día, hacía mucho que no se pasaban una mañana entera remoloneando, hablando de tonterías, haciendo el amor y llenando la cama de migas y manchas de vino.

Un ronquido se cortó en seco y Uro se agitó. Era un tipo grandote, así que el colchón y la cama gimieron cuando puso todo su corpachón en movimiento. Al cabo de un momento abrió los ojos y chasqueó los labios.

—Esta cama es demasiado blanda —gimió estirándose. Al hacerlo, los cuernos curvados arañaron la cabecera de la cama—. Y demasiado pequeña.

—Anoche decías que te gustaba que fuese pequeña, que así era más íntima —le dijo Jadul rascándose la cara.

Uro lo miró con sus grandes ojos castaños y le dedicó la primera sonrisa de la mañana. En las calles tenía fama de ser un matón implacable. Jadul lo había visto lanzar a un gorrorrojo por los aires

como si no pesase más que una brizna de hierba. Para él era tierno como un crío.

—Es una cama estupenda para echar un polvo, pero si lo que quieres es una buena noche de descanso, es pésima.

—Entonces, ¿nos compramos otra? Podríamos tener una para cada cosa.

Uro se frotó los ojos y resopló con fuerza exagerando la resignación con la que recibía sus bromas.

—Me conformaría con una más grande y con un colchón algo mejor.

Se sentó apoyando la espalda en el cabecero destartalado y cruzó las piernas. No quería poner los pies en el suelo porque ese sería el momento en el que tendría que dar el día por empezado.

—Pero entonces… ya no será íntima —le recordó Jadul con una sonrisilla maliciosa.

—Creo que pasamos más tiempo durmiendo que retozando, así que nos sale más a cuenta la cama grande.

—¿Hemos llegado ya al punto de preferir lo cómodo a lo salvaje? —preguntó el gato haciendo una mueca lastimosa.

Uro soltó una carcajada y tiró de las piernas de Jadul, haciéndole caer de espaldas sobre el colchón.

—¡Podremos hacer cosas muy salvajes en una cama más grande! —le aseguró entre besos—. Aunque la mayoría del tiempo seamos viejos aburridos, aún nos deben quedar algunos buenos momentos. Lo intuyo.

»Aunque cada vez menos —le advirtió tras darle un pequeño mordisco en la nariz—. Cada vez tendremos más achaques y será más difícil mantener el ánimo alto. Pero me has convencido, tenemos que ganar dinero cuanto antes y comprar una cama más grande mientras aún tengamos ganas y tiempo para usarla.

La sonrisa desapareció de la cara de Uro. Sus ojos se ensombrecieron y Jadul se dio cuenta de que acababa de estropear el momento. Su compañero estaba tratando de mostrar una

expresión neutra, pero lo conocía demasiado. Veía la boca recta y las mejillas tensas. Se apartó de él.

—¿Andas tramando algo? —le preguntó con una mirada que no admitía bromas.

Demasiado tiempo juntos, no podía engañarlo. Uro lo leía como si llevase un cartel con sus pensamientos colgado en la frente. Había oído más de una vez que enamorarse era aceptar en tu cama a un desconocido. Dormir cada noche junto a alguien a quien nunca conocerías del todo y aun así aceptarlo plenamente con sus cargas conocidas y desconocidas, con sus certezas y sus secretos. Estaba de acuerdo, aunque a ellos cada vez les quedaban menos secretos. Habían llegado a conocerse el uno al otro, con todo lo bueno y lo malo, sin dejar de quererse. La pasión no se había marchado, solo las sorpresas. Tenía un lado bueno, cada día valoraba más las certezas. Ya no tenía energías ni paciencia para los dramas.

—Creo que podría tener un buen trabajo entre manos.

Uro se sentó en el borde de la cama con los brazos cruzados sobre el pecho, era la imagen de un titán enfurruñado. Conocía esa postura; quería decir «explícate», pero también auguraba que estaba bastante seguro de que no le iban a gustar sus explicaciones.

—¿Un trabajo?

Pronunció «un trabajo» en un tono que dejaba clara su desconfianza. No trataba de ser irónico ni hiriente. Uro era un hada sin matices, no le gustaban las sombras ni los dobles sentidos, algo muy irónico en un falsificador.

—Es un trabajo interesante, está bien pagado y podría sacarnos de la mala racha que llevamos.

—Así de fácil. —El toro chasqueó los dedos.

—No he dicho que sea fácil, he dicho que es rentable. Y también he dicho «podría». Tengo que pensarlo.

—¿Y quién paga esa maravilla? ¿La Celosía? ¿Algún TrepaSombras que ya no puede hacerse cargo de todo su trabajo? Y, sobre todo, ¿qué tienes que hacer?

—No es un trabajo de sangre.

Aunque lo dijo para apartar cualquier posible duda, consiguió que el toro bufase y sacudiese las orejas. «Trabajo de sangre» era un eufemismo. Uro y Jadul tenían un pacto que se mantenía intacto hasta el momento: jamás aceptaban trabajos violentos. Nada de dar palizas, nada de secuestrar o intimidar. El asesinato, por descontado, era la línea que jamás debían cruzar. Usar un argumento tan innecesario como «no será necesario hacerle daño a nadie» por fuerza debía servir para mitigar algo muy turbio y, en lugar de tranquilizar a Uro, consiguió ponerlo en guardia. Aún no le había contado en qué consistía el trabajo y el toro ya estaba convencido de que no le iba a gustar un pelo. Conocía de sobra los bajos fondos de la ciudad. Sabía lo que era estar hasta el cuello de deudas y deberles favores a hadas con las que no quieres tener problemas. Durante una buena parte de su vida había trabajado como mercenario y guardaespaldas. Aquella época le había dejado un hombro destrozado y un oído que, sin el pendiente hechizado que llevaba puesto a todas horas, no dejaría de pitarle jamás. «Mejor duro de oído que duro de mollera» solía decir. Salió del mundo de los combates y las peleas en cuanto tuvo la oportunidad. Fueron muy pocos los que entendieron que el mejor luchador de las arenas clandestinas lo dejase cuando aún era joven. Nadie había sido capaz de aguantarle de pie más de tres golpes seguidos. Uro luchó durante cinco años sin perder ni un solo combate, nadie parecía capaz de tumbar a aquella mole. Todos suponían que debía de ser rico y tener contactos que valían más que el dinero, pero la verdad era que nunca iba sobrado de monedas y estaba deseando dejar de relacionarse con cualquiera que viviese de aquel negocio.

Jadul le había prometido que todo eso quedaría atrás, que la violencia no formaría parte de sus vidas. Uro quería una familia, quería días tranquilos y una conciencia que le permitiese dormir como un tronco. No tuvo la suerte de conseguir un trabajo honrado, era demasiado conocido para tener buena fama, y los que querían contratarlo lo hacían para hacer mal uso de sus habilidades. Al menos como falsificador podía demostrar que era algo más que unos

brazos fuertes y nunca engañaba a nadie que no se estuviese buscando un buen escarmiento. Ahora le decía «esto no será tan malo como parece» y Uro no lo creía. No era la primera vez que escuchaba aquella frase, sabía que era mentira. Pero aquel corazón bendito lleno de paciencia siempre le ofrecía el beneficio de la duda, siempre lo escuchaba.

—Es un encargo del tablón de Petrel —le mintió tratando de que todo pareciese inofensivo.

Su compañero se pasó las manos por la cabeza, revolviéndose la mata de pelo rubio, áspero y seco como la última hierba de verano.

—¿Y en qué consiste?

—Aún no sé si voy a aceptarlo —le dijo dándole un beso en el hombro.

—¿Por qué no quieres contarme qué tienes que hacer?

«Porque no lo sé», pensó Jadul. Se dio cuenta de que era totalmente cierto, no porque no supiera qué mentira iba a contar si se decidía a empezar a gastar el oro, sino porque sabía que le habían pagado para algo, pero no tenía ni idea de para qué, y ese vacío lo asustaba tanto que no era capaz de hablar de él.

—Ya te lo he dicho, aún no tengo claro que vaya a hacerlo —volvió a mentir. No era bueno mentir tanto, le había prometido que no habría más mentiras. Se sentó en el borde de la cama y puso los pies en el suelo de madera. El día empezaba mal.

El toro se levantó de la cama, cogió la ropa que dejaba cada noche cuidadosamente doblada sobre una silla y salió bufando de la habitación mientras se vestía.

—¿Vienes a desayunar? —preguntó desde la otra habitación.

—¡Voy!

Se vistió deprisa y salió del dormitorio. Uro tenía la tetera sobre la estufa y estaba tostando unos panecillos del día anterior.

—¿Qué planes tienes para hoy? —le preguntó Jadul entre carraspeos.

La mesa de Uro, colocada bajo la ventana, volvía a estar llena de papeles, plumas, cajitas de pigmentos, reglas y plantillas. Todo

revuelto en un caos que no toleraba que nadie tocase. Eso quería decir que tenía un nuevo proyecto en mente.

—Iré a la Biblioteca Interminable a mirar unos mapas de HielaPiedra y a buscar un poco de información. Creo que podría colarle un mapa al Gremio de Buscadores.

—¿Esos desgraciados siguen vivos? —preguntó Jadul cazando un panecillo caliente del fogón—. Me dijeron que habían cascado todos en LodoOscuro.

—¡Lograron salir! —exclamó Uro—. Han vuelto a la ciudad y siguen empeñados en buscar tesoros perdidos. Con un poco de suerte, y el teatrillo adecuado, haré que se interesen en una nueva oportunidad de negocio. Un mapa perdido en un viejo archivo que lleva a un antiguo tesoro de los VuelaPluma. Tengo que pensar los detalles de la venta, el truco del mercader que necesita aventureros no va a colar otra vez.

—¿Piensas mandarlos a la tundra? ¿No te dan pena?

Uro untó sus panecillos con una buena cantidad de miel, sonriendo con una malicia que le iluminaba los ojos.

—Estoy librando a la ciudad del Tonelero Loco y los idiotas que le siguen, deberían premiarme por mis servicios. —Uro quitó la tetera del fuego—. Además, no voy a mandarlos a ningún sitio del que no puedan volver. ¿Y tú qué harás? ¿Seguirás haciéndote el misterioso? ¿O vas a explicarme qué te ronda por la cabeza? No me vendría mal ayuda para pensar cómo les vaciamos los bolsillos a los Buscadores.

—Algo se nos ocurrirá. ¿Necesitas algo? Creo que voy a ir a hablar con Petrel.

—¿De tu negocio misterioso? Pues ya de paso ve a ver a Crisol y tráeme una pastilla de acuarela ocre de las pequeñas. Dile que si vuelve a venderme la porquería de la última vez, seré yo quien vaya a la tienda. Y que te dé un dedal de polvo de bronce.

Jadul asintió mientras le daba un sorbo al té. Tenía un sabor muy suave, algo aguado para su gusto. Los panecillos, en cambio, habían revivido al tostarlos. El desayuno alejó un poco sus miedos y atenuó

el malhumor de Uro. Al terminar estaban bromeando como siempre. Cuando se levantó para recoger las tazas, el toro lo abrazó.

—Haz lo que necesites, pero vuelve a mí —le dijo con ternura.

—No hay un sitio mejor al que volver —contestó Jadul antes de plantarle un sonoro beso en la frente.

Fue al dormitorio a recoger su manto y su abrigo. También necesitaba algo de dinero; para variar tenía la bolsa vacía. Guardaban sus magros ahorros en un fondo falso del armario, oculto con un hechizo de ilusión. Tanteó el fondo del mueble hasta que un chasquido le desveló un pequeño agujero. Un escalofrío le recorrió la espalda.

—El dinero no está —dijo con la boca seca.

Uro entró en el dormitorio con un trapo de cocina en las manos

—¿Estás seguro?

No podía estar más seguro. De las seis lanzas de plata que tenían guardadas solo quedaba una y una pequeña cantidad de escudos de bronce que no daban para pagar ni una barra de pan. Jadul revisó de nuevo el fondo del armario mientras el toro miraba la pequeña cómoda que había al lado, cajón por cajón. El gato sabía que era puro protocolo, siempre guardaban el dinero en el mismo sitio.

—¿Cuándo abriste la caja por última vez? —preguntó Jadul casi seguro de que sabía la respuesta.

—Antes de ayer, por la mañana. Cuando vendí aquellos mapas tan bonitos, compré queso y fruta, pero guardé el cambio en la caja —rememoró Uro—. Había siete lanzas y ocho escudos, creo.

El hechizo que ocultaba su escondite era lo bastante aparatoso como para que si alguien quisiera disiparlo, o descubrirlo, necesitase mucho tiempo. Él había dormido poco y mal las últimas noches y Uro, con sus pesadillas recurrentes, se despertaba muchas veces, acosado por los antiguos horrores de las arenas de combate. Era tan difícil robarles durante la noche como hacerlo a plena luz del día. Uro, metido en su nuevo proyecto, apenas se había movido de casa. Jadul sabía que solo podía haber una culpable.

—Y Manx vino ayer a vernos. ¿Te pidió dinero a escondidas? Dime la verdad.

El toro lo miró con un destello de angustia en los ojos.

—Te juro por mi alma que no.

Le sobraba el juramento, sabía que estaba diciendo la verdad.

—¿Y desde cuándo nos visita sin pedirnos una moneda?

Uro dejó caer los hombros, derrotado.

—No puede ser verdad.

Jadul se acercó a su compañero y lo abrazó. Era tan ancho que resultaba difícil rodearlo con los brazos, notaba su cuerpo duro bajo la gruesa túnica de lana. El gigante temblaba, desvalido y derrotado.

—Le habría dado dinero si me lo hubiese pedido. —Uro sollozó sobre su hombro.

—Pero yo no, y ayer estábamos los dos en casa. No se atrevió a preguntarte delante de mí, así que prefirió cogerlo prestado. Seguro que pensaba devolverlo antes de que nos diésemos cuenta. —Jadul le levantó la cabeza a su compañero—. No llores, amor. Esto es culpa mía. Voy a solucionarlo.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó preocupado

—Ir a buscarla. Con suerte, aún no se lo habrá gastado todo.

—¡No te enfades con ella! —suplicó el toro

Jadul sacó del armario su manto y su abrigo suspirando. Uro temía que Manx dejase de visitarlos. Ese miedo, junto a un amor que lo perdonaba todo, lo había llevado a consentirla. No le culpaba exclusivamente, él lo sabía y llevaba mucho tiempo haciendo la vista gorda, guiado por el mismo miedo. Manx era la niña de sus ojos, y ninguno de los dos soportaría perderla. Por ella habían sido capaces de superar muchos malos momentos.

En la calle, el relente de la mañana se le coló por las rendijas del abrigo raído, así que se cubrió la cabeza con el manto y apresuró el paso. Odiaba tener las orejas frías. En unas horas el tiempo cambiaría lo bastante como para que le entrasen ganas de tirar el abrigo a la basura, pero a primeras horas de la mañana aún hacía un

frío casi invernal. Tendría suerte si no terminaba pillando el resfriado de todos los años.

No tenía ni idea de dónde buscar a Manx. Desde hacía unos años vivía en una buhardilla diminuta con otras dos hadas aunque, si tenía dinero en el bolsillo, por poco que fuese, no habría puesto los pies allí desde el día anterior. Había un sitio donde tenía oportunidad de encontrarla o al menos, de que le dieran una pista sobre su paradero. Lo malo era que no le apetecía nada ir.



5. La Carbonería

Una knocker de lo más curiosa salió al patio de la Carbonería en cuanto el carro de Eleazar Ibn Bahar atravesó el portón. Se recogía el pelo en una cola corta de color azul brillante. Nicasia sabía que las knockers solo se cortaban el pelo como señal de duelo, cuando un familiar cercano o un ser querido fallecía. Lo habitual era enterrar una trenza junto al cuerpo como un último gesto de amor, un último intento de acompañarle en su última morada. Así que lo primero que supo del hada era que había perdido recientemente a alguien que le importaba. Era alta y las mangas de su túnica gris claro, remangadas por encima de los codos, mostraban unos brazos poderosos. Bajo la túnica asomaban unos pantalones morados remetidos dentro de unas botas remendadas. Tenía la espalda ancha y una cicatriz no demasiado antigua le cruzaba la cara en horizontal, desde la nariz hasta casi la oreja derecha.

—Hola, novata, me llamo Asha —se presentó ofreciéndole una mano llena de cortes en distintas fases de curación.

—Yo soy Nicasia —le respondió, estrechándosela. En la caravana le habían enseñado que los knockers se saludaban cogiendo el brazo del otro a la altura del codo y sacudiéndolo tres veces. La mano de Asha era callosa y su apretón fue fuerte y decidido. El hada cogió un asa del baúl y Nicasia se apresuró a ayudarla, aunque el equipaje no era ni demasiado grande ni demasiado pesado.

—Te diré dónde te quedas, no te asustes al verlo —le advirtió con una risilla.

Ambas atravesaron el patio hasta la puerta de un establo, un edificio antiguo de piedra con un destartalado techo de madera. Desde el portón medio abierto, un caballo con las crines de color crema las observó atentamente. Nicasia miró extrañada a su guía.

—Te dije que no te asustases. No es tan malo como parece.

—Es un establo. ¿Voy a dormir con el caballo? —preguntó preocupada.

Asha volvió a reírse. La cicatriz le daba un aspecto feroz que desentonaba con los ojos alegres y la sonrisa amable.

—Órdenes del Maestro —dijo encogiéndose de hombros—. Aunque también te digo que no tener que compartir tu habitación es una suerte. Casi ningún aprendiz logra una habitación propia hasta que lo nombran oficial.

—Después de seis años de aprendizaje, ¿no?

La aprendiz se acercó al caballo y le acarició las crines ralas. Después sacó una botellita de peltre de uno de los bolsos que le colgaban del cinturón y le dio un buen trago. Secó el gollete con la manga y se la ofreció a Nicasia, que la rechazó educadamente sacudiendo la mano. La knocker no pareció ofenderse y dio otro trago.

—Aquí en la Corte el tiempo que dura un aprendizaje lo decide el Maestro. El Maestro Avispa no es demasiado desprendido con sus aprendices. Por ahora solo ha nombrado a dos oficiales. Aunque todos soñamos con cambiar eso.

Un esclavo jamás habría hablado así de su amo, ni bebería a escondidas. Nicasia estaba algo desconcertada. Miró a su alrededor con cierto recelo, temiendo que las descubriesen criticando al maestro, aunque la knocker no parecía en absoluto preocupada. Tampoco veía ningún sitio donde pudiese acostarse, a menos que esperasen que durmiese en el suelo. Asha alivió su desconcierto señalando una buhardilla sobre sus cabezas, justo encima del pesebre.

—Ahí hemos puesto tu cama y una estufa. Sin bromas te digo que este sitio es bastante acogedor y estar apartada de los otros

aprendices es un regalo. Ya te irás acomodando. A veces me escondía ahí arriba para echar una siestecilla.

—¿No hay pulgas? —Nicasia miró la paja esparcida por el suelo con desconfianza.

—Las hay, aunque solo cuando hace calor. No te preocupes por eso, me sé un hechizo para librarse de los bichos. Luego te lo enseño, necesito una tiza para dibujarlo. La vieja Esmeralda es una compañera maravillosa, algo pedorra pero es una yegua muy tranquila. ¡Y no tratará de mirarte las tetas! —exclamó Asha antes de echarse a reír—. Creo que hay una escalera por alguna parte, sube y te paso el baúl.

Nicasia no necesitaba la escalera. Se agarró con agilidad a un pilar de madera y trepó hasta el altillo pese a que la falda era un estorbo. La aprendiz aplaudió entusiasmada.

—¡Qué manera de trepar! —la felicitó Asha.

—Lo haría mucho mejor si tuviese unos pantalones —dijo Nicasia mientras acomodaba sus cosas junto al jergón de paja.

—¿No traes ropa de trabajo?

—Me temo que no.

—Eso podemos arreglarlo —le contestó—. Ya buscaremos algo.

Bajó de un salto, atenuando la caída con un poco de magia. La aprendiz volvió a aplaudir y le pasó el brazo por los hombros.

—¡Eres más ágil que una vespifata! Tenía ganas de que llegase alguien nuevo. Espero, por la luz del sol, que nos llevemos bien.

Nicasia le sonrió. No esperaba un recibimiento tan cordial y no sabía qué decir. Tampoco estaba acostumbrada a aquel tipo de amabilidad. Subieron el baúl con un par de cuerdas. Asha le dibujó en la tapa algo parecido a una pluma y el equipaje se volvió considerablemente más ligero.

—Cuando trabajas con vigas pesadas y piezas de madera aprendes rápido estos trucos, ya verás —le explicó Asha.

—Tengo muchas ganas de empezar a trabajar —contestó mientras colocaba el baúl junto al jergón.

—¿Ganas de trabajar? Qué envidia.

El repicar de unas campanillas interrumpió la conversación. Asha se estiró como si le acabasen de quitar un yugo y apuró lo que quedaba en la botella.

—¡Bueno, hora de comer! Esas campanas suenan tres veces al día: al amanecer, al mediodía y al caer la tarde. Indican la hora del desayuno, del almuerzo y de la cena. Más te vale no remolonear. Avispa odia a los dormilones. Cuando escuches las campanillas ve a la cocina.

—Entonces deberíamos ir ya, ¿no?

—Más nos vale —contestó Asha torciendo una sonrisa.

La cocina estaba en un pequeño edificio perpendicular al principal. Solo tenía una planta y el tejado no era de pizarra, sino de madera y paja, con las paredes pulcramente encaladas. Una hilera de campanillas de latón repicaba sobre una puerta bajita y pintada de ocre con un tirador de madera. Nicasia nunca había estado en una cocina del exterior. En la caravana, la comida solía prepararse al aire libre, sobre hornillos portátiles o directamente en pequeños fuegos. Así que entró con una mezcla de agobio y curiosidad que la hizo sentirse como un ratoncillo colándose en un granero.

La habitación le pareció acogedora. De la pared y algunas vigas del techo colgaban ramos de hierbas aromáticas, ajos, cebollas y también ristras de pimientos y tomates secos. El aire olía a especias y harina. El suelo de madera estaba limpio, cubierto en parte por una gran estera de esparto trenzado. Todos los fogones estaban encendidos, cada uno de ellos con una olla borboteando encima. Del horno de ladrillos encajado en el muro surgía un apetitoso olor a pan caliente.

Una vieja sátira, con el pelo recogido sobre la nuca en un moño canoso, se dedicaba a cortar zanahorias inclinada sobre un mostrador pulido por el uso continuo. Estaba tan enfrascada en su tarea que no parecía haberse dado cuenta de que las hadas acababan de entrar. Asha la tocó en el hombro con suavidad y la cocinera le regaló una sonrisa desdentada al tiempo que soltaba el cuchillo.

—¿Quién es tu amiga? —preguntó. Tenía un modo extraño de hablar, pronunciaba los sonidos de una forma peculiar, con una entonación plana y regular.

Asha le contestó mientras hacía unos curiosos gestos con las manos.

—Es una aprendiz nueva, se llama Nicasia. Nicasia, está es Liatris.

Liatris asintió dedicándole una mirada curiosa.

—Bienvenida, me encargaré de que no pases hambre. Tú ven a la cocina cuando te haga falta —le dijo mientras le estrechaba las manos. A Nicasia le sorprendió la fuerza que tenía la anciana, parecía que todas sus compañeras de taller compartían una resolución y una fortaleza envidiables.

—Muchas gracias, encantada de conocer…

La puerta del patio volvió a abrirse, dejándola con la frase colgando de los labios. Un knocker alto y barrigón entró en la cocina estornudando como un trueno de bolsillo. No tenía un solo pelo en la cabeza, pero lo compensaba con unas cejas tupidas y unos bigotes recios, que parecían de paja de un color naranja rabioso. Vestía un peto de cuero que brillaba en las zonas más usadas y que cubría una barriga inmensa y redonda, sostenida milagrosamente por unas piernas delgaduchas. «Es como una naranja con patas de gallina», pensó Nicasia y tuvo que reprimir una risilla involuntaria. El knocker le dio un par de palmadas en la espalda como si ya la conociera.

—¡Bienvenida, moza! —dijo mientras se acercaba a la mesa que ocupaba el centro de la habitación y tomaba asiento en una de las sillas libres.

—Tienes los modales de una cabra, Gubia —protestó Asha—. Deberías dormir tú en el establo.

En lugar de ofenderse, el recién llegado soltó una escandalosa carcajada. Dos jovencitos entraron a continuación dándole grandes apretones de mano. Cada uno de ellos se sentó a un lado del bigotudo.

—¡Oye! ¡Que quería sentarme al lado de la nueva! —se quejó el de los bigotes con una voz bastante cascada.

—Ni hablar. Si tiene que soportar al viejo, y además tus galanteos, se habrá largado antes de que acabe la semana —le respondió el knocker más joven.

La broma arrancó una carcajada general que hizo que Gubia se pusiese más colorado de lo que ya estaba. Lanzó una mirada asesina a su alrededor y luego se giró hacia Nicasia.

—Espero que no hagas caso a estos patanes, muchacha. Soy maese Gubia y soy completamente inofensivo.

—Pero hazme caso y siéntate junto a Asha. Yo soy Jovial, por cierto, en nombre y en carácter, así te ahorro hacerme la broma —se apresuró a decir el joven que se había sentado a su derecha. Jovial era regordete e iba embutido en una casaca remendada de color melocotón que había visto tiempos mejores y se protegía el cuello con una larga bufanda amarilla. Tenía la piel casi tan pálida como la propia Nicasia. Sus ojos ciruela encerraban un brillo travieso, como si supiese algo muy divertido que no estaba dispuesto a compartir con los demás. Llevaba el pelo malva recogido en una trenza larga, enrollada alrededor de una aguja de madera.

—Como si Asha fuese un corderito —refunfuñó Gubia.

Asha se sentó bien lejos de Gubia y le indicó a Nicasia que ocupase un lugar libre a su lado dando unas palmaditas sobre la silla más cercana. La carpintera le señaló al muchacho que tenían delante. Era bajito, con los ojos turquesa casi tapados por un flequillo rosa pálido que, a juzgar por lo mucho que se lo toqueteaba, no quería quedarse en el lugar que le correspondía. Se protegía la ropa con un mandil de tela azul oscuro, de mangas muy anchas, totalmente salpicado de manchas de pintura de varios colores.

—Ya conoces a Gubia y Jovial. Este mozo presumido es Bermejo, nuestro pintor —le explicó Asha.

El knocker sonrió y le ofreció la mano para que se la estrechara. Tenía la piel áspera como la lija y los dedos llenos de callos.

—Encantado, Nicasia —le dijo con una sonrisa alegre.

—Es un placer conoceros a todos —saludó la mestiza con el tono de voz más dócil que pudo encontrar.

Bermejo se puso una servilleta al cuello para proteger su ropa. A Nicasia le pareció gracioso que le molestasen un par de manchas más.

—¿Y qué trabajo vas a hacer en el taller? ¿Eres escultora, ebanista, ensambladora? Dime que no eres pintora, por favor. Creo que no estoy hecho para tener compañeros. —La última frase la dijo con un exagerado tono dramático que arrancó risas entre el resto.

—Pues no te vendría mal algo de ayuda —aseguró Asha plantando los codos en la mesa.

—Soy herrera —le contestó Nicasia.

Los knockers se miraron totalmente desconcertados. Se hizo un silencio tan repentino alrededor de la mesa que podía oírse hervir el agua en una de las ollas. Nicasia reconoció esas miradas llenas de extrañeza, algo de lo que acababan de oír no les encajaba y la miraban esperando que les diese una explicación que no tenía.

Unos pasos descendiendo del piso superior hicieron que los aprendices alzaran la vista hacia la delgada escalera de caracol adosada a una de las esquinas. La aparición del Maestro Avispa consiguió que el silencio fuese aún más intenso. Se sentó en el cabecero de la mesa sin molestarse en saludar o mirar a Liatris. Llevaba unas gafitas de montura metálica con cristales pequeños y cuadrados colgando en la punta de la larga nariz. Paseó su mirada turbia y acuosa sobre el grupo de knockers. Todos bajaron la mirada hasta los platos vacíos. Nicasia había visto el miedo demasiadas veces como para no reconocerlo. El viejo estiró los labios cuarteados haciendo una mueca supuestamente amable, tan fría que era incómoda de ver.

—Así que ya conocéis a vuestra nueva compañera —dijo saltándose saludos y presentaciones.

Los knockers asintieron intercambiando miradas furtivas.

—Seguramente ya habréis cotilleado bastante como para saber que es herrera. No va a trabajar en la carpintería, sino en su propio

taller. Pronto nuestros muebles y juguetes serán mucho mejores que cualquiera que puedan fabricar en otros talleres. Mis vehículos y transportes se fabricarán por entero en el taller, nada de encargar piezas fuera, lo haremos todo nosotros —les comentó sin perder la sonrisa tirante. Su voz sonaba como un violín desafinado, fina y gritona—. Es un placer tenerte con nosotros, Nicasia.

—Pero estamos hasta las cejas de trabajo y hay que reemplazar a Mazarín —bufó Gubia mientras el resto de aprendices asentían—. ¿Para qué necesitamos ahora mismo una herrera?

Avispa le dedicó una mirada dura como un clavo.

—No espero que comprendáis mis planes, ni voy a consentir que los cuestionéis —les dijo cortante—. Nicasia es herrera y trabajará como tal. Vosotros concentraos en cumplir todos los encargos para las fechas previstas. Si en lugar de lloriquear os dedicáis a doblar el lomo, no debería haber ningún problema.

—Ni siquiera tiene dónde trabajar. ¿Dónde piensas ponerla a forjar? —insistió Asha.

—Si a alguien no le gustan mis decisiones puede marcharse cuando quiera. —Estas últimas palabras las acompañó de una sonrisa retorcida.

Los aprendices se miraron entre ellos, tensos y nerviosos, esperando que alguien tuviese el valor de añadir algo más. Avispa paseaba los ojos entre ellos, desafiándolos a hablar. En la cocina se hizo de nuevo un silencio denso y tirante hasta que finalmente el viejo se levantó de la mesa gruñendo.

—Voy a comer en mi despacho, no me apetece aguantar vuestros lloriqueos.

Dejó caer la servilleta sobre su plato y desapareció escaleras arriba. El silencio se prolongó unos instantes más, con los aprendices atentos al sonido de los pasos que se alejaban. Cuando dejaron de escucharse, Gubia se atrevió a hablar.

—Pues nada, tenemos una herrera. A ver en qué clase de encargos nos embarca el viejo.

Liatris se puso a servir los platos con una crema espesa de verduras en la que flotaban trozos de pan tostado. Los aprendices atacaron sus platos elucubrando sobre qué podía estar tramando Avispa. Hablaron de muebles mecánicos, con resortes para abrir puertas o mostrar cajones ocultos, de juguetes de hojalata y de escenarios móviles para diversas casas de teatro y espectáculos. Cuando Jovial mencionó los vehículos, los demás aprendices resoplaron despectivamente. Nicasia apenas probó un par de cucharadas. En otro momento habría disfrutado la comida; era sencilla pero abundante. Sin embargo, la escena que acababa de presenciar le resultaba descorazonadora. Empezaba a notar el cansancio del viaje y las emociones de la mañana aún le pesaban en el corazón. ¿De verdad aquel era el lugar seguro que Eleazar le había prometido o solo el primer rincón en el que había tenido la oportunidad de dejarla?

Asha se acercó a su oído.

—¿Por qué no te vas a dormir un rato? Tienes mal aspecto —le sugirió.

—¿Y qué pasa con el Maestro?

La carpintera le quitó importancia con un gesto de la mano.

—Cuando se pilla una rabieta se puede pasar un par de días encerrado. Si te manda llamar, me encargaré de buscarte. —Le frotó el brazo con una familiaridad cálida y reconfortante—. Vamos, echa una cabezadita, te vendrá bien.

Nicasia se levantó de la mesa.

—Si no os importa, creo que voy a instalar mis cosas en la buhardilla.

—No te creas que esto es así todos los días —le dijo Jovial con una sonrisa—. Tendrás tiempo de sobra para aburrirte con nuestra rutina.

—Simplemente has llegado con las aguas algo revueltas —añadió Gubia limpiándose los bigotes con la servilleta—. Vete a descansar, niña. Ya pensaremos cómo darte una bienvenida más adecuada.

Cruzó el patio hasta la cuadra, donde la yegua la miró con ojos curiosos, olisqueando delicadamente a su nueva compañera. Nicasia le abrazó el cuello. La yegua apoyó la cabeza en su hombro, dulce y confiada. La mestiza sintió que las lágrimas volvían a llenarle los ojos mientras un nudo apretado y amargo le cerraba la garganta. No sabía qué pensar de aquel lugar, ni de aquella gente. Dejó escapar un sollozo. A esas alturas, Eleazar estaría ya muy lejos y en unos días la caravana empezaría a alejarse de la Corte, fuera de su alcance. Sintió una llamarada de odio hacia sí misma. ¿Cómo podía llorar por una gente que no la quería? ¿Cómo podía querer a alguien que la había abandonado con unos desconocidos sin dudar ni un momento? Se separó de Esmeralda y se secó los ojos. Asha y los demás tenían razón, le hacía falta dormir. Estaba tan cansada que apenas podía pensar con la claridad necesaria.

Trepó hasta su buhardilla. El jergón que le habían preparado era bastante grueso, olía a alfalfa fresca y heno limpio. Se dejó caer en un abrazo blando y el cansancio la aplastó contra el colchón dejándola sin fuerzas. No tardó en quedarse dormida.

Volvió a soñar que recorría la larga e inacabable penumbra de los corredores de TocaEstrellas pensando que algo horrible le pisaba los talones. Algo que no podía ver. No, no era algo, era alguien. Y no necesitaba verlo para saber quién era. Nunca dejaría de perseguirla. Lo peor no era regresar a su vieja pesadilla, sino despertar sin el calor de un cuerpo cercano en el que consolarse. En la caravana dormía en la tienda comunal y no le costaba mucho encontrar a alguien tan profundamente dormido que no se inmutase si se acurrucaba a un lado, buscando el calor y la paz de una piel ajena. Dormir contra el cuerpo de alguien, como hacía en los cubículos de los esclavos, la tranquilizaba.

Se despertó sobresaltada, con el corazón desbocado, sin saber dónde estaba. Se quedó inmóvil mientras sus ojos se hacían a la oscuridad y el olor de la cuadra le llenaba la nariz. Bajo la buhardilla, Esmeralda roncaba suavemente. Recordó que ya no estaba en la caravana y suspiró con una mezcla de pena y resignación. Tenía una

claraboya sobre la cama y para abrirla tuvo que hacer bastante fuerza, las bisagras debían de llevar mucho sin usarse. Al ceder, una lluvia de polvo y telarañas cayó sobre ella. Asomó la cabeza, el cielo estaba teñido con el azul claro de la noche temprana y las estrellas brillaban con claridad. En el taller no se veía ninguna luz encendida. Todo estaba en calma. Llevaba durmiendo toda la tarde. Le había hecho bien, se sentía más tranquila y despejada.

Volvió al jergón, sabía que no podría dormirse de nuevo. Abrió su baúl, sacó una manta, regalo de los Ibn Bahar, y se la echó sobre los hombros. Las noches primaverales aún eran frescas. Era poco probable que alguien la molestase a esas horas, así que reunió valor y abrió el falso fondo para sacar el cuaderno de Yirkash. Lo observó con una mezcla de emoción e intriga.

Era un cuaderno de maestro, con tapas metálicas, salvo que en estas no se había grabado el escudo de ningún clan. En el centro había una pieza de peltre lisa, esperando que alguien estampase allí un sello. Su herencia goblin le permitía ver bastante bien incluso en total oscuridad. Entre las sombras, en mitad del silencio nocturno, se sentía segura. Escuchaba los ronquidos tranquilos de la yegua y fuera, en el patio, el chillido repetitivo de un alasombra que seguramente estaría buscando ratones regordetes, tan oculto en la noche como ella misma. Le parecía estar lejos de todo, en un lugar tranquilo donde nadie podía encontrarla. Quizás Asha tenía razón y estar sola no era tan malo. No le costaría mucho acostumbrarse a tener intimidad.

Deshizo los nudos que cerraban las tapas y un brillo pálido apareció ante sus ojos. La primera página mostraba la tosca caligrafía de su hermano realizada con una tinta plateada casi invisible. Nicasia acarició el papel, sintiendo el débil hormigueo de la magia recorrerle la yema de los dedos. Las páginas mostraban bocetos de distintas armas y artilugios, fórmulas, listas de ingredientes. La sabiduría del Clan del Yunque estaba recogida allí, secretos de forja, técnicas para hacer diferentes aleaciones, hechizos de templado. La mestiza no se podía creer lo que estaba leyendo.

Estaba segura de que era la primera vez que todo ese conocimiento salía de las montañas. Se sintió de nuevo inmensamente agradecida y también asustada. Tendría que ser muy prudente a la hora de usar gran parte de aquel conocimiento, un uso descuidado podría delatarla, no solo ante las hadas, sino entre los goblins. Jarash y sus guerreros la estarían buscando. Si llegaba a enterarse de que alguien en la Corte sabía hacer cotas de mallas nubladas o flechas retorcidas, levantaría muchas sospechas. Sería como decirles a sus perseguidores dónde estaba. Lo mejor sería aprender poco a poco y encontrar la manera de usar todo aquello sin llamar la atención más de lo conveniente. Debía ser tan inteligente y sutil como Yirkash, que para poder confiarle los secretos de su familia había utilizado un truco obvio pero efectivo: usar tinta de luna para copiar el cuaderno. Esta tinta solo se desvelaba en la oscuridad, la luz más tenue la volvía invisible, salvo para los ojos de los goblins. Las hadas del exterior siempre verían un cuaderno en blanco. Nicasia no dudaba de que debían existir métodos para revelar la tinta a la luz diurna, pero también estaba convencida de que no debía de ser sencillo. Aquel truco era una de las herramientas del espionaje goblin más efectivas.

Al pasar unas cuantas páginas más descubrió que el centro del cuaderno tenía una hoja más gruesa que las demás. En ella no había fórmulas ni recetas, solo el dibujo de una espiga de luz. El insecto estaba muy bien dibujado, con sus patas largas, las alas delicadas con toda una red de finísimas venillas recorriéndolas y la extraña mancha en el tórax acorazado, que recordaba lejanamente a una flor de fuego y que brillaba como si llevase una llama sobre la espalda. Junto al dibujo solo había una palabra: «escríbeme». El corazón le dio un vuelco, aquel era un truco que habían utilizado algunas veces cuando el padre de Yirkash la había vendido a Jarash para enviarse mensajes. Entonces ella nunca pudo responderle por el mismo medio, no tenía ni la menor chispa de magia en su interior, pero conseguía que otras esclavas le hicieran llegar sus mensajes. Ahora podía, sí que podía. Se frotó las manos para hacerlas entrar en calor

y movió los dedos con cuidado, despegando el dibujo del insecto de la página muy lentamente. La tinta empezó a brillar, trazos dorados que cobraban dimensión a medida que se separaban del papel, las patitas empezaron a moverse y las alas zumbaban impacientes. Nicasia iba dándole vida al animalito mientras los ojos se le llenaban de lágrimas. Sabía que el mensaje debía ser breve, el insecto podía cargar muy poco peso. Arrancó la esquina de una de las hojas, un trozo menor que la yema de su meñique y con letra diminuta escribió: «Estoy viva, estoy bien». Pegó el pequeño mensaje en el estómago de la espiga y sopló sobre sus antenas peludas.

—Vete, vuela hasta Yirkash —le susurró mientras las alas del insecto empezaban a zumbar a toda velocidad, convertidas en una brillante mota de luz. La mestiza solo pudo ver un borrón incandescente alejarse de ella, colándose por una grieta entre las tejas.

Rezó para que su hermano continuase vivo, para que el mensaje llegase hasta él, para que le contestase. Sabía que aquello los ponía en peligro a los dos. Cuando Yirkash pegó a la mensajera en el cuaderno era consciente del riesgo, tanto como de la necesidad que siempre sentirían por tener noticias el uno del otro.

El amanecer la descubrió acurrucada en su colchón, con las mejillas mojadas y el cuaderno apretado contra el pecho.



6. El Viejo León

La carroza atravesaba las calles de la Corte sin que nadie le prestase mucha atención. Sygurn aún no conocía la ciudad. Todavía le sorprendía lo grande que era y le agobiaba lo abarrotada que estaba. Parecía que todas las hadas de TerraLinde querían vivir entre las murallas de la capital. Las casas se amontonaban unas sobre otras, planta sobre planta, con fachadas tan dispares que parecían sacadas de la pesadilla de un arquitecto. Algunos edificios estaban unidos por pasadizos construidos sobre la calle. Otros por puentes y pasarelas de todo tipo. A veces se veían tablones tendidos entre dos azoteas cercanas. Bajo estas chapuzas improvisadas, las calles se convertían en corredores sombríos. Todo este batiburrillo de ladrillo, yeso y azulejo estaba lleno de hadas con tan poco respeto por el espacio vital como el que se podía apreciar en sus viviendas. Incluso con la noche ya muy avanzada, había calles bastante concurridas, pese a que la iluminación era pobre y la noche fría. Muy pocas hadas miraron la carroza dos veces cuando pasó a su lado. De hecho, Sygurn tuvo la sensación de que muchas evitaban mirarla o apartaban la vista cuando se acercaba. Era difícil no preguntarse por qué. Quizás era una de esas cosas que, como Alférez, le convenía saber.

Tras atravesar una avenida bastante tranquila, enfilaron hacia un laberinto de callejones estrechos y sucios. Allí estaban completamente a oscuras, salvo por la turbia luz de luna que apenas dejaba adivinar las fachadas de unas diminutas casuchas de madera.

Sygurn había oído hablar de lo que llamaban las MalasCasas, un arrabal pegado a la muralla como lapas al casco de un barco. Nada de lo que le habían contado hacía justicia a la triste miseria de la zona. Muchas de las casas eran simples chozas de madera con tejados de paja trenzada, las mejores eran de adobe. Algunas usaban la propia muralla como apoyo, el foso interior estaba cegado con una capa de escombros sobre los que se asentaban muchas chabolas. La carroza avanzó por una calleja estrecha hacia un edificio alto de adobe que parecía algo mejor que el resto. No tenía ninguna construcción adosada, era un cuadrado macizo, con unas pocas ventanas estrechas en la segunda planta y poco más que destacar en una fachada de color ocre, sólida y fea. La carroza se paró a un par de varas de la puerta.

—Hemos llegado —anunció Aglanor golpeándose las piernas con las palmas de las manos.

—No es un lugar que inspire confianza.

—Creo que de eso se trata —contestó el Cillero sin un asomo de humor.

Estaba en el peor barrio de la ciudad, sentado dentro de un vehículo que valía más que todas las chozas que lo rodeaban y a pesar de todo no parecía preocupado, ni asustado. Esa actitud puso a Sygurn en alerta. La tranquilidad de Aglanor la hacía desconfiar de sus intenciones.

—Me temo que no estoy invitado a esta fiesta, solo puedes entrar tú. Esperaré en la carroza. Deberías subirte la capucha, los sidhe no somos bien recibidos aquí. —Si se había percatado de sus reparos, no lo demostró; seguía impasible.

Sygurn obedeció de mala gana. Había salido a hurtadillas de Palacio y se movía a escondidas por la ciudad, como una ladrona en la noche. Era la Alférez Mayor, no debería estar prestándose a semejantes triquiñuelas. Al salir de la carroza, el frío nocturno le heló las mejillas. Miró la puerta de madera que tenía a pocos pasos. Por un momento se le cruzó por la cabeza que, si aquello era una trampa, acababa de morder el anzuelo. Tuvo la tentación de echar

mano a la espada, pero se contuvo; no debía parecer asustada. Se giró hacia el elfo.

—¿Y cómo entro? ¿Simplemente llamo a la puerta?

—Nada es simple en las MalasCasas —le dijo Aglanor con una sonrisa—. Pero sí, bastará con llamar a la puerta. Te están esperando.

Si le estaba tendiendo una emboscada, el caballero de QuiebraFuegos debía ser el elfo más frío que había conocido.

—¿Algún consejo?

El elfo alzó una ceja y pensó unos instantes antes de contestar.

—Aunque el Viejo León ha trabajado de forma leal con nosotros durante todo su mandato, es un tipo bastante taimado. Te aconsejo que no te fíes demasiado de él —le dijo su acompañante antes de cerrar la puerta de la carroza.

«Gracias por nada, Don Evidente», bufó Lena.

«Sí, no es que se haya esforzado demasiado», reconoció Sygurn. «En fin, entremos. Si tengo que morir, que no sea pasando frío».

Paseó los ojos por el triste paisaje de las casuchas. El aire olía a chimenea y basura mientras un bebé lloraba en las entrañas de aquella miseria. Sygurn pensó qué motivos para llorar tendría, ni el pastor más humilde de VuelaPluma vivía en semejantes condiciones. Se preguntó quiénes eran las hadas que ocupaban las barracas y qué las había llevado hasta allí. Necesitaba conocer los problemas de la ciudad, y hasta ahora no lo había hecho. Se sintió culpable, no había salido de Palacio tanto como debería desde que estaba en la Corte. Había leído pilas y pilas de documentos, revisado las tropas de la Guardia, pero apenas conocía las calles que debía proteger, ni a las hadas que vivían en ellas.

Avanzó hasta la puerta y golpeó un llamador de hierro bastante tosco. Al tocarlo sintió una punzada de dolor en los dedos que le hizo soltarlo de inmediato. Reconoció aquella sensación, era hierro estelar. Un metal temido por las hadas que pocos artesanos podían trabajar. Los herreros lo llamaban «Muerte de Danu». El hierro caído del cielo mataba la magia, que era la esencia misma de las hadas.

Algunos decían que se comía las almas de quienes lo tocaban. En realidad, solo les robaba su magia, aunque también era cierto que sin ella, las hadas no eran nada. La vida sin magia era apenas una sombra de existencia. Los herreros renegaban de aquel hierro maldito y se negaban a forjarlo. Los sidhe habían prohibido su uso hacía mucho tiempo. Quien hubiese colocado el aldabón mandaba un mensaje claro: las visitas no eran bienvenidas. Sygurn nunca había visto un hechizo de bloqueo mágico tan agresivo. Lena se removió dentro de la capucha. Para ella, que tenía una fuerte esencia mágica, un sello de ese tipo debía resultar algo más que molesto.

«¿Qué quieres hacer?». No estaba segura de que la mellifata quisiese entrar a la casa.

«No sé si ahí dentro podré mantener el vínculo», le contestó débilmente.

Lena sacó la cabeza de la capucha para coger aire. Era evidente que el sello la afectaba más de lo que estaba dispuesta a reconocer. La puerta se abrió. Un troll enorme, con colmillos irregulares asomando por el labio inferior como una cordillera de rocas afiladas, apareció en el vano ocupándolo casi por completo.

—Dijeron que venías sola —dijo con los ojillos diminutos clavados en la pequeña duende.

—Pues te dijeron mal —contestó la sidhe sin perder la calma.

El troll se encogió de hombros y una lluvia fina de polvo le cayó desde la espalda y el pecho, de roca gris y salpicados de manchas calcáreas. Sobre él no crecía hierba ni liquen alguno. Nada vivo adornaba su piel muerta, debía de ser un anciano. Comenzó a caminar por un pasillo ancho tras indicarles que lo siguieran. Sygurn miró a Lena, que asintió en silencio. La puerta se cerró suavemente a sus espaldas. No les quedaba más remedio que avanzar.

El interior de la casa de adobe era sencillo pero acogedor. Unas lamparitas de sal rosada incrustadas en el muro iluminaban el pasillo y el suelo era un mosaico vidriado azul que daba la sensación de estar caminando sobre un arroyuelo. Al avanzar, pasaron ante un

arco bajo que mostraba una sala amplia, presidida por una gran chimenea encendida. Frente al fuego una gorrorrojo se afanaba ante un pequeño telar y, no muy lejos, un bogan bordaba gatos y mirlos en un bastidor. Era extraño ver a una gorrorrojo en una tarea como aquella, manejando la lanzadera y el cepillo con la delicada precisión de una experta, cuando lo habitual era que su gente prefiriese las profesiones de armas. Aunque lo verdaderamente extraño no estaba en la profesión, sino en la hora y el lugar para ejercerla. La sidhe se preguntaba qué hacían aquellas dos hadas bordando y tejiendo en plena noche, en el corazón de las MalasCasas. El troll las dejó al pie de un corto tramo de escaleras.

—¡Suba, Señora de Ventisquero! —le pidió una voz cargada de años.

Lena estaba sentada sobre su hombro y tiró cariñosamente de una de sus trenzas para darle ánimos. Sygurn subió las escaleras en tensión, con la mano sobre el pomo de la espada, atenta al menor ruido. Hubiese querido lanzar algún hechizo de alerta, pero la presencia del hierro era tremendamente intrusiva. Hacer magia allí sería complicado y trabajoso. Encontró una puerta entreabierta, pero antes de cruzarla llamó con los nudillos un par de veces.

—¡Pasad, pasad sin reservas, la estaba esperando! —la invitó la voz amablemente.

Al atravesar la puerta tuvo la impresión de que estaba en el exterior y se quedó clavada en el sitio, mirando las estrellas y la estrecha franja de la luna colgada sobre su cabeza. No tardó en darse cuenta de que el techo de la habitación era una lámina de cristal. Una única pieza cuadrada que ofrecía una visión clara del exterior. Jamás había visto algo así. Era un trabajo sublime.

—Veo que os gusta mi observatorio —dijo la voz que la había invitado a pasar.

—Es impresionante, lo último que esperaba ver esta noche, y menos en un lugar como este —reconoció Sygurn.

La sidhe bajó la vista del cielo hasta un anciano bogan sentado en una aparatosa silla de ruedas con el respaldo muy alto. Calvo y

arrugado como una patata que hubiese pasado demasiado tiempo al sol, tenía la piel salpicada de manchas oscuras que le recordaron a las del troll. El modo de fruncir los labios delataba una boca con pocos dientes y bajo unos párpados cansados brillaban unos acuosos ojos oscuros. El viejo estaba junto a un pequeño telescopio, del que se apartó haciendo maniobrar la silla de ruedas con la habilidad de quien la considera ya una parte de su cuerpo. Llevaba una gruesa túnica de fieltro azul cobalto, con los puños y el cuello delicadamente bordados con motivos geométricos de color rojo oscuro. Un tipo de prenda muy apreciada en VuelaPluma.

—Todos conocemos el dicho de que las apariencias engañan y aun así nos cuesta no dejarnos guiar por ellas, ¿no es cierto? Es un error tan común como peligroso.

—Cierto.

—Nos educan en los prejuicios, aunque nos adviertan contra ellos, ¿no cree? —dijo pensativo, luego sacudió la cabeza, negando con vehemencia—. Pero no estáis aquí para oír divagar a un viejo. Debéis disculparme.

—No hay nada que deba perdonar —se apresuró a decir.

El anciano le indicó una silla de respaldo alto, tallada con un diseño muy similar a los bordados de su túnica.

—Sentaos si os apetece. Soy León, Señor de la Hueste Invernal, y es un placer teneros aquí, Señora de Ventisquero.

Sygurn ocupó el asiento y Lena se acomodó en el borde del reposabrazos derecho.

—Veo que ya me conocéis. —La sidhe señaló a la mellifata con la mano—. Ella es Magdalena, mi consejera.

León miró a la pequeño duende, parecía interesado y sorprendido. Los duendes no tomaban hueste, por lo tanto, no se los consideraba hadas de pleno derecho. No podían vivir en las ciudades, ni ejercer una profesión, no podían tener propiedades. No se consideraba delito matarlos o causarles daño. De hecho, las hadas creían que las mellifatas eran una plaga peligrosa a la que había que mantener lejos de las despensas a cualquier precio. Que

una sidhe apareciera diciendo que una de ellas era su consejera debía de parecerle una extravagancia, como tener una rata de mascota. Era una comparación que había oído muchas veces. Sygurn ya no se molestaba en asegurar que las ratas eran animales limpios e inteligentes o que las mellifatas no eran plagas domésticas, sino seres sensibles y racionales. Lena era su amiga, no tenía que explicar nada, si los demás no querían entenderlo, el problema era suyo. Con el tiempo se había acostumbrado a aquellas miradas de incomprensión, Lena las toleraba mucho menos. No le gustaba que la considerasen el capricho de una noble.

—Ambas sois bienvenidas a la Casa del Pueblo —contestó el anciano.

—Se lo agradezco, aunque la próxima vez que quiera vernos, le aconsejo que no nos reunamos en mitad de la noche —dijo Sygurn con una sonrisa.

—Tampoco estaría mal vernos en un sitio menos hostil a la magia —añadió Lena tiritando de frío. Había perdido su burbuja protectora y, por cálida que fuese la habitación, Sygurn sabía que era demasiado orgullosa para pedir ayuda, así que hizo un hueco en su regazo con los pliegues de la capa. La mellifata plegó las alas y se acurrucó cómodamente.

—Lamento mucho las molestias, pero un Señor del Invierno no llega a viejo sin tomar algunas precauciones.

—¿Desconfiar de mí es una de esas precauciones? —preguntó más interesada que ofendida.

—¡Desconfío de todo el mundo! —se rio el viejo haciendo temblar su arrugada papada—. ¿Cómo crees que he llegado a viejo?

No pudo evitar darle la razón. Si debía creerse lo que se contaba en Palacio, León era el Señor de la Hueste Invernal que más años había logrado conservar el título. El mérito era doble, pues hasta entonces, todos los que se habían sentado en el Trono de Piedra lo habían conseguido por la fuerza. Matar al Señor de la Hueste, ya fuese en un duelo o por medios menos nobles, parecía ser el método más habitual para ocupar su lugar. El propio bogan llegó al trono

después de vencer a su antecesor, pero no fue gracias a la fuerza, sino a la inteligencia. León lanzó un reto de acertijos al Señor de la Hueste, un sluagh al que llamaban Egio. Un estiradillo que presumía a menudo de su inteligencia. Las condiciones del reto eran tentadoras para alguien que, como Egio, siempre estaba buscando un modo de mostrar lo afilado de su ingenio; si era capaz de responder tres preguntas, conservaría su trono y ganaría un esclavo que era bastante rico. Si perdía, el trono cambiaría de manos y el bogan sería el nuevo Señor. El sluagh sonrió, seguro de sí mismo y aceptó el reto sin pararse a valorar los riesgos, aquel gordo de cara simplona no podía ser más listo que él. León lanzó su primer acertijo: «Si en una familia hay dos padres y seis hijos, y cada hijo tiene una hermana, ¿cuántas hadas la forman?». Egio se apresuró a contestar: «Nueve, dos padres, seis hijos y la misma hermana para todos ellos». León sonrió asintiendo. Los asistentes rieron, aquel bogan rollizo y sonriente no se sentaría en el trono con unos acertijos tan pobres. «Cuando los atan se van. Cuando los sueltan, se quedan. ¿Qué son?». El sluagh tardó algo más en responder, pero no perdió la calma: «Los zapatos», respondió con una risilla satisfecha. Y León aplaudió entusiasmado, porque esa la respuesta adecuada. El Señor de la Hueste se estiró en su trono: «No eres rival para mí», le dijo. «Voy a ser benevolente, te permito retirarte ahora y olvidarnos del juego». León se secó el sudor de la frente con un pañuelo tan lleno de encajes que valía más que todas las prendas que vestía el sluagh. «No», respondió. «He llegado hasta aquí y quiero seguir. Así que ahí va mi último acertijo, adivinadlo y todo lo que tengo, incluso mi propia vida, será vuestro. Escuchad con atención. Si participo en una carrera y adelanto al segundo corredor, ¿en qué posición estoy?». El sluagh contestó tan rápido como si él mismo estuviera en una carrera: «Vas el primero, cómo no». León se echó a reír: «No. Vais el segundo, señor. Y segundo quedáis porque el Trono me lo quedo yo».

León llevaba mucho tiempo estudiando al Señor de la Hueste, sabía que era listo, pero también que confiaba demasiado en su

inteligencia, y que le perdía la arrogancia. Tal fue el caso, si hubiese preferido pararse a pensar antes que tratar de impresionar a los presentes con la rapidez de sus respuestas, seguramente habría ganado a un buen y leal esclavo, además de mantener su posición.

Esta muestra de astucia gustó mucho a los gentiles invernales que, por primera vez en mucho tiempo, admiraban al Señor del Invierno en lugar de temerlo. Desde entonces, se había ganado la lealtad de muchos mostrando que podía ser muy generoso con sus partidarios, y había sembrado el miedo entre los que se habían enfrentado a él para dejar claro que también podía ser implacable con sus enemigos. La Cuadrilla de Hielo, como se hacían llamar los que trabajaban para él, eran devotos seguidores, aunque el anterior Alférez Mayor apenas había dejado alguna explicación sobre sus actividades. Al parecer, jamás habían despertado su interés, algo sobre lo que Sygurn tenía un buen montón de reservas.

—Me parece que voy a tener que tomar ejemplo de su desconfianza.

—Sería una decisión sabía —corroboró León asintiendo—. Aunque me alegro de que aún sea lo bastante confiada como para venir a verme.

—Estoy aquí porque el Senescal quería que hablásemos. Sin embargo, no tengo claro qué necesita decirme con tanto secretismo.

—Imagino que no había vivido antes en la Corte, ¿verdad? —preguntó el bogan, aunque Sygurn estaba bastante segura de que conocía la respuesta.

—No, soy de las montañas del sur. De VuelaPluma.

—Calendemyn se ha traído a su familia a la capital. Es la primera vez que lo veo hacer algo así.

—¿Algo así? —preguntó Lena.

—Poner en la línea de fuego a las personas que ama. Me pregunto a qué está jugando y seguro que no soy el único en la habitación que tiene esa pregunta en mente.

Un breve silencio se apoderó de la habitación. A Sygurn no le gustó demasiado que el bogan usase la palabra «familia». Se sentía

incómoda ante la posibilidad de que conociese la relación entre su padre y Calendemyn de VuelaPluma. Sygurn había crecido en una familia colmena al estilo de los gentiles, aunque eso era algo que no podían decir abiertamente en Palacio.

—No tengo ninguna duda con respecto a las intenciones del Senescal —mintió Sygurn mirando a los ojos a León—. Necesitaba a un nuevo Alférez y aquí estoy. También consideraba necesario que me reuniese con usted y aquí estoy. Pero ando corta de paciencia; si no tiene nada que decirme me iré de inmediato.

León cambió de actitud, soltó una risilla cascada y nerviosa y tamborileó con los dedos sobre el reposabrazos de su silla, buscando cómo reconducir la conversación.

—Está bien, veo que es directa como una flecha. Permítame abusar de su paciencia solo un poco más. ¿Sabe por qué dejó el puesto su antecesor?

—Tuvo que regresar a toda prisa a sus tierras natales, su esposa enfermó de gravedad de forma muy repentina. —En los últimos meses había repetido aquella explicación tantas veces que ya estaba a punto de creérsela.

—Entiendo que en ese caso no habéis podido hablar con él.

—Yo llegué a la ciudad cuando ya se había marchado. El Senescal se está encargando de instruirme en mis funciones.

El bogan siguió dando golpecitos con los dedos en el reposabrazos de su silla. Sygurn no podía decir si era porque estaba sumido en sus pensamientos o porque estaba poniendo a prueba los límites de su paciencia. La presencia de hierro hacía que Lena apenas pudiese leer su estado de ánimo.

—Verá, me gusta cuidar de los míos, de los gentiles más desfavorecidos. Y para eso necesito dinero y cierta independencia de los nobles. Mis negocios me proveen de ambas cosas, y aunque no son del todo legítimos, no perjudican a nadie. El antiguo Alférez comprendía eso.

—Y le dejaba tranquilo —acabó la frase Lena.

La mirada que León dedicó a la mellifata fue fugaz, pero certera. Un rapidísimo atisbo de enfado que ahogó en una sonrisa dulce, falsa como la de un comerciante que quisiera venderle filtros de amor hechos con agua y azúcar.

—A cambio, yo le proporcionaba información que ayudaba a mantener el orden en las calles y a los gentiles de bien seguros y felices —añadió León.

Sygurn se preguntó si aquella era la propuesta más corrupta que iban a hacerle o la más honesta. El bogan acababa de decirle sin tapujos que hiciera la vista gorda con sus asuntos a cambio de detener a la competencia. Seguramente consideraba que los delitos ajenos eran más graves que los suyos. Estaba segura de que su predecesor se llevaba algo más que un poco de información y tenía muy pocas dudas de que su repentina marcha no había sido del todo ajena a aquella amable colaboración. ¿Tal vez Calendemyn la había descubierto? Y si era así, ¿por qué había organizado aquel encuentro? Era injusto hacerla jugar a una partida de un juego cuyas reglas desconocía.

—Es una oferta generosa, y no pongo en duda sus intereses filantrópicos, pero me gustaría estudiarla antes de darle una respuesta.

León regresó junto a su telescopio y le hizo un gesto para que se acercase.

—Echad un vistazo.

Sygurn se sorprendió al hacerlo, porque pese a la colocación, a través de la lente no se veía el cielo, sino la ciudad. La Casa del Pueblo tenía muy buenas vistas. Podía contemplar la avenida Ancha y la calle Alegre con un nivel de detalle impresionante incluso para ser de noche.

—Mi lente es un invento engañoso. Si logro ver una calle al detalle, pierdo la visión de conjunto. Si miro por la ventana y observo la ciudad al completo, me pierdo los detalles. Es difícil verlo todo, aunque en realidad lo importante es saber qué se quiere ver.

—Para encontrar algo debes saber qué buscas —dijo Lena—. Es un acertijo. ¿Quiere que le ayudemos a encontrar algo?

—No, quiero darle la oportunidad de ver los detalles que no se observan desde el castillo. ¿Por qué no habla con su amigo, Feral de DunasAltas? Estoy seguro de que encontrará muy interesante lo que tiene que contarle.

Con un escalofrío, volvió a preguntarse cuánto sabía aquel bogan. Eran amigos desde niños, los DunasAltas criaban las mejores monturas de TerraLinde, desde caballos hasta perros del desierto. Sygurn tenía un caballo de montaña criado personalmente por Feral, al que llamaba Ventisca. Si el joven tuviese algún problema, acudiría a ella, Sygurn haría todo lo que estuviese en su mano por ayudarlo y estaba segura de que él lo sabía. Y sin embargo, había preferido pedirle ayuda al Viejo León. Empezaba a darse cuenta de lo poco que conocía no solo la ciudad, sino a sus habitantes y sus reglas. León había llegado a viejo porque sabía por dónde se movía, si quería conseguir lo mismo tendría que aprender deprisa.



7. Viejos hábitos

Nunca era tarea sencilla encontrar a alguien en la Corte de los Espejos. Demasiadas hadas, demasiados sitios en los que buscar y demasiado rincones donde esconderse. Jadul no creía que Manx se estuviese escondiendo de él, conocía la rutina de su hija. Se metía en algún lío y se pasaba un par de semanas evitándolos hasta que creía que ya podía ir a verlos sin riesgo de encontrarse ceños fruncidos o algún intento de charla seria sobre sus desmanes. Manx odiaba con todas sus fuerzas tener que cumplir normas, escuchar consejos o aceptar que estaba haciendo algo mal. Él no era muy distinto a su edad, cuando era joven cualquier cosa era un sermón. Tenía tremendamente claro que los adultos, los mayores, los viejos…, cualquier hada que tuviese diez años más que él no entendían la vida. O mejor dicho, no entendía su vida, porque él estaba lleno de ilusiones y de grandes planes. Por entonces pensaba que él no haría las cosas como sus padres, sería distinto, más brillante, más libre, mejor. Viviría de otra manera y no aceptaría que nadie le dijese lo que tenía que hacer. Sí, podía reconocerse en su hija, sabía que no debía entrometerse en su joven vida. Del mismo modo, sabía que haría cualquier cosa para protegerla. Lo difícil era encontrar la forma de conciliar los dos extremos. Manx tenía que conseguir sus propios logros y cometer sus propios errores y él estaría allí para consolarla cuando lo necesitase. Intentaba dejarla hacer, dejarla vivir, dejarla correr lejos de él. ¿Por qué tenía la sensación de estar haciendo algo tremendamente mal?

Jadul enfiló una calle estrecha sorteando charcos sospechosos. Algunas de aquellas casas no tenían letrinas, ni acceso a las cloacas para vaciar los orinales, así que las hadas seguían con la antigua costumbre de arrojar el contenido por la ventana. La llamaban calle Embarrada porque calle Mierdosa, aunque fuera un nombre mucho más apropiado, no era del agrado de los vecinos. Si conocía a su hija, a esas horas estaría en la plaza de la Quincalla, con sus más que cuestionables amigos. Le daba vergüenza tener que acercarse a aquellos jovenzuelos sin familia para preguntar por Manx, le escocía pensar que les había robado. No era necesario, le daban dinero siempre que lo necesitaba. ¿Por qué llevárselo sin pedirlo? Le asustaba pensar para qué podía necesitar tanto dinero. Quería creer que no era consciente de que se estaba llevando todos sus ahorros y Uro necesitaba materiales de dibujo que ahora mismo no podían pagar. Con las pocas monedas que aún tenían apenas se las arreglarían un par de semanas con lo más básico. No quería volver a tener que esconderse del casero. Se había prometido que esos días eran cosa del pasado.

La plaza de la Quincalla era un rincón alegre, muchos artesanos y ropavejeros ilegales exponían allí sus mercancías, normalmente en lonas sobre el suelo. Podías encontrar de todo: ropa usada, muebles, cacharros de cocina y cachivaches que querían llamarse antigüedades aunque solo fuesen trastos cubiertos de roña. También muchos pequeños artistas y artesanos vendían sus obras. Pintores, tejedores, alfareros, jugueteros… Hadas que no tenían dinero para pertenecer a ningún gremio, ni siquiera para poner una tienda. Había carros de fruta y verdura, un cazador que vendía plumas coloridas para adornos y herramientas, pero que también tenía, ocultas en un zurrón, supuestas plumas de fénix para los ingenuos y verdaderas para los más expertos. La venta de plumas de fénix era ilegal, quedaban pocos y nadie quería que desaparecieran de TerraLinde, pero mientras hubiese compradores dispuestos a pagar no faltaría un cazador dispuesto a arriesgarse. En una esquina, una dríade vendía agua de fuego proveniente del Santuario de

FuegoVivo, un compuesto carísimo que servía de base para medicinas y tónicos. También había algunos músicos ambulantes y magos; por la tarde, los niños podrían ver actuar a los titiriteros por un par de cobres. Todos se agrupaban alrededor del enorme árbol de fuego que crecía en el centro de la plaza, el único de la ciudad. Era algo más alto que los edificios que lo rodeaban, sus hojas rojas salpicaban el suelo de la plaza todo el año. El tronco verde, tan ancho que eran necesarias varias hadas para abarcarlo, ocupaba una buena porción de la plaza, porque sus enormes raíces asomaban sobre la tierra, lo que no impedía que se usasen las ramas más bajas para colgar todo tipo de cosas.

Jadul se fue abriendo paso entre el gentío, atento a los ladronzuelos que pululaban entre la multitud. Él había sido uno de aquellos niños de dedos ágiles y sonrisa engañosa. Para señalarse como uno de los suyos, el phoka colgó en su bolsa una de las hojas del árbol. Eso debería evitar que la mayoría de ellos tratasen de robarle. Siempre podía encontrarse con alguien dispuesto a saltarse las reglas, pero el gato sabía cómo lidiar con desaprensivos, aunque esperaba no tener que hacerlo. Buscó con la mirada a algunos de los golfillos callejeros que Manx solía frecuentar. Desde luego, había unos cuantos que bien podrían haber sido amigos de su hija, vestidos con ropa hecha de retales coloridos, pantalones anchos, adornos de cuero y plata y melenas largas recogidas con trenzas de todos los colores, pero estaba seguro de que nunca había visto a su hija con los que estaban aquella mañana holgazaneando entre las raíces del gran árbol.

Una melodía llegó hasta sus oídos, Jadul giró la cabeza. Sentado en una rama baja, un sátiro tocaba dulcemente una zanfoña de madera gris. Vestía por completo de color celeste claro, que combinaba muy bien con sus patas de pelaje blanco y unos cuernos de color crema que asomaban entre una larga cascada de pelo rubio, tan claro que casi parecía blanco. En corro, un grupo de hadas lo escuchaban embelesadas. El gato sonrió y se apoyó en el tronco del árbol para escuchar la canción que estaba entonando:

Dejadme, que no quiero
amores que encadenan.
Dejadme, que prefiero
la pena serena.

Que el viento se lleve
lo que un día osé,
cuando, ciego de sueños,
me entregué a vuestra fe.

Perdí la alborada,
rompí mi quimera,
¡Que la mar os guarde,
lejana y ajena!

Un suspiro muy sentido acompañó a las últimas notas de la zanfoña. El músico se bajó de la rama de un salto y pasó entre los presentes una elegante bolsa de raso blanca; algunas monedas y más de una mirada cargada de intención cayeron sobre él. Un joven bogan le regaló un clavel de invierno que el sátiro se prendió en el pelo tras darle un breve beso y una dríade le regaló una corona hecha con hojas de sus propios cabellos. El músico hizo algunas reverencias y dedicó sonrisas y palabras de agradecimiento al público que se dispersaba alegremente. Jadul le sonrió, saludándole desde su rincón con una sonrisa bromista y el sátiro corrió a su encuentro.

—¡Jadul! ¡Dichosos los ojos! —le dijo dándole un abrazo efusivo—. Hacía mucho que no te dejabas caer por aquí.

El gato le devolvió el abrazo.

—No esperaba encontrarte, pensé que ya tenías mejores escenarios donde actuar.

El músico sonrió mientras se colgaba el instrumento a la espalda. Al contrario que a otros juglares, no le gustaba vestir con ropas lujosas ni llevar joyas vistosas, su enseña eran las prendas azul claro, que combinaban con unos ojos de color rosa intenso. Poseía

una belleza extraña, delicada y a la vez llena de fuerza, como las plantas que crecían en las grietas de las calles.

—Sigo viniendo por aquí de vez en cuando, para honrar los viejos tiempos. No quiero olvidar de dónde vengo.

Inconscientemente el gato se rascó el párpado vacío.

—¿Ah, se puede olvidar? No me importaría un poco de olvido. —Decidió cambiar de tema, no era el mejor día para recordar el pasado—. ¿Has dejado tu repertorio revolucionario? ¿Ahora cantas canciones de amor?

El sátiro señaló a las raíces del árbol, donde jugaba una niña bogan con unas largas trenzas rubias.

—Hoy me toca cuidar a Costurina, no quiero problemas.

La niña no les prestó atención, tenía un par de pelotas de cuerda y se entretenía intentando hacer malabares. Estaba concentrada, sus manos rollizas lanzaban las pelotas al aire y ella trataba de cogerlas sin demasiada coordinación. Lejos de frustrarse, las recogía una y otra vez con las mejillas rojas del esfuerzo, dándose ánimos en voz baja.

—La última vez que la vi le habías quitado los pañales. ¿Fue el pasado otoño?

—Fue a principios de invierno —le corrigió el sátiro.

—¿En invierno? —Movió las orejas asombrado—. Se me ha olvidado lo deprisa que crecen. Así que ella es lo único que hace que olvides tus pregones revolucionarios. Papá CantaTrovas, nunca lo habría adivinado.

CantaTrovas se encogió de hombros con una sonrisa. Compartían una juventud salvaje, cada vez más lejana. En esos años de correrías, nadie habría apostado a que llegarían a ser pacíficos padres de familia. Aunque ninguno de los dos era un hada respetable, al menos habían conseguido alejarse de los bajos fondos, los trapicheos de poca monta y las tabernas de mala muerte. Ni ellos mismos en aquellos años se habrían imaginado cómo eran ahora, viviendo una tranquilidad que antes despreciaban.

—Es increíble lo que llegamos hacer por nuestros hijos, ¿no es verdad?

Jadul dejó escapar un largo y doloroso suspiro, CantaTrovas desdibujó su sonrisa.

—¿Te preocupa algo?

—Estoy buscando a Manx, esperaba verla por aquí.

La jovialidad del sátiro se esfumó de golpe y se convirtió en la tensión incómoda que precede a las malas noticias.

—La vi hace dos días con Alia. —CantaTrovas lo miró preocupado—. Pensé que lo sabías.

Alia. Cómo no, podía dar la plata por perdida. No se molestó en disimular la mala cara. CantaTrovas la conocía, todos eran viejos amigos.

—Sé que a veces va a verla. Pero imagino que no te refieres a eso.

Cuando estaba nervioso, CantaTrovas solía pellizcarse las manos, entre el índice y el pulgar. Era justo lo que estaba haciendo ahora.

—Por la taberna de Petrel se dice que ahora vive con ella, que están trabajando juntas.

Jadul dio una patada al suelo. La niña dejó caer las pelotas al suelo y miró a los adultos extrañada. Costurina era lo único que evitaba que el phoka se cagase en su triste suerte en voz alta. La bogan recogió sus juguetes y se los guardó en los bolsillos del delantal.

—¡Hola, Jadul! —lo saludó mientras corría hacia ellos.

Tuvo que forzar una sonrisa para dedicársela a la pequeña. Se agachó para abrazarla y luego trató de cogerla en brazos. Pesaba bastante más que la última vez.

—¡Don del sol! ¡Estás muy mayor!

Costurina lo miró muy seria y le pasó la manita por la larga cicatriz de la cara, observándola atentamente.

—¿Te duele?

CantaTrovas cogió a la niña de los brazos del phoka y la dejó en el suelo.

—¡Costurina! —la riñó—. ¡Esas cosas no se preguntan!

A Jadul no le dolía el ojo perdido, ni las preguntas de Costurina. Eran heridas antiguas, curadas y casi olvidadas. Alia, en cambio, le dolía como una llaga en carne viva. La tenía clavada en el corazón, no sanaría nunca. Pensar que estaba con Manx hacía que fuese peor. Sonrió. De todas las marcas que le había dejado la vida, el ojo era la más evidente. Iona, Kendra y Alia eran las que cargaba en secreto.

—No pasa nada, no la riñas. —Se giró hacia la bogan—. Ya no me duele. Está curado.

—¿Y cuándo te vuelve a salir el ojo?

El gato soltó una carcajada. No le habría importado que le creciese uno nuevo. Si tal magia existía, ahora tenía oro para pagarla. La idea, en lugar de alegrarlo, hizo que le diesen escalofríos, como siempre que pensaba en su pequeña fortuna.

—Anda, vete a jugar. Jadul y yo tenemos que hablar.

La niña se reunió con otros niños no demasiado lejos y el sátiro sacudió la cabeza.

—Lleva una racha de lo más preguntona —se disculpó.

—No ha hecho nada malo, disfruta de ella mientras aún quiera que la cojas en brazos.

El sátiro le puso la mano en el hombro y lo miró preocupado.

—¿Estás bien? ¿Puedo ayudarte en algo?

No, no estaba bien y sabía que las cosas solo irían a peor. También sabía que solo había una cosa que el sátiro podía hacer para ayudarle.

—Si sabes dónde puedo encontrarlas, me harías un favor.

Hacía mucho que no se dejaba caer por las MalasCasas, desde que murió su última madre y le dejó su vieja choza a una familia recién llegada a la Corte. Se marchó jurando que no volvería y, desde entonces, siempre que lo hacía era por un mal motivo. Estar allí le recordaba que el pasado solo podía esconderse un tiempo, siempre acababa por salir a la superficie, como esos cadáveres que aparecían de vez en cuando flotando en el Río de la Bruma. Hinchados,

podridos y poco dispuestos a permanecer hundidos. Recorrer las calles del arrabal lo deprimía. Llegó a un descampado en el que un par de niños jugaban a lanzarle un palo a un cachorrito sucio. Cuando vieron llegar al phoka, dejaron el juego y centraron su atención en el forastero. Probablemente eran ojeadores, atentos a cualquier extraño que entrase en su territorio para dar un aviso a sus jefecillos si lo creían necesario. Acabaron por decidir que no era interesante ni peligroso, así que volvieron a su juego, azuzados por los ladridos ansiosos del perrito. Jadul los dejó atrás y llegó hasta la plazuela improvisada donde estaba El Último Trago, una barraca de adobe. El tiempo había craquelado la pintura de color azafrán y en muchas zonas los feos ladrillos de barro cocido y paja quedaban a la vista. La tasca era demasiado pequeña, así que los parroquianos se acomodaban fuera, en una colección de mesas desiguales traídas de aquí y allá. La falta de sillas se suplía con cajones de madera o sillares de piedra. Un par de braseros improvisados con viejas ollas servían para dar algo de calor a los clientes. Nadie le prestó atención, la mayoría estaba jugando al tarot o a los dados, toda su atención secuestrada por el juego. Jadul sabía muy bien que los únicos que ganaban dinero en aquellas partidas eran el tabernero y los maestros de juego que repartían las cartas o lanzaban los dados, el resto podía dar las gracias si no perdía hasta los zapatos. No era el tipo de sitio en el que le habría gustado encontrar a Manx. Al menos no estaba jugando. Su hija estaba sentada en una banqueta baja, con la faja ceñida y sin mangas que solían vestir los maestros de juego para mostrar que no ocultaban nada. Apoyada en una pared, junto a la entrada de la barraca, una phoka delgada fumaba en una pipa larga sin quitarle el ojo de encima a los jugadores. La reacción de las dos hadas al verlo fue diferente: Manx se puso en pie de un salto y fue a su encuentro mientras que la phoka hacía una mueca de fastidio.

—¡Papá, iba a contártelo! —se apresuró a decir interponiéndose entre él y la gata.

Jadul miró a Alia por encima del hombro de su hija, que le impidió seguir avanzando.

—¿Qué ibas a decirme? ¿Qué te has llevado todo nuestro dinero o que se lo has dado a ese despojo? —dijo intentando zafarse.

—¡Papá! —protestó Manx y luego le lanzó una mirada de orgullo herido—. Déjame que te lo explique.

—¿Qué quieres explicarme? ¿Sabes en qué situación nos has dejado? ¡Y para qué! ¡Para qué!

—¡Déjame qué te lo explique! —sollozó Manx—. ¡Déjame hablar!

Se frotó la cabeza con las manos, estaba muy nervioso. Si no era capaz de calmarse, aquella conversación acabaría mal. Trató de respirar hondo. Estaba enfadado, sentía la respiración pesada. Le costó contener la rabia y los gritos que se le acumulaban en el pecho. No quería escuchar a Manx, ni quería que estuviese en ese barrio. Él había tenido que luchar mucho para salir de allí, su hija no sabía a qué se enfrentaba en aquellas calles. Quería llevársela a rastras sin escuchar una palabra más, pero sabía que, si lo hacía, volvería junto a Alia en cuanto tuviese la menor oportunidad. Si la obligaba a marcharse, la perdería para siempre.

—Venga, que no se diga —concedió poniendo los brazos en jarras—. Explícate.

Manx se secó los ojos y cogió aire.

—Mamá está mejor, tiene un trabajo y quiero ayudarla. Pero necesitaba el dinero…

Ya había escuchado aquella historia otras veces, no necesitaba que se la repitiesen. Apartó a Manx. Alia lo miró con infinito fastidio. Estaba más delgada. Para ocultar las ojeras usaba maquillaje negro, suavemente difuminado alrededor de los ojos azules como una noche de verano. Seguía siendo hermosa, y todavía le parecía bonita a pesar de su pose desgarbada y las capas de ropa negra descolorida superpuestas sobre el cuerpo desgarbado. La noche que se conocieron, Jadul le colocó una azucena blanca en el pelo y la besó en los labios, que ahora llevaba pintados del mismo color de sus ojos. Recordaba todos los besos que se habían dado en aquellos

tejados, las correrías por la ciudad. Recordaba la primera vez que había cogido a Manx en brazos. Ambos habían prometido que aquella niña tendría todo lo que a ellos les había faltado. Esa promesa se estrelló contra el suelo junto al cuerpo de Iona, mientras Kendra se marchaba sin mirar atrás, llevándose con ella toda la gloria y todos sus sueños. Alia no pudo soportar ni la traición ni la pérdida. Kendra era su esposa más amada, Iona era su mayor esperanza. Quedaban Jadul y Uro, el recuerdo de un fracaso y una niña que demandaba una energía que ella por entonces no tenía.

—Así que ya no bebes —dijo Jadul incrédulo.

—No gracias a ti —le replicó echando para atrás las orejas.

—No empieces, no fui yo quien te puso la botella en los labios.

Alia hizo una mueca de asco y apartó la mirada. Conocía bien esa actitud, no iba a volver a abrir la boca. Lo peor de Alia era que nunca discutía, se hundía en un silencio hosco y resentido del que no podía sacar una sola palabra.

—Venga, dime. ¿Para qué necesitabas el dinero si ya no bebes?

Manx tiró del brazo de su padre y lo obligó a mirarla.

—Déjala en paz. Fue idea mía, enfádate conmigo.

Eso hacía que todo fuese peor. Bajó la voz.

—Tengo que pagar al casero la semana que viene —le dijo a Manx—. Tu padre no tiene tinta para traba…

—¡No es mi padre! —le gritó Manx.

—¿Ah no? Pues te ha cambiado los pañales más veces que ella —respondió señalando a Alia—. ¿Dónde ha estado ella todos estos años?

—¡Estaba enferma! —Los ojos de su hija se volvieron a llenar de lágrimas—. Ya está mejor y quiere hacer cosas conmigo.

Jadul la cogió por el brazo y la obligó a mirar a Alia, que puso los ojos en blanco desganada.

—Mírala, está ida. Ya hemos vivido esto antes. Pasaréis un par de semanas buenas y luego te volverá a dejar en la estacada. Regresarás a casa con el corazón roto. ¿Cuántas veces tenemos que vivir esto para que aprendas?

—¡No voy a volver a casa! Mamá me ha conseguido trabajo, te devolveré tu dinero de mierda, ya que te importa tanto.

—¿Crees que es eso lo que me importa? ¡Guárdate la plata! Venga, dime, ¿con quién estás trabajando?

—Estoy con Urakarnake —respondió alzando la barbilla—. El dinero era para pagar las licencias de juego.

Una explosión de rabia cegó al gato, que sacó las uñas y se lanzó contra Alia con el pelo erizado. Uno de los jugadores le puso la zancadilla antes que la alcanzase y dio de bruces contra el suelo. Otros parroquianos de la tasca lograron inmovilizarlo. Tiña, un gorrorrojo con la piel llena de manchas y las greñas descoloridas, salió de la barraca con una porra claveteada en la mano, dispuesto a terminar con el escándalo.

—¡Te mato! Mala raza, asquerosa, si le pasa algo juro que te mataré —gritaba Jadul mientras trataba de zafarse de los jugadores.

«¿Qué estoy haciendo?», pensaba la parte de su cerebro que aún lograba mantener algo de calma mientras veía como Alia abrazaba a su hija. Las dos parecían aterradas mientras huían calle arriba. Cuando las perdió de vista, tenía a un grupo de jugadores enfadados rodeándole. Logró esquivar el primer golpe saltando hacia atrás, pero eso fue un error, un jugador a sus espaldas lo agarró con fuerza y Tiña le soltó un par de puñetazos en el estómago que le aflojaron las piernas.

—Deja a las señoritas en paz, piojoso —le advirtió el gorrorrojo agarrándolo por el mentón—. Ahora trabajan con Urakarnake. Ya no son nada tuyo.

Un golpe en la nuca le llenó los ojos de chispas rojas y cayó al suelo junto a una lluvia de plumas negras. ¿Alguien más las veía? Una patada en el costado, y luego otra y otra mientras el mundo se llenaba de dolor y de plumas. La piel de la espalda se le puso tirante, oyó el sonido de un desgarro y sintió algo parecido a un aguijonazo en las costillas. Se revolvió para tratar de esquivar los golpes, no se dio cuenta de que las hadas que lo atacaban habían retrocedido porque el dolor no paraba, seguía ahí mientras se

retorcía y cambiaba, mientras la piel comenzaba a romperse para dejar ver el plumaje que surgió entre los jirones. Su mente se disipó, se disolvió en una tempestad de furia y plumas negras.



8. El peso de las palabras

El Alto Consejo se reunía en lo más alto de la torre central de Palacio. En una sala octogonal de plata, marfil y mármol con ocho grandes ventanales orientados hacia cada uno de los puntos cardinales. Sobre cada ventanal se veía un pequeño rosetón con el escudo de cada una de las casas gobernantes. En el techo, en el centro de una rosa de los vientos, estaba el escudo de la casa PrendeSoles, el rostro de Danu como un gran sol sonriente, la luz de toda luz, el origen de la creación. En el suelo, un mosaico mostraba el escudo de los TorreSabia, la casa sin feudo que regía el Palacio y su interminable rastro de documentos, registros e informes. La sala era un símbolo del gobierno de TerraLinde, y una obra de otros tiempos. Había sido construida por los últimos Aen Sidhe, cuya magia les permitía esculpir y trabajar la piedra con una facilidad imposible para sus descendientes. El esplendor de la plata labrada sobre el mármol, dibujando paisajes de TerraLinde, la belleza de los escudos esmaltados a los que no afectaba el paso del tiempo y esa extraña sensación de estar respirando magia pura en cuanto cruzabas el portón de cedro eran un mudo testimonio del poder que ostentaba la vieja magia. Eran herederos de los hijos de Danu y la sala se encargaba de que quien la visitara no pudiese olvidarlo.

Era la primera vez que Gwyllión la pisaba, tenía la piel erizada y el corazón encogido. Su padre se la había descrito mil veces, pero nada de lo que le había contado hacía justicia a la realidad. Estar allí la hacía sentirse en el centro del mundo que debía gobernar. Se alegró

de haber llegado la primera para disfrutar a solas de aquel radiante esplendor. No pudo evitar acercarse a la ventana sobre la que estaba el escudo de los DanzaDragón, con la pareja de sombras bailando sobre la espalda de un dragón. Desde allí parecía posible ver toda TerraLinde. Más allá de la muralla de la Primera Promesa, los prados y los bosques se extendían hasta donde le alcanzaba la vista. El tiempo aún era cálido, pero muchos árboles empezaban a derramar hojas doradas sobre la ancha red de calzadas que unían las granjas y las hospederías cercanas hasta perderse más allá del horizonte. Gwyllión, sentada en la ventana del sur, siguió con los ojos la vía principal, por la que carromatos y viajeros avanzaban como hormigas hacendosas. Aquel camino llevaba hasta DanzaDragón. Hasta las quebradas y los valles que no pisaba desde hacía muchos años. Se descubrió añorando los largos veranos, los baños en las pozas y los paseos en el gyverno de su padre, un lagarto viejo y paciente al que le gustaba nadar remontando la lenta corriente del GastaRocas, el manso río que corría por el valle.

«No echas de menos tus tierras», pensó conteniendo un suspiro. «Echas de menos tu infancia». Era fácil añorarla, el tamiz de su memoria había borrado los miedos y los problemas infantiles para dejar solo recuerdos de días soleados, baños al aire libre y largos paseos en busca de bichos extraños o flores llamativas. Días en los que todo parecía más fácil. ¿Cuándo fue la última vez que se sintió verdaderamente feliz? ¿En qué momento aquella niña radiante y aventurera había dejado paso a una adulta ensombrecida y amargada? «Todo empezó cuando murió mamá». Era algo que se repetía muchas veces, que todo se volvió peor cuando la Dama Evandra contrajo la plaga roja y murió en apenas un mes. Su padre culpó a todo el mundo, a los sanadores por su incompetencia, a las tierras por ser insalubres, a su esposa por tener la maldita manía de visitar a caballo las aldeas cercanas al castillo, a sí mismo por no haber hecho nada para evitarlo. Puso en cuarentena la granja donde empezó el brote y cuando la dio por terminada ordenó que la quemasen y dispersó a los pocos supervivientes a otras tierras. Él se

marchó a la Corte al inicio de la primavera, como todos los años, solo que esta vez sería para no regresar.

Y en la Corte empezó todo, la soledad, el inacabable desfile de pretendientes horrendos, los reproches de su padre… «¿A qué esperas para casarte?». La idea le hizo cerrar los ojos con un rechazo profundo. Casarse implicaba la obligación de tener hijos. A Gwyllión ese futuro le parecía una condena, solo había oído hablar de los horrores del parto. ¿Y luego qué? ¿Volcar toda su existencia en unos hijos que acabarían lejos de ella y envejecer para seguir criando a sus nietos? Sus abuelas habían muerto cuando ella era muy pequeña, apenas las recordaba. Sabía que tuvieron bajo su carga una buena cantidad de nietos prácticamente hasta que fallecieron. Esa suerte podía ser del agrado de otras, lo entendía, pero no le valía. Ella quería vivir algo distinto.

La voz de bronce del chambelán invisible la alertó de la llegada de Caliban de TruenaRocas. Gwyllión se giró hacia la puerta con una sonrisa que no era fingida y salió al encuentro del enorme sidhe que acababa de entrar en la sala. Era grande, corpulento como un roble, el pelo era de un feroz color coral y le gustaba lucirlo en una melena recogida sobre la nuca con un pasador en forma de hoja de roble. Todo en él parecía desmesurado y vibrante, las espaldas anchas cubiertas por una capa corta de terciopelo de color naranja, los ojos azules, claros como las mañanas de verano, y una sonrisa amplia que le quitaba años de encima. Se podía caer en el error de creer que el Señor de TruenaRocas era joven, pero era mayor que Gwyllión, igual que el resto de los miembros del Alto Consejo.

—Dichosos los ojos que te ven —la saludó lleno de alegría—. Eres un soplo de aire fresco entre estas paredes. Estás bellísima, como una florecilla.

Gwyllión se dejó abrazar, un abrazo fuerte y algo rudo que le hizo recordar lo delgada y frágil que era.

—Me alegro mucho de que digas eso. Ahora vas a poder verme mucho más.

Caliban inclinó la cabeza, igual que un perro que no entiende una orden de su amo, y frunció el ceño.

—¿A qué te refieres, pequeña? ¿Traes malas nuevas? ¿Es que a tu padre le ha ocurrido algo?

Esto era algo que tenía que cambiar. Por mucho que el sidhe fuese un viejo amigo de la familia, no podía seguir tratándola como si aún fuese una niña, ya era un hada adulta. Ahora era la Dama de DanzaDragón, Señora de una Alta Casa como el resto del consejo. Estaba dispuesta a que la tratasen con cariño siempre que dejasen de hablarle como a una chiquilla. No admitiría menosprecios. Se puso tan recta como pudo y lo miró desafiante.

—Ya no soy «pequeña» —dijo con determinación—. Mi padre quiere que herede el título en breve y me envía al consejo como Señora de DanzaDragón.

El Señor de TruenaRocas volvió a poner esa molesta expresión de perro tonto, salvo que esta vez se guardó las preguntas para sí mismo y se fue pensativo hasta la silla que ocupaba alrededor de la mesa de media luna casi cerrada, con nueve asientos. Cada uno tenía el escudo de la Casa que le correspondía.

—Tu padre debió consultarnos antes de tomar esa decisión, o al menos avisarnos. Esto es muy… —El sidhe buscó la palabra adecuada un segundo—. Inesperado.

«Precisamente era lo que quería», pensó Gwyllión, reservándose la sonrisa de satisfacción. Pillar desprevenido al Consejo le daría espacio para maniobrar. Fingiendo calma, se dirigió al asiento de los DanzaDragón, cuyo respaldo era alto y sobre la cabeza. Le sorprendió lo cómodo que era, la silla parecía amoldarse perfectamente a ella. Se inclinó un poco y colocó los codos en la mesa para poder acomodar la cabeza sobre las manos entrelazadas. Ahora sí se permitió una sonrisa, le encantaba el estupor del sidhe, que la miraba desconcertado sin saber qué decir.

Calendemyn entró anunciado por la voz musical del chambelán. Venía acompañado por el Señor de TorreSabia y por su joven banderiza, que llevaba entre las manos una jarra de plata. Las

jóvenes intercambiaron una mirada rápida y se sonrieron débilmente. El pelo rubio de la banderiza contrastaba con el vestido celeste y blanco, de mangas largas y anchas que caían como una cascada de espuma hacia el suelo.

—No os conocéis, ¿verdad? —dijo el Senescal—. Sygurn de Ventisquero, es mi banderiza y también Alférez Mayor del Reino.

La joven era lo bastante cándida como para ruborizarse, el color en las mejillas le sentaba bien, hacía contraste con sus ojos azules. Tenía una mirada honesta, algo poco común en Palacio.

—Parece que ha llegado el momento de las damas —rio Gwyllión.

—Esperemos que así sea, Dama Gwyllión —contestó la Dama de Ventisquero con una sonrisa tímida—. Sí me disculpáis, debo ir a ocupar mi lugar.

No le extrañó que supiera su nombre, seguramente Calendemyn la habría instruido a conciencia. ¿También le habría enseñado a llenar las copas? ¿A ser silenciosa como una brisa? ¿A estar sin ser una molestia? ¿O le habría enseñado cosas más interesantes? Ventisquero era una Casa vasalla, y los coperos escuchaban muchas cosas.

El Senescal le tocó el brazo sacándola de sus pensamientos para que saludara a su otro acompañante. Gwyllión no conocía a Lisandro de TorreSabia más que de oídas. Su Casa no tenía tierras natales, servían directamente a Palacio como cancilleres y diplomáticos. Se suponía que su falta de tierras los obligaba a carecer de intereses propios y a servir a todos los señores por igual. Su padre le había advertido que eso estaba muy lejos de la realidad. Lisandro de TorreSabia era ambicioso y tenía claras sus aspiraciones. El sidhe siempre vestía túnicas amplias, con mangas anchas y largas que ocultaban unas manos finas, con las uñas delicadamente pintadas y cargadas de anillos, sus ojos de color ciruela se escondían tras unas gafas de montura redonda con los cristales tintados de un llamativo color rubí. Costaba trabajo imaginarse que fuese cómodo ver el mundo tras aquel filtro rojo rabioso. Vestía seda amarilla, adornaba su larga melena verde, a juego con su lápiz de labios, con discretas

horquillas de oro y llevaba unos brillantes zapatos puntiagudos de cuero rojo. Al ver a Gwyllión, dibujó en su rostro una sonrisa educada y cauta.

—DanzaDragón trae caras nuevas al Consejo —dijo Calendemyn—. Sé bienvenida, Gwyllión.

La joven le dedicó una reverencia educada y después se apresuró a abrazar al Senescal, que le soltó dos sonoros besos en las mejillas. Tras él, Lisandro de TorreSabia la tomó de la mano para besarle delicadamente los dedos y susurrarle una escueta frase de bienvenida.

—¿Qué está pasando? —preguntó una voz ansiosa que conocía bien—. ¿Quiere decir eso que el estado de Lydden ha empeorado?

Ayden de CopasAltas acababa de entrar en la sala y miraba a Gwyllión como si acabara de encontrar una serpiente en la bañera. Pertenecía a esa clase de elfos a los que les horrorizaba el progreso porque siempre lo veían como una amenaza. Incluso su ropa era anticuada, de un viejo estilo militar que no casaba con un mundo que hacía mucho que no conocía una guerra. Botas y pantalones de montar, un jubón de cuero repujado que delataba una cintura más ancha de lo que le gustaría, brazaletes a juego, y un manto corto sobre los hombros, como si estuviese a punto de partir a un largo viaje. No era joven, ningún miembro del Alto Consejo lo era, aunque solo él se empeñaba en aparentarlo. Sus Tierras Natales colindaban con las de los DanzaDragón. En los últimos años, la relación con su vecino había sido cordial, aunque no estaba libre de tensiones. En el pasado sus casas habían guerreado por los territorios de ValleLargo. Ambos compartían una larga historia de matrimonios de conveniencia, herencias envenenadas y amargas rivalidades que actualmente parecían zanjadas gracias a la mediación de Calendemyn. Gwyllión no confiaba en su vecino, estaba segura de que pondría pegas a su nombramiento.

—Me temo que sí, mi padre no está en condiciones de acudir a las reuniones. Así que me envía como su heredera.

—Imagino que hasta que su señoría encuentre un consorte —se apresuró a apostillar Ayden de CopasAltas.

Antes de que Gwyllión pudiese responder, el Senescal se apresuró a tomar la palabra.

—Por ahora no lo tiene, y su padre tiene derecho a nombrar portavoz a quien desee.

—Efectivamente —asintió Lisandro de TorreSabia—. Eso dicta el protocolo.

—Esto es muy irregular, no hemos tenido una dama en el Consejo desde Jeanna de Nogalera —insistió Ayden.

—Tuvimos una reina y otra ocupará su lugar cuando despierte —corrigió el Canciller desde su asiento.

—¡Pero como reinas consortes! —protestó Ayden.

—Me parece muy valiente pensar que ya sabes lo que será la futura reina —dijo Lisandro, ocupando también su silla.

—Tengamos algo de paz —rogó Calendemyn.

—No estoy discutiendo, solo pido un poco de orden en los asuntos del Consejo, me parece poco ortodoxo…

La entrada de Elio de AltaCumbre les impidió escuchar qué era lo que Ayden de CopasAltas consideraba poco ortodoxo. En la sala se hizo un breve y asombrado silencio, todas las miradas se centraron en el elfo pálido, delgado y lánguido que los saludaba con una sonrisa desvaída en los labios, ligeramente tintados del mismo azul oscuro que usaba como sombra de ojos. Vestía varias túnicas largas de distintos tejidos, superpuestas unas sobre otras, todas de un blanco impoluto salvo la sobrevesta que remataba el conjunto, que estaba enteramente bordada de seda de araña plateada, un tejido tan delicado y delgado que parecía sacado de un sueño, al igual que su pelo plateado, liso y largo. Había usado polvo de perla para maquillarse los pómulos y la nariz, lo que resaltaba sus ojos violetas. Dedicó una mirada desganada a su alrededor.

—¿He llegado tan temprano que aún no hay vino? —Se dejó caer en su asiento y solo entonces se dio cuenta de la presencia de Gwyllión—. ¿Qué hace aquí este precioso pajarito?

Gwyllión apretó los puños aunque Calendemyn le quitó las palabras de la boca.

—Esa no es manera de dirigirse a la futura Señora de DanzaDragón.

—No necesito que nadie me defienda —protestó Gwyllión indignada.

Elio alzó las manos a modo de disculpa. Traía los dedos y las uñas completamente azules. Algo que contrastaba con su aspecto impoluto y su piel lechosa.

—No quería ofender a nadie. Es una época de cambios, ¿no es verdad? Yo acabo de seguir el ejemplo de nuestro amado Senescal y he nombrado una banderiza.

—Acordamos anunciar los nombramientos en el Consejo antes de hacerlos —dijo Ayden dando un golpe en la mesa.

—¿Lo dijimos? —Elio de AltaCumbre parecía genuinamente sorprendido—. Pensé que os alegraría la noticia… Tiempos de cambio y todo eso.

En ese momento, los Señores de NubeArgéntea y TuerceVientos llegaron juntos, aunque lo más probable era que se hubiesen encontrado en el vestíbulo de entrada a la sala. Tytos de NubeArgéntea se sentó de mala gana junto a Elio de AltaCumbre, sus tierras natales colindaban, como les ocurría a CopasAltas y DanzaDragón, pero al contrario que Gwyllión y Ayden, sus rencillas eran recientes y personales. Por el momento, la mala situación económica de la Casa de NubeArgéntea y la mediación del Consejo habían logrado evitar una guerra entre las dos Casas. Tytos de NubeArgéntea era bajito y pragmático. Casi siempre vestía de negro, un color que no necesitaba de tejidos caros para parecer elegante. Tenía la mandíbula cuadrada y un rostro que rara vez ocultaba sus pensamientos. Quienes mejor lo conocían decían que enfadado era como una tarasca a la carga. En comparación, Talos de TuerceVientos era más bien una mantícora. Pese a que un brutal accidente de caza le había dejado el rostro ligeramente asimétrico, algo que trataba de ocultar dejándose una barba larga

perfectamente cortada en punta, era uno de los sidhe más hermosos que Gwyllión había conocido. El mismo percance que le había robado el color del ojo derecho, dejándolo de un azul lechoso con la pupila demasiado grande, le había otorgado una mirada desparejada, intensa e hipnótica que acentuaba con una sonrisa de león al acecho. Talos de TuerceVientos no veía demasiado bien y tenía la costumbre de quedarse mirando un punto fijo en el vacío, algo que en algunos momentos resultaba desconcertante. Unos mitones de cuero dejaban ver que en la mano derecha tenía tres dedos de plata, el corazón, el anular y el meñique. La prótesis era todo un portento de la ingeniería knocker, estaba bellamente labrada y al elfo le gustaba lucirla, la movía con total normalidad. Siempre vestía una capa erizada, con una estola de plumas y púas hecha con la piel de la serpiente crestada que había estado a punto de matarlo.

—¿Estamos todos? —preguntó Talos de TuerceVientos tratando de distinguir a quien tenía delante.

—No, aún no. Falta Tirso —le indicó Calendemyn—. La Dama de DanzaDragón está con nosotros en representación de su padre.

—¿Lydden ha muerto? No he recibido ninguna noticia —preguntó Elio, extrañado.

—Mi padre sigue vivo, pero está demasiado débil…

—Lydden nos manda a su hija mientras él se recupera —aclaró hastiado el Senescal.

Tirso de BosqueVivo llegó casi a la carrera, con las mejillas encendidas y el pelo rubio pegado a un rostro sudoroso. Era bajito, vivaz y tenía unos ojos inquietos del color de la madera vieja. Entró en la sala como un huracán rojo y naranja, los colores encendidos del bosque y ocupó su asiento tras disculparse por la tardanza.

—¡Oh! La joven Gwyllión —dijo con su vocecilla aguda—. ¿Qué buen viento la trae hasta aquí? Nadie me dijo que mi amada sobrina estaría presente. Habría llegado antes.

La relación de Tirso y Lydden siempre había sido muy estrecha, tanto que se llamaban en público hermanos, aunque a sus espaldas otros sidhe les dedicaban nombres menos fraternales. Gwyllión miró

a Calendemyn y al recién llegado, las únicas caras amigas en las que podía confiar.

—Tu niña ha venido a sustituir a su padre —repitió Ayden que no estaba dispuesto a dejar pasar el asunto.

—Pero si Lydden sigue vivo —dijo Tirso encendido.

—Por el momento necesita una portavoz —aclaró nuevamente Caliban.

Gwyllión apenas llevaba un rato en la Sala del Consejo y ya estaba harta, harta de aquella panda de elfos taimados que se empeñaban en hablar por ella y sacar sus propias conclusiones.

—Eso no es verdad —dijo poniéndose de pie—. Lamento decirle al Consejo que es poco probable que mi padre mejore. No estoy aquí como su portavoz, sino como su heredera.

—Antes ya he dicho que esto es tremendamente irregular —protestó Ayden de CopasAltas, volviendo a interrumpirla.

—Y yo he dicho que no lo es tanto —añadió Elio de TorreSabia.

Los sidhe empezaron a hablar a gritos, hasta que el sonido de una campanada, tan fuerte y profundo que Gwyllión pudo sentirla resonando entre sus costillas, los obligó a callarse. Calendemyn los miraba a todos con el semblante serio. La sidhe no quería pensar que todas las reuniones del Consejo fueran el gallinero que acababa de presenciar. Su padre las describía como una obligación tediosa, que lo forzaba a escuchar a un puñado de hadas a las que les encantaría destrozarse unas a otras. No se había imaginado que lo disimulasen tan poco.

—He activado al chambelán invisible —explicó el Senescal cuando todos hubieron recuperado la compostura.

Los presentes hicieron una mueca de fastidio. El chambelán era un hechizo profundamente tejido entre aquellas paredes que los obligaba a permanecer en silencio mientras alguien estuviese hablando. Respetar los turnos de palabra dejaba de ser una opción. Por si no era lo bastante molesto, también se aseguraba de que nadie se alargara demasiado en sus peroratas. En la mesa, ante cada asiento, había un pequeño soporte de madera con tres esferas,

una de mármol, otra de ébano y una de cuarzo transparente. Esta última se teñía de color azul mientras un miembro del Consejo hablaba e iba cambiando suavemente hasta volverse verde. En ese momento, quisiese o no el sidhe, debía callarse ya que, aunque tratase de seguir hablando nadie podría oír sus palabras. Las historias contaban que toda la sala del Alto Consejo, con sus ocho ventanas, la gran mesa octogonal y el chambelán invisible fueron diseñados por la última reina antes de morir. Gwyllión se preguntaba si ya entonces los sidhe eran tan mezquinos o si la sabia consorte se había anticipado a los problemas del Consejo antes de que llegasen a existir.

El Senescal volvió a tomar la palabra.

—En la reunión de hoy teníamos pensado debatir tres temas de importancia: la reforma del contrato de horas, los repartos de pan para la festividad de Samhain y la creación de nuevas postas en los caminos del norte. Sin embargo, Lydden de DanzaDragón, Señor de VenceDragón, ha asignado a su hija como portavoz del consejo.

—Sin previo aviso —añadió Ayden de CopasAltas en cuanto el Senescal dejó de hablar.

—La enfermedad no tiene agenda —medió Elio de TorreSabia—. No podemos culpar a Lydden por su triste situación.

—Él ya sabía que estaba enfermo, esto no es un movimiento improvisado —gruñó Talos de TuerceVientos.

Gwyllión estaba cansada de tanto preámbulo.

—Mis señores, lamento tener que corregir al Senescal de su majestad, pero no estoy aquí como portavoz de mi padre, sino como señora legítima de DanzaDragón. Mi intención es ocupar el asiento que le corresponde a mi familia en el Alto Consejo para gobernar junto a sus señorías.

A la joven le habría gustado que el chambelán no estuviese activado para poder disfrutar del revuelo de la mesa del Consejo. Siete caras la miraban. Ayden y Tytos estaban visiblemente alterados, casi podía oír sus pensamientos, el disgusto que les producía verla allí reclamando su derecho a gobernar como una igual

entre los Altos Señores. A Elio parecía divertirle aquello, hacía rodar su bola de marfil sobre la mesa con una sonrisa vaga, sumido en sus pensamientos. Calendemyn, Tirso y Talos parecían preocupados. El Señor de VuelaPluma sacudía la cabeza. Gwyllión no había seguido sus planes, le alegraba verlo disgustado. Tenía que entender que no estaba allí para negociar a medias tintas, sino para imponerse, para reclamar lo que era suyo. No estaba dispuesta a dejarse guiar por nadie. El rostro de Lisandro era un enigma, la miraba por encima de las gafas, con las manos ocultas en las mangas y el rostro inexpresivo. Fue él quien se decidió a hablar primero.

—Hay un protocolo a seguir, las leyes deben ser cumplidas por todos. El Señor de DanzaDragón debe proclamar el nombramiento de su heredera, y dado que estamos ante una situación peculiar, el Alto Consejo debe votar si lo acepta. Por el momento propongo que votemos si la aceptamos como portavoz.

El Senescal se apresuró a dejar una bola blanca sobre la bandeja, al igual que TorreSabia. CopasAltas y NubeArgéntea escogieron la bola negra sin que eso sorprendiese a Gwyllión. AltaCumbre y BosqueVivo dejaron la bola de cuarzo sobre la bandeja, sus votos eran no concluyentes. El Señor de TruenaRocas dudó durante el instante más largo de la vida de la elfa, finalmente la miró con pesar y él también escogió la bola transparente.

—Lo siento, niña —dijo Caliban cargado de vergüenza—. Necesito tiempo para pensar antes de decidirme.

A Gwyllión le dolieron más aquellos votos indecisos que los votos en contra. ¿Cómo podía Tirso, que la consideraba casi una hija, dudar de ella? ¿Qué necesitaba pensar Caliban? ¿Es que no confiaban en ella? ¿Cómo podían considerarse sus amigos y hacerle aquello?

—La votación es no concluyente —anunció TorreSabia—. El Alto Consejo deberá reunirse de nuevo después de un plazo de deliberación.

—¿Cuándo? —preguntó Gwyllión indignada.

—Cuando el Consejo lo estime apropiado —contestó Ayden, sonriendo por primera vez desde que estaba en la sala.

—Aún quedan temas por tratar. Dama Gwyllión, debe abandonar la sala —le dijo Lisandro de TorreSabia visiblemente incómodo.

Se quedó clavada en la silla, temblando de rabia, sin saber qué debía hacer. ¿Negarse a irse y soportar que tratasen de echarla? ¿Marcharse mansamente aceptando quedarse en el limbo de temas a tratar por el Consejo? No tenía respuesta. Hurgaba en su cabeza en busca de una frase demoledora con la que abofetear a aquella panda de inútiles pretenciosos que fingían ser sus amigos. No la encontró, los pensamientos pasaban ante ella demasiado furiosos, demasiado deprisa como para poder escoger las palabras adecuadas. Tenía la lengua cargada de insultos, quería escupirlos todos. Finalmente, el Senescal la cogió delicadamente por el codo y empezó a guiarla fuera de la sala.

—Vamos, Gwyllión, te prometo que esto no es lo peor que podía pasar.

Le dedicó una mirada llena de rabia. Cuando la puerta de la sala se cerró ante sus narices sintió deseos de echarla abajo. «Soy la Señora de DanzaDragón», quiso decir, pero su lengua no se movía y la garganta empezaba a dolerle de tanto acumular ira, insultos y gritos. Apretó los puños, pateó el suelo. En la puerta del vestíbulo un par de criados la miraron asustados antes de marcharse discretamente susurrando entre ellos. Un par de lágrimas, lentas y cálidas, le recorrieron las mejillas.

—Soy la Señora de DanzaDragón —murmuró entre sollozos.

Ni siquiera el eco de la sala vacía repitió sus palabras.



9. Malos comienzos

La actividad en el taller empezaba mucho antes del toque de las campanillas. A la salida del sol vio a los aprendices estirándose en el patio, la mayoría aún en ropa interior, frotándose los ojos somnolientos. Se fueron resoplando a la zona de los baños y salieron al cabo de un rato vestidos y gritándose barbaridades entre risotadas. A Nicasia le sorprendió que Asha no estuviera con ellos después de recalcarle lo importante que era ser puntual.

Ella ya estaba vestida y se había enrollado la trenza alrededor de la cabeza, no quería que el pelo le molestase para trabajar. Le habría gustado tener ropa de trabajo más adecuada, pero por el momento su escaso vestuario tendría que servir. Bajó de la buhardilla en cuanto empezaron a repicar las campanillas llamando al desayuno.

El Maestro Avispa salió a su encuentro, con una carpeta en la mano, cuando estaba a punto de entrar en la cocina.

—Buenos días, Nicasia —le dijo con una voz mucho más suave que la del día anterior—. Tenía muchas ganas de hablar contigo. Lamento la mala impresión que debiste llevarte ayer.

—Estaba demasiado cansada para formarme impresiones —mintió educadamente.

La tibia sonrisa del knocker le hizo pensar que no se creía del todo sus palabras, aunque parecía dispuesto a pasar el detalle por alto.

—¿Te gusta la buhardilla? ¿Estás cómoda?

—Nunca había dormido en un sitio así, es muy diferente a la caravana, pero no me costará acostumbrarme.

Al knocker pareció gustarle la respuesta, relajó los hombros y su expresión se volvió menos forzada.

—Me alegra oír eso. En cuanto el negocio vaya un poco mejor, podremos arreglar algunas de las habitaciones vacías y cada aprendiz tendrá la suya. Ven, quiero enseñarte tu lugar de trabajo.

Avispa la condujo hasta un edificio algo más viejo y destartalado que estaba justo frente a la cuadra. El knocker sacó un manojo de llaves de una bolsa que llevaba colgada del cinturón, buscó la adecuada mientras refunfuñaba y abrió una pesada puerta con remaches. Era tan nueva que desentonaba con las viejas piedras de la fachada.

Lo primero que percibió Nicasia fue un fuerte olor a moho y polvo. Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra sucia que llenaba la habitación, vio que estaba llena de trastos, había una buena cantidad de tablas y troncos que tal vez estuviesen esperando a ser usados en la carpintería, aunque parte de la madera parecía estar bastante carcomida. En una esquina descansaban dos grandes botellones redondos de cristal azul y unos bultos que llamaron su atención. Eran tres maniquíes articulados con engranajes y remaches manchados de óxido, apoyados contra la pared como hadas demasiado cansadas para tenerse en pie. Había pilas de cajas semiocultas bajo lonas desgastadas nevadas de polvo y telarañas por todas partes, alzándose entre pilas de chatarra y herramientas viejas. Avispa se abrió paso entre los trastos hasta unas escaleras que bajaban a un sótano. Los escalones crujían bajo el peso de las hadas y el olor a moho se hacía cada vez más intenso.

—No prestes atención a todo este desorden, lo que quería mostrarte está abajo. Esto ya lo iremos arreglando —le dijo señalando vagamente el moho.

El sótano era una repetición de la primera sala, salvo que esta, en lugar de ventanas, tenía unos tragaluces estrechos con los cristales cegados por una generosa capa de mugre. Entre las tinieblas se

alzaba la sombra de una fragua a medio construir, rodeada de pilas de ladrillos y sacos de arena amontonados junto a unas planchas de metal. El metal del yunque brillaba bajo la luz fantasmagórica de aquel sitio. Revisó las piezas con cuidado. Se notaba que eran piezas de segunda mano en muy buen estado, la calidad no era excelente, pero fuera de la Ciudad de Piedra nunca lo era. Un herrero goblin lo habría encontrado mediocre.

—Este será tu taller —anunció triunfalmente Avispa.

Nicasia no dejaba de mirar los materiales amontonados sin saber muy bien qué debía decir. Alguien debía haberle vendido su herrería por piezas al carpintero, sin molestarse en explicarle cómo montarla.

—¿Hay algún problema, muchacha? —preguntó ante la falta de respuesta.

—Verá —titubeó levantando una plancha metálica del suelo—. ¿Cuándo estará lista la fragua?

—Yo esperaba que la montases tú —le replicó Avispa sin entender a dónde intentaba llegar su nueva aprendiz.

Nicasia se esforzó en disimular su sorpresa. No le entraba en la cabeza que le estuviese ofreciendo trabajar en una habitación totalmente inadecuada, repleta de trastos y que además pretendiese que construyese ella misma la fragua.

—No sé montar una fragua. No tengo conocimientos de albañilería. Espero que Eleazar no le haya mentido en este asunto —contestó tan amable como fue capaz.

Un sonoro resoplido contestó a la frase de la mestiza. Casi podía ver cómo los pensamientos se amontonaban en la cabeza del viejo knocker, desconcierto primero y luego un potente enfado. Frunció mucho el ceño, apretó los labios y guardó un momento de aterrador silencio mientras apretaba los puños. Dio un par vueltas por el sótano, murmurando para sí, hasta que su rostro volvió a relajarse.

—Entonces tendré que buscar a alguien que la monte. ¿Es eso lo que me estás diciendo? —gruñó exasperado.

—Eso me temo, maestro. Yo no podría hacerlo, al menos no sola —le contestó agachando la cabeza.

—Maravilloso —dijo en un tono que no sonaba feliz en absoluto.

Tras otro momento de silencio intenso el knocker se volvió hacia ella.

—En fin —suspiró resignado—. Tendrás que disculparme, buscaré la manera de arreglarlo.

No supo qué decir, rara vez alguien se disculpaba ante ella. Podría haberle quitado importancia al contratiempo o decir algunas palabras corteses. Tal vez eso era lo que esperaba el Maestro Avispa mientras la miraba, que le dijera algo amable para suavizar el asunto. Nicasia se encogió de hombros, indecisa. No estaba segura de qué era lo que debía hacer o decir.

—Bueno, al menos hay algo que sí podemos solucionar hoy —gruñó el viejo cogiendo la carpeta que había dejado encima de una pila de cajas de madera. Avispa se humedeció el pulgar con la lengua para pasar las páginas de algunos de los documentos que contenía—. Vamos a revisar el maldito papeleo. Cuanto antes lo acabemos, más felices seremos todos.

Le pasó un par de hojas escritas con una caligrafía casi decorativa, que lucían un par de ostentosos sellos lacrados en rojo y dorado.

—Esos papeles son un permiso temporal de trabajo y otro de estancia —le explicó sin darle tiempo a leerlos—. Imagino que Eleazar te contó que todos los habitantes de la Corte deben tener un permiso de trabajo. Los que te acabo de dar son temporales, pero cuanto antes los rellenes, antes podrás ser una ciudadana de pleno derecho de la Corte de los Espejos.

—¿Solo tendría que firmar? —preguntó Nicasia.

—No es tan fácil —dijo Avispa rascándose la barbilla mal afeitada—. Oficialmente eres miembro de la caravana de los Ibn Bahar, por lo tanto no eres un hada, sino un duende sin hueste. Y los duendes no pueden trabajar en la ciudad salvo contadas excepciones.

No pudo evitar sobresaltarse al oír la palabra «duende». Los duendes eran feéricos sin derechos legales, aunque sobre el papel

los Ibn Bahar lo eran porque se negaban a tomar hueste o jurar fidelidad al Alto Consejo. La caravana, y las mercancías y mensajes que transportaban, eran demasiado valiosos, así que a los sidhe no les quedaba más remedio que tolerarlos. Nadie se atrevía a tratar con abierto desprecio a los viajeros, en la práctica gozaban de casi los mismos derechos que el resto de las hadas. Pero ella ya no tenía su protección, y en ese caso ser un duende podía ser peligroso.

—Me gustaría convertirme en un hada de pleno derecho, maestro.

—Necesito que lo seas para que puedas trabajar aquí. —Avispa la miró por encima de sus gafitas—. ¿Has tomado hueste?

Nadie se había tomado la molestia de explicarle en qué consistía «tomar hueste» y solo tenía una idea muy difusa sobre lo que implicaba.

—No. —Se decidió a ser sincera porque seguramente Eleazar ya se lo habría contado a Avispa.

El carpintero volvió a dejar escapar un suspiro lastimero.

—Esto complica un poco las cosas… —Cruzó los brazos sobre el pecho y paseó la mirada por el despacho pensativo, mordisqueándose los labios.

Nicasia lo observaba tensa, incapaz de concentrarse lo suficiente como para leer los documentos con atención. No conocía las leyes de la ciudad, apenas conocía las del reino. Le preocupaba que Eleazar, en sus prisas por deshacerse de ella, la hubiese dejado en una situación de desamparo de la que no pudiese librarse.

—Voy a explicarte lo que haremos. Arreglar esto con la Hueste Estival nos daría demasiados problemas, pero nadie prestará atención si tomas el juramento en Samhain con la Hueste Invernal. Por ahora firma los permisos provisionales. —Tomó un estuche que llevaba en el bolsillo y sacó de él un pequeño tintero de viaje y un cálamo—. Pediré consejo a la Península Flotante sobre cómo alargarlos hasta Samhain para que no tengas problemas.

—¿La Península Flotante? —preguntó dudando sobre si coger la pluma.

—Es el máximo órgano de gobierno de los gremios knocker. Es literalmente una ciudad flotante que viaja por los puertos de TerraLinde. Todos los maestros de taller pueden consultarles, su palabra es ley entre nosotros. Ellos podrán aconsejarnos en este asunto mejor que nadie.

—¿Bastará con eso?

—No te voy a mentir, no es del todo legal. Pero espero que sea una situación provisional. Lo mantendremos en secreto. Ni una palabra a los demás, ni sobre los permisos ni sobre que no tienes hueste.

Nicasia miró los papeles llena de dudas.

—Si no los firmas, no puedes trabajar y si no puedes trabajar no te quiero aquí —le dijo cortante—. Contaba con que Eleazar te hubiese explicado estas cosas.

«Eleazar ha dejado muchas cosas sin explicar», pensó Nicasia, enfadada. Avispa debió leer algo en su expresión, porque bajó el tono y le dedicó una sonrisa.

—No quiero que pienses que trato de engañarte o de forzarte a hacer algo que no te beneficia. Entiendo que tu situación es difícil. —Se dio un golpecito en la pierna y la miró resuelto—. Te diré qué voy a hacer. Voy a ir a desayunar, quédate aquí y lee los papeles con calma. Decide qué quieres hacer.

El knocker le pasó toda la carpeta, así como el estuche con los instrumentos de escritura, se limpió las manos en los pantalones y desapareció escaleras arriba. Nicasia se quedó con la carpeta en las manos, rodeada de trastos, en una sala que estaba muy lejos de parecer una herrería. No estaba segura de si quería firmar aquellos papeles. No sabía si quería estar en aquel sitio. Eleazar no le había explicado qué era tomar hueste ni lo que suponía, y ahora se encontraba con que era un tema del que no podía hablar con nadie, más que con un tipo en el que no confiaba demasiado. Se sentó en uno de los polvorientos baúles.

Tampoco era que tuviera otro sitio a donde ir. No podía volver a la caravana, no tenía permiso de trabajo, no era una ciudadana. Estaba

sola y rodeada de desconocidos.

Se frotó la cara tratando de no dejarse llevar por el pesimismo. Dos años antes había estado mucho peor. Había sido una esclava bajo la montaña, condenada a parir uno tras otro a los hijos de un amo al que detestaba, sin futuro, ni esperanza. Nunca habría podido creerse que llegaría a estar a cielo abierto y sin embargo allí estaba. Aquella podría ser su herrería, tenía el cuaderno de Yirkash. Tenía la oportunidad de hacer de su vida lo que quisiese, algo que hasta hacía muy poco le había parecido impensable.

Leyó los documentos a conciencia. No parecían tener ninguna cláusula peligrosa, era un simple contrato. Quizás también era el primer paso para no pertenecer a nadie, para no depender de nadie. Los firmó apoyándose en la tapa del baúl. Miró los trazos que formaban su nuevo nombre: Nicasia. Le pareció que Nanyalín se perdía en las sombras y no lo lamentó en absoluto.

Se acercó a la cocina con la carpeta bajo el brazo. Los aprendices rebañaban sus platos de gachas, Asha se había unido a ellos y la saludó ofreciendo un sitio a su lado. Nicasia dejó los papeles junto al plato de Avispa que gruñó de satisfacción mientras revisaba los documentos.

—¡Ya es oficial, muchachos! Tenemos nueva aprendiz —anunció radiante.

Los knockers aporrearon la mesa y se levantaron para darle la bienvenida, hubo apretones de manos, vigorosas palmadas en la espalda y Asha le dio un abrazo tan fuerte que casi pudo sentir cómo le crujían las costillas. Era la primera vez que alguien se alegraba de tenerla entre ellos. Se sentía feliz y confusa al mismo tiempo. Avispa se retiró de la cocina, pero permitió que los aprendices alargasen un poco el desayuno para que Nicasia no comiera sola.

—Mientras busco algún albañil decente que acabe de montar la fragua, Nicasia me ayudará en el despacho.

Un silencio tensó se apoderó del taller. Gubia soltó la cuchara y se encaró con Avispa. El carpintero era más alto y corpulento que su

jefe, algo que no logró que el Maestro se inmutara, le sostuvo la mirada con calma y cierta dosis de fastidio.

—Ese puesto me correspondería a mí por antigüedad. Si alguien tiene que ocupar el puesto de Mazarín soy yo, no una novata. Como trates de jugármela iré al Gremio, a la Península o donde haga falta —dijo el knocker pelirrojo visiblemente alterado.

—Eres un auténtico fastidio, Gubia. Un inmenso dolor de culo que me encantaría quitarme de encima. Protesta lo que quieras, ve a dónde quieras. Pero por ahora Nicasia trabajará conmigo en el despacho y punto.

El aplomo de Avispa era un muro contra la rabia de Gubia. Apenas cambió de expresión y se cruzó de brazos sin moverse, el carpintero salió de la cocina dando tal portazo que hasta Liatris se sobresaltó. El resto de aprendices intercambiaron una mirada incómoda y la sátiro siguió cocinando, ligeramente encogida, como si estuviese tratando de desaparecer. Nicasia no sabía cómo reaccionar, acababan de ponerla en una situación que no había pedido. Tenía la lengua seca pegada al paladar y los dedos crispados, agarrando con fuerza su falda sobre el regazo. No era capaz de decir nada. Casi no podía mirar a sus compañeros a la cara. Asha le pasó el brazo por los hombros y aquella sensación de protección, en lugar de aliviarla, la obligó a tragarse un sollozo. Quería salir corriendo de aquella cocina y no regresar jamás.

—Ya se le pasará —gruñó Avispa volviendo a sentarse en su sitio.

—Pero tiene razón. El puesto de Mazarín le corresponde a él.

Avispa soltó la servilleta sobre la mesa y dio un manotazo.

—¡Nadie va a sustituir a Mazarín! Es algo temporal, me cago en Danu. ¿Tan difícil es de entender?

—Ya han pasado seis meses…

Bermejo no pudo acabar la frase. El Maestro Avispa apartó la silla de la mesa con tanta fuerza que acabó cayéndose al suelo y se marchó de la cocina sin mediar palabra. Liatris se apresuró a recogerla y miró a los aprendices esperando que alguien le explicase qué acababa de pasar. Pero los knockers estaban paralizados, se

miraban desconcertados. Jovial empezó a recoger los platos de los que habían dejado la mesa y se puso a hablar por signos con la cocinera, que no dejaba de menear la cabeza con ademán triste. Bermejo apoyó los codos en la mesa y hundió el rostro entre las manos mientras soltaba un resoplido exasperado.

—Así que estas tenemos —dijo cansado.

Asha no había soltado a Nicasia, que seguía clavada en su asiento, casi sin atreverse a respirar.

—Esto no es culpa tuya, chica. No te preocupes.

Era un consuelo totalmente inútil, no se le había pasado la mirada de Gubia. Sabía que el knocker la consideraba una advenediza, ya no era bienvenida en el taller. Tenía lo último que deseaba en aquellos momentos, un enemigo. Era una situación injusta para ambos, porque estaba segura de que ninguno de los dos quería verse en esa posición. No sabía qué hacer. Tal vez debía disculparse, aunque no fuese culpa suya. Hacerle saber al knocker que no quería ser un problema para él. La otra opción, hablar con Avispa para decirle que no quería trabajar con él, la aterraba. Era una duende sin derechos, el Maestro lo sabía. Estaba a su merced. Si había algo que todo esclavo sabía era que nunca, bajo ninguna circunstancia, había que enfrentarse al amo. Se levantó de la mesa. Estaba algo mareada, necesitaba aire fresco. Asha se quedó mirándola preocupada un momento, pero no la siguió cuando salió de la cocina. Nicasia se fue directa a la carpintería, respiró profundamente y llamó a la puerta. Dentro se oyeron golpes, pero ninguna respuesta. Tras volver a llamar y dudar un momento, entró.

Gubia estaba trabajando con el cepillo sobre un largo listón de madera, quemando su furia en cada pasada mientras las virutas volaban a su alrededor. Alzó la cabeza al verla entrar.

—¿Y tú qué quieres? —escupió sin dejar de trabajar.

—No es mi intención quitarte el puesto.

El carpintero dio un par de pasadas más a la madera antes de contestar. El aire comenzó a cargarse con el olor del serrín.

—¿Ah, no? Pues ve a decírselo a Avispa. Corre, dile a él que no quieres suplantarme.

Nicasia se retorció las manos.

—Podemos ir los dos —logró decir con un hilo de voz.

—¡No! Yo ya se lo he dicho. Ahora te toca a ti, muchacha. Demuéstrame que lo que has dicho es verdad.

—Acabo de llegar —balbuceó—. No… no me atrevo… Yo…

—Lárgate, sabandija.

Salió a la carrera, sin saber dónde meterse. Acabó en la cuadra, donde la yegua se sorprendió al verla llegar a toda prisa, aunque solo lo justo. No tardó en volver a centrar su atención en el pesebre. Nicasia se acuclilló entre la paja y apoyó la frente en las rodillas. No podía imaginarse un comienzo peor. Allí también la odiaban. Imaginó la caravana, ya a mucha distancia de la Corte, y sintió que con ella se alejaban sus esperanzas. Se dio un par de golpecitos en la cabeza con las rodillas. La caravana no era una esperanza, no podía alcanzarla y, aunque lograse enviarles una carta, Eleazar no volvería a por ella. En la caravana nadie le daría la bienvenida. Se le hizo un nudo en la garganta, pese a que había dejado TocaEstrellas atrás, aún era una esclava.



10. Una Alférez debe confiar en su instinto

A Sygurn no le extrañó encontrarse a Calendemyn en sus habitaciones. Más que una sorpresa, le resultó un alivio que estuviese allí. La charla con León había dejado sobre la mesa una serie de cuestiones que Aglanor no había aclarado. Durante el camino de vuelta, el sidhe apenas soltó palabra, se limitó a mirarla con una medio sonrisilla prepotente que acompañó con muy pocas respuestas. Tras un rato tratando de arrancarle algo más que un puñado de monosílabos enigmáticos, decidió que seguramente el Cillero sabía tan poco como ella y que aquella actitud misteriosa era solo un intento de no quedar en evidencia. Era un juego al que ella también podía jugar, así que se cruzó de brazos en el cómodo asiento de la carroza y no volvió a abrir la boca más que para despedirse de él a las puertas de Palacio. Lena dormía profundamente dentro de la capucha. Estar tanto tiempo sin la protección de su magia la había dejado agotada. Decidió no despertarla, tendrían tiempo más que de sobra para hablar.

Al entrar en sus aposentos se encontró con Calendemyn, que miraba los baúles aún sin abrir y la ropa desperdigada sobre la gran mesa del comedor con el ceño fruncido. Pese a que llevaban meses en Palacio, Sygurn todavía no se había instalado por completo, ni le había pedido a ninguna de las doncellas que lo hiciera por ella. Sabía que el Senescal apreciaba el orden casi tanto como hacer las cosas por uno mismo. Sygurn esperó que su falta de organización quedase

compensada por no haber recurrido a ningún criado para ponerle solución.

—Madre Moira te tiraría de las orejas si viese cómo tratas los vestidos que madre Mirto y ella te cosieron —le dijo descolgando de la puerta una camisola de algodón.

No había asomo de enfado en esas palabras, era un reproche suave, sin mala intención. Aún no se había vestido para bajar al despacho, llevaba una túnica larga algo descolorida y un cinto que ella misma se había trenzado hacía unos años. Apenas habían tenido un par de ratos a solas desde que habían llegado a la Corte de los Espejos, poder dirigirse a él sin tener que preocuparse por el protocolo la hizo recordar lo mucho que añoraba VuelaPluma. Sygurn se quitó la capa con gestos lentos y cautelosos, sacó del interior a Lena con mucho cuidado y la dejó sobre el cojín de un sillón después de arroparla bien. La mellifata bostezó sin despertarse.

—Tampoco estarían contentas si les contase los sitios a los que me mandas —replicó dejándose caer en un diván mientras se quitaba las botas sin usar las manos—. Hagamos un trato, tú no les cuentas lo del equipaje y yo no les hablo de esta excursión.

Una expresión de genuino asombro se dibujó en el rostro de Calendemyn, que dejó de mirar las montañas de ropa para concentrar su atención en ella.

—¿A qué te refieres?

Sygurn levantó la cabeza del respaldo del diván sin entender la pregunta.

—¿No querías que hablase con León de la Hueste Invernal? Acabo de venir de hablar con él.

—Pensaba comentar ese asunto contigo esta mañana, mientras desayunábamos. ¿Cómo es que has ido ya? ¿Por qué no me dijiste nada antes de salir?

No entendía el motivo de tantas preguntas.

—Anoche tu Cillero me mandó a buscar para llevarme a un barrio perdido de los ojos de Danu y hablar con el Señor de la Hueste

Invernal. Dijo que no convenía que nadie te relacionase con esa visita.

Calendemyn acercó una silla al diván y tomó asiento muy serio. Lo conocía muy bien, no era dado a los estallidos de rabia ni a los enfados repentinos. Era un hada reflexiva que necesitaba conocer las circunstancias antes de obrar en consecuencia. Podía ver en su rostro, que se había vuelto duro y frío, que lo que Sygurn acababa de contarle no le gustaba, pero por disgustado que estuviese antes de hacer o decir nada, necesitaba saber qué había pasado. Parecía más preocupado que enfadado y Sygurn estaba cada vez más confusa. Respiró profundamente, tratando de reunir fuerzas para vencer al cansancio y ordenar sus ideas. Le contó todo lo que había ocurrido, su escapada furtiva de Palacio, la llegada a la Casa del Pueblo y su charla con León. Trató de no saltarse nada que pudiese ser importante. Calendemyn no la interrumpió, la miraba fijamente, con el mentón apoyado sobre la mano. Cuando Sygurn terminó de contar su historia, el Senescal carraspeó un poco.

—Tengo que hablar con el Señor de QuiebraFuegos —dijo tirándose de la punta de los bigotes—. Es cierto que le comenté que era hora de que hablases discretamente con el Señor de la Hueste Invernal, pero ni mucho menos me refería a montar semejante pantomima. Sé que León es algo teatral, y que a Aglanor le gusta mostrar iniciativa, pero esta majadería era del todo innecesaria. ¿Cómo se te ocurrió participar en ese despropósito?

Sygurn se abrió de brazos y los dejó caer en un gesto de impotencia.

—¿Cómo iba a saberlo? Aglanor es tu Cillero, confié en él —contestó a la defensiva.

El Senescal dejó caer los hombros y se hundió en la silla, parecía tan cansado como ella. Sygurn nunca lo había visto así, por primera vez en su vida parecía superado por los acontecimientos. Sintió una punzada de miedo. De niña consideraba a Calendemyn como el ser más poderoso del mundo, como un árbol resplandeciente que cargase sobre sus ramas el peso del cielo. Su padre le decía que una

voz del Señor de VuelaPluma era capaz de acallar a los truenos. Ahora parecía un hada corriente, angustiada por asuntos terrenales. Al ir creciendo, dejó de parecerle todopoderoso, pero siguió creyendo ciegamente en su fortaleza. No quería ver esa fuerza resquebrajarse por su culpa, la invadió una creciente sensación de miedo que no supo cómo controlar.

—Si he hecho algo mal, lo siento mucho…

Calendemyn le dedicó la misma sonrisa tierna que usaba cuando volvía del campo de recoger grosellas. Sabía que a su padre y a él les gustaban las grosellas silvestres, solían bromear diciendo que había comido tantas que Siobhan, la hija pequeña de Calendemyn, tenía el pelo del mismo color rosa encendido de la fruta madura.

—No has hecho nada malo, el error ha sido mío. Tengo a dos jovencitos en puestos de gran responsabilidad, pero apenas os he dedicado tiempo. Es una suerte que solo haya ocurrido esto. Hablaré con Aglanor para que no vuelva a hacer nada parecido.

—No debí hacerle caso —se reprochó Sygurn.

—No, no debiste. Las únicas autoridades que hay por encima de ti somos el Alto Consejo y yo. No tienes que obedecer órdenes de nadie.

—Menuda Alférez estoy hecha.

El Senescal le dio unos golpecitos de ánimo en la rodilla y le sonrió.

—Eres una gran Alférez, has ido al barrio más peligroso del reino, has hablado con el Señor de la Hueste Invernal y has vuelto de una pieza. Solo tienes que confiar más en tu instinto.

Sygurn suspiró, ahora empezaba a ser consciente de lo peligrosa que podría haber resultado su aventura, pero estaba demasiado cansada para lamentarse. Ahogó un bostezo. «Confiar más en mi instinto», pensó. Tomaría nota. Era un consejo que bien podría haber salido de los labios de Olymar de Ventisquero. Le habría gustado que estuviese allí, con ellos. Su padre amaba a Calendemyn. Debía ser muy duro para ambos estar separados. Habían tomado la decisión de no regresar juntos cuando Sygurn

heredó el puesto de banderiza de su padre. Ya había demasiados rumores sobre la amplia familia del Señor de VuelaPluma. Ella seguía pensando que nadie debería considerar extraño que Olymar de Ventisquero hubiese venido para instruir a su hija en su primer año como banderiza, pero al parecer no era algo habitual y Calendemyn no lo consideró prudente. No podía evitar pensar que si hubiese tenido a su padre cerca habría ido a pedirle consejo antes de subirse a aquella estúpida carroza. Lamentarse no tenía sentido a esas alturas. Era mejor ceñirse a lo que tenía.

—¿Entonces qué debo hacer con lo que me ha dicho el Viejo León?

La pregunta hizo que el Senescal se rascase la barbilla pensativo.

—Algo preocupa a ese zorro. León es un tipo escurridizo cuando quiere, pero si sospecha que está pasando algo raro, no está de más que hables con el Señor de DunasAltas. Creo recordar que sois amigos, ¿no?

Feral de DunasAltas había pasado por VuelaPluma el otoño anterior, una noche se habían escapado del castillo para acampar por el bosque cercano con un par de botellas de vino aguardentoso. Encendieron una buena hoguera cerca de una cueva que ambos conocían. Sabían que era poco probable que pudieran casarse con alguien de su elección, como nobles tenían responsabilidades hacia sus familias, pero esa noche no podía robársela nadie. Esa noche escogieron ellos y el sol de la mañana los descubrió durmiendo abrazados, desnudos y felices.

—Sí, nos llevamos bien —contestó con un hilo de voz.

—¡Estupendo! —Calendemyn se levantó de su asiento entusiasmado—. En unos días Elio de AltaCumbre ofrecerá unas carreras de cocatrices en sus jardines, irás en mi nombre. Feral estará allí, te será fácil hablar con él.

Se frotó la cara dejando escapar un largo bostezo, estaba agotada. Nunca había estado en una carrera de cocatrices, pero sonaba a tortura lenta. Podía hablar con Feral en cualquier momento, había pensado en invitarlo a comer o a entrenar con ella.

Su gesto debió ser muy elocuente porque antes de poder protestar el Senescal le dio un par de palmaditas en el hombro.

—No puedes pasarte los días encerrada en tu despacho o entrenando en el patio de la Guardia. Necesitas conocer la vida en la Corte de los Espejos. Tienes que vivir entre sus gentes y conocerlos. Es importante que los nobles te vean como a una de los suyos. Eres la Alférez Mayor y me gustaría que lo fueses por muchos años, pero eso es algo que tendrás que ganarte. Te queda mucho por aprender y es hora de que empieces a hacerlo.

Por mucho que le pesara, debía darle la razón a Calendemyn. No le gustaba la vida en Palacio, así que se escondía de ella. La habían invitado a todo tipo de diversiones, obras de teatro, cacerías, bailes, recitales, meriendas campestres… Costaba imaginar la Corte de los Espejos como un lugar tan festivo, pero desde que estaba allí tenía la impresión de que lo único que se tomaban realmente en serio los sidhe era su propio entretenimiento.

—Está bien, iré —se rindió.

—Diviértete, a partir de la próxima semana te quiero cada mañana en mi despacho. Empezarás trabajando conmigo.

No quiso protestar, era gastar energía inútilmente y sabía que lo que Calendemyn quería era tenerla al tanto de los asuntos de Palacio. Esperaba que fuese capaz de hacerlo por sí misma y Sygurn había dejado escapar la oportunidad demasiado preocupada por las miradas de soslayo y las risitas a sus espaldas. Aceptó sin rechistar, el Senescal le dio un beso en la frente.

—Estoy orgulloso de ti, Sygurn —le dijo antes de dejar la habitación.

La sidhe se dejó caer en la cama a plomo, le alegraba haber podido hablar con Calendemyn. Pese a todo, la visita al Viejo León no había sido un absoluto fracaso. Aunque le escocía haberse equivocado.

«Creo que Aglanor se va a llevar la peor parte de este asunto», pensó cerrando los ojos. No era su problema, el joven Cillero se había metido él solito en camisa de once varas, ella bastante tenía

con pensar en ir a las carreras y en todos los saludos, las caras de cortesía y el insoportable protocolo. Estaba demasiado cansada, se acabó quedando dormida mientras pensaba qué demonios iba a ponerse.



11. Dagas ocultas

La respiración del Señor de DanzaDragón era un resuello cansado, se aferraba a las sábanas y tiraba de ellas para incorporarse sin permitir que Tácito o Gwyllión lo tocasen o intentasen tranquilizarlo. Hablaba entre jadeos, escupiendo a ratos palabras y, a ratos, cuando se quedaba sin aire, balbuceos babosos que querían ser órdenes, insultos, amenazas y no eran más que un estallido de rabia impotente y patético. Aun siendo consciente de todo eso, cada vez que su padre ponía sobre ella esos ojos cargados de furia estéril, Gwyllión agachaba la cabeza, incapaz de decir nada que sirviese para calmarlo. Se sentía una fracasada, responsable de su ira. ¿Qué podía decirle? Solo tenía palabras huecas, promesas vacías y excusas. Debería haberle mentido, se habría ahorrado la vergüenza de contar su fracaso y el berrinche. El modo en el que la habían expulsado del Alto Consejo les dolía a ambos. Su padre y ella eran dos caras de la misma moneda, él gritaba, indignado, herido hasta lo más profundo de su orgullo, Gwyllión callaba, tragándose la rabia, espesa, fría y amarga como un veneno pegajoso que le helaba las entrañas.

Cuando el sidhe se dejó caer al fin sobre sus almohadas, agotado de gritar, con la voz enronquecida y la garganta seca, Tácito se apresuró a ofrecerle un vaso de agua de rosas mezclado con unas gotas de Sueño de Doncella. Más tranquilo, se hundió en una retahíla febril de frases inconexas en las que maldecía al Alto Consejo. Esas ratas, esos traidores enemigos de su casa, miserables

parásitos… ¿Quiénes eran ellos para negarle a su heredera lo que le pertenecía? Maldecía a su hija, desobediente, débil, caprichosa, necia.

—Arregla este desastre, demuestra que eres capaz de algo —le ordenó resollando—. O tendré que hacerlo yo. Arrasaré sus casas a hierro y fuego, que vean quiénes son los DanzaDragón. —Tras un breve descanso añadió—: Nuestra casa domó a la última de estas bestias y los domará a ellos. —Se quedó dormido llorando. En aquel llanto sin fuerza llamaba a Tirso, evocaba sus cabellos anaranjados, del mismo color que el bosque en otoño, y su pecho liso y suave—: Tirso, Tirso, ¿por qué has dejado de venir a verme?

Gwyllión se obligó a besar la frente de su padre tras arroparlo como haría con un niño. Alejarse del calor de los braseros la hizo revivir un poco, estaba agotada. Solo le apetecía estar sola. No quería dar órdenes, ni hablar con nadie. Pero tenía a Tácito tras sus pasos como un perro obediente.

—A partir de hoy, no informaré más a mi padre de la situación en el Alto Consejo, ni sobre ninguna otra cosa. No quiero que sufra más ataques como el de hoy. ¿Entendido? —Trató de mirar a Tácito con la misma mirada inflexible de su padre—. Nadie le contará a mi padre ni una palabra de lo pase fuera de estas paredes.

—Señora…

Ya sabía lo que iba a decir el bogan, que no sería sencillo engañarlo, que preguntaría a diario, que si descubría lo que estaba haciendo sería mucho peor para todos. Ya lo sabía, no necesitaba que se lo recordasen.

—Se hará como acabo de ordenar y punto —dijo tajante—. Quiero que FuegoVivo mande a un sanador que permanezca en casa mientras mi padre siga con vida, que lo cuide noche y día.

Eso pareció tranquilizar al viejo criado.

—Escribiré al Rector Tiresias de inmediato.

Al llegar a sus habitaciones, Calpurnia, una doncella joven y tan pequeña que necesitaba subirse a un escabel para ayudarla a desvestirse, empezó a aflojar los lazos con dedos sutiles y ágiles.

Cuando se quitó el corsé, sintió que se libraba de una armadura de acero, y aunque hubiese otro peso, el de su propio cuerpo agotado que la lastraba sin remedio, el alivio fue inmenso. Incluso sus pensamientos la agotaban, como si fuesen una apretada corona de plomo que no sabía quitarse. Se puso una bata de terciopelo sobre su camisola de vestir y cambió sus medias de seda por unas calzas largas de lana. Le ordenó a la criadita que entrecerrase las cortinas antes de irse y que alguien de la cocina le trajese una infusión de manzana y canela. La clurican obedeció sin mediar palabra. Le gustaba aquella nueva doncella, era hábil y hablaba poco. Una vez sola, se dejó caer ante su tocador y empezó a quitarse las horquillas. Las fue alineando sobre una bandejita de plata, eran de oro y escamas de dragón, caras y únicas que, como casi todas las joyas que tenía, habían pertenecido a su madre. Se preguntó si Evandra se habría sentido alguna vez tan inútil, tan cansada, tan paralizada. Recordaba poco de su madre, guardaba la memoria de una figura resplandeciente, con una voz suave y una risa cantarina. Recordaba sus vestidos gris perla, que a ella le parecían pura plata líquida sobre la que se esparcían sus elegantes bucles lavanda. Cuando pensaba en ella podía ver su piel blanca y sus ojos zafiro. La recordaba como una espléndida obra de arte, de apariencia delicada, tan hermosa que era un deleite mirarla. En cambio, si trataba de recordar algún rasgo de su personalidad, algún consejo brillante, no le venía nada a la cabeza. Le gustaba peinarla, con el mismo cepillo de plata y marfil que aún usaba, y salían en compañía de un puñado de damas a columpiarse en el jardín. Ella solía jugar con sus muñecas o con otras niñas mientras Evandra bordaba al pie de un árbol. No podía decir si alguna vez las había escuchado hablar de algo interesante. Lydden decía que era una sidhe formidable. Nunca se había atrevido a preguntarle a qué se refería cuando la describía así. Le habría gustado saber si se parecía a ella. Algo le decía que no, nunca se había sentido formidable.

Se tumbó en el mismo diván en el que dormía Feroz. El enorme lagarto no se movió ni un palmo para dejarle sitio, así que se tumbó

de espaldas sobre él, era sorprendentemente cómodo. El gyverno era cálido y sus escamas eran lisas y suaves, como diminutos cantos de ríos bien pulidos. Le habría gustado dormirse sola, arropada por el silencio, con los ojos cerrados y el cuerpo flácido, pero pese al cansancio no lograba descansar. Volvía una y otra vez a la sala del Consejo, el blando paternalismo de Calendemyn, las miradas intrigantes de Lisandro y la evidente hostilidad del Señor de CopasAltas. No paraba de ver las suertes rodando entre los dedos de los Altos Señores, aunque en su imaginación todas las esferas eran negras, bolas de cañón negras que destrozaban sus esperanzas.

«Arrasaré sus casas a hierro y fuego, que vean quiénes son los DanzaDragón». Las palabras de su padre sonaban ridículas. Ojalá tuviese dragones en lugar de gyvernos perezosos. Su familia presumía de que el fundador de la casa, Enwell de DanzaDragón, había matado a una de esas bestias. Era una elaborada mentira, los sidhe nunca consiguieron doblegar a los dragones, solo molestarlos hasta que se marcharon de TerraLinde ofendidos. El origen de la casa era menos glorioso; Enwell nunca derrotó a un dragón, pero sí encontró sus huesos. De hecho, encontró todo un cementerio, miles de huesos y escamas descansaban bajo las cuevas de VenceDragón y solo unos pocos miembros de la casa conocían su existencia. Aquellas osamentas eran más valiosas que el oro y las gemas. Se usaban para hacer joyas de una belleza incomparable, una cota de malla de escamas de dragón era un lujo al alcance de muy pocos. La cueva era una de las principales fuentes de riqueza de su familia, pero había que dosificar cuidadosamente aquella fortuna, que solo se mantendría mientras los sidhe creyesen que poseían algo raro y exclusivo. Ahora le servían de bien poco.

«Tal vez podría pagar unos cuantos sobornos». Seguro que no le saldría barato, pocas cosas eran más caras que el orgullo de un sidhe.

Estuvo tumbada sin lograr dejar de pensar ni un instante hasta que sintió que alguien llamaba tímidamente a la puerta. No pensaba contestar, había dicho bien claro que no quería que la molestasen,

resopló y Feroz movió la cabeza mirando hacia la entrada. Tal vez ocurría algo grave, hizo un dibujo desganado en el aire con los dedos y la puerta se abrió en silencio. Tácito se dejó ver sin atreverse a entrar en la habitación.

—Señora, ha llegado algo para usted.

Gwyllión se incorporó desganada.

—¿No he dicho que no quería que nadie me molestase?

—He pensado que le interesaría —añadió rápidamente el criado—. Es una carta del Señor de AltaCumbre.

Aquello era del todo inesperado.

—Dámela —dijo haciéndole gestos a Tácito para que entrase.

El bogan llevaba en la mano una bandeja de plata sobre la que se veía un elegante sobre de color verde hoja, escrito con una cuidada caligrafía y sellado con un botón de lacre donde podían verse la montaña y el árbol de la Casa de AltaCumbre. Junto al sobre había un paquete alargado, cerrado con una cinta de seda del mismo color. Tácito se quedó quieto, siguiéndola con unos ojos llenos de interés. Gwyllión lo echó sin contemplaciones y se acercó a su escritorio para buscar un abrecartas. El sobre contenía una invitación a los jardines de Elio para disfrutar de las carreras de cocatrices. No recordaba la última vez que la habían invitado a algo. ¿Por qué ahora, justo después de expulsarla de la sala del Consejo? El corazón empezó a latirle con fuerza en las sienes. No entendía las intenciones del Señor de AltaCumbre. Desgarró el envoltorio del paquete con las manos temblorosas para descubrir una elegante caja de ébano. Al abrirla, sobre un forro de tafilete encontró un busque de hueso de dragón de color gris perla, ligeramente traslúcido y con un toque irisado. Lo reconoció de inmediato, aquel hueso provenía de sus cuevas. ¿Era una manera de devolverle lo que era suyo o tan solo una feliz coincidencia? Estaba bellamente tallado, con la figura serpenteante de un dragón emplumado. Al ponerlo a contraluz comprobó que había algo en el corazón de la pieza, le bastó manipularla un poco para desenfundar un daga finísima, de corte triangular. En la hoja podía leerse, con letras doradas: «Nunca sola, nunca indefensa».

Desde luego, no era una insinuación sutil. Volvió a mirar la fecha de la invitación. Faltaban tres días y no tenía ningún vestido apropiado, haría falta limpiar algunas de sus joyas. Tampoco había acudido nunca a una carrera de cocatrices, desconocía totalmente la etiqueta de tales eventos. Todo era tan precipitado que sintió unos enormes deseos de dejar la carta y el busque en lo más profundo de un cajón, donde pudiese ignorarlos. No le apetecía confraternizar con un montón de desconocidos, tener que sonreírles y hablar de naderías mientras trataba de descifrar sus intenciones ocultas. Le parecía agotador y aterrador. Pero la invitación y el regalo planteaban preguntas cuyas respuestas estaban en los jardines de AltaCumbre.



12. Oro y plumas

Recuperar la consciencia fue toda una sorpresa. Primero, porque no esperaba darle esquinazo a la muerte, y después porque lograrlo no era tan agradable como se podía esperar. Cuando logró deshacerse de la neblina que le tapaba la vista, reconoció su habitación. Al intentar incorporarse, un dolor punzante le taladró la cabeza. Trató de alzar el brazo para tocarse la coronilla y estuvo a punto de quedarse sin aliento. El costado también le dolía. Volvió a tumbarse gimiendo como el gato apaleado que era. Decir que recordaba la pelea en las MalasCasas era generoso, más bien recordaba la paliza indiscriminada y, por suerte para él, no toda. No tenía ni idea de quién lo había llevado a casa. Cuanto más recordaba, más increíble le parecía seguir vivo. ¿Una pelea en mitad de una timba ilegal? ¿Con la gente de Urakarnake? ¿Es que era un cachorro sin experiencia? ¿En qué estaba pensando? Sin duda había gastado una de sus vidas. Con un movimiento lento y tembloroso se llevó la mano al cuello, buscando un viejo amuleto de la suerte que le había regalado Manx cuando era una niña. No estaba, lo había perdido. Podía decirse que había cumplido su misión.

Cuando se sintió lo bastante animado para volver a moverse, palpó un parche de hierbas que alguien le había puesto en la parte posterior de la cabeza. Estaba desnudo, por debajo del apretado vendaje que le cubría el pecho asomaba un feo moratón que le recorría el costado izquierdo. La rodilla derecha estaba muy hinchada. «Al menos sigo entero», pensó pasando la mano por la

cuenca del ojo vacía casi sin darse cuenta. «No he salido tan mal parado». Se sentía débil y cansado. Estaba helado, aunque la cabeza le ardía y los ojos le lloraban, lo que hacía que las lágrimas se acumulasen en la cuenca vacía. Tenía un desierto en la boca y la garganta en carne viva. Logró apañárselas para servirse agua de la jarra que alguien, probablemente Uro, le había dejado sobre la mesita. Tragar fue todo un infierno, no consiguió hacer pasar más de tres sorbos. Se arropó con las mantas entre escalofríos. Trató de llamar a Uro con una voz rasposa que no obtuvo respuesta, entonces se dio cuenta de que la casa estaba muy silenciosa. Nadie respondió a sus llamadas. Tras un par de intentos afónicos, renunció a obtener alguna respuesta, y se acurrucó en la cama, tiritando. No tardó en quedarse dormido.

Soñó con un mar en tinieblas que ondulaba bajo un pálido sol amarillo en mitad de un cielo extraño, de un color plata oscuro. Tardó un poco en comprender que lo que estaba viendo era una luna deslumbrante en una noche nublada y turbia. El mar que flotaba sobre su cabeza lo formaba una enorme bandada de mirlos, que se movía con la coordinación de un solo ser. Jadul supo que debía temer a aquellos pequeños pájaros de picos afilados. Supo que toda una bandada de ojillos brillantes, como pequeños botones de jaspe y oro, lo buscaba ansiosamente. Miró a su alrededor tratando de encontrar algún lugar donde ocultarse, pero el paisaje era liso, plano. Nada crecía en el extraño suelo que respiraba a sus pies, no había refugio en la amplia explanada, solo un horizonte infinito. Echó a correr aterrorizado, se movía con una lentitud desesperante, no podía coordinar el movimiento de las piernas, que se le habían vuelto pesadas y torpes. Acabó cayéndose de bruces, entonces notó que el suelo no era tierra, ni mármol, ni piedra. Era una piel erizada, pálida y suave. Podía escuchar una respiración y el ritmo de un corazón bajo ella, se puso en pie de un salto, totalmente horrorizado. Fue entonces cuando los mirlos se le echaron encima, un revuelo de picos, garras y plumas afiladas que le arrancaron la

piel y la carne mientras él trataba de gritar con una garganta sin voz.

Jadul se despertó sobresaltado y, al incorporarse, un espasmo de dolor le apuñaló las costillas. Volvió a descubrirse solo en una casa silenciosa, no sabía cuánto tiempo había pasado, se moría de sed y necesitaba ir al baño. Bebió unos cuantos sorbos más de agua, muy despacito, haciendo muecas cada vez que tragaba. El agua sabía ligeramente a polvo y le revolvió el estómago. Trató de ponerse en pie, no podía apoyarse en la pierna derecha. Seguía teniendo la rodilla hinchada y se le estaban empezando a formar moratones de un sospechoso color verde. Cojear hasta la bacinilla para poder orinar fue una tortura; si apoyaba la pierna, el dolor le hacía apretar los dientes, si trataba de saltar sobre la pierna buena, sentía que lo estaban apuñalando con una daga al rojo vivo en las costillas y la cabeza empezaba a palpitarle. El corto trayecto lo dejó exhausto, sudaba y tiritaba al mismo tiempo. Cuando acabó de vaciar la vejiga, un mal movimiento lo hizo caer al suelo. No fue capaz de volver a levantarse. Miró la ventana, veía borroso, no sabía cuánto tiempo llevaba solo en el piso. ¿Dónde estaba Uro? ¿Había ido a buscar a Manx? ¿Es que acaso los había perdido a los dos? La idea le parecía tan posible, tan irremediablemente cierta que lloró en el suelo hasta perder las pocas fuerzas que le quedaban.

Cuando volvió a recuperar la consciencia estaba de nuevo en la cama, llevaba ropa limpia y el dolor de garganta había cedido un poco, pero seguía teniendo mucho frío pese a que alcanzó a ver la estufa encendida cerca de la cama. Uro le acarició la frente apartándole el flequillo del ojo sano. Quiso incorporarse y el toro se lo impidió con suavidad.

—Tranquilo, tranquilo —le susurró—. Estás bien, estás en casa. Tienes mucha fiebre, no te esfuerces.

—¿Dónde has estado? —preguntó con un hilo de voz ronca.

—He salido a buscar unas cosas. No he debido dejarte solo, perdóname.

Jadul agitó la mano quitándole importancia, se sentía mejor solo con tenerlo al lado.

—¿Has sabido algo de Manx?

—Ya hablaremos de todo eso —le dijo Uro.

Ayudó a Jadul a incorporarse y luego le fue dando sorbitos de una infusión de un olor irreconocible. Le resultó mucho más fácil de tragar que el agua, tenía un sabor fuerte, a especias ahumadas, y al terminar se sintió reconfortado. Uro dejó la taza sobre la mesita y se tumbó a su lado con delicadeza. Pese a su corpulencia, Uro podía ser suave y ligero si quería. Jadul apoyó la cabeza sobre el hombro de su esposo, que le besó una oreja. Se dejó envolver por aquel calor familiar, por el olor tenue de aquella piel que nunca se cansaba de besar. Si tenía un refugio seguro en el mundo, era ese cuerpo.

—Me has dado un susto de muerte —le dijo sin reproche. Notó el temblor en su voz y quiso abrazarlo con las pocas fuerzas que tenía. Al cogerle la mano vio que el toro tenía los nudillos hinchados y amoratados. Al fijarse un poco mejor, le pareció que tenía una sombra morada bajo el pómulo derecho.

—Cuando me he despertado no había nadie en casa. ¿Dónde estabas?

Uro carraspeó incómodo.

—He tenido que salir a buscar medicinas.

Quiso preguntarle con qué dinero las había pagado. El toro debió adivinarlo porque le puso el índice sobre los labios para que dejase de hablar.

—Deja de pensar. Céntrate en ponerte bien.

Tampoco era que tuviese fuerzas para nada más, así que se acurrucó ronroneando. Uro le acariciaba la frente, seguía con el dedo la curva de la nariz del gato y luego le acariciaba las mejillas. Jadul se dejó mimar, tratando de olvidar las preocupaciones para cuando tuviese energía para enfrentarlas.

Se pasó un par de días sin apenas fuerzas para nada que no fuese comer un poco, sudar muchísimo y tener pesadillas llenas de pájaros negros. Una noche, se despertó al sentir cómo Uro se

levantaba con mucho cuidado de la cama, caminaba hacia la habitación de al lado tratando de no hacer ruido y poco después escuchó cómo la puerta de la escalera se cerraba. Jadul se incorporó, seguía sintiéndose machacado, pero al menos tenía la cabeza despejada.

Logró llegar a la segunda habitación de la casa, que era cocina y sala de estar al mismo tiempo, no podían pagar nada más grande. Durante años, Manx durmió con ellos en el dormitorio, en una camita cerrada que le habían decorado con un cielo pintado en el techo, lleno de estrellas, y las paredes decoradas con peces y corales como si durmiese sobre un lecho de arena, en las profundidades de un mar recóndito. La mesa de trabajo de Uro estaba despejada y limpia, como siempre que no estaba trabajando en ninguno de sus documentos. No había papeles nuevos, ni materiales para hacer las tintas y acuarelas. No estaba trabajando en ese momento, y él sabía que aún no tenía preparado nada que pudiese venderle a un incauto, sin embargo sobre la mesa que usaban para comer había tarros de medicinas y vendas limpias. Jadul reconoció los sellos de una redoma de arcilla. Era un ungüento de Hojas de Fuego, con el sello del santuario de FuegoVivo, una medicina que no debía de haberle salido barata. No entendía de dónde estaba sacando Uro el dinero para pagarlo todo. Sintió que le costaba respirar y no tenía nada que ver con las costillas doloridas. De repente el aire se había vuelto más denso, le costaba llegar hasta los pulmones. Mientras le rezaba a cualquier cosa divina que quisiese escucharlo, se fue hacia el armario y rebuscó en el falso fondo donde guardaban el dinero. Había una bolsita de ante llena de lanzas de plata, las contó con las manos temblorosas, veintiocho.

Solo se le ocurría un modo de que Uro hubiese ganado tanto dinero de repente.

Abrió otro cajón y rebuscó entre la ropa, lanzándola por todas partes. Sacudiendo cada prenda con la cada vez más escasa esperanza de encontrar lo que estaba buscando. «No, no, no, no, no», repetía entre dientes, desesperado. «Que estén aquí, por favor,

que no sea verdad». Hasta que no revisó todo el armario no se rindió a la evidencia. Las nudilleras de Uro no estaban allí, ni sus guanteletes de combate. Entonces se dio cuenta de que nunca se había cambiado las vendas que le sujetaban las costillas, las que había sobre la mesa no eran para él. Uro se vendaba los nudillos antes de ponerse los guanteletes.

Había regresado a las arenas de combate.

Jadul se dejó caer en el suelo con los ojos llenos de lágrimas. Le había prometido que no volverían a esa vida. Sabía que su compañero la odiaba, que despreciaba los gritos de la multitud pidiendo violencia, esperando espectáculo a cualquier precio. Sabía que los conseguidores engatusaban a sus luchadores con promesas de gloria y oro mientras los exprimían combate a combate hasta que ya no podían luchar más. Recordaba las noches en las que Uro llegaba temblando, con el ceño fruncido, la ropa manchada y cubierto de golpes que no se dejaba curar. Invicto, porque sobre la arena el toro era una fuerza de la naturaleza, dura e incansable. Tras cada combate se encerraba en sí mismo. Sin dejarse tocar, sin dejarse consolar. Los recordaba cómo días horribles, difíciles de dejar atrás.

Ahora su hija trabajaba en timbas ilegales y su esposo estaba de nuevo jugándose la vida porque él era un inútil. Un hada incapaz de proteger a su familia. Lloró apretando los dientes hasta que le dolieron. Entonces recordó el oro escondido dentro del espejo.

No le importaba de dónde hubiese salido. No le importaba venderle su alma a las tinieblas más oscuras. Volvió al dormitorio. Se vistió como pudo y cogió una moneda de la bolsa escondida en el reflejo de la habitación.

Su viejo abrigo estaba en el perchero. Pese a que Uro lo había lavado y cepillado, encontró un par de plumas negras pegadas al forro de una de las mangas. Tenía tan frescas sus recientes pesadillas que no se atrevió a tocarlas, sacudió el abrigo con fuerza para que cayeran al suelo y luego las empujó con el pie hasta el rellano de la vivienda. Una vez fuera de casa, guardó el dinero en el

bolsillo más recóndito de sus pantalones y se dispuso a encontrar un alma caritativa que lo llevase hasta su destino. Un knocker que conducía una especie de carro impulsado por una manivela que hacía girar con las manos se detuvo en cuanto el phoka alabó un poco lo ingenioso que era aquel vehículo. Si algo le gustaba a un constructor era hablar de sus creaciones. A cambio de un rato de charla sobre las maravillas de las cadenas dentadas, bielas y piñones, el hada se ofreció a acercarlo a donde quisiera. Estaba en plena ruta de reparto, y al parecer la de aquel día no se reducía únicamente al barrio de los constructores.

Cuando le dijo a dónde iba, el knocker se rascó la coronilla, visiblemente incómodo.

—No me apetece acercarme tanto a las MalasCasas y menos desde lo del otro día. Tengo que ir a un sitio que te deja de camino. ¿Te importa que te deje allí?

Jadul no quería forzar la suerte. No tenía dinero para pagar a ningún chofer, así que tendría que conformarse.

—Claro…

Sus palabras tranquilizaron al knocker, un jovencito pecoso que entre sus enormes ojos castaños y la despeinada mata de pelo blanco parecía un búho asustado. Lo invitó a sentarse junto a él en algo parecido a un pescante que descansaba sobre un conjunto de gruesos muelles. Jadul se acomodó como pudo en un asiento que no estaba pensado para dos hadas.

—¿A qué te referías antes con lo que ha pasado en las MalasCasas? —indagó mientras el jovencito hacía girar la manivela—. ¿Alguna pelea?

Su chofer silbó asombrado.

—¿Has estado fuera de la ciudad? ¿No te has enterado? Algo destruyó un par de manzanas en las MalasCasas. Un monstruo negro. Se dice que ha sido la Bestia de Abajo.

Jadul se relajó, aquella historia no tenía nada que ver con su pelea, ni con Manx. Era cierto que las alcantarillas de la Corte de los Espejos no eran un lugar seguro, desparecían demasiadas hadas en

ellas. Sobre todo en la zona más antigua. Se decía que en los grandes túneles moraba algún tipo de monstruo que tenía mil descripciones, todas terroríficas, al que casi todo el mundo llamaba la Bestia de Abajo. Lo cierto era que nadie la había visto nunca. Aunque había algunas hadas que juraban haber tenido algún encontronazo, a la hora de la verdad todas describían algo diferente. El phoka pensaba que todas mentían. Las alcantarillas debían de ser el territorio de una banda de traficantes especialmente sangrienta que no quería tener a nadie merodeando por allí abajo. Uro creía que era cosa de los sidhe. A fin de cuentas, multaban con mucha contundencia a cualquiera que intentase bajar sin autorización, algunos desgraciados incluso acababan en la cárcel.

El knocker no pudo contarle nada más, al parecer la historia circulaba por toda la ciudad pero, como era habitual en la Corte, había más de una versión. No se molestó en indagar más, no era su problema. Debía centrarse en ayudar a Uro, en encontrar a Manx, en ponerlos a salvo. Necesitaba información y sabía dónde encontrarla. Si alguien sabía de secretos y rumores, esa era sin duda la señorita Nebel.



13. La ladrona y el mercenario

No hacía falta ser un experto en construcción para darse cuenta de que las hadas que reían en el patio eran el grupo de albañiles más extraño que se pudiese imaginar. Nicasia los observaba de reojo desde la ventana del estudio del Maestro Avispa. El knocker llevaba buena parte de la mañana tratando de averiguar cómo aligerar el peso estructural de un extraño vehículo volador con forma de avispa gigante y estaba de mal humor. Ninguna de las propuestas que tenía sobre la mesa acababa de convencerle, permanecía inmóvil ante su tablero de dibujo, con los ojos perdidos en los bocetos sin parar de mascullar. No creía que fuese un buen momento para molestarlo, así que Nicasia se parapetó en el alféizar a contemplar cómo un par de gorrorrojos descargaban ladrillos de una carreta desvencijada. Aquellos tipos tenían más pinta de mercenarios que de albañiles. A uno de ellos le faltaban las falanges superiores de la mano izquierda y un trozo de oreja en el mismo lado y el otro lucía una cicatriz pavorosa en el cuello y tenía la cabeza hundida de un modo extraño. Los dirigía un sátiro que llevaba fundas de hierro en los cuernos y marcas de un brote muy virulento de mascapieles en las mejillas hundidas. Aunque sin duda lo más preocupante era cómo trataban los materiales, amontonaban los ladrillos sin cuidado y sin ningún plan evidente para empezar a trabajar. Dos phokas contemplaban las torpes maniobras de sus compañeros con una risilla. Una era una gata avejentada, vestida con un revoltijo de prendas de color negro y morado más o menos desteñidas. Estaba sentada en el suelo y

fumaba de una pipa de arcilla. Junto a ella, otra gata, mejor vestida y más joven, se burlaba de los albañiles. Era graciosa, parecía tener una broma lista para cada momento y cuando se movía ondeaba una cola elegante, de sedoso pelo tricolor que se mecía tras ella como un orgulloso estandarte. Ninguna de las dos hacía otra cosa que no fuese hablar. Nicasia no entendía qué hacían allí.

Los aprendices también espiaban desde las ventanas de la carpintería. Asha la saludó con la mano antes de volver a su trabajo y Gubia le lanzó una mirada llena de rencor. Seguía dolido y no solo por lo que entendía como un agravio comparativo, sino porque tampoco recibía el apoyo de sus compañeros. Bermejo y Jovial parecían muy poco interesados en la nueva ocupación de Nicasia y Asha la consideraba más una maldición que una suerte. Gubia despotricaba de unos y de otros, su inicial simpatía por la nueva aprendiz había desaparecido muy rápido. Nicasia se preguntaba si eso podría llegar a ser un problema. Trataba de ser amable, hacía oídos sordos a los desplantes del knocker y no respondía a ninguna de sus provocaciones. Tardó muy poco en dejar de preocuparse, en el fondo podía entender sus sentimientos. «Cambiaría de opinión si supiese lo aburrido que es en realidad esto».

Las jornadas en el despacho se le hacían eternas, cada mañana debía limpiarlo todo sin mover de su sitio ni el más pequeño trozo de carboncillo. Levantaba el tintero, pasaba el trapo por debajo y lo volvía a dejar en su sitio. Hacía lo mismo con los diversos montones de libros y cuadernos desparramados por el escritorio, uno por uno. Luego empezaba con las estanterías, absolutamente atiborradas de trastos. Después Avispa solía dedicarse a explicarle qué estaba intentando lograr, lo hacía más por el placer de escuchar su propia voz que porque apreciase nada de lo que Nicasia pudiese aportar o porque quisiera que su supuesta pupila aprendiese algo, la mayoría de las veces no toleraba ni la menor de las observaciones. Si Avispa le pedía consejo era porque necesitaba que alguien le dijese que iba por buen camino. Así que se pasaba las mañanas lidiando con la frágil confianza del viejo y limpiando con infinita paciencia. Cuando

terminaba la limpieza continuaba sus tareas limando, puliendo o preparando algunas de las piezas que el Maestro necesitaba.

Uno de los gorrorrojos dejó caer un cajón con ladrillos al suelo. Avispa soltó el tiralíneas, manchando el dibujo que tenía en el tablero.

—¿Pero qué está haciendo esa panda de cabestros? ¿Es que no saben lo caros que son los ladrillos? ¡Baja ahora mismo y dile a MechaCorta que quiero hablar con Urakarnake!

—¿Cuál de ellos es MechaCorta? —preguntó confusa.

—El sátiro —respondió Avispa tirando el dibujo manchado al suelo.

Se apresuró a obedecer para ahorrarse la retahíla de lamentos y maldiciones que provocaba cada boceto estropeado. En el patio también volaban los insultos. MechaCorta tenía la cara colorada, una lluvia de saliva mezclada con pintorescas palabrotas salía despedida de su boca con tanta rabia que parecía que pretendía matarlos a escupitajos. Los gorrorrojos lo miraban sin apenas inmutarse, con una expresión de hastío impenetrable que, al parecer, solo servía para sacarlo más de quicio.

—El Maestro Avispa quiere hablar con Urakarnake —avisó sin acercarse demasiado a los albañiles.

El sátiro soltó otra ristra de palabrotas.

—Pues que vaya a buscarlo —dijo sentándose en uno de los bloques de ladrillo que acababan de descargar—. Yo no pienso hacerme cargo de este desastre.

—No os está pagando para hacer él los recados —replicó Nicasia, extralimitándose en sus misiones de mensajera.

—Lo de que no nos está pagando es totalmente cierto. Urakarnake está dos calles más abajo, en la taberna de Poniente. Si quieres puedes ir a buscarlo —añadió el gorrorrojo de la cicatriz con una risilla maliciosa.

—No sé quién es.

El sátiro sonrió con muy poca alegría.

—El tipo más desagradable que veas por allí. No tiene pérdida, te lo aseguro.

Estaba claro que no iba a sacar mucho más en limpio, ninguno de los tres parecía estar dispuesto a moverse de allí. Nicasia tampoco quería malgastar sus energías discutiendo con tres desconocidos malhumorados de los que no iba a sacar nada constructivo. Seguramente Avispa le diría que fuese a buscarlo ella misma, así que se ahorró volver a subir de nuevo las escaleras. Colgó su delantal de trabajo en la cocina y avisó a Liatris de que iba a salir.

No conocía demasiado la ciudad, le habían faltado el tiempo y las ganas de visitarla. Acostumbrada primero a las galerías del Mercado de las Almas y luego al amplio espacio abierto de la caravana, las calles de la ciudad le parecían una mezcla extraña con lo peor de ambos mundos. Le daba miedo perderse entre las calles atestadas, llenas de ruidos, imbuida en una sopa de olores en la que se mezclaban el perfume de los árboles y las macetas, los aromas de las tiendas de comida y las cocinas de las casas con el hedor de los excrementos de las bestias de carga y los efluvios de las alcantarillas. Se sentía pequeña, saturada, confusa, aunque al mismo tiempo la curiosidad la llevaba a querer descubrir qué podía encontrarse a la vuelta de la siguiente esquina. Se obligaba a quedarse en las calles que ya conocía, recordándose una y otra vez que allí solo era una goblin disfrazada. Era mejor no aventurarse a lo desconocido, y lo desconocido era prácticamente todo lo que la rodeaba.

Le resultó fácil encontrar la posada de Poniente, era un edificio bullicioso, con una puerta amplia de la que no paraban de entrar y salir hadas. Tenía la fachada ocre, las ventanas pintadas de azul y sobre el portón se veía un sol de madera de color naranja. Al cruzar el umbral, la recibió el runrún de las conversaciones y un fuerte olor a queso viejo mezclado con el de las barricas de vino que adornaban dos de las paredes del establecimiento. La sala era enorme y casi todas las mesas estaban llenas. Nicasia no tenía ni idea de a quien

estaba buscando. Detuvo a una dríade que llevaba una bandeja cargada de jarras de cerveza.

—Perdone, estoy buscando a Urakarnake. ¿Le suena el nombre?

La camarera puso los ojos en blanco y le señaló hacia una mesa arrinconada en una esquina.

—Llévatelo, asusta a los clientes.

Miró en la dirección que le indicaba. No tuvo que preguntarse cuál de las hadas que ocupaban la esquina era la que estaba buscando. Urakarnake era grande, hasta sentado resultaba imponente, una mole de músculos cubierta de piel gris oscuro, ojos de lobo hambriento y una melena de rastas greñosa de un siniestro color rojo que le caían sobre los hombros anchos. Estaba bebiendo solo, con las botas embarradas apoyadas en otra silla, mirando a cualquiera que se le acercase demasiado como si buscase una excusa para soltarle un puñetazo. Nicasia entendió por qué ninguno de los albañiles había querido ir a buscarlo. Se acercó, sintiendo que su valor se esfumaba a cada paso. El gorrorrojo la vio acercarse y no le quitó los ojos de encima, la miraba tan fijamente que parecía que quisiera convertirla en piedra.

—¿Señor Urakarnake?

El gorrorrojo apuró un trago largo y ruidoso de su jarra antes de contestarle.

—¿Y quién quiere saberlo, cosita? —le contestó con voz ronca y profunda y una sonrisa socarrona de lo más desagradable. Nicasia no tenía ninguna intención de presentarse.

—El Maestro Avispa quiere que vaya a verlo a su taller lo antes posible.

El gigante gris hizo una mueca de fastidio. La miró de arriba abajo, mascullando.

—Nunca había visto una knocker tan canija. ¿Cuántos años tienes? ¿Es que ahora el viejo contrata niñitas para el taller? La experiencia es importante y tener dónde agarrarse también. Pero a mí me encanta enseñar a quien lo necesita.

El mejor salvavidas que podía tener un esclavo era el silencio. Nicasia se mantuvo muda y tranquila como una estatua. Escondió el enfado y el miedo en un rincón apartado, un cajón en su cabeza donde intentaba guardar todo lo que no necesitaba con la esperanza de que, a fuerza de ignorarlo, acabase por desaparecer.

—Me han ordenado que vuelva lo antes posible —respondió con aplomo—. El Maestro Avispa le agradecería que se diese prisa.

El gorrorrojo la agarró del brazo con una manaza que casi podía rodearlo por completo y tiró de ella hasta que pudo sentir como su aliento le acariciaba la mejilla. El tirón hizo que un pinchazo de dolor le atravesase el brazo. Se mordió la lengua para no quejarse y rehuyó su mirada.

—Te estoy preguntando. ¿No vas a tener la educación de responder?

En el Mercado de las Almas nadie registraba el año de nacimiento de los esclavos y, aunque lo supiesen los goblins, bajo la montaña no le daban una gran importancia al paso del tiempo. No tenían días ni noches, desconocían el paso de las estaciones. Conocer en qué momento del año se encontraban era algo que solo los jefes de clan y los lugartenientes de alto rango sabían con seguridad. El resto de duendes vivían en un eterno presente que los esclavos traídos del exterior encontraban muy difícil de soportar. Ella había nacido en el interior de la montaña, no sabía cuándo.

—No soy una niña —le respondió con un hilo de voz—. Suélteme.

Urakarnake le retorció el brazo con una llave que estuvo a punto de hacerla gritar.

—Te he hecho una pregunta.

Nicasia apretó los dientes. Le apetecía escupirle en la cara aunque después le rompiese el brazo. Quiso también apuñalarle los ojos. Apretó los labios, no pensaba contestar, ya no era la esclava de nadie. La phoka joven que acompañaba a los albañiles se abalanzó contra el gorrorrojo y le dio un empujón. La sorpresa, más que la fuerza de la gata, hizo que Urakarnake soltase a Nicasia. La knocker rodó por el suelo, dolorida y enfadada. No podía agradecer más la

aparición de la muchacha. Trató de levantarse, pese al dolor del hombro. Un leprechaun con delantal de camarero la ayudó y se apresuró a llevársela lejos del gigante.

—Déjala en paz, animal, estás dando un espectáculo —le riñó la gata con la cola erizada.

—Señores, si son tan amables de marcharse… —rogó el leprechaun desde una distancia que él consideraba prudente.

Toda la posada los estaba mirando. El gorrorrojo barrió la sala con los ojos buscando a alguien lo bastante valiente como para plantarle cara, pero los clientes le rehuyeron sin mediar una palabra.

—Si se va de inmediato no será necesario que pague nada —dijo otro camarero, un sluagh muy joven con la cara llena de espinillas que tampoco se atrevía a acercarse.

—Me parece bien, porque la cerveza sabe a meados —respondió levantándose de su silla.

—Venga, vámonos —siseó la phoka.

El gorrorrojo se puso de pie. Nicasia estaba convencida de que solo los trolls le ganaban en altura, y al igual que ellos, parecía ser un macizo de roca. Todo músculos, con una espalda ancha como una puerta. La phoka le hizo un gesto a Nicasia para que pasase delante, se alegraba de que hubiese alguien entre esa mole y ella, así que no se hizo de rogar dos veces. Salieron de la taberna seguidos por las miradas curiosas del resto de clientes. Al llegar a la puerta, la joven se giró.

—Se supone que no debemos llamar la atención. ¿Qué tienes dentro de esa cabeza tan grande? —le dijo la phoka con un asco evidente.

La respuesta fue una tremenda bofetada que hizo rodar por el suelo a la gata. Nicasia se echó encima del gorrorrojo dispuesta a frenarlo y este la lanzó por los aires sin esfuerzo ninguno. Cayó sobre el hombro dolorido, lo que hizo que, por un momento, el mundo se volviera borroso. Las hadas que pasaban por la calle se detuvieron a mirar desde lejos. Urakarnake agarró a la gata por la ropa.

—No me vuelvas a dejar en evidencia nunca más. La próxima vez te parto el cuello. —Terminó la frase escupiéndole en la cara.

—¡Salvaje! —le gritó Nicasia mientras se ponía de pie.

El gorrorrojo se giró hacia las dos jóvenes.

—¿Tenéis ganas de pelea, mocosas?

Hirviendo de rabia, bajó los ojos y no contestó. A su lado, la gata hizo lo mismo. Urakarnake soltó una carcajada que a Nicasia le dolió más que los golpes.

—Ya me parecía a mí. —Les dio la espalda a ambas y les lanzó un saludo desdeñoso con la mano mientras se alejaba—. Hasta más ver, señoritas.

Nicasia le tendió la mano a la phoka para ayudarla a levantarse, para toparse con unos ojos amarillos que ardían de rabia. Se apagaron muy deprisa, dedicándole una mirada amable.

—Muchas gracias por la ayuda —contestó quitándose el polvo de la casaca.

—Tú me has ayudado antes.

La gata soltó una carcajada que tuvo que parar a la mitad al tiempo que se llevaba la mano a la mejilla derecha.

—¡Ay! No debería reírme en una temporada. Creo que las dos necesitamos ir a ver a un boticario.

—Yo debería volver al trabajo, además no tengo dinero encima.

La gata volvió a sonreír. Agarró a Nicasia por la cintura y le enseñó una bolsita cochambrosa que hizo tintinear lanzándola al aire. La cogió al vuelo con agilidad y volvió a esconderla entre sus ropas.

—Nos hemos ganado un descanso. Ven conmigo, invita ese bestiajo.

Se quedó sin palabras, no la había visto quitarle la bolsa al gorrorrojo. Ella jamás se habría atrevido a hacer algo parecido. La verdad era que no le vendría mal algún ungüento para el dolor del hombro. Avispa entendería que, dadas las circunstancias, se retrasase un poco. Además, el recado estaba hecho. Urakarnake iba

camino a la Carbonería. Adivinando sus dudas, la gata estrechó el abrazo.

—Por cierto, me llamo Manx. ¿Y tú, dulzura?

—Nicasia —contestó confusa, nadie la había llamado «dulzura» en toda su vida. No se tenía por alguien dulce.

La gata le sonrió con picardía, como si todo le importase muy poco. Desde luego, pensó Nicasia, no era de las que se paraba a meditar las estrategias. Atacar a Urakarnake no parecía la opción más inteligente, y a pesar de todo, actuaba como si hubiese ganado la pelea. Antes de que pudiese añadir algo más, la phoka ya la estaba arrastrando camino a una botica.



14. Damas feroces

Marcia de CruzaAguas, una leal vasalla, y además dama de compañía de su madre, logró lo imposible. En tres días arreglaron un vestido de Evandra, limpiaron las joyas necesarias, que eran pocas porque al parecer las carreras eran un evento informal, le consiguió unos escarpines a juego… Marcia se alegró sinceramente de que su señora acudiese a ella para pedirle ayuda y se responsabilizó de la tarea de prepararlo todo con una energía que Gwyllión esperaba conservar cuando llegase a su edad. No solo le consiguió un atuendo adecuado para dejarse ver en los jardines, le explicó en qué consistían las carreras de cocatrices, qué se podía y qué no se podía hacer y averiguó quiénes eran el resto de los invitados. En resumen, le facilitó toda la ayuda que podía necesitar para lucirse en el evento en cuestión. «No os hagáis tan cara de ver, señora, estoy aquí para servirla y es algo que hago con agrado. Es agradable tener retos con los que entretenerme». Tomó buena nota de su ofrecimiento, estaba dispuesta a hacerle una visita pronto. Necesitaba ponerse al día de los asuntos de Palacio y Marcia parecía la sidhe perfecta para lograrlo. Siguiendo sus indicaciones, se presentó en los jardines de AltaCumbre con un séquito de tres criados; Tácito, gruñendo por lo bajo que su lugar estaba junto al lecho de Lydden pero evidentemente agradecido por tener un pequeño respiro, la pequeña Calpurnia, que se comía con los ojos todo el esplendor que tenía ante ella, y un mozo de cuadra al que no conocía y que llevaba en

una cesta de mimbre una magnífica cocatriz para participar en las carreras.

Los jardines de AltaCumbre no eran los más grandes del Palacio Real, honor que le correspondía al Señor de los Vados, pero sin duda eran los más excéntricos. Grandes toldos de seda teñidos de color azafrán, perfumados con esencias de azahar y dama de noche protegían los prados de los rayos del sol. Entre las ramas de las arboledas colgaban largas cadenetas de banderolas bordadas, guirnaldas de hojas frescas y flores salpicadas por cuentas de cristal tallado que resplandecían como gotas de lluvia. Los pájaros cantaban ocultos a la vista, trinos de aves de nieves y señores de las marismas, seguramente gracias a algún hechizo, porque eran pájaros que no cantaban en cautividad ni vivían en aquella zona de TerraLinde. Una fiesta así debía de costar una fortuna. Mientras Tácito acompañaba al mozo de cuadra a inscribir a la cocatriz en las carreras, Calpurnia y ella se dirigieron a un prado cercano a las gradas donde se reunía una buena cantidad de sidhe, todos ellos con sus mejores galas y sus más resplandecientes sonrisas, bebiendo vino de verano, infusiones frías y agua de frutas. Gwyllión miró a su alrededor. No conocía a nadie y tampoco tenía un acompañante que pudiera presentarla, la Dama Marcia no iba a ese tipo de eventos: «Mucho tiempo y pocos asientos, querida, ya no tengo edad para esperar de pie».

Tras pasear un rato entre los jardines, vio a Lisandro de TorreSabia charlando con una joven. El color verde del pelo de ambos elfos le hizo pensar que eran familia, de modo que dudó un momento. No sabía si debía acercarse o no. En cualquier caso, el Canciller resolvió sus dudas por ella acercándose con una sonrisa perfecta y los brazos abiertos. Las mangas de su túnica eran tan anchas que casi rozaban el suelo. Había escogido un amarillo brillante que combinaba bien con sus gafas y lo hacía resaltar entre el verde del jardín como si fuese una espectacular orquídea gigante.

—Querida Gwyllión, es una sorpresa verte aquí.

Sorpresa que no se reflejaba en su reacción, la joven que lo acompañaba era casi una adolescente. Llevaba una túnica ligera de seda de mar rosa y sandalias plateadas. Ahora que los veía de frente, ambos sidhe eran indudablemente parientes, compartían la nariz larga y elegante, la mirada inquisitiva y el pelo verde oscuro.

—Te presento a mi hija pequeña, la Dama Elvinia.

Elvinia le hizo una reverencia. Tenía la belleza fresca propia de los elfos jóvenes, tan esbeltos y etéreos como la brisa. Al acercarse, percibió que olía a palofresco y camelias. No llevaba joyas y la túnica cruzada bajo el pecho era sencilla. Un acierto, porque de ese modo se resaltaban únicamente las líneas suaves de un cuerpo aún en formación.

—Es un placer, Dama Gwyllión. En Palacio se habla muchísimo de vos.

«Me encantaría saber qué dicen, pero dudo que tú vayas a contármelo».

Antes de que pudiera añadir algo más, una sidhe vestida con el uniforme de gala de la Guardia de Palacio pasó junto ellos y los saludó brevemente. El calor le había encendido las mejillas, iba sola y parecía estar en una situación muy parecida a la de Gwyllión antes de encontrarse con Lisandro. La joven caminaba con una espada al cinto y el sudor recorriéndole la frente. Gwyllión tardó en reconocer a Sygurn, la banderiza de Calendemyn. Con el uniforme tenía un aire extraño, ahora eran más evidentes la piel un tanto tosca y las orejas cortas. El pelo era de un rubio dorado un poco vulgar. Era hermosa, como cabía esperar de una sidhe, pero tenía un toque demasiado terrenal que la acercaba más a los gentiles. A Gwyllión le maravilló verla vestida con pantalones y armada. Esa imagen no tenía nada que ver con la de la dama suave y recatada que la saludó en la sala del Alto Consejo. Sintió envidia al ver la espada. Ella había dado clases de esgrima, pero jamás había tenido un arma propia hasta que le regalaron la daga oculta en el busque de dragón. Inconscientemente, acarició el frontal de su corpiño mientras Sygurn se perdía en dirección a las gradas.

—Allá va nuestra flamante Alférez Mayor —sonrió Lisandro.

Elvinia dio unas palmaditas con visible entusiasmo.

—Me encanta que el Senescal haya escogido a una dama.

—¿Estás pensando en unirte a la Guardia, cariño?

La joven enrojeció hasta la punta de sus perfectas orejas.

—No, papá, no sabría qué hacer con una espada ni aunque me lo explicasen, pero tal vez esto te anime a dejarme trabajar en la Cancillería.

Lisandro le pidió a un paje un vaso de agua de fruta y empezó a beber con sorbos cortos.

—Tendrías que mejorar tu letra visiblemente antes de que eso ocurriese, aunque dado que vivimos tiempos de cambio no descartaré tus aspiraciones —contestó con una sonrisa más expresiva de lo habitual.

—Tómale la palabra a tu padre y no le dejes cambiar de idea —aconsejó Gwyllión—. Calpurnia, dame mi abanico. Este momento pertenece a las damas, estoy a punto de demostrarlo.

—¿No lo demuestra ya que tengamos una Alférez y que el propio Elio haya nombrado a una banderiza? Estoy deseando verla, yo y el resto del Consejo, creo que por eso se ha organizado la carrera.

Gwyllión comenzó a abanicarse. Se estaba acalorando.

—Son puestos de vasallaje, es un paso, pero no un gran cambio.

Lisandro le dedicó otra de sus sonrisas protocolarias, frías e inexpresivas, mientras jugueteaba con sus muchos anillos, todos sellos de la Cancillería. De oro, de plata, de ámbar tallado e incluso uno de hueso de dragón verde jaspeado.

—Si nombrar a una Ventisquero de VuelaPluma banderiza del Senescal y Alférez Mayor os parece poco cambio es porque vuestras ambiciones son muy altas.

—¿Qué ocurre con la Casa Ventisquero?

Sin duda Elvinia estaba entusiasmada con que la dejasen participar en una conversación de adultos y no se preocupaba por la discreción de sus preguntas. El Canciller miró cautamente a su alrededor antes de contestar.

—Están más cerca de los gentiles que de los sidhe. En las montañas, los señores se casan con quien pueden o con quien aman.

—Qué envidia —suspiró Gwyllión.

Su respuesta hizo que Lisandro le dedicase otra de sus sonrisas enigmáticas. Creyó ver un brillo de interés en sus ojos, que asomaban por encima de las gafas. Un corto gritito de animación de la Dama Elvinia atrajo la atención de los adultos. Elio de AltaCumbre avanzaba por el jardín. Alto, delgadísimo, blanco hasta parecer traslúcido y cargado de perlas tan brillantes como su dueño. El pelo le caía hasta por debajo de la cintura, algo demasiado delicado para un Alto Señor. Como era habitual, vestía diversas túnicas blancas y grises. Un fajín bordado en plata cerraba todas las capas de tejido, pero dejaba al descubierto un pecho liso y suave, con clavículas de pájaro. Lucía otra vez sombra de ojos de un color azul aguado, más propio de una acuarela que del maquillaje, a juego con sus labios. Elio tenía una boca hecha para ser besada y lo sabía. Junto a él, en un contraste un tanto chocante, caminaba una sidhe con una lujuriosa melena rizada cuidadosamente despeinada para caer con elegancia sobre un vestido que tenía el verde, azul y dorado de un pavo real. Rodeándole el cuello lucía un hermoso collar de esmeraldas y esmalte verde que semejaba una rama de hiedra. Ambos se acercaron tras hacer una breve reverencia.

—Que placer más inesperado —dijo Elio con un tono de desinterés que desmentía sus palabras.

—Eso mismo le acabo de decir a la Dama Gwyllión —respondió Elio dejando su vaso en la bandeja de un criado.

—Su presencia es más una sorpresa que un placer.

Gwyllión sintió que las palabras del anfitrión la dejaban sin aire.

—Me ha invitado, no veo cuál es la sorpresa —logró decir.

Elio abrió mucho los ojos y luego miró de reojo a su acompañante.

—¿Yo? Vaya, vaya. Parece que lo más interesante de las carreras no va a estar en las pistas, después de todo. ¿Mi señora ha traído un

ave para competir?

—Sí, por supuesto —respondió sin entender el sentido de la pregunta.

—Qué interesante. No sé si apostar por el pájaro o por la dama.

Elio se rio de su broma. Su acompañante y Lisandro apenas esbozaron una sonrisa. Elvinia miró a Gwyllión con una piedad que la hizo sentirse repentinamente enferma. Le habría encantado estamparle el abanico en la cara al Señor de AltaCumbre, estropearle aquellas mejillas cubiertas de polvo de perla. El Señor de TorreSabia salió en rescate de la situación.

—Eres un grosero, no nos has presentado a tu acompañante.

Elio se dio un manotazo teatral en la frente.

—Qué despistado estoy últimamente. No recuerdo a quién invito a mis eventos y no presento a mis vasallos… —Sacó una cajita del colgador de plata que llevaba al cinto y se retocó el maquillaje azul de los labios—. Ella es Rheia de SilvaViento, Señora de BuenTrébol, EspadaLeal de AltaCumbre.

Todos los Altos Señores tenían varios banderizos, era un cargo para reconocer la valía de sus principales vasallos. Podía darse por muchos motivos, habitualmente porque el señor necesitaba los ejércitos del vasallo o sus recursos. Era un reconocimiento de lealtad. Una EspadaLeal era mucho más que eso, era una hermandad de sangre y una forma de decir que aquel noble gozaba de su máxima confianza. La Casa de DanzaDragón tenía al caballero de ValleReal, que residía en VenceDragón. Nombrar banderiza a una dama era extraño, nombrar a una dama como EspadaLeal era inaudito.

La dama de verde y azul hizo una profunda reverencia.

—Al servicio del Alto Consejo y de la Corona.

Gwyllión aún no había superado su enfado, pero no se le pasó por alto que la Señora de SilvaViento no había dicho en orden la fórmula protocolaria. La norma era decir: «Al servicio de la Corona y del Alto Consejo». Volvió a abanicarse, la Dama Verde la miraba con una intensidad que resultaba incómoda. Desde luego la jornada se

presentaba interesante. Quizás demasiado, y tenía la sensación de que no lo sería en el buen sentido.

Una alegre fanfarria anunció el inicio inminente de las carreras. Los ojos de Elio se encendieron por primera vez.

—Deberíamos ocupar nuestros asientos —dijo con un entusiasmo casi infantil—. No me gustaría perderme el principio.

—Es complicado que las carreras comiencen sin su anfitrión, Elio —le recordó Lisandro sonriendo.

—¡Tienes razón! ¿Cómo habré olvidado una cosa así?

La Señora de SilvaViento les dedicó una sonrisa incómoda y tiró de su señor para que empezase a caminar hacia las gradas.



15. Feral de DunasAltas

Tan pronto como la última cocatriz cruzó la línea de meta, un par de manos protegidas por gruesos guantes acolchados la tentaron con un trozo de carne para llevarla de vuelta a los corrales. Desde la grada se escuchó un aplauso repentino, como si una bandada de palomas levantase el vuelo, los espectadores de la carrera mostraban su entusiasmo con educación y elegancia. Sygurn aprovechó el momento para levantarse como había hecho una parte del público. Pese a los cojines, las gradas no eran cómodas y los toldos de seda no mitigaban los rigores de una tarde calurosa. Se arrepentía de no haberle hecho caso a Lena cuando le había dicho que se pusiese un vestido y la dejase peinarla. Habría estado más fresca con un vestido ligero en lugar de con la sobrevesta de la Guardia y los pantalones de montar. Al menos había tenido el buen juicio de hacerse un moño y la brisa de la tarde le acariciaba la nuca, aliviando un poco el bochorno. Pensó que ya que tenía que empezar a formar parte de la vida palaciega era mejor que la viesen en su papel de Alférez Mayor, por eso había escogido el engorroso uniforme de gala en lugar de hacerle caso a su amiga. La mellifata superó la decepción aprovechando los miles de escondrijos que ofrecía el jardín del Señor de AltaCumbre para ocultarse y cotillear a placer mientras ella se cocía a fuego lento debajo de la sobrevesta rosa pálido de la Guardia de Palacio. Su presencia no había pasado desapercibida, sentía las miradas clavadas sobre ella como alfileres. Muy pocos la habían saludado con cierta cortesía, pero todos la

miraban con curiosidad. Se sentía como un cactus rodeado de rosas, a su alrededor danzaba un coro vestido con tejidos exóticos, ligeros y coloridos, envueltos en perfume y regalando sonrisas radiantes como joyas. Le parecía que llevaba una eternidad sentada en la grada, viendo cómo las cocatrices corrían tras una ilusión invocada con forma de conejo.

Se recostó en un cojín tratando de encontrar una postura cómoda cuando Lena le dijo que los jardines del Señor de AltaCumbre no eran los más grandes del Barrio Real. Le costó creérselo, era como estar en un bosque en miniatura donde todo estaba extrañamente ordenado para aparentar un asilvestramiento agradable. La pista de carreras se había instalado en una explanada ancha de modo que las gradas quedasen al resguardo de los árboles. En las ramas más gruesas se habían extendido grandes lienzos de seda para que nadie se quedase sin sombra y una buena cantidad de sirvientes se aseguraban de que todos los invitados tuvieran aperitivos y bebida de sobra para disfrutar de las carreras.

—No me lo puedo creer, no he ganado ni una carrera. —Caliban de TruenaRocas soltó una carcajada tormentosa y se dejó caer entre los cojines—. Mi tesorero se va a poner hecho una fiera.

—Pensé que te daría más pena tu pájaro que tu bolsa —comentó Lisandro de TorreSabia mirándolo por encima de sus gafas tintadas.

Cada noble participaba con su propia cocatriz en las carreras. Pese a estar tan domesticadas que apenas recordaban en nada a sus parientes salvajes, aún conservaban un carácter fiero que hacía que se pelearan entre ellas a la menor oportunidad. La de Caliban había muerto en la tercera carrera y el noble apenas había chasqueado los labios al ver cómo le abrían la cabeza a picotazos. Sygurn estaba acostumbrada a la cetrería y le gustaba cazar con arco, lo que no evitó que le pareciese un espectáculo cruel y sanguinario. Al menos ella se comía lo que cazaba.

—No me da tiempo a encariñarme —dijo Caliban cogiendo unas cuantas uvas de un cuenco que tenía a su lado—. Tengo que buscar

un criador mejor. Si alguien conoce uno, que le diga que tengo una bolsa tan grande como mi hambre de premios.

—Esa comparación no es tan impresionante como te piensas.

—Es la única que puedo hacer delante de damas respetables como estas, querido Lisandro.

Alba de EstelaClara, una jovencita fresca como una florecilla que estaba sentada junto al Señor de TruenaRocas, tuvo la delicadeza de sonrojarse al escucharlo. Mientras que Gwyllión de DanzaDragón, que estaba una grada por debajo de ellos, bufó. Sygurn llevaba mirándola con curiosidad toda la tarde, aunque no había logrado ver más allá de una espalda recta y unos hombros ocultos bajo el cuello de barca de su elegante vestido gris perla. Ahora podía ver también su perfil hermoso, resaltado por el sencillo recogido de su melena larga y lisa de color lavanda. Le habría gustado hablar un poco más con ella en la sala del Consejo, por desgracia cuando llegó a las gradas ya no había ningún asiento a su lado.

—Nos culpa a nosotras de no poder presumir de lo que no tiene, qué poco elegante —sonrió Gwyllión.

La respuesta logró que Lisandro y Caliban soltasen una risotada, aunque la del Señor de TorreSabia era mucho más sincera que la del Señor de TruenaRocas. Sygurn no pudo evitar sentir una simpatía inmediata por la Señora de DanzaDragón, no sabía si ella se habría atrevido a responder lo mismo. Desde luego, le habría gustado tener su aplomo.

—Te acaban de poner en tu sitio —rio Lisandro, escondiendo una mirada pícara tras las gafas rojas.

—Las damas de hoy en día no le tienen miedo a nada —dijo Caliban en voz alta para asegurarse de que el resto de sidhe lo escuchaban—. Haríamos bien en tenerlo en cuenta.

No le gustó cómo había sonado aquella frase, no parecía del todo inocente. Le habría gustado que Lena estuviese cerca para preguntarle qué sabía del Señor de TruenaRocas, pero pedirle a la mellifata que se quedase a su lado cuando no muy lejos de allí había varias mesas llenas de comida y barriles de vino era un imposible.

—Los señores tampoco tienen nada que temer de las damas; a fin de cuentas, solo queremos hacer las mismas cosas que ellos —añadió Sygurn.

Lisandro se limitó a sonreír mientras ocultaba las manos enjoyadas dentro de sus amplias mangas. Era una sonrisa socarrona y traviesa, pero era difícil adivinar si era para las damas o para Caliban, que acababa de llamar a un copero para que le sirviese.

—Espero que no —dijo con una risa forzada—. Espero que hagáis las cosas mejor que nosotros.

—¿Por qué? —La Dama Gwyllión se había girado hacia los dos sidhe. En su mirada ardía una rabia tan tangible que a Sygurn le pareció sentir el calor que desprendían aquellos ojos furiosos—. ¿Porque para recibir el mismo trato que mi padre debo ser mejor que él?

—Nuestra Dama Dragón tiene toda la razón —dijo la voz suave del Señor de AltaCumbre desde un par de gradas más abajo.

El anfitrión de las carreras estaba recostado sobre una nube de cojines de un blanco inmaculado a juego con una túnica que le dejaba el pecho pálido al descubierto, adornado por varias vueltas de un larguísimo collar de perlas irisadas entre las que enredaba los dedos cubiertos de anillos de oro blanco. Su pelo era como la seda y se esparcía entre los almohadones. Bajo una sombra de ojos azul, que contrastaba con tanta blancura, la mirada del sidhe se perdía en el cielo y no parecía fijarse en nada en concreto. Sygurn tenía que reconocer que era hermoso, como tal vez debieron ser los primeros hijos de Danu, pero en su belleza había un toque extraño, una nota disonante en mitad de una melodía perfecta. Algo ensombrecía su resplandor, aunque no podía decir qué era.

—No debemos pedirles a las damas que sean mejores que nosotros —continuó divagando—. Deberíamos ser iguales a ellas, a mí me encantaría tener una familia tan amplia y amorosa como la de nuestra Alférez Mayor. Y estoy seguro de que a nuestra Dama Feroz le gustaría que la amasen como han amado a su padre a plena luz del día.

Gwyllión se puso colorada hasta la raíz del pelo, era difícil distinguir si era de vergüenza o de rabia. Sygurn sonrió para sí, tal vez el Alto Señor pensaba que con una insinuación así la ofendía, algo en lo que se equivocaba. No se avergonzaba de su familia, se avergonzaba de tener que mantenerla en secreto.

—Les transmitiré a mis padres sus halagos —dijo poniéndose en pie—. Si me disculpan, acabo de ver al Señor de DunasAltas con las cocatrices y me gustaría saludarlo.

Se alejó antes de escuchar la contestación de la Dama de DanzaDragón. Le dolía dejarla sola ante los envites de los Altos Señores, aunque estaba segura de que se bastaba sola para replicarles. Ella no debía caer ante provocaciones tan torpes, no solo estaba en juego su buen nombre, sino el del Senescal, y no podía ponerlo en riesgo por tan poca cosa. Que se peleasen todo lo que quisieran, tenía cosas mejores que hacer.

«Si buscas a Feral, está en los cubiles de las cocatrices. Detrás de la carpa naranja», le dijo Lena. No tenía ni idea de dónde podía estar la mellifata, se le daba bien esconderse. Lo que no impedía a su ojo de halcón estar al tanto de todo. Se dejó guiar escuchando a medias cómo su amiga halagaba la comida del Señor de AltaCumbre, que era mucho más interesante que el señor en sí mismo, y le contaba un cotilleo sobre Caliban de TruenaRocas y su deficitaria economía. Al parecer, era extraño que el señor hubiese accedido a acudir a las carreras, porque las relaciones entre ambos señores no eran precisamente buenas. Sygurn no prestaba atención a la charla de la mellifata, las rivalidades entre Altos Señores no le interesaban. Se abrió paso entre los criados vestidos con la librea celeste y blanca de AltaCumbre y de los invitados más interesados por la comida que por las carreras hasta que llegó a la carpa naranja. El guardia la dejó pasar tras ponerse firme a su paso y la Alférez entró a un revuelo de cacareos y plumas. Los jaulones eran bastante más grandes de lo que las cocatrices necesitaban, pero sabía que a Feral le gustaba que los animales estuviesen siempre

cómodos. Los ojos anaranjados de las aves, rodeados de escamas rojas, se clavaron en ella.

«Me alegro mucho de que estén encerradas», le comentó su amiga.

«Imagínate lo que debe de ser una salvaje», pensó Sygurn mirando la jaula donde un imponente ejemplar de plumas negras y escamas verdes la miraba siseando con el pico abierto.

Encontró a Feral de DunasAltas hablando con un mozo de cuadra que portaba un cubo lleno de trozos de carne cuidadosamente cortados. Feral llevaba como siempre el pelo recogido con un pasador de madera que representaba el sol de sus tierras natales, pantalones abullonados y una túnica corta bordada a juego de un sabio color burdeos oscuro que resultaba festivo y práctico para ocultar posibles manchas. Al igual que ella, se había puesto unas botas de montar. Al verla, sonrió y se acercó abriendo los brazos.

—¡Sygurn de Ventisquero! ¡Nada más y nada menos que la Alférez Mayor de TerraLinde! —dijo corriendo hacia ella.

Al alcanzarla se dieron un largo abrazo. Era bueno encontrar una cara amiga en Palacio.

—No te rías del título, ya sé que me viene grande —le respondió, reticente a soltarlo.

Feral se apartó un poco y la miró a los ojos con una sonrisa incrédula.

—Dudo que haya algo en este mundo que le venga grande a la Señora de Ventisquero.

Se alegró de que dijese «señora» en lugar de «dama». A Feral nunca le había dado miedo que ambos estuviesen a la misma altura y en aquellos momentos esa seguridad sincera era justo lo que necesitaba. El sidhe recogió unos guantes gruesos y el cubo de la carne para repartir pedazos entre las jaulas.

—¿Dónde se ha metido Lena?

—Estará por ahí, comiendo y espiando a hurtadillas. Es más lista que nosotros.

El joven sidhe sonrió, su barbita corta perfilaba un rostro agradable, de piel oscura y ojos claros, dulces como las arenas del norte.

—Bien por ella, ojalá pudiese hacer lo mismo. Las carreras de cocatrices son una pesadilla. No entiendo qué tiene de divertido ver correr en círculos a unos pájaros que están deseando matarse entre ellos.

Esquivó el picotazo de una cocatriz y le dio un leve manotazo en la cabeza para que se apartase de las rejas antes de lanzarle un trozo de carnaza.

—Quizás porque en el Alto Consejo hacen lo mismo —suspiró Sygurn recordando la charla anterior.

—Solo llevas unos meses en Palacio y ya te estás volviendo una cínica. ¿Será verdad que la Corte machaca a todos los que llegan a ella?

DunasAltas lo dijo con cierta amargura y a Sygurn le supo mal preocuparlo sin motivo.

—No quería sonar amargada, es solo que aún tengo que aprender a lidiar con los Altos Señores —se apresuró a aclarar mientras miraba comer a los pájaros.

—Son como cualquier depredador, si están bien alimentados no son un problema. Solo deberían preocuparte cuando tienen hambre.

«El problema es que siempre están hambrientos. Cuando no quieren más oro, quieren más poder. Cuando tienen poder, quieren adoración… Nunca tienen bastante». Se guardó aquella idea para sí, aunque sintió que Lena estaba de acuerdo con ella.

—O cuando están acorralados —respondió sin pensar.

—Te aconsejo que nunca trates de acorralar a un Alto Señor. Para los sidhe como nosotros nunca sale bien. —Feral lo dijo en un tono ligero, aunque esta vez sus ojos no sonreían.

Sygurn decidió que era hora de abordar el tema que realmente le interesaba.

—Seguiré tu consejo. De hecho, mis intereses actuales están muy lejos de Palacio. Me han dicho que necesitas ayuda con algo.

Feral dejó el cubo vacío junto a una jaula y se quitó los guantes. Las cocatrices acababan de engullir sus raciones sin prestar atención a nadie más. El sidhe se acercó a una bomba de agua para lavarse las manos.

—Te veo al tanto de todo lo que pasa en la Ciudad, no esperaba menos de ti. Un herrero con el que solía trabajar, Tizón, desapareció sin más hace unas semanas. Pensé que sería un asunto entre knockers y preferí no indagar.

Los knockers eran tristemente famosos por sus feroces ajustes de cuentas. Tenían un estricto código interno que nadie que no perteneciese al Gremio de Constructores conocía. La ley del silencio que imperaba en los gremios hacía imposible investigar nada que tuviera que ver con ellos. Cualquier pregunta era respondida por un oficial del Consejo de la Península Flotante diciendo que se trataba de un asunto interno de los gremios y que la Guardia no tenía autoridad en esos temas. Sygurn no creía que León la hubiese encaminado a un callejón sin salida. Intuía que la desaparición del herrero debía de haber despertado sus sospechas por algún motivo.

—¿Qué te parece si nos bebemos un par de copas de vino de nuestro magnífico anfitrión mientras me cuentas algo más?

Feral no se hizo de rogar dos veces, Sygurn lo cogió del brazo. No tenía la intención de volver a las gradas con el resto de invitados. El jardín era enorme, no les costaría trabajo encontrar un lugar agradable y discreto en el que sentarse a charlar. A la Alférez ese plan le parecía mucho más apetecible que encajar las pullas infantiles de los Altos Señores. Tendría ocasiones más que de sobra para lidiar con ellos.

Los jardines de AltaCumbre eran una larga colección de extravagancias. Parecía que su dueño quisiese compensar la afrenta de que no fuesen los más grandes del Barrio Real llenándolos de maravillas. Mientras buscaban un rincón alejado de las fanfarrias de las carreras, encontraron una fuentecilla protegida del sol por una pérgola cargada de diminutas flores transparentes. Sygurn rozó uno de los ramilletes, tintinearon bajo sus dedos, sonrió sorprendida. El

murmullo de la fuente, tallada en hueso de dragón verde ligeramente traslúcido, junto al sonido de las florecillas, creaba un ambiente sosegado de sombra fresca y perfumada. Se sentó al refugio del sol, hundió la mano en el agua fresca y sintió la caricia de los pequeños peces de coral que nadaban bajo los nenúfares. Se refrescó la nuca. Allí se estaba mucho mejor que bajo los toldos de la pista de carreras. Se remangó las mangas de la túnica y aceptó la copa que le ofrecía Feral. Admiró un momento la trabajada filigrana que recorría el borde, combinaba a la perfección con el ambarino del vino. Estaba segura de que no era una casualidad. En los dominios de Elio todo estaba pensado hasta el último detalle para ser hermoso. Cualquier rincón era una discreta demostración de opulencia. Sygurn saboreó el vino, delicado, fresco, cargado de sabor.

—Don del sol, ni en las bodegas reales se puede encontrar algo tan bueno —exclamó encantada.

Feral dejó la botella dentro de la fuente y dio un sorbo de su copa.

—Te apuesto lo que quieras a que las bodegas reales llevan muchos años vacías.

—¿Tú crees?

El joven sidhe se sentó en el borde de la fuente, junto a Sygurn.

—Han tenido tiempo de sobra. No creo que queden botellas en las bodegas o alguna moneda en las arcas. ¿De dónde crees sino que sale todo esto? —preguntó Feral mostrando con un gesto lo que les rodeaba—. Las tierras de AltaCumbre no son tan ricas.

—Está feo criticar al anfitrión mientras te bebes su vino —le dijo Sygurn riéndose por lo bajo.

—A saber cómo se ha pagado este vino —contestó Feral después de vaciar su copa.

—¿Por qué te preocupa tanto? ¿No te han pagado las cocatrices? ¿Tienes deudas con Elio?

Feral volvió a llenar las copas y miró a su alrededor, no estaba seguro de si podía hablar con tranquilidad. Sygurn se puso un dedo

en los labios. Lena debía andar cerca, probablemente robando comida o escuchando a escondidas alguna conversación jugosa. La comida y los cotilleos eran, junto a los libros, sus grandes pasiones. La llamó en silencio. La mellifata no tardó en llegar, chupándose aún los deditos cubiertos de grasa.

—Vaya, vaya. Si estáis haciendo el tortolito. ¿Qué pasa? ¿Os gusta que os miren?

La cara del Señor de DunasAltas se puso roja como un farolillo de Beltaine. Sygurn, que estaba acostumbrada a las bromas de su amiga, soltó una risotada.

—Mira que eres bruta.

—No, ahora en serio. Me estaba comiendo la piel de un avefría asada con muchas especias y miel de almendras, no creo que me hayas llamado para que salude a Feral. —A pesar de sus palabras, se giró hacia él y le hizo una graciosa reverencia—. Hola, Feral, siempre es una alegría ver esos ojazos.

A Sygurn no se le pasó el ligero rubor que cubrió las mejillas del caballero. Le parecía adorable que aún siguiese ruborizándose con las pullas de Lena. Feral era de naturaleza sencilla y honesta. Más parecida a las hadas con las que trataba en VuelaPluma que a los cortesanos sidhe, tan fríos como caballerosos. Ninguno de ellos se habría alterado lo más mínimo ante un cumplido, estaban tan acostumbrados a recibirlos que creían merecerlos. Se sentían perfectamente cómodos ante la admiración ajena. Le gustaba que su amigo no fuese así.

—Hola, Lena, hacía mucho que no nos encontrábamos. Estás estupenda.

—Robar comida siempre me hace tener buen aspecto —respondió dando una vuelta sobre sí misma para mostrar todo su esplendor.

—En ese caso deberías hacerlo más a menudo —bromeó Feral.

La mellifata se posó en la rodilla del elfo, encantada con sus palabras. Feral no sabía que aquel era un rarísimo honor que compartía con Siobhan, la hija pequeña de Calendemyn. Lena desconfiaba abiertamente del resto de los «grandes», y si rara vez

se dejaba ver por alguno de ellos, menos aún tenían el privilegio de gozar de su confianza. Sygurn tampoco se lo había contado nunca, sabía que a su amiga no le habría gustado que lo hiciese. Le encantaba que sus amigos tuviesen ese vínculo de confianza mutua. Se llevó la copa a los labios y el vino le supo aún más exquisito. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan feliz.

—Bueno —dijo la mellifata plegando las alas antes de sentarse—. ¿Y por qué he interrumpido mi cata de delicias culinarias?

—Me gustaría hablar con Feral sin que nadie nos escuchase —le pidió Sygurn.

—Uy, qué pillines —sonrió la mellifata, traviesa.

Hizo un círculo con el pulgar y el índice y empezó a soplar por el hueco. Las campanillas de la pérgola empezaron a tintinear al unísono, mecidas por la suave corriente de magia que la mellifata estaba invocando. Primero apareció una pequeña esfera transparente, podría parecer una pompa de jabón, aunque le faltaba el tono tornasolado. Era tan transparente que costaba trabajo verla, la mellifata no dejaba de soplar y a medida que lo hacía, la burbuja crecía y crecía hasta que al cabo de un rato era tan grande que los atrapó por completo. Dentro de la esfera se podía percibir la leve vibración del aire y el olor a cobre caliente de la magia pura. Cuando por fin estuvieron todos dentro, Lena dejó de soplar y se paró a recuperar el aliento.

—Bueno, parejita, ya podéis hablar sin miedo.

Feral entornó los ojos tratando de distinguir las paredes de la burbuja. No era sencillo, era tan transparente que parecía que la vista te estaba jugando una mala pasada. El sidhe estaba demasiado impresionado para hacer nada más. Ver hacer magia a las mellifatas era un extraño prodigio. La facilidad con la que hacían fluir la magia salvaje para convertirla en hechizos sencillos era impresionante. Sygurn no tenía problema en reconocer que sentía algo de envidia. Como cualquier hada, ella necesitaba concentración y disciplina para lograr un efecto que nunca sería tan perfecto como el de la pequeña mellifata. Pese a que los sidhe siempre habían estado ligados a la

magia, su conexión ya no era tan natural como antaño. A cambio, tampoco dependían tanto de ella. Dejó pasar un momento para que su compañero disfrutase un poco más del pequeño prodigio antes de preguntarle.

—¿Tenías algo que contarme de Elio?

—Si fuese solo de Elio… —Feral miró su copa mientras trataba de poner en orden las ideas que le rondaban—. Pero es todo el Alto Consejo. ¿De dónde narices sacan tanto dinero? Estos palacios, estos jardines… En tiempos de nuestros padres solo el jardín real era tan magnífico, ahora casi parece un huerto modesto.

—Algunos Altos Señores tienen feudos muy ricos.

—Lo sé, ¿pero tan ricos? Me han llegado a pagar diez dragones por una cocatriz de carreras. Es absurdo, son gallinas peligrosas, ni siquiera te las puedes comer.

—¿No se puede? —preguntó Lena con una visible decepción.

—No te lo aconsejo. No son como un basilisco, pero siguen siendo venenosas.

—Pues menuda chusta…

Para reconducir la situación, Sygurn dejó la copa en el borde de la fuente, al alcance de su voraz amiga, que no pudo resistir la tentación de probar el vino.

—Entonces, ¿te preocupa que los Altos Señores tengan dinero? —preguntó Sygurn sin comprender.

—Me preocupa de dónde lo sacan. Cómo están pagando sus modas absurdas y sus alardes exhibicionistas. Quieren volver a subir la cuota de horas y el impuesto de descargo. Si tienen tanto dinero, ¿por qué necesitan tantas horas de trabajo comunal? Muchos artesanos se están marchando de la Corte porque no pueden hacer frente a todas esas exigencias…

Feral subía cada vez más el tono, la indignación hacía que acelerase las palabras y que hablase cada vez más alto. Las paredes de la burbuja temblaron ligeramente. Lena tuvo que concentrarse para mantener el hechizo, así que Sygurn decidió atajar la conversación.

—Y eso nos lleva a tu herrero desaparecido. ¿Crees que se largó para no seguir pagando?

—No lo sé. —Feral dejó caer los hombros, en un gestó de derrota—. Tengo la sensación de que está pasando algo raro en la ciudad, pero es más una intuición que una certeza. No soy un Alto Señor, ni siquiera soy un vasallo importante. Mis tierras natales son pequeñas, dan para lo que dan y si no fuese por los animales que cría mi familia, hace tiempo que seríamos caballeros sin tierra. Me muevo por igual tanto entre nobles como entre gentiles, pero nadie me ve como uno de los suyos. Los señores me desprecian y los gentiles desconfían de mí. Veo que mis proveedores, mis mejores contactos, están dejando sus negocios y cuando trato de preguntarles qué pasa, me miran como si yo fuese el enemigo. Dudo que Tizón se marchase por voluntad propia, toda su familia estaba en la Corte. He tratado de hablar con ellos, pero también parecen haber desaparecido, nadie sabe dónde están.

Aquello sí que era extraño. Nunca había oído de ningún enfrentamiento entre gremios que alcanzara a las familias de los implicados. Que Feral no se hubiera topado con el típico muro de silencio de los knockers era también llamativo.

—Si la desaparición no es un asunto entre gremios, quizás encontremos a alguien dispuesto a hablar con nosotros. —Sygurn suspiró—. Tratar con knockers siempre es un dolor de cabeza. Tienen suerte de que los necesitemos, porque te aseguro que al Alto Consejo le encantaría echarlos de la ciudad de una patada.

—En el fondo nunca han dejado de ser goblins —dijo Feral.

—Me pregunto si te atreverías a decirle eso a un knocker —le riñó Lena con el ceño fruncido.

Lejos de incomodarse, Feral soltó una risotada.

—Ni siquiera me atrevería a decirlo fuera de esta burbuja.

El chiste consiguió que Lena dejase la rodilla del sidhe con el ceño aún más fruncido. Su amiga consideraba que los sidhe tenían la mala costumbre de ser condescendientes con el resto del pueblo

feérico, algo que no soportaba. Dio una fuerte palmada que hizo estallar el hechizo protector.

—Ala, se acabó la burbuja de silencio. Me voy a ver si encuentro algún postre sin vigilar.

Sygurn no trató de detenerla, cuando la mellifata se enfadaba era mejor dejarle su espacio, aunque hubiese preferido que se quedase cerca.

—Dame la dirección del herrero, veré si puedo averiguar algo. Pero lo dudo.

—¿Vas a ir al Barrio de los Constructores? —A Feral parecía preocuparle la idea—. ¿Puedo acompañarte?

Era tiernísimo que pensase que necesitaba algún tipo de protección. No pensaba ir a hacer una visita oficial de la Guardia, así que no veía ningún motivo para impedírselo.

—Mañana al atardecer, en el Umbral de Hierro. No traigas tus mejores galas.

—No tengo mejores galas. No será muy difícil.



16. EspadaLeal

No sabía cómo tomarse las palabras de Elio, ni tuvo tiempo para replicarle. La carrera había acabado y el noble se alejó de sus invitados arrastrando sus delicadas sedas sobre la hierba, dejando tras él un intenso perfume a nardos y jazmín y a todo el mundo con la palabra en la boca. A Gwyllión no se le escapó que le había costado levantarse, tuvo que apoyarse en el hombro desnudo de la Dama de SilvaViento. Le parecía un espectáculo patético, el Señor de AltaCumbre, miembro del Alto Consejo, Guardián de la Reina Durmiente y EspadaLeal de los antiguos reyes apenas podía mantenerse en pie y se tambaleaba a la vista de toda la Corte como un trovador borracho. Y aquella criatura patética tenía más derecho que ella a sentarse en la mesa del Alto Consejo. Por no decir que ni siquiera parecía recordar haberla invitado al festejo. Al parecer su presencia allí no le importaba lo más mínimo. Si al menos Lisandro y su hija Elvinia no hubiesen presenciado la escena, podría haberse tragado la vergüenza. Estaba segura de que el Canciller se aseguraría de contárselo a cualquiera que le prestase las orejas. Aunque el elfo permanecía tan inescrutable como siempre, jugueteando con un pequeño abanico dorado mientras observaba cómo se alejaba la singular pareja. Ya estaba familiarizada con el hermetismo del sidhe, el mismo que mostró cuando la expulsaron de la sala del Consejo. Elvinia no parecía haber heredado la frialdad de su padre, la jovencita mostraba una incrédula incomodidad ante la escena que la hacía no querer mirar directamente a Gwyllión. Al

menos ella tenía aún la candidez necesaria para recuperarse del asombro y tomarla de las manos.

—Qué comportamiento más impropio —le dijo mientras se esforzaba en disipar el mal ambiente—. Estoy segura de que no era su intención ser tan grosero… Parece que ha bebido mucho.

—En cualquier caso, es propio de Elio —observó Lisandro en un tono que parecía esconder cierto reproche.

—Creo que debería marcharme —dijo Gwyllión con la cara encendida y soltándose de la joven TorreSabia.

—¿Por las palabras de un borracho?

—Ha sido terriblemente ofensivo…

Lisandro le dio un golpecito en la frente con el abanico.

—Los blandos no gobiernan. Si piensas que el honor y el orgullo son buenas armas para conseguir lo que te propones, vas a tener muy difícil alcanzar tus objetivos, querida. —El sidhe fingió un repentino interés en un grupo de nobles que conversaban junto a una fuente—. Vamos, Elvinia, tengo que saludar a la Señora de ArroyoFrío. Su biblioteca es magnífica y quiero permiso para copiar algunos de sus manuscritos.

La muchacha abrió la boca, pero fuera lo que fuese a decir se lo pensó mejor y se apresuró a seguir a su padre, que ya había empezado a alejarse silbando. Su última mirada fue una disculpa mucho más elocuente que todas las palabras de su padre. Gwyllión se abanicó con fuerza, encendida de rabia. Se sentía totalmente perdida entre desconocidos, no sabía qué estaba haciendo allí, empezaba a pensar que tal vez la invitación llegó hasta ella por error y eso le resultaba tan humillante que apenas podía respirar. Se adentró en un sendero hasta llegar a un pequeño banco de piedra, lejos del bullicio. Al principio pensó que necesitaba alejarse de las miradas ajenas, aunque no tardó mucho en cambiar de opinión, el problema era justo el contrario, podría pasarse todo el día escondida en aquel rincón del parque sin que nadie la echase de menos. Era una desconocida insignificante sin amigos ni aliados.

Su padre la había ocultado del mundo, desconfiado y resentido. Según le había contado siempre Tácito, la muerte de la Dama Evandra hizo que el carácter de Lydden de DanzaDragón cambiase radicalmente, pasó de ser un sidhe alegre, siempre abierto a celebrar fiestas y reunirse con amigos a convertirse en alguien esquivo y distante que apenas traspasaba las puertas de su casa. Gwyllión intentaba recordar algo distinto al sidhe frío que conocía y lo lograba a duras penas. Venían a su memoria las luces del jardín en una fiesta muy lejana en la que había bailado de la mano de su madre. Algo que le parecía tan ajeno como un sueño. Su mundo no era el del esplendor alegre que le describían Tácito y Marcia. El suyo era el de la mansión silenciosa, con las habitaciones cerradas y los muebles cubiertos de sábanas como los fantasmas de una función de títeres. Un mundo en el que jugaba a solas y en silencio, escapando siempre que podía de la helada lejanía de un padre que no consideraba a nadie lo bastante bueno para ella. Tuvo los mejores profesores, la mejor educación. Sabía tocar la viola y el arpa, conjurar y dibujar glifos, era hábil con la Verdadera Destreza, desde muy joven había tenido estoques y floretes para practicar. Y nada de eso le resultaba útil porque su padre la había privado de lo esencial, el contacto con la Corte. «Solo me conocen por rechazar propuestas de matrimonio», pensó amargada. ¿Cómo no iba a rechazarlas? Aquellos perfectos desconocidos querían lanzarla a un mundo extraño y robarle lo único que era suyo, lo único que conocía y podía controlar, la soledad.

Ahora no sabía si la sensación de estar rodeada de enemigos era real o solo el eco de los miedos de Lydden, que incapaz de soportar la felicidad ajena se había alejado de todo, acusando de traidor a cualquiera que tratase de acercarse a él. «En la Corte nadie tiene amigos, solo favores pendientes», solía decirle. Si eso era cierto, ¿Elio de AltaCumbre esperaba obtener algo de ella o era solo una broma para sus invitados? No conocía la respuesta, en cualquier caso, le parecía que lo más adecuado era marcharse. Podía sentarse

a pensar a la sombra en sus propios jardines lejos de miradas indiscretas y con ropas más cómodas.

Se levantó pensando cuál podría ser el modo más discreto de marcharse. Las últimas carreras debían de estar a punto de empezar, quizás si daba un pequeño rodeo llegaría a la zona donde los criados esperaban a que sus señores terminasen de divertirse. Estaba segura de que Tácito tendría tantas ganas de marcharse como ella, así que no regresó sobre sus pasos, sino que se encaminó por un estrecho corredor verde salpicado de flores de sombra que corría paralelo a la pista de carreras, por desgracia aquel camino no era tan solitario y una pareja había decidió tomar aquella ruta en sentido contrario. Gwyllión iba tan metida en sus pensamientos que no los había visto acercarse y ahora era demasiado tarde para darse la vuelta, los sidhe la habían visto. No tardó en reconocer a Tirso de BosqueVivo, sus ropas de color coral y su pequeña estatura lo delataron mucho antes de que alcanzase a distinguir su rostro, para su sorpresa iba cogido del brazo de un joven corpulento al que besaba tiernamente, aunque debido a su escasa estatura esto lo obligaba a pararse constantemente. Tardó demasiado tiempo en darse cuenta de que iban tan ensimismados en sus arrumacos que seguramente no la habrían visto darse la vuelta, compuso una sonrisa y se dispuso a enfrentar el encuentro.

—¡Gwyllión! —El Señor de BosqueVivo le dedicó una sonrisa afable en la que no se leía incomodidad, solo una genuina sorpresa—. No sabía que Elio te había invitado.

—Al parecer, ni el propio Elio lo sabía.

Tirso rio la broma como si no notase el tono amargo de la frase. Su acompañante, en cambio, se soltó del brazo visiblemente incómodo.

—Permíteme que te presente a mi acompañante. Teucro de CantaBrisa.

El sidhe se apresuró a cogerle la mano para depositar un delicado beso en el dorso. Gwyllión pudo oler la bergamota y el clavo del perfume del muchacho, y apreciar los carísimos encajes azules de su

blusa, tan ajustada que parecía un milagro que pudiese moverse. Era alto, lo que reducía aún más la talla de Tirso y debía de ser muy joven pese a que trataba de hacerse mayor dejando que una pelusilla tierna y rizada le parcelase las mejillas.

—Un placer, mi señora —dijo con una voz que aún tenía un tono adolescente.

—No tengo la gracia de conocer vuestras tierras natales, joven señor —respondió Gwyllión paladeando la palabra joven con tanto deleite que no pudo evitar una sonrisa.

Los ojos del joven de azul brillaron cándidamente.

—El feudo de mi padre es pequeño, está al sur de FuegoVivo. Me temo que solo es célebre por sus ciruelas.

—Espero que esas ciruelas no estén demasiado cerca de las tierras goblins.

Tirso torció la boca.

—Demasiado cerca para mi gusto, y para el de la gente de CantaBrisa.

—Pero es una tierra preciosa, mi señora, venid a visitarnos cuando queráis —añadió Teucro.

Parecía sincero y tierno, como las flores de verano, era fácil ver qué atraía al Señor de FuegoVivo, aún parecía inocente. No se adivinaba ninguna doble intención ni en sus palabras, ni en su rostro. Sus modales lo vestían de una cierta modestia que le daban un aire de irreprochable dulzura. «Sería mejor doncella que yo si vistiese faldas», pensó Gwyllión.

—Nunca he estado en FuegoVivo, pese a que nuestras familias sean tan cercanas. Habría sido un bonito viaje cuando mi padre aún tenía fuerzas para hacerlo. —Gwyllión abrió su abanico—. Te añora, Tirso, aunque ahora tengas mejores compañías.

El Señor de FuegoVivo sonrió, era difícil calcular su edad. Sin duda era más joven que su padre y no podían ser más opuestos, las ropas alegres con joyas a juego, aunque no demasiado, el pelo brillante, casi blanco peinado a la moda y las manos pintadas con savia roja. No entendía cómo él y su padre habían podido amarse.

—Bueno, ese viaje se propuso hace no mucho, niña mía, le ofrecí a tu padre que visitases FuegoVivo. ¿No lo sabías?

—Mi padre no me lo ha comentado —reconoció, encantada de poder decirle que Lydden se había olvidado de él.

—Entonces te haré la propuesta a ti, ya que eres lo bastante mayor como para tomar ciertas decisiones.

«Ciertas decisiones», pensó Gwyllión. La elección de palabras no era inocua.

—¿Qué propuesta es esa?

—Ven a visitar FuegoVivo. ¿Te acuerdas de mi hijo, Floriel? Ambos tenéis casi la misma edad y quizás vuestra unión sea una solución idónea para la situación que se nos presenta.

—Si nos casamos, Floriel ocuparía dos asientos en el Consejo y eso no está permitido.

Tirso acarició la mano de su acompañante.

—No, en eso te equivocas. Floriel no es mi hijo mayor. Aunque sí es el favorito de tu padre, o eso creía antes de que dejase de responder a mis cartas.

—Pensé que eso era porque habías dejado de visitarlo.

—No —respondió el noble con aire dolido—. Más bien él dejó de recibirme. Y ahora sabes el por qué. Aunque la propuesta sigue sobre la mesa para ti. Piensa lo poderosas que serían nuestras familias. Podríamos ser muy prósperos.

—¿Y qué hay de la felicidad?

—Hay un viejo dicho: «Los ricos son pobres en penas». Y es cierto, mi niña, cierto como los ojos de Danu. Sal un poco, diviértete, conoce el mundo. Hay cosas mucho más importantes que una silla en el Consejo. ¿De qué sirve aspirar al poder si no te está destinado? Pero la felicidad, la felicidad está a tu alcance.

—Me ofreces lo que ya tengo, muchas gracias.

—La felicidad puede ser más fugaz que un espejismo, mi niña.

—¿A qué te refieres?

Tirso retorció una sonrisa cruel.

—Hasta hace muy poco tu padre le escribía frecuentemente a tu tío Acteón, le interesaba mucho la salud de sus sobrinos. Y la posibilidad de casarte con alguno de ellos para que el título pasase a un heredero adecuado.

Gwyllión se quedó clavada en el suelo. No podía ser verdad.

—Mi padre desea que sea su heredera —dijo convencida.

—Tu padre desea sobre todo que su apellido perviva.

—Su apellido no está en peligro, me tiene a mí y me parece muy rastrero que trates de enfrentarnos.

—No, yo trato de advertirte, lo amo y solo quiero lo mejor para vuestra familia. Dile que aún lo espero —se despidió el Señor de BosqueVivo, llevándose de la mano a su nuevo amante.

Salió del corredor casi a la carrera, las palabras de Tirso la desconcertaban. ¿Le había dicho la verdad? Su padre le había presentado a muchos pretendientes, no creía que Floriel fuese peor que otros. Más bien todo lo contrario tratándose del segundo hijo de un Alto Señor, los hijos de Gwyllión serían Señores de DanzaDragón y tendrían estrechos vínculos con BosqueVivo, que no era precisamente un feudo pobre, y sin embargo ella nunca recibió esa propuesta y no entendía el motivo. No podía ser por simples celos. No se imaginaba a Lydden descartando un ofrecimiento tan generoso por una mera pelea de enamorados. La posibilidad de que hubiese pensado en adoptar a alguno de sus primos le revolvió el estómago. Era imposible, debía ser un engaño de Tirso. ¿Podía ser el sidhe tan retorcido? Le habría gustado tanto tener un amigo leal con quien poder hablar. Pensó de inmediato en Calendemyn, Calendemyn la escucharía. Ya no estaba tan segura de si realmente era su amigo, fue él quien la sacó de la Sala de Consejo y no habían vuelto a hablar desde entonces.

Llegó a una pequeña plazoleta porticada, el maldito jardín era enorme. En aquel momento no tenía la menor idea de dónde estaba. Estaba perdida y sola. Se apoyó junto a una columna de mármol, las lágrimas le rodaban por las mejillas. No era capaz de contenerlas pese a que lo último que deseaba en la tierra era que alguien

pudiese verla en un momento tan bajo. Buscó un pañuelo entre los bolsillos ocultos de su vestido, pero solo tenía uno para el abanico. Su pequeño bolso debía de haberse quedado en las gradas. Se secó los ojos con la punta de los dedos, tan delicadamente como pudo, esperando que el maquillaje se mantuviese en su sitio. No podía entender por qué tenía tan poco control sobre su propia vida. Una mano se posó con suavidad sobre su hombro y Gwyllión se estremeció.

—Perdonad si os molesto, os he visto y me he preguntado si necesitabais ayuda.

La Dama de SilvaViento le ofrecía un pañuelo de brocado que aceptó encantada.

—Sois muy amable. Disculpadme, por… por este comportamiento pueril.

—Bueno, algunos dicen que las lágrimas son lo que une a los niños y las damas. Yo no estoy de acuerdo. Creo que llorar es un alivio y que los que lloran suelen ser más sabios que los que esconden el llanto.

Le había pasado el brazo por los hombros y podía olerla, un olor dulzón a azaleas. Se dio cuenta de que la guiaba hasta una fuentecilla. Al llegar, arrancó una flor roja con forma de campanilla de un parterre cercano, la llenó de agua y se la puso delante. Gwyllión la aceptó tratando de cogerla con delicadeza para no aplastarla, pero la flor se había cristalizado entre los dedos de la Señora de SilvaViento, para quedar convertida en un pequeño vaso. El asombro de Gwyllión arrancó una sonrisa de los labios azules de Rheia.

—Es un truco muy modesto, mi señora —le dijo—. Bebed.

El agua fría, con un suave toque dulce de polen, le supo mejor que cualquier vino que hubiese bebido aquella mañana, volvió a llenar el vaso floral. Se sentó en el borde de la fuente y respiró hondo. Lo último que le ofreció la joven dama fue un espejismo. Gwyllión comprobó con alivio que el maquillaje no se había deshecho por completo. Se secó la cara con el pañuelo prestado. No

podía creer que hubiese perdido el control como si aún fuese una chiquilla, pero al menos podía dar gracias porque la hubiese encontrado alguien dispuesto a ayudar.

—Muchas gracias por vuestra ayuda, habéis sido muy amable.

—Es lo mínimo que puedo hacer dado el lamentable comportamiento de mi señor hace un momento. Sus palabras han sido imperdonables, me temo que ha bebido demasiado.

«Ha hecho algo más que beber», pensó Gwyllión. La banderiza de AltaCumbre se sentó a su lado, tenía una sonrisa agradable y los ojos del azul profundo de la media noche, unos ojos cercados de maquillaje dorado que poseían una mirada intensa, como si tratase de ver más allá de lo posible.

—Mi señor no recuerda la invitación porque fui yo quien las escribió y se encargó de enviarlas. Le enseñé la lista de invitados, pero es obvio que no le prestó demasiada atención —dijo la dama de verde algo disgustada—. Le rogaré que se centre más para próximas ocasiones.

—¿Me mandasteis la invitación? ¿Y el regalo? ¿Por qué?

La Dama Rheia clavó en ella su mirada, tenía un toque alucinado. Una vez Gwyllión había visto a un gentil que bebía vino de la luna para poder atisbar el futuro. Le parecía estar viéndolo de nuevo, el rostro era otro, pero los ojos eran idénticos.

—Porque, como cualquiera en Palacio, conozco su situación y quería ayudarla.

«Ayudarme». Calendemyn también le había ofrecido ayuda y por ahora solo había recibido paternalismo y silencio.

—No entiendo cómo venir a un sitio donde apenas conozco a nadie puede ayudarme —respondió amarga.

Rheia se golpeó las piernas con una palmadita.

—¡Precisamente por eso! ¿Cómo esperáis conocer a nadie si seguís metida en casa?

—Pensaba dejarme ver más en Palacio, pedir algunas citas con la Cancillería y el Senescal, que vean que soy competente…

—No, no, no, no —la interrumpió con vehemencia la banderiza—. A los Altos Señores no les importa que una dama sea o no competente, porque solo ven en vos a una joven sin esposo. Para ellos ahora mismo solo sois la representación de una silla vacía que todos quieren ocupar, señora. Podéis ir a Palacio, pero eso apenas os ayudará, porque nunca os dejarán entrar en la Sala del Alto Consejo. En cambio, en las fiestas… podéis acercaros a quién os apetezca, y cuando el vino alegra las almas, las lenguas dicen la verdad. Así debéis hacer vuestra política.

—¿En las fiestas?

No le faltaba razón, en solo una mañana había visto de primera mano los problemas económicos del Señor de NubeArgéntea, por no hablar de los cotilleos de TorreSabia y de la amarga propuesta de BosqueVivo. Era innegable que había hecho y visto más en los jardines que en todo un mes mandando cartas desde su despacho. Rheia no contestó a su pregunta, parecía confiar en que su silencio le daría las respuestas adecuadas.

—Supongo que en tal caso debo estaros agradecida —respondió.

—Oh, no ha sido una ayuda completamente desinteresada. Quería tener la oportunidad de que hablásemos.

Al menos la Dama de SilvaViento no ocultaba sus intenciones. Aunque no fuese una amiga, era alguien que hablaba sin tapujos. Eso le gustaba.

—¿Qué puedo ofreceros?

—¿Os gusta bordar, mi señora?

—¿Os gusta a vos?

Ambas se echaron a reír, la situación era ridícula. Dos hadas a solas que no eran capaces de decir abiertamente que no les gustaba el bordado. Seguramente a ambas les habían enseñado esas artes que toda dama debe conocer, la costura, la música y la danza eran disciplinas en las que cualquier joven noble debía destacar si quería ser alabada por señores y caballeros. Como reconocer que algo que se espera de ellas era en realidad una aburrida tortura. Ninguna se había atrevido a decirlo abiertamente, ni hacía falta. La risa

contestaba a la pregunta y las hermanaba con un secreto pueril. Era refrescante poder ser sincera, aunque fuese en un detalle tan nimio.

—Hacedme el honor de venir a mis habitaciones en Palacio. No será necesario que bordéis.

—Será un placer.

Que la Dama Rheia la acompañase hasta su carruaje le ahorró una larga ristra de despedidas para las que no tenía fuerzas. Echó las cortinillas, suspiró y se quitó las horquillas que le tensaban el pelo en las sienes. Luego saco los pies de las chinelas con un suspiro de placer. Dejó el chal sobre el asiento para aflojarse un poco el corpiño. Era un alivio estar de nuevo a resguardo de las miradas ajenas. Mandaría preparar un buen baño y se sentaría en sus habitaciones hasta la hora de dar la cena a su padre.

Tenía mucho que asimilar, no quería pensar en preguntarle a su padre por la propuesta de matrimonio de FuegoVivo, que no se lo hubiese contado no podía significar nada bueno, a fin de cuentas hasta hacía bien poco lo normal era recibir una cada poco tiempo. «Todo el mundo trama algo a mis espaldas», pensó sintiéndose muy cansada. Al menos la Dama de SilvaViento era lo bastante sensata como para decir lo que quería abiertamente. Era refrescante, y a la vez la intrigaba.

EspadaLeal de AltaCumbre, nada mal para una dama.



17. La advertencia de Nebel

Estaba bastante seguro de que, si la cancela de aquel jardín chillaba como si le hubiesen pisado la cola a una rata, no era fruto de la dejadez de su dueña. Las bisagras no parecían oxidadas, y pese a que el aspecto desvencijado de la valla cuadraba con el jardín asalvajado que crecía en su interior, era todo un cuidadoso engaño. En realidad, la mantenían en buen estado, el seto espinoso que la rodeaba no tenía agujeros ni huecos por los que colarse. Era lo bastante baja como para pasar por encima sin esfuerzo pero, por tentador que pareciese, no era aconsejable entrar allí sin permiso y Jadul, igual que todos los clientes de la señorita Nebel, lo sabía. Tras el seto se veía una parcelita llena de árboles sin podar, malas hierbas y gatos que miraban a los extraños con desconfianza. No consideraban al phoka uno de los suyos, por mucho que se pareciesen, así que lo vigilaban con recelo. En aquel pequeño reino no admitían a nadie que no hubiese sido invitado. El ruido era una manera más de avisar a la dueña de que venían visitantes. Jadul tenía muy presente que allí dentro sabían cómo defenderse, por lo que siempre era mejor adentrarse en el jardín con buenas intenciones.

El phoka avanzó por un camino de gravilla que crujía bajo sus pasos. Cuando llegó a la puerta, un enorme gato atigrado de color gris, que estaba dormitando en el escalón de la entrada, le bufó poco dispuesto a moverse. Jadul le respondió mostrándole los colmillos. Si quería pelea, no tenía problema en dársela. Aunque

estuviese dolorido y torpe, era una cuestión de orgullo. El gato gris se lo pensó mejor y se alejó, aunque para preservar algo de dignidad lo hizo a paso lento, moviéndose con desgana, como si realmente se fuese porque quisiera y no porque el desconocido hubiese logrado acobardarlo. Jadul se subió al escalón triunfante, le gustaba saborear cualquier victoria, sobre todo si eran tan fáciles y contundentes como esa. Hizo sonar la campanilla mirando de reojo al resto de gatos, por si alguno más tenía ganas de medirse con él.

La sluagh que abrió la puerta tenía cara de sueño. Su carita pálida y el vestido de gasa negra que la envolvía de pies a cabeza hacían pensar en una oscura noche de luna llena.

—No molestes a mis gatos. Que Ceniza haya decidido dejarte tranquilo no quiere decir que le puedas. —Lo dijo con un tono tan agrio que Jadul se planteó volver en otro momento en el que Nebel estuviese de mejor humor. El titubeo pareció molestar aún más al hada que le hizo un gesto impaciente para que entrase en la casa—. ¿Pasas o has venido a admirar la puerta?

—Paso, paso —dijo teniendo mucho cuidado de limpiarse bien las botas con el filo del escalón antes de entrar.

El interior era una extraña mezcla entre salón y museo de curiosidades. En las estanterías, desordenadas y cubiertas de polvo, había frascos y cajas llenos de ingredientes de todo tipo. Las cosas más extrañas se mezclaban en aquellas baldas en una suerte de caos abarrotado donde las tizas de colores estaban junto a una colección de bezoares de todo tipo, algunos tan raros y repugnantes que Jadul prefirió no mirarlos demasiado tiempo. No importaba dónde se mirase, hasta el último rincón estaba ocupado. Las paredes y el suelo estaban cubiertos de dibujos, algunos grabados a punta de cuchillo. Diagramas que el phoka no entendía, pero que le dejaban claro que era mejor no tocar nada sin pedir permiso. Algunas baldas estaban peligrosamente combadas y otras estaban reparadas con refuerzos de todo tipo, desde ladrillos hasta la empuñadura de una espada que apuntalaba un estante en un equilibrio milagrosamente precario. Incluso el suelo estaba

abarrotado: columnas de libros, baúles y cajones se dispersaban por todas partes haciendo difícil moverse con soltura.

Nebel le señaló un hueco en un sofá repleto de libros. Jadul se sentó tras dejar en el suelo un montón de folios llenos de bocetos con un gemido de dolor. Su anfitriona se acomodó en una silla delante de una mesa cubierta por un tapete de color azul oscuro. Estaba bordado con hilos de plata que formaban las constelaciones del sur.

—¿Qué te trae a mi pequeño reino? —preguntó Nebel acariciando uno de los bordados con la punta de los dedos. Tenía las uñas pintadas de negro, largas y afiladas—. No tienes buena pinta. Te prepararé un té.

Sin esperar respuesta se fue a la cocina. De inmediato, en la habitación de al lado se despertó un tormentoso estruendo más propio de alguien que está preparándose para cocinar una tarta de tres pisos. Jadul se preguntó si debía levantarse para ofrecer algo de ayuda. «Podría ofenderse, no se necesitan dos personas para preparar un té», pensó preocupado. Nebel podía ser muy susceptible si la pillaban en un día malo y no había tenido tiempo para averiguar de qué humor estaba. Decidió que era mejor preguntar que lamentar no haber preguntado y se levantó del sofá con esfuerzo, en aquellos momentos le parecía demasiado bajo y demasiado blando. Nebel lo sorprendió a medio camino, llevaba entre las manos una bandeja de latón con una tetera lacada negra y dos tazas a juego decoradas con el dibujo de una bandada de cuervos levantando el vuelo. Ver a los pájaros le hizo recordar los mirlos de su pesadilla y un escalofrío lo recorrió de pies de cabeza.

—¿Qué haces de pie? ¿Te encuentras bien? Parece que acabaras de encontrarte con tu propio entierro.

Las palabras de Nebel, lejos de tranquilizarlo, hicieron que se le encogiese el corazón. Regresaron al salón. Esta vez Jadul quitó los libros que ocupaban una de las sillas y se sentó junto a la mesa para alejarse de la trampa blanda que era el sofá. La sluagh sirvió las tazas. Antes de ofrecerle la suya al phoka, sacó un frasquito de

cristal del bolsillo del vestido y le puso un chorrito de un líquido color cereza.

—Lo necesitas, anda tómatelo.

La infusión sabía a manzana asada y canela. Con cada sorbo, el frío del miedo se alejaba de él hasta que pasó a ser un fantasma lejano al que podía ignorar sin esforzarse. Los pequeños dolores que aún se aferraban a su cuerpo se mitigaron y cuando se bebió el último trago soltó un suspiro de alivio. Se sentía calmado y de buen humor. Nebel dejó su taza en la bandeja y lo miró satisfecha.

—Se notaba que necesitabas ese té.

—Te diría que me dijeses qué mezcla usas, pero sé que no lo harías.

Nebel sonrió.

—A cambio de un precio justo te daría un frasquito. ¿Has venido por eso? ¿Quién te ha dejado así?

Había llegado el momento de empezar a regatear. Nebel era el hada correcta si necesitabas saber qué se movía por la Corte de los Espejos, sobre todo por sus sombras. Su red de informadores era enorme e invisible. Nadie se habría atrevido a apodarla Araña, ni frente a ella ni a sus espaldas. En su lugar, con una mezcla de temor y respeto, la llamaban Tejedora. Era un apodo más apropiado. Su habilidad para tirar de los hilos adecuados y conseguir lo que necesitaba era legendaria. Pese a que rara vez salía de su casita, no se le escapaba nada. Comerciaba con información y solucionaba problemas. Dos tareas que implicaban una buena dosis de peligro, aunque a Nebel no parecía preocuparle. Sus enemigos, que alguno debía de tener, no se atrevían a tocarla. Sabía cómo mantenerlos a raya. Jadul suponía que mediante el chantaje. Estaba convencido de que podía preguntarle muchas cosas. Dónde encontrar a Manx, porque seguramente Urakarnake la habría mandado a algún sitio discreto, en qué andaba liada, si sus sospechas eran ciertas y Uro estaba realmente en las arenas de combate, quién lo había contratado, cuánto costaría romper su contrato. El problema era cómo pagarlo, porque sus tarifas no eran baratas.

—¿Me harías un favor por los viejos tiempos? Tengo tantos problemas que no sé ni por dónde empezar, pero lo primero que quiero saber es si puedo pagarte.

—Ya te he hecho un favor con el té. El resto no será gratis. ¿Cuál es tu problema? ¿No tienes dinero o no sabes cuánto voy a cobrarte?

—Si vamos a hablar, necesito que me jures que nadie sabrá jamás por tus labios lo que voy a contarte.

—Los juramentos valen dinero.

Hablar con Nebel era como tratar de aferrarse a una pared de espejos. Sacó la moneda de oro del bolsillo y la puso sobre la mesa.

—¿Te parece bastante dinero?

La sluagh miró el dinero de Jadul sin mediar palabra, con el rostro impasible. La sala se quedó hundida en un silencio denso. Tras un momento casi eterno, estiró la mano hacia la moneda, la cogió con cautela y la miró de cerca.

—¿De dónde lo has sacado?

—¿Sabes lo que es? ¿Puedo pagarte con eso? —preguntó Jadul ansioso.

—Primero dime de dónde lo has sacado.

—Es que no puedo decírtelo… No lo recuerdo.

No pareció que la joven dudase de las palabras del phoka, estaba seria. Haciendo bailar el disco de oro entre los dedos con una envidiable habilidad, de cuando en cuando miraba a Jadul tratando de evaluar la situación que tenía entre manos.

—Los primeros reyes de TerraLinde se hacían enterrar con un pequeño tesoro, como símbolo de las riquezas que dejaban atrás mientras su alma, libre de cargas, partía para seguir la senda de Danu. Las tumbas se convirtieron en túmulos para que nadie fuese capaz de descubrirlas, aunque siempre hay hadas dispuestas a buscarlas. Por eso a estas monedas se las llama «Oro de Túmulo». No necesitas que te diga que a los sidhe no les gustará nada ver estas monedas rondando por la ciudad. Se toman mal que roben las tumbas de sus antepasados.

—Te aseguro que no la he robado.

—Eso es lo que diría un ladrón.

—Bueno, también te lo diría un inocente —se defendió Jadul.

—Ya, pero tu pasado es un tanto turbio, así que me cuesta creerte.

Jadul se inclinó hacia delante bastante enfadado, no tenía tiempo para andar discutiendo sobre su reputación pasada.

—¿Qué les pasa a las hadas que no te pagan, Nebel? Corren por ahí algunas historias bastante escalofriantes.

La sluagh lo miró sin un atisbo de sonrisa, aún con la taza de té entre las manos.

—Ah, claro. La mala soy yo. Cuando tenéis problemas, todos venís a mi casa diciendo «Nebel, ayúdame». Con el agua al cuello todo son ruegos y lágrimas, entonces soy vuestra santa salvadora. Pero cuando llega la hora de pagar se os olvida la gratitud. Ya me conozco ese cuento. ¿Tengo mala reputación? Qué casualidad que siempre sea entre los que no me pagan.

Con un gesto rápido, el phoka cogió la moneda de la mesa y la hizo danzar entre los dedos.

—Sabes de sobra que soy de fiar, no he venido a perder el tiempo ni a timarte. Solo necesito que me digas si aceptarías este oro.

—Y yo te estoy diciendo que solo lo aceptaré si me dices de dónde lo has sacado. ¿Podemos dejar ya esta conversación de besugos?

Trató de hablar, quiso poner en orden el revoltijo de pensamientos y recuerdos borrosos que tenía en la cabeza. El anuncio de Petrel, los mirlos, la bruma en la encrucijada. Las ideas se difuminaban en su mente, y no era capaz de ponerlas en palabras. Quiso explicarle que el oro había aparecido sin más en su casa junto a una vela. Que le daba miedo pensar en lo que significaba, o de dónde podían haber salido. Le resultaba imposible hablar. La lengua no le respondía, era como un trapo mojado. Sabía a agua sucia y a tierra de cementerio. Se esforzó, su cuerpo no podía negarse a obedecerle de aquella manera, empezó a notar un

carraspeo, algo le cosquilleaba en la campanilla. Al principio solo era una leve molestia, pero cuanto más trataba de hablar, más molesto se volvía. Tuvo una arcada, y otra, tenía algo atrapado en la garganta, algo amargo, de una humedad viscosa que se le hacía repugnante. No podía sacarlo. Se inclinó apoyando los brazos en las piernas tratando de vomitar. Nebel corrió a su lado y se colocó tras él, notó algo en la espalda, una oleada de calor que le ayudó a coger fuerzas. Logró vomitar. Sobre el suelo cayó una enorme bola de plumas negras, envueltas en saliva espesa. Jadul se echó atrás en la silla, le temblaban las piernas, se secó los ojos con el dorso de la mano. Odiaba que las lágrimas le llenasen la cuenca vacía, era tremendamente incómodo. Tardó un momento en ser capaz de aceptar el vaso de agua que le ofrecía la sluagh. Solo pudo hacer pasar unos cuantos tragos más antes de volver a vomitar las últimas plumas mojadas que le quedaban dentro.

—Lo siento —se disculpó balbuceando.

La sluagh metió en un frasco la viscosa bola negra, y con un gesto suyo los restos de vómito ardieron con una fugaz llamarada verde que no dejó ni la menor marca en el suelo. Después volvió a la cocina para regresar con más agua. Jadul la aceptó encantado, necesitaba deshacerse del sabor horrible que tenía en la boca.

—Tal como sospechaba —dijo Nebel después de regresar a su asiento—. Tienes encima un geas. Uno muy poderoso.

—¿Un geas?

—Alguien te ha impuesto una obligación, por eso tienes en tu casa el oro de un rey muerto. —Nebel miró la moneda de nuevo—. No, de una reina.

—¿De qué estás hablando? —Jadul estaba erizado de pies de la cabeza.

—Alguien te ha pedido que hagas una tarea y te ha ofrecido un pago.

—Pero yo no recuerdo nada de eso.

—Ya, es vieja magia sidhe. Prohibida hace mucho tiempo. —Por primera vez, la traficante de secretos lo miró con compasión—. Mal

asunto.

—¿Puedes quitármelo de encima?

—Nadie, salvo quien te la impuso, puede hacer eso.

La respuesta fue tan categórica que Jadul no supo qué seguir preguntando. Lo único que le preocupaba realmente era si aquello le iba a impedir ayudar a su familia, y sabía que no. Ni el más viejo de los reyes sidhe podría lograr algo así. Nebel reflexionó unos segundos.

—Quizás aún tengas salvación. ¿Has usado algo del oro que te han dado?

—No. Quería usarlo ahora, para pagarte.

—Creo que, mientras no lo uses, el geas no se activará. No estoy totalmente segura, pero es bastante probable.

No se lo podía creer, solo él era capaz de acabar con una bolsa de oro maldito en casa.

—Iba a pedirte un préstamo. Necesito dinero y respuestas.

Nebel le devolvió la moneda.

—Uro está en las arenas de Munera y tu hija sigue trabajando para Urakarnake, pero no te preocupes, aún no está en deuda con él. Por cierto, Urakarnake también está trabajando para Munera. ¿A que es una feliz casualidad?

El gato se levantó y abrazó con todas sus fuerzas a la delgada sluagh, que apenas protestó. Salió de la casa con fuerzas renovadas y una sensación de esperanza que le hacía sentirse ligero. Conocía a Munera y era un don nadie con más boca que agallas, se la cerraría para siempre si era necesario.



18. Una luz en la ventana

Avispa le había asignado un cuarto diminuto junto a su despacho. Hasta hacía muy poco, era un almacén que el knocker usaba para guardar algunos de sus prototipos más preciados, maquetas para mostrar a los clientes, cuadernos y libros viejos, distintos tipos de papel, útiles de escritura y dibujo, y sobre todo, polvo, mucho polvo acumulado en capas densas bien aferradas a todo. Varios días luchando trapo en mano solo habían servido para hacer la atmósfera ligeramente más respirable. Para limpiarlo todo de un modo efectivo habría que vaciar la pequeña habitación, algo a lo que Avispa se negaba. Aseguraba que en el taller había cosas más importantes que hacer. Pese a que Asha la animaba a hacerlo, Nicasia no se quejaba. A pesar del polvo y los trastos, tenía un rincón de trabajo propio y para hacerlo soportable solo tenía que aprovechar el buen tiempo para abrir la ventana y airear el ambiente. Podía ver el amplio cielo extenderse sobre la ciudad y escuchar el traqueteo del tráfico mezclarse con el canto de los pájaros. Le llegaba el olor a madera de la carpintería y el de los guisos de Liatris antes de que sonasen las campanillas que anunciaban la comida. También olía el perturbador tufo de lo que fuera que fumaba la phoka del grupo de albañiles. Un olor que le resultaba vagamente familiar, aunque no fuese capaz de decir por qué. El humo no era lo único que se colaba por la ventana.

—Se te oye refunfuñar desde el otro tejado —se burló la pequeña gata tricolor sentada en el alféizar.

—Estoy atascada con una pieza. No creo que el maestro vaya a darla por buena. Yo tampoco la aceptaría, la verdad.

Nicasia le enseñó un pequeño cilindro de latón que Manx miró con una expresión de infinito aburrimiento. Cuando volvió a dejarlo sobre la mesa, lo golpeó con una pata haciéndolo rodar y estiró el cuerpo, largo y elástico, para olisquearlo. Se deslizó sobre la mesa con un desdén perezoso. Nicasia ya empezaba a conocerla, parecía que se tomaba muy pocas cosas en serio, sobre todo si involucraban trabajo duro.

—¿Es para el juguetito del viejo? —preguntó Manx más por cortesía que por verdadero interés—. Yo lo veo perfecto.

Volvió a hacerlo rodar, y esta vez cayó por el borde de la mesa. Nicasia lo atrapó antes de que llegase al suelo.

—¡Cuidado con eso! No quiero que se abolle.

—¿Y qué más da si al viejo no le va a gustar de todos modos?

Los razonamientos de Manx siempre iban dirigidos a guiarla por el camino del mínimo esfuerzo, aunque empezaba a creer que era más porque le divertía ver su reacción. Disfrutaba provocándola, era un juego del que estaba aprendiendo las reglas. Le puso un dedo sobre el hocico, frío y ligeramente húmedo. La phoka fingió estornudar.

—Al menos no podrá decir que no me esforcé. Si no le vale, no será porque mi trabajo sea malo, sino porque no se puede hacer.

No le gustó lo último que acababa de decir. Su trabajo era definitivamente pobre, le faltaban conocimientos, le faltaban medios. Estaba segura de que sí podía hacerse, le quemaba no poder conseguirlo. El maestro quería piezas ligeras, pero resistentes. Estaba tratando de construir un transporte, una avispa mecánica capaz de llevar sobre la espalda a uno o dos pasajeros. Era un proyecto ambicioso, una locura, pero el knocker tenía unos diagramas bastante viables, al menos en teoría. La realidad era descorazonadora. El vehículo era demasiado pesado, no podía levantar el vuelo. Y por vueltas que les diera a las piezas, ambos sabían que el problema eran los materiales. No llegarían a ninguna parte con latón y acero, necesitaban algo mucho más ligero.

Recordaba que Yirkash le había hablado de los experimentos que estaban haciendo los herreros de su clan con ciertas aleaciones secretas, y de cómo obtenían un metal muy ligero, aunque no demasiado resistente. Estaba segura de que encontraría algo de información en el cuaderno de su hermano, pero no se atrevía a plantearle nada al maestro. Con la forja y un buen horno en funcionamiento, podía decir que había dado con un metal viable probando diversas mezclas. Si llegaba solo con la idea, le preguntaría de dónde la había sacado.

—Ya estás arrugando los morros otra vez. —Manx le empujó la mano con la cabeza para que la acariciase—. Trabajas demasiado. ¿Por qué no nos vamos a dar una vuelta? Si sales por la ventana ahora mismo nadie se dará cuenta.

—Salvo que el maestro me llame. Después de comer le gusta tomarse un té, pero no tiene hora fija.

La gata le regaló un largo bostezo que dejó a la vista sus colmillos resplandecientes y un paladar tan lleno de manchas como su pelaje.

—¿Sabes que nunca se lo bebe? Lo hace para asegurarse de que estás pendiente de sus llamadas.

Claro que lo sabía, ella misma recogía la taza llena cada noche.

—Está en su derecho. Así que no insistas, no pienso irme a ninguna parte.

—Entonces nos vemos esta noche.

—Te he preparado una sorpresa. ¡Pero déjame trabajar! —le gritó haciendo aspavientos para que se marchase.

—Me encantan las sorpresas…

La phoka se fue ronroneando con su elegante cola en alto, como si llevase tras ella un estandarte que lucía con orgullo. Nicasia volvió a sentarse en su mesa sonriendo. El pequeño descanso le había venido bien. Ahora era capaz de volver a mirar la pieza sin sentirse a punto de morir de frustración y empezó a ver cómo podría aligerarla sin comprometer su integridad.

Desde que Manx la había ayudado a quitarse de encima a Urakarnake, se habían acostumbrado a charlar cada vez que se

encontraban por la Carbonería. Una noche, cuando estaba leyendo en su buhardilla, la phoka se acercó para compartir con ella media tarta de manzana y una botella de licor de cerezas. Estuvieron hablando hasta que el sol las sorprendió borrachas y muertas de risa. Manx conocía mil historias y las contaba de tal manera que era imposible no reírse. Hacía unas imitaciones muy logradas que aderezaba con cotilleos de todo el mundo. Nicasia se bebía sus palabras, descubrió que podía reírse hasta tener dolor de estómago, que la risa le hacía sentirse ligera. Al día siguiente, pese a la resaca y el sueño, no paró de tararear. Por una vez había logrado olvidarse de todos sus miedos. Y cuando no tenía miedo, se sentía libre.

Tomaron por costumbre pasar las últimas horas del día juntas. Se subían al tejado del establo, lejos de miradas indiscretas, para charlar un rato antes de irse a dormir. Nicasia tenía la sospecha de que la phoka dormía en el carromato de los albañiles. No se atrevía a preguntarle por qué lo hacía, o si tenía casa. Le daba la sensación de que la muchacha malvivía como podía. La que decía ser su madre se pasaba el día fumando en su larga pipa, escupiendo aquel humo escalofriante por la nariz y por la boca, sin hacer mucho más, aparte de preocuparse únicamente en rellenar la cazoleta o reñir con los albañiles. Se marchaba al caer el sol, pero su hija se quedaba en el taller. Nadie lo sabía. Avispa pensaba que todo el equipo de Urakarnake se iba. A los aprendices seguramente no les preocupaba si se quedaba o no, aunque apostaría su sueldo entero a que ninguno de ellos sabía que la gata merodeaba por la Carbonería y robaba comida de la despensa. De haberlo sabido, Avispa no habría dudado en echarla. Nicasia guardaba el secreto. Le gustaban sus charlas nocturnas, se sentaban juntas, con la gran manta sobre los hombros y la phoka le contaba las últimas noticias que habían aparecido en *El chismoso ilustrado.* Ella se adormecía sobre su hombro. Estar tan cerca de alguien sin sentir miedo era reconfortante. Se acurrucaba buscando el calor seguro de un cuerpo que no suponía ninguna amenaza para ella, que era blando y suave. Acogedor.

Al caer la noche, ordenó su rincón de trabajo y cerró la puerta con llave. Avispa exigía que fuese minuciosa, después de la cena debía subir al despacho del maestro y, si este no se quedaba a trabajar, tenía que recogerlo todo. Salvo lo que hubiese sobre la mesa de trabajo, que debía quedarse tal como estaba. Luego, asegurarse de que en el enorme edificio no quedaba ninguna luz encendida y preguntarle al maestro si necesitaba algo antes de poder retirarse. Después era libre para ir a su buhardilla en la cuadra. Antes de conocer a Manx, leía alguno de los libros de la biblioteca del knocker hasta que se quedaba dormida tomando notas, o estudiaba los apuntes del cuaderno de Yirkash tratando de adivinar qué podría usar en la superficie sin ser descubierta. O esperaba una respuesta de su hermano. «Escríbeme», le había pedido. Pero hasta ahora su petición seguía insatisfecha. Y para no preocuparse, ni imaginar los motivos que podían impedir que Yirkash le contestase, prefería mantener la mente ocupada hasta que el sueño la rendía.

Los días que acababa lo bastante temprano, esperaba a que los aprendices se hubiesen dormido para bajar a la sala de aseos a bañarse con calma, lejos de miradas indiscretas. Desde que conocía a la gata, las últimas horas del día estaban llenas de pequeñas aventuras.

Subió al tejado saliendo por el respiradero de la cuadra. Manx, esta vez en su forma feérica, ya la estaba esperando sentada sobre las tejas de pizarra. Su ropa empezaba a estar roñosa, y por mucho empeño que pusiese en lavarse aprovechando la bomba del patio, los resultados no eran del todo efectivos. La gata no tenía jabón y las miradas de los albañiles no invitaban a quitarse mucha ropa.

—¿Y mi sorpresa? —preguntó impaciente.

—Ven —le indicó deslizándose por el tejado—. Sígueme.

Manx no se hizo de rogar, cruzaron el patio como sombras, cogidas de la mano. Nicasia estaba segura de que en el edificio todos dormían. No quedaba ni una luz encendida. La noche les pertenecía. Así que la guio hasta el edificio que estaba justo delante

de la cuadra y bajaron por unas escaleras de caracol que llevaban directamente hasta la sala de baños. Metió la llave en la cerradura. Las bisagras estaban bien engrasadas, para evitar ruidos. Al abrirse, las puertas mostraron la enorme sala de baños. En su momento, la Carbonería debió tener muchos trabajadores, porque las instalaciones eran inmensas. Una larga sala abovedada, excavada directamente en el suelo, con seis piscinas de piedra en las que cabían cómodamente dos o tres hadas. Los aprendices decían que los baños eran lo único bueno que tenía trabajar para el Maestro Avispa.

Antes de ir a cenar se había asegurado de llenar una de agua caliente y la sala estaba iluminada por algunas luces mágicas que había conjurado con cierta torpeza. El vapor olía al jabón de limón que usaban los aprendices. La gata se paró en seco.

—¿Qué pretende usted, señorita Nicasia?

No pretendía nada. Ni se le había pasado por la cabeza que pudiera pensar que pretendía algo más que ofrecerle un rincón donde asearse decentemente. Se le encendió la cara. ¿Cómo había podido ser tan idiota? Inconscientemente acarició el collar que ocultaba su apariencia goblin. Le preocupaba que la malinterpretase, pero sobre todo la aterrorizaba pensar qué ocurriría si el hechizo fallaba.

—Puedes lavarte tranquila, déjame tu ropa y la lavaré fuera —le contestó con un hilo de voz mientras se alejaba de ella.

La phoka se echó a reír. Su carcajada reverberó contra las paredes y Nicasia estuvo a punto de saltar hacia la puerta.

—¡Chiissss! —Se llevó las manos a la boca—. Nos van a oír.

—Nadie me verá si yo no quiero —le dijo Manx mientras deshacía los nudos de su mugriento corpiño—. No estás haciendo nada malo, lavarse tarde es raro, pero ni el imbécil de Avispa podría reñirte por eso.

Tenía razón, el corazón empezó a latirle más despacio. Se volvió de espaldas. Era una estupidez. Las hadas del exterior y los goblins compartían la falta de pudor, Nicasia lo sabía. Su sentido de la

desnudez como algo íntimo era una reminiscencia de sus tiempos de esclava. Cuando su cuerpo no era suyo y no podía elegir quién lo miraba, ni podía evitar que la tocaran manos que no deseaba. Entre los esclavos, la desnudez era un tabú porque era peligrosa, podía despertar apetitos que no querías sobre ti. Desnuda se sentía en peligro, por eso, aunque el resto de los aprendices lo encontraban extraño, se bañaba sola. El collar protegía su apariencia aunque se desnudase, pero no la protegería a ella.

—Si no quieres que nos pillen será mejor que te laves tú también. Sí viene alguien solo te verán a ti en la bañera y no les parecerá extraño.

Escuchó el ruido de un cuerpo salpicando contra el agua. Se quedó clavada en el suelo, quería huir. Tenía un nudo en la garganta tan apretado que pensó que la dejaría sin aire, bajo la piel le corría un hormigueo incandescente.

—Yo te espero fuera —logró decir por fin con un hilo de voz—. Tengo que lavar tu ropa.

—Como quieras —le respondió una voz que no le hacía reproches.

Cogió la ropa de la phoka a tientas. En una pequeña habitación junto a los baños había una hilera de pilas para lavar. Llenó una y metió toda la ropa en agua hirviendo, con una buena cantidad de jabón, vinagre de manzana y una piedra de natrón. Al acabar las tareas tuvo la sensación de que algo se desanudaba en su interior. Se quedó sin fuerzas, le dio la vuelta a una cubeta de madera y se sentó soltando un largo resoplido. La ropa necesitaría un buen rato en remojo. Se quedaría allí, disfrutando del vapor del agua caliente. Sacó un librito que llevaba en el bolsillo de los pantalones, las letras bailaban delante de sus ojos y el corazón aún le latía con tanta fuerza que era incapaz de concentrarse en nada. Demasiado nerviosa, decidió esperar fuera a que la gata se lavase. El aire fresco y la oscuridad de la noche le sentarían bien. Mirar las estrellas siempre la calmaba.

El patio estaba en calma. Un grillo cantaba en alguna parte de la calle y la brisa arrastraba el olor de las cocinas cercanas. A lo lejos,

un borracho cantaba a voz en grito. Nicasia se quedó a resguardo del portal que daba a los baños. Había una luz en la cocina que se derramaba por los bordes de las contraventanas cerradas. El Maestro Avispa montaría una buena si descubría que Liatris se había olvidado de apagar algunos de sus preciosos quinqués y no quería que estuviese de mal humor cuando le presentase la pieza que tenía preparada. Era mejor que fuese a apagarla. Se acercó a la carrera hasta que una voz áspera la detuvo en seco. La conocía. «¿Qué hace Urakarnake aquí a estas horas?». Instintivamente miró al cielo, la luna aún estaba alta. ¿Cómo había entrado? Se quedó petrificada, pensando si debía dar la alarma.

—¿Cómo te has enterado de eso?

Nicasia alzó las cejas, también conocía aquella voz. La escuchaba a diario, para ordenarle sus tareas y pedirle el té cada tarde.

—Alia frecuenta la Carnicería para pegar la oreja. Se lo estaba diciendo a un cliente.

—Bueno —vaciló el knocker—. Una cosa es lo que diga…

—Va a hacer un año —interrumpió Urakarnake—. Un año sin ningún tipo de noticia ni explicación. Sinceramente, lo extraño es que no haya ido antes.

Se escucharon las patas de una silla arrastrando por el suelo y luego los poderosos pasos del gorrorrojo.

—¿No puedes arreglarlo?

—Vaya, vaya. ¿Ahora me pides que lo arregle? —Una risilla cascada siguió a la pregunta—. No moveré un dedo sin permiso directo de su señoría.

Algo se le posó en el brazo. Nicasia sintió que el corazón le daba un vuelco en el pecho. Manx, tapada con una gran manta, la cogió del brazo con fuerza y la arrastró de vuelta a los baños. Ambas se quedaron durante un buen rato inmóviles en el portón, hasta que la luz de la cocina volvió a apagarse.

—Conozco muchas formas estúpidas de morir —le dijo Manx hablando completamente en serio por una vez—. Escuchar a

escondidas a Urakarnake es una de ellas. No te acerques a sus asuntos.

—Es tu jefe.

—Temporalmente. Por eso cuanto menos sepa de sus mierdas, antes podré quitármelo de encima. ¿De verdad estabas mejor debajo de una ventana helada que en un baño caliente conmigo?

Era una pregunta que Nicasia no podía contestar. Lo intentó, pero las palabras se morían en su boca antes de formarse. Bajó los ojos. La sorpresa había sido una pésima idea, querer acercarse a alguien era un peligro. Una estupidez, un error, un terrible error. Manx la hizo alzar la cabeza con un gesto suave, la puso frente a sus enormes ojos dorados que la miraban con la intensidad de dos pequeños soles. Una mirada que le quemaba las entrañas. La mestiza sintió que en aquellos ojos terminaría por calcinarse y sin pensar pegó sus labios a los de la phoka, solo un segundo. El roce suave de una boca que le devolvía el beso con avidez la asustó, se apartó de un salto. Manx la agarró de la mano y la retuvo a su lado. Nicasia no se resistió. Se abrazó a ella sin ser capaz de decir todo lo que encerraba su cabeza.

—¿Quién te hizo daño, pajarito? —le preguntó Manx con tanta dulzura que hacía daño—. Dime su nombre y le atravesaré el corazón con un estilete.

«No hace falta», pensó desmoronándose por dentro. «Ya lo hice yo».



19. Los ojos de la magia

El Barrio de Constructores contaba con su propio brazo del acueducto, al parecer debido a la alta demanda de agua que tenían algunos de los talleres más grandes. Nadie negaba que esto no fuera cierto, como tampoco negaban que era el modo más rápido de apagar los numerosos incendios que sufría el barrio. Los knockers se ofrecieron a construirlo ellos mismos con la colaboración del Gremio de Constructores al completo. Al acabar, la ciudad tenía una extensión del acueducto que era un prodigio de ingeniería y los knockers habían aprovechado la ocasión para construir un muro alrededor del barrio que lo mantenía alejado de las miradas indiscretas. El sistema de tuberías que conectaba con todos los talleres importantes corría por su interior, así que el Alto Consejo no podía derruirlo sin privar a los knockers de su necesaria provisión de agua. La jugada maestra se remataba con un portón de hierro forjado que se cerraba durante la noche «para evitar los robos». Al finalizar el proyecto resultó que los knockers tenían su propio barrio privado en el corazón de la capital del reino, donde hacían y deshacían como les daba la gana. Los sidhe tuvieron que resignarse, aunque las malas lenguas siempre habían dicho que no les dolió demasiado. El Alto Consejo se llevaba un buen pellizco en impuestos y muchos nobles invertían en los talleres más rentables.

Las puertas del barrio eran conocidas como el Umbral de Hierro. Dos gigantescos autómatas las abrían por la mañana y las cerraban por la noche, soltando poderosos chorros de vapor por las tuberías

que llevaban a las espaldas. Y es que las puertas no eran pequeñas, ni ligeras, eran dos enormes piezas de acero decoradas con figuras de forja en las que se veía la historia de los knockers, desde que dejaron las cuevas de los goblins hasta que llegaron a la Corte. Todas las figuras estaban hechas con herramientas reaprovechadas, tuercas, tornillos, clavos, trozos de vidrio, cerámica…, piezas de chatarra que contaban la historia de los knockers sin ahorrarse una pizca de épica. Todas estaban articuladas y cobraban vida después de cerrarse las puertas. En ese momento, los herreros empezaban a forjar espadas, los arquitectos e ingenieros construían e imaginaban vehículos, edificios y armas, los alquimistas grababan glifos de poder y los joyeros engarzaban coronas y pulseras. A casi nadie se le escapaba que el mural articulado era muy parecido a las puertas de mármol y basalto que cerraban el Barrio Real. El desafío era tan descarado que nunca faltaba un sidhe pidiendo que se fundiesen.

A Lena, que siempre estaba a favor de cualquiera que le plantase cara a los nobles, le encantaba esa puerta. Mientras esperaban a Feral, aprovechó para echarles un buen vistazo. Sygurn estaba apoyada en el muro, llevaba una espada corta oculta en su tragón, un bolsillo aparentemente pequeño que era capaz de guardar mucho más de lo que su pequeña apariencia mostraba y que merecía hasta la última de las muchas monedas que le había costado. No le gustaba demasiado la idea de entrar a husmear en los asuntos de los gremios, y no quería involucrar a la Guardia. Por ahora sería la heredera de los Ventisquero en busca de un herrero que quisiese servir a su padre.

El joven DunasAltas llego puntual, vestido con su ropa de trabajo y acompañado por su leal perro de dos cabezas. Era un animal enorme, con el pelaje de un fantasmagórico verde iridiscente. Feral sabía manejar el arco y la espada, pero su mejor arma habían sido siempre las invocaciones de animales fantasmales. Así que, al igual que ella, no acudía desarmado a la cita.

Cruzaron las puertas charlando de tonterías, despreocupados. A vista de cualquiera, eran solo dos nobles ociosos buscando

comprarse algún capricho. Se unieron al trasiego de trabajadores y clientes que poblaban las calles. Todos los edificios eran de ladrillo, pero ninguno de ellos vulgar, cada artesano se preocupaba de mostrar lo que tenía que ofrecer a través de murales de azulejo y carteles mecánicos, chimeneas que escupían humo perfumado de colores imposibles, un reloj que anunciaba el paso de las horas soltando llamaradas al aire y rótulos de vidrio iluminados con magia que anunciaban todo tipo de artículos. El barrio de los herreros era un estruendo de yunques. Feral las llevó hasta un pequeño edificio de viviendas. En la puerta, un knocker más viejo que el tiempo tomaba el sol con los ojos ocultos bajo unas cejas enormes.

—Buenos días, estoy buscando a la familia de Tizón.

El knocker los miró de arriba abajo antes de decidir que no se merecían ni un minuto de su tiempo.

—Y yo estoy esperando al regreso de la reina Silvania —le contestó antes de volver a cerrar los ojos.

La carcajada de Lena, que se había escondido de las miradas indiscretas, resonó dentro de la cabeza de Sygurn.

«Me encanta esta gente», se rio la mellifata.

«No había necesidad de ser maleducado», protestó la Alférez.

Feral se acercó al portón de la vivienda, buscando a alguien que pudiese orientarles. Un crío no más alto que un taburete de ordeñar se les acercó. Se limpiaba la nariz mocosa con las mangas y mostraba una sonrisa mellada, llevaba la ropa sucia de hollín y el pelo cubierto por una cofia de cuero.

—Yo puedo decirles donde están, por una lanza de plata —les dijo muy satisfecho de sí mismo.

—Por una lanza de plata, me levanto y os llevo yo mismo a su casa —se apresuró a decir el viejo, repentinamente interesado en la conversación.

—¿Ya no viven aquí? —preguntó Feral.

—No, se largaron hace poco —respondió el crío.

El viejo se levantó haciendo aspavientos.

—¡Lárgate! Les estás dando toda la información gratis, mocoso de mierda.

El crío echó a correr, aunque antes de desaparecer calle abajo les hizo un corte de mangas cargado de rabia.

—Bueno, ya les ha soltado lo importante —protestó el viejo—. La familia se ha largado, creo que queda algún primo lejano por el barrio…

—¿Y su taller? —preguntó Feral.

—Cerrado. —El knocker meneó la cabeza—. Por allí no hay nadie.

—Yo era un antiguo cliente. ¿Sabes por qué se marchó? Me habría gustado seguir trabajando con él.

La respuesta fue un desconfiado encogimiento de hombros, Sygurn sacó una lanza de plata de su bolsa y se la mostró al knocker.

—Estamos dispuestos a pagarle las molestias —dijo con su mejor sonrisa—. Apreciábamos el trabajo de Tizón, solo queremos hacerle un nuevo encargo. Era de nuestra confianza.

El knocker se apresuró a coger la moneda, mirando a su alrededor con cierta desconfianza.

—Nadie les dirá gran cosa, no se molesten en ir preguntando. Desapareció.

—¿Tal vez se marchó de la ciudad?

El viejo se echó a andar y les hizo un gesto para que lo siguieran. En realidad no era necesario, Feral sabía dónde estaba el taller del herrero, aun así el instinto le dijo a Sygurn que no era eso lo que quería mostrarles. Lo siguieron hasta la calle de los herreros. El taller de Tizón era más bien modesto, y estaba demasiado lejos del acueducto, seguramente porque no podía pagarse nada mejor. Era un edificio pequeño, los ladrillos renegridos y las planchas abolladas del tejado le daban aspecto de caja abollada. En las escaleras que llevaban hasta la entrada se acumulaba basura vieja, las ventanas estaban cegadas con tablones y faltaba el cartel que anunciaba el trabajo de su dueño. Pese a que según Feral no hacía tanto que el herrero se había marchado, el taller desprendía una atmósfera de

abandono antiguo. Quizás porque al verlo era evidente que aquel sitio no había vivido tiempos mucho mejores. Como era de esperar, la puerta estaba bien cerrada. Sygurn sacó la llave de hueso de Calendemyn, no se le ocurría mejor momento de ponerla a prueba. Entró sin problemas en la cerradura y los ojos del búho brillaron brevemente antes de que la llave girase. El cerrojo soltó un gemido de metal oxidado, muy débil, como si ya no le quedasen fuerzas para protestar antes de permitir que abriesen la puerta.

Los recibió un olor extraño, a bosque podrido, que no encajaba para nada con las vigas de acero remachado que sostenían la estructura. Dentro reinaba la penumbra y poco más, salvo un par de barriles desfondados y muchas goteras, allí no había nada.

—¿Dónde están las cosas de Tizón? —le preguntó Feral al viejo.

Sygurn no pudo escuchar la respuesta, se había adentrado en el taller y trataba de adivinar qué había pasado allí. Había un hueco en la pared, donde seguramente debía haber estado la forja, y podían verse las marcas en el suelo y el techo tenía un agujero dónde debió estar la chimenea, que probablemente no era de ladrillo o piedra como la del castillo de VuelaPluma, sino más bien un tubo de metal, como la de Vitalio, el herrero de Ventisquero.

«Han canibalizado este lugar, aquí no vamos a encontrar nada», susurró Lena, que los observaba desde el tejado.

«¿Tú ves algo?».

«Nada útil», respondió su amiga fastidiada.

Pese a que Sygurn cada vez estaba más segura de que estaba perdiendo el tiempo, no quería marcharse antes de buscar a conciencia, aunque solo fuese para que Feral pudiese considerar resuelto el enigma del herrero desaparecido. Cerró los ojos y entrecruzó las manos sobre el pecho. Se concentró un momento en el local, en los ruidos tenues de las vigas oxidadas, en el rumor de la basura sobre el suelo, en las paredes requemadas, en el intenso olor a podredumbre mientras trataba de centrarse en los detalles; concentró una pequeña cantidad de magia entre sus manos, la fue dejando crecer mientras en su mente se fijaba la necesidad de verlo

y saberlo todo. Tras sus ojos empezó a dibujarse el edificio al completo y entre sus manos la energía era cada más fuerte. Ya no era algo tenue flotando en el aire, se había convertido en un pequeño pulso contenido entre sus manos. Dio una palmada, la magia se dispersó por los alrededores, como una pequeña explosión de luz azulada que recorrió hasta el último rincón del taller. Entonces lo sintió. Tan claro como si realmente lo viese. Había un pozo oculto a unos pocos pasos, un pozo cegado.

Caminó hasta los restos de un muro y los rodeó, siguiendo el pulso mágico hasta un montón de escombros. Lena llamó a gritos a Feral y tras un rato descubrieron una pesada losa de piedra. Tuvieron que levantarla entre los dos usando un hechizo de levitación. El olor de lo que debía ser una vieja fosa séptica se les coló hasta la garganta con una punzada fétida. Los sidhe quedaron a los pies de un pozo negro tapizado por unas largas cortinas espumosas de un intenso azul cobalto. Enredados entre los colgajos esponjosos se adivinaban unos huesos amontonados casi con cuidado, como las ramitas de un nido. Un cráneo los miró con los ojos vacíos, preguntándoles por qué habían tardado tanto en encontrarlo.



20. Munera

Solo había dos lugares en los que los sidhe se entremezclaban con los gentiles sin ningún tipo de barrera; los prostíbulos y las arenas de combate. Ambos eran lugares donde se unían la carne y el placer de formas que podían parecer similares. La ilusión de pensar que todas las hadas, nobles o plebeyas, acababan buscando lo mismo y eso los hermanaba se podía rebatir con facilidad, ningún noble vendía su cuerpo en esos sitios. Los primeros siempre iban como clientes, lo que pudieran hacer los segundos dependía mucho de las monedas que llevasen en el bolsillo. Había tantos tipos de prostíbulos como de arenas, todo dependía de los apetitos del cliente. Algunos eran elegantes, pensados para los que buscaban un poco de sudor y la elegancia de unos cuerpos midiendo sus límites. En otros se podían encontrar diversiones más extremas, explorar la línea que separaba el placer del dolor, superar los límites consensuados de lo que se consideraba aceptable; y algunos, los más ocultos, eran templos a la brutalidad consentida. Estos últimos siempre buscaban hadas que aceptasen libremente lo que otros estuvieran dispuestos a hacerles. Sus dueños siempre se escudaban en que «aquí todos estamos por voluntad propia». Claro que habría que pedirles a los que soltaban tal razonamiento como si fuese una realidad irrefutable que describiesen lo que consideraban «voluntario».

En la Corte de los Espejos apenas había prostíbulos clandestinos y, si lo eran, solían tener más que ver con la falta de permisos que

con las prácticas que se llevaban a cabo dentro. Para las hadas, el sexo era siempre una forma divertida de intercambio, algo consentido y placentero en todas sus formas. Las arenas eran un tema aparte porque las legales eran lugares para entrenar, entretenerse y hacer apuestas inofensivas, los luchadores eran ante todo deportistas. Se consideraba el combate cuerpo a cuerpo como una forma de medirse, un desafío. Las categorías se dividían por peso y hadas de todas clases se batían educadamente y acababan los combates con un abrazo. Se consideraba un deporte popular, que no solo se practicaba en la capital, había arenas repartidas por toda TerraLinde y cada una tenía su propio estilo de combate. Pero las arenas clandestinas, las arenas de sangre, estaban muy lejos de las reglas civilizadas. Su propio nombre lo decía todo. Jadul era más amigo del sexo que de la lucha, nunca había podido entender dónde estaba el placer de pegarse a otro cuerpo si no era para besarlo de pies a cabeza, y si había que sudar, prefería que fuese entrando o dejando entrar. Le gustaba que lo hiciesen gemir, pero sin la necesidad de recibir un puñetazo. Y odiaba con toda su alma las arenas de sangre. El concepto de la pelea como glorificación de la brutalidad, la necesidad de dominar al otro hasta que ya era incapaz de levantarse, le parecía una forma de dar salida a carencias preocupantes. El phoka detestaba la violencia. Para él solo era válida como forma de supervivencia. Lo demás, lo mirase por donde lo mirase, solo podía calificarlo de barbarie.

No era una opinión objetiva, el odio visceral que Jadul sentía por los combates clandestinos tenía motivos ocultos. La muerte de Iona los afectó a todos. Alia empezó a beber; Jadul recordaba esos días envueltos en una niebla densa, fumaba corteza y resina de kaif, la justa para lidiar con unos días interminables y el cuidado de una niña por la que su madre, que algunos días no era capaz ni de cuidar de sí misma, ya no se preocupaba. Discutían día y noche. Manx hacía preguntas que él no era capaz de contestar y, mientras tanto, Uro trabajaba. Se echó a la espalda la tarea de cuidar de una familia a la deriva y fue entonces cuando debutó en las peleas

clandestinas. No le resultó difícil, ya era conocido en las arenas de combate. Hadas de todas partes habían intentado sin éxito tumbar al gigantón. Los ojeadores de las arenas de sangre lo tenían en la mira desde hacía años, bastó insinuar que podría estar interesado para que las ofertas empezaran a llegar.

Con cada victoria, Uro perdía un poco más de sí mismo. Se volvió huraño, apenas hablaba. No es que Jadul fuese muy charlatán por aquel entonces. Alia, cuando lo veía llegar a casa con la ropa manchada de sangre y los nudillos destrozados, se reía de él. «Has encontrado el valor un poco tarde». El toro no contestaba, dejaba el dinero de la noche encima de la mesa y se metía en la cama. Podía pasarse el día durmiendo, y en cuanto se despertaba, volvía a marcharse. Una noche regresó con la ropa destrozada, la cara llena de arañazos y el cuerpo convertido en un mapa de manchas moradas. Le habían roto la nariz y el ojo izquierdo era una carnicería. Cuando Jadul quiso llamar a un sanador, Uro lo tumbó de un empujón. «No quiero que nadie me toque». Dejó las monedas sobre la mesa y se fue al dormitorio. El gato se aseguró de que Manx estuviera dormida y luego fue tras él. Lo encontró tumbado en la cama, sin siquiera quitarse los zapatos. Las lágrimas y la sangre le corrían por la cara magullada. Cuando quiso acariciarlo, se estremeció como un perro apaleado. No quería hablar. No quería tener a nadie cerca. Se pasó dos días tumbado, con la ropa sucia, sin comer. Miraba hacia la pared sin ver nada.

Jadul no necesitó investigar mucho para averiguar lo que había pasado. Todo el mundillo de las arenas hablaba de cómo El Toro había matado a su oponente en un combate salvaje. No podía imaginarse a Uro, a su gentil gigante rubio, haciendo nada de lo que estaba escuchando. Su esposo lloraba en silencio. «No puedo seguir», gemía. «No puedo», repetía una y otra vez. El gato logró, con infinita paciencia, quitarle la ropa apestosa, lo lavó en silencio, con toda la delicadeza de la que fue capaz. Al acabar, le cogió las manazas, aquellas manos que no quería considerar las de un asesino, y le besó los nudillos destrozados. Se juró que nunca más

tendrían que dañar a nadie. Fue fácil que los dejaran en paz. De repente, ningún corredor de apuestas quería volver a trabajar con él. ¿Quién en sus cabales iba a apostar por un monstruo invencible? ¿Quién querría luchar contra semejante bestia? Uro tardó mucho en salir de la cama. También tardó mucho en volver a sonreír y era incapaz de dar un paso fuera de casa. Se convirtió en un ermitaño. Sin Manx, probablemente ambos se habrían vuelto locos. La niña los ayudó a sanar. Pasara lo que pasara, los seguía necesitando. Sus problemas no eran importantes. Durante su largo encierro, Uro descubrió un talento inesperado para el dibujo. La idea de hacerse falsificadores fue hija de la necesidad, Jadul ya no encontraba demasiados trabajos como ladrón, porque el fracaso que había provocado su triste situación era demasiado conocido, ni de cualquier otra cosa, porque nadie confiaba en un ladrón. Pero había más de una manera de robar a un tonto. Y robar a los listos era un desafío edificante.

Les iba bien, no tenían deudas, empezaban a conseguir ahorrar un poco y la fama de Uro crecía, esta vez como el hada misteriosa indicada para fabricar cualquier tipo de documento fraudulento. Jadul no esperaba tener que volvérselas a ver nunca con un corredor de apuestas y menos con uno tan desagradable como Munera. Su única suerte era que no tenía que bajar a ninguno de los tugurios donde se ocultaban las arenas. Durante el día, Munera solía dejarse caer por alguna casa de vapor. Al chiquitín le gustaba sudar sus escasas carnes. Le costó poco dar con él, la única casa que abría sus puertas tan temprano era la Casa del Humo de Cedro, o El Cedro, como la llamaban para acortar. El gato no pensaba gastarse ni un cobre en entrar en aquel sitio, necesitaba el dinero para cosas más importantes. Siempre era fácil colarse en los negocios respetables. En cuanto un par de bogans abrieron una puerta trasera cargados de ropa sucia, el gato se deslizó entre sus piernas sin que lo notaran. Una vez dentro, se quitó la ropa, se envolvió un paño limpio a la cintura y buscó el cuarto que tuviera un matón en la puerta.

Al fondo del pasillo había un gorrorrojo musculoso, con la piel tallada por mil cortes simétricos y el pelo meticulosamente recogido en un reguero de trenzas apretadas de color rojo vivo. Estaba sentado delante de un cuarto, leyendo el último número de *El chismoso ilustrado.* Uro también era muy aficionado a aquellos papeluchos y seguía con interés la historia de una joven sidhe que despachaba pretendientes mientras su muy noble padre agonizaba. Al parecer, el grandote estaba leyendo algo apasionante, cuando Jadul pasó por su lado para entrar al cuarto apenas le dedicó una mirada demasiado rápido, descuidada. Un phoka canijo lleno de moratones no era motivo para perder el hilo de la lectura.

Las paredes estaban forradas con tablas de cedro blanco y el vapor caliente olía agradablemente a madera quemada y cera caliente. En el cuarto aún no había nadie más que Munera, tumbado en un banco con solo una toalla en la cara. Jadul se la quitó y le regaló al leprechaun una sonrisa llena de dientes de afilados. Era un hada pequeña, incluso los suyos lo consideraban corto de estatura. No debía medir más que un niño phoka, tenía la piel lechosa, los brazos retorcidos de un modo extraño y una cabeza alargada rematada por muy poco pelo. A pesar de eso, lo miró sin un atisbo de miedo.

—Si estás buscando a tu querido esposo, vuélvete a casa, debe de estar a punto de llegar.

—Sé dónde está.

—Pues vete a buscarlo y hazle un buen recibimiento. —Hizo un gesto con la boca y la lengua que dejaba muy pocas dudas de lo que estaba diciendo—. Esta noche se ha portado. Si folla como pelea, debe de ser memorable.

—Ni te imaginas —contestó Jadul sentándose al lado del corredor—. Pero tú no tienes cuerpo, ni para satisfacerlo, ni para soportarlo.

Munera le lanzó una mirada asesina. Si estuviesen en sus dominios, le habría faltado tiempo para pedirles a sus lacayos que le hicieran una cara nueva. Pero El Cedro era un establecimiento

respetable que no admitía ese tipo de comportamiento. De todos modos, Jadul tenía claro que los próximos días tendría que salir a la calle con ojos en la espalda.

—¿Qué quieres, mantenidito? ¿Quieres que te cuente lo que hace tu grandullón con los puños cuando te los saca del culo?

—Qué mala es la envidia —dijo el phoka negando con la cabeza—. No, lo que quiero saber es cuánto tengo que pagarte para anular su contrato.

La risa del leprechaun sonaba como un fuelle roto, Jadul pensó que si seguía riéndose así alguno de sus huesos de pajarillo se le rompería.

—No pretenderás que me crea que tienes dinero para pagarlo —le respondió levantándose del asiento para acercarse a la fuente de agua fría que ocupaba el centro de la habitación.

—Pretendo que me des una cifra.

—Hablas en serio. —El asombro teñía las palabras del corredor de apuestas.

—Siempre hay una primera vez.

Antes de contestar, Munera acercó un banquito a la fuente para beber un par de tragos de agua fría. Jadul estuvo tentado de levantarlo en brazos para que llegase al chorro cómodamente, igual que hacía con Manx cuando era pequeña. Pero estaba bastante seguro de que no se lo tomaría nada bien. El phoka se rio para sus adentros y no se movió de su sitio. Cuando el leprechaun acabó de beber, se sentó en el banquito, frente a él.

—Por curiosidad, ¿de cuánto hablamos?

—Tendría que pesar el oro para saberlo —dijo Jadul tratando de tentarlo.

—Espera, ¿no son monedas? ¿Quieres decir que tendría que buscar el modo de convertirlo en dinero legal?

—Y, aun así, te garantizo que es una buena cifra.

Una risilla desagradable apareció en la cara del leprechaun, meneó las piernecillas en el aire, con los tobillos hinchados y una telaraña de venillas moradas bajo la piel lechosa.

—Lo dudo, me daría demasiado trabajo y no creo que tengas una montaña de oro. ¿Sabes cuánto dinero estoy moviendo ahora mismo solo en las apuestas? Estoy bastante seguro de que me puedo limpiar los huevos con tu oferta.

—Para tus huevos, con una moneda de cobre tendrías suficiente.

El leprechaun cogió su paño y se envolvió de pies a cabeza. Se detuvo ante la puerta.

—Disfruta de las bromas. Los dos sabemos que al final el que se va a reír soy yo. El mundo de las arenas de combate ha cambiado mucho desde que tu grandote se cargó a aquel pobre muchacho. No sabes con quiénes estás jugando, ni todo el dinero que se mueve en esos sótanos. Hazme caso, saca tu hocico sarnoso de este asunto y deja que Uro cumpla su contrato.

El gato se quedó serio. Solo le quedaba una opción. Una en la que no había querido pensar. Saltó hacia el corredor de apuestas, lo cogió del cuello y lo alzó en el aire.

—Tienes el pescuezo muy finito —observó mientras miraba cómo la cara del pequeño leprechaun se ponía colorada.

Solo tenía que apretar un poco más y el contrato de Uro moriría con el pequeño Munera.

—No… serviría… de… nada —logró escupir entre espumarajos—. No… serviría…

Jadul lo dejó caer al suelo, Munera boqueaba y gemía, retorciéndose en el suelo. Tampoco habría tenido valor para matarlo, se había dado cuenta en cuanto lo tuvo agarrado y le miró a los ojos. No era un asesino. Era un inútil incapaz de proteger a su familia.

—Te voy a cortar las pelotas —gimió el leprechaun en el suelo—. Te lo juro.

—Antes tendrías que llegar a ellas —respondió saliendo del cuarto.

Logró salir del edificio antes de que el gorrorrojo tuviese tiempo de empezar a buscarlo. No podía creerse que hubiese salido tan mal. Tenía la sensación de que últimamente, cada vez que intentaba

ayudar, acababa empeorando mucho las cosas. Regresó a casa saltando por los tejados, una medida del todo inútil, seguramente Munera sabía dónde vivía su luchador estrella. Si estaba enfadado solo lo buscaría a él. No le haría daño a Uro. «Voy a tener que esconderme una buena temporada». Se paró en el tejado de una buhardilla, estaba volviendo a hacer todo lo que habían intentado dejar atrás.

Entró en casa por la ventana y Uro se giró sobresaltado. Tenía un corte en la ceja izquierda, un moratón en el pómulo y la misma mirada vacía de los malos tiempos, pero lo ayudó a entrar.

—¿De dónde vienes? ¡No deberías andar por ahí tal cómo estás!

—La he cagado, Uro —le confesó.

Se sentó sobre la mesa de la cocina, esta vez al menos no habría mentiras. Le contó que había visitado a Nebel y su desastrosa entrevista con Munera.

—¿Querías comprar mi contrato? ¿De dónde pensabas sacar el dinero?

Respiró hondo. Ninguna maldición iba a impedir que le contase toda la historia. Apenas había abierto la boca cuando un calambrazo lo hizo retorcerse, acabó chocando contra el suelo. Uro se inclinó sobre él y le retiró el pelo de los ojos, mojado de un sudor repentino que le empapaba la cara.

—Habla con Nebel, ella te lo contará todo… yo no puedo… no puedo… —gimió.

El toro lo besó en los labios.

—Tranquilo, no pasa nada. Hablaré con Munera, nadie te tocará un pelo.

—No quiero que sigas luchando —sollozó Jadul—. Lo odias. Tengo dinero. Podemos huir, vayámonos de la ciudad. Vayámonos muy lejos.

—Eso sería abandonar a Manx. No soy idiota, firmé un contrato cerrado de seis combates, solo quedan tres y volveremos a nuestra vida.

—Pero no puedes…

—Por Manx y por ti, puedo hacer eso y mucho más.

—Tengo miedo. Cada vez que combates me muero de miedo.

Uro le sonrió, le acarició la cara y lo volvió a besar.

—Y yo. Por eso esta vez saldrá bien. Antes me creía invencible, ahora sé que no lo soy. No cometeré los mismos errores. He firmado un contrato cerrado, créeme. Se habrá acabado en unos días.

Miró el rostro tranquilo de su esposo. Tal vez tenía razón, tal vez el miedo le estaba haciendo actuar sin pensar.

—Eres más listo que yo.

El toro soltó una sonrisita y le beso el cuello, una vez, otra y otra. Subió por la línea de la mandíbula hasta llegar a los labios. Se besaron con ganas, con fuerza, alejando de ellos la oscuridad y el miedo con cada beso. Jadul luchó un poco contra la camisa de su esposo mientras este le acariciaba la cara interna de los muslos por encima de los pantalones. Antes de llegar a la entrepierna se detuvo.

—¿Estás seguro de que te apetece? No quiero hacerte daño.

Jadul le agarró la cabezota, quería que lo mirase a los ojos.

—Nunca me has hecho daño —le dijo antes de volver a besarlo.

Se tumbó en el suelo y dejó que Uro terminase la caricia. Tenía las manos grandes y siempre conseguía ponerlo duro en un instante. Ronroneó, el toro le bajó los pantalones de un tirón que arrastró también los calzones. Jadul desabotonó la bragueta de su esposo y lo acarició como había hecho mil veces, mientras lo besaba. Disfrutaba sintiendo cómo se iba poniendo duro entre sus dedos. En su cabeza no había nada que no fuese el olor a sudor y polvos de árnica que usaba su marido cuando luchaba, un recuerdo de otros tiempos en los que aquellos encuentros apasionados los habían ayudado a superar momentos muy oscuros. La piel ligeramente estremecida, tan suave, y el aliento caliente contra su cuello. Cuando Uro no pudo más, le dio la vuelta con uno de esos movimientos de lucha que nunca había olvidado, solo que libre de brutalidad. Una llave precisa y extrañamente delicada. Le levantó las

nalgas y entró en él. En realidad nunca se iba de su interior. Uro era su sangre y su vida.



21. La Maestra del Moho

Hacía muchos años, el Jardín de los Conservadores había crecido tanto que fue necesario trasladarlo fuera de la ciudad, donde las murallas no estorbasen su continuo crecimiento. Pero el Jardín Primigenio y la Casa de los Conservadores seguían intramuros, donde los primeros Aen Sidhe los construyeron. Escogieron angular las murallas para que los árboles estuvieran rodeados en parte por el ancho foso, lo que le daba un aspecto irreal; un denso bosque dentro de la Corte de los Espejos que aparecía entre las casas al doblar una esquina. Una vez en la arboleda, los ruidos de las calles se apaciguaban y daban paso al canto de los pájaros y a los gritos de los enormes pavos reales que llamaban a las hembras subidos entre las ramas, con sus hermosas colas colgando como flores exóticas. Las ardillas observaban desde las ramas con descaro, buscando a visitantes dispuestos a darles de comer, o a despistados a los que robar comida. Allí se mezclaban la vida y la muerte, la civilización y lo salvaje, el orden y el caos. Para Sygurn, el Jardín de los Conservadores representaba todo lo que hay en el corazón de un hada, sus luces, sus sombras, sus orígenes y su destino.

Al cruzar la puerta enrejada que separaba el Jardín de la avenida de los Viajeros, cogió un puñado de tierra del recipiente de mármol que había junto a la entrada, lo esparció frente a los primeros árboles, como recuerdo de que algún día ella también volvería a la tierra, y caminó por el sendero. La Casa de los Conservadores era un lugar silencioso y tranquilo. La luz entraba a raudales por los

ventanales, arrancando de las paredes un resplandor inmaculado que se derramaba hasta un suelo brillante. Allí solo había paz, nada estorbaba a los sentidos, ningún mueble, ningún adorno, nada te entretenía. Aquella sala era el retrato de una apacible eternidad.

Lena se posó en el suelo. Los Conservadores hacían voto de no tomar ninguna vida, así que la pequeña se sentía segura. Un joven sluagh, vestido de gris claro de pies a cabeza y con el pelo largo y lacio suelto sobre los hombros como un manto negro, les salió al encuentro con una sonrisa educada. La sidhe se inclinó ante él como haría ante un igual, pues para los sidhe los Conservadores eran sagrados, su labor de dar un último lugar de descanso a los muertos les merecía un enorme respeto.

—Saludos, señora. ¿Puede este mortal preguntar el motivo de su visita? —Su voz sonaba como la brisa sobre las hojas secas.

—La Maestra del Moho me está esperando.

El sluagh inclinó la cabeza.

—Si me permitís un momento, iré a preguntarle.

Desapareció tras una puerta de madera blanca como el hueso. El tiempo era extraño dentro la Casa, sentía la cabeza relajada: por primera vez en mucho tiempo no pensaba en nada, no estaba tensa, ni nerviosa, no sentía angustia o añoranza. La embargaba una paz absoluta. Cuando el sluagh regresó, Sygurn no estaba segura de si había esperado mucho o poco tiempo y tampoco le preocupaba.

—La maestra está en la Galería de las Lucernas, permítame guiarla —dijo el sluagh indicando con la mano una de las salidas a los jardines.

—Adelante.

«Da un poco de mal rollo, tan formalito», dijo Lena.

«Los Conservadores son ceremoniosos, pero inofensivos. Creo que tienen muy poco interés en el mundo material».

«Creo que no les interesa nada que esté vivo», rio la mellifata que, para ahorrarse el paseo, se había instalado en su hombro.

Sygurn sonrió. Lena, al igual que muchas hadas, no entendía la fascinación de los Conservadores por la muerte. En VuelaPluma solía

hablar con los Conservadores al servicio de su padre y creía entender que su labor era más compleja que limitarse a enterrar cadáveres o estudiar viejos huesos. La mayoría de los Conservadores eran científicos y filósofos, más parecidos a los Sanadores de FuegoVivo de lo que cabría esperar. Solo que ellos, al contrario que estos últimos, se debían a los muertos.

El sluagh la guio por los jardines hasta una galería de hiedra y ramilletes de glicina. Entre el verde flotaban lamparitas de todo tipo, cada una con una pequeña llamita de color naranja intenso ardiendo en su interior. El largo pasillo se extendía aparentemente interminable. Cuando se habían internado un buen tramo, se encontraron con un hada alta y delgada. Dos largos cuernos de ciervo surgían de su cabeza, pálidos como la luna, pálidos como ella misma. Vestía de blanco limpio, con un vestido sencillo atado a la cintura con un cordón de lana cruda. Las mangas lucían ribetes de piel gris. Un tocado de flecos blanco ocultaba la parte superior de su rostro inmaculado, dejando ver solo unos finos labios pintados de negro. Sygurn jamás había visto a un hada astada que no fuese phoka o sátiro, no pudo evitar preguntarse si los cuernos formaban parte de la indumentaria. Al acercarse, le pareció que eran suyos, aunque tampoco se habría atrevido a asegurarlo. Era extraño encontrar hadas que no fuesen sluagh o gorrorrojos entre los Conservadores. Aunque tenía que reconocer que todo en la figura blanca le parecía inusual. La Maestra del Moho de la Corte de los Espejos no tenía nada que ver con el de VuelaPluma, un gorrorrojo anciano, con un aspecto apacible que no acababa de encajar con las cicatrices y los tatuajes de guerra. Antes de renunciar a su nombre para convertirse en maestro, era un valioso soldado en las huestes de los Ventisquero. Fue una sorpresa que decidiese colgar la espada para estudiar los misterios de la muerte, aunque él solía decir que lo único que había cambiado era su relación con ella. Antes la causaba y ahora la estudiaba. Seguía vistiendo ropas de guerrero, aunque sus batallas fuesen otras. Esta maestra era todo lo opuesto, el misterio la envolvía como un traje hecho a medida. Al verla no se

podía saber su edad, ni a qué pueblo pertenecían sus ropas anchas que la ocultaban. Sygurn tuvo claro que era un hada que había alejado de sí cualquier cosa que no fuese su actual cargo. Las ropas sencillas, el tocado ocultándole el rostro y haciendo pensar que tal vez los cuernos fuesen parte de su atuendo… Todo estaba pensado para que no pudiese definirse más que como lo que era, la Maestra del Moho, la encargada de velar por los Conservadores de la capital de TerraLinde.

El sluagh se marchó sin dedicarles ni una palabra de despedida y las dejó solas. Sygurn la saludó con una reverencia.

—Gracias por recibirnos, maestra.

—No las merezco, cumplo con el deber que se me ha encomendado —respondió la maestra con una sonrisa delicada—. Soy yo quien debería darle las gracias por traer hasta nosotros dos cuerpos que merecían descanso.

Sygurn frunció el ceño, extrañada. Al encontrar los huesos en el pozo se apresuró a llamar a los conservadores, que les rogaron a ella y a Feral que saliesen del taller para dejarlos trabajar con tranquilidad. Sospechando que iba a ser un trabajo largo decidieron volver a Palacio para esperar allí cualquier noticia sobre los restos. Nunca pensó que fuesen a encontrar más de un cadáver.

—Dos cuerpos… —repitió horrorizada— en aquel vertedero…

La maestra rozó una lucerna de latón en la que ardía una de las llamitas anaranjadas. Tenía los dedos cubiertos de tinte negro. Al tocar el metal de la lucerna, el fuego jugueteó un momento en la palma de su mano, también tiznada de negro.

—Gracias a ti, tienen su descanso y su luz nos recordará que un día pisaron la tierra.

—Pero son luces sin nombre, sin nadie que les llore. Quizás haya algún vivo que también necesita descanso, el alivio de saber qué pasó con su ser querido —observó Lena.

—Cierto, para los knockers es importante morir entre amigos. Que sean ellos quienes te lleven a la tierra y dejen sobre tu cuerpo

sus cabellos en señal de duelo. Luego vienen aquí y encienden una luz. ¿Es eso lo que buscáis? ¿Alguien a quien entregar una chispa?

—Buscamos el nombre de un asesino —dijo Sygurn—. Soy la Alférez Mayor y ese cuerpo no solo merece descanso, merece la justicia de los vivos. Necesito saber quién era y quién lo mató.

La maestra avanzó por la galería, observando las lucernas. Allí dentro reinaba un silencio absoluto. Las llamas ardían sin crepitar, ningún soplo de brisa sacudía las hojas, ni sus pasos removían la tierra, incluso el aleteo de la mellifata era mudo. Lo único que escuchaba era el latido de su corazón resonándole en las sienes y su cuerpo en movimiento. No los de las telas al rozarse, o el tintineo de la espada contra el cinto. Escuchaba el rumor de cada inspiración, el trasiego de las entrañas. Era el sonido de la vida. En contraste, todos los movimientos de la astada eran silenciosos.

—Conocí a tu antecesor. Sus peticiones nunca eran desinteresadas, todo lo que pedía, lo pedía para sí y nunca de un modo amable —dijo la Maestra del Moho—. Supongo que no pensaba en la muerte, ni en la justicia.

No supo qué decir. Lo poco que sabía del antiguo Alférez Mayor le resultaba desagradable. Esperaba no tener que demostrar continuamente que ella no iba a seguir sus pasos. Tampoco estaba dispuesta a manchar la reputación de alguien que no estaba allí para defenderse.

—Cada cual debe seguir su propio camino. El mío por ahora está en encontrar a un asesino.

Era difícil imaginarse qué pensaba la Maestra de Moho. Su sonrisa parecía parte de una máscara, una extensión del tocado blanco que ocultaba su mirada. Seguía jugueteando con la llama, como si fuese un insecto que correteaba entre sus dedos.

—Eres prudente en tus palabras. Eso siempre es agradable. ¿Cómo puedo ayudarte?

—Ni siquiera estamos seguras de cuáles eran sus nombres —dijo Lena—. No podemos permitir que muriesen por nada.

La astada extendió la mano, mostrando la llama naranja, al cerrarla, el fuego se extinguió del golpe.

—Todos nacemos y morimos por nada. Nacemos solos y morimos solos, no tiene sentido, no es justo ni injusto. Simplemente es. Pensé que los hijos del bosque comprendían eso.

—Los muertos quedan en paz cuando mueren, pero los vivos sufren —respondió la pequeña.

—¿Y tu deber? ¿Para quién es?

Lena se apartó el pelo salvaje de la cara.

—Yo no le debo nada a nadie, mi deber es para mí misma. Pero mi lealtad siempre estará del lado de Sygurn de Ventisquero. Así lo he decidido.

El hada de blanco volvió a sonreír, esta vez sí parecía una sonrisa sincera.

—Nadie es más libre que quien es dueño de sus decisiones. Habéis venido por buenos motivos, así que os daré las pocas respuestas que tengo en mi mano. Los cuerpos que trajisteis eran de knockers, pero no tenían nada que pueda darnos pistas sobre sus nombres. Lo único que nos dijeron sus huesos fue que murieron de sendos golpes en la cabeza. El asesino utilizó una maza, o un martillo. No murieron en la herrería, alguien desnudó los cuerpos y los tiró al pozo.

—¿Entonces no sabemos quiénes son? —preguntó Sygurn, desesperanzada.

La Maestra del Moho sacó de un bolsillo de su vestido una cajita de cristal y se la ofreció a Sygurn. Estaba sellada con resina. En su interior podía verse un hongo aterciopelado de color azul intenso que se extendía por el fondo transparente ocupando todo el espacio a su disposición. Recordaba lejanamente a algún tipo de tela gruesa.

—Este moho estaba sobre los cadáveres, nos ha sido imposible identificar gran cosa porque se aferra a la carne. No tenemos registros sobre nada parecido, aunque he pedido ayuda a otros maestros, por ahora no puedo dar más respuestas.

No era lo que quería oír, seguía sin pistas sólidas. Aunque aún tenía hilos de los que tirar.

—¿Se podría saber si ha sido un ajuste de cuentas entre knockers?

La maestra meditó un momento antes de contestar.

—Suele ser difícil de averiguar, desde luego es algo que el cadáver no nos contará. Pero quizás algún vivo sí.

La familia del herrero, Feral se había dedicado a buscarla antes de que él y Sygurn hablaran, sin éxito. Tal vez estaba buscando un misterio donde no lo había, los knockers se mataban entre ellos con una ligereza escalofriante, y en ese caso tampoco era asunto de la Guardia.

—Quizás la Península Flotante o el Consejo de Hierro podrían contestar a esa pregunta. Los knockers rara vez dejan a sus muertos solos, ni siquiera a los ejecutados por su justicia torcida. Para ellos es importante que los cuerpos descansen. Que un cuerpo aparezca sin que nadie lo reclame es extraño. Casi tanto como el contenido de esa caja —añadió la astada al ver cómo Sygurn se desanimaba.

—Quizás el moho fuese parte de alguno de sus experimentos…

—En ese caso creo que no me equivocaría si digo que sería un experimento ilegal.

Lena y ella se miraron. Hablar con los knockers iba a ser un dolor de culo, al pensarlo le entraron ganas de olvidarse del asunto, había muchos otros problemas que reclamaban su atención. Si dedicaba demasiado tiempo a aquella muerte para descubrir que solo era un desmán más del Barrio de los Constructores, Calendemyn le pediría explicaciones que no podía dar. Sería una novatada de manual, tal vez fuese indulgente con ella porque era precisamente lo que era, una novata. Pero era un punto al que no quería llegar. Ambas sabían que no estaban en una situación fácil.

«Será más grave si no investigas y resulta ser algo más serio que unos knockers tocándose las pelotas mutuamente», le dijo Lena.

—¿Podría pedirle que me haga llegar cualquier averiguación que puedan hacer sobre este asunto?

—Claro que sí —aceptó la astada—. Nunca nos hemos negado a colaborar con Palacio. Sería agradable que nos viesen como algo más que meros enterradores.

—Muchísimas gracias por su tiempo, maestra. Espero volver a verla.

—Es mejor ver a un Maestro del Moho lo menos posible, me gustaría que la próxima vez que nos encontremos sea por motivos más alegres.

Se despidió con una nueva reverencia. Salir de la quietud de la Casa de los Conservadores al bullicio de la Corte de los Espejos fue como sacar la cabeza del agua en mitad de una tormenta. Las calles estaban llenas de gritos, de olores, de impaciencia y ruido. Aunque allí el sol le calentaba la piel y los sonidos de su cuerpo volvían a hacerse inapreciables. Era agradable no ser tan consciente de su propia existencia. Lena se ocultó en la capucha de la capa de Sygurn, que volvió a caballo hasta Palacio. No creía que el knocker hubiese muerto en un ajuste de cuentas. La maestra había dicho algo interesante, no había muerto en su taller, alguien había dejado su cuerpo desnudo en el pozo. Quizás porque el asesino quería que pareciese un ajuste de cuentas entre Constructores.

«No tengo nada ni medianamente claro con este asunto», confesó Sygurn.

«Serías clarividente si lo tuvieses», la consoló Lena. «Necesitamos informantes, hay que hacer muchas preguntas».

Era consciente de que todo buen Alférez Mayor los tenía, eran útiles. No podía ser tan ingenua como para desechar una herramienta de investigación importante solo porque despreciase a los chivatos. Al revés, debía usar esa repulsión como baremo de elección, no buscaba a un hatajo de miserables dispuestos a denunciar a cualquiera a cambio de favores. No quería espías. Quería ciudadanos honrados, hadas que se preocupasen por el bienestar de sus iguales y quisiesen hacer bien su trabajo. Un pequeño cuerpo secreto con más gentiles que sidhe. Calendemyn tendría que aprobarlo, claro, seguramente nunca le habían

propuesto una idea parecida. Tendría que confiar en que vería las cosas del mismo modo que ella, aunque sabía que ninguno era amigo de las triquiñuelas, precisamente. Pero cuando las circunstancias lo requerían, debían usarlas.



22. La serpiente en la hiedra

La mansión de Elio de AltaCumbre estaba tan cerca del Palacio de Cristal que toda la fachada del edificio estaba bañada por la luz azulada que este irradiaba, creando un efecto tornasolado sobre las paredes que les daba un cierto aspecto de palacete submarino. Era una construcción extravagante, rodeada por cuatro torres esbeltas, finas como agujas. Emulaban a pequeña escala las del edificio vecino. Todas estaban rematadas por unos tejados puntiagudos cubiertos de tejas azules esmeriladas y sobre cada uno de ellos se alzaba un asta de plata de la que no colgaba ningún tipo de estandarte. Lucir tu propio escudo tan cerca del corazón del reino podría haberse interpretado como un desafío y ni siquiera las Altas Casas se atrevían a tanto, aunque alguna mente perversa podría pensar que las cuatro pértigas, señalando al cielo casi desafiantes, ya eran toda una declaración de intenciones.

Gwyllión había visto el palacete a lo lejos en su visita anterior, pero no pudo acercarse lo suficiente como para admirar las vidrieras que cubrían las ventanas, cada una de ellas era una esmerada estampa de cristal y plata. Sobre la fachada, justo encima del portón principal, un fénix blanco cruzaba el cielo dejando tras de sí una estela de estrellas. En otra, situado a un costado, un sidhe sostenía un pebetero encendido alzando las manos sobre la cabeza para iluminar un árbol dorado. Más allá, un leviatán atravesaba el mar con las fauces llenas de fuego blanco, envuelto en nubes de vapor y furiosos remolinos. Resultaban demasiado recargadas y chillonas,

toda esa cristalería abigarrada quería dejar claro que quien la había encargado tenía tanto poder como dinero, lástima que el buen gusto no pudiese comprarse. Era algo que ya había visto en sus jardines. Al Señor de AltaCumbre le gustaba la ostentación, lo que siempre había molestado mucho a su padre. Quizás porque era un vicio que ambos compartían. Lydden de DanzaDragón decía que mostrar buen gusto no era presuntuoso, lo horrible era tener dinero y no ser capaz de gastarlo con elegancia. A Gwyllión le aburría aquella obsesión por impresionar a los demás. Ella creía que el buen gusto era un placer privado, que se disfrutaba en soledad, sin exhibirlo ni explicarlo.

Tácito se adelantó cruzando el sendero hasta la puerta principal mientras ella permanecía en su litera con las cortinas echadas. Rheia había insistido mucho en que la visita debía ser discreta. El criado no llevaba librea, sino una chaqueta de paño gris de tres cuartos con botones de plata. Un atuendo anodino que lo convertía en uno de los muchos sirvientes de la ciudad. Cuando le vio coger el aldabón con la mano enguantada, Gwyllión casi adivinó la mueca de desagrado del anciano bogan. Llevaba días tratando de convencerla para que ignorase la oferta de la Dama de SilvaViento y tuvo que dejarle muy claro que no pensaba tolerar que le diesen consejos que no había pedido para lograr que desistiera. Y a pesar de sus advertencias, el anciano no desperdiciaba ni una oportunidad para gruñir por lo bajo, como un perro de caza viejo y sin dientes.

El jardín de los AltaCumbre estaba cerrado por una verja alta, rodeada de hiedras y setos, así que solo tuvo que cubrirse la cabeza con la amplía capucha de su capa de seda para entrar en la casa a paso ligero, con su decrépito y leal sabueso esperando a un lado de la entrada.

Un criado vestido con la elegancia de un joven señor les dio paso a un recibidor tan amplio como un salón. Las vidrieras arrojaban una luz multicolor sobre la blancura de las paredes que resultaba incómoda. Los cortinajes y los bordados quedaban ocultos por el juego de colores chillones proyectados sobre ellos, los muebles se convertían en bultos de los que era imposible apreciar los detalles. El

propio criado parecía estar salpicado por varios tipos de pintura de la cabeza a los pies. Con una reverencia los guio hasta una puerta de dos hojas, tan grande que su litera podría atravesarla sin rozar el dintel. Una doncella recogió su capa en silencio y desapareció tras un panel oculto en la pared.

—Señora, la dama la recibirá enseguida. Si es tan amable, puede pasar a esperarla en el salón —dijo el criado abriendo una suntuosa puerta lacada de blanco.

Tan pronto se quedaron solos en la enorme estancia, Tácito se volvió hacia ella con las mejillas temblorosas.

—Señora, esta dama se comporta como si estuviese en su casa —desaprobó el bogan mirando el lujoso salón con un asco casi visceral.

—Es la banderiza de AltaCumbre —le recordó Gwyllión.

—¿Dejaríais que uno de vuestros banderizos viviese con tanta familiaridad en vuestra casa?

«No, jamás», coincidió sin decirlo en voz alta. Tácito tenía razón, era un comportamiento extraño, pocos darían tal grado de confianza a un vasallo, pero ella no estaba allí para juzgar a nadie, quería información y aliados.

—No he pedido tu opinión, no quiero oírte ni una sola palabra hasta que volvamos a casa. No juegues con mi paciencia —lo cortó sin miramientos.

En otro tiempo, no habría prestado demasiada atención al sobre que Tácito le había dejado sobre la mesa junto al resto de correspondencia aquella mañana. Tampoco era que fuese mucha, y de haberlo sido, el pliegue de papel perlado, bañado en un intenso perfume floral, habría logrado llamar su atención de todas formas. Era de un papel mineral muy caro que aún guardaba en la superficie motas brillantes y delicadas vetas grises. Al parecer, estaba muy de moda en Palacio. Reconocía que lo había abierto con mucha curiosidad. Lo que la Dama Rheia había conseguido estaba al alcance de muy pocas sidhe. Solo por eso merecía la pena conocerla y su aparición en los jardines, tan oportuna, la animaba a sentir

simpatía por ella. «Una visita de agradecimiento no estará de más», pensó mientras se apresuraba a responder para aceptarla.

Rheia no tardó en aparecer, con los brazos abiertos y una sonrisa deslumbrante. Gwyllión encontró su atuendo un tanto excesivo, un sobrevestido del mismo color verdeazulado de su pelo, cerrado con un ceñidor bordado con perlas y piedras lunares que dejaba sus brazos blancos y rollizos al descubierto. Debajo se atisbaba una túnica de seda de araña, suave y ligera como un suspiro, que pocas damas, por no decir ninguna, se hubiesen atrevido a lucir en público. El escote, demasiado revelador, alzaba los pechos de la anfitriona como frutas en una bandeja. La tela blanca, demasiado transparente, jugaba con lo que dejaba ver. Lucía el mismo collar de hojas de hiedra. Esta vez se dio cuenta de que, entre ellas, se ocultaba una serpiente que rodeaba el cuello de la sidhe y descansaba sobre sus clavículas, las escamas estaban trabajadas con una delicadeza exquisita. Los pequeños ojos del reptil eran dos minúsculas esmeraldas que emitían un brillo líquido, casi vivo. Estaba claro que nada de aquello estaba escogido al azar, pocos vasallos podían vestirse con semejante lujo.

—¡Es una alegría recibirte, querida! —dijo dándole un suave beso en los labios, olía a azahar y clavo. Al retirarse dejó tras de sí una nubecilla de polvos perfumados.

Gwyllión hizo un gesto y Tácito se apresuró a mostrar una caja de sándalo.

—He traído un regalo para agradecerte la generosidad que me ofreces.

Rheia dejó escapar un chillidito entusiasmado y cogió la caja con una sonrisa satisfecha. Tenía un modo tan intenso de mirarlo todo que resultaba inquietante. Gwyllión pensó que se debía a sus ojos grandes, ávidos e inquietos. Eran hermosos, pero como la hiedra de su collar que ocultaba una serpiente, esa mirada ocultaba un hambre inmensa que aparecía y desaparecía con la rapidez de un destello. La Dama de SilvaViento extrajo de la caja un frasquito de ámbar del tamaño de un meñique.

—Ábrelo, por favor —le rogó Gwyllión.

Rheia obedeció y una pequeña llama rosa surgió de la boca de la botellita, perfumando el aire con un potente aroma a azahar.

—¡Jamás había visto nada igual! —reconoció la sidhe, encantada.

—Es fuego de olor, se usa una roca de fuego que se macera en perfume. La roca nunca deja de arder. Además, mezclada con los aceites adecuados, potencia casi cualquier aroma. Dejad la botella abierta en vuestra habitación favorita y podréis disfrutar de sus propiedades durante días.

—¿Y qué debo hacer si el aceite se consume? —Movía el regalo entre sus dedos enjoyados con mucho cuidado, como si sostuviese algo vivo.

—Usa cualquier otro de tu gusto. La roca no dejará de arder mientras esté mojada, espero que sea tan duradera como nuestra amistad —respondió con estudiada amabilidad.

La dama dejó la botellita abierta sobre una mesa auxiliar y agarró del brazo a Gwyllión con una familiaridad que no se esperaba.

—Es un detalle encantador, un regalo tan exquisito y original como tú. Ven, tenemos mucho de lo que hablar.

Se vio arrastrada hasta un diván forrado de una tela tan suave que se sentía resbalar continuamente. Para evitarlo, se instaló entre dos cojines mullidos que la acogieron con la amabilidad de un abrazo. En aquella casa todo parecía demasiado blando, brillante y perfumado.

Gwyllión despidió a Tácito, invitándolo a seguir al resto de criados fuera de la habitación con una leve inclinación de la cabeza. El viejo se marchó murmurando y antes de cerrar la puerta le lanzó una última mirada de desaprobación que la llenó de un goce infantil y secreto. A su padre tampoco le habría gustado aquel comportamiento. Que ella recordara, no había acudido nunca a las fiestas o los entretenimientos que Elio ofrecía en aquellos salones. La Dama de SilvaViento se quitó con descuido sus chapines de raso. Tenía los pies pequeños, regordetes y las uñas pintadas de azul oscuro. Un pequeño anillo de plata relucía en el meñique del pie

derecho. Su anfitriona se dejó caer junto a ella con una sonrisa deslumbrante, después cogió una pequeña esfera gelatinosa de color violeta de una mesa cercana y se la metió entera en la boca con un gesto delicado y encantador.

—Son gelatinas de ciruelas hirvientes —le dijo secándose los labios con un toquecito de servilleta—. Las prepara mi cocinera.

Rheia cogió un vaso muy pequeño de cristal tallado, decorado con una intrincada filigrana de oro, y le sirvió el contenido de una botella no menos recargada. Se lo ofreció con una sonrisa. Era un líquido rosado de olor anisado. El primer trago le supo como una mañana soleada.

—Exquisito —reconoció.

Rheia rellenó de nuevo los vasos y alzó el suyo invitándola a brindar.

—Por el asiento de la Casa DanzaDragón —dijo antes de hacerlos chocar.

—No me negaré a brindar por eso.

Rheia vació su vaso de un trago y Gwyllión la imitó tras un titubeo, después la elfa le acercó un plato de galletitas blancas. Cogió una, eran tan bonitas que no podía resistirse a probarlas. Estaban deliciosas, con una superficie crujiente y un corazón esponjoso que se deshacía sobre la lengua.

—Pensé que unos dulces te ayudarían a superar el amargo trago que estás pasando —le dijo Rheia volviendo a coger una de las gelatinas de ciruela.

Gwyllión perdió el interés por las galletas y dejó que su anfitriona volviera a llenarle el vaso.

—Fuiste muy amable conmigo en los jardines —reconoció avergonzada—. Lamento mucho que tuvieses que verme en un momento tan bajo.

Rheia apoyó el codo en el reposabrazos del sofá, clavando en ella esa mirada demasiado intensa.

—No fue culpa tuya. Los Altos Señores tienden a ver a las damas como parte de un decorado hecho a medida de su orgullo. Solo

tenemos valor cuando servimos a sus intereses, el resto del tiempo solo somos juguetes al servicio del primer capricho que se les pase por la cabeza. Elio no es diferente.

Una afirmación tan contundente, en la casa del Alto Señor en cuestión y de labios de su propia banderiza, era, como mínimo, chocante. Gwyllión estuvo tentada de pensar que se trataba de una broma. O una trampa. Se quedó clavada entre los cojines sin saber qué responder mientras Rheia se comía otra de esas gelatinas que tanto parecían gustarle sin darle ninguna importancia a unas palabras que, si llegaban a oídos indiscretos, podían costarle su posición. En otros tiempos, incluso la cabeza.

—¿No estás de acuerdo conmigo? —preguntó Rheia mientras se limpiaba la barbilla con la servilleta tratando de no estropear su maquillaje.

—Es una afirmación audaz.

Era lo único que se atrevía a decir. Sin proponérselo, su tono de voz se apagó al pronunciarlas. Rheia la miró en silencio con esa intensidad tan angustiosa que parecía querer arrancarle las palabras con los ojos.

—Pero cierta —concluyó la sidhe cuando se cansó de esperar que Gwyllión dijese algo más.

—No he venido a insultar a un Alto Señor en su propia casa. Pensé que esta visita sería…

—¿Más inofensiva? —le interrumpió la anfitriona.

—Sin duda —tuvo que aceptar. De repente el licor le sabía demasiado dulce en la boca.

—La política no es inofensiva y no podrás conseguir lo que quieres siendo tímida. La ambición suele llevarnos por caminos peligrosos, es el precio a pagar para lograr lo que se desea. ¿Conoces la Casa SilvaViento?

Rebuscó en su memoria. Aunque la heráldica no fuese una de sus asignaturas favoritas, creía recordar todos los nombres de las Casas con cierta relevancia en TerraLinde. Evidentemente conocía las principales Casas vasallas de cada miembro del Alto Consejo. No

solo era una obligación, era vital para establecer alianzas y acuerdos comerciales. La Casa de SilvaViento no le sonaba de sus lecciones.

—No te molestes en hacer memoria, hasta hace muy poco casi nadie conocía mi Casa. Mis tierras natales están en un rincón recóndito del norte, pero yo nací en la Casa de SueñoPlácido. Mi familia no tiene tierras, mi padre era mayordomo del caballero de SilvaViento y mis dos hermanos y yo estábamos condenados a convertirnos en sirvientes de algún otro noble. Era difícil que lograse un buen matrimonio, no teníamos posición ni dinero. Lo único que tenía cuando era niña era ambición, algo muy chocante en una dama, ¿no crees? Se supone que nuestra única ambición debe ser encontrar un esposo.

Rheia miró el fondo de su vaso antes de volver a llenarlo.

—Así que decidí centrar mi ambición en encontrar al marido adecuado. Y lo logré. Me casé con el Señor de SilvaViento, que ya había enviudado dos veces sin lograr descendencia. Conseguí lo que nadie esperaba de mí, casarme con un señor con tierras. SilvaViento pertenece a la casa de NubeArgéntea. Tytos es un gobernante justo, pero sus tierras natales son demasiado pobres para mi gusto.

»Mi esposo no tenía intención de cambiar de señor, su estúpido honor se lo impedía. Pretendía seguir a bordo de un barco que hacía aguas, aunque se hundiese. No atendía a razones. Por suerte era un anciano, cuando le llegó su hora y me convertí en Señora de SilvaViento, hice lo más lógico, jurar lealtad a Elio de AltaCumbre, que desde entonces tuvo dominio sobre el Paso de Tramontana. Darle lo que quería fue el primer paso hasta convertirme en su banderiza.

Era una historia impresionante en la que seguramente faltaban detalles. Las luchas territoriales entre AltaCumbre y NubeArgéntea eran de sobra conocidas. Seguramente nombrar a Rheia banderiza y EspadaLeal era otra de las maneras que había encontrado Elio para humillar al Señor de NubeArgéntea. Le costaba trabajo no empatizar con él, su propias tierras natales tenían territorios en disputa con CopasAltas, aunque la historia de ambos feudos no tenía

ingredientes tan jugosos. Tal vez su padre tenía razón cuando le aconsejaba evitar a Elio y su séquito. Una amistad visible con aquella sidhe le garantizaba la enemistad encarnizada de Tytos y desde luego no ayudaría a tranquilizar a los CopasAltas. Por otro lado, la Casa de AltaCumbre era rica, casi tanto como la suya.

—¿Me estás aconsejando que me case con alguien que pueda dar alas a mis ambiciones? —le dijo con una sonrisa incómoda.

—En tu caso no, sería difícil encontrar a un candidato apto para tus planes. —Rheia le cogió la mano. Tenía la piel suave, casi resbaladiza—. Te estoy diciendo que hagas lo que sea necesario para conseguir lo que quieras. Solo necesitas los aliados correctos.

Gwyllión alzó una ceja, desde luego la dama era directa.

—Una alianza entre AltaCumbre y DanzaDragón no garantiza que el resto del Alto Consejo vaya a dejar que ocupe la silla de mi padre.

—Pero sería un principio interesante.

—Eso es algo que me gustaría hablar con Elio.

La Dama Rheia se levantó del diván. Bajo las luces de palacio su vestido era mucho más vaporoso de lo que aconsejaba la decencia. Dejaba adivinar un cuerpo generoso, de curvas rotundas. Gwyllión bajó los ojos, sorprendida por el repentino estremecimiento que la recorrió al contemplarla.

—Eso no debería ser problema. Mi señor está ahora mismo de viaje, camino a sus tierras natales para pasar allí unas semanas. Estoy a punto de reunirme con él. Podríamos viajar juntas.

—No sería conveniente. Mi padre está…

—¿Enfermo? Mi marido también lo estaba. Hay dos cosas que no puedes hacer si aspiras a conseguir tus objetivos. Una es esperar, la otra es no correr riesgos.

—Tendría que ser un viaje breve y discreto.

—¿Quién le reprocharía a una jovencita que ha cuidado a su padre con tanta abnegación que descanse unos días? —dijo con un tono irónico la Dama Rheia.

«¿Qué tengo que perder?». Hasta ahora, jugar según las reglas de Palacio solo la había condenado a conformarse con una larga

espera que probablemente la perjudicaba. Estaba cansada de la Corte y cansada de su encierro forzoso. Unos días de libertad no podían hacerle daño. Quería montar a caballo y notar la brisa en la cara, volver a sentirse libre. La Dama Rheia la intrigaba. Era directa como una flecha, algo muy poco común entre los nobles. Le resultaba imposible resistirse, quería conocerla un poco más.



23. Cuando el gato no está…

La Carbonería era un edificio enorme, lleno de habitaciones que amenazaban ruina. En lugar de escoger una y arreglarla, Avispa usaba de dormitorio un cuartucho pequeño que olía a humedad. Decía que un inventor nunca dormía demasiado porque su mente siempre estaba en marcha, llena de ideas, lista para dar rienda suelta a una creatividad incontenible. Nicasia sabía que el knocker se acostaba con las primeras estrellas y se levantaba al asomar la aurora, así que la fuente de su inabarcable ingenio lo dejaba dormir a pierna suelta toda la noche, aunque a sus aprendices les dijese que dormir era un vicio innecesario. Si utilizaba un cuartucho con el techo verdeado por el moho era porque no tenía dinero para arreglar un tejado que se caía a pedazos. Culpar al viejo por un poco de vanidad inofensiva le parecía ruin, la mestiza empezaba a distinguir cuando el maestro hablaba totalmente en serio de cuando adornaba la realidad. Era algo tan inofensivo que ni se molestaba en enfadarse.

Nicasia maniobraba con dificultad por el poco espacio disponible para hacer el equipaje del Maestro Avispa. Por suerte iba al norte, así que necesitaba poca ropa de abrigo. Tenía instrucciones de empacar solo lo imprescindible. Como tenía que embutir las prendas en un baúl diminuto y forrado de parches, lo que podía considerarse «imprescindible» pasaba a ser «prioritario»: ropa interior, una chaqueta algo más abrigada por si en algún momento del camino refrescaba, útiles de aseo y una muda de sus mejores prendas para

presentarse ante el misterioso y repentino benefactor que lo obligaba a salir de viaje tan de improviso. Mientras doblaba camisas, escuchaba al maestro despotricar desde su despacho.

Repetía una y otra vez que los dirigibles como el que tendría que tomar no eran más que trampas voladoras, con globos llenos de gas que explotarían al menor descuido. El futuro, insistía, estaba en su avispa, mucho más rápida, manejable y segura que aquellos sacos de pedos. Solo tenía que perfeccionar la tecnología, añadía entre gruñidos.

Ojeando el cuaderno de Yirkash había encontrado algunas técnicas de vaciado que facilitarían crear las piezas que Avispa le había pedido que mejorara. Con la ayuda de Asha no le había costado hacer un primer molde y, al enseñarle el resultado de su prueba al maestro, este se había entusiasmado.

Luego continuó despotricando sobre que aparecería ante su mecenas a lomos de una yegua vieja en lugar de hacer una entrada triunfal sobre algunas de sus brillantes invenciones. Eso dejaría a los ricachones con la boca abierta. Ni siquiera tendría que negociar, en cuanto viesen volar a la avispa mecánica abrirían las bolsas y dejarían que el oro lloviese sobre él.

Cuando estuvo más o menos convencido de que todo lo que necesitaba estaba bien empacado, llamó al despacho a Nicasia y a Asha.

—Estaré al menos diez días fuera —anunció mientras cerraba los cajones de su escritorio con llave—. Imagino que no hace falta que diga que mientras no estoy quiero que todo siga funcionando como siempre.

—¿Qué pasará si alguien viene a hacer un nuevo encargo? ¿O a recoger alguno de los que ya están casi listos? A las sillas del caballero de Risquera solo les falta una capa de barniz. Probablemente estén listas en un par de días —preguntó Asha.

—Tú te encargarás de esos asuntos. —El Maestro Avispa dejó un manojo de llaves sobre la mesa, que no incluían las de su escritorio—. He dejado un nuevo cuaderno de cuentas en tu mesa

para que apuntes los gastos y los ingresos de estos días. También algo de dinero para que manejes las necesidades de la casa. Si no te aclaras, pídele ayuda a Nicasia, que sabe cómo funciona.

Nicasia miró a Asha sin saber qué decir. No esperaba que aquella responsabilidad recayese en ella. La carpintera torció la boca en un gesto de incomodidad.

—Eso me convertirá de manera oficial en su mano derecha, maestro. Debería hablar con Gubia antes de irse o no se lo tomará nada bien. Estas cosas no se hacen así.

—¿Y tú te piensas que puedo fiarme de Gubia para dirigir el taller aunque sean solo unos días? —cargó la pregunta con un tono malicioso que molestó mucho a Asha—. Solo estoy eligiendo el menor de los males. —La knocker alzó los ojos y resopló fastidiada.

—Solo digo que estaría bien hablar con el resto de aprendices antes de…

—¡Hazlo tú! —zanjó dando un manotazo en la mesa—. Ya te puedes ir.

La carpintera abandonó el despacho sin dejar de soltar palabrotas. Comprendía perfectamente que Asha no quisiese esa responsabilidad, ella tampoco la deseaba. Y, además, la dejaba con el amargo deber de lidiar con unos aprendices que no iban a tomarse esa noticia nada bien.

—Mira lo que consigues cuando decides darle a alguien algo más de responsabilidad —dijo el Maestro Avispa tamborileando los dedos sobre la mesa—. ¿Qué hay de ti? ¿También vas a discutir mis decisiones?

No, lo único que podía conseguir era tragarse una bronca interminable. El maestro ya había tomado una decisión y no la cambiaría. Peleando con él solo conseguiría que se enfadase aún más.

—Haré lo que usted pida, maestro. Solo espero no cometer ninguna equivocación —contestó tal como se esperaba de ella.

Avispa se levantó de su mesa y le dio unas amigables palmaditas en la espalda, visiblemente satisfecho con la respuesta.

Nicasia no estaba muy convencida de que la avispa estuviera tan cerca de alzar el vuelo como el maestro pensaba. Que las técnicas de vaciado goblin hiciesen las piezas algo más ligeras no solucionaba el problema real; el metal con el que trabajaban. A menos que encontraran un material tan resistente como el acero, pero mucho menos pesado, seguiría en tierra o se haría pedazos en el aire.

El Maestro Avispa salió de la Carbonería a lomos de una enfurruñada Esmeralda, que solo se tranquilizó cuando Liatris le ofreció una pastilla de sal y hierbas. Los aprendices respiraron con alivio cuando vieron al viejo desaparecer tras el portón.

—Volvamos al tajo —ordenó Asha cuando estuvieron solos—. Estoy segura de que los albañiles le chivarán al viejo cualquier cosa rara que hagamos. Ellos o esas gatas sarnosas que andan husmeando por todos lados.

Le costó no salir en defensa de Manx. La phoka no era ninguna chivata. Pero hacerlo habría expuesto la amistad entre ambas, junto a sus pequeñas infracciones. No quería perder aquellas reuniones nocturnas. Así que dejó pasar el comentario.

—Es más probable que se chive esta —dijo Gubia haciendo una mueca de asco.

La carpintera no prestó la menor atención al insulto y le pasó el brazo por los hombros a la mestiza con una gran sonrisa, acercándola a ella en un gesto de camaradería.

—Nicasia es una de las nuestras y no abrirá la boca. ¿Verdad que no?

—¿Sobre qué podría abrir la boca? —preguntó haciéndose la inocente.

Esperaba que los knockers dejasen de trabajar en el momento en el que el Maestro Avispa se hubiese alejado lo suficiente. Era lo que hacían los esclavos cuando se quedaban sin un jefe poderoso que supervisara sus tareas, que quisieran seguir trabajando la sorprendió. Ella misma ya estaba pensando más en disfrutar de su

tiempo libre que en cumplir las tareas que habían dejado a su cargo. Gubia le dedicó una mirada desdeñosa.

—¿Te lo has pasado bien doblándole los calzones al viejo?

Se acercó mucho al hacer la pregunta para poder escupirle las palabras mirándola con unos ojillos cargados de rencor.

—¿Necesitas ayuda con los tuyos? —preguntó Nicasia con descaro.

Los aprendices se rieron y el veterano knocker regresó a la carpintería envuelto en un silencio hostil.

—Vamos a preparar una pequeña fiesta dentro de un par de días —le dijo Bermejo mientras limpiaba unos pinceles en la bomba de agua del patio—. Para celebrar que el viejo nos deja tranquilos.

—¡No la invites! —protestó Gubia desde el patio.

—Tarde. —Asha le dio un codazo mientras le guiñaba el ojo—. Ya está invitada. Es una noche para todos los aprendices. Pero mientras, toca trabajar, no quiero que el viejo nos racanee el sueldo con la excusa de que nos hemos tocado las narices mientras estaba fuera. Venga, si nos damos prisa podemos tomarnos la tarde libre.

A pesar de su reacción inicial, Asha no tuvo ningún problema para hacerse cargo del taller. Fue un alivio. Los aprendices aceptaron las órdenes sin rechistar y regresaron al taller. Sin el viejo por allí, el ambiente era totalmente distinto. Jovial abrió las ventanas de la carpintería, sin miedo a que nadie pudiese escucharlos hablar. Bermejo sacó de la cocina una botella de vino de naranja que se fueron pasando por turnos y hasta cantaron horriblemente mal a coro. Nicasia, a solas en el despacho, le preguntó a Asha si podía trabajar con ellos. No creía que pudiera avanzar con las piezas y le pareció divertido aprender del trabajo de los demás. Sentirse parte de un grupo era una novedad agradable. Quería ganarse la aceptación de los aprendices, nada le gustaría más que lograr que la viesen como una más. Asha le enseñó a desbastar la madera para poder tallarla. Le puso tanto empeño a su aprendizaje que ni siquiera Gubia pudo ponerle grandes pegas.

A la hora de comer aprovecharon que el día era bueno para improvisar una mesa en el patio con unos caballetes y un par de tablones, les apetecía comer al aire libre. Incluso los albañiles se unieron. Liatris se las apañó para hacer una comida festiva, estofado de alubias con arroz flotando en una sopa espesada con pan y patatas. De postre sacó una enorme calabaza asada con queso. Los albañiles compraron cerveza y dos hogazas de pan moreno que resultó ser perfecto para dejar los platos limpios. El ambiente habría sido mucho más festivo de no ser porque Urakarnake, el enorme jefe de los albañiles, se otorgó a sí mismo el honor de presidir la mesa. Su figura negra, recamada de remaches parecía una larga sombra que acechaba a los comensales. Salvo para comer, no abrió la boca en ningún momento. Se limitaba a mirar a su alrededor con una sonrisa torcida. Nicasia se topó un par de veces con los ojos rojos del gorrorrojo clavados en ella. Tenía la mirada hambrienta de una rapaz, tan intensa que era difícil de soportar. Parecía disfrutar viendo cómo todo el mundo rehuía sus miradas. A fuerza de ignorarlo, los presentes pudieron pasar un rato relajado. Estuvieron hablando de lo difíciles que eran las obras de la herrería, porque lo más fácil hubiese sido tirar la pared y construir una desde cero que les permitiese integrar bien la chimenea de la fragua y hacer otra para un horno de fundición, mientras los aprendices escuchaban las explicaciones del sátiro de la cara picada. Manx se sentó junto a Nicasia. La gata siempre comía con mucho apetito y no dejaba pasar la oportunidad de repetir plato. A pesar de eso, estaba delgaducha. La única que no se sumó a la fiesta fue la gata andrajosa, que se refugió en el sótano en obras con su pipa de cerámica y una botella de cerveza.

Manx la siguió con la vista sin decir nada, era difícil saber qué estaba pensando.

—¿Tu madre no come con nosotros? —preguntó Nicasia tratando de distraer a su amiga.

—No es demasiado sociable —se disculpó Manx—. Ni come demasiado, luego le bajaré un plato.

A pesar de que se conocían desde hacía poco tiempo, Nicasia ya se había dado cuenta de que a Manx no le gustaba hablar de su madre. Tampoco costaba mucho imaginarse el motivo. Se pasaba el día fumando, sentada junto al carro de los albañiles, y solo abría la boca para insultar o reírse de alguien. Su hija tenía que encargarse de llevarle la comida, e insistir para que se la comiese, la convencía para que se lavase de vez en cuando con la bomba de agua del patio y la arropaba cuando caía agotada de no hacer nada. Su única tarea era vigilar el carro. Alguna vez se había preguntado por qué era tan importante hacerlo, los aprendices no iban a robar material de construcción. Pero como la respuesta no le interesaba demasiado, nunca se lo había preguntado a Manx. No era asunto suyo, no quería que lo fuese. Tenía otras ideas en mente.

—Tengo el resto de la tarde libre —dijo la mestiza de buen humor. Normalmente se pasaba sus escasos días libres en la buhardilla, leyendo o desentrañando el cuaderno de Yirkash. Pero la ausencia de Avispa la hacía sentirse audaz, tenía ganas de hacer algo distinto.

Manx le sonrió, algo que sentaba bien a su carita morena.

—¿En serio? —dijo fingiendo tener alguna duda—. Yo podría escaquearme un rato un poco más tarde… No conoces mucho la ciudad, ¿verdad? ¿Qué tal un paseo?

No se le ocurría una idea mejor. Conocer la ciudad siempre le había dado algo de miedo, pero con Manx a su lado se sentía a salvo.

La gata empezó a enumerarle lugares que merecía la pena visitar. Hablaba de la ciudad como si fuera su gran patio de recreo y Nicasia envidiaba esa seguridad, el desparpajo con el que reconocía que, aunque no estaba permitido dormir en la Casa de los Conservadores, le gustaba tumbarse en un roble que se llenaba de luciérnagas cada verano o que conocía agujeros y entradas a la ciudad que nadie vigilaba, perfectos para hacer contrabando. Nicasia jamás se había atrevido a romper una sola regla, incluso tras huir de la Ciudad de Piedra fue un miembro ejemplar de la caravana de los Ibn Bahar. Siempre hacía lo que consideraba más seguro. La sed de aventuras

de Manx despertaba en ella un lado nuevo que no conocía del todo bien. La mezcla entre miedo y curiosidad era mucho más intoxicante que la pipa de Alia.

Cuando todo el mundo terminó de comer, ella y Manx comenzaron a recoger los platos, ayudadas por Jovial, que fue el único aprendiz que pensó que era injusto dejarle toda esa tarea a Liatris. La sátiro aprovecharía la inesperada tarde libre para ver a sus nietos. Asha se fue a la carpintería para asegurarse de que todo estaría listo para la mañana siguiente. Gubia y Bermejo se fueron con los albañiles. Al parecer alguien había propuesto jugar a las cartas en algún antro y a todos les había parecido una idea maravillosa. Menos a Urakarnake. El gorrorrojo se rio de los futuros jugadores y les auguró muy mala suerte. Después, se marchó a beber a su tugurio habitual.

—¿Te parece buena idea dejar que se vayan a jugar? —preguntó Nicasia.

—Déjalos que se diviertan, mañana volverán con los bolsillos más ligeros y seguramente sin albañiles —contestó Asha mientras cogía una escoba para limpiar el suelo de la carpintería.

Manx dejó los platos sucios junto al barreño a rebosar de agua limpia.

—¿A qué estás jugando, machacaclavos? —preguntó Manx—. Urakarnake no les ha dado permiso para dejar el trabajo.

La knocker se remangó los brazos, era fuerte y la cicatriz le daba un aspecto amenazador cuando quería. La gata se retiró con cautela.

—Hasta que no vuelva el maestro, los albañiles no sois bienvenidos en la Carbonería. Sobre todo tu jefe. Mañana os encontraréis las puertas cerradas.

—A Urakarnake…

Asha la cortó en seco.

—No quiero líos por aquí, tiñosa. Si yo digo que te largues, te largas porque de lo contrario te mediré el espinazo con un martillo. ¿Lo tienes claro?

Nicasia se interpuso entre las dos.

—Asha, no puedes echar a los albañiles, el maestro dijo que todo debía seguir igual.

—Las obras pueden retrasarse un poco más. Mientras solo estemos por aquí los aprendices no quiero ver a nadie de su calaña merodeando por el taller.

Manx bufó sin atreverse a acercarse.

—Eso tendrás que hablarlo con Urakarnake.

—Dalo por hecho. Mientras, vete a buscarle un fumadero a tu mamá.

—¿Pero a qué viene esto? —preguntó Nicasia.

—Pregúntaselo a tu amiga. Lo sabe mejor que yo —contestó Asha antes de salir de la cocina.

Nicasia se volvió hacia la gata buscando respuestas, Manx le dio un beso en la frente y le dijo:

—Luego te lo explico. —E inmediatamente se marchó a toda prisa tras los pasos de la carpintera. Jovial la miró rascándose la coronilla, tan confundido como ella. Al verlo encogerse de hombros, comprendió que no iba a servir de nada preguntarle qué estaba pasando. Liatris se había ido sin decir nada mientras discutían, dejando los platos en remojo para el día siguiente. Quizás, después de todo, las cosas sí iban a desmadrarse sin el Maestro Avispa allí para asegurarse de que todo marchaba como siempre.



24. Archivos manipulados

Ser copero del Alto Consejo no era un cargo para criados, ni siquiera para los que tenían títulos nobles. La tradición dictaba que debía ser alguien de la máxima confianza del rey, o en ausencia de este, de quien dictase el Senescal. Se le exigía una total discreción, puesto que escucharía todo lo que se hablaba en la Cámara del Consejo, solo debía hablar si se le interpelaba directamente y cuando sus servicios no fuesen requeridos debía permanecer oculto tras una celosía de madera, esperando que algún Alto Señor quisiese refrescarse la garganta. Cada uno de los Señores del Consejo tenía gustos diferentes. Calendemyn nunca bebía durante las sesiones y solía pedir vino de naranja o leche endulzada con miel según el día. El Canciller tomaba agua infusionada de rosas, al Señor de BosqueVivo le gustaba el vino con agua y así, cada miembro bebía según sus propios caprichos. Para hacer más sencillo el trabajo, y también infinitamente más aburrido, el copero tenía uso exclusivo del Vaso del Manantial, una jarrita que, según la leyenda, alguno de los reyes Aen Sidhe ordenó fabricar usando cuerno de unicornio y huesos de leviatán. El resultado era una jarra labrada con exquisito cuidado de color ambarino que mostraba a una doncella derramando todo un río de estrellas sobre el cielo. La jarra convertía el agua de su interior en cualquier tipo de bebida que desease su portador. El cuerno de unicornio, además, neutralizaba cualquier veneno que se pudiese verter en ella. Era una pieza única y la responsabilidad de guardarla era enorme. Sygurn se había habituado tanto a usarla que

ya no le sorprendía. Las reuniones del Consejo eran lo bastante largas como para acabar con la novedad en poco tiempo.

El Alto Consejo aceptó a una copera a regañadientes. Tampoco era que les alegrase tener una Alférez Mayor. Su única condición fue que se vistiese de un modo adecuado, así que Sygurn tenía la oportunidad de ponerse los vestidos que sus madres habían elegido para ella. Lena solía encargarse de peinarla para que nadie pudiese reprochar su aspecto. En realidad no importaba, ni aun con un atuendo de emperatriz la habrían mirado mejor. Veía en sus ojos curiosidad, condescendencia, y en el peor de los casos, un desprecio mal disimulado, que Calendemyn no veía porque nunca sabría lo que era estar en su piel. Tener una sola abuela gentil la convertía en mestiza y eso era algo que los Altos Señores no olvidaban.

A Ayden de CopasAltas le gustaba el vino de sus tierras natales, que debía beberse muy frío para poder disfrutar de todo el sabor. Pese a que Sygurn se lo sirvió con impecable diligencia, tal como le habían enseñado, el sidhe miró su carísima manga de piel en busca de una salpicadura inexistente. Una mueca desdeñosa le torció los labios un instante y luego devolvió su atención al Consejo.

—¿Cómo espera Elio que votemos su resolución si no se ha dignado a venir? —preguntó enfadado.

—No espera que votemos, solo ha dejado la propuesta sobre la mesa para que deliberemos mientras está en sus tierras natales —respondió Lisandro jugando con sus anillos.

—Así que pretende librarse de nuestras aburridas deliberaciones mientras él se va de vacaciones.

Algunos de los sidhe alrededor de la mesa compartieron una risilla nerviosa, mientras otros se limitaban a disimular su hartazgo. Calendemyn los observó sin mediar palabra, leyendo la propuesta una vez más. Sygurn lo había visto leer los principales documentos del día antes de la reunión. Si le era posible, el Senescal intentaba que ninguno de los asuntos a tratar lo pillase por sorpresa.

—Propone aumentar el impuesto de horas, tres días más al mes para los habitantes de los pueblos y ciudades, cinco más para las

villas rurales. Al menos, hasta que acabe la sequía de los feudos del norte. —Calendemyn dejó el documento sobre la mesa—. No tenía noticias de esta sequía.

—Es cierto que este año ha llovido menos de lo habitual —explicó Lisandro pasando el dedo por el borde de su copa—. Las cosechas han sido algo escasas, pero no veo en qué va a ayudar subir el impuesto de trabajo comunal.

—Está tramando algo, lo tengo muy claro —gruñó Tytos.

—Por otra parte, subir el impuesto de horas, aunque sea temporalmente, tampoco es mala idea, la ciudad necesita ciertas obras de mantenimiento que llevan retrasándose demasiado tiempo —añadió Ayden de CopasAltas.

—El tesoro podría pagar esas obras. Incrementar el impuesto provocaría mucho descontento y nos arriesgamos a que se produzcan levantamientos en las calles —dijo Calendemyn tratando de razonar con el resto del consejo.

—Eso es problema de la Guardia —le replicó Ayden quitándole importancia al comentario del Senescal.

A Sygurn le costó mucho no contestar que la Guardia ya tenía problemas de sobra. Hacía dos noches habían desmantelado una posada cerca de las MalasCasas que servía como centro de distribución de contrabando, corteza soporífera y vino de humo, sobre todo. Siempre había hadas dispuestas a comprarlas libres de impuestos, que el producto fuese peor no importaba. Los madereros creían que la plaga de tragarramas de algunos de sus principales almacenes no era accidental y a las dríades les preocupaba verse atacadas por esos insectos. Por los tejados, una banda de ladronzuelos se dedicaba a entrar en las casas para llevarse cualquier cosa que no estuviera clavada al suelo. Y alguien estaba empapelando algunos barrios con poemas y canciones en los que se criticaba duramente al Consejo. Además, estaba el asunto de los cadáveres en el pozo. Si lograba averiguar que se trataba de un ajuste de cuentas entre knockers se quedaría tranquila, mientras tanto el asunto la obsesionaba. Cerraba los ojos y veía los restos

envueltos en su esponjosa mortaja azul, entregada al olvido. Aparecían muchos cuerpos sin nombre en la Corte de los Espejos, flotando en las alcantarillas, o en las orillas del río, abandonados en descampados o en callejones en los nadie había visto ni oído nada. Hadas desafortunadas a las que una mala jugada del destino les robaba su último suspiro. No podía decir por qué esta era diferente, solo que lo era. Resultaba injusto que pensase en esos asesinatos más que en otros que se habían cometido desde que ocupaba el cargo.

«El Viejo León me dijo que investigase», pensaba tratando de convencerse de que no perseguía una obsesión propia. «Él se olía que tras esto había algo importante».

Cuando el Alto Consejo decidió dar por concluida la sesión, solo estaban de acuerdo en que lo mejor era que Elio volviese para dar explicaciones antes de someterlo a votación. A Sygurn le maravillaba cuántas horas eran necesarias para no hacer absolutamente nada. Horas que le robaban del trabajo. No tenía ninguna duda de que, cuando tocase exigir resultados, no tendrían en cuenta el tiempo inútil que pasaba rellenando copas y escuchándolos discutir sobre las mejores maneras de lograr que todo se quedase como estaba. Su última labor en la sala era poner las sillas en su sitio, secar con un paño de seda el Vaso del Manantial y guardarlo en una hornacina protegida por una buena cantidad de hechizos. La urdimbre mágica de aquel pequeño hueco en la pared era tan poderosa que casi podían verse los delicados hilos plateados que conformaban el tejido de la magia. Siempre dedicaba un momento a admirar el tapiz que podía intuir más que ver, preguntándose por las manos y las voluntades que habían fabricado algo tan prodigioso. Los Aen Sidhe habían sido seres poderosos, sublimes, capaces de maravillas fuera del alcance de sus descendientes. Le parecía casi imposible que ella y los señores que se reunían alrededor de la mesa del Consejo a matar el tiempo hablando de trivialidades fueran realmente de la misma sangre. Los sidhe hablaban a menudo de recuperar la vieja gloria, pero a Sygurn le bastaba con mirar aquella red traslúcida,

casi invisible e ignorada por muchos para saber que era imposible. ¿Cómo iban a lograr prodigios unos nobles que estaban tan atados a lo mundano? La magia era algo más. Una fuerza etérea, pero tan firme que mantenía unido al mundo. Los Aen Sidhe fueron capaces de hacer bailar los mares, de modelar el cristal para construir un Palacio con espacio suficiente para alojar ejércitos enteros, de hacer cantar al viento. Ella se sentía muy lejos de eso.

Regresó a sus habitaciones para librarse del vestido y ponerse el uniforme de la Guardia, que cada vez le gustaba más. Cuando lo llevaba puesto, no la miraban como si fuese una de las tantas damas que vivían en Palacio, era alguien con poder. No sobre los demás, sino sobre su propia vida. Mientras atravesaba salas y pasillos se daba cuenta de lo invisible que la hacía su ropa. Los criados la saludaban con respeto al cruzarse con ella, pero lo hacían apenas con una inclinación de cabeza mientras corrían hacia sus quehaceres diarios. Otros nobles, al servicio de alguna de las grandes Casas como ella, apenas notaban su presencia. Para ellos no era nadie, la esposa de alguien, la camarera de alguien, una acompañante, una hermana o una hija. Nadie a quien hubiese que tener en cuenta. Cuando vestía el uniforme era Sygurn de Ventisquero y todo el mundo la veía.

Entró dispuesta a contarle a Lena con todo lujo de detalles lo que había pasado en el Consejo, aunque fuese poca cosa. Normalmente la mellifata quería enterarse de lo que se hablase en la única sala de Palacio donde no podía entrar y salía a su encuentro ávida de noticias. No fue así. Solo encontró a Servilia y Fámula, las doncellas a su servicio, cambiando las flores de los jarrones y sacudiendo las alfombras en la terraza, pero ni rastro de Lena. La sentía en su mente, pero no estaba allí. Seguramente se había vuelto a largar para merodear por Palacio, no importaba cuántas veces le aconsejara que no lo hiciera. A Sygurn le preocupaba que alguien acabase por hacerle daño, un temor que su amiga parecía no compartir en absoluto, el Palacio era enorme y estaba lleno de maravillosos secretos. Explorar era mucho mejor que quedarse en la

seguridad de las habitaciones soportando las miradas de asco de las doncellas. «Preferirían ver a una rata correteando entre los muebles que a mí leyendo encima de la mesa», le había explicado dolida. Sabía que tenía razón, muy pocas hadas comprendían que las mellifatas no eran plagas tragonas. Ninguna de las dos gentiles supo decirle dónde estaba Lena, ni siquiera se habían dado cuenta de que no estaba allí.

«¡Lena!». Lanzó la llamada con toda la fuerza de la que fue capaz. «¿Dónde te metes?».

Salió de nuevo a los pasillos sin esperar una respuesta. Sentía su presencia, pero no contestaba, tal vez estuviese en peligro, o herida. Los dos sitios favoritos de Lena eran las despensas reales y las bibliotecas. Habían desayunado muchísimo aquella mañana, le parecía extraño que le hubiese entrado hambre, en cambio siempre tenía ganas de leer. Echó a correr, la biblioteca de Calendemyn le parecía el lugar más probable.

«¡Lena! ¡Lena!», la llamaba cada vez más desesperada sin preocuparse de que la viesen correr por los pasillos. No recibió ninguna respuesta hasta que alcanzó las puertas de las Salas del Senescal.

«Perdona, estaba despistada», respondió la mellifata.

Sygurn recuperó el aliento apoyando la espalda contra la pared. Un par de nobles la observaron con descaro hasta que alzó la cabeza para lanzarles una mirada hosca que los hizo alejarse murmurando. El alivio de escuchar la voz de su amiga mitigaba las ganas de estrangularla.

«¿Se puede saber en qué rincón del infierno te has metido?».

«Estoy en el registro de la Guardia».

La respuesta la sorprendió. El archivo de la Guardia era una sala húmeda en la que nadie, salvo un sluagh gruñón, solía entrar. Los soldados bromeaban diciendo que era el lugar al que iban los papeles a morir. Hasta hacía no muchos años, la sala era un calabozo preventivo, donde se encerraba por poco tiempo a delincuentes con penas leves o que contaban con que alguien

pagase su liberación en poco tiempo. Quizás por eso a los soldados no les gustaba demasiado pasar por allí, la mayoría aseguraban que el ambiente era extraño y que la magia entre aquellas paredes tenía una nota perversa. Sygurn bajó directamente hasta el patio. Los albarderos le cerraron el paso.

—Solo se admite el paso a los miembros de la Guardia, mi señora —dijo un joven sidhe con cara de aburrimiento.

—Soy tu Alférez Mayor, soldado. Así que déjame pasar o vas a limpiar las cotas de malla de todo el destacamento de arquería.

El sidhe la miró de arriba abajo. El aburrimiento se borró de su cara para convertirse en genuino pánico. Se apresuró a retirar la alabarda de su camino, al igual que el otro soldado. Ambos se habían quedado blancos.

—Disculpe, mi Alférez. —La voz le temblaba—. El vestido me ha despistado.

—Soy la Dama de Ventisquero —le advirtió—. Tengo entendido que el antiguo Alférez Mayor no vistió ni un día el uniforme de la Guardia, ¿no es cierto?

—Es muy cierto, mi señora.

—Entonces yo me vestiré como me venga en gana y haréis muy bien en tenerlo en cuenta.

Ninguno de los dos soldados contestó nada, se quedaron firmes con la mirada fija en el frente. Sygurn los sobrepasó enfadada. Ni siquiera la habían mirado a la cara.

«Solo han visto el vestido», pensó enfadada. «Las faldas, el corpiño, la trenza… Las ven y de repente me convierto en alguien insignificante».

Llegó a la Sala del Archivo bufando. El archivero era un sluagh alargado y retorcido como una rama envuelta en una bufanda de lana desteñida. Sobre el pecho lucía un escudo bordado con un hilo dorado tan grueso que era imposible adivinar qué representaba. Si estaba bajo la protección de algún noble, resultaba difícil saber a cuál. Tampoco era un asunto que le importase. El archivero resultó ser más espabilado que el guardia de la puerta y la reconoció al

momento. Cuando le pidió las llaves para entrar al archivo la miró extrañado, pero no dudó ni un momento.

—Invoque una luz al entrar —le aconsejó—. El papel está en muy mal estado y procuro no acercarle llamas.

—Muchas gracias. Así lo haré.

Tuvo que ayudar al sluagh a abrir la puerta herrumbrosa, pesaba como lo que era, el portón de un viejo calabozo. El olor del interior iba a juego con la puerta, una mezcla de humedad polvorienta y pis de rata. Sygurn hizo un círculo con el dedo en el aire para invocar una pequeña luz flotante sobre ella y entró a la sala, donde la esperaban una sucesión de estanterías polvorientas que formaban varias filas paralelas.

—¡Lena! ¿Dónde estás?

—¡Aquí! —Un pequeño chorro de luz entre dos estanterías señaló la ubicación de la mellifata.

La encontró sentada en un estante semivacío, con el pelo lleno de telarañas y la cara manchada de polvo. Estaba leyendo un viejo documento que tenía pinta de ser un acta de detención. Probablemente todas las estanterías estaban llenas de documentos de ese estilo: actas de detención, atestados de liberación, facturas de los rescates pagados, historiales de condena. La triste historia de las mazmorras de la Corte de los Espejos no debía ser una lectura alegre, pero Lena estaba enfrascada en un documento que parecía captar todo su interés.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? ¿Sabes el susto que me has dado? —la riñó Sygurn.

—Perdona, mami —se burló Lena—. Mientras me moría de aburrimiento se me ocurrió que tal vez por aquí hubiese información sobre nuestros amigos del pozo.

—¿Crees que se detuvo a alguien? ¿Por qué crimen?

—Era una posibilidad. Robo, allanamiento, vandalismo… No deja de ser un edificio vacío y hasta los knockers denuncian esos crímenes. El local estaba vacío, ¿no? Dijiste que se lo habían llevado todo.

—Pensé que quizás hubiese sido alguien de la familia.

—Yo creía lo mismo, pero luego estuve pensando. Se llevaron hasta los ladrillos de la forja. La desmontaron a conciencia. Una familia que abandona la ciudad asustada por la muerte de alguien cercano puede llevarse herramientas, pero arrancar las paredes sería excesivo y necesita de un tiempo que no tienes si te largas a toda prisa…

—¿Has encontrado algo?

Lena le señaló el documento que estaba leyendo.

—Hace un mes, detuvieron a un tal Marsopa por tratar de llevarse lingotes de hierro y la campana de la fragua. La Guardia no pudo requisar el material porque solo acudieron dos soldados y el tipo se resistió bastante.

—Dame eso.

El acta narraba la detención de un sátiro llamado Marsopa por robo. Los soldados creían que no debía de estar cometiendo el delito solo, simplemente no le dio tiempo a huir como a sus compinches. Estaba cargando cajas con lingotes de diversos metales en un carro, pero no tenía papeles de compra, ni permiso del Gremio para desmontar la herrería. Los soldados tuvieron que llevarse al detenido a la fuerza. Cuando dieron el aviso de lo que había ocurrido y otra patrulla quiso llegar para requisar el material robado, ya había desaparecido.

Al leer el documento tuvo una mezcla de sensaciones, le satisfacía que su hipótesis sobre el robo fuese cierta, casi tanto como le frustraba que no se le hubiese ocurrido bajar a consultar los archivos. Lena había sido mucho más lista que ella.

—Espera —dijo la mellifata con una sonrisa de oreja a oreja en cuanto Sygurn acabó de leer—. Hay más.

Lena le señaló otro pliegue de papel. Era el pago de la liberación de Marsopa un día después de su encarcelamiento. Un pago sin nombre, algo que estaba totalmente prohibido. Sygurn frunció el ceño. Un soborno había borrado el nombre que necesitaba. Cada vez era más patente que le hacían falta ojos y oídos fieles dentro y fuera

de Palacio, tenía que ponerse a ello tan pronto como fuese posible. Pero antes se encargaría de averiguar quién había escrito el recibo del pago.

Un potente golpe metálico hizo que levantase la cabeza, Lena alzó el vuelo. La puerta del archivo acababa de cerrarse. Escuchó el grito de su amiga casi al mismo tiempo que olió el humo. Las estanterías del fondo de la sala ardían con un rabioso fuego violeta. Sygurn se lanzó contra la puerta, una buena puerta de calabozo que solo podía abrirse desde fuera. La sala sin ventanas, alejada de los corredores más transitados de Palacio y con unas paredes gruesas que hacían muy difícil que alguien escuchase los ruidos de dentro, eran ideales para una gran celda común. Y para una trampa perfecta.



25. Malas peleas

La arena de Malamuerte estaba escondida tras el canal de riego de la lonja de pescado, y aunque no formaba parte de las cloacas, estaba lo suficientemente cerca como para persuadir a los curiosos. Si la posibilidad de acabar encontrándote de cara con el Monstruo de Abajo no era suficiente, estaba la peste a pescado. Allí desaguaba el agua que los pescaderos usaban para limpiar el género más o menos fresco que ofrecían en sus puestos. Así que el camino hasta la cisterna vacía que hacía las veces de arena apestaba, exigía un buen calzado para abrirse paso entre charcos inmundos y además estaba lleno de dracólidos carroñeros en busca de sabrosos despojos, musgorratas capaces de comerse a un dracólido sin mucho problema y chupasuelos con malas pulgas. Si la fauna hostil no era bastante disuasoria, podía sumársele que para llegar era necesario meterse en un corredor oscuro, perfecto para un robo a mano armada. Esta ubicación tan poco amable garantizaba que los espectáculos de la arena tendrían siempre un público experto y exclusivo de canallas poco dispuestos a permitir que un chivatazo les estropease la diversión. Además mantenía alejadas a las hadas honradas o a los espíritus delicados que no tendrían ningún problema en calificar las luchas como una auténtica salvajada. Era la definición exacta de lo que se podía ver en la arena, era lo que su selecto público quería. Ni más ni menos que una buena dosis de sangre, juego sucio y violencia.

La arena en sí era un círculo de albero rodeado por unos paneles de madera tras los que se situaban los espectadores. Nadie se sentaba a ver las peleas; gritar de pie y jalear a los luchadores era una parte esencial de la velada. Detrás estaban las arquerías de ladrillos que sostenían la antigua cisterna. Bajo una de ellas, en un pequeño puesto, se podían comprar algunas bebidas de calidad más que dudosa: vino picado, cerveza aguada, a veces un aguardiente de guindas que podría confundirse con vinagre aromático y unos cartuchos de torreznos grasientos que llevaban demasiado tiempo hechos. No tenía mucho éxito, el público no iba allí a beber o llevaba su propia bebida. La actividad giraba en torno al mostrador de apuestas, que consistía en un par de tableros largos, uno pintado de blanco para pagar las apuestas y otro azul para cobrarlas. Los corredores estaban metidos en jaulas de hierro junto a las cajas fuertes portátiles que guardaban el dinero. Todo bien protegido por un ejército de matones. Una pizarra enorme colgada en una de las arquerías informaba del estado de las apuestas.

Malamuerte, el dueño de aquella arena, contemplaba su pequeño dominio sentado en un sillón desvencijado sobre las jaulas con la misma sonrisa imbécil de antaño. Jadul siempre había tenido ganas de borrársela a bofetadas. Exiguo consuelo era que el tiempo no había sido amable con el sátiro, el único pelo que le quedaba en la cabeza era parte de una barba gris estropajosa que le daba aspecto de vagabundo loco y unas cejas tupidas como nidos abandonados sobre unos ojos hundidos, ensombrecidos por las ojeras, que conservaban el brillo maligno pese a que ahora parecían amarillentos, a juego con los pocos dientes que le quedaban en la boca. El antiguo luchador, que en otro tiempo había tenido un aspecto formidable, con músculos poderosos y una brillante piel de bronce, ahora era un pálido saco fofo, más parecido a un grumo de gachas que a un hada. No, los años no habían sido benévolos con Malamuerte, seguramente ayudados por sus muchos vicios. Jadul se alegraba. Se negó a acercarse para saludarlo, aunque el anfitrión de

los combates le dedicó una sonrisilla de siniestro triunfo al verlo entre el público.

No quería estar allí, ni hablar con nadie. Regresar a aquel antro le dejaba en la boca un regusto a fracaso. Encontró un saliente en el techo abovedado, cambió a su forma felina y se las arregló para subir hasta allí, a resguardo de las sombras. Uro no necesitaba que su presencia lo distrajese, era mejor que no supiese que estaba allí, apoyándole con el corazón encogido. Jadul estaba bastante seguro de que su esposo no tendría ningún problema en ganar el combate. Se enfrentaba a una gorrorrojo con fama de ser una excelente luchadora, fuerte y precisa. También era joven y estaba sedienta de gloria, eso la llevaría al desastre, porque Uro ya no se dejaba engatusar por las promesas del futuro, no necesitaba que su nombre llenase las gargantas del público. Quería hacer su trabajo y marcharse. Si su trabajo era ganar, eso haría.

Uro entró al círculo de tierra con la cabeza alta y la mirada vacía casi oculta por el espeso flequillo rubio. El público lo aclamaba, quizás les gustase esta nueva actitud que les parecía misteriosa, callada, seria. Ellos veían en su rostro la inexpresividad de un asesino. Jadul veía a alguien que huía a esconderse en lo más profundo de sí mismo y sentía una pena inmensa mezclada con unas oleadas de rabia que le pedían que saltase a la arena a parar aquella locura. Sabía que no serviría de nada, Munera estaba en primera fila, sentado en el hombro de un troll que no paraba de hablarle al oído. Ese enano miserable no se quedaría contento hasta tener sus tres combates. El leprechaun le lanzaba miradas ávidas al tablón de apuestas, tenía en los labios húmedos la sonrisa de un carroñero. El regreso de Uro a las arenas era más que rentable por el momento.

Yersinia, la gorrorrojo, entró a la arena con una mueca feroz, sacudiendo la cabeza como si espantara moscas a su alrededor.

Jadul sintió el toque de la campana que iniciaba el combate casi como un espasmo. Uro avanzó hacia su contrincante, adoptando una postura defensiva con los brazos en alto y los puños cerrados

mientras evaluaba a su oponente. Yersinia, por su parte, se frotó los ojos en un gesto cargado de rabia y le dirigió algunos aspavientos.

Uro lanzó una serie de golpes rápidos y potentes, dispuesto a que el combate no fuese demasiado largo. La gorrorrojo los esquivó con un giro torpe y contraatacó con un gancho que, aunque no fue del todo preciso, logró acertar en la mandíbula del toro. La multitud rugió, entusiasmados con el espectáculo. Jadul ahogó un grito. Vio a su compañero escupir un largo salivazo rojizo al suelo y volver a ponerse en guardia. Tras frenar un par de puñetazos torpes casi a manotazos, Uro le soltó una patada baja que mandó a la gorrorrojo al suelo. Luego se abalanzó sobre ella, y aunque Yersinia rodó para esquivarlo por los pelos, se puso en pie demasiado despacio. Antes de que pudiera reaccionar estaba atrapada contra un panel de madera recibiendo una terrible tormenta de puñetazos de la que se libró dándole una patada en la entrepierna al phoka. Uro se encogió y la gorrorrojo aprovechó para zafarse, pero el golpe que descargó en la nuca de su contrincante fue flojo y poco acertado. El público se desgañitaba frustrado. Estaba siendo un combate muy flojo para una luchadora con tanta fama.

Jadul se estiró en su estrecho asiento, inquieto. Le resultaba muy difícil quedarse quieto mientras golpeaban a Uro. Entre los espectadores vio algo que atrajo su atención. Alia estaba mirando el combate desde lejos, apoyada en el arco de entrada, envuelta en las nubes de humo azul de su pipa. ¿Qué hacía allí? Estaba seguro de que no tenía ningún interés por Uro. Miró a su alrededor, con la esperanza de encontrar a Manx junto a ella. Si la encontraba quizás podrían hablar con más calma que la última vez. Quizás si veía a Uro en la arena entendería lo que había hecho. Quien sí apareció fue Urakarnake. El gorrorrojo susurró algo al oído de la gata y ambos comenzaron a alejarse por el túnel de entrada. Jadul sintió un hormigueo en los bigotes, aquellos dos no pintaban nada allí, a menos que fuera cierto que ahora trabajasen para Munera. Estaba bastante seguro de que ninguno estaba allí para apostar. «Pero sí para amañar las apuestas», pensó.

Jadul estaba dispuesto a apostarse la cola a que era todo una farsa. Y las orejas a que ni la gorrorrojo ni su conseguidor lo sabían, los estaban utilizando. Seguramente Munera había decidido cómo rentabilizar al máximo a Uro. Cada victoria subiría un poco más las apuestas a su favor y en el último combate lo harían besar el suelo, reventando la banca. Que no le pareciese extraño le dio aún más asco. Jadul se fijó mejor en lo que sucedía en la arena. Yersinia lanzó una serie de golpes desordenados y rápidos, tratando de conectar con la cabeza de Uro. Sin embargo, el toro se mantuvo calmado, bloqueando y esquivando con facilidad. Cada movimiento era preciso y controlado. Yersinia empezaba a dar muestras claras de cansancio; por el contrario, Uro utilizaba su experiencia para esperar el momento adecuado para contraatacar sin gastar energía inútilmente. Ahora que sabía lo que debía buscar, era evidente que la gorrorrojo estaba luchando con una sutil desventaja. Su falta de coordinación y unas reacciones demasiado lentas le impedían lanzar ataques realmente efectivos. Si Uro no se estuviese controlando, el combate ya habría acabado.

¿Sería posible que estuviese drogada? Era más que probable. Y si le quedaban dudas solo tenía que ir a buscar las respuestas.

Saltó de arco en arco hasta llegar al corredor de salida. Alia caminaba con un bamboleo desgarbado, hablando sola entre dientes mientras rebuscaba algo en el fondo de un bolso desteñido. Urakarnake ya no estaba con ella, probablemente se había adelantado. A Jadul le fue muy sencillo alcanzarla, se las arregló para aterrizar en una parcela de suelo seco, sin chapoteos delatores y cambiando a su forma feérica corrió tras ella. La phoka se sobresaltó cuando le agarró el hombro, pero el miedo desapareció de sus ojos desvaídos en cuanto lo reconoció. Soltó un chorro de humo azulado de entre los labios marchitos y chasqueó la lengua fastidiada. La antigua belleza de Alia podía adivinarse por mucho que el frescor de su piel fuese cosa del pasado y las canas tiñeran de gris su pelo. No era el paso del tiempo lo que le había robado su encanto, era el olor a humo especiado y la pátina de maquillaje viejo

y dejadez que la cubría como un velo sucio. Hacía mucho que no estaban tan cerca uno del otro.

—¿Qué mierdas quieres? —El aliento de la gata olía a flores mohosas.

La mirada de desprecio que le dedicó su antigua compañera deshizo cualquier sentimiento de simpatía que pudiese sentir por ella.

—¿De verdad tengo que explicártelo? Quiero a mi hija y quiero saber qué se os ha perdido a vosotros dos aquí.

La gata encontró por fin el encendedor de mecha que estaba buscando en su bolso, un cacharro de aspecto tosco y vulgar que le hacía pensar que, o bien había perdido el gusto por las cosas bonitas, o ya no podía permitírselas. Alia metió una bolita azul en la cazoleta de la pipa, con sus dedos manchados del mismo color, y lo encendió casi con impaciencia. Antes de contestarle dio una profunda calada, tragándose el humo con ansias.

—Asúmelo, Manx ya es mayorcita, puede ir donde le dé la gana, y si no quiere estar contigo, por algo será. ¿Qué querría hacer una muchacha joven con dos pollaviejas como vosotros? Quería independizarse y lo ha hecho.

—Trabajar con Urakarnake no es lo mejor para ella. No me digas que no lo sabes.

—Los dos hemos tenido jefes peores…

Jadul agachó las orejas y siseó.

—¿Peores que Urakarnake? Pufff. —Tuvo que pararse, no quería llevar la discusión por aquellos derroteros—. Mira, me da igual. Dime dónde está.

Alia retorció una sonrisa.

—No, le diré que quieres verla y que ella haga lo que le dé la gana —le respondió mientras trataba de marcharse.

Le cortó el paso. Alia trató de zafarse, pero Jadul logró agarrarla de un brazo y la empujó contra un pilar de ladrillos. La pipa se cayó entre los pies de la gata, que se apresuró a recogerla. Jadul aprovechó para mandarla bien lejos de una patada. Al verse

acorralada, la gata se cruzó de brazos, mirándolo con un rencor que solo se consigue tras años de desencuentros.

—No tengas tanta prisa —Jadul endureció el tono—, que aún no me has dicho qué pintáis aquí tú y tu maravilloso jefe.

—¿Celoso? —dijo la gata con sorna.

—No seas niñata —le respondió sacudiendo la cabeza—. Pero me parece muy raro que una guerrera tan prometedora como Yersinia se tambalee como una adolescente borracha la noche de su gran pelea.

—Mira, yo solo quería darme el gusto de ver cómo esa guarra le partía la cara a tu amorcito. Esta gata no tiene tres pies por mucho que se los busques —se burló con desgana.

No quería creer que eso fuese cierto. Por mucho que Alia odiase a Uro, no quería creerla tan despreciable.

—Claaaroooo, seguro que era por eso. Uro nunca te ha importado tanto.

—¿Eso crees? Llevo toda la vida diciendo que es un cobarde. Si no nos hubiese dejado tirados aquella noche, Kendra no nos habría dado el palo, Iona seguiría viva… Si fueses capaz de sacarte su rabo de la boca, te habrías dado cuenta.

Apretó los puños, hacía muchos años que se había prometido que, por mucho que lo provocase, nunca le levantaría la mano. No importaba cuántas vueltas diese la vida, ni lo alejados que pudiesen estar uno del otro, seguía siendo la madre de su única hija. Una vez se amaron con una fuerza y una inocencia que aún le dolía recordar. No iba a ensuciar aún más el destrozo en el que se habían convertido sus vidas por un mal impulso.

—No habría cambiado nada. Uro fue el primero que se dio cuenta de que Kendra nos la iba a jugar y no quisimos escucharlo. ¿Quieres culpar a alguien? La culpa es de Kendra, los demás somos víctimas.

—¡Yo no soy una víctima! —Alia lo apartó de un empujón—. Salió mal porque nos dejó tirados. ¡Y no fuiste capaz de ponerte de mi parte! ¡Te refugiaste en los brazos del cabrón que lo jodió todo! Eres incapaz de darte cuenta.

La rabia y el dolor de la gata estallaron en aquellas frases. «No soy una víctima». ¿No era lo mismo que había pensado él durante los duros años en los que se había negado a reconocer que Kendra nunca los había amado, que no le había importado ni la familia que habían formado ni los planes de futuro que tenían juntos? Para ella eran solo instrumentos desechables que podía sacrificar sin remordimientos si aparecía algo mejor. Costaba mucho reconocer que alguien a quien habías amado pudiese abandonarte con tanta facilidad, sin sombra de remordimiento, sin preocuparse del dolor que dejaba atrás. Jadul había superado aquella negación ciega, pero Alia aún estaba inmersa en ella.

—¡Nos pasábamos el día bebiendo! —le recordó—. Después de aquello, nos convertimos en despojos y el único que evitó que tu hija se muriese de hambre fue él. ¿Quién está más ciego aquí?

La gata bufó, ambos tenían el pelo erizado, las garras listas y unas ganas infinitas de hacerse daño.

—Algo tenía que hacer para enmendar el daño que había hecho, el muy mierdas.

Esa última frase le hizo entender que estaba tratando de mover una montaña con un dedo. Alia jamás cambiaría de opinión. Él sabía lo difícil que era ver los propios errores. Después de tantos años, la gata aún seguía huyendo de aquella noche. Resultaba fácil aferrarse al odio y pensar que era patético, pero no era capaz porque conocía todo el dolor del que su antigua compañera trataba de apartarse. Era triste ver en qué se había convertido, y doloroso porque verla era comprender lo poco que había faltado para que él acabase igual. Podría decirle «Me das pena» y hacer más daño que cualquier bofetada. Apretó los labios.

—¿Y después de decir eso quieres que me crea que no estáis aquí para amañar los combates? —La encaró tratando de volver a lo que realmente le importaba.

Alia miró algo por encima de su hombro y luego una oscuridad que apestaba a saco viejo se le echó encima. Alguien le había tapado la cabeza. Jadul se revolvió tratando de zafarse, manoteó

buscando el puñal que llevaba oculto en el abrigo mientras un cerco apretado se cerraba alrededor de su cuello.



26. El arte de volar

Nunca había visto una saeta solar de cerca. Muy de cuando en cuando pasaba una sobre los jardines y se quedaba mirando, al abrigo de los árboles, la estela dorada que trazaba a su paso mientras se preguntaba si alguna vez tendría la oportunidad de viajar en una. Eran algo más pequeñas que un dirigible, y su aspecto era casi el de un barco. Costaba imaginar aquel delicado cascaron de madera y seda de oro volando. Las saetas solo podían volar en línea recta. Eran veloces, pero necesitaban un canal de vuelo, dos torres de mucha altura entre las que se tendía un cable invisible que requería un delicado sistema de magia solar situado en la punta de una aguja de oro. Instalar una de esas agujas para permitir el vuelo de las saetas era muy costoso y pocos lugares de TerraLinde tenían las instalaciones necesarias. Las saetas eran un sistema rápido y caro de viajar. Una extravagancia más de Elio, otro de sus derroches, aunque Gwyllión se iba a guardar su opinión; siempre había querido viajar en una.

El interior no era menos impresionante, Gwyllión no reprimió su asombro cuando Rheia la condujo a una lujosa sala alfombrada, con paredes de madera lacada, delicadas lucernas de cristal sobre las que sobrevolaban fuegos mágicos y varios canapés forrados de terciopelo. Feroz y Veloz olisquearon las cortinas soltando pequeñas nubecillas de vapor por la nariz. Ambos pegaron las alas al cuerpo para adaptarse a las medidas de la sala y avanzaron con la delicadeza de un bailarín.

—¿Pueden escupir fuego? —preguntó Rheia un poco incómoda mientras se sentaba sin dejar de mirar a los gyvernos.

—Un poco, pero no lo harán mientras no se sientan amenazados. Los estoy acostumbrando a la compañía —respondió acariciando la cabezota lisa del lagarto.

—Desde luego, os dan un aspecto imponente —reconoció Rheia.

La sidhe avanzó por la sala asegurándose de estar a una buena distancia de los reptiles, se sentó en uno de los canapés y tiró de un cordón dorado que tenía justo al lado. Un panel de madera se deslizó dejando pasar a un autómata plateado vestido con una librea en la que se veía el escudo de los AltaCumbre. El mecanoide se paró delante de la elfa en una postura que recordaba vagamente una reverencia. Gwyllión se acercó a mirar totalmente fascinada.

—¿Te apetece un té? —preguntó su anfitriona.

—Sería muy agradable, gracias.

—Y que nos traigan galletas y bollos, ya que estamos —añadió.

Rheia sacó dos fichas taladradas de una cajita oculta en el reposabrazos de su asiento y la metió en la boca del criado mecánico. Este volvió a deslizarse hacia el panel por el que había aparecido. Gwyllión se sentó junto a su anfitriona. El panel volvió a abrirse para dejar salir una mesita cargada con una bandeja de plata sobre la que descansaba un suntuoso servicio de té tallado en cristal de roca con incrustaciones de azulea. Los bollos desprendían un aroma prometedor, espolvoreados como deliciosas colinas nevadas. Rheia la miró con una sonrisa satisfecha mientras llenaba las tazas.

—Creía que íbamos a viajar en dirigible, pero esto es mucho mejor —reconoció Gwyllión entusiasmada.

—Yo también lo pensaba, pero Elio acaba de amueblar la saeta y quería que probásemos todo lo que sus constructores han instalado.

—El ingenio de los knockers no deja de impresionarme —reconoció Gwyllión poniendo algo de azúcar a su té—. Me gustaría tomar un taller al servicio de mi Casa.

—¿Quieres tu propia saeta? No eres la única. Pronto todos querrán algo parecido. Cuando los nobles lo prueben, nadie que se

precie se destrozara el trasero en una silla de montar —comentó Rheia satisfecha.

—También hay cierto encanto en cabalgar: el viento en la cara y la sensación de peligro y libertad —opinó Gwyllión.

Cogió un bollo y se lo ofreció entero a Feroz, que lo atrapó con la lengua y se lo tragó sin masticarlo, tuvo que hacer lo mismo con Veloz para evitar una pelea.

Le habría gustado poder montar a alguno de ellos de camino a AltaCumbre, nunca había tenido la oportunidad de hacerlo fuera de su jardín. Le apetecía probar lo rápido que podía ser, subirse a su lomo y dejarse llevar.

—Hay gustos para todo, supongo —comentó con un mohín desdeñoso—. ¿No te gusta nuestro medio de transporte?

Los ojos ávidos de Rheia se entrecerraron, era más que una pregunta inocente. Seguramente la tomaría por una pueblerina sin encanto si seguía hablando de cabalgar y tomar el aire. Gwyllión sonrió con la máscara de cortesía que le había puesto su padre.

—No se podría soñar con nada más impresionante.

Su respuesta hizo que la Dama de SilvaViento sonriese satisfecha y se recostase en el canapé acariciando las hojas doradas de su collar, quizás buscando a la serpiente oculta entre ellas. Como era habitual, se había vestido con una serie de capas de gasa y seda verde a juego con su pelo, en parte ceñidas y en parte sueltas para ser un poco más reveladoras de lo aconsejable pero no tanto como para resultar escandaloso. Ella no podría estar cómoda con un vestido así. No le gustaba sentirse expuesta ni ser estrafalaria. Rheia parecía disfrutar de las dos cosas. Le gustaba que la mirasen, no importaba si era con admiración o con desprecio siempre que no apartasen los ojos de ella. En eso no dejaba de ser como cualquier otro sidhe, la mayoría de los nobles que conocía competían no solo por el poder, sino también por la atención de sus semejantes. Ser el más envidiado, el más admirado, el más imitado. Estar eternamente en la cima de una ola en constante cambio. Gwyllión, criada lejos de aquel torbellino de novelería, lo encontraba absurdo y agotador. El

poder era valioso, la fama en cambio era una navaja demasiado afilada, peligrosa de manejar.

—De todos modos —le dijo Rheia—, si en algún momento de tu estancia te apetece cabalgar, eres libre de hacerlo.

—Es la primera vez que salgo de la Corte en casi cien años y la primera vez que lo hago sin escolta. Si fuese posible concederme ese pequeño capricho, sería muy feliz —confesó tímidamente.

La Dama Rheia dejó su taza vacía sobre la mesita y le dedicó una sonrisa amable, toda miel.

—Por supuesto, querida. ¿Para qué viajamos sino es para darnos caprichos?

Gwyllión se sentó en un asiento junto a una de las ventanas a ver como el paisaje se deslizaba a sus pies mientras la Dama Rheia se ausentaba un momento para asegurarse de que el viaje transcurriría sin contratiempos. Le resultaba increíble que fuesen a estar en AltaCumbre en solo un día, a caballo habría tardado al menos tres, quizás más; no tenía buen ojo para esos cálculos, no estaba acostumbrada a hacerlos. No había mentido al decir que hacía mucho que no viajaba. Recordaba perfectamente cuál había sido la última vez.

El empedrado del camino partía el amarillo pleno de los campos, un pequeño ejército de carrozas y carromatos avanzaba con diligente tozudez bajo el calor de un día que solo era bueno para las chicharras. El sol brillaba como una maldición cegadora en mitad de un cielo azul radiante, ni una nube a la vista, ni un soplo de aire que animase la seda negra y roja de los pendones, que colgaban de las astas como vulgares trapos. Los jinetes, vestidos con los mismos colores, resoplaban casi tanto como los caballos y las bestias de carga, soñando con la sombra del próximo paso. Allí podrían pararse a descansar un poco. Les esperaba una buena comida, sombra, agua fresca, placeres casi paradisíacos para la larguísima comitiva. Gwyllión llevaba un buen rato escuchando a sus doncellas hablar de sandías frescas, melones que se convertían en almíbar sobre la lengua, cerezas de agua y hierba fresca toda la mañana mientras

ella, sentada sobre una pila de cojines que a aquellas horas parecían fuego envuelto en satén, apenas les hacía caso. Su atención estaba fija en otros planes. Cuando tuvo bastante claro que ninguna de sus acompañantes le estaba prestando la menor atención, abrió la puerta con la excusa de dejar salir a PatasRaudas, su gyverno favorito, para que disfrutase del tiempo. Tan pronto como el reptil se deslizó fuera de la carroza, Gwyllión saltó sobre su lomo y le golpeó los flancos con los talones. El animal echó a correr, a una velocidad que hacía honor a su nombre y sobrepasó en un momento a toda la comitiva que la acompañaba. No había un caballo lo suficientemente rápido para alcanzar a PatasRaudas y menos con aquel calor. Tardó muy poco en dejarlos a todos atrás. Cuando estuvo a una distancia prudente se arrancó el vestido, bajo él llevaba una camisa delgada y un pantalón de montar. La larga falda le tapaba las botas, había merecido la pena pasar calor. Le puso las riendas a su montura y volvió a subirse. Seguiría el camino atravesando el campo, así les pondría las cosas difíciles a sus perseguidores. Pensaba llegar sola hasta DanzaDragón. Cuando PatasRaudas se lanzó a correr atravesando el trigo maduro, Gwyllión soltó un grito salvaje, parte carcajada, parte liberación pura. Calculaba tres días de viaje. Tres días maravillosos, durmiendo bajo las estrellas, comiendo en posadas de mala muerte, cazando por los caminos, cabalgando. Tres días de libertad.

Al final pagó muy cara su travesura. Su padre se las arregló para llegar a DanzaDragón antes que ella, sin mediar una palabra le cruzó la cara con una fusta, la metió en una carroza cuidadosamente cerrada y volvieron a la Corte. Nunca más obtuvo permiso para salir de la ciudad, no volvió a ver los paisajes de su niñez, no recuperó a PatasRaudas. Lydden le dejó muy claro que a partir de aquel momento se comportaría como una dama o se pasaría los días encerrada en sus habitaciones. Un sanador se encargó de la herida para que no quedase marca que estropease futuras opciones de matrimonio. La otra herida, la que no se veía, seguía en carne viva, oculta en alguna parte de su ser que ni ella quería mirar.

Y ahora estaba encerrada en otro tipo de carroza, viajando sin más compañía que la de los nietos de PatasRaudas. No podía evitar sentirse inquieta. Su padre ya no tenía forma de impedirle que fuese a donde le apeteciese, ni podía castigarla, al menos no como antes, y aun así no se había atrevido a decirle que se marchaba. Sus criados tenían órdenes de cuidarlo. Con un poco de suerte, y algo de ayuda del nuevo sanador, se pasaría el tiempo lo bastante adormecido como para no notar su ausencia.

«Aún puede morirse mientras estoy fuera», pensó, y la idea le hizo sentir ganas de volver junto a su lecho, a aquella alcoba caldeada como el infierno, que olía a enfermedad y a aceite de rosas. Se sentía atada a su padre por una amarga cadena de amor y miedo. Lo había cuidado fielmente sin cesar los últimos años, se merecía un descanso. Lo necesitaba. Así que encerró la sensación nerviosa de que estaba siendo una ingrata en una parte muy profunda de su alma y trató de disfrutar del paisaje.

Era impresionante la velocidad que alcanzaba la saeta de Elio. Al menos si pasaba algo podría volver a la Corte tan deprisa que nadie tendría por qué enterarse de que no había estado junto a él. Odiaba ser una mala hija, que además se supiese que lo era la destrozaría y probablemente la apartaría de manera definitiva del Alto Consejo. En aquel viaje se jugaba mucho, puede que para Rheia fuese un paseo de placer, un juego para deslumbrarla con los juguetitos de su señor, de ganársela para lo que fuese que tuviese en mente. Ella, en cambio, estaba intentando darle forma a su destino.

Rehia engulló otro dulce y, rodeando a los gyvernos, que dormían sobre la carísima alfombra soltando humo por la boca entreabierta, mostrando sus largas hileras de dientes afilados, regresó de su inspección bostezando y se sentó a su lado.

—Creo que los DanzaDragón son ya la única Casa que conserva a sus animales heráldicos, ¿me equivoco? —se interesó Rheia.

El escudo de los DanzaDragón mostraba dos siluetas bailando graciosamente sobre el lomo de un dragón derrotado. En otro tiempo casi todas las grandes Casas habían tenido animales

heráldicos, aunque no apareciesen en sus escudos. Eran criaturas que simbolizaban valores o cualidades con los que se sentían identificados. TorreSabia tenía los cait, los gatos alados que aún vivían cómodamente en la biblioteca real y que eran símbolo de la sabiduría y la astucia; AltaCumbre, al ave trueno, que era la representación del orgullo, y VuelaPluma tenía a los cú, los mastines de los hielos. Antes era costumbre que los Altos Señores se dejasen ver frecuentemente en compañía de sus mascotas, pero la vida en Palacio había hecho que la tradición fuese poco práctica. Lydden conservaba los gyvernos como una excentricidad cara, un lujo exótico que podía permitirse, aunque no les prestase la menor atención. Para Gwyllión eran casi familia.

—Tengo que reconocer que son una pequeña debilidad —dijo sonrojándose.

—Son impresionantes. Deberíais lucirlos más. Os hacen parecer terrible, y quizás sea justo lo que necesitáis.

—Si apareciera con cualquiera de ellos en el Consejo, a los amigos de mi padre les daría un ataque —se rio Gwyllión acariciando la cabeza dorada de Feroz. La idea la divertía, aunque sería una irresponsabilidad tremenda. «Tal vez debería hacerlo si me niegan el puesto en el consejo, quemar unas cuantas capas y algunas cortinas no estaría de más», pensó. Imaginarse la escena le arrancó una sonrisa.

Rheia enredó los dedos regordetes, repletos de anillos, en su melena verdosa y la miró negando la cabeza.

—Has dicho «los amigos de mi padre» para referirte al Consejo. No deberías pensar en ellos así, son tus iguales del Consejo, tus compañeros —la regañó risueña.

—Ojalá lleguen a serlo.

Rheia le dio un par de golpecitos de ánimo en la rodilla, haciendo tintinear sus joyas.

—Tengo planes, pero aún no es momento de hablar de eso, se me acaba de ocurrir una idea. Necesitas divertirte.

Se dirigió a una esquina de la habitación móvil e hizo girar una manivela en la pared. El techo se deslizó con suavidad, el sol se derramó sobre las elfas. Los gyvernos levantaron la cabeza casi a la vez para observar con interés las nubes que pasaban a toda velocidad sobre sus cabezas mientras sacudían las colas en un suave bamboleo. Un cristal los separaba del exterior. Gwyllión se hizo visera con la mano para mirar el cielo, el vehículo knocker no paraba de mostrar maravillas.

—¿Tus mascotas vuelan? —preguntó Rheia apoyada perezosamente en la manivela.

—En realidad solo planean —le explicó contemplando la nueva ventana sobre ella.

—Creo que son capaces de mucho más que eso.

Antes de que pudiese reaccionar de algún modo, la Dama de SilvaViento volvió a girar la manivela y el cristal se retiró dejando entrar en la habitación un pequeño vendaval de brisa fresca y salvaje. Fue como una señal para los gyvernos, saltaron al techo de la cabina del dirigible con la agilidad elástica de un gato, ignorando el grito de horror de su dueña. Durante un instante de pánico, Gwyllión creyó ver a sus queridos amigos precipitándose al vacío. En cambio, Feroz desplegó las alas y como una saeta gris empezó a planear siguiendo al dirigible. Veloz titubeó un instante antes de imitarlo. Las sidhe los contemplaron asombradas. Gwyllión, recuperada del susto inicial, sonrió. Nunca los había visto volar. Cuando ganaron altura, convirtiéndose en siluetas oscuras contra las nubes radiantes, tuvo que reconocer que nunca había visto nada que le pareciese tan hermoso. Rheia, en cambio, la miraba a ella, con esos ojos intrigantes llenos de planes secretos y una sonrisa demasiado segura de sí misma.

—Son más fuertes de lo que crees. Tú eres más fuerte de lo que crees.

No supo qué contestar, ojalá tener solo la mitad de la fuerza de los gyvernos o solo un poco de su libertad. No habría nadie en el

mundo capaz de contradecirla. Nadie sería capaz de detenerla, haría lo que quisiera e iría a donde le apeteciese.



27. Las Siete Revueltas

Un delicioso olor a canela y azúcar quemado atrajo a los aprendices a la cocina mucho antes de que sonase el primer toque de campanillas. En lugar de las gachas matutinas habituales, Liatris había decidido aprovechar la ausencia del Maestro Avispa para hornear un bizcocho bien tostadito. No era uno de esos bizcochos de las pastelerías elegantes, veteados de crema y chocolate o bien rellenos de fruta, pero los knockers, aburridos de pasarse todo el año desayunando lo mismo mañana tras mañana, lo recibieron como si fuese la tarta más deliciosa de TerraLinde. Por si alguien se quedaba con hambre, había también galletas de avena. Nicasia, pese a que la perdían los dulces, se contuvo para reservarle un trozo de bizcocho y algunas de las galletas a Manx. Las guardó delicadamente dentro de su servilleta, cuidando mucho que nadie la viese hacerlo y las escondió bajo la mesa. Quería agradecerle la cita de la tarde anterior. Manx la había llevado a dar un largo paseo por la ciudad, le había mostrado el ajetreo de los mercados y los jardines públicos, la había convencido para subir a la Torre del Dragón, un mirador altísimo con un ascensor herrumbroso que las llevó traqueteando hasta el cielo de la Corte. Allí había visto ponerse el sol entre besos y risas. La gata alejaba de ella toda sombra de temor, con ella el futuro parecía más radiante. Cuando sus labios la tocaban se sentía fuerte, capaz de cualquier cosa. Y no sabía cómo demostrárselo, empezaría por asegurarle un buen desayuno. Aunque oficialmente no estaría ese día en el patio, ya le había dicho que

seguiría vigilando desde los tejados, no logró averiguar qué necesitaba tanto celo. «Es más seguro que no lo sepas, no es nada que pueda haceros daño», le había asegurado la gata antes de besarla. «Nunca te haría daño», le había susurrado antes de besarle el cuello.

No hizo falta ser demasiado cautelosa, podría haberse llevado hasta los platos sin que nadie lo notase. Los knockers le prestaban muy poca atención, su único tema de conversación era la salida de la saeta solar. Les escocía haberse perdido un evento que al parecer estaba en boca de toda la ciudad. El Maestro Avispa no les había contado nada y ellos se habían enterado cuando ya era demasiado tarde.

—Todavía podemos ver la vuelta —trató de animarlos Bermejo.

—Vete a saber cuándo vuelve —lloriqueó Jovial mientras se consolaba mojando las galletas en el café.

—Lo peor es que igual vuelve y tampoco nos enteramos —protestó Gubia—. Cuando Mazarín estaba aquí nos enterábamos de estas cosas. Él solía traernos noticias del barrio knocker. Que sepamos, esta aún no se ha pasado por allí. —Se giró hacia Nicasia—. ¿Qué te pasa? ¿No te gustan los tuyos?

—No tengo tiempo para ir —contestó hastiada. Gubia no dejaba pasar la menor oportunidad de soltarle una pulla. Mientras estaba Avispa en el taller, lo tenía más difícil, pero ya hacía tres días desde su partida y eso le daba muchas oportunidades de tomarla con ella. Asha era la única que le paraba los pies y justo hoy llegaba tarde.

—Venga, no es culpa suya —la defendió Jovial—. Si no tuviésemos este taller cochambroso, tan lejos del Barrio, no nos perderíamos estas cosas.

—Si el taller estuviese en el Barrio, no tendríamos trabajo —añadió Bermejo amargado.

La última frase mató todo atisbo de alegría, la conversación se apagó de un modo tan repentino que Nicasia fue incapaz de comprender lo que estaba pasando. Una lápida de silencio cayó sobre la cocina y aplastó los ánimos de los comensales. Los knockers

acabaron el desayuno a toda prisa, dejaron sus platos en el fregadero para ahorrarle trabajo a Liatris, que estaba preparando un guiso de conejo para el almuerzo, y se marcharon a la carpintería cabizbajos. Al menos, la cocinera estaba tan absorta en sus tareas que no se había dado cuenta de lo poco que habían valorado su esfuerzo. Nada la distraía. Sonreía para sí misma, se movía con soltura por la cocina, inmersa en sus pensamientos sin preocuparse del mundo exterior. Al girarse descubrió que Nicasia aún estaba allí, la sátira le sonrió y le dio un puñado de arándanos secos. Liatris recompensaba con comida a las hadas por las que sentía aprecio y eso hacía que la mestiza se sintiese agradecida. Signó algunas palabras de gratitud. En los pocos ratos libres que tenía, intentaba aprender el lenguaje manual que la sátira usaba para comunicarse, trataba de ponerlo en práctica siempre que podía, algo complicado porque su interlocutora no era demasiado comunicativa. La cocinera se giró y le dio un cuaderno con unas cubiertas de madera desgastadas. Era el libro de gastos de la casa, una vez a la semana había que registrar los gastos puramente domésticos: cuánta harina, fruta, aceite y especias se gastaban, qué menús se cocinaban, cuánto jabón y cola de carpintero se fabricaban en el patinillo detrás de la cocina; qué verduras se recogían del huerto, qué se plantaba, qué medicinas tenían en la alacena donde Liatris guardaba los remedios, qué sábanas viejas se convertían en trapos y vendas… La sátira lo apuntaba todo con una letra redonda de escolar aplicada. Nicasia lo recogió con una sonrisa. Sin Asha por allí, no le apetecía meterse en el taller para ser el blanco de Gubia.

Cruzó el patio. La madre de Manx estaba durmiendo apoyada en la rueda del carro, con la pipa apagada colgándole de los labios. Si no hubiese sabido que allí había un hada, le habría resultado fácil confundirla con un montón de trapos esperando su turno para un buen lavado. Nicasia se detuvo. Los aprendices habían logrado que los albañiles no se acercasen a la Carbonería, pero no pudieron

deshacerse de las phokas. Se alegraba porque las noches eran más divertidas con Manx cerca.

No entendía qué pintaban allí las gatas. Intentaba no pensarlo demasiado porque el instinto le decía que no iba a gustarle la respuesta, lo que no impedía que siguiese rondándole por la cabeza. No había conseguido que Asha le explicase por qué había echado a los albañiles hasta que Avispa volviese. Le había contestado que era una manía suya, un prejuicio absurdo. La obra podía tener algún problema grave mientras el maestro estaba fuera y si no podían solucionarlo a su gusto, tendrían problemas. Además, la gente de Urakarnake no era de fiar y podían aprovechar esos días para robar algún trasto caro. Nicasia estaba segura de que era mentira, al menos en parte. Se creía que no le gustase la cuadrilla, daban mala espina. Nadie en la Carbonería se fiaba de ellos, así que le fallaba lo de los robos. Robar algo allí sin que nadie se diese cuenta era demasiado trabajo para conseguir un beneficio muy pobre, no merecía la pena. En cambio, el carro tenía dos guardianas. No era necesario ser muy perspicaz para saber que ese era el trabajo de las phokas, nunca las había visto hacer nada remotamente relacionado con la albañilería. Manx aún podía decir que hacía recados para la gente de Urakarnake, porque iba y venía. Pero de noche, cuando la Carbonería se cerraba y los aprendices se iban a dormir, vigilaba el carro. Por eso se quedaba allí, subida al tejado del establo. Lo que la intrigaba era qué había en el carro. Pensar que alguien iba a saltar los altos muros de una casa llena de hadas para llevarse unas herramientas roñosas era descabellado.

La ocasión para curar su curiosidad era inmejorable, la madre de Manx soltaba pequeños ronquidos rasposos con la barbilla apoyada en el pecho, los aprendices tenían la ventana de la carpintería abierta, pero sabía que ninguno de ellos le prestaría ninguna atención al patio y Liatris seguía enredada en su cocina. Tampoco parecía que Manx estuviese por allí. Dejó el cuaderno de cuentas sobre el pescante, junto a su servilleta repleta de dulces, se sacó del bolsillo un trozo de sanguina y se pintó un glifo de silencio en la

palma de la mano, añadiendo un par de líneas más lo convirtió en un híbrido, silencio e inadvertido. O eso pensaba ella, estaba experimentando mucho con la magia en los últimos días, pero seguía sin ser su fuerte. Cogió aire y se animó a levantar la lona polvorienta que cubría el carro. La phoka seguía explorando los reinos del sueño, lo que permitió a Nicasia echar un buen vistazo. El contenido era decepcionante: cajas de ladrillos, planas herrumbrosas, capazos destrozados, piquetas… trastos más que herramientas. Trastos que estaban a un par de usos de convertirse en basura. No parecía haber nada que mereciese tanta vigilancia.

Un grito desde el tejado interrumpió la búsqueda. Nicasia se apartó del carro dando el salto más largo de su vida, con los nervios de punta. Era la voz de Manx, la gata gritaba desde el tejado sobre el portón de entrada, pero sus gritos no tenían nada que ver con su inspección furtiva.

—¡Urakarnake tiene a Asha! ¡Están en el callejón de las Siete Revueltas! —gritaba desesperada—. ¡Tenéis que ayudarla! ¡Tenéis que ayudarla!

Los aprendices salieron de la carpintería confusos y alarmados, mientras Manx no paraba de berrear sobre Asha. Nicasia se reunió con ellos a la carrera.

—¡No os quedéis ahí parados! ¡Moved el culo! —continuaba gritando la gata corriendo sobre el tejado de un lado a otro.

—¿Pero de qué estás hablando, niñata? —preguntó Gubia.

La exasperación de la gata no dejaba de crecer, parecía a punto de empezar a tirarse de los pelos.

—¡Urakarnake le hizo una encerrona a vuestra compañera mientras venía al trabajo y se la ha llevado a rastras hacia las Siete Revueltas! ¡Tenéis que ir a ayudarla echando leches!

Los carpinteros intercambiaron una breve mirada de horror. Bermejo se limpió el sudor con un pañuelo.

—Ve a por un par de bengalas —le dijo Gubia a Jovial—. El resto pillad lo que podáis. —Luego señaló a la gata—. Tú te vienes con nosotros.

—Ni loca, si alguien se entera de que os he avisado me arrancaran la piel a tiras. —La gata miró a su madre, que contemplaba el jaleo con ojos somnolientos y expresión desconcertada—. No puedo hacer nada más.

—Tú misma —respondió el knocker entrando en el taller.

Los gentiles tenían prohibido llevar armas, pero un grupo de carpinteros con listones de madera al hombro no era nada por lo que alarmarse, aunque fuesen a la carrera, empujando a todo el que se les ponía por medio. Nicasia los seguía, había cogido un escoplo afilado y lo llevaba oculto en el bolsillo de su delantal. El camino se le hizo eterno, sentía que cada obstáculo que se les ponía por delante los retrasaba de un modo intolerable. Las Siete Revueltas era un callejón estrecho, como un tajo entre viejos edificios de una y dos plantas de aspecto humilde, con las fachadas parcheadas. Los knockers se vieron obligados a pasar de dos en dos, hombro con hombro. Bermejo se puso a su lado y le dio un par de palmaditas en la espalda, aunque el miedo asomaba a los ojos del pintor por mucho que tratase de disimularlo; parecía más joven que nunca. La mestiza imaginó que ella no disimulaba mucho mejor que él. La calleja se retorcía sobre sí misma, a veces hacia la izquierda, otras hacia la derecha. Estaba llena de esquinas, las puertas y las ventanas se cerraban a su paso. Finalmente llegaron a un pequeño ensanche sin salida, lleno de viejos locales cerrados. Urakarnake tenía a la carpintera arrinconada contra el portal cegado de uno de los edificios. Sostenía su cuerpo desmadejado por la pechera del peto como si no pesara nada, como si no fuese nada. Los knockers entraron al ensanche aferrados a sus palos, sin atreverse a acercarse demasiado o dar el primer paso. Antes de que al gorrorrojo le diese tiempo a hacer nada, Jovial encendió las bengalas y las lanzó contra el reluciente cielo otoñal, dos grandes manchas rojas se extendieron entre las nubes. El gigante dejó caer el cuerpo al suelo. Asha se refugió a gatas contra una esquina y los aprendices suspiraron aliviados al verla moverse.

—Los knockers sois unos cobardes de mierda, el peor dolor de culo que soltó el coño de Danu. Os lo juro, una puta plaga.

—Lo que tú quieras, lárgate de una vez y déjanos en paz. —A pesar de su aspecto asustado, fue Bermejo el que se atrevió a enfrentarse al gorrorrojo.

La risa de Urakarnake resonó entre los portones cerrados.

—Mañana dejaréis entrar a mi gente a trabajar porque si no, os arrancaré los dientes uno a uno a todos. ¿Lo tenéis claro?

—Y una mierda te vamos a dejar entrar —jadeó Asha intentando ponerse de pie.

Urakarnake se giró y pateó la cabeza de la carpintera con sus botas claveteadas.

—¡Que te calles de una vez, guarra! ¿Pero quién mierdas te crees que eres? —Luego se giró hacia los aprendices—. Mañana quiero la puerta abierta, ¿está claro?

—Yo de ti me largaría mientras puedas. Ya has oído a la jefa, la puerta no se abre —se envalentonó Gubia.

—¡Me tenéis hasta los huevos! —rugió exasperado el mercenario, aunque lanzó una mirada escrutadora a los tejados que tenía cerca—. Os vais a arrepentir de acabar con mi paciencia.

Comenzó a andar hacia los aprendices con pasos pesados y una sonrisa prepotente estirándole los labios. Los knockers le dejaron marchar. Bermejo echó a correr hacia Asha en cuanto el gigantón se hubo alejado de ella lo suficiente. Jovial y Gubia no se atrevían a darle la espalda, así que se apartaron de frente. El gorrorrojo clavó los ojos escarlata en Nicasia.

—La muchachita nueva… —Antes de que nadie pudiese hacer nada, la agarró del brazo y empezó a arrastrarla con él. Nicasia no fue capaz de sacar el escoplo del bolsillo, le temblaban las manos—. Me encantan las hadas pequeñitas. Si mañana no abrís el portón, me la follaré tantas veces que no volverá a sentarse en su vida. Y cuando me aburra, se la pasaré a los albañiles, algo tendrán que hacer si no los dejáis trabajar.

Comenzó a recorrer el callejón arrastrándola con él. Nicasia no podía respirar, jadeaba entrecortadamente, sin ser capaz de llenar los pulmones. La vista se le había oscurecido y solo podía sentir el latido de su corazón amartillando entre las costillas, lento y pesado. El cuerpo no le respondía, ni siquiera era capaz de suplicar. Escuchó un disparo al aire, pero no reconoció el ruido, solo un extraño estallido sobre su cabeza y luego otro y otro. El gorrorrojo se detuvo en seco. La mestiza vio que por los tejados empezaban a asomar un buen grupo de knockers con las caras cubiertas por pañuelos y gafas de soldador. Todos iban armados, con espingardas, arcabuces y algún tirachinas que estaba lejos de parecer un juguete.

—Suelta a la chiquilla ahora mismo —advirtió un knocker con el pelo verde oscuro y la cara manchada de grasa—. O no sales vivo de esta calle.

—¿No os preocupa que os pille la Guardia con esos juguetitos de cobardes? —preguntó Urakarnake escupiendo en el suelo.

—¿Tenemos pinta de estar preocupados? —le respondió mientras sus compañeros estallaban en carcajadas.

El gorrorrojo agarró a Nicasia de la mandíbula.

—Mañana quiero esa puerta abierta —le advirtió antes de soltarla.

La mestiza acabó en el suelo mientras Urakarnake se largaba sin molestarse en correr. El grupo de tiradores lo siguieron con la vista hasta que consideraron que ya estaba lo bastante lejos. Un silbido sonó a lo lejos.

—¡La Guardia! —gritó una voz en lo alto—. Viene la Guardia.

Los knockers se esfumaron con la misma velocidad con la que habían aparecido. Nicasia se estaba levantando del suelo cuando los aprendices llegaron a su altura. Jovial llevaba colgada del hombro a Asha que trastabillaba al andar. Tenía la cara cubierta de sangre y el ojo izquierdo tan hinchado que no podía abrirlo.

—Tenemos que separarnos —dijo Gubia—. Nosotros volveremos a la Carbonería, que hemos dejado a Liatris sola. No quiero que a ese salvaje se le ocurra pasarse por allí. —Luego miró a Nicasia—. Tú haz algo útil para variar. Lleva a Asha a su casa.

Solo pudo asentir, aunque hubiese querido no le habrían salido las palabras. Sorbió por la nariz con fuerza y agarró a Asha lo mejor que pudo. La carpintera le dedicó una sonrisa dolorida.

—Tranquila, no estoy tan mal como parece —le aseguró con la voz temblorosa.

Las dos hadas salieron renqueando del callejón mientras el resto de aprendices conseguía subirse a una azotea trepando trabajosamente por unas rejas roñosas. Era mejor que cada grupo tomase una dirección distinta si no querían que los pillase alguna patrulla de la Guardia. Nicasia tuvo la suerte de encontrar a un bogan risueño, vestido con mono de trabajo de lona salpicado de césped y barro, que llevaba su carromato vacío y se ofreció a llevarlas a donde quisieran. Ayudó a Asha a sentarse en la parte de atrás y le ofreció el retal de lino que debía usar como pañuelo. Luego invitó a Nicasia a sentarse en el pescante, junto a él.

—¿Puedes llevarnos al Barrio Alto? —rogó la carpintera con la voz ahogada—. Trabajamos allí.

El bogan se sorprendió al oírla.

—¿Tenéis pase para entrar? —preguntó azuzando al vídópnir castaño que tiraba del carromato.

Como respuesta, Asha se metió una mano temblorosa en el bolsillo del peto para sacar una ficha dorada que le tendió a Nicasia. Al verla, el bogan sonrió.

—¡Oh! Nunca había visto un pase de cerca. Será la primera vez que entre al Barrio Alto, cuando lo cuente en el trabajo no se lo van a creer.

A la mestiza no podía importarle menos el Barrio Alto ni la felicidad del bogan. Tenía la garganta tan seca que le dolía y estaba helada, aunque la mañana no era fría. Sus años de adiestramiento como esclava de compañía le permitieron dibujar una sonrisa complaciente.

—Muchas gracias por tu ayuda —le dijo usando la voz sumisa y suave que tanto odiaba.

—¡Faltaría más! Tu amiga parece muy tocada. ¿Qué os ha pasado?

—A un albañil se le han caído unos ladrillos del andamio y nos han pillado debajo. Aunque no lo parezca, nos hemos librado por los pelos. —A Nicasia se le daba bien mentir, eso también formaba parte de sus años de esclavitud.

—¡Menuda suerte!

Afortunadamente, el bogan no era demasiado hablador, se pasó silbando buena parte del viaje y mirando de cuando en cuando a Asha para asegurarse que estaba bien. La carpintera demostró un aguante estoico. Cuando llegaron a la muralla blanca del Barrio Alto, les contó a los guardias de la puerta la misma mentira que le había escuchado a Nicasia. Los sidhe de la garita, vestidos con armaduras relucientes y buenas prendas de paño, miraron la chapa con un rutinario desdén y los dejaron pasar.

—¿Me dejaran salir luego sin problemas?

—Es más fácil salir que entrar —le aseguró Asha.

En otra ocasión, Nicasia habría disfrutado del trayecto tanto como el bogan. La calzada bien pavimentada con losas blancas dejaba ver los muros tras los que se ocultaban los fragantes jardines y los hermosos palacetes. Allí las calles eran silenciosas, estaban más limpias que cualquier habitación de la Carbonería y los gentiles con los que se cruzaban llevaban buenas ropas, elegantes como trajes de fiesta. Algunos vestían libreas de criados, con bordados y hebillas de plata en los zapatos. Casi todos miraron al grupo del carro arrugando la nariz. Se cruzaron con un par de sidhe en sus carruajes o sus sillas de mano. Todos echaron la cortinilla al pasar por su lado. A la mestiza no podía darle más igual, se limitaba a acompañar la escasa conversación de su chófer con frases tan correctas como cortas. Asha los fue guiando hasta una casa rodeada de un jardín salvaje, nada que ver con los hermosos y bien podados setos de las casas vecinas. Pese a estar tan cerca del Palacio de Cristal que podían ver a sus habitantes disfrutando de los ventanales y las terrazas más bajas, el muro de aquella mansión estaba a punto de

venirse abajo y la hiedra más densa que Nicasia había visto en su vida cubría la pintura descascarillada. Asha les indicó que parasen frente a una cancela verde.

—Hemos llegado —anunció la carpintera.

—¿Vives en esta casa? —preguntó el pocero con la boca abierta.

—La estamos arreglando —explicó Asha sacando una llave que llevaba colgada del cuello.

Al bogan le parecía algo completamente lógico. Ayudó a la carpintera a bajarse del carromato y se despidió alegremente, pensando en todas las maravillas que iba a contarles a sus compañeros. Asha le dio la llave a Nicasia.

—Abre tú, entra y pregunta si los niños están en casa. No quiero que me vean así y se asusten.

Nicasia entró a un patio porticado presidido por una fuente de mármol destrozada, largas cortinas de jazmines silvestres caían desde los antepechos de la primera planta. Había tantas losas sueltas o rotas que debió tener cuidado al andar para no acabar tropezando. Aquel lugar debió ser hermoso alguna vez, hacía mucho tiempo.

—¡Hola! ¡Hola! ¿Hay alguien aquí? ¡Necesito ayuda! ¡Hola! —gritó.

Repitió la llamada varias veces hasta que una voz somnolienta contestó desde la primera planta.

—Ya voy, ya voy.

Alzó la cabeza. Desde el antepecho de la primera planta un sátiro joven, algo regordete y con el brazo izquierdo cubierto por un tatuaje reciente, la miró asombrado. Un par de cuernos de buen tamaño asomaban entre el desorden de la cabellera rizada y salvaje. Tenía un rostro agradable, un aspecto asilvestrado a juego con la casa y una sonrisa absolutamente cansada. Nicasia no podía decir que fuese de una belleza elegante, como ocurría con Manx, la belleza de aquel sátiro era de una naturaleza única y particular.

—¿Quién eres tú? ¿Qué haces aquí? —preguntó el sátiro asombrado.

—¿Están los niños en casa?

—No, están con sus padres —contestó confundido—. ¿Qué narices…?

—Ayúdeme a meter a Asha en casa, está herida —balbuceó—. Urakarnake la ha atacado.

El sátiro bajó hasta el patio saltando desde el antepecho. Cayó con ligereza a pesar de su tamaño. Estaba completamente desnudo, pasó a su lado a toda prisa y volvió con Asha en brazos. La carpintera había perdido el conocimiento.

—Tenemos que llamar a un sanador—dijo Nicasia angustiada.

—No te preocupes, soy yo —le respondió atravesando el patio—. Sígueme y siéntate donde quieras. La cocina está detrás de esa puerta por si quieres beber algo. Voy a encargarme de ella y luego me cuentas con más detalle. Estás en tu casa.

El sátiro se perdió escaleras arriba. El segundo patio era más grande que el primero, también estaba porticado y cubierto de malas hierbas. La pintura no estaba mejor que en el resto de la casa y entre las losas del suelo crecían dientes de león y jaramagos. Nicasia se dirigió a la cocina, aunque hubiese preferido que le dijesen dónde estaba el baño. Tenía el estómago revuelto. La cocina resultó ser casi el doble de grande de la que había en la Carbonería, que no era precisamente pequeña. Un ejército de cocineros habría podido trabajar tranquilamente en aquel lugar sin estorbarse demasiado. Solo la gran mesa central ya era lo bastante grande como para que todos los aprendices del taller hubiesen dormido en ella sin apretarse. Se acercó a uno de los fregaderos y accionó la bomba de agua. No quería ponerse a buscar vasos ni tocar nada, bebió directamente del chorro. Más que la sed, trataba de apaciguar sus tripas y dejar de notar la garganta en carne viva. El remedio fue peor que la enfermedad, acabó vomitando de rodillas en el suelo hasta que no le quedó dentro nada más que echar. Entonces volvió a notar que tenía frío, un frío salvaje. Empezó a temblar hasta que no pudo controlarse más, las lágrimas la desbordaron. Se abrazó con fuerza tratando de tranquilizarse sin conseguirlo. Lloró soltando el miedo y la impotencia. Una manita se posó delicadamente en su

hombro. Nicasia levantó la cabeza. Una niña bogan con las mejillas sonrosadas y las trenzas más rubias que había visto nunca la miraba con unos enormes ojos azules llenos de preocupación.

—¿Te duele la tripa?

—Un poco —sollozó secándose la nariz con el dorso de la mano.

—Me llamo Costurina. ¿Quieres un abrazo? A mí me gusta que me abracen cuando estoy malita.

La niña no esperó respuesta alguna, se echó a sus brazos sin mediar palabra y de repente Nicasia no pudo evitar soltar un sonido seco, entre una sonrisa y un sollozo. Costurina era cálida. Dejó de sentir frío y el corazón se le apaciguó poco a poco, hasta que dejó de dolerle. Le devolvió el abrazo y ambas se quedaron inmóviles arrodilladas sobre el suelo de la cocina.



28. El Monstruo de Abajo

El fuego devoraba las estanterías y los archivadores mohosos a una velocidad imposible para un incendio corriente. El humo, una capa de humo denso, oscuro y abrasador se expandía hacia todos los rincones. Pese a que la sala era bastante amplia, Sygurn era consciente de que no les quedaba mucho tiempo de maniobra si querían salir de allí. Si el fuego no acababa con ellas, se asfixiarían. Entre aquellas cuatro paredes apestaba a papel quemado y a magia, una magia retorcida, cruel, enfurecida. Las llamas bailaban, literalmente, entre los muebles. Podía ver formas vagamente reptilianas moverse mientras jugaban con el papel y los pergaminos. Saltaban, trepaban por las paredes y saltaban de un rincón a otro, chasqueando sus pequeñas lenguas ígneas como si hablasen entre ellas. Le parecía distinguir el sonido resollante de algo que recordaba vagamente a unas risas. Sygurn estaba bastante segura de que las llamas eran en realidad salamandras ígneas, pese a que hasta entonces solo las había visto en las ilustraciones de sus libros de ciencias mágicas y en los bestiarios de la fortaleza de VuelaPluma. Se necesitaba una magia muy poderosa para convocarlas y sobre todo un corazón lleno de odio, porque las salamandras, una vez sueltas, lo destruirían todo a su paso hasta que ya solo pudieran consumirse entre ellas.

La Alférez, que se había agachado para huir del humo, permanecía oculta tras un armario, pegada al suelo. No estaba segura de si aquellas criaturas podían verla, pero, de ser así, no

quería que la encontraran. La voz de Lena apareció en su mente, la mellifata había estado haciendo vuelos rasantes por la sala en busca de alguna posible salida.

«Tengo un desagüe», le dijo. «Imagino que debe de dar a algún tipo de pozo negro. Si pudiese levantar la rejilla, no me costaría mucho trabajo salir a buscar ayuda».

Sygurn se arrastró por el suelo polvoriento en busca de su amiga, rezando para que las llamas vivientes no se fijasen en ella y maldiciendo el dichoso vestido, que no dejaba de enredársele entre las piernas. Se encontró con la mellifata tras un escritorio destartalado. Lena había plegado las alas para cubrirse la cara, la tapa que había encontrado era una rejilla redonda de hierro soldada al suelo. Nada les garantizaba que fuese una salida, pero los fuegos de salamandra eran difíciles de apagar y ella sola no podía enfrentarse a tantas, como mucho podría intentar ganarle tiempo de huida a su amiga. Tiró de la rejilla con fuerza. Quien fuese el albañil que la colocó había hecho un trabajo meticuloso. Seguramente no era la primera hada que intentaba lo mismo que ella, tratando de encontrar una salida, y al parecer, ninguna de ellas había logrado moverlo ni un palmo. «Bueno, más vale magia que fuerza», pensó concentrándose. Cerró el puño con determinación, dejando que toda su energía fluyese a un único punto. Nunca lo había hecho fuera de un entrenamiento, normalmente convocaba la magia poco a poco y la dejaba desvanecerse cuando acumulaba demasiada, esta vez invocó toda la que fue capaz, como si tratase de encerrar una estrella dentro del puño. Cuando ya no pudo contenerla ni un momento más, descargó un poderoso puñetazo contra la reja. Sintió un dolor sordo en los nudillos, tan brutal que pensó que no sería capaz de volver a abrir la mano. La rejilla estaba abollada pero no lo suficiente para escapar por ella. Si quería repetirlo, necesitaría más energía y una mano nueva.

El ruido debió de atraer a las salamandras. Una lengua de fuego lamió la pared tan cerca que le chamuscó la hombrera derecha del vestido. En la enorme masa de llamas que se levantaba apenas a

unas varas de ella le pareció adivinar unos ojos rojos incandescentes que la miraban como si solo fuese más combustible para quemar. Sygurn se dispuso a repetir el golpe.

«Espera», la interrumpió Lena. «Deja que te ayude».

Antes de poder decir nada, sintió una especie de empujón dentro de la cabeza. Lena siempre había sido una presencia allí, una compañera que habitaba los límites de su conciencia. Ahora no estaba segura de dónde acababa una y empezaba la otra. Veía dos mundos superpuestos, el de la mellifata y el suyo, como si tratase de distinguir un paisaje a través de un cristal multicolor. Sobre todo sentía la magia con una pureza desnuda que jamás había experimentado antes. Podía notarla desplegarse ante ella, más tangible que nunca. No como algo sutil que debía concentrar en su cuerpo, sino como el peso del aire en un caluroso día húmedo.

No necesitó hablar con Lena. La magia se arremolinó en el puño de la sidhe, como un rayo retorcido girando en torno a sus dedos cerrados. Cuando descargó el golpe, sintió el dolor y también la descarga de energía abandonándola con una fuerza brutal. El suelo cedió bajo ambas hadas. Sygurn empezó a caer a través de capas de piedra hasta un vacío hediondo y oscuro. Tras unos segundos de vértigo, sintió que golpeaba contra algo líquido y empezaba a hundirse. El golpe la había dejado débil y mareada, y apenas tuvo fuerza para tratar de bracear hasta la superficie. La ropa pesaba demasiado y la arrastró hacia el fondo, hacia una blanda capa de fango. Y entonces una corriente súbita y helada empezó a arrastrarla.

Sintió que volvía a caer durante un instante antes de golpear la piedra pulida de uno de los caños de las alcantarillas del Palacio. Logró sacar la cabeza y tomar una bocanada de aire antes de que la corriente arreciara. Durante una aterradora eternidad solo existieron los golpes sordos contra las paredes de los caños, las caídas cuando cambiaba de nivel y los agónicos instantes en los que lograba romper la superficie del agua y boquear lo suficiente para no asfixiarse.

Por fin, la corriente la arrastró un breve trecho por el caño de la alcantarilla hasta que perdió fuerza y pudo librarse de ella. El agua la había arrastrado hasta una zona poco profunda. Sygurn se puso de pie como pudo, escupió agua y luego vomitó hasta agotarse. Sygurn no quería saber qué aguas había tragado, ni de dónde habían salido exactamente. Estar viva superaba todo el asco que sin duda en algún momento, cuando estuviese a salvo, sentiría. Se puso de pie torpemente, tambaleándose. No le quedaba un rincón en el cuerpo que no le doliese. Estaba en un túnel de techo bajo que olía como si toda la capital del reino hubiese meado allí, algo que sin duda era cierto. Se alegró de no poder vomitar más. La luz era escasa, reverberaba en las paredes con un repugnante brillo verdoso.

Cuando quiso preguntarle a Lena cómo estaba se dio cuenta de que la mellifata había desaparecido. No la encontró en su cabeza. Por primera vez en muchísimos años allí dentro solo estaba ella. No la sentía, no sentía su vida. Sygurn gritó su nombre hasta que tuvo la garganta en carne viva, removiendo el fango, corriendo sin sentido de un lado a otro. Se sentía sola, sola de un modo descarnado y cruel. Hacía tanto tiempo que estaban juntas que el vacío que Lena había dejado era casi una pérdida física, se sentía de algún modo sorda y ciega sin su compañía, sin el zumbido amable con el que llenaba el mundo. Cuando logró serenarse lo suficiente, invocó una luz lo bastante potente como para iluminar todo el túnel.

—¿Lena? ¿Lenita? —le preguntó al vacío con la voz anegada en lágrimas.

La voz de Sygurn se convirtió en un eco sin respuesta. Las paredes de piedra mugrosa y el agua sucia tampoco guardaban ningún rastro de la mellifata. En un pilar descubrió un par de glifos de color azul brillante. La sidhe se acercó, como una polilla a una llama. Desprendían una magia muy fuerte. Aunque no era una estudiosa de la Antigua Magia, reconoció la escritura de los Aen Sidhe, que ya casi nadie comprendía y que ninguno de los suyos sabía usar desde hacía muchísimos años. Pasó la mano derecha por encima, tuvo que estirar mucho el brazo. El dolor le hizo apretar los

dientes. Tenía los nudillos cubiertos de sangre seca y los dedos amoratados, el meñique estaba tan torcido que no le resultó difícil comprender que estaba roto. Si no se lo curaban bien no podría volver a blandir una espada. Nada de eso le importaba; si eso servía para encontrar a Lena, estaba dispuesta a sacrificarlo. Cuando tocó el glifo, notó un fogonazo que le iluminó el cerebro. Era un glifo de prohibición, junto a otro de barrera. Retiró la mano de golpe, mientras la recorría un escalofrío de miedo. Apagó la luz mágica y se quedó muy quieta, atenta a cualquier ruido, buscando señales de peligro.

Una de las primeras cosas sobre las que le había hablado Calendemyn cuando empezó a instruirla para ejercer el cargo de Alférez Mayor fue el Monstruo de Abajo. Para los gentiles, la monstruosa criatura que reinaba en las cloacas de la ciudad era una leyenda, un cuento para asustar a los niños. Decían que era invencible y que no dudaba en atacar a cualquiera que entrase en sus asquerosos dominios. Los gentiles esparcían rumores e historias, de cuando en cuando desaparecía algún imprudente o se encontraban los restos desmembrados de un cadáver en los depósitos de agua. En otras ocasiones se esfumaba alguien cerca de cualquiera de los grandes desagües que sacaban la porquería de la ciudad. No eran incidentes frecuentes, lo justo para que los gentiles prefiriesen no acercarse a las cloacas. Se hacían pocos trabajos de mantenimiento por allí abajo, y cuando no quedaba más remedio que hacerlos, se solía esperar a los primeros fríos. Se decía que el monstruo solo estaba activo los meses calurosos.

Los gentiles tenían rumores. Los sidhe tenían la seguridad de que la bestia existía. No entendían por qué o cómo había llegado a instalarse bajo la ciudad, pero poco tiempo después de morir los últimos reyes, ya con su hija Silvania presa de su profundo sueño, el Ancestral empezó a atacar. Unos decían que nació del miedo de las hadas a encontrarse sin reyes que los protegieran, otros aseguraban que alguien dio a luz a aquella aberración y la dejó caer en las aguas negras con la vana esperanza de que muriese. Ocurriera como

ocurriese, el Ancestral apareció, hambriento y feroz. Se trató de ocultar su existencia, no solo porque los gentiles habrían huido de la ciudad si supiesen que semejante monstruo vivía bajo sus pies, sino porque quedaría patente la incapacidad de los sidhe para acabar con él.

Finalmente, tras muchas muertes trágicas, fue Morgaine la Roja, de la casa de TorreSabia, quien encontró el modo de contener a la bestia. La sidhe estudiaba la vieja magia de los Aen Sidhe. Grabó en las paredes de las cloacas poderosos glifos de barrera que, para sorpresa de todos en Palacio, funcionaron.

En Palacio dormían más tranquilos sabiendo que la bestia estaba enjaulada. Pero Morgaine se dejó la vida en aquella empresa y se llevó con ella el secreto de los glifos. Los sidhe se encogieron de hombros ante tal percance, era un mal menor. El Ancestral estaría encerrado en su burbuja mágica hasta el final de los tiempos, convertido en una molestia anecdótica y eso les permitía pensar que el problema estaba solucionado. Ahora que estaba allí abajo, herida y desarmada, le costaba más trabajo creerse que el monstruo no era una amenaza.

Consiguió tranquilizarse tras un rato de silencio. Permaneció pegada contra la pared, paralizada por el terror, pensando que incluso el suspiro más tenue era en realidad un ruido ensordecedor que la delataba. Cuando sus ojos se hicieron un poco más a la oscuridad, y logró calmarse lo suficiente, se dio cuenta de que tal vez el peligro no era tan acuciante. Estaban casi en invierno, Calendemyn le había explicado que el Ancestral permanecía inactivo en los meses fríos y, desde luego, allí abajo la temperatura era glacial. Ella estaba acostumbrada a los climas helados de sus montañas en el sur y, aun así, lo que la hacía tiritar no era el miedo. Además, sabía que el monstruo estaba encerrado en una burbuja, con los límites marcados por los glifos y en activo gracias a la magia de Palacio, lo que no sabía era en qué lado de la burbuja estaba. Tal vez estaba fuera, a salvo. Se arrancó la falda empapada de cieno y la ató a una cañería que pasaba por encima de su cabeza. Como una

señal para saber dónde empezar a buscar a Lena, pasara lo que pasase volvería a por ella. Luego empezó a avanzar por el largo brazo de la cloaca, mirando a su alrededor mientras trataba de contener el castañeo de los dientes.

Una salida. Solo necesitaba encontrar un modo de salir a la superficie para pedir ayuda y estaría a salvo. Caminaba despacio, atenta a cualquier ruido, rezando para que Danu le devolviese a su amiga. Los pies descalzos y el limo resbaladizo le jugaron un par de malas pasadas. Las ratas huían a su paso o la observaban con curiosidad desde una distancia prudente. Podía dar gracias al frío, seguramente en verano allí abajo habría bichos más desagradables y el calor despertaría olores terribles, los que le llenaban la nariz ya le resultaban difíciles de soportar. Estaba convencida de que aquel hedor se quedaría pegado a la piel para siempre. El brazo derecho empezaba a dolerle, con una punzadas sordas cada vez más fuertes. Sabía que no iba a aguantar demasiado tiempo. Se obligó a andar despacio, a paso constante, para conservar fuerzas, observando todo lo que tenía a su alrededor en busca de una salida. Gracias a esa atención se dio cuenta de que estaba llegando a un punto de las alcantarillas en el que los olores cambiaban. No es que fuese una mejoría notable, seguía apestando a mierda fermentada en los meados de toda la Corte, pero también percibía algo diferente, dulzón y penetrante. Quizás, por sí solo, no resultaría del todo desagradable porque le recordaba vagamente al perfume de Elio de AltaCumbre. En combinación con el barro de las cloacas, era una peste penetrante a vegetación muerta, flores marchitas y hierba descompuesta. Una sustancia azulosa cubría las paredes. Sygurn se esforzó en mantenerse lejos de ella, miró hacia el techo tratando de averiguar de dónde salía. Fue entonces cuando vio un rayo de luz sobre su cabeza. Le costó ahogar un grito de alegría, allí había un pequeño desagüe enrejado, no muy diferente del que había encontrado con Lena. El líquido azul y la luz venían de allí. Pensó en arriesgarse a gritar para pedir ayuda, pero la voz se le heló en la garganta al recordar la presencia del monstruo, demasiado asustada

para salir. Decidió acercarse lo máximo posible a la rejilla. Tal vez, si lograba trepar hasta ella podría pedir ayuda sin tener que alzar demasiado la voz. Se colocó justo debajo buscando la mejor manera de subir.

—¡Me importa una mierda! Este imbécil ha visto demasiado y la culpa es tuya —gritó una voz colérica—. Empieza a hacerte cargo de tus cagadas.

Sygurn se quedó paralizada, no era ni mucho menos lo que esperaba escuchar. Alguien gemía y balbuceaba. Era imposible entender lo que decía, al parecer suplicaba.

—¡Pues ahora es huérfana! Dile que te dé las gracias o que se las dé a la bestia —repuso la misma voz de antes con un deje de crueldad.

La trampilla se abrió de par en par sobre su cabeza. Tuvo el tiempo justo para adivinar la silueta de un troll que arrojaba un bulto grande a las cloacas y luego volvía a cerrar. Sygurn lo detuvo con un hechizo. Resultó ser un cuerpo con la cabeza envuelta en un saco de arpillera ensangrentado atado al cuello. La sidhe se apresuró a sacárselo y se encontró con la mirada de un phoka gato que la miraba con su único ojo con tanto asombro como ella a él. Sobre sus cabezas se escuchaba un llanto desgarrado y el sonido inconfundible de unos golpes. El gato miró un segundo a la trampilla de modo que le hizo pensar que quería intentar volver a arriba, pero duró muy poco. Sus orejas se movieron. Sygurn estaba segura de que el desconocido oía mucho mejor que ella, y por su expresión y el modo triste con el que negó con la cabeza, supuso que no le gustaba lo que había escuchado. Entonces la atención del phoka se volvió hacia ella, se llevó un dedo a los labios y la cogió de la mano, tirando amablemente de ella lejos de la trampilla. El primer instinto de Sygurn fue el de resistirse, no pensaba seguir a un desconocido que se estaba guardando en el bolsillo la capucha con la que acababan de tirarlo a las alcantarillas. Acabó por dejarse llevar porque, al contrario que ella, parecía bastante seguro de lo que hacía.

Cuando estuvieron un poco más lejos de la trampilla, el phoka se quitó el abrigo y le cubrió los hombros a Sygurn.

—Gracias por salvarme la vida, me llamo Jadul.

Tenía una voz agradable, algo ronca. Escucharla la tranquilizó.

—Soy Sygurn de Ventisquero.

El phoka la contempló de arriba abajo con una pupila redonda y oscura como la boca de un pozo que la escudriñó sin recato.

—¿Qué hace una sidhe en las cloacas? ¿Debo haceros una reverencia?

—No es necesario —balbuceó confundida.

—Ya.

—¿Quién lloraba arriba? ¿Deberíamos ayudarla?

—No creo que podamos. Habría que salvarla de sí misma, y es un poco tarde para eso.

No pudo decir si estaba bromeando o si le hablaba en serio. Tampoco estaba de humor para averiguarlo. Quería salir de allí y empezar a buscar a Lena. Antes de que le diese tiempo a responder, el cuerpo del phoka se tensó. Estaba mirando algo a lo lejos. Lo escuchó sisear y vio que se erizaba con las orejas hacia atrás. Sygurn se puso en guardia, buscando en su interior la poca magia que fuese capaz de reunir. Una figura enorme se acercaba hacia ellos, deslizándose sobre el barro apestoso como si fuese una ola de basura. Era enorme, casi ocupaba toda la cloaca. Una forma oscura y veloz que avanzaba hacia ellos a una velocidad aterradora. Sygurn se quedó atrapada en los ojos de la bestia. Unos ojos verdes, brillantes como faros en las tinieblas. Unos ojos fríos de reptil en los que no había nada, solo maldad.



29. La Alférez Mayor

Mientras la ola de barro se deslizaba hacia ellos a una velocidad implacable, Jadul solo tenía una idea en la cabeza, no pensaba morir allí. No en aquel momento, con tantos problemas por solucionar, le parecía irresponsable. Enterró el miedo en lo más hondo de su cabeza. Lo último que necesitaba era quedarse paralizado mirando cómo la muerte se acercaba. Agarró del brazo a la sidhe que, al contrario que él, estaba plantada firmemente en el suelo, con la guardia levantada como una mantis dispuesta a plantarle cara a un león, y tiró de ella con todas sus fuerzas obligándola a pegarse a la pared. El monstruo, o lo que quiera que fuese aquella calamidad, iba demasiado deprisa para frenar a tiempo y les pasó de largo. Los instantes que tardó en reaccionar fueron suficientes para preparar un hechizo sencillo. Se pasó la mano por la frente, manchada de sangre fresca y con ella dibujó dos rayas en la pared. Solo tuvo tiempo de hacerlo un par de veces, tendría que valer.

«Mi sombra crea una sombra», conjuró. «Mi sangre soy yo y yo soy el rastro de mi sombra». Una sombra roja empezó a surgir de la pared, un bulto informe que en la oscuridad de las cloacas podía pasar por una figura feérica algo grumosa. Jadul la empujó suavemente y el bulto echó a correr chapoteando por el barro con los bandazos de un borracho. La criatura se detuvo y la vio con claridad. Era una serpiente, la serpiente más grande que Jadul había contemplado jamás. Una cresta de plumas queratinosas le recorría la espina dorsal desde la cabeza hasta la punta de la cola. Tenían el

color de la sangre seca y al moverse hacían un curioso ruido, como un susurro de espinas. No podían enfrentarse a esa pesadilla, su única oportunidad era huir, así que echaron a correr en dirección contraria al monstruo. Jadul sabía que las cloacas tenían salida a varias calles. No demasiadas, porque la ciudad temía a lo que acechaba en ellas, pero estaba seguro de que si conseguían avanzar lo suficiente, encontrarían una.

—Avísame si ves alguna salida —le dijo a la elfa, aunque parecía que ya había empezado a buscar por su cuenta. No tenía buen aspecto, era evidente que estaba al límite de sus fuerzas. Si no encontraban pronto una salida, no tardaría en derrumbarse. Maldijo su suerte, la vista no era su punto fuerte, esperaba que la chica, con dos ojos jóvenes, fuese capaz de encontrar algo.

La joven se detuvo. Jadul tuvo un momento de pánico al pensar que iba a derrumbarse sobre el fango, pero al verla señalar el techo estuvo tentado de creerse a salvo. La joven había visto la tapa de una alcantarilla, justo sobre sus cabezas.

—Sube —le ordenó el gato agachándose un poco y dándole la espalda.

La sidhe le devolvió la chaqueta y trepó por su espalda con cansada torpeza. Era liviana como un pajarillo, apenas notaba su peso, y al mismo tiempo tenía unas piernas fuertes, de acróbata bien entrenada. Jamás había tocado a un sidhe, ni siquiera había estado cerca de uno. Los tenía por unos seres delicados y etéreos. Ella no era ninguna de las dos cosas. Era ligera sí, pero como una buena espada. No debería tener problemas para levantar la tapa, aunque solían estar cerradas a conciencia. Escuchó un chasquido sobre su cabeza y a ras de suelo, el sonido de mil espinas agitándose al viento. El monstruo los miraba desde el final del pasillo con una pesada lengua bífida asomando entre cuatro colmillos afilados y finos. La serpiente se lanzó contra ellos haciéndolos rodar por el fango. Si hubiese querido, los habría partido en dos de un mordisco y en cambio los había empujado con todas sus fuerzas para pasar de largo casi con delicadeza. El monstruo se giró, la

curva de su boca parecía una sonrisa malvada, mientras dos pupilas finas como un tajo se clavaban en el phoka. El gato sabía exactamente lo que estaba haciendo. «No me jodas», pensó con amargura. «Está jugando con nosotros».

Alzó la mirada. No se atrevía a mover la cabeza, sabía que cualquier gesto podía ser el último. La sidhe había conseguido destapar un poco la alcantarilla antes de caer al barro, del que se estaba levantando lenta y dolorosamente sin apartar los ojos de la serpiente, que sacudía las plumas con el cuerpo tenso, como si quisiese avisarles de la inminencia de su siguiente ataque. El único modo que veía de escapar era tratar de alcanzar la pequeña abertura sobre sus cabezas, y eso suponía dejar a la joven atrás. Si seguía de pie, era más gracias a su voluntad que a las fuerzas que le quedaban. Y aun así, miraba a la serpiente como si estuviese dispuesta a luchar contra ella.

«Qué las estrellas nos ayuden. Estamos perdidos». Cuando esa idea cruzó su mente vio salir de las sombras una figura justo tras la gran serpiente, como si acabase de atravesar la pared. La reconoció al instante. Elegante, vestida de negro, blanca como los huesos en el desierto. Sus ojos oscuros le sonrieron. Era la dama de los mirlos. El fantasma que llenaba sus sueños de pájaros. Lo miraba como si esperase una orden, o una súplica. Jadul no tenía la entereza para exigirle nada a aquel espectro. «Tú no quieres que muera», pensó con la certeza de que ella podía leer sus pensamientos como si los viese escritos en el aire. La dama le sonrió. «Aún no», le contestó sin voz, mostrándole una sonrisa de dientes negros y encías pálidas. Alzó una mano y su silueta se transformó en un silencioso estallido de plumas y batir de alas, tomando la forma de centenares de pequeños pájaros negros que se lanzaron como flechas contra la cabeza de la serpiente. Una nube densa de picos y garras afiladas comenzó a aguijonear sin piedad los ojos del monstruo. La implacable bandada atacaba la lengua y los oídos del monstruo como una lluvia de alfileres. El monstruo bramaba y sacudía la

cabeza, escupía veneno, daba dentelladas en el aire. Por cada pluma que caía, tres pequeños mirlos se alzaban del suelo.

Jadul se quedó paralizado, contemplando cómo sus recientes pesadillas cobraban vida. La joven no esperó a que reaccionara, volvió a trepar a sus espaldas y logró alcanzar la alcantarilla. Esta vez apartó la tapa y gritó ofreciéndole la mano sana. El phoka la cogió por puro instinto de supervivencia. Salir por fin a cielo abierto lo devolvió a la realidad. Cerró la tapa a toda prisa y se sentó encima con el corazón desbocado. No quería que nada de lo que se había quedado allí abajo saliera a la superficie. Entonces se dio cuenta de que la muchacha que tenía a su lado lloraba en silencio, presa de una tiritera que apenas la dejaba moverse. Se había acuclillado en el suelo, quizás para conservar un poco de calor. Estaba empapada de pies a cabeza, totalmente cubierta por el barro asqueroso de las cloacas, medio desnuda, ensangrentada y tan magullada que no entendía cómo podía seguir consciente. Se acercó a ella despacio y le pasó un brazo por los hombros, atrayéndola hacia él.

—Tranquila —le susurró—. Estamos a salvo.

La joven enterró la cabeza en su hombro, temblando, y Jadul no pudo evitar rodearla con los brazos, ronroneando como solía hacer cuando Manx se despertaba de una de sus pesadillas infantiles. Cerró el ojo bueno, refugiándose en el calor de la muchacha. Quería olvidar a la dama de los pájaros, su sonrisa de humo y los nichos oscuros que eran sus ojos. Tuvo que volver a abrirlo, aterrorizado. En la oscuridad no había refugio para él. Le pareció ver que asomaban plumas de un roto en la manga de su camisa, y tuvo que apartarse de la sidhe conteniendo un grito a duras penas. Al mirar mejor, descubrió que el miedo le había jugado una mala pasada y nada más.

—¿Estás bien? —preguntó su compañera.

—Sí —respondió sin mucho convencimiento—. Necesito ropa seca y una buena cama, nada más.

—Tenemos que ir a Palacio. —Señaló el edificio con la barbilla.

Era la primera vez que estaba tan cerca del edificio, se giró a mirar a su alrededor. Estaban en un callejón sin salida, pero no se parecía en nada a aquellos por los que solía moverse. El suelo estaba empedrado y limpio. Los rodeaban muros altos, con diseños elegantes y bien pintados que cercaban densos jardines. Jadul comprendió que estaba en el Barrio Real. El miedo volvió a apoderarse de él. Si alguien veía a un gentil sucio en compañía de una noble malherida lo más probable sería que acabase con sus huesos en una celda. Acercarse a Palacio era lo que menos le apetecía en aquellos momentos. La sidhe trató de ponerse de pie apoyando la mano sana en el suelo. Debía tener el brazo derecho roto, le colgaba del hombro de mala manera y la mano estaba amoratada, con los dedos hinchados como las uvas del espino. Cayó de rodillas, jadeando de dolor. Jadul se arrancó una pernera del pantalón, no podía hacer un cabestrillo porque a la joven le resultaba imposible doblar el brazo, así que se lo sujetó al cuerpo como pudo para que al menos dejase de moverlo.

—No puedo llevarte a Palacio —se sinceró mientras apretaba el nudo con todo el cuidado del que era capaz—. En cuanto alguien me vea con estas pintas llamará a la Guardia y acabaré preso.

—Soy la Alférez Mayor de la Guardia, si alguien te toca un pelo será él quien acabe en una celda. Te lo juro por los ojos de Danu —le contestó la joven con la voz ahogada por el dolor.

—¿Qué? —chilló sorprendido el phoka.

—Soy Sygurn de Ventisquero, Alférez Mayor del reino, copera del Alto Consejo y banderiza del Senescal Real —recitó a duras penas—. Si me llevas a Palacio, te estaré eternamente agradecida.

Si la intención de la sidhe era tranquilizarlo recitando semejante ristra de títulos y honores, no debía de tratar con demasiados gentiles como él. Jadul se sintió atrapado, no quería dejar a su suerte a un hada herida, menos aún a alguien que podía hacerle la vida muy difícil si se lo proponía, pero tampoco quería acercarse a Palacio, un lugar del que podía salir muy mal parado. Una pequeña

puerta de servicio al final del callejón le hizo mantener un atisbo de esperanza.

—Voy a pedir ayuda. Seguro que alguien puede llevarla a casa, mi señora.

—Ayúdame a levantarme. Nadie va a hacerle caso a un gentil embarrado con los pantalones rotos.

Le sobraba razón. Caminaron lentamente hasta la puerta. La sidhe apretaba los dientes cada vez que movía el brazo herido. Jadul tampoco estaba en su mejor momento, el camino hasta la puerta fue agónico. Cuando golpeó el aldabón estaba sin aliento y le temblaban ligeramente las piernas, aunque eso tenía más que ver con el miedo que con el dolor o el cansancio. Les abrió una leprechaun con un delantal blanco y bien almidonado y el pelo recogido dentro de una cofia. Una expresión de espanto se abrió paso entre las arrugas de su rostro y le dejó muy claro al phoka que lamentaba muchísimo haber abierto.

—Soy la Dama de Ventisquero —dijo Sygurn con la voz rota—. Alférez Mayor de la Guardia y exijo que tu señor nos proporcione un transporte hasta Palacio.

—Mi señor no está aquí en estos momentos —tartamudeó—. Yo no…

—Tu señor no necesita estar aquí para que obedezcas a la jefa de la Guardia, tendrás más problemas si no lo haces. Necesito un carruaje adecuado y algunas mantas para regresar a Palacio. Y lo necesito de inmediato.

La criadita empezó a temblar de pies a cabeza, balbuceó unas disculpas y se marchó dejándolos de pie ante la puerta abierta, que daba a una despensa. Jadul escuchó como la sidhe bufaba de exasperación.

—Entremos —dijo empujando suavemente al gato.

—No tenemos permiso…

—Me limpió el culo con su permiso, tengo frío y necesito una silla —gruñó.

No pensaba discutir con la jefa de la Guardia. La ayudó a entrar y a sentarse. La sidhe dejó escapar un grito de dolor y se derrumbó en el respaldo. La sangre le corría por varias heridas, una de ellas sobre la ceja. Estaba pálida, temblaba de pies a cabeza y parecía que le costase enfocar la mirada. Necesitaba un sanador rápidamente.

—Mi señora, aquí se harán cargo de vos. Yo debo regresar a casa, mi familia debe estar preocupada por mí y mi ayuda ya no os es necesaria.

Unos ojos grises cargados de determinación se clavaron en él.

—Necesito hablar contigo en un lugar seguro, y hasta que no lo consiga no pienso dejar que vayas a ninguna parte.

Era una orden tajante, desobedecer no era una opción. Los gentiles nunca tenían esa opción. Jadul se sentó en otra de las sillas, le dolían los huesos y estaba muy cansado.

—Como gustéis, señora.

—Y deja de llamarme «señora» —le gruñó.

Un mayordomo de librea parda entró apresuradamente a la despensa. Su cara alargada tenía el color exacto de la leche cortada. Al ver a la sidhe comenzó a hacer tantas reverencias que Jadul acabó convencido que no iba a tardar mucho en dolerle la espalda.

—Mi Señora de Ventisquero, os ruego que disculpéis a la pobre Sonsaila. Para el Señor de CerroHermoso será un honor poner a su disposición un carruaje, estamos enganchando nuestros caballos ahora mismo. Sin duda sabéis que mi señor no está…

—Estamos helados, un par de mantas y algo caliente de beber no estaría mal. ¿O es que la Casa de CerroHermoso no conoce la hospitalidad?

El mayordomo miró de reojo al phoka.

—¿Es su criado, señora?

—Es un hada herida y hace frío —replicó visiblemente enfadada.

No tardaron mucho en tener una manta sobre los hombros y una taza de té delante. La sidhe apenas probó la suya. Jadul se dio cuenta de que luchaba por mantenerse consciente. Movió su silla y

la colocó junto a ella para que sujetarla si era necesario. Sygurn no parecía darse cuenta de su presencia, había cerrado los ojos y movía los labios como si hablase para sus adentros o recitase un hechizo secreto. La escuchó suspirar, un suspiro de inmenso alivio. Lloraba y sonreía al mismo tiempo, secándose la cara con la mano sana. El gato se limitó a observar, convencido de que estaba viendo algo que escapaba a su comprensión.

Comenzó a beberse el té a sorbos, más para ocuparse en hacer algo que porque realmente le apeteciese. Tenía el estómago revuelto y una sensación de angustia que le oprimía el pecho. Beber lo ayudó a no quedarse en blanco y, pese a que las infusiones no le entusiasmaban, tenía que reconocer que aquella era muy buena; a Uro le habría encantado. Ese pensamiento lo entristeció, quería creer que la sidhe lo dejaría volver a casa y olvidarse de aquella pesadilla. Quería dormir abrazado a su esposo, acurrucarse contra su piel y sentirse de nuevo a salvo. Quería confiar, pero todo lo que conocía sobre los nobles lo obligaba a no hacerlo. Solo esperaba tener la oportunidad de recuperar su antigua vida, de poder contarle a su marido lo que había pasado. Tenía que ponerlo a salvo de Murena, tenía que encontrar a Manx y llevársela lejos de Alia. Al pensar en la gata se le cortó la respiración, revivió el miedo que había sentido al caer al vacío totalmente cegado. Nunca habría creído que Alia sería capaz de dejarlo morir sin decir una palabra a su favor, sin mover un dedo para evitarlo. Por muy mal que estuvieran las cosas entre ellos. Aquella noche había traspasado una línea intolerable. «Para mí está muerta», pensó apretando las manos contra la taza. «Es ella la que ha caído a lo más profundo del infierno, no yo». La idea ardió en su cabeza con fuerza, pero en lugar de enfurecerlo, lo sumió en la más profunda de las tristezas. Pensó en el llanto que habían escuchado, en los golpes, y le sorprendió que ya no era capaz de compadecerla. Ocultó la cara entre las manos y se echó a llorar sin poder contenerse. ¿Cómo podía haberse convertido un amor tan hermoso en un sentimiento tan terrible? ¿Cuántas veces le había jurado que

la amaría hasta el último día de su vida? «¿Qué hice mal? ¿Qué he podido hacer para que me odie de este modo?».

El cuerpo de Sygurn se apoyó contra el suyo, sacando al phoka de sus pensamientos. La muchacha había perdido el conocimiento. Pidió ayuda a gritos y logró que los criados trajeran por fin el carruaje que le habían preparado, usaron un par de mantas como angarillas para introducirla en la cabina. Jadul se sentó en uno de los asientos y un par de bogans robustos colocaron a la joven sobre su regazo para que la sostuviera. Cuando el conductor azuzó a los caballos, no pudo evitar sentir un pellizco en el pecho. Llevaba en brazos a la Alférez Mayor, malherida e hirviendo de fiebre. ¿Cómo iban a recibirlo en Palacio? ¿Qué podía explicarles? No podía creerse que estuviese a punto de entrar en él. La mayoría de las historias que conocía sobre aquel lugar hablaban de calabozos oscuros, inocentes a los que mandaban a la picota y hadas que no volvían a ver salir el sol por crímenes nimios o errores de la Guardia. «No he hecho nada malo», pensó sin lograr tranquilizarse ni un ápice. No se trataba de ser inocente, sino de que creyesen que lo era.



30. Dos caras de la desgracia

La mansión debió de ser impresionante en algún momento. Ahora era una colección de parches improvisados y malas hierbas que crecían como les apetecía sin que nadie le pusiese remedio. Entre los muros reinaba un jardín casi salvaje que daba refugio a una buena colección de gorriones, golondrinas, alondras, ratas y ratones. Las ardillas saltaban por las vigas como si el lugar les perteneciera. Costurina tenía estudiadas a todas las criaturas que habitaban sus dominios, le gustaban todas, desde las salamandras que campaban a sus anchas por los techos hasta las pequeñas culebras que se zampaban todo lo que encontraban a su paso. Le explicó cómo conseguían mantener a raya a las avispas mientras la paseaba por una pérgola improvisada cubierta de parras secas. La niña le estaba ofreciendo a Nicasia una visita guiada por la enorme casa y sus habitaciones llenas de moho y olvido. La mestiza la escuchaba a medias, era difícil no contemplar aquel esplendor perdido sin sentir un pellizco de melancolía. Era extraño pensar que todas aquellas habitaciones las ocupaba una sola familia. Ella se había criado en los corredores atestados de la Ciudad de Piedra, donde nunca sobraban el espacio y la intimidad era un lujo. Y luego en la caravana, que no era tan diferente de las montañas, una ciudad que rodaba bajo el cielo donde las hadas seguían viviendo apelotonadas porque creían firmemente que la unión hacía la fuerza.

Tanto espacio vacío y silencioso le producía una extraña tristeza, era raro sentir algo por una gente a la que nunca había conocido,

pero era exactamente lo que ocupaba su corazón mientras caminaba. Le encantaría devolverle la belleza a aquella casa para llenarla de gente, de risas, de colores.

La bogan se detuvo frente a una puerta con pintura craquelada, al fondo de un pasillo.

—Esta habitación era de unos niños, pero a Marsias no le gusta que entremos y a mí me da miedo.

—¿Miedo? ¿Por qué? —preguntó con verdadero interés.

La niña se había ocultado tras ella y hundía la cara en sus faldas. Nicasia volvió a mirar la puerta cerrada, no parecía tener nada especial.

—Hay un espejo malo —respondió con la respiración entrecortada.

—Voy a verlo, seguro que no le pasa nada.

—¡No! —chilló la niña alejándose a la carrera.

Unos pasos resonaron en el patio. La bogan se giró hacia Nicasia.

—Por favor, por favor no le digas a nadie que no estoy con papá —rogó.

Antes de que pudiera contestarle, Costurina había levantado las tablas de madera de uno de los escalones que acababan de subir y se coló por el hueco con la misma agilidad que uno de los ratones que acababa de hablarle, dejando ver un largo pasillo antes de volver a tapar la entrada con la tabla después de volver a lanzarle una mirada suplicante. Seguramente conocía muchos escondrijos como ese y se movía por la casa a su aire sin que nadie lo supiese.

Al quedarse sola, dudó un poco sobre qué hacer, tenía demasiada curiosidad como para ignorar la puerta. Ya no se escuchaban los pasos. Imaginó que nadie se ofendería demasiado si echaba un vistazo rápido. Giró el picaporte y entró a una habitación misteriosamente libre de vegetación o bichos, los muebles estaban bien conservados. De las ramas de un árbol maravillosamente esculpido colgaban dos camitas. Estaban hechas, con sábanas limpias y mantas de colores. El espejo que aterrorizaba a Costurina ocupaba casi toda la pared justo frente a las camas, tenía un marco

de cerámica verde, imitando la vegetación que crecía junto a las pozas. Debía de ser bastante antiguo y estaba hecho de plata. El paso del tiempo lo había oscurecido y la superficie estaba salpicada de pequeñas manchas negras, como mosquitos atrapados contra un cristal ahumado. Nicasia se acercó, le recordaba a un pequeño lago horizontal, de aguas profundas, podía sentir una leve aura mágica que fluía suavemente a su alrededor. No entendía qué asustaba tanto a la niña. La habitación era confortable, un pequeño bosque artificial para niños afortunados.

—¿Nadie te ha dicho que fisgonear en una casa desconocida es de mala educación? —dijo una voz a sus espaldas.

Se apartó del espejó sorprendida y avergonzada. El sátiro estaba parado ante la puerta, se había puesto un faldellín de color avellana y nada más a pesar de que la mañana era bastante fresca. Era tan alto que casi rozaba el dintel con los cuernos, retorcidos hacia atrás como los de un carnero, ocultos entre una mata de rizos que se extendía hacia las mejillas para formar una barbita frondosa y bien recortada. Enmarcaban una boca a la que le sentaba bien la sonrisa. Una enredadera de hojas de hiedra tatuada recientemente le recorría el brazo desde el hombro hasta el dorso de la mano.

Nicasia pensó que la suya era una belleza poco corriente, asalvajada, sin adornos y seguramente no del gusto de todo el mundo, aunque a ella le resultaba agradable.

—Perdone —respondió con la cara encendida de vergüenza—. Debí quedarme en la cocina.

No sabía si mencionar a la niña que le había hecho de guía, pero decidió no culparla. Nicasia había entrado en la habitación sin permiso, el error era totalmente suyo.

—Tranquila, mi casa se presta a los vagabundeos. No tiene importancia. —Se acercó a ella extendiendo la mano—. Me llamo Marsias, por cierto. Lamento no haberme presentado antes.

—Nicasia —contestó estrechándole la mano. El sátiro la giró y se agachó para darle un delicado beso en el dorso.

—Un honor conocerte, por fin. Muchas gracias por traer a Asha.

—¿Está bien?

Marsias sonrió de nuevo.

—No ha sido nada grave, por suerte. Podrás verla dentro de un rato, le he dicho que se eche. En un par de días estará mangoneando como siempre. Me ha pedido que te invite a comer con nosotros hoy.

No le apetecía volver sola al taller, y aún menos sin ver antes a la carpintera. La invitación era una tabla de salvación en mitad de un naufragio. Aceptó con una inclinación de cabeza. Una sonrisa amplia iluminó el rostro de su anfitrión.

—¡Estupendo! Hace mucho que no tenemos invitados. ¿Me ayudas a preparar algunas cosas?

—¿Esta es tu casa?

El sátiro asintió.

—De mi padre, el Señor de los Vados. Se fue a sus tierras natales hace muchos años y mi madre se quedó aquí, con mi hermano y conmigo. Llevo toda la vida entre estas paredes.

A Nicasia se le ocurrían muchas preguntas. ¿Cómo podía un gentil vivir en el Barrio de los Sidhe? ¿Por qué vivían con él Asha y su familia? No parecía posible que los nobles permitiesen vivir junto a ellos a un puñado de hadas vulgares, al menos por lo poco que conocía de la ciudad. El Barrio Alto estaba amurallado, ellas habían tenido que enseñar un permiso para entrar. Hacía falta ser muy idiota para no darse cuenta de que en esa situación había algo extraño. Se reservó la curiosidad, en cualquier caso la vida de Asha no era asunto suyo, no quería parecer maleducada o entrometida haciendo preguntas indiscretas. Marsias la guio escaleras abajo, de vuelta a la cocina. Costurina se había esfumado sin dejar rastro, seguramente jugando en algún rincón de aquel lugar inmenso con alguno de sus amigos.

—Luego iré a avisar a Marmitón de que tenemos invitados, es un excelente cocinero, uno de los mejores de la ciudad —le contó Marsias—. Pero antes sacaremos un par de cosillas para celebrar la ocasión como se merece.

El sátiro se había parado frente a un aparador de madera y mármol. Comenzó a sacar una colección de copas de cristal talladas con un gusto exquisito y decoradas con filigranas de plata. La mestiza abrió los ojos como platos, jamás había visto algo así. Su anfitrión sacó también varios vasos de alabastro verde.

—Estos eran los favoritos de mamá —murmuró el anfitrión para sí —. Creo que sacaré el juego de vajilla entero. Hace mucho que no tenemos ocasión de usarla.

—Quizás Asha no esté de humor… —se atrevió a decir Nicasia.

—Por eso no te preocupes, una buena comida es la mejor manera de olvidar un disgusto. Brindaremos a la salud del malnacido de Urakarnake, a ver si encuentra de una vez la horma de su zapato.

El sátiro sacó también una caja de madera oscura en la que guardaba una cubertería de oro y plata y un mantel de lino blanco que olía a esencia de rosas, bordado con unos gorriones tan realistas que no le habría extrañado verlos salir de la tela para ponerse a buscar migas. Nicasia no se podía imaginar comiendo en una mesa tan lujosa, tocaba cada objeto con un temeroso respeto. No entendía por qué el dueño de un tesoro de esas dimensiones vivía en una casa en ruinas. Lavaron y secaron la vajilla mientras su anfitrión le contaba que Asha solía hablarles de la nueva aprendiz del taller. Nicasia le explicó la mentira que tenía preparada, que era de CorreCabras, un pueblo perdido del suroeste de TerraLinde, y que había llegado a la Corte de los Espejos con los Ibn Bahar en busca de una vida menos apacible. Marsias la escuchaba sin hacer demasiadas preguntas, parecía prestar una tremenda atención a sus palabras, como si le estuviese contando una historia que merecía le pena escuchar. Salvo Manx, nadie se tomaba la molestia de interesarse por ella. Nicasia se sentía extraña hablando tanto de sí misma, así que, cuando creyó que ya no quedaba nada reseñable por contar, se quedó callada secando vasos y colocándolos con inmenso cuidado sobre la enorme mesa de roble de la cocina.

Al acabar, Marsias se secó las manos en el pelaje de las patas.

—Creo que Asha ya estará despierta, así que puedes ir a buscarla si te apetece. Está en esta misma planta, la segunda puerta de este lado.

La acompañó hasta el patio, descolgó una túnica de un perchero junto a la puerta y la cerró con un cinturón del que colgaba una bolsa desgastada de cuero. Antes de salir se despidió guiñándole un ojo. No era que Nicasia conociese demasiadas hadas en la Corte, pero desde luego estaba segura de que ninguna era tan peculiar. Tras quedarse sola buscó la puerta que le había indicado y llamó suavemente.

—¡Pasa! —la invitó Asha desde el interior.

Entró a un pequeño despacho mal iluminado y casi vacío, salvo por una mesita llena de medicinas y un sofá desvencijado en el que estaba sentada Asha. La knocker tenía la cara hinchada, no podía abrir el ojo izquierdo y llevaba la mano derecha vendada. Con la otra se apretaba una bolsa llena de hielo contra la sien.

—No pongas esa cara, no es tan malo como parece —le dijo a Nicasia, que se había quedado paralizada en la puerta—. ¡Entra y siéntate conmigo!

Obedeció, el sofá se hundió de tal manera bajo su peso que pensó que acabaría tocando el suelo, Asha tuvo que recolocarse para no caerse encima de la mestiza.

—Menuda mierda de muelles, tengo que arreglarlos en cuanto pueda. La mitad de los muebles de esta casa o tienen termitas o están para tirar al fuego —protestó mientras se esforzaba por encontrar una postura cómoda entre el amasijo de cojines.

—¿Seguro que estás bien? —quiso saber Nicasia que no acaba de creerse lo que decía Asha.

La carpintera sonrió.

—Ha sido un mal trago. Urakarnake me da más miedo que un cesto de escorpiones y sé que no ha dicho su última palabra, pero sí, estoy bien. —Asha acabó tirando un cojín al suelo y sentándose encima con las piernas cruzadas—. Mira, a la mierda. Así voy a estar más cómoda y puedo sentarme frente a ti. ¿Tú estás bien?

—He tenido mañanas mejores —confesó retorciendo las manos.

—Lo siento, ha sido culpa mía. No debí echar a los albañiles del taller, supuse que a ese tarugo no le sentaría bien, pero no imaginaba que llegaría tan lejos. Os he puesto en peligro a todos, he sido una estúpida.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué no los quieres en el taller?

Asha volvió a coger la bolsa de hielo y se la puso en la nuca conteniendo un gesto de dolor.

—Tú pasas mucho tiempo trabajando con el maestro, no estás tan pendiente del patio como nosotros, que lo vemos desde la carpintería —comenzó a explicar la carpintera con voz temblorosa—. El carro tiene un falso fondo, lo hemos visto varias veces cuando la gata andrajosa cree que no miramos. Cada mañana, uno de los albañiles llega con una bolsa de cuero bastante grande, la mete en la herrería y luego, bien la vieja o tu amiguita, entran y se van a saber dónde. Luego esconden el resto en el carro… La obra no avanza… La están usando como base para algo que no me gusta un pelo. No me importa que lo hagan cuando Avispa esté aquí, él sabrá qué hace con su casa. Pero no quiero que la Guardia se presente mientras está de viaje. No pienso acabar en un calabozo por culpa de sus puñeteros trapicheos.

Nicasia la escuchó sin interrumpir. Ella también había acabado por sospechar de las phokas. Que Asha hablase de un doble fondo no la tomó por sorpresa. Más bien le resultó un amargo trago de decepción. No quería pensar que Manx estuviese en medio de un asunto tan aparentemente turbio.

—¿Crees que Avispa lo sabe? —hizo la pregunta casi por inercia, en realidad le asustaba mucho la respuesta.

—Avispa no es un soñador loco inofensivo. Yo no viviría en este barrio de mierda si no trabajase para él. Pero quiero que mi familia esté a salvo y eso puedo conseguirlo viviendo lejos de él.

—¿Por qué quieres vivir lejos de Avispa? —Necesitaba respuestas.

—Casi todos los que trabajamos en la Carbonería estamos en deuda con él de un modo u otro. Por eso nadie se marcha nunca a

otro gremio. En realidad, no podemos.

—Pero tú me dijiste que esperabas poder irte algún día y encontrar otro taller.

—Me refería a marcharme de la ciudad, buscar trabajo en algún feudo alejado —le explicó Asha—. Dudo que ningún otro gremio de la ciudad me aceptase.

—¿Por qué?

Eleazar le había explicado que los knockers tenían que pertenecer a algún gremio para poder trabajar o conseguir el título de maestro y fundar su propio taller. Algunos maestros trabajaban solos y no admitían aprendices, aunque esto era más habitual fuera de la Corte, en pueblos y aldeas donde tampoco había tantos constructores como para formar grandes gremios o talleres. Los knockers tenían su propia sociedad y sus propias reglas, en teoría era para protegerse unos a otros. Una herencia de los tiempos en los que aún eran hadas perseguidas, no solo por los goblins, que los consideraban unos traidores por salir de las montañas para vivir en ciudades con otras hadas, sino de los propios sidhe, que no sabían si podían fiarse de aquellos recién llegados que habían rechazado a su propia sangre. Los gremios se crearon para proteger a todos los knockers, creando lugares de trabajo seguros donde primaba la solidaridad. Con el tiempo, la estructura se había convertido en una cárcel para los más pobres, que estaban atrapados a merced de sus maestros.

Asha bajó la cabeza con los ojos llorosos.

—Tengo que pagar la deuda de mi hermana, Mey. Era vidriera y nadie labraba el cristal como ella. Sabía colorear el vidrio con una delicadeza exquisita. Hacía mucho que era mejor que su maestro, pero el muy bastardo no quería que su taller perdiese a una trabajadora tan valiosa y se negaba a presentarla a las pruebas de maestría. Mey decidió que conseguiría presentarse a las pruebas pagando la cuota del examen. Como te puedes imaginar, no tenía el dinero. Ni iba a tenerlo en muchos años. Intentó hacer piezas por su cuenta y venderlas a espaldas de su maestro. Cuando la pillaron,

Avispa se ofreció a pagar la multa y la cuota del examen si a cambio le fabricaba unas piezas que necesitaba. Su marido y yo le rogamos que no aceptara, pero ella no quería pasarse el resto de su vida como aprendiz de un taller de segunda y condenar a su hijo a la pobreza. Decía que no quería vivir como una esclava.

Una sonrisa amarga cruzó la cara Nicasia, muchas veces había oído a los aprendices quejarse de que trabajaban como esclavos cuando tenían días libres, sueldos propios y podían dormir donde quisieran. Aquellas hadas no entendían lo lejos que estaban de la esclavitud, los aprendices podían soñar con mejorar sus condiciones de vida, eran dueños de sus cuerpos y de sus destinos. Apartó aquellos pensamientos oscuros y volvió a centrarse en la conversación.

—Y aceptó el pacto de Avispa.

—Pues claro que aceptó —corroboró Asha—. Avispa le propuso que cuando hubiese pasado la prueba y se estableciese como maestra, colaborasen para fabricar muebles y juguetes. Pero Mey no llegó a hacer el examen. La mañana de antes, su esposa se despertó y Mey ya no estaba en la cama. Les pregunté a sus otros esposos, pero ninguno de ellos sabía nada. No apareció en todo el día, ni en los días siguientes. Nadie supo nada de ella hasta que su cuerpo apareció flotando en las alcantarillas —dijo llena de odio—. En los últimos días de su vida, Mey estaba muerta de miedo. No quería decirme el motivo y trataba de disimular, de convencerme de que todo iba bien. Siempre sospeché que Avispa estuvo involucrado.

»Las leyes sidhe dicen que los hijos han de hacerse cargo de las deudas de sus padres. Pero yo quiero cumplir el sueño de Mey, que su hijo crezca libre. Avispa ya había pagado la cuota del examen y exigió que alguien se hiciese cargo de ella. Así que lo hice yo.

—¿Y el resto de la familia de Mey, Asha? ¿Ellos no te ayudan?

La carpintera sonrió sinceramente por primera vez desde que comenzaron a hablar.

—Claro que sí, luego conocerás a uno de ellos. ¿Y tú, Nicasia? ¿Por qué acabaste en el taller?

—Mi maestro no quería una aprendiz, quería una concubina. Así que una noche le robé todo el dinero que tenía en el taller y me largué. Llegué con los Ibn Bahar, pero no tengo permiso de trabajo.

No estaba diciendo la verdad, aunque tampoco era del todo una mentira. Aquellas hadas estaban tratando de ayudarla porque no sabían qué era ella. De saberlo, su actitud habría sido muy diferente. No se sentía culpable, los escrúpulos eran un lujo que nadie que hubiera vivido en las casas de los esclavos estaría dispuesto a permitirse. Aun así, era agotador recordar los detalles de una historia que no era completamente suya, se estaba escondiendo tras un fantasma que amenazaba con disolverse en la nada en cualquier momento. Asha sacó su petaca y, una vez más, le ofreció un trago que esta vez Nicasia aceptó. La carpintera bebía un aguardiente que se pegaba a la garganta como el papel de lija.

—Así que estamos las dos jodidas, ¿no? —bromeó la carpintera cuando la mestiza le devolvió la petaca.

—Eso parece —sonrió Nicasia sin ganas.



31. El camino intermedio

Una cascada de perlas diminutas caía sobre los hombros delgados de Elio de AltaCumbre. Su atuendo, por llamarlo de alguna manera, consistía en una miríada de perlas deslumbrantes cosidas unas a otras para formar una suerte de reluciente túnica larga. La prenda dejaba adivinar sin demasiado esfuerzo un cuerpo delicado con una piel brumosamente pálida sostenida por unos finos huesos de garza. El sidhe caminaba descalzo por sus dominios con los tobillos y las muñecas rodeados por ajorcas de plata y hueso de dragón, dejando tras de sí el tintineo de sus joyas y el humo azul de su larguísima pipa de espuma de mar con incrustaciones de nácar. Lo seguía como siempre un nutrido grupo de hadas jóvenes, escasamente vestidas y coronadas con flores frescas. Juglares, acróbatas, bufones y acompañantes sin más talento aparente que el de tener una bonita figura y un ánimo complaciente lo arrullaban a cada paso. Gwyllión lo saludó con una reverencia, a fin de cuentas era su anfitrión. Elio le dedicó una sonrisa fugaz de cortesía, protocolaria y desganada, que ni siquiera acompañó con palabras, volviendo su atención de inmediato al pecho desnudo de un bogan que tocaba un tamboril diminuto usando como baqueta un falo esculpido en hueso. La sidhe se alejó del grupo ocultando su hastío. Aquel comportamiento era impropio de un Alto Señor y explicaba por qué pasaba tan poco tiempo en la Corte de los Espejos, allí la naturaleza y la asiduidad de sus diversiones serían difíciles de ocultar. No podría vestirse como un

acólito de la celosía ni ocultar su absoluto desinterés por los asuntos del reino.

Gwyllión se sentó en una galería acristalada con vistas a las montañas de VientoEterno. Desde allí podía disfrutar de la belleza helada de los picos azules, un paisaje muy diferente a los de sus tierras natales, en las que no abundaban aquellos bosques tan espesos que parecían impenetrables. Observar el vuelo de los inmensos alasdenieve trazando amplios círculos en el cielo, ocultos entre las nubes o aprovechando el contraluz para buscar presas sin ser vistos, le parecía un modo sobrecogedor de experimentar una belleza salvaje y sin reglas. Allí fuera, entre los picos helados, todo parecía azul y blanco, frío y distante. La ilusión de estar lejos del mundo, tan por encima de todo que ni los problemas podían alcanzarla, la relajaba, aunque fuese totalmente consciente de que no era más que un engaño, el rato de paz que obtenía la ayudaba a huir de sus pensamientos.

Cada día que pasaba se convencía más y más de que viajar a AltaCumbre había sido una enorme pérdida de tiempo. Rheia era encantadora y sus esfuerzos como anfitriona, dignos de alabanzas. Desde que habían llegado no había hecho otra cosa que esforzarse por entretenerla, encargándose de una tarea que en principio debía cumplir su señor. Habían montado a caballo llevando con ellas los gyvernos, que trataban torpemente de cazar y jugar entre los árboles. Ellos, al igual que Gwyllión, tenían muy pocas oportunidades de disfrutar de una libertad tan plena. Regresar a la Corte se le haría muy duro, era volver voluntariamente a la boca del lobo, pero si quería heredar el título de su padre no tenía más opción y allí estaba perdiendo el tiempo. Elio no parecía interesado en ayudarla, en realidad no parecía que le interesase nada más allá de sus placeres. Era hora de reconocer el fracaso y regresar. Allí no le quedaba nada por hacer.

Un criado con la librea de AltaCumbre entró en la galería haciendo una delicada reverencia. Los criados de Elio eran todos jóvenes y hermosos. Gwyllión no tenía motivos para dudar de sus

habilidades. Pese a que la mayoría de los que había visto apenas superaban la adolescencia, parecían competentes, exquisitamente educados y siempre mostraban una sonrisa dulce, bien ensayada. Era algo que no echaría de menos. La presencia de aquellas hadas jóvenes, de voces dulces y ánimo servicial, la incomodaba.

La noche de su llegada dos jovencísimos sluaghs, de larguísimos cabellos oscuros, lacios como cortinas de seda, e idénticos como gotas de agua la ayudaron a desvestirse y le prepararon un baño. Las habitaciones que le habían cedido eran tan amplias que podría haberse traído a todos los criados de su palacio e instalarlos cómodamente. Tenía un dormitorio inmenso, una cama monstruosa con forma de carruaje tirado por cuatro unicornios esculpidos con todo su realismo en turmalina azul con aparejos de oro y marfil. Un dosel de gasa con encaje cubría el desmesurado lecho, vestido con sábanas de seda bordadas sobre las que descansaba una colcha de terciopelo recamado con el emblema de los AltaCumbre. Los altos techos estaban cubiertos con frescos que representaban a Danu trayendo la noche a los cielos rodeada de una corte de Aen Sidhe escandalosamente ligeros de ropa y en una actitud que no indicaba que quisiesen dormir precisamente. Las paredes eran un abarrotamiento de cuadros y tapices, de dorados y espejos. No había un rincón donde reposar la vista, en todas partes había adornos, plumas, flores. El baño no era menos exagerado; podría haberse metido cómodamente en la bañera con Feroz sin necesitar espacio. Pero no fue el gyverno el que se metió en el agua, sino los criados, que al desprenderse de sus ropas desvelaron ser un muchacho y una muchacha lo bastante tiernos como para ser sus hijos. Gwyllión los echó del baño sin contemplaciones. Cuando terminó de lavarse, se secó ella misma.

Le costó mucho trabajo dormirse, la monstruosa cama parecía dispuesta a tragársela y al apagar la luz, le pareció que la oscuridad era demasiado densa. Se sintió tan a merced de sus pensamientos, que llamó a los gyvernos. Al notar el calor de las escamas lisas de Feroz logró conciliar el sueño.

Ahora miraba al jovencito que se acercaba discretamente hasta ella con una bandeja de plata en la mano y no podía evitar recordar el incidente. Le costaba sonreír o ser amable con la pléyade de adorables sirvientes del castillo, eran como flores creciendo sobre un cadáver, la belleza que oculta una profunda podredumbre. Miró la bandeja, sorprendida de encontrar en ella un sobre con la letra de Rheia. La Dama de SilvaViento se disculpaba por no poder pasar tiempo con ella esa mañana, una visita inesperada requería de su atención, aunque esperaba que pudiesen almorzar juntas. Además, le rogaba que atendiese a otra visita que acababa de llegar. Gwyllión suspiró, no le quedaba más remedio que recomponer sus ánimos para no defraudar a su anfitriona antes de decirle que era el momento de regresar a la capital.

—Bien —dijo dejando el sobre de nuevo en la bandeja—. Me haré cargo del invitado de su señoría, llévame hasta él.

—La Dama Rheia nos ha ordenado que preparemos un par de caballos de paseo —contestó el joven sin levantar la cabeza.

—En ese caso iré a mis habitaciones a ponerme ropa de montar. ¿Quién es nuestro invitado?

—Es el Señor Aglanor de QuiebraFuegos, su gracia.

La respuesta la pilló por sorpresa, el nombre no le era del todo desconocido. Justo en aquel momento no era capaz de recordar dónde lo había oído antes. Se fue a sus habitaciones, donde los gyvernos habían vuelto a hacer de las suyas destrozando los cojines y las almohadas de plumas. El suelo alrededor de la cama era una esponjosa alfombra blanca, Feroz tenía plumón pegado alrededor de los ojos como si le acabasen de salir unas exageradas pestañas esponjosas. Veloz estaba subido en la cama intentando meterse bajo el colchón, ambos salieron a su encuentro cuando la vieron entrar, siseando y lazándose mordiscos el uno a otro. Feroz era algo más grande y Veloz solía mantenerse a una distancia prudente, aunque aquel día estaban revoltosos. Un buen paseo les sentaría bien, el frío siempre les calmaba el ánimo. Cuando regresase, trataría de salir más con ellos, iría a montar al bosque de las ardillas o las riberas del

río Niebla. Mientras les daba vueltas a estas ideas recordó de qué le sonaba el nombre de QuiebraFuegos, sus tierras natales no estaban lejos de sus lindes, pertenecían a VuelaPluma. Su padre había nombrado a aquella familia alguna vez, probablemente fuese uno de sus antiguos pretendientes. No lo recordaba, era imposible retener todos los nombres o las caras de los que habían pasado por el salón de su padre, aunque ese caso era extraño. ¿Qué intereses podría tener un noble de VuelaPluma para querer unirse con DanzaDragón? No era que las casas estuviesen enemistadas, la relación entre ambas era excelente y aun así la maniobra era arriesgada. Dudaba de que Calendemyn. hubiese dado el visto bueno a ese matrimonio. ¿Y su padre? ¿Fue uno de los pretendientes a los que él rechazó o lo hizo ella?

Llegó hasta el patio de caballerías seguida por sus animales, tratando de poner en orden sus recuerdos sin lograrlo. El patio de la fortaleza de los AltaCumbre no era demasiado grande, estaba construido en el pico de Corazón de Invierno, una de las montañas más altas de la región, el espacio era escaso y para disimularlo estaba ajardinado. El acebo y los agracejos crecían junto a hermosos matorrales de corazón de lobo primorosamente podados, de modo que al cruzar la puerta tenías la súbita impresión de estar ya en mitad del bosque. Solo los muros cubiertos de lanosas azules y el arco de piedra que daba al camino exterior recordaban que aún estaban en el interior del castillo. Gwyllión se alegró de haber escogido un buen manto de pieles y sus pantalones de montar más gruesos, la mañana era gélida. El mozo de cuadra que sujetaba los caballos tiritaba sin disimulo sosteniendo las riendas de dos percherones lanudos de color gris oscuro, con las crines y la cola bien trenzadas. Eran animales que ya se habían acostumbrado a la presencia de los gyvernos, algo que no podía decirse del joven QuiebraFuegos, que al ver salir a los enormes reptiles dio un pequeño paso hacia atrás y echó la mano a la empuñadura de la espada. La reacción del noble la hizo sonreír, ojalá pudiese intimidar a todo el mundo con sus mascotas con la misma facilidad. Aglanor

se recompuso al ver cómo Gwyllión cruzaba la puerta. Le dedicó una sonrisa resplandeciente y salió a su encuentro sin un atisbo de miedo. Iba vestido de manera impecable, siguiendo la última moda de Palacio, una capa corta de terciopelo cerrada con un broche que lucía el escudo de su Casa, un tabardo grueso a juego casi hasta media pierna, y unas botas altas. Salvo por el broche y tres pequeños pendientes de oro, no llevaba joyas. Toda su ropa jugaba con los colores burdeos y naranja, probablemente los que luciría el estandarte de su familia. Como caballero, le correspondía llevar al cinto un puñal y una espada corta, lucía el conjunto colgado en un cinto repujado. El metal brillante y el cuero bien aceitado dejaban claro que el joven, como muchos sidhe de su generación, era un soldado de torneo. Probablemente solo conocía las Guerras Goblin por las historias que le habían contado de ellas.

Gwyllión extendió la mano y permitió que el joven le besara la punta de los dedos. Lo hizo con gracia y delicadeza, sin retenerla ni un instante más de lo necesario.

—Es un placer conoceros, Dama Gwyllión. Se habla poco de vuestra belleza en la Corte —dijo haciendo una reverencia.

Este juego de caballeros y damas era algo a lo que ella sabía jugar, fingió sonrojarse bajando modestamente la vista mientras retiraba la mano.

—La Corte tiene asuntos más importantes que tratar.

El joven Aglanor sonrió seguro de sí mismo.

—Pero no más agradables —añadió recogiendo las riendas de los caballos de la mano del tembloroso criado—. Estaba lamentando no poder reunirme con la Dama Rheia, pero os aseguro que al veros he dejado de hacerlo. ¿Os apetece acompañarme en un paseo?

—Si no os importa que Feroz y Veloz vengan conmigo, será un placer acompañaros.

No se le pasó por alto la vaga mirada de desconfianza que Aglanor dedicó a los gyvernos, fue fugaz y primaria. El noble la ocultó tras una sonrisa cortés mientras se subía a su enorme caballo.

—Por supuesto que no —contestó con una estudiada calma.

Se decía que AltaCumbre y VuelaPluma eran fortalezas inexpugnables, ambas construidas en los tiempos antiguos en los picos de enormes montañas, más altas que las nubes. Fortalezas pensadas para tiempos de guerra, refugios desde los que se lideraron las Guerras de Invierno. Los caminos para acceder a ellas no eran sencillos, quizás por eso en los últimos tiempos el anterior Señor de AltaCumbre había instalado un enorme ascensor que podía bajar sin problemas a varias monturas hasta los angostos caminos del valle. Los knockers presumían de aquella construcción imposible, hecha con el sudor y el ingenio de su pueblo por obra y gracia del oro sidhe. Los gyvernos se lanzaron sin dudarlo a las alturas, planeando entre los picos mientras graznaban como aves de presa. A Gwyllión esa imagen la hacía sonreír, sus amigos eran formidables en el aire. Aglanor los contempló con los ojos llenos de cautela, sin perder la máscara que era su sonrisa.

—Nunca antes había visto volar a un gyverno —reconoció.

—No son animales sociables, es difícil que se dejen ver por las hadas. Los míos pertenecen a una larga estirpe, criados en cautividad y domesticados, por eso su comportamiento difiere tanto de los de sus parientes salvajes.

—En cualquier caso, son tan magníficos como su dueña —la halagó el joven.

Gwyllión contuvo el hastío que le producían aquellos comentarios. No pensaba pasarse toda la mañana esquivando los falsos galanteos de un noble al que apenas conocía, no tenía el ánimo suficiente para aguantar una mañana entera de cháchara educada.

—¿Puedo preguntaros qué trae a un servidor de la Casa de VuelaPluma hasta las montañas de Elio?

No pareció que la pregunta alterase al noble, el ascensor tocaba tierra en aquel momento y la reja que lo cerraba se abrió con un agudo chirrido oxidado. El ascensor paraba dentro de una plaza fortificada, custodiada por soldados y atendida por pajes y mozos de cuadra que no encajaban en los gustos del Señor de AltaCumbre: hadas curtidas, que olían a trabajo duro y experiencia. A su llegada

abrieron el portón dejando a los jinetes ante un camino largo, flanqueado por tejos, hierroespinos y negrales. El bosque era espeso, umbrío y tranquilo. Los gyvernos corrían entre los arbustos, trepando y saltando de rama en rama. Ambos nobles cabalgaron tranquilos entre los árboles, disfrutando de la brisa otoñal. Ninguno pronunció una palabra hasta que estuvieron lo bastante lejos de la fortaleza.

—He venido por un asunto que interesa a nuestras Casas, mi señora —dijo por fin Aglanor con un tono cortés.

Aquella respuesta la tensó en su silla de montar. Si Rheia lo había preparado todo para que el Señor de QuiebraFuegos tuviese la oportunidad de pedir su mano, era que no la conocía en absoluto.

—Si habéis venido hasta aquí para pedir mi mano, debo deciros que…

—No, no, no —la cortó de inmediato Aglanor—. Mi amado primo Erin ya pidió vuestra mano hace unos años y vuestro noble padre dejó muy clara su opinión al respecto de la unión de nuestras Casas. Ni él ni mi Señor de VuelaPluma aprobarían tal cosa. No tengo planes de matrimonio en mente. No os ofendáis, mi señora, estoy seguro de que no soy digno de mereceros.

«Qué lengua tan dulce tiene este listillo», pensó Gwyllión, aliviada en parte de no tener que tratar asuntos matrimoniales. «Me pregunto en qué agujeros está dispuesta a meterla para conseguir lo que quiere». Esa última idea deslizó sobre ella un sentimiento de repulsa, odiaba a los aduladores, aunque seguramente Elio pensara todo lo contrario.

—¿Entonces qué asuntos son esos? —se interesó azuzando a su percherón para no perder de vista a los gyvernos.

—Soy el Cillero de la Casa de VuelaPluma y por tanto pertenezco al Tesoro Real en representación del Senescal. Llevo tiempo sugiriendo que, para favorecer los negocios del reino, habría que tomar una serie de medidas que no deberían retrasarse. El comercio carga ciertos lastres de los que convendría aligerarlo en pos del bien común —le explicó el noble.

—¿Y queréis tratar esos asuntos con Elio en lugar de con vuestro señor? No sois un ejemplo de lealtad —replicó Gwyllión dejando caer cierto reproche burlón en sus palabras.

El Señor de QuiebraFuegos torció la boca en una mueca de desagrado.

—Al contrario, mi señora. Soy totalmente leal, pero si mi señor no quiere escucharme, debo encontrar otros medios para hacerme oír —respondió con un tono mucho más seco—. El Alto Consejo debe aprobar ciertas medidas que favorecerían el enriquecimiento general del reino y para ello es necesario subir el impuesto de trabajo comunal. Hay que mejorar los caminos y las postas. Los mercaderes sufren muchas trabas para mover sus mercancías.

Las postas eran un punto sensible en el Alto Consejo, cada Casa gestionaba las de los caminos de sus tierras natales y TorreSabia cuidaba las del Camino Real, que pertenecía a la corona y cuyos beneficios iban a parar al Tesoro. Los nobles tenían derecho a cobrar impuestos de paso y de venta en sus mercados y lonjas. No era la primera vez que se intentaba renegociar algunos puntos de esos viejos tratados, pero nunca se había avanzado demasiado. Imaginaba que si el tema estaba de nuevo sobre la mesa del Consejo era porque algún Alto Señor andaba escaso de monedas, aunque dudaba mucho que se tratase de Calendemyn. La conversación se estaba volviendo interesante.

—¿Y eso por qué os trae aquí?

—Elio de AltaCumbre y otros señores comparten mi opinión respecto a las leyes de comercio, pero por desgracia ahora mismo estamos en minoría frente al Consejo. Necesitamos sangre nueva, nobles dispuestos a ver las necesidades actuales de TerraLinde.

«Y ahí entro yo», comprendió Gwyllión.

—Ya veo —dijo sin alterarse. No pensaba revelar sus intenciones.

El camino los llevaba directos a un paso alto de la montaña, los lugareños habían construido un mirador de madera desde el que se veía el río de la Bruma. Aglanor detuvo a su caballo y se bajó para admirar el paisaje. Gwyllión se limitó a acercar el suyo al borde del

balcón. Aquel río dividía las tierras natales de AltaCumbre y NubeArgéntea, precisamente los ríos y el derecho de navegación y vadeo era uno de los motivos más habituales de tensión entre los nobles. Sobre todo en casos como aquel, en los que el río atravesaba o dividía dos territorios. NubeArgéntea poseía una posta que era una importante fuente de ingresos para unas tierras natales que estaban en franca decadencia, pero gran parte del río recorría las tierras de AltaCumbre, que llevaba mucho tiempo queriendo cobrar impuestos a las barcazas que lo navegaban. Que el paseo los hubiese llevado hasta allí no era una casualidad. Un grupo de leñadores limpiaba de tejos la orilla de AltaCumbre, mientras que otro equipo de trabajadores descargaban piedras de un par de barcazas. Gwyllión miró a Aglanor con la seguridad de que el noble iba a explicarle qué estaba sucediendo.

—Elio desea construir una presa en el río para evitar los desbordamientos. Pero las obras deben llevarse a cabo rápidamente, antes de que empiece la temporada de lluvias. Necesita más mano de obra, por eso hay que ampliar el impuesto de horas. —Aglanor tenía los codos apoyados en la baranda del mirador y observaba a los trabajadores con ojo crítico.

—Una presa cambiará el trazado del río y hará que la posta de TruenaRocas se quede sin viajeros —corrigió Gwyllión la explicación del sidhe—. Hay que construirla deprisa para que Tytos no se presente aquí con un ejército y eche abajo la obra. ¿Es que Elio quiere empezar una guerra con su vecino?

Aglanor sonrió. Al parecer no le molestaba que hubiese descubierto la auténtica finalidad de aquellos trabajos. Mantenía su elegante aplomo. Se acarició la barbilla bien afeitada y le ofreció la mano para que bajase del caballo, por lo visto quería hablar con ella de igual a igual. Rechazó el ofrecimiento, ella era una Alta Señora, QuiebraFuegos era una Casa vasalla, no le debía reconocimiento.

—Se trata de provocar un pequeño enfrentamiento, señora. Algo que haga removerse al Consejo, que se vean obligados a buscar alianzas y posicionarse respecto a vuestra situación. Os beneficia.

El noble no podía ocultar que no le gustaba tener que hablar con ella desde tierra, como si fuese un mozo de cuadra.

—Elio busca aliados y para conseguirlos le pide al vasallo de otro Alto Señor que negocie conmigo como si fuésemos conspiradores. Espero que entienda que me cueste confiar en sus intenciones.

—A veces, para conseguir el poder, hay que moverse por sendas extrañas.

La ambición era el pecado de las Casas vasallas y desde luego al joven le sobraba, era orgulloso y estaba claro que ansiaba el poder. En la Corte de los Espejos había muchos sidhe así, ambiciosos y hambrientos, poco dados a los escrúpulos. Consideraban que solo se debían fidelidad a sí mismos. Los Altos Señores se servían de hadas así para manejar los hilos del gobierno. Podían ser peones muy útiles, o muy peligrosos. Si Aglanor estaba allí era porque, por primera vez, alguien la consideraba una pieza valiosa del juego.

—Si Elio quiere hablar conmigo de cualquier asunto, no necesita estos subterfugios, solo tiene que dejar de tontear con sus acompañantes y plantearme lo que sea que tenga en mente. —Golpeó suavemente los flancos de su montura para ponerla en marcha—. No es necesario que me acompañéis de vuelta.

Silbó para llamar a Feroz y Veloz que planeaban sobre el acantilado. Los gyvernos no tardaron en ir tras los pasos del caballo, llenando el aire con sus graznidos. Era tranquilizador tenerlos como escolta, el silencio del bosque no tardó en rodearla. La soledad era un refugio. Sus pensamientos volvían una y otra vez a la presa, si Elio la construía, quizás CopasAltas decidiese reclamar o apropiarse por la fuerza de los territorios que tenía en disputa con Lydden. El Señor de AltaCumbre la estaba poniendo en una situación muy incómoda, una guerra podía estallar con mucha facilidad, no importaba si era en el norte o en el sur. Sus consecuencias podían cambiar el equilibrio de poder de TerraLinde. Entendía que era un modo de obligar a moverse a los Altos Señores en un sentido u otro. Los sidhe, a medida que cumplían años, perdían la perspectiva. Los que vivían tantos años como Calendemyn o su padre dejaban de

tener prisa. No se negaban a los cambios, solo pretendían que estos fuesen lentos y progresivos, como el agua que desgasta las piedras. Los jóvenes no compartían esa pasividad y trataban de empujarlos a actuar deprisa. Gwyllión se sentía en mitad de dos corrientes. No quería esperar a ser una anciana para ocupar la silla de su padre, pero tampoco quería conseguirla en mitad de una guerra. Al parecer su tarea era encontrar un camino intermedio.



32. Una chiquilla perdida

En otra situación habría disfrutado contemplando el Palacio de Cristal. Jadul pensó al verlo que el agua y el viento se habían convertido en arquitectura. De lejos ya era impresionante, siempre resplandeciente, etéreo, alzándose hacia los cielos como si su verdadero lugar estuviese entre las nubes. Los gentiles decían que era una enorme ilusión por el modo en que se alzaba sobre la ciudad, proyectando en las calles una sombra casi transparente. Era un buen reflejo de los nobles que lo habitaban, el Alto Consejo no se dejaba ver, pero su poder llegaba a todas partes. El Palacio era igual, era difícil no pensar en él porque se veía desde cualquier rincón de la ciudad. De un modo u otro, los sidhe imponían su presencia sobre la capital.

Visto de cerca era un prodigio difícil de describir. El sol lo atravesaba de lado a lado, casi como si los muros no estuviesen allí, y aun así era imposible ver el interior. Las esculturas, las estilizadas pasarelas que unían las torres, los ventanales coloreados, las terrazas ajardinadas no parecían más sólidos que un sueño. Cuando Jadul atravesó la puerta del patio de caballerías, sintió la fuerza de la magia que forjaba aquel lugar, la notó tan sólida como la piedra, tan eterna como el cielo. En comparación, se sintió muy pequeño, y al miedo que ya sentía se unió la sensación de ser una criatura insignificante que no era bienvenida en aquel esplendor.

El grupo de guardias con armadura que abrió la puerta de la carroza para llevarse en parihuelas a su joven alférez no se detuvo a

mirarlo, se la quitaron de los brazos sin molestarse en darle explicación alguna. Pudo escuchar el sonido de sus pasos, marcialmente rítmicos, alejarse de la carroza, y una mezcla de alivio y miedo se apoderó del phoka. La joven ya no era responsabilidad suya, estaba a salvo, algo que no estaba seguro de poder decir de sí mismo.

En cuanto los soldados se alejaron un poco, un sidhe asomó la cabeza por la puerta de la carroza.

—Bienvenido a Palacio, señor. —Escuchar a un noble llamarlo «señor» con tanta amabilidad le puso el pelo de punta—. Soy el Caballero Feral de DunasAltas, me gustaría agradecerle que nos haya traído de vuelta a la Alférez.

Al igual que Sygurn, su apariencia era engañosamente joven. Tenía la piel perfecta y radiante de un muchacho, los ojos y los cabellos, incluida una barbita bien recortada, eran del color de la hierba fresca. Cuando era un jovenzuelo sin más capital que su talento, Jadul se había abierto camino en las calles trabajando como titiritero. Los títeres que representaban a los sidhe eran su única referencia. Siempre los había imaginado como aquellas marionetas; vestidos de oro y plata, y no de latón y bronce como los muñecos a los que vestían con atuendos cargados de vidrios tallados que fingían ser joyas. Los nobles de verdad se maquillaban con delicadeza, se recogían las largas melenas con cintas o tiaras, olían a perfumes imposibles y sus voces eran trinos suaves. En comparación con la imagen que tenía en su cabeza, el caballero Feral parecía más bien un mercader opulento, con buenas ropas de paño y botas lustradas. La única joya que lucía era la fíbula que cerraba el manto sobre los hombros. Y era sencilla, un corcel de viento de hueso y plata tallado con finura. Nada de oro, piedras preciosas o perfumes que enloquecían a los gentiles. Por supuesto que el noble era hermoso, la belleza era tan natural para los sidhe como el don del cambio en los phokas, pero podía decir con total seguridad que no iba a volverse loco de amor por aquel caballero, por apuesto que fuese. Lo único que sentía era incomodidad. Se sentía viejo, le dolía

todo el cuerpo, apestaba de pies a cabeza y su ropa, que ya antes de caer en las alcantarillas no era gran cosa, se había convertido en una colección de harapos destrozados. Su presencia en aquel lugar radiante era desagradable, vulgar y sucia, como una mosca en un banquete.

—No es necesario agradecer nada —dijo encogido dentro de la carroza, con la espalda cada vez más pegada al asiento. Sin darse cuenta se estaba tapando con la manta tanto como podía—. Lo único que deseo es volver a casa, mi familia debe estar preocupada.

El terror se apoderó de él, no podía haberse expresado con menos delicadeza. Debería haber añadido algo como: «Es un honor, mi señor…». Pero ya era tarde para arreglar su torpeza.

—Por supuesto —asintió el sidhe—. Por desgracia, las puertas del Barrio Real están cerradas y en estos momentos encontrar a alguien con la suficiente autoridad para abrirlas puede ser muy… engorroso. ¿Puedo ofreceros alojamiento para pasar la noche? ¿Tendréis la amabilidad de ser mi invitado?

Al parecer, no le quedaba más remedio que aceptar.

—Será un honor, mi señor —concedió derrotado.

Para su sorpresa el joven noble intercambió un par de palabras con el cochero y se metió en la carroza con él. Si el mal olor que reinaba dentro del estrecho cubículo le molestaba, logró disimularlo a la perfección. Se sentó justo frente a él sin perder la sonrisa y le estrechó las manos como si fuesen viejos amigos.

—Quiero volver a daros las gracias —le dijo visiblemente emocionado—. La desaparición de la Dama Sygurn nos ha tenido muy preocupados desde ayer. Me temo que empezábamos a temernos lo peor. Que la haya traído ha sido un gesto muy noble por su parte.

No esperaba tanta cercanía por parte del joven. Uro solía decirle que tenía un don para la conversación. Él no pensaba que fuese algo innato, su labia era una herramienta de trabajo más y como tal siempre se preocupó por mejorarla. En otras circunstancias, con la mente más despejada y menos dolorido, habría disfrutado de la

situación y, sin duda, habría tratado de sacarle más partido. Pero estaba tan cansado que sus pensamientos se deshacían antes de llegar a sus labios, como babosas cruzando una montaña de sal.

—Era una chiquilla perdida, ¿qué otra cosa podía hacer?

Volvió a maldecir para sus adentros, que frase más estúpida. No era ninguna chiquilla, era la puñetera Alférez Mayor de todo el maldito reino. Tenía bajo su mando a la Guardia Real y posiblemente a parte del ejército. La dama comandaba soldados, estaba tan por encima de él como el sol al mediodía y posiblemente era igual de poderosa. Aquella conversación iba a ser agotadora y él no estaba en condiciones para soportarla. Si hubiese algún dios piadoso viéndolo, lo fulminaría allí mismo para dejarlo descansar.

—Es una respuesta muy noble —respondió el sidhe—. Me alegro mucho de que encontrase a alguien como usted allá abajo.

Jadul sacó un pañuelo del bolsillo de sus pantalones destrozados, le alegró descubrir que estaba mucho menos sucio de lo que esperaba y que podía usarlo para limpiarse un poco la cara. La sensación de suciedad lo agobiaba, le escocía cada corte, cada pequeña herida, parecía que los golpes que había recibido aquella noche estaban despertando uno a uno para torturarlo. Lo último que quería era seguir intercambiando cortesías con aquel mozalbete.

—La suerte ha sido mía —contestó con amargura.

La suerte quiso que el viaje fuese corto, el coche no tardó en volver a detenerse. Un sluagh retorcido como una rama de olivo les abrió la puerta, invitándolos a salir. Una rapidísima expresión de sorpresa le cruzó el rostro arrugado y con la habilidad de un buen mago la hizo desaparecer bajo una sonrisa hospitalaria.

—Buenas noches, mis señores.

—Lamento muchísimo traer invitados sin avisar, Anacreonte. El señor Jadul pasará esta noche con nosotros. Estoy seguro de que agradecerá un buen baño y ropa limpia.

Anacreonte asintió sin alterarse. Parecía uno de esos tipos a los que los años han dado el temple necesario para hacerse cargo de cualquier situación. Caminaba encorvándose sobre un bastón

nudoso, no llevaba librea de criado, sino una larga túnica verde oscura y una sobrevesta de lana gruesa del tipo que solían usar los ancianos para alejar el frío de sus huesos. El pelo blanquísimo formaba un telón a ambos lados de su cara y caía sobre la curva de su espalda.

—Mirmirina lo tendrá todo listo en un momento, no hay problema —respondió resuelto—. Que no se diga que en esta casa no sabemos resolver imprevistos.

El caballero estrechó afectuosamente al anciano y le besó una mejilla.

—Eres el tesoro más valioso de DunasAltas.

—¿Ese honor no debería recaer sobre vuestros hombros? ¿Por qué debe cargar con semejante peso un pobre anciano?

Las dos hadas siguieron hablando sin que Jadul les prestara demasiada atención. Ni siquiera le sorprendió el singular edificio de piedra blanca rodeado de jardines al que se acercaban. Era poco más que una torrecilla cubierta por un tejado verde. Un rincón más propio de un paisaje forestal que del corazón de la ciudad. En la puerta, una phoka larguirucha con las orejas redondas de un hurón los recibió. Tras cruzar un par de palabras con el noble, la criada guio a Jadul escaleras abajo hasta una sala de baño circular. Una bañera de madera, llena a rebosar de agua caliente lo esperaba.

—Puede dejar su ropa en este barreño —le indicó señalando un balde junto a la puerta con la nariz arrugada. Puede que para otras hadas disimular que el hedor a cloaca no les molestaba fuese sencillo, los phokas tenían el olfato fino y a muy pocos les agradaban los malos olores—. Veré qué puedo hacer con ella.

—Lo sensato sería quemarla —respondió Jadul sorprendido de que aún le quedasen energías para hacer bromas.

—¿Necesita alguna ayuda?

El phoka dejó caer la manta apestosa en el barreño. La criada lo miró de arriba abajo con tanta atención que estuvo tentado de volver a taparse.

—Hay agua limpia en aquellos cubos, junto a la pila del fondo, por si no quiere estropear el agua caliente —le dijo haciéndose cargo de la situación—. Tómese su tiempo, no hay ninguna prisa.

Por fin solo, Jadul se dio el gusto de deshacerse de su ropa destrozada, estaba tan lleno de cortes y de morados que por un momento creyó que el combate de la noche anterior lo había luchado él en lugar de Uro. «Desde luego, no ha sido un buen combate», se dijo mientras renqueaba hacia la pila para quitarse por fin la mugre de encima. El agua no estaba del todo fría, lo justo para espabilarlo un poco. Encontró un buen trozo de jabón y se dedicó a frotarse a conciencia sintiendo que la vida volvía a medida que el agua sucia se alejaba de él para perderse por el sumidero. Al acabar, se quedó un momento sentado en el suelo de piedra, desnudo y cansado. Esperaba que Uro no creyese que estaba muerto. Con algo de suerte, sería él quien pudiese contarle su extraña aventura en las alcantarillas. De ninguna manera habría creído que, cuando salió de camino a las arenas de combates de Munera, iba a acabar supuestamente muerto y dándose un baño en Palacio. La rabia lo revivió otro poco, en realidad debería darle las gracias a Urakarnake, morir le daba buenas opciones para arrancar a su esposo de la trampa de Munera. Solo tenía que darle un par de vueltas a toda aquella situación. Cuando estuviese menos cansado se le ocurriría alguna idea.

Se secó a conciencia, luchando por permanecer despierto el tiempo suficiente como para no acabar pillando un catarro por dormirse mojado. Finalmente optó por cambiar de forma y hacerse un ovillo junto a una estufa de hierro que ocupaba una de las esquinas del baño. Solo necesitaba un lugar cálido y seco. No le apetecía llamar a la criada, no quería hablar con nadie más, no quería moverse, solo necesitaba dormir y, como buen gato, si algo sabía hacer realmente bien, era encontrar lugares donde echar una cabezadita.



33. Dos partes de un todo

Las ramas estaban tan cargadas de nieve que no era raro que acabasen cediendo bajo el peso. Era importante estar atenta para evitar accidentes. Ir a caballo era mala idea después de una nevada tan copiosa, podía romperse una pata al hundirla en el espeso manto blanco que cubría el suelo. Lo mejor era añadir un buen hechizo de ligereza a las botas y abrirse paso tratando de recordar dónde estaban las sendas y los caminos que la tormenta había borrado. En días así, los bosques de VuelaPluma estaban desiertos, pese a que muchas hadas vivían de sus recursos y tenían cabañas desperdigadas entre los viejos árboles, casi ninguna abandonaba el calor de las chimeneas. Y si alguna supiese que Sygurn estaba allí fuera habrían pensado que la hija de los Ventisquero era demasiado salvaje para su propio bien. Probablemente tuviesen razón, ni ella podía explicarse demasiado bien por qué la atraían tanto la nieve y el bosque desierto.

Estaba desobedeciendo a su padre, que le pedía que saliese siempre en compañía de algunos de sus rastreadores. Hoy iba a demostrarle que conocía el bosque como la palma de su mano y que podía moverse por él tan bien como cualquier cazador experimentado. No pensaba infravalorar ningún peligro. Sería prudente y astuta, regresaría con un par de avefrías colgadas del cinturón y le mostraría a todo el mundo que podía valerse sola, como una buena Ventisquero.

La excursión debía ser corta si no quería que se diesen cuenta de su escapada. Llevaba días planeándola meticulosamente. Tenía que esperar a que cayese una buena nevada, esos días sus hermanos estaban exentos de cualquier entrenamiento en el patio y pasaban la mañana en la biblioteca. Ella debía unírseles, pero había fingido estar en sus días de la luna y le permitirían quedarse en su habitación. Como sus madres estaban bordando un tapiz para la sala del Senescal, no se pasarían a verla hasta bien entrada la mañana. Lo más difícil fue convencer a Escardina, su doncella, de que no dijese nada. Sygurn le había prometido que si la pillaban diría que ella no sabía nada y que le regalaría la más bonita de las plumas que trajese para hacerse un amuleto. Así que se puso en marcha al amanecer, escapando de la fortaleza por una poterna abandonada que había descubierto en verano.

El bosque, vestido de blanco radiante, se sumía en un silencio casi reverencial. No hacía viento, una capa esponjosa de nieve limpia se extendía ante sus ojos, tan reluciente que necesitaba visores de protección para evitar deslumbrarse. El paisaje era un tesoro gélido y solitario. Sygurn avanzaba despacio, vigilando dónde ponía los pies, con el carcaj colgándole de la cintura y su arco favorito en la mano. Empezaba a pensar que quizás no era el mejor día para cazar después de todo, seguramente la nevada habría tapado la salida de muchas madrigueras, o tal vez los animales tuviesen demasiado frío para salir y, sin nada que cazar, las avefrías no dejarían sus nidos. Eran pájaros silenciosos que se deslizaban entre los árboles como fantasmas para abalanzarse sobre presas desprevenidas. Para cazarlas necesitaba encontrar primero algún animalito hambriento que se atreviese a asomar los bigotes al exterior un día helado como aquel. Colocó montoncitos de frutos secos y semillas en una zona rodeada de arbustos de hojaespina, allí no solo tendría un buen escondite para esperar, también le daría cierto resguardo frente al frío. No podía quedarse inmóvil demasiado tiempo sin que las temperaturas heladas le pasasen factura por buenas que fuesen sus prendas de lana y piel, y la magia, por sutil que fuese, podía alertar

a posibles presas. Se apostó entre una zona tupida tratando de hacer el menor ruido posible, se cubrió la boca y la nariz con el cuello de su capote y esperó con la paciencia del cazador.

Un avefría cruzó el cielo a tiempo para evitar que se diese por vencida. Sygurn alcanzó a verla por el rabillo del ojo cuando ya estaba demasiado lejos. No disparó. Aunque la punta fuese de piedra no quería desperdiciar flechas, alcanzó a ver que llevaba algo en el pico, demasiado grande para ser una rata de campo. Al momento, cruzó el cielo otra, y movida por el impulso irreflexivo de ver una pieza que se le escapaba, soltó la flecha a destiempo. Falló por poco, mientras un par de cuervos atravesaban el cielo en la dirección de las rapaces. Era extraño, todas iban hacia la copa de un olmo amarillento que destacaba entre las copas nevadas y los árboles pelados. «Debe de haber algún cadáver grande por ahí», pensó mientras comenzaba a caminar hacia el árbol. Las avefrías no desdeñaban la carroña en invierno, si un alce o algún otro animal había sucumbido al frío y al hambre, los carroñeros se disputarían los restos. Sería un buen puesto de caza, con algo de suerte incluso volvería a casa antes de lo planeado.

El olmo había sufrido los rigores de la tormenta. Se veía que el peso de la nieve había arrancado una gran rama que, al caer, había arrasado con todo lo que tenía en su camino. Un costado del gran árbol estaba completamente pelado, mostrando los muñones del ramaje perdido y la corteza dañada. Probablemente con daños tan severos se secaría sin remedio antes de que llegase la primavera. Un grupo de cuervos buscaba entre las hojas caídas, sacando tiras de carne de entre ellas. El derrumbe había matado a algún animal, pero Sygurn no alcanzaba a ver qué era hasta que un avefría salió de entre las ramas amarillas llevando en el pico una cabeza diminuta agarrada por una melena de color plateado. Le dio un vuelco el estómago. No se paró a pensar que era una cabeza demasiado pequeña para pertenecer a cualquier hada. Se lanzó al montón de nieve y ramas caídas en busca de alguien herido. Apartó un gajo del árbol tan grande que le costó moverlo, debajo encontró una mezcla

de arcilla seca y mellifatas muertas. Debían de haber construido un nido en el árbol, que el pequeño alud había arrasado, sepultando a todos sus habitantes. No eran más que duendes, ladrones de despensas que sobrevivían a expensas de la comida ajena. Eso decían, eso era lo que conocía de aquellas criaturas rechonchas que, al parecer, dejaban a su paso un rastro de migas y heces apestosas. Pero escuchar las historias era muy diferente a ver los diminutos cadáveres bajo las ramas a merced de los pájaros. Padres, madres, críos de poca edad a juzgar por su tamaño, todos mezclados entre la nieve con los ojos vacíos y las pieles amoratadas. Los que conservaban los rostros más o menos intactos reflejaban el miedo vivido en sus últimos instantes de vida, en ellos no había nada que los diferenciase de las hadas, salvo su tamaño. La muerte los había sorprendido en lo que creían que era la seguridad de su hogar. Sygurn se dio cuenta de que estaba llorando porque las lágrimas se helaban sobre su rostro.

Un movimiento bajo una rama llamó su atención, la apartó gruñendo por el esfuerzo y encontró el cuerpecillo de lo que parecía ser una niña. Sygurn la cogió con mucho cuidado. Estaba viva, lo sentía. Sentía una minúscula chispa de vida temblar entre sus manos enguantadas. Al parecer era la única superviviente. La invadió una pena inmensa por aquella criatura tan pequeña y frágil en mitad de una desgracia enorme.

Si la dejaba sola se moriría. Seguramente, en casa le dirían que era lo mejor para todos. A fin de cuentas, era una vida de tantas en el bosque, una minúscula parte del ciclo de muertes y nacimientos que marcaban el paso del tiempo. Un buen cazador diría que, en casos así, lo más misericordioso era conceder una muerte rápida. Pero en lugar de seguir los consejos de sus maestros, la acurrucó haciendo hueco entre las manos y comenzó a soplar para que su aliento fuese calentando un cuerpo que se parecía demasiado al suyo. Cerró los ojos, y por primera vez en su vida vio el entramado de la magia, un delicado tejido de hilos plateados que conectaban el mundo. Sintió el vuelo de los pájaros sobre su cabeza, una

madriguera de lirones durmiendo ocultos bajo la tierra, el sueño invernal de los árboles, las nubes mecidas por el viento, una fuerza sutil que lo unía todo y la débil resistencia de aquella chispa moribunda que tenía entre las manos, una energía que luchaba por no dispersarse, por no alejarse del entramado que era su cuerpo. La voluntad de vivir aún era fuerte en ella y Sygurn casi podía sentirla como si fuese la suya propia. Siguió soplando sobre la mellifata, el aliento cálido se enredaba con la maltrecha esencia de la duende y cada vaharada que acariciaba la piel helada le traía el sonido de un corazón que latía cada vez con más fuerza, cada vez más deprisa. El tejido del mundo se iluminaba y las envolvía. Su corazón latía y el de la mellifata quería seguirle el ritmo. Sygurn la metió bajo su pesado abrigo de piel y fieltro, bajo las capas de algodón y lana de la ropa, hasta que la tuvo sobre el pecho.

«Tú corazón y el mío», conjuró, repitiendo la frase una y otra vez con la devoción de quien reza para pedir un milagro, dejando que la magia fluyese hasta alcanzar el cuerpo frío de la mellifata. Sintió que se movía bajo la ropa, que el calor las envolvía y sus corazones latían al unísono. El cuerpo de la sidhe se volvió ligero, tan ligero que se alzó sobre el suelo sostenido solo por el poderoso pulso de la magia. Se elevó sobre la nieve y los árboles hacia el cielo limpio de la mañana mientras una canción sin palabras resonaba entre sus oídos, un canto que unía al bosque, a la montaña, a los ríos helados. Una música que se extendía más allá de las praderas haciéndole comprender que era una pequeña parte de un mundo enorme donde todo se tocaba de alguna manera. Entendió que si aceptaba salvar a la duende también estaba aceptando un vínculo que las cambiaría para siempre. Y sin pensárselo dijo que sí.

Al abrir los ojos, lo primero que vio fue el rostro de la pequeña mellifata mirándola con preocupación, sintió la calidez de sus pensamientos rozándola y recordó el aterrador vacío que había experimentado en las alcantarillas. El miedo duró poco, no solo estaba viendo a su amiga, la sentía de nuevo entrelazada a ella. El

miedo y la tristeza se disiparon, como si se deshiciese un nudo demasiado apretado, dejándola respirar de nuevo. No estaba en el bosque, ni tampoco en las cloacas y, estuviese donde estuviese, poco importaba. Había recuperado a Lena.

—Lenita… —le susurró con la boca reseca y el corazón lleno de alivio—. Menudo susto me has dado.

—¿Yo te he dado un susto? ¡Hija de mil bestias hambrientas! —Lena se abrazó a su cuello apretando con ternura—. Casi mandamos una expedición a peinar las cloacas para buscarte.

El recuerdo de la enorme serpiente que moraba a los pies de la ciudad hizo que Sygurn se estremeciese, no podría perdonarse que nadie muriese buscándola allí abajo.

—Me alegro muchísimo de que no llegaseis a ir.

Al intentar incorporarse, una punzada de dolor se le clavó en el brazo y los dedos le hormiguearon con una potente sensación de quemazón. Estaba en su dormitorio y algún sanador especialmente hábil le había entablillado la mano de modo que no podía mover ningún dedo, salvo el pulgar. Las vendas estaban llenas de pliegues extraños y complejos nudos y la magia se entretejía entre las fibras del lino crudo y el cáñamo gris sobre las que habían bordado intrincados glifos de curación. Verlos hizo que recordase las marcas en las paredes de las cloacas. Entendió que ahora su memoria siempre las relacionaría con algo oscuro y siniestro.

—Dejé de sentirte a mi lado —le contó la duende—. Mientras caíamos debí darme algún golpe, porque no recuerdo cómo logré volver a subir.

En el archivo de la prisión, Lena se encontró un auténtico caos. Un grupo de soldados, alertados por el humo, habían entrado en la sala para encontrarse por sorpresa con las salamandras destruyendo los archivos a placer. Eran sidhe jóvenes, con poca experiencia en la magia arcana, sin el equipo necesario para enfrentarse a los elementales. Acabaron retrocediendo. Lena salió al pasillo aturdida por el humo, y al recuperar el aliento se dio cuenta de que no sentía a Sygurn. Tardó muy poco en comprender lo peligrosa que era su

situación. Acababa de perder a su única amiga, la única protección en un mundo que la consideraba poco más que un animal parlante, y cualquiera de los presentes podía aplastarla con un pisotón sin el menor remordimiento. Allí no solo no era de ninguna utilidad, sino que estaba arriesgando su vida para nada. Consiguió llegar hasta las dependencias del Senescal, tosiendo y cubierta de ceniza, para contarle lo que estaba pasando en los calabozos.

Calendemyn y Lisandro lograron que las salamandras regresasen a su plano. Al acabar de expulsar a los elementales, se encontraron con un panorama desolador; soldados gravemente heridos, la Alférez Mayor desaparecida y el archivo casi totalmente destruido. Los dos consejeros se enzarzaron en una encarnizada discusión sobre lo que debían hacer a continuación. El Senescal estaba dispuesto a bajar él mismo a las cloacas con tal de rescatar a Sygurn. El Canciller necesitó la ayuda de los soldados que quedaban en pie para detenerlo. Solo desistió de mala gana cuando Lena se ofreció a volver a bajar. Estaba convencida de que lograría dar con Sygurn, aunque no le dijo que no contaba con encontrarla viva. En su cabeza, donde la ausencia de la sidhe era casi dolorosa, no quedaba espacio para la esperanza. La recuperó al encontrar los glifos en la pared, la presencia mágica de aquellos grabados aún era poderosa, bajo su influencia el entramado de la magia era casi imperceptible.

—Así me di cuenta de que aún podías estar viva, pero los glifos interferían en nuestro vínculo. —La mellifata plegó las alas sobre la espalda, algo que hacía cuando estaba realmente asustada—. Es una magia terrible, la prisión que crean esas marcas es un espacio de vacío mágico, drena la vida de cualquier cosa que pase demasiado tiempo en ese sitio. ¡Es un milagro que te encontrasen viva!

La explicación de Lena concordaba con lo que había sentido allí abajo. Los sidhe siempre presumían de su poderoso vínculo con la esencia mágica, pero ahí abajo había sido incapaz de luchar. Los glifos actuaban sobre ella igual que lo hacían con el monstruo, la habían estado drenando, robándole toda su energía y bloqueando su

conexión con la magia. El phoka debió de aguantarlo mejor porque los gentiles eran menos sensibles y al mismo tiempo menos dependientes.

—Pensé que habías muerto. —Las lágrimas corrieron por las mejillas de Sygurn liberándola del miedo—. Pensé que habías muerto y tuve claro que no quiero pasar ni un día de mi vida lejos de ti.

La mellifata se apretó contra la mejilla de la sidhe tratando de envolverla en un abrazo con sus pequeños brazos regordetes. Sygurn le cubrió la espalda con la mano sana tiernamente, con delicadeza. Le habría gustado ser más pequeña o que Lena fuese más grande para poder darle un abrazo de verdad, para apretarla contra ella y retenerla a su lado. Sus almas se tocaron, se envolvieron una sobre la otra como sus cuerpos no podían hacerlo. En ese momento ambas volvieron a sentirse de nuevo vivas, de nuevo a salvo.



34. Una mala mano

Se despertó sobre un escabel. Pese a que la habitación tenía una buena cama, apenas la había usado. Estar encerrado le sentaba mal, ya llevaba tres días allí y no podía parar de pensar en lo preocupado que debía estar Uro. Nervioso, se lamió una pata, pasaba las noches su forma animal, tratando de encontrar cualquier oportunidad de huir. Lo habían alojado en una habitación soleada, con una ventana ojival iluminaba una habitación redonda con el suelo de madera, una mesa sobre la que descansaban algunos libros y un par de mapas ocupaba el centro de la habitación. A su lado había una especie de estantería pequeña, con ruedas, en la que había más libros y útiles de escritura. Las paredes estaban cubiertas de tapices que mostraban escenas de animales salvajes y paisajes, dunas con todos sus matices de dorados salpicadas de arbustos floridos y árboles curtidos por el viento, oasis en los que el agua corría dando de beber a las hierbaespinas, salpicadas de flores diminutas entre los que corrían las liebres de arena. Jadul, como buen hijo de la Corte de los Espejos, nunca había puesto un pie fuera de la ciudad salvo para visitar las granjas cercanas o disfrutar de los prados junto al río. Una excursión por los bosquecillos de los alrededores era ya toda una aventura. Contemplar los tapices le hizo pensar que conocía muy poco del mundo en el que vivía. No le importaría viajar un poco, conocer otros lugares. La Corte se estaba volviendo un lugar muy hostil para vivir, tal vez era hora de buscar nuevos horizontes. Quizás la única manera de salvar a Uro y de evitar que

Manx cayese en sus mismos errores de juventud fuese llevársela lejos. Por mucho que le apenase dejar la ciudad que lo había visto nacer, marcharse era una opción que no podía descartar.

—¡Buenos días! Me alegro mucho de verlo despierto y con tan buen aspecto.

A Jadul le dolió estar tan perdido en sus pensamientos que había sido incapaz de darse cuenta de que alguien se acercaba. Estuvo a punto de saltar del escabel para esconderse debajo de la mesa. Cuando se giró, el sidhe estaba junto a la puerta con la misma sonrisa del día anterior en la cara. Seguía sin recordarle demasiado a un noble. También traía bajo el brazo algunas prendas dobladas.

—Tenemos visita esta mañana. La Dama Sygurn de Ventisquero ha venido en persona para hablar con usted, así que desayunaremos en mis habitaciones. ¿Va a vestirse o prefiere continuar con esa forma? Si prefiere vestirse, le he traído ropa. Creo que le servirá.

Sin añadir nada más, la dejó sobre la mesa y salió de la sala. Jadul se acercó cauteloso. En su forma felina le costaba más trabajo reprimir ciertos impulsos, así que olisqueó meticulosamente el regalo del sidhe. Olía a tela limpia, nada de perfumes, ni aromas extraños a jabones fuertes o al rastro de otro cuerpo. Era ropa nueva, estaba bastante seguro, algo que le agradó mucho, porque era muy melindroso con lo que se ponía. Uro se reía de que no le gustase la ropa de segunda mano. El toro no entendía la importancia que le daba a su identidad olfativa, ni lo difícil que era quitar el olor de los anteriores dueños. Si no lograba hacerlo bien, Jadul se sentía como un extraño dentro de su propia ropa hasta que empezaba a tener su propio olor, así que muchas veces, por caro que saliese, prefería las prendas nuevas. Cambió de forma para examinarlas mejor, una camisa de lino y calzas del mismo material, con calcetines gruesos de algodón. Se los puso casi ronroneando. La ropa limpia lo ayudó a sentirse menos vulnerable. Luego había una túnica corta a juego con un caftán verde oscuro de mangas largas y unos pantalones de lana negra; para ceñirlo todo tenía un cinturón trenzado. Quien fuese que había conseguido la ropa, se había preocupado de que los

pantalones estuviesen adaptados para hadas con cola, lo que era muy de agradecer. Odiaba tener que llevarla dentro de una de las perneras. Vestirse decentemente lo ayudó a encontrar fuerzas para enfrentarse a los sidhe. Al salir al rellano se encontró con la hurona que lo había atendido la noche anterior ocupada en barrer una escalera de caracol.

—¡Buenos días! Tiene mejor aspecto hoy.

—Me he despertado como nuevo, juraría que soy un par de años más joven.

La criada se echó a reír.

—Me alegro. Los señores están abajo, esperándole. No tiene pérdida, es la puerta de color mostaza.

«Los señores». Vérselas con el Senescal no estaba entre sus planes perfectos para empezar una buena mañana. Dos sidhe y un gentil juntos solo significaba que si alguien salía mal parado de aquella reunión seguramente sería él.

Las habitaciones del Señor de DunasAltas eran en realidad un comedor que casi tenía el tamaño de toda su casa.

—¡Bienvenido! —lo saludó el sidhe levantándose de su silla.

Junto a él estaba la Alférez con el uniforme de la Guardia Real y el brazo en cabestrillo. Se puso en pie intentando disimular una mueca de dolor. Jadul nunca había visto a nadie al que le sentaran tan bien unos cuantos moratones. Estaba seguro de que su aspecto no era tan radiante. Esta vez no se olvidó de hacer la debida reverencia.

—Mi señor, no sé cómo agradecerle la hospitalidad de esta noche. Mi señora, me alegra verla bien.

Feral separó una silla libre de la mesa y lo invitó a sentarse.

—Repito que somos nosotros los que estamos en deuda contigo —respondió.

Al ocupar su asiento se dio cuenta de que la Alférez tenía a una mellifata sentada sobre el hombro derecho. Era un ejemplar especialmente rollizo, con una larga melena de color plateado que le llegaba casi hasta las rodillas. En la carita redonda y rosada

destacaban los ojillos oscuros, dos puntitos brillantes e inquisitivos que lo miraban con abierta desconfianza. Era la primera vez que veía una viva. Normalmente se colgaban cadáveres en las ventanas para ahuyentarlas de las despensas, él nunca había tenido una invasión en casa, pero se consideraba lo bastante buen cazador como para que no le preocupase. Le pareció raro verla allí, nunca había oído de alguien que tuviese una mellifata como mascota, aunque los nobles eran famosos por sus caprichos excéntricos.

—Le contaba al caballero Feral que si no nos hubiésemos encontrado, posiblemente ninguno de los dos habría salido vivo de las alcantarillas.

Recordó la sonrisa evanescente de la dama pálida justo a las espaldas del monstruo, la mirada que le dedicó, casi esperando una orden antes de desatar la tormenta de mirlos que les había salvado el pellejo. No sabía si su compañera la había visto, ni tenía intención de averiguarlo. Era un tema del que no hablaría a menos que no le quedase otra opción. Era ella, el elegante fantasma de negro, quien los había salvado a ambos con un propósito que no quería averiguar. «Tienes encima un geas. Uno muy poderoso». Esas fueron las palabras de la señorita Nebel. Seguramente su tétrica salvadora tenía algo que ver, pero los sidhe no necesitaban saberlo.

—La fortuna tiene giros extraños y nos sonrió a ambos —contestó. No pensaba responder más que generalidades hasta que supiese por dónde iba a ir la conversación.

Un par de criados aparecieron en la habitación cargados con bandejas. Dejaron sobre la mesa café y té, leche, bollos, fruta, embutidos e incluso un par de platos de pescado ahumado. El estómago de Jadul le recordó con un potente rugido que llevaba casi un día sin comer nada. Feral se ofreció a llenarle la taza de café y Jadul aceptó sin saber si estaba rompiendo alguna norma fundamental de etiqueta que no conocía.

—Ambos acabamos en las alcantarillas por la misma razón —dijo Sygurn ofreciendo un pegote de crema a la criatura que llevaba sobre el hombro—. Trataron de asesinarnos.

No podía negarlo. La Alférez había visto cómo lo tiraban al agua con las manos atadas a la espalda y una capucha en la cabeza. Le dio un trago al café más delicioso que había probado jamás. Decidió servirse un arenque ahumado, más preocupado por su estómago que por su educación. Si iba a terminar en la cárcel, al menos que fuese con la tripa llena.

—Entonces ambos tenemos enemigos —respondió—. Es algo común en esta ciudad.

—Eso es innegable. Lo que quiero saber es si puedo ayudarle con los suyos. Un intento de asesinato en mis narices es algo que, como Alférez Mayor, no puedo ignorar.

La perspectiva de que Urakarnake acabase en lo más profundo de las celdas negras era más sabrosa que el pescado, mejor que el café. Incomparable. Se guardó la sonrisa, estaba delante de la Alférez Mayor, podía intentar apuntar más alto.

—Si quiere ayudarme, acabe con las arenas clandestinas de combate.

—¿Eres luchador? —preguntó la Alférez mirándolo de reojo. Luego movió los labios como si hablase en silencio, solo duró unos instantes, pero Jadul se quedó inmóvil esperando a que la sidhe empezase a hablar de nuevo. Su mascota sacudió la cabeza—. ¿Eres un conseguidor? ¿Corredor de apuestas?

—Mi esposo es luchador, debe participar para pagar unas deudas que contrajo por las malas artes de un conseguidor.

—Pensé que los luchadores de las arenas eran guerreros voluntarios, y que se les pagaba bien —añadió Feral visiblemente confundido.

—Unas pocas hadas luchan porque les gusta la fama y la sangre, pero la mayoría solo necesitan ganar dinero. ¿Habéis visto alguna vez esos combates? ¿Sabéis por qué las llaman arenas de sangre? —Jadul estaba perdiendo el apetito por momentos.

—No pides poco —le dijo la Alférez muy seria.

—Tampoco pide nada injusto —añadió la mellifata.

«Vaya, saben hablar», pensó perplejo. La duende debió de adivinar su sorpresa porque le dedicó una mirada de odio tan intenso que casi la sintió quemarle la piel.

—¿Te tiraron a las alcantarillas porque tratabas de proteger a tu esposo? —continuó preguntando Sygurn.

—En realidad fue porque vi algo que no debía. Me encaré con unos mercenarios y acabé en un almacén del Barrio de los Perfumistas. Al dueño no le hizo ninguna gracia que me llevaran hasta allí, así que decidieron matarme.

—¿Sin más? —se interesó la mellifata.

—Lo que fuese que tuviesen allí abajo no era perfume. Tengo buen olfato y no necesito dos ojos para darme cuenta de que los alambiques eran extraños. Fabrican algo, una resina azul. Conozco a alguien que la fuma a todas horas.

La Alférez se inclinó hacia él.

—¿Azul?

No tuvo más remedio que encogerse de hombros, le había dicho todo lo que sabía. La mellifata se llevó la mano regordeta a la barbilla.

—¿Qué tipo de azul? —preguntó.

La Alférez sacó una cajita de cristal llena de una sustancia de un profundo color índigo que Jadul reconoció enseguida.

—Justo ese. Ese azul.

—Sé que no tengo derecho a pedirte nada, pero necesito que hagas algo muy importante por mí. Necesito que vayas a ver al Viejo León, le llevarás una carta de mi parte. Y le contarás la misma historia que acabas de contarnos.

El corazón de Jadul empezó a saltar entre sus costillas. Lo que le pedía era peligroso.

—No puedo convertirme en un chivato. León sí se asegurará de que esté muerto antes de tirarme él mismo por las alcantarillas.

—Eres un mensajero, protegido por el Senescal Real y no irás solo.

—Yo iré contigo —anunció la mellifata.

«Esto tiene que ser una broma», pensó el phoka. Meterse en las MalasCasas y presentarse en la Casa del Pueblo con la carta de un sidhe acompañada por una plaga de despensa. ¿Cómo iba a salvar eso a Uro? Era o una mala idea o una trampa. No solucionaba sus problemas. Maldijo su bocaza, debería haber pedido algo de dinero y un permiso de salida de la ciudad para poder largarse a buscar una nueva vida en el rincón más remoto del reino. Solo a él se le ocurría pedirle justicia a un sidhe. Se había metido él solito en la boca del lobo. Podía salir de aquella habitación con unos poderosos aliados a sus espaldas o con unos enemigos contra los que no tenía opciones de luchar. La decisión era sencilla de tomar, porque en realidad no tenía la posibilidad de decidir nada, las cartas de aquella partida estaban trucadas desde el principio.



35. Noches azules

Regresó al castillo de AltaCumbre al caer la tarde, antes de que la oscuridad le impidiese distinguir los caminos y el frío afectase demasiado a los gyvernos, que al ser criaturas de sangre caliente sufrían cuando las temperaturas bajaban demasiado. Si hubiese estado en su mano regresar sin más a la Corte, lo habría hecho sin tomarse la molestia de despedirse. No creía que a Elio le fuese a importar lo más mínimo, era muy posible que ni se enterase de su ausencia, le había dejado muy claro en varias ocasiones que estaba más centrado en sus placeres que en sus obligaciones. Tener que volver para explicarle a su anfitrión que no podía alargar más su estancia allí le resultaba tan molesto como un corpiño demasiado ajustado en un día caluroso. Así que lo mejor sería darse prisa y quitarse ese engorro de encima lo antes posible, estaba segura de que no pondría ningún impedimento a su regreso. Lo que tuviese que objetar Rheia, en cambio, la traía sin cuidado. El largo paseo le había despejado la mente, las Casas menores eran como perros disputándose los huesos de un banquete, pero no debía olvidar que no era uno de ellos. Si las Casas menores eran perros hambrientos, los Altos Señores eran las manos que les daban de comer, era mala idea morderlas porque los amos decidían quién se llevaba los mejores bocados y quién merecía un palo en el espinazo.

Mientras dejaba vagar al caballo entre las melancólicas sombras azules de unos árboles que se preparaban lentamente para el invierno, pensó en su encuentro con Aglanor de QuiebraFuegos.

Tenía un arma poderosa en las manos, si le decía a Calendemyn que un par de Casas vasallas estaban allanando el terreno para preparar un enfrentamiento entre AltaCumbre y NubeArgéntea, seguramente reconocería su sensatez y su lealtad, eso debía ser más que suficiente para permitirle ocupar el asiento de su padre. Le estaba ahorrando al reino un choque que podía escalar muy fácilmente y demostraría que su principal interés era el buen gobierno de TerraLinde por encima de intereses personales o mezquinas intrigas palaciegas. Era consciente de que a Elio le molestaría que se inmiscuyese en sus planes, toda estrategia tiene un precio a pagar y si debía dar la cara ante un noble que era incapaz de salir de la cama hasta que el sol ya estaba en lo más alto del cielo, estaba más que dispuesta a afrontarlo. No lo veía capaz de convertirse en una amenaza grave. Rheia en cambio era harina de otro costal, la mano derecha de AltaCumbre era ambiciosa e inteligente, dos cualidades que no tenían por qué jugar en su contra. Al revés, tenía claro que la Dama de SilvaViento solo era fiel a sus propios intereses y estaba segura de que ambas podrían llegar a un acuerdo para encontrar la mejor manera de satisfacerlos. Si quería dinero o poder, Gwyllión podía dárselos. Inconscientemente se llevó la mano al busque de su corpiño. «Nunca solas, nunca indefensas», recordó. Esa era la promesa de Rheia, ahora tocaba averiguar hasta qué punto era cierta.

La Dama de SilvaViento la recibió en el vestíbulo con una gran sonrisa que no mostraba que su rechazo a la proposición de Aglanor de QuiebraFuegos la hubiese molestado lo más mínimo; al contrario, no comentó nada del asunto, la cogió del brazo con la misma familiaridad de los días anteriores mientras se disculpaba por no haber tenido tiempo para ella en todo el día. Gwyllión pensó que si no quería hablar del tema era porque lo daba por zanjado sin mayores asperezas. En política, si querías conservar aliados, no podías permitirte el lujo de tomarte las negativas como algo personal, sobre todo cuando, como en el caso de Rheia, pertenecías a una Casa vasalla.

—No te preocupes —dijo Gwyllión palmeándole la mano para quitarle importancia al asunto—. Ha sido un placer poder disfrutar del bosque antes de marcharme. Lamento decirte que es hora de regresar junto a mi padre, empieza a inquietarme estar alejada de él demasiado tiempo.

En contra de lo que esperaba, no intentó retenerla. Apoyó la cabeza sobre su hombro dejando escapar un dramático suspiro, al hacerlo le ofreció una vista muy cercana a su generoso escote. A Rheia le favorecían los corpiños, era de pecho generoso y tenía una piel blanca que empolvaba con una buena cantidad de brillo para obtener un aspecto nacarado que invitaba a la caricia. Gwyllión sintió que se le encendía la cara, intentó separarse de ella y la sidhe se lo impidió con un suave tirón que las acercó aún más, hasta que notó el perfume floral que desprendían sus rizos.

—Por desgracia, yo también debo regresar a la Corte cuanto antes. La flecha solar regresará mañana para el viaje de vuelta —le anunció aparentemente aliviada por no tener que explicarle a su invitada que debía acortar el tiempo de su visita.

«A cuenta de las arcas del AltaCumbre, seguro». No pudo evitar el pensamiento malicioso.

—¿Te importaría que volviésemos juntas? Me alegraría mucho regresar a casa lo antes posible.

La sidhe apartó un largo bucle de pelo azul verdoso que le caía sobre los ojos y trató de devolverlo al revoltoso desastre de su flequillo. No parecía estar molesta, su sonrisa seguía siendo dulce y sus ojos, limpios como una noche de verano, no parecían ocultar segundas intenciones.

—En absoluto, no es solo mi deber como anfitriona, sino que será un placer viajar en tan buena compañía. —Rheia le cogió la mano y se la besó tiernamente—. He preparado una sorpresa para ponerle la guinda a esta estancia tan maravillosa, me ha parecido lo más apropiado para compensarte este final tan abrupto.

Pese a que no le apetecían más sorpresas, se obligó a sonreír. Protestar o poner objeciones solo habría servido para hacerle la

situación aún más incómoda. Tal vez ese fuese el plan de la Dama de SilvaViento desde el principio.

—Estoy deseando descubrir de qué se trata, para no sufrir demasiado la intriga iré a mis habitaciones a revisar mi equipaje y alimentar a mis pequeños —contestó logrando apartarse de la sidhe.

—Entonces hasta la noche, querida.

Rheia se despidió con una reverencia teatral y una risa alegre que la persiguió por el pasillo mientras se alejaba haciendo repicar los tacones sobre las baldosas pulidas del recibidor. Feroz siseó, golpeándole las piernas con la cola tratando de atraer su atención. Gwyllión le acarició la cabeza, debía tener hambre. En el bosque no habían tenido suerte con la caza, eran demasiado jóvenes y carecían de experiencia. Les dio de comer hasta dejarlos saciados, pensaba llevarlos a la cena y quería que estuviesen tranquilos. Tenía que empezar a pensar seriamente en entrenarlos. Ninguna dama se había sentado en el Alto Consejo desde el tiempo de los últimos reyes, iba a necesitar protección. Por ahora se conformaría con que pareciesen amenazadores.

Tres doncellas dóciles y silenciosas prepararon el equipaje. Dejó fuera un gabán largo y abrigado con el cuello y los puños forrados de piel y un vestido de lana gruesa. Para la cena se decidió por una hopalanda recamada con un dibujo que recordaba a las escamas de los gyvernos. Las mangas eran anchas y tan largas que casi tocaban el suelo. Le gustaba el aspecto que le daba aquella prenda, no tenía nada que ver con los escotes y las gasas que tanto le gustaban a la Dama Rheia. Escogió un cinturón enjoyado para ceñirlo y un broche con el escudo de su casa labrado en hueso de dragón. Estaba segura de que sin la protección de AltaCumbre, su anfitriona no podía permitirse una prenda como aquella. Tenía que recordarle que estaban en distintos puestos de poder, algo que era muy difícil de cambiar.

Pasó el resto de la tarde tratando de conseguir que los gyvernos aprendiesen algunas órdenes. Ambos reconocían sus nombres y entendían palabras simples como «quieto» o «ven», aunque no

siempre las obedecían. Eso era algo que debía cambiar, necesitaba que fuesen más disciplinados y, sobre todo, más obedientes. Les mostró algunas tajadas de carne seca de caballo, que sabía que era la favorita de ambos, y les ordenó quedarse quietos. Veloz se prestó al juego, quedándose inmóvil, con la panza apoyada contra el suelo, mirándola como un gatito mimoso con sus ojos zafiro. En cambio, Feroz hizo honor a su nombre, se dedicó a lanzarle dentelladas a su compañero y trató de quitarle la carne de las manos a Gwyllión, que tuvo que mantenerlo a raya con un bastón de doma fabricado expresamente para ella. Era una vara de metal forrada con cuero calcotauro, ignífuga y ligera, pero lo suficientemente resistente como para aguantar los envites de los gyvernos y su aliento tormentoso, que era lo bastante potente como para provocar quemaduras a cualquiera que se acercase demasiado. Estaba aprendiendo a usarlo para mantenerlos lejos de ella cuando era necesario. Esa tarde le fue muy útil para contener la voracidad de Feroz, aunque para el gyverno aquello era más un pulso de poder juguetón que un entrenamiento. Cuando consiguió ganarse un par de tiras de carne, perdió todo el interés por las órdenes que le daban, se alejó de ella con un poderoso salto y se enroscó en la monstruosa cama entre bostezos.

La Dama Rheia se presentó en sus habitaciones cuando aún se estaba vistiendo para la cena. Al verla entrar, la doncella que la estaba ayudando a plegar las mangas de la hopalanda se marchó sin pedirle permiso tras dedicarles a ambas nobles una reverencia cortés. La sidhe también se había cambiado, llevaba un vestido de satén tornasolado del mismo color de su cabello y una espectacular sobrevesta de hilo dorado en la que relucían pequeñas ágatas verdes y turmalinas azules. Se acercó hasta ella y se apresuró a continuar con la tarea de la doncella, cogiendo con cuidado los pliegues de la manga.

—Perdona que me presente de improviso —le dijo casi de rodillas ante ella—. Tenía tantas ganas de enseñarte mi pequeña sorpresa que no he podido esperar.

La entrada de su anfitriona la había pillado tan de sorpresa que apenas pudo balbucear una respuesta.

—Contaba con tener tiempo de arreglarme el pelo.

Rheia se enderezó y le apartó la melena de la cara. Acercó su rostro al de Gwyllión, clavando en ella aquella mirada intensa en la que se adivinaba un hambre enorme. Notaba el aliento cálido de la elfa sobre los labios y percibía su respiración, ligeramente entrecortada. De nuevo le llegó el olor a dama de noche, casi como un pulso, como un latido, como el roce finísimo de una piel suave.

—En realidad las dos nos hemos vestido de más para esta noche —le susurró acariciándole el cuello—. Entre nosotras no debería haber tanto protocolo. Ambas somos damas con grandes ambiciones.

Sin darse cuenta, Gwyllión dio un pequeño paso hacia atrás. Pese a que todo su cuerpo le pedía que hiciese lo contrario, que se acercase hasta encontrarse con la dama verde. Hasta acabar con la distancia que las separaba.

—No creo que seamos las únicas damas ambiciosas de TerraLinde —balbuceó.

Rheia volvió a acortar distancias.

—A la mierda las otras damas —le dijo al oído mientras entrelazaba los brazos alrededor de su cintura—. Nosotras somos únicas en nuestra especie, tenemos las mismas metas, los mismos apetitos y una llave compartida para conseguir saciarlos.

Estas últimas palabras las dijo tan cerca de la boca de Gwyllión que fue como si las estuviese derramando sobre ella directamente desde sus labios. Temía girarse, no quería estar frente al rostro ovalado de Rheia, no se creía capaz de controlar las ganas de beber directamente de su boca. Nunca había besado a nadie. ¿A quién, si vivía recluida? Ahora, los años desperdiciados a la sombra de su padre mientras la vida transcurría sin ella detrás de los muros de su jardín le pesaban como una losa. Su cuerpo, tanto tiempo dormido, le exigía una compensación y la quería de inmediato. Estaba rígida, inmóvil, sin saber que hacer, atrapada entre la sensatez y sus

deseos. La decisión no la tomó ella, cuando Rheia le besó el cuello, un hormigueo ardiente bajo la piel la obligó a buscar los labios de la sidhe.

—¿Cuánto hace que no te permites disfrutar y relajarte? —Las palabras de Rheia llegaron acompañadas de una cálida mano que se posó con la suavidad de una brisa sobre su hombro, provocándole un escalofrío.

—Saco a pasear los gyvernos… —Su voz se fue apagando a medida que iba pronunciando aquellas palabras, palabras que ante la intensa mirada cobalto de Rheia parecían ingenuas e infantiles. Apenas rozándola con el dorso, la sidhe comenzó a deslizar la mano por su brazo. El contacto, demasiado ligero. El movimiento, demasiado lento.

—No es eso a lo que me refiero.

La mano Rheia se detuvo un instante al alcanzar la suya. Cuando Gwyllión vio que no se apartaba, entrelazó los dedos con la sidhe en un movimiento cargado de intención.

—Yo no… —No terminó de formar aquella protesta. ¿No quería? ¿No lo deseaba? ¿No se sentía sola y ansiaba el contacto de otra hada? ¿No le parecía hermosa? Todas sus fantasías de doncella estaban allí, hechas carne sólida, piel caliente y perfumada. Rheia adivinaba sus deseos, sentía la débil lucha que libraba y sabía qué hacer para equilibrar la balanza a su favor.

—Solo tenemos esta noche tú y yo —le recordó al oído.

Las palabras de la Dama de SilvaViento fueron un susurro y un hechizo que quebró cualquier reserva que le quedase. Le permitió fingir que el reino, el Consejo e incluso su padre no existían. Que era libre para ser ella misma, para dejarse llevar sin pensar en obligaciones.

Tomó a Rheia por la cintura para llevarla hasta la cama. Vio por la expresión de su anfitriona que no esperaba que ella tomara la iniciativa, y el desconcierto y la sorpresa despertaron en ella un hambre que llevaba dormida demasiado tiempo.

—Tranquila… —susurró Rheia con una sonrisa juguetona cuando quiso empujarla encima de aquella horrible cama. Trató de tomarla por las manos, pero Gwyllión no se lo permitió. Dio un paso atrás y se concentró. Suaves hilos de luz emergieron de sus dedos para enredarse en las piernas de la sidhe, trepando por los muslos como serpientes luminosas. La vio fruncir el ceño un instante, entre divertida y extrañada, hasta que las tramas mágicas llegaron hasta su sexo, arrancándole un jadeo ronco que se convirtió en un pequeño suspiro cuando comenzó a mover los hilos para que la acariciaran delicadamente. Rheia se sentó en la cama y se subió el vestido, quería que la viese mientras el placer se apoderaba de ella, arqueó la espalda echando el cuello hacia atrás mientras la respiración se le aceleraba. Gwyllión volvió a mover los dedos, notando su propia humedad mojarle los muslos, cada gemido que le arrancaba al cuerpo que aprisionaba hacía que la tensión de su vientre aumentara, cada vez más acuciante. Cuando su anfitriona llegó al orgasmo, ella misma se sentía al borde de un placer que no se habría atrevido ni a soñar. Saber que tenía a su merced otro cuerpo para gozar de él como le apeteciese la hacía sentir viva, realmente viva. Hizo un movimiento con las manos y las cintas mágicas la agarraron con una presa firme pero gentil que le permitió elevar el cuerpo de Rheia, la acercó hasta tenerla ante ella, indefensa y accesible. La sidhe se pasó los labios por la lengua y le sonrío desafiándola a atreverse a hacer algo más.

Le habría gustado arrancarle la ropa, de hecho conocía un hechizo que la habría hecho trizas al instante, pero no sabía cómo se tomaría que rompiese el carísimo vestido, así que se conformó con dejar que los hilos la desnudasen lentamente. Cuando terminó y pudo por fin contemplar la figura exuberante y la piel pálida y sedosa de la Dama de SilvaViento, la elevó un poco más y empezó a buscar por la habitación dónde podría colocarla para seguir jugando. Su mirada se detuvo en los malditos unicornios que tiraban del coche que hacía de cama.

—¡No! —protestó entre risas Rheia al comprender lo que pretendía—. Ni se te ocurra ponerme encima de una de esas horteradas.

Gwyllión la miró y terminó ordenando a los hilos que volviesen a dejarla en la cama, mientras empezaba a quitarse la ropa maldiciendo por haber escogido una prenda tan aparatosa. Rheia enredó los dedos en los hilos mágicos y tiró de ella hasta tenerla encima. Al perder la concentración, la magia desapareció, dejando caer una finísima lluvia centelleante sobre ellas. Se besaron, nada de lo que Gwyllión había imaginado en sus toqueteos solitarios igualaba a los labios carnosos de su compañera, al sabor de otra boca. Se dio cuenta de que no podría volver a dormir a lo que acababa de despertar. No soportaría igual el encierro al que debía regresar, sin darse cuenta los ojos se llenaron de lágrimas. Rheia las secó pasándole una lengua que era toda fuego por las mejillas.

—Nunca solas, nunca indefensas —le recordó mientras unos dedos ágiles se colaban entre sus piernas para dibujar entre ellas un círculo húmedo que la hizo olvidarse de cualquier otra cosa que no fuese ese roce. Después comenzó a recorrerla suavemente, besándole las clavículas, mordisqueándole los pezones con juguetona malicia, le cubrió el vientre con caricias que le pusieron la piel de gallina, dejó que su melena verdeazulada le acariciase los muslos y solo entonces, cuando pudo beber de su deseo, se sació en ella.

Rheia se secó la barbilla con la mano antes de tumbarse junto a Gwyllión sobre un revoltijo de sedas y joyas. Quedaron frente a frente, con una sonrisa agradecida en los labios y la mirada encandilada. Volvieron a besarse, dejando que la ternura tomase el lugar de la pasión.

—Sabía que dentro de ti ardía un fuego incontenible —dijo la Dama de SilvaViento acariciando los pechos de Gwyllión con la yema de los dedos— y aun así me has sorprendido.

—Estamos llenas de sorpresas al parecer, somos un enigma la una para la otra. Tan parecidas y tan distintas a la vez —contestó

perdida en la intensa mirada de su compañera.

—¿No te gustaría que nos descubriésemos lentamente?

La pregunta era una trampa porque era imposible negarse sin estropear la magia del momento, sin añadirle un toque amargo que no deseaba.

—Me da miedo descubrir más de lo que puedo tragar —dijo con sinceridad—. Mi mundo siempre ha sido pequeño y seguro, no he conocido otra cosa. Lo he odiado toda mi vida, llevo demasiado tiempo sintiéndome atrapada, pero ahora que tengo la libertad tan cerca, me asusta. Presiento que trae de la mano cosas terribles.

—Hasta ahora has estado sola, y ya no lo estás —le recordó Rheia, que había apoyado la cabeza sobre su hombro.

«¿Y eso es bueno o malo?», se preguntó la joven. Estar con Rheia era como nadar entre serpientes marinas. El espectáculo era impresionante, la sensación de libertad y la belleza que le ofrecía resultaban tentadoras, y sin embargo no debía olvidar que tenía al lado a un depredador peligroso. El hambre de poder de la EspadaLeal de Elio la convertía en una compañera imprevisible y, tal vez, de lealtad dudosa. Por otro lado nadie le ofrecería nunca lo que ella podía darle.

—Tengo muchas cosas en las que pensar. Voy a ser sincera, me preocupa lo que quiere hacer Elio con la presa y no me gusta ver que hay Casas vasallas de otros señores implicadas, me hace pensar que tal vez mis propios vasallos no estén dispuestos a serme fieles.

—¿Te preocupa más Elio? ¿O tus vasallos?

—La presa puede crear un precedente peligroso, eso me preocupa.

—Para conseguir miel hay que revolver un poco a las abejas, es inevitable —le respondió Rheia alzando los ojos hacia ella.

—Elio es más peligroso que un nido de abejas.

—¿Eso crees?

La sidhe se escurrió de entre sus brazos como un pez y saltó de la cama, invitándola a seguirla. La noche era fría. Rheia se cubrió con el edredón echándose a andar hacia la puerta.

—Vístete y nos vemos dentro de un rato en la escalera del final del pasillo.

Obedeció a toda prisa, movida por la intriga. En el largo pasillo no encontró ningún criado, solo a Rheia, que llevaba una gruesa capa sobre los hombros y un vestido de lana. Echaron a andar cogidas de la mano, bajaron las escaleras hasta llegar a un ala apartada del castillo, custodiadas por dos guardias. La sidhe pasó de largo por el corredor llevándola a una pequeña sala de aspecto abandonado, llena de muebles anticuados. Sobre la chimenea las observaba el retrato de un elfo vestido con un largo manto de pieles blancas sobre las que esparcía una melena del mismo color. Tenía la cara fina, como Elio, aunque este no había heredado la mirada de halcón de su antepasado. Rheia paró frente un espejo deslumbrante al fondo de la sala, debía de ser lo único allí que no estaba cubierto de polvo y, cuando la Dama de SilvaViento posó la mano sobre el cristal, este vibró un instante antes de derretirse como una delgada capa de hielo ante una antorcha, dejando al descubierto un estrecho pasillo.

No caminaron mucho, justo frente a ellas la luz se filtraba por una celosía cuidadosamente labrada. Rheia la invitó a acercarse para que mirase a través de ella.

La celosía debía de formar parte del artesonado de las paredes doradas de un salón tan opulento como chabacano. Casi un par de docenas de hadas en distintos grados de desnudez retozaban alrededor de un gran sitial de mármol de distintos colores, desde el que Elio, indolente y desnudo, pálido como la luz nocturna, las contemplaba con una mirada vidriosa en la que se adivinaba un interés lánguido, el noble se pasaba los dedos finos por el miembro flácido a medida que sus ojos nublados lamían la amalgama de cuerpos que lo rodeaban.

No se atrevió a preguntarse cómo de jóvenes eran algunas de las hadas que, sin ningún pudor, se habían abandonado a la lujuria ante su señor. Al principio, demasiado impactada para asumir lo que estaba viendo, no alcanzaba a distinguir más que carne enredada y

un coro de gemidos desacompasados. Cuando Gwyllión superó el impacto inicial empezó a distinguir qué estaba sucediendo en la habitación. Elio, como un director de orquesta, organizaba el espectáculo que se desparramaba a sus pies. El alto señor se esforzaba en crear una sinfonía de placer, dolor y suspiros.

Por un instante se quedó absorto en una joven y rubicunda bogan que, ante las delicadas atenciones de dos sluaghs, parecía estar experimentando tal placer y durante tanto tiempo que su expresión rozaba la demencia, los ojos llorosos y la saliva se derramaban entre sus labios entreabiertos, teñidos de un profundo azul.

Todos los cuerpos mostraban trazas de aquel color que tan asociado tenía con Elio. Atado a una columna, un enorme gorrorrojo se retorcía. Su torso musculado, y plagado de cicatrices, estaba cruzado por una enorme franja de azul, igual que su monstruoso miembro, que presentaba una gloriosa erección a pesar de que eyaculaba sin cesar para placer de los dos jóvenes phokas que se turnaban para penetrarse uno al otro bajo la lluvia que les proporcionaba el gigante. Una sátiro y un leprechaun se paseaban por la sala, cada uno de ellos llevaba una escudilla dorada llena del líquido azul oscuro pintando a capricho a quien se les ponía al alcance o alejándose juguetones cuando alguien se les acercaba para suplicar unas gotas del tinte.

Gwyllión se apartó de la celosía, incapaz de seguir observando, estaba segura de que las miradas de aquellas hadas la perseguirían mucho tiempo. El terrorífico éxtasis agónico que reflejaban le hizo saber que experimentaban un infierno de placer que era demasiado terrible para disfrutarlo. Rheia a su lado sonreía con una salvaje placidez.

—Vámonos. —Lo que hubiese querido que sonase como una orden fue más bien una súplica—. Ya he visto suficiente.

De vuelta en la habitación del espejo, se dejó caer sobre un sillón que soltó una fina nube de polvo bajo su peso. Durante un momento fue incapaz de pronunciar una palabra, así que Rheia se arrodilló a

sus pies como un gatito, con los ojos colmados de una satisfacción que le pareció del todo inapropiada.

—Acabas de ver las «noches azules» de su señoría. En estos momentos es lo único que le interesa de verdad. Por eso se empeña en pasar tanto tiempo en sus tierras natales, en la Corte esto sería difícil de ocultar.

Rheia habló con una frialdad que a Gwyllión se le hizo difícil de asumir.

—¿Qué era ese líquido azul?

—No estoy del todo segura. Es un tinte que se utiliza en mis tierras natales para ciertos rituales de fertilidad muy antiguos y prohibidos. Una vez le hablé de ellos a Elio y sintió curiosidad —le explicó sin dejar de mirarla—. Cometí el feliz error de conseguirle un poco y ahora solo quiere más y más.

—Y se lo sigues dando…

La Dama de SilvaViento caminó hasta una mesita que se mantenía en pie porque la gravedad tenía misericordia de ella, tras abrir un cajón chirriante dejó sobre el tapete carcomido un grueso anillo de oro que reconoció de inmediato. Ella esperaba heredar el de su padre, estaba segura de que aquel era el sello heráldico de la Casa de AltaCumbre. Rheia tenía poder para firmar cualquier documento en nombre de su señor.

—Pues claro que se lo doy, ahora yo soy la Señora de AltaCumbre. No tengo que casarme con Elio. Él tiene lo que quiere y yo también.

«Los amigos son más peligrosos que los enemigos», era una frase que su padre le repetía una y otra vez. «A los enemigos es fácil verlos venir». Gwyllión odiaba reconocer que tenía razón.

—AltaCumbre te dará su voto para que ocupes el asiento de tu padre —le ofreció Rheia jugueteando con el anillo—. Pero un voto no te garantiza el título. Necesitas más apoyos.

—Por eso la jugada de la presa, quieres desestabilizar el Consejo. ¿Por qué estás tan empeñada en ayudarme?

—Porque tú y yo somos iguales.

No, no lo eran. Gwyllión apretó los puños contra el regazo. No eran iguales, ella reclamaba algo que era suyo por derecho. No era una advenediza capaz de cualquier cosa para alcanzar sus metas. Ella era una Alta Señora, una descendiente de los Aen Sidhe, una hija de la luz de Danu. Tal vez Elio lo hubiese olvidado, más dispuesto a lanzarse al fango de sus apetitos que a ser un verdadero gobernante, pero ella no. No deshonraría a su padre ni a su linaje. Volvería a la Corte, asumiría su papel y lucharía con armas legítimas, lejos de la pocilga de AltaCumbre y sus tentaciones.



36. Una canción de ciervos y nubes

Al llegar la noche, el bullicio de las calles de la Corte se trasladaba al interior de las casas y las posadas. Por el camino vieron muchas ventanas iluminadas tras las que las hadas apuraban lo que quedaba de jornada. Las chimeneas encendidas lanzaban al cielo delgadas columnas de humo que perfumaban el aire con el olor de la madera quemada, invitando a los pocos transeúntes que aún no se habían recogido a soñar con habitaciones acogedoras y cenas calientes.

Nicasia consideraba que la soledad y el silencio eran sus aliados, para ella el paisaje de las avenidas vacías y esquinas sombrías era apacible y acogedor. Las calles despejadas le parecían seguras. Asha le quitó esa idea de la cabeza, le explicó que la Corte de los Espejos no era un buen lugar para pasear de noche a solas y que cualquiera que se considerase sensato salía siempre bien acompañado si es que no tenía más remedio. Marsias confirmó lo que decía la carpintera.

Por eso, cuando se ofreció a ir a la Taberna del Sol como avanzadilla para asegurarse de que todo estaba en orden, Marsias decidió acompañarla. Asha y su marido se reunirían con ellos en cuanto los niños estuviesen dormidos. Pese al ataque de Urakarnake, la carpintera no parecía dispuesta a renunciar a la cena que los aprendices habían planeado para aquella noche y se negó a escuchar ningún razonamiento a favor de cancelarla. Avispa viajaba muy poco y se merecían una pequeña fiesta, no pensaba desperdiciar ni la oportunidad, ni la mesa especial que tenía reservada en la taberna.

El sátiro caminaba tranquilo a su lado. Pese al crudo relente otoñal, iba escasamente vestido. Nada de lo que llevaba puesto era apropiado para protegerse del frío: la camisa abierta por el pecho era demasiado fina y el faldellín, que le ceñia las caderas, adornado con un cinturón del que colgaban guirnaldas de finas cadenas, tampoco debía de servir de abrigo, aunque él no parecía notar las ráfagas de viento gélido que los azotaban a cada paso. En cambio, la knocker, que llevaba puestas una capa de fieltro y una bufanda que Asha le había prestado, no dejaba de tiritar. El frío era una de las cosas que menos le gustaban del mundo exterior. El sátiro miró de reojo cómo se frotaba las manos ateridas y levantó el brazo invitándola a acercarse.

—Tendrás menos frío si te arrimas un poco—le ofreció con una sonrisa apacible.

La proximidad física con un desconocido la incomodaba menos que el frío, así que se acercó como un cachorrito receloso, sin creerse demasiado lo que le estaba diciendo. Junto al sátiro, el viento era menos cruel y el frío se mitigaba, podía sentir el calor que irradiaba su corpachón descubierto. Nicasia le dedicó tal mirada de incredulidad y sorpresa que el sátiro se echó a reír.

—FuegoVivo no es solo un nombre, los aprendices del santuario aprendemos algunos trucos realmente útiles —le explicó sin perder su expresión divertida.

—Impresionante —reconoció.

Dejando de lado sus recelos a favor del calor, se acercó un poco más a su acompañante. Hasta aquel momento habían caminado en silencio sin que ninguno de los dos pareciese molesto por la falta de conversación, ahora que estaba tan cerca le parecía de mala educación seguir callada. No sabía gran cosa de FuegoVivo. Era un santuario, un lugar de sanación ubicado en el corazón del bosque del mismo nombre. Durante sus viajes con los Ibn Bahar habían pasado cerca, no era fácil entrar en los terrenos del santuario sin el permiso del rector y la caravana tenía que conformarse con ver el Bosque Rojo desde el camino que lo rodeaba. Recordaba el viento

moviendo las ramas encendidas y el intenso perfume de las flores silvestres que llegaba al sendero.

—¿Eres un sanador de FuegoVivo?

Marsias sacudió las caderas para que los colgantes de su cinturón tintineasen alegremente.

—¿Has visto alguna vez a un sanador que vista tan bien como yo? Es cierto que viví en FuegoVivo mucho tiempo, pero nunca acabé los estudios, eran demasiado formales para mí y el burdeos no me sienta bien. Así que decidí regresar a casa y seguir los pasos de mi madre.

Le habría gustado saber más de la vida en el santuario, pero no parecía que al sátiro le apeteciese hablar sobre eso. Así que decidió hablar de lo único que tenían en común.

—¿Y cómo conociste a Asha?

—CantaTrovas y yo somos amigos de la infancia. Me contó que su familia necesitaba un sitio donde vivir lejos del alcance de los knockers. Mantener mi casa en pie es muy caro, así que unos cuantos inquilinos pagando alquiler me venían bien, y además me hacen compañía. Es duro vivir solo en un sitio tan grande.

La verdad era que, por lo que Costurina le había enseñado, la casa necesitaba algo más que un par de capas de pintura y unos muebles nuevos. Si el sátiro quería salvar la mansión, le harían falta unos cuantos inquilinos más. Pero eso no era asunto suyo. Por suerte el sátiro le señaló un edificio pintado de color teja.

—¡Ya hemos llegado!

Incluso alguien recién llegado como Nicasia habría encontrado fácilmente la Taberna del Sol. Estaba cerca de una de las plazas más concurridas de la Corte y hasta un troll acatarrado podría haber seguido el delicioso olor de los guisos del día. Sobre la puerta ocre no colgaba ningún rótulo, solo había un sol sonriente de madera, colocado sobre el dintel de una puerta abierta de par en par, que señalaba el negocio. Hasta que se vio de frente con el edificio, Nicasia no se dio cuenta de que aquel día, entre emociones y sustos, había comido realmente poco. Durante el almuerzo, pese a la

exquisita vajilla y la excelente compañía de Marsias, ni Asha ni ella estaban de humor, ninguna de las dos comió demasiado. El estómago le gruñó con tanta fuerza que le sorprendió que el sátiro no lo escuchara, por suerte su guía se había adelantado unos pasos para buscar a alguien que le atendiese. Le recibió una clurican regordeta, la diferencia de alturas entre las dos hadas era tan dramática que, aunque la pobre tabernera se subió a una silla para poder hablar con Marsias, este tuvo que inclinarse hacia ella.

—Nuestra mesa está en la planta de arriba —le comunicó Marsias señalando unas escaleras—. Al parecer tenemos un reservado a nuestra disposición.

Subieron alejándose del bullicio de la planta baja. Al ser la hora de cenar, casi todas las mesas estaban llenas. Nicasia observó el gran salón mientras subía, las paredes estaban ocupadas con barriles tumbados, almacenados en línea, unos sobre otros. Cada uno tenía escrito en tiza el nombre de la bebida que almacenaba. Había una pared para vinos y otra para cervezas. Unas escaleras sobre rieles ayudaban a los camareros a alcanzar los barriles más altos y tal vez también las contraventanas de los ventanales pegados al techo que debían de iluminar la posada durante el día. Sobre las cabezas de los comensales, además de los grandes candelabros de rueda que iluminaban la sala, colgaban guirnaldas de hojas y flores. Una chimenea muy alta lucía varios espetones atravesados en los que giraban lentamente piezas de carne de distintos tipos.

La planta de arriba era un altillo mirador que rodeaba tres lados de la sala, las mesas estaban separadas por bastidores de madera decorados con hiedras trepadoras. Así podían disfrutar de cierta intimidad sin perderse el alegre bullicio que podía disfrutarse desde los balcones.

—Se nota que Asha tiene buenos contactos en la taberna, no es fácil conseguir una sala privada en este sitio —le explicó mientras resollaba escaleras arriba.

—Imagino que ella tampoco vendrá sola hasta aquí, ¿no? —preguntó Nicasia apoyándose en el pasamanos.

—Supongo que CantaTrovas irá a buscarla y vendrán juntos. —El sátiro se giró para mirarla—. Los otros aprendices no saben que Asha vive en el Barrio Real así que no se lo digas a nadie si ella no te da permiso. Es muy reservada.

Asintió. Lo cierto era que pese al tiempo que llevaba en la Carbonería, conocía muy poco de la carpintera. Era la única aprendiz que no vivía en el taller, llegaba cada mañana a la hora del desayuno y se marchaba al acabar las tareas del día, casi siempre antes de la cena, pese a que Avispa solía afearle que no viviese en el taller cuando el edificio tenía espacio de sobra para alojar a su familia. Aunque hablaban a diario apenas mencionaba a sus hijos, ni daba demasiados detalles sobre su vida. No conocía el nombre de sus compañeros, ni a qué se dedicaban. Ella tampoco le había preguntado nunca, le daban miedo las conversaciones demasiado cercanas porque no quería hablar sobre su pasado. Así que en los ratos que compartían siempre hablaban de trivialidades como el tiempo o los cotilleos del barrio, y sobre todo del trabajo. No le preocupaba no conocer a Asha, estaba cómoda manteniendo las distancias, pensaba seguir haciéndolo en la medida de lo posible. La confesión de aquella mañana había sido una excepción incómoda, que dejaba entre sombras verdades muy feas de las que no quería hablar.

—Tranquilo, no diré nada.

La planta superior era más tranquila y muchas mesas estaban vacías. Marsias pasó de largo junto a un par de ellas hasta llegar a una junto a la pared en la que les esperaba una estufa de hierro encendida y una mesa preparada para ocho comensales. No eran los primeros en llegar, Jovial y Bermejo ya estaban allí, cada uno con una enorme jarra de cerveza delante y un plato con queso y fiambres.

—¡Qué bien acompañada vienes! —la saludó Jovial alzando su jarra—. Bienvenidos a los dos.

—¿Os conocéis? —preguntó Nicasia sorprendida mientras colgaba el abrigo y la bufanda en un perchero.

—Se nota que no sales mucho —rio Bermejo—. ¿Quién no conoce a Marsias?

La cara del sátiro se volvió de un rojo intenso mientras hacía una reverencia.

—No es para tanto, es solo que vosotros dos sois un poco traviesos —aclaró el sátiro sentándose entre los dos jóvenes, ambos lo besaron suavemente en los labios.

—Porque no tenemos dinero para ser «muy» traviesos, querido —le dijo Bermejo, intentando rodear la cintura de Marsias. El sátiro era mucho más grande que él, así que tuvo que conformase con agarrarlo del brazo—. ¿De qué lo conoces tú?

—De nada —se apresuró a explicar el sátiro quitándole la palabra de la boca a Nicasia—. Asha me ha pedido que la traiga sana y salva hasta aquí y de paso me ha invitado a cenar con vosotros.

—Que detalle tan bonito por su parte.

Un bogan joven, muy parecido a Costurina, se acercó a la mesa. Ambos compartían el pelo dorado, los alegres ojos azules cargados de energía y la piel rosada. Un delantal de color azul oscuro del que colgaban dos trapos de cocina contenía una barriga generosa a juego con una espalda ancha, habituada al trabajo, y unas manos grandes e inquietas, algo manchadas de harina. El recién llegado saludó a Marsias con una palmaditas en la espalda y un par de frases corteses, luego se acercó a los knockers.

—Soy Marmitón, vivo con Asha —se presentó con una sonrisa radiante.

Se limpió las manos en uno de los trapos antes de estrecharles las manos a todos los aprendices con firmeza. Nicasia tuvo claro que estaba ante un hada fuerte, pero también amable. Quizás influenciada por el recuerdo de la niña, decidió que el cocinero le caía bien.

—¡Ahora ya sabemos cómo ha conseguido tan buena mesa! —se rieron los aprendices dándose codazos como críos.

—Tenía muchas ganas de conoceros. Nos habla mucho de sus compañeros.

—¡Te ha hablado de nosotros! —exclamaron los dos knockers fingiendo sorpresa.

Marmitón les sonrió.

—Sí, sí. Y no siempre mal.

—Es la mejor, con ella hemos aprendido mucho —añadió Jovial dejando las bromas aparte.

—¡Seguro que también gruñe mucho! —se rio el bogan.

—Siempre con motivo —aseguró Nicasia con una teatral seriedad que hizo reír a todo el mundo.

—Por supuesto, por supuesto. Nadie se atrevería nunca a decirle que no lleva la razón. —El bogan soltó una risita traviesa y luego se puso más serio—. Muchas gracias por ayudarla esta mañana. Me alegro de que no os haya pasado nada grave.

—Sí, ha sido una suerte —murmuró la knocker en voz baja, como si le asustase que Urakarnake apareciese a sus espaldas en cualquier momento.

—Bueno, bueno. No nos pongamos serios. Seguro que Asha y CantaTrovas están ya de camino. Decidme qué queréis beber —dijo el bogan.

Marsias pidió una jarra de cerveza de la casa y Nicasia, que no estaba dispuesta a emborracharse aquella noche, pidió burbujaviva de té rojo. El bogan regresó a la cocina a toda prisa para darles tiempo a decidir qué iban a pedir de comer.

—Gubia no va a venir —les contó Jovial cuando estuvieron solos—. Se niega a dejar el taller hasta que regrese Avispa.

—¿Le da miedo encontrarse a Urakarnake fuera? —preguntó Nicasia.

—No, le da miedo que trate de entrar si deja solo el taller —aclaró Bermejo antes de darle un trago a la cerveza.

—Pero él solo no puede pararle. Estaría más seguro aquí, con nosotros.

Nicasia no lograba entender la lógica que regía las decisiones del knocker, siempre enfadado y gruñendo entre dientes a espaldas de todo el mundo. Lo tenía por alguien demasiado cobarde para

plantarle cara a nadie más poderoso que él y estaba segura de que no se equivocaba al juzgarlo.

—No está solo, no sufras por él. La guerrilla mecánica estará rondando por los tejados hasta que vuelva Avispa. Supongo que los viejos del gremio hablarán con él cuando vuelva, no es nuestro problema. El Maestro del Taller es él, que lidie con sus mierdas.

Si alguien le preocupaba poco, ese era Gubia. Como si quería quedarse debajo de la cama temblando de miedo. Le preocupaban más las repercusiones que iba a tener en el taller lo que habían vivido hoy. Avispa no lo dejaría pasar y ya no estaba segura de qué clase de hada era. Sobre la imagen del mentor absorto en sus metas y ligeramente distante caían las oscuras sombras que Asha había dibujado sobre él. No creía que la carpintera le hubiese mentido, era solo que el dolor la había empujado a convertir sus sospechas en certezas. La historia de su hermana desaparecida era horrible, pero no sabía hasta qué punto era cierto que el viejo estuviese involucrado. Tampoco podía decir si lo que le ocurría era que la asustaba que todo fuese verdad, en ese caso estaban en manos de un monstruo al que, sin pruebas, no podían acusar de nada.

—¿Creéis que puede pasarle algo malo al taller después de esto?

Los aprendices intercambiaron una mirada en la que Nicasia pudo ver que compartían aquel miedo.

—El Gremio de Constructores necesitaría acusaciones muy serias para cerrar el taller —le explicó Bermejo dándole vueltas a su jarra—. No es algo que les guste hacer.

En la planta baja, el revuelo se hizo más alto, comenzaron a escucharse silbidos y aplausos. Los aprendices se olvidaron de los problemas del taller y se asomaron para ver qué ocurría. Un sátiro hermoso como la plata se abría paso entre las mesas saludando a los clientes. El musico vestía de celeste claro y blanco, los cuernos, que se le curvaban alrededor de las orejas, sostenían un elegante tocado de lirios y cadenitas plateadas que usaba para recogerse el pelo con un moño sobre la nuca. Su apariencia era delicada, elegante como las de las flores que lo adornaban. Tenía una sonrisa

inocente, pero sus ojos grises estaban cargados de determinación, duros como cristales. Nicasia sintió curiosidad al verlo. Ni siquiera los ancianos de la caravana, que se adornaban con joyas de oro y marfil le parecían tan magníficos como el sátiro blanco.

Los clientes de la taberna empezaron a corear un nombre, CantaTrovas, y el músico los saludaba, lanzando besos y cortas reverencias. Al escuchar el nombre se sorprendió, era otro de los compañeros de Asha. Marmitón y CantaTrovas eran como el día y la noche, aunque no costaba imaginar qué veía la carpintera en él, no solo por la evidente belleza, sino por la fuerza que desprendía su presencia.

Un par de camareros colocaron una mesa en una esquina para que el músico la usase de tarima. En cuanto el juglar tocó un par de notas de la zanfoña que llevaba con él, las conversaciones y el ruido se acallaron. Nicasia jamás había escuchado a nadie cantar como aquel juglar, era capaz de alcanzar las notas más altas sin aparente esfuerzo, sin perder firmeza. Parecía que hubiese convertido las tormentas en música. Su voz era a la vez tierna y potente, suave como la lluvia, feroz como el trueno. El silencio que se hizo en la taberna era casi reverencial, hasta los camareros parecían andar ahora de puntillas, dejando los platos y las jarras sobre las mesas con cuidado de no hacer ruido.

Tan absortos estaban escuchando al juglar que no se dieron cuenta de que Asha se había sentado en la mesa.

—¿Es que aquí nadie saluda? —dijo antes de vaciar la jarra de Jovial de un par de tragos sedientos.

—¿Cuándo has llegado? —preguntó Bermejo con el ceño fruncido.

—¡Ahora mismo! ¿Y Gubia?

—No va a venir —le explicó Nicasia apartando la vista del músico—. Le da miedo salir del taller.

Asha resopló frustrada.

—Esto no habría pasado con Mazarín —dijo furiosa—. Él nunca habría permitido que Avispa nos metiese en casa a esa gentuza.

—Ya, pero Mazarín se largó, no merece la pena pensar en él —le dijo Bermejo dándole un abrazo.

Jovial miró los moratones de la carpintera con la rabia tensándole la cara.

—Vamos a ajustarle las cuentas a ese cerdo de Urakarnake, antes o después nos las pagará.

El joven aprendiz se topó de bruces con la mirada mordaz de la carpintera que le soltó una colleja cariñosa.

—¿En serio? ¿Es que acaso quieres morir joven? Olvida a ese imbécil y tómate una cerveza. Esta noche teníamos pensado pasarlo bien, así que nada de cambiar de planes. ¡Vamos a alegrar nuestras penas! —Asha levantó el brazo sano para llamar a un camarero—. ¡Mozo, una ronda de cervezas!

Nicasia sacudió su redoma de burbujaviva, en la taberna no las servían en vaso, sino en unos recipientes tapados con corchos de los que se bebía usando una pajita metálica, así no perdía el gas de la fermentación. La bebida era fuerte y refrescante, además cada trago le burbujeaba en la lengua. La burbujaviva era un refresco extendido por TerraLinde que cualquiera que tuviese un frasco grande podía fermentar, pero la mestiza estaba segura de que en pocos sitios del reino la preparaban así de bien; aunque la mayoría de las hadas la consideraban una bebida para niños o para aliviar los dolores de estómago.

—¿En serio estás bebiendo ese meado de gatos? ¡Y otra cosa de estas! —le gritó la carpintera al camarero antes de que se marchase.

Los aprendices comenzaron a comentar los últimos cotilleos de la ciudad. A Nicasia le costaba seguir la conversación, no estaba al tanto de nada de lo que contaban. Tendría que hacerle caso a Manx y atreverse a salir más. Apenas conocía el mundillo de los knockers y trataba de hacerse pasar por uno de ellos. Sentía mucha curiosidad por el tal Mazarín. Para ella era como el eco de un pasado que desconocía, los aprendices solían nombrarlo de vez en cuando, en voz baja, cuando estaban seguros de que Avispa no los oía, y siempre era para echarlo de menos. Nunca había preguntado por él,

en parte porque le parecía una anécdota que tenía muy poco que ver con ella y, en parte, por el miedo que aún conservaba a hacer enfadar a quien no debía. Empezaba a comprender que su actitud era un error, si quería saber si realmente estaba segura trabajando con Avispa necesitaba descubrir quién era. Si era el knocker que veía cada día o esa imagen era solo la máscara de una figura más oscura.

Abajo, el público parecía haberse animado con las canciones del juglar, las hadas coreaban algunas de ellas, hacían peticiones. El sátiro descansaba entre canción y canción, ofrecía brindis, hablaba con el público, bromeaba y se reía, era difícil entender todo lo que decía, pudo escuchar algunas menciones al impuesto de horas. Muchas veces alzaba la voz para gritar «La hueste por TerraLinde» y al final de cada canción se escuchaba corear «El ciervo, el ciervo» mientras golpeaban las mesas con los puños. En una de las ocasiones el juglar se apartó el flequillo celeste de la frente con fingida resignación y comenzó a cantar:

Los cielos se alzan tan firmes y claros,
mas nunca el buen viento los toca al pasar;
hay puertas y arcanos guardados, cerrados,
arriba unos pocos, y abajo el solar.

Oh cielos, oh campos, ¿qué ley nos impone
llevar las cadenas sin tregua ni paz?
Quien tenga oídos que escuche el peligro,
pues hasta el buen ciervo se cansa de andar.

En la torre alta los labios son dulces,
las manos empuñan el frío metal;
susurran promesas de paz y de abrigo,
mas solo protegen su propio cristal.

Y en la ciudad el paso es de plomo,
la bolsa vacía y las bocas sin pan;
la magia retiene, la ley encadena,

las nubes doradas se ríen al pasar.

Oh cielos, oh campos, ¿qué ley nos impone
llevar las cadenas sin tregua ni paz?
Quien tenga oídos, que escuche el peligro,
pues hasta el buen ciervo se cansa de andar.

Tal vez en secreto murmuren las ansias,
tal vez en silencio ruegan libertad;
mas sabed, gentiles, que un día cualquiera,
incluso el buen ciervo se alza a bramar.

Mientras cantaba, los clientes de la taberna se dividían, si bien era cierto que la mayoría coreaba los versos con más entusiasmo que acierto, algunos abucheaban tratando de armar el mayor escándalo posible. Nicasia vio que los comensales de la mesa de al lado, cuatro jóvenes sidhe vestidos con libreas de color naranja, lanzaban el bastidor de separación por encima de la barandilla y se ponían de pie. El juglar entonó una nota alta, casi imposible, tan cargada de magia que logró hacer que el separador detuviese su caída para acabar casi posándose sobre una mesa vacía.

—¿Por qué os molesta una simple canción, mis señores? —La pregunta era tan claramente provocadora que los nobles echaron las manos a las espadas.

—¡Traidor! ¡Insolente!

Asha se puso de pie y con ella Marsias y los cuatro aprendices. Nicasia, por imitación, hizo lo mismo y con ella el resto de los comensales de la primera planta.

—Señores, les rogamos que se tranquilicen, no es más que una canción. Vuelvan a sus asientos y sigamos la noche en paz —dijo Asha.

Pese a que las palabras de la carpintera parecían calmadas, el tono dejaba adivinar un deje de amenaza que hizo que los elfos mirasen a su alrededor. Al verse rodeados, alejaron las manos de las armas lentamente.

—¡La Guardia sabrá de esto! —exclamó un joven sidhe con su hermoso rostro encendido de rabia—. ¡Ese juglar es un traidor!

Uno de sus acompañantes, un elfo alto con la mirada serena y una sonrisa afilada, le palmeó el hombro para que se calmase.

—Será mejor que nos vayamos, es obvio que nuestra presencia aquí no es bienvenida. Gastaremos nuestro oro en un lugar más amable.

—¡Largaos! —gritaron varias voces anónimas mientras los sidhe bajaban las escaleras.

—¡La Hueste por TerraLinde! —vocearon otros.

Cuando los nobles se marcharon, los knockers volvieron a sus asientos, pero la alegría anterior al incidente se había disipado.



37. Pocas opciones

Jadul hundió los dedos en la melena rubia de Uro, espesa, densa y algo encrespada, para darle un suave tirón que lo obligó a levantar la cabeza hasta él. Le dio un último beso en los labios y dejó que se volviera a tumbar, cansado y sonriente. El toro suspiró y le acarició la cara, él siguió sentado a horcajadas sobre su compañero mientras el sudor que se le secaba sobre la piel lo hacía estremecerse de un frío placentero. Se echó una manta sobre los hombros, estaría más cómodo si se tumbaba junto a él, acomodándose entre sus brazos tibios, pero apretó las piernas en torno a los costados del toro, sin querer bajarse para que la placidez del momento se alargase un poco más. Uro lo miró, tenía un ojo casi cerrado por un buen moratón que empezaba a ceder y un corte le atravesaba el labio superior y posiblemente le dejaría cicatriz. Otra más.

—Deja de torturarte —le riñó adivinando sus pensamientos—. Estamos juntos y estamos bien. ¿No es eso lo que importa?

Debería serlo. Mientras estuvo invitado en Palacio, se torturaba pensando que Uro debía de estar buscándolo por toda la ciudad sin saber si estaba vivo o muerto. Tenía miedo de que hiciese alguna tontería tratando de averiguar su paradero. Ahora se daba cuenta de que se pasaban la vida esquivando desgracias y le preocupaba lo que podría ocurrir el día que se les acabase la suerte.

—Esta vez ha faltado muy poco, pensé que iban a matarme, que no te volvería a ver…

Uro no lo dejó terminar, le hizo una llave que se convirtió en abrazo y lo tumbó a su lado. Una de las que cosas que le fascinaban a Jadul era la facilidad con la que su compañero manejaba los cuerpos ajenos. Era rápido, pese a ser tan grande, y lo bastante fuerte como para imponerte sus movimientos, aunque lo que hacía era más delicado, te guiaba a hacer lo que él quería. Para el gato era como un baile, seguramente sus oponentes lo sufrían de otro modo.

—Pero no ocurrió y ahora estás aquí —le recordó rascándole entre las orejas—. Si te quedas atascado en el momento en que encaraste a la muerte, no disfrutarás de la vida que aún tienes.

Sabía que estaba hablando de su propia experiencia. Uro conocía muy bien el rostro de la muerte, mucho mejor que él. Solía decir que era imposible enfrentarla sin quedarte marcado, pero esas marcas eran el orgullo del superviviente, no podías dejar que se convirtiesen en sombras que te rondasen como fantasmas hambrientos. «Lo peor de escapar de la muerte es que te entre miedo de vivir», esas eran sus palabras. Jadul entendía a qué se refería Uro, nunca dejaría de soñar con la noche que murió Iona, la manera en la que lo miró mientras caía al vacío, extendiendo las manos para pedir una ayuda que ya no podía darle. Llevaba demasiado tiempo intentando huir de esos recuerdos y quizás simplemente hubiese llegado el momento de huir de verdad. La Corte no tenía nada bueno que ofrecerles.

—Deberíamos marcharnos de la ciudad, coger nuestras cosas y largarnos lo más lejos que podamos. Dejarlo todo atrás y hacernos viejos en un lugar seguro —dijo con la mirada fija en el techo.

—¿Sin Manx? —preguntó Uro disgustado—. ¿Dejarías a nuestra hija a merced de Alia y la gentuza con la que se junta?

Jadul se incorporó para mirar al toro a la cara, no quería que Uro pensase que era cruel con Manx.

—No me refería a marcharnos sin ella, pero no creo que quiera abandonar la ciudad. Se cree que lo sabe todo, que tiene derecho a todo. No dejará de meterse en líos hasta que le revienten en la cara.

«Como nos pasó a nosotros», pensó. Había intentado educarla para que no cayese en sus mismos errores ni viviese el mismo tipo

de vida que ellos, y no lo había conseguido. La primera vez que vio a su hija era una cosita diminuta, ensangrentada y llena de arrugas que olisqueaba el aire con los ojos cerrados. Entonces se prometió lo mismo que tantos otros padres, que haría todo lo posible para que fuese feliz, que siempre estaría allí para ayudarla, que nunca le fallaría. A medida que Manx crecía, tuvo muchas oportunidades para darse cuenta de que cumplir con las promesas era mucho más difícil que hacerlas, pero siempre encontraba fuerzas para seguir intentándolo, siempre tenía motivos para seguir amándola. Seguramente ella no querría dejar la Corte ni alejarse de su madre, y él no quería dejarla sola a merced de los peligros del mundo, aún quería pensar que en algún momento podría ver cuánto la querían sus padres, que maduraría lo suficiente como para cambiar el rumbo de su vida. O tal vez no, y en ese caso Manx podría llegar a necesitarlos. La idea de no estar allí para ayudarla lo desgarró. Estaban atrapados por lo que más amaban.

Enterró la cara en el cuerpo de su compañero y dejó escapar un sollozo. Uro le pasó el brazo por la espalda y lo atrajo hacia sí.

—No te tortures. De todos modos, Munera no me dejará salir de la ciudad hasta que acabe mi contrato —lo consoló con voz suave—. Desde que empezaron los rumores de que podías estar muerto, me vigila como un lobo.

Claro, aquel enano asqueroso protegería su inversión con todos los medios a su alcance. Debió estrangularlo cuando tuvo la oportunidad.

—Estoy harto de toda esta mierda. Me cansa follar contigo temiendo que vaya a ser la última vez, estar siempre mirando por encima del hombro para averiguar de dónde va a venir el próximo golpe. ¿Es mucho pedir que podamos hacernos viejos en paz? —refunfuñó apretándose contra el cuerpo de Uro, que le besó la frente.

—Estoy seguro de que lo conseguiremos, estamos pasando una mala racha, pero no es la primera que superamos.

La capacidad de Uro para conservar el optimismo solía parecerle refrescante, salvo cuando estaba de mal humor, en esos casos lo sacaba de sus casillas y le parecía de tal ingenuidad que rozaba la estupidez. No siempre era posible ver el lado bueno de las cosas, no todo tenía un lado bueno.

—¿Y cuándo será la última? —respondió con rabia incorporándose para darle un zarpazo a la almohada—. Sabes perfectamente qué está tramando Munera. Te va a vender en el último combate.

—No soy idiota, lo sé. Quiero hablar con el viejo cabronazo de eso —dijo sin asomo de odio—. No hay necesidad de jugar sucio; si me pide que bese la lona, lo haré como y cuando me lo pida. No me dolerá el orgullo, no me importa trucar el combate. Estoy seguro de que aceptará. Munera no tiene interés en matarme, solo quiere dinero.

—Ganará mucho más si no tiene que pagarte. No va a jugar limpio contigo.

Los ojos de Uro se volvieron duros, su mirada dulce se llenó de una determinación feroz.

—Llevo toda mi vida en las arenas y nadie me ha vencido. Si quieren matarme que lo intenten, van a descubrir lo difícil que es.

Uro nunca fanfarroneaba, ni exageraba sus méritos. El toro no se confiaba jamás, ni siquiera ahora, que le mostraba una sonrisa socarrona para tranquilizarlo, estaba menospreciando el peligro. Si decía que por las malas no pensaba doblegarse era porque no lo haría, y eso asustaba a Jadul aún más. Si no podían marcharse de la ciudad, tendría que buscar otro modo de quitarse a Munera de encima.

—Iré a hablar con el Viejo León como me ha pedido la sidhe —dijo decidido—. Si alguien puede ayudarnos a librarnos de esta mierda son ellos.

—Sé que nada de lo que te diga te va a convencer de que no lo hagas, pero piensa que quizás lo único que consigas es que la mierda nos llegue hasta el cuello.

—Ya estamos hasta el cuello.

Antes de que pudiese refunfuñar o explicarle lo que estaba pensando, Uro se le puso encima y volvió a besarlo. Quizás pensaba que así se olvidaría de una idea que seguro que le parecía peligrosa o simplemente estaba cansado de repasar sus miserias. Jadul le devolvió el beso. Por un día podía ser un poco más como él y limitarse a disfrutar del presente.

El toro lo despertó con un beso en la mejilla al romper el día. Jadul se incorporó con todo el peso del sueño sobre los párpados. Uro ya estaba vestido y empezó a meter los guanteletes de lucha en la bolsa de lona que usaba para ir al reñidero a entrenar. El gato se desperezó frotándose la cara para despejarse. Olía a café recién hecho y al bálsamo alcanforado para las magulladuras de Uro.

—Volveré al caer la tarde y traeré algo para la cena —dijo el toro echándose la bolsa a la espalda—. También quiero preguntar por los reñideros si alguien ha visto a Manx.

—No me quedaré aquí, prefiero no arriesgarme por si alguien viene a husmear. Si quieres, traigo la cena yo.

—Cualquier excusa es buena para no quitar el polvo —se rio Uro antes de darle un beso en los labios a modo de despedida—. No, la cena la traigo yo. Ni sueñes con que me voy a comer una de tus empanadas grasientas favoritas.

En cuanto Uro hubo cruzado la puerta, Jadul se puso en marcha. Se bebió dos tazas de café calientes acompañadas por un par de las insípidas galletas de avena que Uro solía comer cuando se preparaba para un combate. Estaban asquerosas, era como masticar tierra. Si no estuviese exhausto, habría bajado a comprar pan fresco en cualquiera de las tiendas del barrio. Tenía que empezar a planear su regreso al mundo de los vivos para librar a Uro de los manejos de Munera y conseguir desayunos más decentes. Se quitó el camisón y se puso sus estupendas prendas nuevas, que, pese a ser de calidad, no eran demasiado llamativas. Rebuscó en la faltriquera que aún olía a cuerno tierno. La mellifata le había dado un frasquito lleno de tinta de color aguamarina mientras le explicaba que si quería volverla a

ver solo tenía que echar unas gotas sobre su propia sombra y esperar. Se colocó ante la ventana de la cocina para proyectar una buena sombra y dejó caer sobre ella un par de gotas del líquido verde. Olisqueó el olor a metal caliente de la magia, como cobre al rojo vivo, que se dispersó por la habitación con un suspiro. La silueta oscura que se extendía a los pies de Jadul se onduló, como si hubiese tirado una piedra a un charco de tinta, y luego empezó a ganar volumen sobre el suelo, hasta ser una copia suya tumbada, de color gris y ligeramente traslucida. El phoka la miró sin saber muy bien qué debía hacer.

—Quiero ver a Lena, la mellifata que vive en Palacio —dijo sin saber muy bien si estaba usando la fórmula adecuada.

Su copia se puso de pie, hizo reverencia y salió deslizándose por la ventana. Cuando le daba la luz, la figura se volvía casi transparente. Jadul tuvo que contener su deseo de asomarse por la ventana para ver qué hacía. Resopló nervioso, el mensaje estaba enviado. Tal vez debería hacerle caso a Uro y adecentar un poco la casa mientras esperaba una respuesta. No esperó mucho tiempo, estaba acabando de estirar las sábanas sobre la cama cuando la mellifata entró por la ventana que había abierto para ventilar la estancia.

—¡Hola, Jadul! —saludó con una sonrisa radiante—. ¡No estaba del todo segura de si te volvería a ver!

Había sido la mellifata la encargada de sacarlo sano y salvo de Palacio sin que nadie lo viese. Lena lo había guiado por un laberinto de pasadizos oscuros que apestaban a magia vieja y hostil hasta un arrabal cerca de la Puerta del Río. La despedida había sido bastante fría, Jadul solo pensaba en volver a casa y que lo hubiesen retenido casi tres días esperando a que la joven Alférez se recuperase lo suficiente como para interrogarle no contribuyó a favor de efusividad. La impaciencia le había impedido darle las gracias a Lena como se merecía, aunque no parecía enfadada.

—Pero te dije que volveríamos a vernos —le recordó sentándose en la cama a medio hacer.

—No las tenía todas conmigo —reconoció acariciando las malas hierbas que crecían en el alféizar—. Pensé que lo decías por educación.

Durante el tiempo que había estado retenido en Palacio, la mellifata se había encargado de cuidar de él, había sido la única que se había molestado en hacerlo. Le había dado conversación cuando necesitaba hablar con alguien, y lo había dejado cuando no tenía ánimos para hablar. Pese a estar preocupada por la salud de su amiga, había pasado a diario a visitarlo, incluso le había enseñado a jugar al arcana, un juego popular entre los nobles en el que los jugadores desplegaban fichas rúnicas en un tablero para formar patrones mágicos que desataban ilusiones ante el jugador oponente. La idea era combinar las fichas para crear pequeñas y efímeras obras de arte mágicas: pájaros de fuego que volaban por la habitación, aterradoras cabezas de dragón que aparecían de la nada dispuestos a devorar al contrincante… cualquier cosa que un jugador pudiese imaginar y las runas le permitiesen hacer. Casi siempre ganaba la mellifata, tenía una imaginación desbordante y podía crear escenarios impresionantes de un realismo tal que un par de veces Jadul creyó que lo había transportado a otro mundo, o que acababa de materializar un objeto real en mitad de la habitación. Sin aquellos pasatiempos, su corto encierro le habría parecido una agonía. Que Lena se hubiese preocupado por un completo desconocido hasta ese punto decía mucho de su bondad y el phoka solo podía estarle agradecido.

—¡Pero si te dije que quería invitarte a comer a mi casa para que conocieses a mi familia!

—¿Lo decías en serio? —preguntó asombrada—. ¿Ibas a invitar a alguien como yo?

«A una duende» era lo que Lena no había querido decir, a una plaga de alacena, a un bicho parlante, a algo que era poco más que un insecto levemente inteligente. Se escondían muchos prejuicios horribles tras aquellas preguntas, prejuicios que él había compartido hasta hacía muy poco.

—Eres lo mejor que ha entrado en mi casa en mucho tiempo.

Lena se posó sobre el cabecero de la cama con la ligereza de una delicada mota de polvo y echó un vistazo al dormitorio.

—¿Así que esta es tu casa?

—No has pillado aquí a Uro por muy poco, me gustaría presentártelo.

—¿Crees que le caeré bien?

Adivinó una nota de ansiedad en las palabras de la mellifata, que parecía tan ilusionada como un niño al que le prometen una gran sorpresa. Le sonrió para calmarla.

—No veo por qué no, cuando las cosas se tranquilicen un poco, me gustaría que vinieses a casa a comer, o a cenar. Lo pasaremos bien.

—¡Entonces tenemos que acabar con este asunto cuanto antes! ¡Vamos a ver a ese viejales de una vez! —dijo Lena dando un puñetazo decidido en la palma de su mano.

—¿Ahora mismo?

—No veo por qué no, no me gustaría volver a ese sitio de noche.

En eso tenía razón, las MalasCasas no eran sitio para pasear de noche. Por mucho que conocieses sus calles, si no eras uno de los habituales del barrio, no te recibirían con una cálida bienvenida. Además, esperar solo serviría para debilitar su determinación. Pasó a su forma gatuna y se subió al alféizar.

—¡Pues vamos! —gritó para darse ánimos.

La mellifata salto a su grupa y soltó un pequeño chillidito de felicidad cuando Jadul se puso en marcha. La Casa del Pueblo no estaba precisamente cerca.

El día era brillante, no hacía demasiado frío y el alegre rumor de las calles se expandía bajo sus patas. Oían los gritos de los mercaderes, el rumor de las conversaciones o el estruendo continuo del Barrio de Constructores. Era tan agradable notar el sol sobre el pelaje que se sintió más optimista de lo habitual, la mellifata también parecía bastante animada. Durante el camino le contó cotilleos de Palacio que, sin conocer la etiqueta palaciega ni los

nombres de los involucrados, Jadul no estuvo muy seguro de estar entendiendo. Seguramente a CantaTrovas le encantaría escucharlos, tal vez lo suficiente como para invitarlo a un par de cervezas. Para cuando llegaron a los primeros chamizos de las MalasCasas estaba seguro de que el juglar se relamería con las cosas que podría contarle.

Se detuvo antes de llegar al edificio de adobe. La Casa del Pueblo se alzaba fea y cuadrada, dominando una explanada vacía que la separaba de las chabolas, como si no quisieran acercarse a aquella mole de ventanas estrechas y se apelotonasen unas contra otras buscando protección. Aunque se suponía que aquella mole apretada contra la tierra era el corazón de la Hueste Invernal, no parecía acogedora. Jadul jamás había entrado, ni había visto al Señor de la Hueste Invernal. En su día, él había escogido la corona primaveral, cuajada de flores y verde, soñando con un futuro noble y brillante que no logró alcanzar. De repente tuvo miedo, tal vez el Viejo León solo recibiese a los suyos. Tal vez debería haber convencido a Uro de que viniese.

—Vamos —lo animó Lena dándole unas palmaditas en el cuello—. Nos está esperando. No pasará nada.

No estaba tan seguro, ninguno de los Señores de la Hueste tenía fama de ser alguien amable, era difícil serlo si querías mantenerte en un trono que podían quitarte mediante un noble desafío o un indigno pero efectivo asesinato. El poder de un Señor de la Hueste era muy limitado; se suponía que la hueste invernal debía obedecerlo, algo que solo pasaba cuando el señor en cuestión era capaz de ganarse a su gente o imponerse sobre ella. El último Señor Invernal era considerado un pusilánime al servicio de Palacio que consiguió mantenerse porque repartía pan gratis entre los más desvalidos y mediaba con la Guardia para liberar a los prisioneros acusados de delitos menores. No le duró mucho. Una noche hacía ya años, un noble, el Señor de RutaDorada, asesinó a una pobre dríade de la Celosía quemando su árbol alma durante una borrachera. Los gentiles se lanzaron a las calles a pedir justicia por lo que era una

crueldad injustificable. Desde Palacio se limitaron a mandar a la Guardia para contener una protesta que acabó en disturbios. Cuando los invernales pidieron a su señor que actuase de algún modo, este se vio tan impotente que un grupo de descontentos, encabezados por el Viejo León, lo forzaron a aceptar un desafío y Egio, cegado por su orgullo, aceptó. Perder el desafío lo libró de que lo lincharan, aunque poco importó, porque incapaz de soportar la humillación de la derrota, decidió beber veneno y acabar con su vergüenza. O eso decían. Con el nuevo señor los repartos de pan no cesaron y ahora el santuario de FuegoVivo permitía que los Conservadores ejercieran la medicina en los barrios más pobres. También era cierto que había conseguido imponerse en ambientes más turbios usando una mezcla de fuerza bruta y pactos de honor con los que había logrado el suficiente poder como para construirse una pequeña fortaleza.

—Me siento como si fuese de cabeza a la boca del lobo —confesó Jadul.

—Es un lobo pequeño y lisiado, y además cuentas con la protección de Palacio. ¿Por qué crees que ha aceptado verte?

Estaba seguro de que Lena trataba de tranquilizarlo sin darse cuenta de que en realidad si las cosas iban mal estaría atrapado entre dos espadas, la hoja de Sygurn y la del Viejo León. «En realidad son tres espadas», pensó de repente al recordar a Munera. No era que le sobrasen las opciones. Cambió de forma antes de cruzar la explanada y se cubrió la cabeza con la capa para evitar que nadie le viese la cara. Lena se ocultó dentro de la capucha.

Al llamar a la puerta evitó instintivamente el aldabón, sintió una fuerza hostil que lo repelía. En su lugar llamó golpeando con el puño. Para su sorpresa, una mirilla se descorrió y los duros ojos de un troll lo miraron con escaso interés. Lena asomó la cabecita fuera de la capucha.

—Venimos de parte de mi señora —dijo con voz firme.

—¿Y tu señora cree que aquí puede entrar cualquiera? —preguntó el troll con una voz que crujía como la arena entre los dientes.

—Nada nos apetecía menos que venir, pero al Viejo le interesa escuchar lo que tenemos que contarle.

El troll se apartó para abrir la puerta y les señaló una habitación alfombrada donde una sluagh con los ojos negros como el ónice les dedicó una sonrisa de tiburón. Iba vestida con una túnica de plumas negras y peinaba a una dríade acariciando la cabeza florida con dedos fríos. Jadul se estremeció. Le pareció estar viendo la sombra de sus pesadillas, un ligero tirón de pelo de Lena lo devolvió a la realidad.

—¿Entras?

Obedeció, al volver a mirar la habitación vio que la sluagh era una muchacha de lo más corriente, con los ojos de color malva y un sencillo vestido gris que nada tenía que ver con la sombra emplumada que lo acechaba. Dentro de la Casa del Pueblo había algo que lo hacía sentirse incómodo, una vibración suave pero constante que le taladraba los oídos e irrumpía en sus pensamientos, haciendo complicado centrarse en uno en particular. Era una especie de tensión en el aire, que se apretaba contra las sienes y se atornillaba contra la nuca.

—Puñetera aldaba —gimió la mellifata apretándose contra él como si buscase refugio—. Acabemos lo antes posible y salgamos de esta mierda de sitio.

Jadul no podía estar más de acuerdo. Ya que la habitación no tenía más muebles que la alfombra, se sentó en el suelo con las piernas cruzadas. Trató de vencer la constante incomodidad observando el intrincado peinado que la sluagh estaba tejiendo en la cabeza de la dríade. Usaba largos hilos de lino y pequeñas flores blancas entrelazadas entre sus extraños cabellos, que eran como larguísimas agujas de pino. Ninguna de las dos intercambió una palabra. La dríade estaba echada sobre el regazo de la sluagh con los ojos cerrados y los labios entreabiertos, entregada plácidamente a los dedos hábiles de la peinadora que parecía totalmente concentrada en su tarea.

El troll apareció ante la puerta.

—Subid, os espera arriba —les indicó mostrando unas escaleras.

Al subir, encontraron una puerta entreabierta. Llamó suavemente y una voz amable les invitó a pasar. El phoka se encontró en una gran sala con un techo abovedado de cristal por el que entraba la radiante luz de día. El gato no pudo evitar soltar un suspiro de alivio, allí la sensación de presión se mitigó hasta ser soportable. La habitación no era para nada lo que Jadul habría imaginado del Señor de la Hueste, parecía más el estudio de un científico que el despacho de un gobernante. Sobre la mesa había mapas celestes y libros de cálculo. En las estanterías había libros sobre astronomía y geomancia. Nada hacía pensar que desde allí se movían una buena parte de los bajos fondos de la ciudad, claro que el Viejo León tampoco parecía un curtido delincuente, ni un pez gordo de la ciudad, era solo un anciano con la piel castigada por el sol y los ojos llorosos que se movía en una aparatosa silla de ruedas demasiado grande para el pequeño cuerpo que la ocupaba. Vestía un chaleco cruzado sobre el pecho abombado y unos pantalones a juego de color azafrán, se abrigaba el cuello con una gruesa bufanda de lana que le daba aspecto de anciano inofensivo. Solo en los ojillos vivaces brillaba una chispa de peligro, les dedicó una sonrisa de ratoncito listo. Accionó una palanca y la silla de ruedas se alejó del mirador desde el que estaba observando la ciudad para acercarse.

—No esperaba una visita de Palacio de improviso, pero tal como le prometí a la Dama de Ventisquero sois más que bienvenidos. —Señaló una silla frente a la mesa del despacho—. Por favor, toma asiento.

Jadul obedeció y Lena aprovechó para sentarse en el alto respaldo un poco por encima de su cabeza.

—Ah —dijo al verla—. La pequeña emisaria de nuestra Alférez. Imagino que sus asuntos la tienen demasiado ocupada para venir.

—A nadie le conviene que se deje ver por aquí —dijo Lena para zanjar cualquier posibilidad de ofensa—. Yo soy su voz.

El viejo asintió sin perder su sonrisa arrugada.

—Estupendo. Aclarada cualquier posibilidad de malentendido, ¿qué os trae a la Casa del Pueblo?

Lena se aclaró la garganta antes de hablar.

—Mi amigo Jadul tiene que contarle una historia que seguro que le interesa escuchar.

El viejecillo le dedicó una mirada curiosa al phoka.

—¿Jadul? ¿O debo llamarle ManoRápida? Si no me engaña la memoria, no eres uno de los nuestros.

No le gustó escuchar su viejo mote, pertenecía a esa parte de su pasado en la que prefería no pensar. ManoRápida, que estuvo a punto de convertirse en una leyenda entre los ladrones. O también el mismo ManoRápida que trató de traicionar a la banda de PasoSuave tras el memorable robo de las perlas de AguaNegra para hacerse con el botín y fracasó lamentablemente. Eso era lo que contaban. Pocos conocían la historia de ManoRápida, que lo perdió todo traicionado por el hada a la que más amaba. Esas historias no suelen interesarle a nadie.

—No soy uno de los vuestros, escogí la corona de verano —confirmó.

—Y sin embargo te hiciste ladrón.

—Otros roban más que yo y no reciben ese nombre.

El bogan se echó a reír dándose manotazos en las piernas.

—¡Una respuesta muy estival! —León suspiró secándose los ojos con el dorso de la manos—. Sin duda escogiste la corona que te correspondía, es una respuesta hipócrita. El que roba es un ladrón, no importa cómo lo llames, ni el motivo del robo. Uno es lo que es, no hay que avergonzarse. Pero así sois los estivales, siempre pensando en el honor y las apariencias.

Jadul hizo ademán de levantarse, llegar hasta allí había sido un error que podía solucionar fácilmente volviendo sobre sus pasos. Tenía muchos problemas de los que hacerse cargo y muy poco tiempo para dedicarle a viejos dados a filosofar sobre el bien y el mal. El bogan hizo un gesto para que se detuviese.

—¿Has venido hasta aquí para marcharte por tan poca cosa?

—No he venido a que me falte el respeto un viejo que no se tiene sobre sus piernas —contestó Jadul de pie.

Lena alzó el vuelo y se puso entre las dos hadas.

—A Jadul trataron de matarlo hace unos días unas hadas de la banda de Munera. Y creo que lo que tiene que contarle le parecerá interesante. Si dejáis de comportaros como niños, podríais ayudaros mutuamente.

León torció la boca al oír el nombre del leprechaun. Era obvio que lo conocía y no le gustaba.

—Es una mala costumbre que tiene —replicó molesto—. Una costumbre que se está volviendo muy molesta. ¿Te importaría decirme por qué antes de marcharte?

—Estaba discutiendo con una de sus secuaces y acabé en un sótano con una bolsa en la cabeza. El caso es que cometieron el error de quitármela y al dueño del sótano en cuestión no le gustó demasiado. Empezó a chillar que no debían haberme llevado hasta allí y que había visto demasiado. No estoy muerto porque ninguno de ellos tuvo el valor suficiente para hacerlo, me arrojaron a las alcantarillas y confiaron en que la caída, o algo peor, hiciese su trabajo.

—Has tenido mucha suerte, entonces. Debía de ser un sótano fascinante.

—Estaba lleno de alambiques y cubas de fermentación. No parecía nada ilegal.

Una chispa de entendimiento iluminó la mirada del viejecillo y retorció una sonrisa en sus labios arrugados.

—Déjame adivinar, en los alambiques había una sustancia de color azul índigo, ¿verdad?

—¿Azul índigo? —preguntó Lena mirando a Jadul.

—Sí, con un olor dulzón y pegajoso —añadió.

No había dejado de darle vueltas a esa imagen desde que la había visto en manos de la Alférez.. ¿Qué estaban destilando que requería tanto secreto? En TerraLinde las únicas sustancias ilegales eran los venenos, los explosivos y algunos artículos que podían

usarse para realizar magia de sangre, necromancia o algunas de las escasas artes mágicas prohibidas. Los venenos y los explosivos podían venderse con permiso real, solo necesitabas tener los permisos adecuados para fabricarlos. Aunque la sustancia azul fuese veneno, o algún tipo de arma, ¿quién necesitaba tanto? Además, el olor era idéntico a la porquería que fumaba Alia. La alquimia recreativa no requería semejante secretismo.

—El azul está de moda entre los bajos fondos. Me temo que los sidhe aún no conocen esta pequeña plaga, así que por ahora tu amigo del sótano no paga impuestos por su producto y lo vende barato.

—Bueno, eso es asunto de la Alférez Mayor, ¿no? —dijo Jadul volviéndose a Lena.

—Eso me gustaría saber a mí. ¿Quiere que Palacio se encargue de este problema?

El Viejo León se mordisqueó el pulgar pensativo. Jadul no entendía qué necesitaba pensar tanto, si estaba vendiendo una sustancia sin licencia ni permisos, la Guardia podía meter a Munera y a los suyos en una mazmorra bien profunda sin necesidad de hacer muchas preguntas, o mandarlos al exilio, bien lejos de la capital donde, sin sus redes de apoyo ni su fortuna, tendrían que apañárselas para malvivir. Cualquiera de las dos opciones le valía si eso cancelaba el contrato de Uro, aunque estaba claro que no iba a ser tan sencillo. Allí se movían otros intereses, hilos tan finos que el phoka solo podía intuirlos porque estaban a su alrededor, invisibles y letales como la tela de una araña diamantina. Una vez más, sus opciones eran esperar a que otros decidieran por él.



38. Los secretos de los muertos

El soldado que la acompañaba le estaba explicando que, normalmente, cuando alguien en la ciudad se proponía deshacerse de un cadáver, lo tiraban a las cloacas, algo que Sygurn ya sabía de primera mano. Era extraño encontrar cuerpos en los márgenes del río, los pescadores y los comerciantes conocían bien las rutas, los accidentes no eran habituales. Un pescador vio algo extraño flotando entre la neblina cuando viajaba en su balsa camino a la dársena y avisó a la Guardia al descubrir que no era ningún tronco errante.

Retirar cadáveres no era tarea del Alférez, pero este caso era especial. El cadáver flotante no era de ningún viajero despistado, ni de un pescador imprudente. Los guardias lo reconocieron como personal de calabozo por el uniforme gris y el manojo de llaves que encontraron en su bolsa. Un soldado acudió a la carrera a Palacio para informarla y Sygurn decidió acompañarlo hasta el lugar, necesitaba verlo con sus propios ojos, aunque cuando sacaron el cuerpo del agua se arrepintió de su exceso de celo. Estaba hinchado y los peces se habían comido los ojos y parte de las mejillas, convirtiendo el rostro en una máscara irreconocible. Una dríade de los Conservadores, una criatura lánguida de brazos largos y una tupida melena de ramas finísimas cargada de hojas amarillentas, rozó con los dedos nudosos el rostro lechoso del muerto y le retiró un mechón de pelo de la frente.

—Lleva en el agua unos dos días, la corriente lo ha arrastrado hasta aquí. En esta zona el agua se estanca un poco y hay bancos

de arena, por eso no ha seguido río abajo. —La dríade estaba en la orilla, cerca de los juncos. Largos filamentos verdes surgían de sus brazos y se introducían en el agua turbia—. Las plantas lo vieron llegar anoche.

Sygurn sintió un escalofrío. Las dríades podían hablar con el verde del mundo. En VuelaPluma las había visto hablar con las cosechas y los bosques, pero era la primera vez que veía a una usar aquel don para desvelar los secretos de un muerto. Pensó en cuántas historias contarían los árboles y los túmulos de los antepasados, quizás conocían las historias de las hadas que yacían entre sus raíces y se las susurraban a sus parientes más cercanas. De ahora en adelante le costaría no pensar en qué podían saber las dríades que merodeaban por los bosques ancestrales y las casas de los Conservadores.

«Mira el pecho de ese tipo», le dijo Lena, que iba escondida en su capucha.

Dejó sus pensamientos a un lado y obedeció. Las ropas sucias no le decían gran cosa, pero el tosco escudo bordado con hilo de oro basto en la pechera del uniforme era inconfundible.

«Es el sluagh de los calabozos, sin duda».

«Eso parece», corroboró la mellifata.

—Llevadlo a la ciudad y que se encarguen de él en la Casa de los Conservadores —ordenó.

El soldado que tenía al lado, un sátiro muy joven que luchaba por contener las arcadas, asintió. Toda la patrulla estaba formada por gentiles y ninguno de ellos parecía contento. Sygurn se giró hacia la dríade, que recogía lentamente sus zarcillos mientras se apartaba del agua.

—Muchas gracias por tus servicios. ¿Cuál es tu nombre?

—Endrina, mi señora —contestó la dríade, el pelo rizado y tupido se le enredó alrededor de la cabeza formando una especie de tocado adornado con florecillas.

—Me gustaría que te encargases tú misma del cadáver, llévalo a la Casa de los Conservadores y si se descubre algo digno de

mención, cuéntamelo a mí antes que a nadie —le rogó.

Endrina hizo una reverencia, parecía que el encargo la hacía feliz.

—Por supuesto que sí, mi señora. Así se hará —respondió sacando del agua el cadáver con delicadeza, como si temiese que fuera a despertarse.

Para acabar con las caras largas de los soldados repartió algunas monedas entre el resto de la patrulla; una tarea tan desagradable bien se merecía un par de tragos. Las monedas consiguieron que los soldados se animasen. Colocaron el cuerpo en una carretilla y se pusieron en marcha a toda prisa, cuanto antes cumpliesen con su tarea, antes podrían irse a olvidar la escena a la taberna más cercana. La dríade tuvo la delicadeza de tapar al muerto con un par de esterillas. No era un espectáculo agradable, nadie tenía que estropearse la mañana contemplándolo. Y Sygurn prefería que la investigación siguiese siendo lo más discreta posible.

Decidió no acompañar a la patrulla de vuelta a la ciudad, la mañana era fresca, la escarcha de la noche aún hacía brillar las ramas y la hierba crujía bajo sus pies. Se subió al caballo, un animal peludo de largas crines blancas al que sus hermanos habían llamado Tormenta. Era tan manso que podía llevar las riendas cómodamente con una sola mano, aún tenía torpe la mano derecha, aunque los sanadores le habían dicho que era cuestión de tiempo que volviese a moverla con normalidad. La paciencia no era una de las virtudes de Sygurn y sentirse tan incapaz la desesperaba. Dejó que el animal vagase por la orilla del río trotando a contracorriente. Era una buena mañana para cabalgar, y sentir el fresco en la cara siempre la ayudaba a pensar. El descubrimiento del cadáver dejaba un par de preguntas inquietantes en el aire.

—Alguien ha creído necesario cerrarle la boca a nuestro amigo —murmuró en voz alta—. ¿Crees que habrá sido alguien de Palacio?

Lena había abandonado su escondite en cuanto se habían quedado solas y estaba disfrutando de la libertad que le proporcionaba el paseo. De cuando en cuando, bajaba casi en rasante sobre el río y dibujaba rayas en el agua con la mano.

—Es obvio. ¿Pero quién? ¿Algún noble? ¿O no es necesario apuntar tan alto?

—Pensemos un poco, ¿por qué dejarían el cuerpo aquí? En las cloacas habríamos tardado más en encontrarlo, si lo hubiésemos encontrado… —dijo dejando morir la frase.

No le gustaba pensar en las cloacas, la idea de que tan cerca de ellos hubiese un monstruo casi incontrolable la angustiaba. Los sidhe le daban la espalda al problema como si no existiese, confiando que el poder de los glifos mantendría a la criatura confinada y a la ciudad a salvo. Sygurn no compartía esa certeza. El monstruo era un peligro de por sí que generaba un enorme problema añadido. Su presencia mantenía a todo el mundo tan apartado de las cloacas que se habían acabado convirtiendo en un laberinto que ocultaba una extensa red de actividades criminales, las más sórdidas y peligrosas, proporcionándoles protección e impunidad. Le resultaba imposible no pensar en cuántas desapariciones podrían tener su respuesta enterradas en el fango pestilente de los corredores subterráneos.

—Tal vez porque lo asesinaron cuando ya estaba fuera de la ciudad, igual trataba de huir. La dríade dijo que el río arrastró el cuerpo. Murió en alguna parte río arriba, quizás más cerca de los caminos. —Las palabras de Lena la devolvieron al asunto que se traían entre manos.

—Si hubiesen lastrado el cuerpo, no lo habríamos encontrado, tal vez no les dio tiempo.

—O ni se les ocurrió que necesitaban hacerlo —concluyó Lena. Estaba jugando a atraer peces a la superficie del río haciendo largas pasadas rasante para alzar el vuelo en el momento en que saltaban para tratar de atraparla.

Sygurn tuvo que reprimirse para no gritarle que parase, en aquel río había barbos lo bastante grandes como para tragársela entera de un bocado. Tras su aventura en las cloacas se había dado cuenta de que el vínculo que compartían llevaba su relación más allá de la amistad, se necesitaban. La presencia de Lena en sus pensamientos era ya una parte de sí misma. Sin ella, se sentía incompleta. No

quería perderla igual que no deseaba perder una mano. Era su amiga, su familia y ahora sabía que también parte de su alma. Lena le había explicado que así era como se sentían todas las mellifatas que formaban parte de una colmena, antes de extraviarse en el bosque, ella estaba en comunión con los suyos. Perder esa conexión la habría matado antes que el frío de no ser porque ella estuvo dispuesta, no solo a rescatarla, sino a abrirle sus pensamientos. La mellifata debió sentir su preocupación porque se alejó de la superficie del río.

—Los que atacaron a Jadul también hicieron una chapuza —siguió explicando mientras revoloteaba sobre la cabeza de Tormenta—. No eran delincuentes profesionales o al menos no estaban acostumbrados a cometer crímenes violentos.

Tenía razón, en parte esa idea la aliviaba porque alejaba a sus sospechosos de Palacio. Difícilmente un noble habría contratado a una banda de chapuceros para eliminar a un testigo peligroso. El muerto era archivero, luego estaba bajo las órdenes de Lisandro de TorreSabia. Dudaba mucho que el pomposo escudo bordado en el uniforme fuese alguna prebenda otorgada por el Canciller. No creía que el Alto Señor estuviese involucrado en aquel asunto tan torpe, era demasiado listo para dejar pistas que lo señalasen directamente, lo que no quitaba que antes o después tendría que hablarle de los documentos irregulares del archivo de los calabozos, aunque dudaba que supiese mucho más que ella. Lisandro haría preguntas. Le preocupaba acabar contándole más de lo que le convenía. Al sidhe se le daba bien sacar información y el Alto Consejo estaba ansioso por conseguir resultados. El incendio del archivo y su «accidente» los tenían algo más que inquietos. Un atentado de tal calibre dentro de Palacio era inadmisible por la sencilla razón de que podía interpretarse como un síntoma de debilidad o una muestra clara de que la división y las rencillas entre las Altas Casas estaban empezando a tomar un cariz más serio. Calendemyn quería atajar los rumores de inmediato. Tenía prisa por encontrar a los responsables para demostrar la solidez y la unidad del Alto Consejo.

La realidad era que esa división que tanto temía su mentor era una realidad velada de la que todo el mundo trataba de sacar provecho. Era evidente que un simple carcelero no había podido comprar un sello de invocación para las salamandras en cualquier mercado nocturno. Alguien con dinero y contactos debió de proporcionárselo, pero eso tampoco señalaba necesariamente a un noble. En la ciudad había gentiles muy ricos, con intereses propios y negocios que podían hundir sus raíces en aguas muy turbias.

Antes de sacudir el avispero que sería tratar de hablar con cualquiera de los Altos Señores, empezaría por husmear en fuentes más humildes.

Golpeó suavemente los flancos de Tormenta con los talones y se encaminó hacia la ciudad a paso lento.

—Habrá que hablar con los alguaciles de calabozo.

—No pienso acercarme a más de tres varas de ese sitio —negó la mellifata moviendo enfáticamente la cabeza—. Ya he tenido bastante.

—¿Te quedarás sentada en la terraza esperando a que vuelva a contarte todo lo que he averiguado? —la picó Sygurn tratando de hacerla cambiar de opinión.

—Ni hablar. Me iré a comer con Jadul, quizás pueda ayudarnos.

—Debe de estar buscando el sótano del misterioso perfumista que no vende nada ilegal —bromeó Sygurn.

Lena hizo un par de rasantes sobre la cabeza de Sygurn, dedicándose a despeinarla.

—¡Es ilegal vender drogas sin registrar! ¡Es contrabando y quizás se trate de alguna sustancia peligrosa! ¡Y con ese dinero se pagan las arenas de combate ilegales! ¿Es que esos no son asuntos nuestros? ¿No te das cuenta de que estas muertes están relacionadas con esa porquería azul?

La elfa detuvo al caballo para intentar arreglarse el pelo con la mano sana.

—Los problemas de uno en uno, por favor —protestó tratando de rehacerse la trenza—. Te prometo que haré algo en cuanto acabe

este asunto.

La respuesta no la convenció y Lena volvió a la carga.

—¡Son el mismo asunto! ¿Si no por qué mandaste al gato a hablar con el Viejo León? ¿Por qué quería el Viejo León que investigásemos la desaparición del herrero?

—Porque pensé que podrían ayudarse mutuamente.

—No sé cómo los gentiles no se han decidido aún a cortarte el cuello. Diviértete en los calabozos —bufó la mellifata antes de desaparecer en el horizonte, rápida como un pájaro.

No pudo decirle nada para aplacarla, para cuando se le ocurrió una respuesta su amiga ya estaba tan lejos que no la habría escuchado ni aunque hubiera gritado a pleno pulmón. Estaba enfadada, sentía su rabia como un puntito incandescente quemándole las entrañas. Lena y ella rara vez discutían, cuando lo hacían casi siempre era sobre los gentiles. El caso era que no importaba lo mucho que se esforzase, la mellifata siempre consideraba que el trato que se les daba a los gentiles era injusto y que ella, al ser sidhe, era más parte del problema que de la solución. A Sygurn le dolía que pensase así de ella. Tomó el camino a la ciudad con el ánimo nublado.

Las mazmorras no la ayudaron a mejorar su humor. De día no eran ni más acogedoras que de noche, ni menos frías. Entraba tan poca luz que las antorchas estaban encendidas a todas horas. El olor a encierro, a humedad y a heces rancias eran perennes. Sin la compañía de su amiga todo le parecía más miserable, más sórdido. Era brutal, le parecía imposible que un lugar tan hermoso como el Palacio pudiese albergar semejante agujero, no debería estar allí, no debería existir.

Entró en la sala de guardia pillando por sorpresa a los carceleros. Un grupo de gorrorrojos jugaba al tarot sobre una mesa destartalada y un trol agrietado repartía escudillas con gachas aguadas entre las celdas de la primera planta. Su presencia hizo que toda actividad se detuviese, los jugadores se apresuraron a ponerse de pie tratando de ocultar las cartas tras ellos y el troll se quedó con

el cucharón en el aire, mirándola con una mezcla de confusión y desconfianza en su rostro simplón que lo hizo parecer aún más tonto. Un sátiro con los cuernos agrietados y la cabeza mal afeitada la atendió con una reserva temerosa. Tenía los brazos salpicados de manchas tiñosas y no paraba de rascarse.

—¿En qué puedo ayudar a mi señora? —preguntó haciendo una exagerada reverencia que permitió que Sygurn comprobase que llevaba los pantalones demasiado bajos.

—Levántate —le ordenó para librarse de la visión de su trasero—. Quiero saber quién lleva los archivos de las detenciones.

Los gorrorrojos intercambiaron unas miradas rápidas y confundidas.

—Me gustaría conocer la lista de prisioneros de los últimos meses —les aclaró.

El sátiro la miró cómo si acabase de pedirle que empezase a vaciar el mar con un cubo.

—Entonces debe hablar con Tachi, mi señora. Si alguien sabe de esas cosas, es ella. Sígame.

La condujo hasta un cuartucho que tenía el triste lujo de contar con una ventana estrecha por la que entraba algo de luz y una estufa portátil delante de una mesa en la que altísimas pilas de papeles se inclinaban peligrosamente hacia el suelo. Tachi resultó ser una gorrorrojo con el pelo de color rubí, muy corto y unos ojos rosa pálido que resaltaban como flores sobre la piel gris. Los colmillos que sobresalían del labio inferior, blancos y afilados, acentuaban una expresión dura, de jabalí receloso. Sobre la túnica corta de los carceleros, llevaba un pesado peto de cuero negro tachonado, a juego con unos brazaletes cargados de remaches desgastados. Del cinturón le colgaban una espada corta y una porra de madera claveteada. No tenía pinta de archivera, pero en el cuarto había un par de mesas destartaladas totalmente cubiertas de papeles y una fila de archivos enorme se amontonaba contra la pared.

—Mi señora. —Saludó con una reverencia algo torpe al verla entrar—. ¿En qué puedo ayudarla?

Tachi le ofreció una silla libre, que estaba ligeramente coja, junto a la estufa encendida. Sygurn no tenía tanto frío, ni estaba cansada. Así que prefirió quedarse de pie.

—Vengo por el incendio del registro.

La gorrorrojo se cruzó de brazos.

—Imaginaba que enviarían a alguien, pero no esperaba a la Alférez Mayor en persona.

—¿Quién se ha encargado de esto hasta ahora?

—El caballero Cerwyn. Es archivero real, mi señora.

«De TorreSabia, entonces», pensó Sygurn. Pero el caballero no estaría allí abajo soportando la peste y la humedad, él recibiría los informes y las actas en un despacho bien iluminado, con copistas y registradores a su servicio que harían todo el trabajo duro.

—Me refería a quién hace el trabajo aquí, quién redacta y archiva las actas.

—Eso es trabajo de Calanís, pero si queréis hablar con él, debo deciros que hace dos días que no pasa por aquí —respondió Tachi apoyándose en la mesa.

—¿Es normal que no venga al trabajo?

La archivera sonrió con muy poco humor.

—Bebe más de la cuenta y pierde mucho dinero apostando en las arenas. Debe de estar escondiéndose de su corredor o de algún tabernero —dijo sin ocultar un denso desdén.

—Está muerto y hay indicios muy evidentes de que fue él quien inició el incendio.

Tachi se cruzó de brazos, no parecía que lo que acababa de escuchar le afectase lo más mínimo, no mostró sorpresa ni empatía.

—Pobre idiota —resopló apoyándose contra la mesa—. Estaba con el agua al cuello, haría cualquier cosa por dinero.

Sygurn le mostró el acta que había rescatado de los archivos el día del incendio. Aunque el paseo por las cloacas había estropeado el papel, la suerte había querido que la tinta no se hubiese desvaído del todo y siguiese siendo legible. Tachi sacó unas lentes con montura de cobre de su faltriquera y se las puso sobre la nariz. Su

aspecto agresivo se transmutó al instante tras los cristales redondos para convertirse en una feroz empollona. Inspeccionó el documento con cuidado, casi como si más que leerlo quisiera seguir un rastro.

—Es su letra, imagino que alguien le pagó para que olvidara ciertos nombres.

—¿Recuerdas algo de este prisionero o de quién pagó la fianza?

—Puedo indagar un poco, por aquí pasa mucha gente. Tal vez alguien lo recuerde.

Sacó de nuevo la bolsa de las monedas, a este paso la investigación le iba a salir por una fortuna. Puso cinco monedas de plata sobre la mesa y la carcelera las miró con el desinterés de un comerciante acaudalado.

—¿Mi señora quiere algo? —preguntó molesta.

—Que me cuentes lo que averigües directamente a mí. Sin escribir informes ni hablar con nadie más.

La gorrorrojo le puso las monedas en la mano con una inesperada cortesía.

—Guárdese el dinero. Cuando detengan a quien sea que lo haya hecho, me encargaré de su estancia aquí abajo. Con eso ya estoy pagada.

—Pensé que no te caía bien.

Tachi se encogió de hombros.

—Era uno de los nuestros.



39. Ascenso inesperado

Los aprendices tenían la firme intención de pasarse la noche bebiendo y bailando en la posada. Estaban dispuestos a llegar al taller con las primeras luces del día para disfrutar de la resaca con todas sus consecuencias. Asha pensaba regresar al Barrio Real en cuanto abrieran las puertas para dar el desayuno a sus hijos.

—Nunca he empezado un día de trabajo sin darles un beso antes, hoy no será una excepción. Estaré en mi puesto a tiempo, como siempre —dijo antes de sacar a bailar a Marmitón.

Nicasia tampoco tenía prisa por regresar, se estaba divirtiendo por primera vez en mucho tiempo y no sentía ni pizca de cansancio. Le gustaba ver bailar a sus compañeros, que lejos de la Carbonería parecían hadas totalmente distintas. Podría decirse que la música y la bebida sacaban a la luz rasgos que ocultaban en el taller, pero la knocker no creía que fuese exactamente eso, allí fuera no tenían por qué ocultar nada, no necesitaban crear una fachada anodina. Ninguna de aquellas hadas quería mostrarle su verdadera cara a Avispa. Era suya, quizás lo único verdaderamente suyo que tenían en el mundo, y seguramente les gustaba pensar que había un trocito de sus vidas que no giraba en torno a su patrón.

Marsias la invitó a bailar tendiéndole la mano con una sonrisa encantadora. Nicasia aceptó, un poco sorprendida. Estaba acostumbrada a contemplar la diversión ajena desde bambalinas, pero participar le pareció una agradable novedad, sobre todo porque le encantaba bailar. Bailar era la tarea más amable que tenía en el

Mercado de las Almas. Cuando bailaba siempre se sentía casi capaz de ser feliz. Los padres de Yirkash solían exhibirla ante las visitas, se sentían orgullosos de poder permitirse una esclava refinada, que sabía bailar y tocar la flauta con dulzura. A Jarash verla bailar lo apaciguaba, los otros jefes de clan le envidiaban, la esclava blanca, que se movía como el viento sobre la nieve, era famosa en toda la montaña. No le preocupaba ser un juguete. Cuando bailaba se dejaba llevar, la música la arrastraba dictándole los movimientos mientras su mente se hundía en un vacío absoluto donde no existían ni el miedo ni las preocupaciones. El baile era su libertad, era ese trocito de sí misma que solo le pertenecía a ella.

El sátiro además era un maravilloso compañero de baile, tenía buen sentido del ritmo y seguía los movimientos de la knocker con una fluidez innata. Fue toda una sorpresa descubrir que un cuerpo tan grande era capaz de moverse con gracia. Como Nicasia no conocía los pasos de aquellos bailes, Marsias la fue guiando con la ligereza de una mariposa, giraba a su alrededor, reía y cantaba, parecía que el mundo daba vueltas con ellos, llenándose de luz. Sentía el corazón ligero, se atrevió a coger de la mano al sátiro, que la sujetó con delicadeza mientras le enseñaba los pasos más complicados. No tardó mucho en aprender lo fundamental para poder seguir el ritmo de la música por sí sola. Jovial también quiso bailar con ella un rato, mientras Bermejo se sentaba a tomarse una cerveza más.

Tras una ronda de bailes rápidos, CantaTrovas se sentó en una banqueta alta y dio un par de sorbos a una cerveza que tenía cerca. Los comensales comenzaron a gritar títulos de canciones sin que el juglar pareciese decidirse por ninguna hasta que Asha, cansada de verlo hacerse desear, le gritó que cantase *El romance de la Ondina.* Bien porque no quería hacer enfadar a su esposa, o por cualquier otra razón, volvió a tañer la zanfoña y a cantar.

Las hadas comenzaron a formar parejas, girando abrazadas. Jovial y Bermejo se habían sentado, el primero había apoyado la cabeza en el hombro del segundo y parecían estar a punto de

quedarse dormidos allí mismo. Marsias por su parte volvió a acercarse.

—¿Seguimos? —propuso mirando a los bailarines.

Nicasia asintió, tenía la cabeza tan llena de música que lo único que se le ocurría era seguir bailando.

—No sé bailar esto —confesó.

—¿En serio? —rio el sátiro—. ¿De dónde sales que no conoces la ronda? ¿O tenías unos padres estrictos que no querían que fueses a los bailes?

Respondió encogiéndose de hombros, era más inteligente no contestar que decir una mentira que luego tendría recordar. Por suerte, Marsias no insistió, se acercó y le rodeó la cintura con los brazos. Hasta entonces no se habían acercado tanto. El sátiro era mucho más alto que ella. Nicasia tuvo la sensación de que aquel cuerpo, que hasta entonces le había parecido inofensivo, era demasiado grande y pesado. Le pareció que las manos del sátiro se cerraban alrededor de sus caderas como un cerrojo que la obligaba a mantenerse cerca de una piel que amenazaba con prenderle fuego. La proximidad del sátiro se le hizo insoportable tras unos pocos pasos de baile, sentía que iba a desmoronársele encima en cualquier momento. Se apartó aflojándose el cuello de la blusa y, tras balbucear una disculpa, echó a correr hasta la puerta de la posada.

Fuera, las calles relucían a la escasa luz de luna gracias a la ligera capa de hielo que las cubría, pese al frío se sentó en los primeros escalones. El cambio brusco de temperatura la despejó mientras la envolvían la oscuridad y el silencio de la ciudad dormida. Se dio cuenta de que el corazón se le sosegaba, aunque seguía alerta. No entendía qué la había asustado tanto, pero ya no le apetecía seguir bailando, ni acercarse al sátiro. Era demasiado tarde, quería alejarse de la fiesta y dormir un buen rato antes de que las implacables campanillas del desayuno sonasen otra vez. Su ropa seguía dentro de la taberna, pero volver a entrar la obligaría a disculparse con el

sátiro o inventarse alguna mentira que explicase su repentina huida y no le apetecía.

—¿Estás bien, muchachita?

La pregunta la pillo tan de sorpresa que estuvo a punto de levantarse de un salto del escalón. Marmitón había salido con el abrigo y la bufanda de la knocker. Nicasia cogió la ropa agradecida.

—Sí.. sí… —balbuceó—. Creo que me he mareado un poco… Lo mejor será que vuelva a casa.

—Ni se te ocurra moverte sola por estas calles de noche —le advirtió el bogan—. Anda, sígueme.

El cocinero comenzó a andar hacia los establos de la posada, un pequeño edificio de piedra y madera con grandes portones. Delante de uno de ellos había varias hadas refugiándose del frío ante una gran hoguera.

—Chicos, ¿alguno de vosotros podría llevar a esta muchacha de vuelta a su casa? Vive en la zona baja de la ciudad, en la Carbonería. No está demasiado lejos.

Un phoka zorro envuelto en una manta estiró las orejas. Era casi un niño, con los ojos tizones y el pelo revuelto de un naranja muy intenso.

—Yo puedo llevarla, en unas horas tengo que salir de la ciudad y paso muy cerca. Puede esperar aquí con nosotros.

Marmitón se sacó del bolsillo una moneda de madera.

—Enseña esto en alguna de las hospederías de la muralla y te dejarán pasar allí lo que queda de noche, a cubierto y con desayuno gratis. Si te vas ahora y dejas a mi amiga en su casa es tuya.

Y de este modo, mucho antes de lo que habría podido imaginar, un carro tirado por un pájaro enorme, con una cresta de color verde intenso y unas poderosas patas de bronce, la dejó en la puerta de la Carbonería. El edificio estaba en silencio. Nicasia se dio cuenta de que era la primera vez que lo veía vacío. De no haber estado tan cansada, tal vez se habría atrevido a explorar un poco más. El carromato de los albañiles seguía en el patio, cuidadosamente tapado.

Entró en el establo. Sin Esmeralda por allí olía algo mejor, pero también era un lugar más frío. Se había acostumbrado a quedarse dormida al arrullo de los ronquidos de la yegua y a despertarse con sus relinchos impacientes pidiendo el desayuno. Al trepar hasta el altillo descubrió que la pequeña estufa de leña que usaba para calentar su pequeño rincón estaba encendida, algo que solo hacía un rato antes de acostarse y siempre con un hechizo protector para evitar que alguna chispa pudiese iniciar un incendio en el establo. Se giró hacia su cama y descubrió un cuerpo tendido en ella.

—¿Manx, eres tú? —preguntó mientras se acercaba muy despacio a su jergón.

La figura se incorporó. La débil luz de la estufa reveló un rostro cubierto de moratones y restos de sangre seca. La gata se apoyó con dificultad sobre un brazo.

—¿Qué te ha pasado? ¿Quién te ha hecho eso? —preguntó Nicasia arrodillándose junto a su amiga.

—Urakarnake se enteró de que fui yo quien os avisó cuando acorraló a Asha —le contestó con la voz ronca.

—¿Y tu madre ha permitido que te haga eso?

Nicasia observaba el rostro hinchado de su amiga, sintiendo que se apoderaba de ella una rabia sorda. Podía esperar cualquier cosa del gorrorrojo, no era muy diferente de cualquier jefe de clan. Su fuerza generaba un extraño magnetismo sobre cierto tipo de hadas que confundían la brutalidad con la capacidad de mando, era implacable con quienes le fallaban o traicionaban, y al mismo tiempo sabía ganarse la lealtad de sus compañeros. No le sorprendía que hubiese golpeado a la gata, pero no podía creerse que Alia lo hubiese permitido sin más.

—No anda muy bien —le explicó—. Al parecer, se dice por la ciudad que mi padre ha muerto, lleva días fumando y bebiendo sin parar.

La gata se arrojó a los brazos de Nicasia y empezó a sollozar con la cabeza escondida contra su pecho.

—¿Estás segura de eso?

Los goblins tenían un dicho, «Sin gusanos no hay muerto». Era una forma poco bonita de decir que las noticias sobre muertes ajenas solo pueden creerse cuando ves el cadáver con tus propios ojos y es que, si algo habían aprendido a lo largo de su sangrienta historia, era que un enemigo muerto no suele volver para dar problemas. Los goblins tenían por costumbre rematar a sus adversarios y llevarse consigo trofeos que demostraban fuera de toda duda que su objetivo estaba bien muerto. Este dicho también podía servir para dar algo de esperanza, cuando un joven explorador o un buen guerrero desaparecía, sus familiares no lo lloraban hasta que el cuerpo regresaba a la Ciudad de Piedra.

—Creo que Alia debe de saber algo más, pero no quiere contarme nada, tampoco es que ahora mismo esté en condiciones… —Un sollozo le cortó la frase.

—Deberías volver a casa y comprobarlo.

Manx se apartó de ella negando con todas sus fuerzas.

—No puedo volver. Mi padrastro… No, no me comprendería…

Durante un rato, la phoka lloró abrazada a Nicasia, que no se atrevía a moverse, ni sabía qué podía decir.

—¡No tengo a dónde ir! ¡No tengo nadie a quién acudir! —Sollozó cuando se recuperó un poco—. Lo único que puedo hacer es seguir con mi madre, intentar que deje de beber…

—¿Y quién se va a asegurar de qué tú estás bien?

La gata volvió a llorar desconsolada. Nicasia se sentó a su lado.

—¿No tienes a tu padrastro?

—Ni hablar, mi padrastro… Dudo mucho que quiera volver a verme, y, si quiere, me pondrá condiciones. Esa casa era una cárcel, no pienso volver.

Fue lo primero que logró decir con total serenidad. Los ojos de la phoka se volvieron duros y apretó los puños llena de resolución. Pronunció esas palabras con un resentimiento tan evidente que la knocker se quedó sorprendida.

—No me mires así —se enfadó la gata—. Mis padres siempre fueron unos hipócritas. Cuando ellos eran jóvenes, vivieron sus vidas

como les dio la gana. Eran leyendas, ¿sabes? Todo el mundo conoce alguna historia de Jadul, o de Uro. Pero no querían que yo hiciese lo mismo. Solo porque a ellos les salieron las cosas mal, no querían darme una oportunidad de seguir mi propio camino. Querían dictarme cómo vivir, y no pienso tragarme sus memeces. Quiero ser libre, ¿tan difícil es de comprender?

Nicasia no sabía nada de padres o familias. Era una realidad que le resultaba tan ajena que no sabía qué decir, ni qué aconsejar. Lo que sí comprendía era el deseo de libertad, no conocía nada más sagrado. Sentir la necesidad de escapar y buscar un rincón donde poder vivir sin pertenecerle a nadie era lo que le había salvado la vida. Ese era el deseo que compartían y estaba dispuesta a ayudarla a conseguirlo.

—Bueno, por ahora puedes quedarte a dormir aquí el tiempo que necesites. Nadie tiene que enterarse. Mañana prepararé otro jergón y nos las arreglaremos hasta que se nos ocurra algo mejor.

La phoka le echó los brazos por los hombros y la tiró encima del colchón de paja.

—Aquí cabemos las dos perfectamente. No necesitamos nada más.

Nicasia se tumbó junto a Manx. Echaba de menos dormir abrazada a otro cuerpo. En el Mercado de las Almas los esclavos dormían apelotonados, abrazados unos a otros en busca de calor y protección. La phoka era cálida y suave, olía a ropa limpia y al polvo arcilloso de los tejados. Se acurrucaron una junto a la otra, cara a cara.

—Gracias por ayudarme tanto —le dijo Manx entre susurros—. Te prometo que estaré para lo que necesites.

La promesa llenó de calor el corazón de la knocker. Yirkash era el único que se había preocupado por ella, aunque jamás lo hubiese expresado con palabras tan claras como las que acababa de usar la phoka. Los goblins no tenían por costumbre hablar de sentimientos, las palabras tenían poco valor para ellos. No se avergonzaban de mostrar sus sentimientos, pero lo hacían de un modo visceral y

descarnado. Nicasia acababa de descubrir lo mucho que podían reconfortar las palabras, aunque el único modo que se le ocurrió de corresponderlas fue abrazarse a la gata y apoyar la cabeza contra su pecho para escuchar el latido tranquilizador de aquel corazón que adoraba. Nada en Manx le parecía amenazador. Era tan diferente a Marsias, pequeña, suave, delicada. Sentía que se entendían, que estaban unidas, juntas frente a un mundo hostil. Bajo las mantas, con las manos entrelazadas, se sentía fuerte y segura. Cerró los ojos, felizmente agotada y, por primera vez, durmió sin sobresaltos.

El Maestro Avispa tuvo la consideración de aparecer en el taller ya muy pasado el mediodía, los aprendices habían podido superar lo peor de la resaca, el viejo knocker tendría que haberse esforzado mucho para descubrir que solo fingían trabajar. Gubia estaba escogiendo unos tablones para el fondo de un armario, Jovial se dedicaba a mirar intensamente una pieza de ensamblaje tratando de averiguar cómo solucionar un problema que no existía y Bermejo estaba intentando rehidratar unos pigmentos que habían dejado de ser salvables hacía mucho tiempo. Nicasia estaba junto a la ventana del despacho, sacudiendo una de las alfombras que había bajo el escritorio. Manx se había marchado muy temprano, seguramente para ir a ver a su madre, y no volvería hasta la noche.

El maestro venía en un carro cubierto con una lona del que Esmeralda tiraba perezosamente. Los aprendices salieron de la carpintería para liberar a la yegua y devolverla al establo.

—Meted el carro en mi taller sin fisgonear —dijo saltando del pescante—. ¿Dónde andan los albañiles?

—Les dimos vacaciones hasta que volvieses —replico Gubia plantándose delante del maestro con los brazos en jarras—. Urakarnake no se lo tomó muy bien —le explicó señalando el brazo en cabestrillo de Asha.

Una chispa de incredulidad se encendió en los ojos miopes del viejo knocker, se recompuso muy rápido, recuperando la habitual expresión cauta y calculadora que solía adoptar cuando le daban malas noticias. Señaló a Jovial.

—Vete de inmediato a buscar a Urakarnake y dile que traiga de vuelta a la plantilla. Necesito la herrería acabada de una vez.

—¿Yo? —El joven se negó cruzándose de brazos—. No pienso ir a buscar a ese cabrón después de lo que le hizo a Asha.

Gubia se acercó aún más a Avispa.

—Nadie en este taller va a ir a buscar a esa carroña, paga a un mensajero si quieres mandarle un recado o ve tú.

El Maestro Avispa estaba furioso, podía adivinarse en cada fibra de su cuerpo convertido en un resorte listo para saltar si seguían tensando la débil cuerda de su paciencia. La cara se le enrojecía por momentos. En cualquier otra ocasión ya estaría gritando, soltando todos los insultos que se le pasaran por la cabeza hasta quedarse sin aire. Esta vez comenzó a caminar hacia el edificio principal de la Carbonería a toda prisa. Gubia le cortó el paso.

—Llevas meses con esas supuestas obras tan importantes. ¡Meses para que unos idiotas que no saben agarrar un saco acaben la herrería! —gritaba Gubia—. ¡Y apenas han colocado cuatro ladrillos de la fragua! ¿Por qué tienes aquí a esa panda de delincuentes? ¿Qué te traes entre manos?

—¡Es la mano de obra que me puedo permitir! Solo intento mantener a flote el puñetero taller. —Abrió el zurrón que llevaba colgado del hombro y sacó un puñado de papeles que empezó a sacudir en la cara del ensamblador—. ¡He hecho un viaje infernal para conseguir un buen contrato! ¡Un Alto Señor, nada más y nada menos, que nos pedirá muchos más muebles en el futuro y les hablará de este taller a sus amigos de Palacio! No os merecéis mis desvelos, panda de desagradecidos.

Gubia le arrancó los papeles de las manos y los ojeó con impaciencia. Cuando volvió a levantar la vista, le temblaban las manos, se los pasó a Asha que los recogió para leerlos junto a Jovial y a Bermejo.

—¡Un puñetero despacho! ¿Y todos los muebles tienen que estar listos para antes de Samhain? ¡Es imposible cumplir este plazo sin

atrasar las máscaras y los juguetes que nos encargaron para la fiesta de Palacio! ¡Lo que traes aquí es una ruina!

—¡Trabajad más rápido!

—¡Nos falta gente! —le replicó Gubia—. Has metido a un grupo de contrabandistas en el taller, nos traes contratos de miseria sin tener en cuenta los plazos de entrega pendientes. Mazarín nunca habría permitido esto… Acabarás por arruinarnos.

—¡Mazarín se largó! —gritó Avispa agarrando a Gubia del delantal—. ¡Estoy harto de que habléis día y noche de él como si fuese vuestra madre!

—¿Por qué se marchó, Avispa? ¿Por qué no hemos vuelto a saber nada más de él? —preguntó Gubia soltándose de un manotazo—. ¿Se lo preguntamos a Urakarnake?

Avispa se quedó mudo un instante mientras se iba a poniendo más y más rojo, estiró el cuello como un gallo flaco a punto de cantar por última vez, con los ojos desbocados de la rabia.

—¡Vete de este puñetero taller! ¿Me has oído? ¡Lárgate! No quiero volverte a ver nunca más.

Asha se colocó junto a Gubia.

—Entonces nos iremos los dos —le advirtió.

—Los tres —añadió Bermejo.

—No pienso quedarme solo aquí —aseguró Jovial devolviéndole el contrato a Avispa.

El knocker miró a sus aprendices con un odio palpable y descarnado.

—Os vais a arrepentir de este día. Nicasia hará un nuevo calendario de trabajo para vosotros. A partir de mañana es mi oficial al cargo. Vosotros volvéis a ser todos aprendices principiantes, con sueldos de noviciado. Si no os gusta podéis largaros. Os deseo suerte consiguiendo otro trabajo.

Nicasia se apresuró a colocar la alfombra bajo el escritorio para salir a toda prisa del despacho, había escuchado toda la conversación escondida tras las contraventanas, esperando que nadie la hubiese visto. Salió a toda velocidad. No quería encontrarse

a Avispa en el pasillo o en la puerta del despacho. Se refugió en su cuartito esperando que el knocker no la llamase de inmediato. Acababa de dejarla en una situación horrible frente a sus compañeros, estaría entre dos fuegos, tratando de calmar a unos y a otros. Gubia la odiaría más que antes y no esperaba que los demás la recibieran con aprecio. En el mundo de los esclavos, nadie apreciaba a los capataces, ni siquiera a los amables.

Cerró los ojos. Definitivamente la Carbonería no era el lugar seguro que Eleazar le había prometido, aunque sabía que escribirle sería un ejercicio inútil. Él ya daba el juramento con Yirkash por cumplido, no se tomaría ninguna molestia por ella. Tendría que buscarse su propio camino hacia la libertad.



40. Regreso

El puerto de las saetas solares se había instalado unos años atrás en una de las terrazas más grandes y más elevadas de la torre principal de Palacio, allí las delicadas embarcaciones atracaban como enormes pájaros dorados posándose en la baranda de un balcón. Tal vez en los primeros días, los hijos de Danu habían sido criaturas del aire, pero el paso del tiempo los fue anclando irremediablemente al suelo. El arte de volar, si realmente alguna vez fue suyo, era uno de los muchos dones que perdieron a medida que la sangre de la Madre se diluía en sus venas. Todavía quedaban algunas familias que disfrutaban de los cielos, como los TocaEstrellas, que tenían hechizos de vuelo. Pero la magia se cobraba un precio y el de rozar las nubes era alto. Un vuelo sin contratiempos podía ser agotador, consumía la energía del cuerpo y la claridad de la mente. Algunas voces crueles decían que eso explicaba que los TocaEstrellas hubiesen perdido sus tierras natales a manos de los goblins. De qué servía poder elevarse hasta el cielo si te dejaba sin fuerzas para defender tu propia casa. Los sidhe consideraban que volar era una peligrosa extravagancia, quizás por eso Elio tenía una de las pocas saetas del reino y tal vez por eso siempre había tanto público observando las llegadas y partidas de los vehículos, todo seda ígnea y madera de lumaria pulida y encerada hasta quedar resplandeciente. Nobles y criados se apelotonaban en las ventanas y las terrazas de las diferentes torres.

Gwyllión bajó a tierra por un puente de cuerda que los aeromantes habían tendido hasta la terraza. Estaba tan firmemente

atado que, a pesar de que el viento soplaba con fuerza, apenas se tambaleó. Se forzó a caminar con paso firme pese a notarse las piernas débiles. Iba envuelta en un pesado abrigo de pieles, con la cabeza oculta dentro de una amplia capucha y un cuello alzado que le cubría buena parte del rostro. Lo que no le impedía temblar de pies a cabeza, pero por el momento podía decir que era a causa del frío. La mañana era clara y gélida, ni el sol que brillaba sobre sus cabezas parecía ofrecer algún alivio. La sidhe escondió las manos en el interior de un manguito de piel bordado con un hechizo ígneo que le calentó los dedos helados al momento. En cualquier caso, no era el frío lo que la hacía temblar. La idea de volver a casa la enfermaba. Saberse observada por un montón de cotillas sin méritos propios la enfurecía. Cuando pisó suelo firme, se estremeció de tal modo que Rheia, que caminaba a pocos pasos tras ella, le ofreció el brazo con una sonrisa llena de promesas. Lo aceptó para sentirse viva unos últimos instantes, antes de regresar a las habitaciones cerradas, al jardín solitario, al dormitorio sofocante donde su padre parecía dispuesto a dormitar entre la vida y la muerte durante décadas. Estaba atrapada, solo podía escoger entre el camino del deber y las promesas de la Dama de SilvaViento. Uno era duro y frío, la destinaba a la larga agonía que conocía de sobra, a la obediencia ciega y dócil que la desgastaba cada día más, temía que cuando se liberase ya solo quedaría de ella la sombra de sus mejores años perdidos y un futuro estéril en el que todos la verían como un medio para conseguir sus fines en lugar de en un fin por sí misma. El otro estaba lleno de promesas salvajes, de deseos saciados, de libertad. Una libertad que sospechaba que vendría con importantes condiciones, una libertad ficticia.

Cuando regresó a su dormitorio tras haber espiado los entretenimientos de Elio, se apresuró a darse un baño buscando en su piel cualquier rasgo de azul. Recordaba el sexo dulce, las caricias de Rheia, el fuego brutal que las había envuelto, el placer… y no podía evitar dudar si había actuado por voluntad propia o si tras sus deseos se ocultaba aquel mejunje repugnante. Sin esa sospecha,

habría sido capaz de amar a Rheia, al menos parecía honesta al no ocultar sus ambiciones. Cuando partió hacia AltaCumbre estaba llena de esperanzas que ahora eran dudas y sospechas.

—Un viaje demasiado corto —protestó su anfitriona, envuelta en un abrigo índigo y luciendo una sonrisa resaltada con maquillaje dorado y verde—. Me habría gustado poder dedicarte más tiempo.

Rheia había pasado parte del viaje de vuelta hablando en privado con un knocker largo y encorvado, un plátano hecho hada con los dientes grises y una falsa mirada de cordero manso que no le gustó ni un pelo. Al parecer, Elio quería encargar muebles a medida para un nuevo despacho en la Corte. Gwyllión estaba segura de que el Alto Señor solo pensaba pisar esa habitación cuando quisiera enseñársela a sus invitados. No le había molestado quedarse sola, se subió a la cubierta pese al viento helado y se pasó un largo rato observando a los gyvernos disfrutando de sus últimas horas de libertad, planeando junto a las velas de la saeta, saltando al vacío desde los costados de la nave como niños lanzándose a nadar a una poza. A pesar de que solo habían disfrutado de unos días al aire libre, era fácil ver que se habían vuelto más fuertes, planeaban con mayor soltura y lanzaban bocanadas de aliento ígneo. Estaba segura de que eso último no les haría gracia a los criados. En la Corte les esperaba de nuevo el encierro de los jardines, los largos días bajo las cúpulas de los viveros. Se le partía el corazón al pensarlo. «Quizás pueda hacer un viaje a DanzaDragón este verano», pensó. «Podría llevármelos conmigo». Hacía mucho que no pisaba sus tierras natales, y de repente la posibilidad le pareció un rayo de esperanza en mitad de un panorama negro. Sabía que lo más probable era que nunca llegase a hacerse realidad, no eran pocos los veranos que pensaba en ir hasta los valles de su infancia. Al final, por un motivo u otro se quedaba en la mansión. Esta vez no sería diferente y pensarlo la desalentaba. Cuando Rheia volvió para arrastrarla hasta su cálido gabinete de viaje, trató de animarla sirviéndole vino caliente y haciéndole prometer que no dejarían de verse. Las dos fingieron que no recordaban el incidente de Elio,

aunque ahora Gwyllión veía cierta malicia en los ojos de Rheia que ya no era capaz de ignorar.

—Tenemos mucho tiempo por delante —dijo intentando que la voz no se le ahogase.

Lo que deseaba era agarrarse al brazo que le tendían y pedirle que se la llevase lejos de su padre, lejos de sus obligaciones, aunque sabía que Rheia no lo haría nunca. Era un animal de Palacio, uno hambriento de poder y gloria que no tenía ningún interés en pasar por el mundo sin dejar su nombre bien escrito en la memoria del reino.

—Pues claro que sí. Presiento que nos esperan grandes cosas —ronroneó Rheia—. Solo dime que me recibirás pronto en tu casa, quiero que me enseñes esos jardines de los que tanto me has hablado.

—Te mandaré una invitación tan pronto como me sea posible —le aseguró.

Cruzaron la terraza cogidas del brazo. Ninguna de las dos dijo nada hasta que atravesaron el pórtico que daba paso a la torre principal. Rheia se detuvo y giró el rostro hacia ella, dedicándole una de sus miradas desbocadas, le resultaba difícil averiguar en aquellos ojos siempre tan abiertos si brillaba la pasión o la locura, o una peligrosa mezcla de ambas.

—Nunca solas, nunca indefensas —le recordó con un susurro lleno de intenciones mientras se acercaba a ella.

Gwyllión asintió. Inconscientemente sus dedos buscaron la pieza que sujetaba su corpiño, casi podía sentir las palabras grabadas sobre el puñal. Se había convertido para ella en una especie de amuleto. La Señora de SilvaViento le bajó la capucha y la besó suavemente, apretando los labios contra ella, tiernos y dulces, lo justo para dejarla con ganas de morderlos, de hundirse en ellos. Un solo beso no le bastaba, poco importaba lo peligrosa que pudiese ser la boca que los diese.

Se quedó sola en la antesala de la terraza. Antes de aterrizar habían enjaulado a los gyvernos y quería asegurarse de que estaban

bien. Para evitar que se atacaran los habían metidos en jaulas independientes, el repentino encierro los tenía de mal humor. Feroz le había quemado la cara a un mozo de cuadra cuando trataron de encerrarlo y Veloz lanzaba mordiscos furiosos a cualquiera que se acercase a la suya, nubes de vapor caliente se le escapaban entre los dientes mientras siseaba golpeando el suelo con la cola. Los entendía, ella tampoco deseaba regresar. Se acercó cautelosamente a los barrotes, susurrando palabras tranquilizadoras, los lagartos arquearon la espalda como gatos furiosos y llenaron el aire de chillidos. Nunca los había visto tan enfadados.

El estruendo de unos pasos a su espalda la hizo distraerse un momento. Giró la cabeza en dirección al ruido, un grupo de soldados se acercaban a ella ondeando el estandarte de la Casa de DanzaDragón. Gwyllión reconoció a Alister de RioRaudo, uno de los banderizos de su padre, acompañado por algunos otros sidhe, todos con la librea de color sangre y oro que conocía tan bien. No entendía qué los traía a Palacio. Había mantenido el viaje en secreto, solo un par de criados estaban al tanto. Alister, el capitán de su pequeña guardia, era un hombre estricto pero amable, aunque su gesto no mostrase ni rastro de esa amabilidad. Estaba serio, el ceño fruncido lo hacía parecer mucho mayor de lo que era realmente. Tras él, luciendo los estandartes como si fueran lanzas, caminaban dos jóvenes a los que no conocía, ambos con una expresión solemne que delataba que hasta ahora no habían tenido una oportunidad para mostrarse orgullosos por nada. Jóvenes y pretenciosos, como todos los soldados de las Casas menores, Gwyllión los despreció al instante, cobardes que conocían mejor la cómoda obediencia que el valor de la justicia. Tras ellos, aguardaba una silla de mano cargada por dos trolls.

El capitán se paró ante ella, a una prudente distancia de las jaulas donde los gyvernos seguían dando coletazos y escupiendo débiles lenguas de fuego.

—Dama Gwyllión, tengo órdenes de Lydden de DanzaDragón, decimocuarto Señor de DanzaDragón, protector de SombraDragón y

Alto Señor por la gracia de la Casa Real, de llevarla de inmediato ante su presencia.

«Tácito, viejo idiota», pensó furiosa. El maldito mayordomo la había delatado. No se le ocurría otra posibilidad.

—¿Desde cuándo necesita mi padre a una escuadra de soldados para requerir mi presencia?

—No soy quién para cuestionar las órdenes de mi señor.

—Podéis decirle a mi señor padre que iré de inmediato —respondió con aplomo. No iba a llegar a su casa bajo custodia—. Aún tengo un par de asuntos que atender.

—Lo siento, señora, tengo órdenes de no aceptar excusas ni evasivas. —Alister la agarró del brazo y Gwyllión se revolvió soltándose de un tirón.

—No te atrevas a tocarme —le advirtió—. Hay gentiles más cerca de la gracia de Danu que tú.

La cara del sidhe se encendió de rabia, volvió a agarrarla, esta vez sin asomo de delicadeza.

—¡Traed la silla de mano de la Dama Gwyllión! ¡Nos vamos ahora mismo!

Gwyllión le estampó una bofetada a Alister con su mano libre. El soldado la soltó sorprendido cuando un débil hilo de sangre empezó a recorrerle la mejilla, suave y bien afeitada. Ella misma se quedó inmóvil un momento, había olvidado por completo el anillo con el escudo de su casa, tan pesado y lleno de aristas. Le pareció adecuado, su blasón la defendía. Retrocedió dos pasos, dispuesta a soltar a Feroz para que la defendiese. Uno de los banderizos se le adelantó y le cortó el paso, con la mano sobre la espada.

—Entrad en la silla, mi señora, vuestro padre me ha dado órdenes de llevaros ante él a rastras si es necesario.

Tuvo ganas de obligarlo a emplear la fuerza, de que tuviese que humillarse para meterla contra su voluntad en la silla. Quiso presentarse ante su padre con la cabeza alta por una vez, pero la frenó la idea de que la historia corriese de boca en boca, los Altos

Señores no entenderían su rebeldía. «Si me niego, nunca me sentaré en el Alto Consejo».

—Disfrutad de este momento, porque el éxito no os va a durar mucho —le dijo a Alister con frialdad mientras caminaba hacia la silla.

Uno de los soldados cerró la puerta en cuanto ocupó el asiento. Gwyllión corrió las cortinillas y se mordió los nudillos para ahogar un largo sollozo. No sabía quién habría acabado delatándola, esperaba que el motivo le valiese la pena por el momento, porque antes o después, cuando ocupase el puesto de su padre, pensaba hacérselo pagar muy caro. No entendía por qué su padre había considerado necesario mandar a buscarla de aquel modo; cuando se enfadaba podía ser terrible, pero nunca desmedido. La enfermedad lo estaba desquiciando, arriesgar el buen nombre de la familia por un simple viaje de descanso no tenía sentido.

Escuchó ruidos fuera de la silla, voces y sonidos de armaduras.

—¡Alto en nombre de la Guardia Real! —ordenó una voz firme.

Se secó los ojos, confundida, y descorrió la cortina. La joven Alférez Mayor a la cabeza de un grupo de seis soldados les cortaba el paso.

—¿A qué viene este alto? ¡Estamos cumpliendo órdenes del Alto Señor de DanzaDragón!

—Me han informado de que retiene a la Dama Gwyllión contra su voluntad —dijo mirando de reojo a la silla.

—¡Eso es ridículo, solo estamos llevando a la dama de vuelta a casa!

La Alférez sonrió, una sonrisa amable que en el rostro de una jovencita vestida con bonitas galas invernales y cintas en el pelo habría sido capaz de derretir corazones muy duros, pero que en el rostro de una sidhe que llevaba una espada larga colgada del cinto y el escudo de la reina sobre el pecho parecía más bien una burla al viejo soldado.

—Entonces no le importará que hable con ella unos instantes.

—¡Esto es un insulto! —protestó Alister trastabillando las palabras.

—La dama puede defender el honor de su casa de mi torpeza, estoy bastante segura —respondió abriendo la puerta de la silla de mano. Al verse frente a Gwyllión, le dedicó una reverencia—. Mi dama, perdone si soy insolente, me han ordenado asegurarme de que todo está bien.

Seguramente Rheia había dado la voz de alarma. Se puso en pie y salió de la silla.

—No hay problema ninguno con los hombres de mi padre, Alférez. Pero ahora que está aquí me pregunto si sería tan amable de llevarme ante el Senescal.

Aunque todavía le dolía el modo en el que Calendemyn la había sacado de la Sala del Consejo, seguía siendo quien mejor podía aconsejarla. Ya tenía pensado hablar con él tan pronto como regresase a la Corte de los Espejos, las circunstancias solo habían acelerado sus planes. La joven tenía los ojos azules, serenos como una nevada, pero no era difícil darse cuenta de que tras ellos ardía una mente espabilada.

—Lamento informarle de que se encuentra en la Reunión de Invierno, volverá a Palacio en un par de días. —La Alférez hablaba con una tranquila Cortesía, algo raro en los soldados de la Guardia—. Pero estoy segura de que no tendrá problema en recibiros entonces. Si lo creéis necesario, puedo ofreceros alojamiento en sus dependencias hasta entonces, como invitada de su señoría.

Gwyllión maldijo para sus adentros. Que el Senescal se reuniese con los representantes de los gremios y las cofradías de los gentiles cuando cualquier otro noble habría delegado esa tarea en algún gentil de confianza decía mucho de su dedicación. Desde luego, ella no estaba entre los que consideraban loable ese esfuerzo. La prioridad de Calendemyn debían ser los asuntos de los nobles de Palacio, los verdaderos gobernantes. Reunirse con un montón de rascadores de calderilla para prometerles que sus miserias estarían

aseguradas durante el Retorno era inútil si los verdaderos problemas del reino quedaban sin resolver. Pero era tradición, las celebraciones de Samhain estaban muy cerca y tras ellas muchos nobles se retirarían a pasar el invierno en sus tierras natales. Asegurarles a los gentiles que el Alto Consejo seguiría velando por ellos incluso cuando muchos de sus miembros no estarían en la Capital era una pantomima. Los gentiles ya deberían saber que el gobierno estaba en buenas manos, no era necesario recordárselo cada año, ni escuchar su larga lista de peticiones, que según le había dicho su padre, se repetían constantemente sin importar cuánto tiempo pasara. Mientras ella, atrapada en manos de sus enemigos, tenía que ver cómo se desmoronaban sus esperanzas. Calendemyn habría logrado apaciguar a su padre.

—Por favor, no olvide decirle a Calendemyn que necesito hablar urgentemente con él —dijo volviendo a sentarse fingiendo compostura.

Estaba convencida de que cuando le contase el doble juego que su Cillero se traía entre manos se ganaría un aliado agradecido. Y en esos momentos necesitaba a todos los que pudiese conseguir.

—Por supuesto que no —dijo la Alférez inclinando profundamente la cabeza—. Me encargaré de decírselo en cuanto regrese. ¿Estáis segura de que no necesitáis nada?

Gwyllión le demostró que ella también podía sonreír como una muchacha recatada.

—No, mi señora. Sois muy amable, no quiero alejaros de vuestros deberes. Que tengáis un buen día —dijo antes de cerrar ella misma la puerta de la silla.

Los soldados dejaron paso a la comitiva. No tenía sentido alargar más aquella agonía, lo mejor era encararla cuanto antes, descubrir qué estaba pasando en su casa y recuperar el control de la situación en la medida de lo posible. Trató de convencerse de que no sería complicado, estaba ante la rabieta de un anciano cada vez más alejado de la realidad. Quizás solo estaba confuso y desorientado. No era nada a lo que no se hubiese enfrentado antes, sabría

manejarlo. Solo tenía que mantener la calma. Eso era lo realmente difícil.



41. Hacia arriba

La perfumería no era tan exclusiva como trataba de aparentar. Las puertas de madera no estaban labradas, sino pintadas por algún artista local no demasiado malo, y ni siquiera había un triste panel de cristal o algún ventanal que permitiese ver el interior. Nada de piedra ni siquiera algún aplique de bronce para la entrada. Tampoco estaba en la calle de las Maravillas, donde las tiendas ofrecían los productos más caros y exóticos que un hada pudiese soñar. No solo perfumes y joyas, también libros extraños impresos en papeles delicados, llenos de ilustraciones y encuadernados con las pieles más exquisitas. Antigüedades fabulosas de tiempos en los que la magia era mucho más cotidiana y poderosa, cajas de música que únicamente se abrían en fechas especiales, instrumentos que tocaban por sí solos antiguas melodías, espadas de bronce y escudos de hierro sacados de tumbas centenarias. Porcelanas y cristales tan delicados que parecían ir a romperse con la brisa más suave y objetos extraordinarios que requerían permisos especiales para ser vendidos: plumas de fénix, hueso de dragón, sangre o corazas de mantícora, pieles de baku, seda de sueñoaraña y muchas otras mercancías espléndidas que solo unos pocos afortunados se podían permitir.

La perfumería La Dalia estaba en la calle de los Ensalmos y no se podía decir que las tiendas allí fuesen baratas, pero no tenían el prestigio de sus vecinas. Los perfumes que se vendían en el local eran fragancias florales, especiadas, almizcladas… Nada remarcable

ni lo bastante extravagante como para atraer a los clientes más adinerados, quizás por eso tenía que rebajarse a vender algunos artículos definitivamente vulgares, aunque su precio no lo fuese, como infusiones curativas, ungüentos para diversas dolencias y velas perfumadas para serenar los ánimos y alejar las jaquecas.

Desde que Jadul se había puesto a vigilarla, no había visto entrar a ningún sidhe, ni siquiera a algún criado con la librea bien planchada. La clientela, algo escasa, estaba formada principalmente por gentiles de los barrios cercanos, que tenían negocios prósperos y podían permitirse comprar especias de DunasAltas o ramitos de hierbas de FuegoVivo. Eran hadas con buenas ropas y ninguno tenía pinta de pasar hambre, algunos incluso tenían criados. Nada fuera de lo normal en un barrio pudiente. Pero el phoka tenía buen ojo y no se le había pasado por alto que a la puerta trasera del comercio se acercaban personajes interesantes, críos que parecían más mendigos que recaderos, algunos jóvenes trotacalles que podrían ser perfectamente amigos de Manx y unos tipejos a los que el phoka reconoció al instante: dos eran corredores de apuestas de Munera y el otro era uno de sus viejos luchadores, de los pocos que logró retirarse más o menos ileso. Había vigilado a conciencia el local durante un par de días para asegurarse de que era allí donde destilaban el azul, y tuvo incluso la oportunidad de ver cómo los merodeadores del callejón se llevaban pequeñas bolas de resina, o viales de un inconfundible color índigo. No vio por allí a Munera, pero casi a diario antes de que llegase la hora de cierre se presentaba un joven sátiro muy bien vestido, con una pluma de faisán en el sombrero. Jadul solo tuvo que echarle un par de vistazos para darse cuenta de que vestía ropas de segunda mano, con los puños de la camisa gastados y la sutil decoloración de la tela usada durante demasiado tiempo. El sátiro llevaba bajo el brazo una carpeta de cuero y la bolsa atada al cinto con una cadena encantada. El gato estaba dispuesto a apostarse su camisa nueva a que era uno de los contables de Munera.

En un par de ocasiones, cuando las calles estuvieron lo bastante tranquilas y el dueño de la tienda no estaba merodeando por su negocio, pudo asomarse a los tragaluces del sótano de la tienda, donde un par de knockers vestidos casi únicamente con unos delantales de hule y pintados a conciencia de pies a cabeza por lo que parecía ser una gruesa capa de arcilla roja, trasteaban entre alambiques y matraces. Uno de ellos comprobaba constantemente una especie de caldera de cobre cerrada a cal y canto, llena de válvulas y tuberías cuya finalidad le era totalmente desconocida. El otro se encargaba principalmente de hacer bolitas de resina, o de llenar viales de diferentes tamaños.

No hizo falta mucho tiempo para reunir la información que el Viejo León necesitaba; el local estaba vigilado por un par de gorrorrojos que podrían dar algo de guerra, aunque Jadul estaba seguro de que al menos uno de ellos estaría dispuesto a dejarlos hacer lo que quisieran por la cantidad de dinero adecuada, que no debía de ser demasiado alta a juzgar por su afición a empinar el codo. El dueño del local, un sluagh sonriente que lucía con orgullo una gruesa cadena de oro en el chaleco y un vistoso broche de ónice en la solapa, solía marcharse a casa en cuanto empezaba a anochecer, tras la visita del sátiro, mientras las calles aún tenían bastante trasiego, pero no sería problema retenerlo en la tienda. Jadul estaba deseando ponerle las zarpas encima, cada vez que lo escuchaba hablar reconocía la voz que había ordenado que lo mataran.

Y por fin, después de tanta aburrida vigilancia, había llegado el momento de entrar en acción. El plan del Viejo León era sencillo y estaba bien pensado. El bogan quería averiguar todo lo que fuese posible sobre el azul. Jadul no sabía si porque pretendía desmontar un negocio ilegal que estaba floreciendo a sus espaldas, porque consideraba el azul un peligro, porque quería quedárselo para él o todo a la vez. No podía importarle menos, él estaba allí por Uro. Después de aquel golpe, el toro no volvería a pisar una arena de combate. Eso era lo único que le interesaba.

Cuando el sátiro del sombrero emplumado entró en la tienda, Jadul cambió a su forma feérica, sacó de un bolsillo un silbato de plata y lo sopló sin que sonase ni una sola nota. Luego bajó a la calle. Al poco apareció en la calle el Viejo León, una joven gorrorrojo vestida con un llamativo abrigo burdeos empujaba su silla de ruedas. Los acompañaba otro gorrorrojo, con el pelo trenzado y adornado con cuentas de madera y hueso, tal como era costumbre entre los suyos, pero vestido con una elegante túnica de terciopelo color chocolate y una capa perfecta para ocultar algún tipo de arma. A su derecha caminaban la sluagh y la dríade a las que había visto trenzarse el pelo en su última visita, ambas con sus mejores galas. El propio León se había arreglado a conciencia para la ocasión, con un chaleco bordado de color azul y los pantalones a juego, una chaqueta con botones de plata y los zapatos más limpios que el gato hubiese visto jamás. Llevaba las lentes guardadas en el bolsillo de su chaleco, del que asomaba una cadenita de oro y cuentas de esmalte. Jadul también había cumplido su parte, llevaba la ropa limpia y recién planchada. Se había dado un baño esa misma mañana, también se había peinado con esmero. Normalmente usaba sus ganzúas viejas para sujetarse un moño descuidado, pero esta vez se había puesto un pasador de carey que había robado de una tienda cercana aprovechando el descuido de un dueño que solía gritarle demasiado a su criada. Formaban un grupo de lo más respetable, avanzaron hasta la tienda charlando. Sabía que el enorme troll que protegía al bogan no debía de andar muy lejos a pesar de que no lo veía. Así que avanzaron por la calle sin que nadie les prestase la menor atención, simplemente eran un grupo de transeúntes en busca de las últimas compras del día.

Jadul abrió la puerta de la tienda haciendo tintinear el juego de campanillas que colgaban del techo con un repiqueteo alegre. El sluagh se giró hacia la entrada de la tienda tras intercambiar una mirada sorprendida con el sátiro, que tenía la carpeta abierta sobre el mostrador y una pluma en la mano. El grupo entró invadiendo el local.

—Señores —dijo el tendero alejándose del mostrador, todo educación y sonrisas—. Mis disculpas, estamos cerrados.

El gorrorrojo se aseguró de cerrar la puerta tras ellos girando el pestillo. La sluagh se quedó fuera. Ella, junto al troll, debían asegurarse de que nadie entraba ni salía de la tienda hasta que León hubiese acabado de cerrar sus negocios.

—¡No lo parecía! Las luces estaban encendidas y el cartel dice «Abierto» —le respondió el bogan—. Y la puerta no tenía echado el cierre.

La cara del tendero perdió todo el color, sus mejillas adquirieron el tono gris de las velas de sebo. Una chispa de recelo le encendió los ojos vidriosos.

—He olvidado girarlo, mis señores, el caso es que no puedo…

—¿Sabes quién soy? —interrumpió el Viejo León, ya mucho menos amable, abriéndose la chaqueta para mostrar la empuñadura negra de una daga envainada bajo el brazo izquierdo.

Hasta Jadul conocía El Cuervo, la mítica hoja de piedra que los Señores de Hueste Invernal heredaban unos de otros. Se decía que era negra como la más profunda de las noches invernales, que estaba tallada en hielo eterno de las Guerras de Invierno y vinculada a la voluntad de los Señores Invernales, que absorbía el alma de todos sus dueños… Sobre esa daga corrían miles de historias. Era la primera vez que el phoka la veía con sus propios ojos, la hoja legendaria le pareció un poco decepcionante; después de haber oído tantas cosas sobre ella esperaba algo más que una lasca de piedra en el bolsillo de un anciano, aunque sirvió para intimidar al dueño de la tienda. Al verla abrió mucho la boca y se tambaleó ligeramente, como si la sorpresa le hubiese dejado los músculos flojos. A sus espaldas, el sátiro cerró la carpeta de golpe.

—Mi señor León… es… es… todo un placer tenerlo en mi negocio. —Se dobló en una reverencia servil—. Estoy… a su entera disposición.

Mientras balbuceaba, el gorrorrojo se adelantó hasta el contable. Al sátiro le bastó una mirada del grandullón para perder todas las

ganas de resistirse. Le entregó la carpeta con la misma expresión resignada de un crío al que obligan a devolver unos caramelos robados. León hizo un gesto a la dríade y a la gorrorrojo del abrigo burdeos. Ambas se acercaron al final de la tienda. Jadul sabía que algunos de los esbirros del Viejo habían visitado la tienda haciéndose pasar por clientes, así que suponía que sabía lo que tenía que hacer. Él se quedó junto a la silla de ruedas mientras las dos hadas desaparecían tras un hermoso biombo de seda, su misión era proteger al bogan. León había sacado las gafas del bolsillo del chaleco para leer los documentos, que revisó con la dedicación de un contable. El gato miró los papeles, apenas un vistazo, las columnas de cifras no le decían nada interesante, en cambio al Señor de la Hueste debían de parecerle una lectura de lo más reveladora porque a medida que las repasaba, la sonrisa se le ensanchaba más y más. El tendero no compartía el ánimo risueño de su visitante, se había sentado en un bonito taburete forrado de terciopelo, con la cabeza gacha y las manos enterradas entre las piernas, como si tratase de ocupar el menor espacio posible para pasar desapercibido. Tenía los ojos clavados en el Viejo León con la expresión de angustia de un condenado. A sus espaldas, comenzó a escucharse el estruendo de una buena pelea, el aire se cargó del olor cálido y vibrante de la magia. El sátiro trataba de mirar de reojo lo que estaba pasando tras el biombo, pero claramente consideraba más importante no perder de vista al Señor de la Hueste. El sluagh no hizo ni la intención de girarse.

—Verás —dijo el bogan cuando al fin dejó de repasar los papeles—. Según esto, tu tienda va realmente bien. Demasiado bien para ser un tugurio que vende perfumes aguados y tilas de jardín. Has ingresado casi mil dragones de oro. ¿Me puedes explicar cuánta grasa perfumada has vendido para conseguir tantísimo dinero? Porque las cuentas no cuadran.

—Bueno… —El tendero se encogió de hombros con una resignación casi dolorosa—. Usted mismo lo ha dicho, el negocio va bien.

—Pero no porque vendas pañuelitos perfumados o hardala de calidad. Lo que se vende mucho es este «índigo» que tienes señalado en tu segunda contabilidad.

El viejo León se inclinó hacia delante mostrando un folio de color azul grisáceo.

—¿Ves? —le dijo señalando las columnas de cifras que mostraba el documento—. Ganas más dinero con esto que con la propia tienda. Cualquier comerciante sensato se habría desecho de todas estas baratijas para dedicarse en exclusiva a la venta de tu mejor producto, el «índigo». ¿Me puedes explicar qué es? ¿Algún tipo de tinte?

—Bueno… —se repitió el tendero que parecía haber perdido la labia propia de un vendedor—. Es un producto nuevo, aún estamos haciendo pruebas antes de lanzarnos a la venta en exclusiva.

—¿Con estos beneficios sigues haciendo pruebas? ¿Qué más necesitas? ¿Una señal de Danu?

—Me limito a ser prudente, mi señor —dijo el sluagh con un hilo de voz casi desfallecido que no convencía a nadie. Aquel tipo estaba muerto de miedo y no sabía mentir.

La dríade volvió a escena. Ligeras salpicaduras de sangre le manchaban la cara, las manos y el pecho, el rojo intenso destacaba sobre la piel verde y el vestido de corteza dorada salpicado de liquen. Cada gota era una pequeña joya brillante. Unas joyas que no le pertenecían, la sangre de las dríades era de color verde oscuro. Jadul se alegró de no haber tenido que bajar al sótano, prefería mantenerse alejado de la violencia.

—Todo controlado, jefe. Ahí abajo hay un buen tinglado —aseguró la dríade que clavó los ojos oscuros en el sluagh cargados de reproche.

—Perfecto. Buen trabajo —la felicitó el bogan claramente satisfecho, luego se dirigió al gorrorrojo—. Wero, amigo mío, haz el favor de colgar el cartel de «Cerrado» en la tienda y asegúrate de que no nos molestan. Nos queda mucho por hablar.

El bogan era una criatura cambiante, cuando trataba con sus compinches era todo dulzura, les hablaba como un abuelo orgulloso, nunca olvidaba sus modales cuando pedía algo y sonreía con una cálida sinceridad. No exigía ni se mostraba impaciente, pero cuando se dirigía al tendero cambiaba el tono, por mucho que pareciese ser un afable anciano había una dureza evidente en su voz, no se molestaba en ocultarla. Dejaba de sonreír y los ojos se le volvían duros como esquirlas de acero. No era un cambio brusco, pasaba de un estado a otro con una naturalidad que hacía aquella actitud aún más amenazadora. Se apoyó en el reposabrazos izquierdo de la silla y miró al sluagh como un profesor que tiene que solucionar un problema menor con un alumno díscolo antes de poder marcharse a casa.

—Te voy a contar lo que vamos a hacer. Vamos a bajar al sótano a ver qué es eso que dice mi amiga Hana que tienes montado.

—Hay una escalera muy empinada —le indicó el sluagh.

—Por eso no te preocupes, tengo mis medios. Prosigamos, vamos a echar un vistazo abajo y me vas a explicar qué es este «índigo» tuyo que tanto te estás molestando en ocultar.

—¡No es que lo esté ocultando! Es solo que sigue en periodo de prueba —protestó el sátiro abriendo la boca por primera vez.

—Contigo ya hablaré más tarde —le indicó el bogan—. Mientras no te pregunte nada, no vuelvas a abrir la boca o Wero te la cerrará de un puñetazo, ¿entendido? Vosotros dos quedaos aquí arriba.

—Esto es un abu.. —El sátiro acabó la frase con un ruido ahogado. El gorrorrojo le acababa de soltar un puñetazo en el estómago que lo obligó a sentarse en el suelo encogido de dolor.

—No te lo repito más. ¡Cállate la puñetera boca! —dijo León enfadado, se quitó las gafas y empezó a limpiarlas concienzudamente—. ¿Por dónde iba? ¡Ah, sí! Bajemos al famoso sótano.

En cuanto se abrió la puerta, el olor del sótano llegó hasta la nariz del phoka. No se había olvidado de aquella combinación de humedad y el pesado aroma a flores muertas, con un ligero toque

de alcohol caliente. Mezclado con las nubes de vapor que expulsaban dos grandes calderas de cobre hacía la atmósfera casi irrespirable. Había llegado a soñar con ese olor y con la capucha asfixiándolo mientras escuchaba a otras hadas decidir sobre su vida. Ahora que podía verlo mejor, le pareció un lugar sórdido, apenas iluminado con algunas lucernas mágicas que flotaban cerca del techo balanceándose como luciérnagas borrachas. Sobre cuatro mesas largas colocadas en paralelo descansaban diferentes sistemas de destilado: matraces, tubos de enfriamiento, colectores… Un delicado laberinto de cristal y fuego por el que fluían líquidos de todas las tonalidades de azul se extendía ante los ojos de los visitantes. Jadul vio la trampilla por la que lo arrojaron a las cloacas en una esquina de la habitación junto a la caldera más pequeña. Al lado estaban sentados los knockers pintados de rojo que solían trabajar allí abajo, junto a dos gorrorrojos. Estos dos últimos estaban bastantes magullados, era fácil adivinar quiénes eran los que se habían resistido y quiénes no. En cualquier caso, las cuatro hadas estaban bien atadas y amordazadas.

—Este es el sitio, la nariz no me engaña —le dijo al Viejo León.

El bogan asintió. El descansillo ante las escaleras era muy amplio, pero para estar más cómodos, los gorrorrojos que acompañaban al Señor de la Hueste se colocaron en la escalera. El sluagh estaba atrapado, no podía bajar sin que se lo impidiesen los matones y tampoco podía pasar hacia la tienda, Jadul y la enorme silla de ruedas le cortaban el paso.

—Hace unas semanas ordenaste que lanzaran a mi amigo a las alcantarillas —dijo el bogan señalando a Jadul, que le dedicó una sonrisa muy poco feliz al sluagh—. Como puedes ver, no murió. Tienes en marcha un buen negocio, lo único que se te puede reprochar es que no tienes buenos empleados. Si vas a dedicarte a algo tan ilegal, necesitas rodearte de hadas con agallas, capaces de matar cuando sea necesario. Ese ha sido tu gran error.

—Puedo darle una parte de las ganancias, usted tiene a su mando a las hadas adecuadas —ofreció el sluagh a la

desesperada—. El Alto Consejo aún no conoce el índigo, no pago impuestos. Las ganancias son cuantiosas, con más espacio y más trabajadores podríamos… —El bogan alzó la mano y cerró el puño tirando del brazo hacia él como si hubiese atrapado algo en el aire. La boca del sluagh desapareció de golpe de su cara. El tendero empezó a tocarse la cara con las manos, tratando aún de gritar. Con muchísimo gusto, Jadul le soltó una bofetada. «Eso por el viaje a las alcantarillas», pensó satisfecho. No necesitaba mucho más para considerarse satisfecho, el tipejo estaba pasando un mal rato y él lo estaba disfrutando. Estaba contento.

—No vuelvas a interrumpirme. Hablarás cuando te toque —le advirtió León aún con el puño cerrado—. ¿Lo has entendido? Es imposible que hayas podido montar todo esto tú solo. En tu espléndida contabilidad aparecen pagos a un tal Serpiente y otro que te paga a ti, un constructor, aunque ese no me interesa demasiado, la verdad. Si quieres que colabore contigo, tendrás que decirme quién ha financiado todo esto. ¿Quién es tu socio?

El bogan volvió a abrir el puño, pese a que el sluagh recuperó la boca de inmediato, no dijo nada. Aquellos ojillos pequeños y juntos se inundaron de terror.

—Vaya, así que es un pez gordo. Por eso el Alto Consejo no sabe que fabricas drogas sin registrar. Alguien te cubre las espaldas. Si no me lo dices, no saldrás vivo de este agujero. Así que más te vale que cantes.

El tendero metió una mano temblorosa en el bolsillo de su pantalón, mientras murmuraba para sí y unas grandes lágrimas comenzaron a resbalarle por la nariz chata. Jadul sintió un hormigueo en la espalda que lo recorrió desde la nuca hasta el último pelo de la cola. Algo iba mal. Se lanzó contra el sluagh tratando de detenerlo, tenía algo en la mano, una especie de tubo delgado de cristal lleno de polvo que machacó entré los dedos. El phoka no tuvo tiempo de hacer nada más, cerró los ojos mientras una oleada de calor y fuego se le echaba encima.

—Vas a morir —le dijo una voz suave al oído—. «Dime que no quieres morir».

Claro que no quería. Se negó con todas sus fuerzas. Entonces otra explosión lo desgarró desde dentro. Mientras todo a su alrededor salía volando y ardía, su propio cuerpo comenzó a crecer del modo más doloroso que hubiese experimentado nunca. Sus brazos se alargaron, la ropa se deshizo en pedazos. De la piel desnuda empezaron a brotar plumas como flores negras. Pensar empezó a hacérsele cada vez más difícil, una sola idea le ocupaba la cabeza a medida que él crecía transformándose en algún tipo de criatura que le era totalmente ajena. «Escapar, escapar, escapar», repetía una y otra vez a medida que cambiaba. Logró abrirse camino a través de los escombros, alzándose hacia el cielo rodeado de fuego, humo y cascotes. Ya no era Jadul. Lo que emergió de la devastación, destruyéndolo todo, era otro ser, uno inmenso y negro, hecho de pelo y plumas. En apenas un instante, la manzana entera había desparecido, pero al monstruo que alzó el vuelo por encima de los tejados de la Corte no le importaba la tienda, ni qué le había ocurrido al Viejo León o a sus acompañantes. La nueva mente solo quería alejarse del fuego y el peligro, así que aleteó furiosa, buscando la tranquilidad de las alturas. Volando hacia arriba, cada vez más hacia arriba.



42. Nunca solas, nunca indefensas

La silla de mano no paró delante de la puerta del jardín. Se detuvo en la entrada principal, negándole el respiro de entrar a casa por su propio pie. Dos largas hileras de criados la esperaban pacientemente. El mensaje estaba más que claro, su viaje ya no era un secreto y eso la avergonzaba, era la vuelta de la hija díscola que dejaba de lado a su padre moribundo para divertirse. A Lydden siempre se le había dado bien la manipulación, no solo sabía cómo construirse un discurso a medida, también fabricaba buenos escenarios para enfatizarlo. Dominaba la teatralidad como nadie.

Y allí estaba ella, obligada a subir la escalinata de la entrada rodeada de criados que hasta hacía nada creían que la futura Señora de la Casa estaría unos días en Palacio por asuntos del Alto Consejo. Ninguno de aquellos rostros transmitía nada, eran máscaras con una sonrisa suave dibujada en los labios y los ojos vacíos. No se atreverían a juzgarla en voz alta ni a mostrar la más leve desaprobación. Estaban entrenados para ser así, correctos y serviciales. Al menos por fuera. Gwyllión se había criado entre ellos, en sus horas de aburrimiento infantil una de sus diversiones favoritas había sido espiarlos. Le fascinaba saber qué decían, cómo se comportaban cuando se creían libres. Los conocía, conocía sus miserias, sus mentes pequeñas y envidiosas, llenas de prejuicios. No le costaba adivinar que se reunirían como ratas en la cocina de servicio para criticar su viaje, que husmearían preguntando a criados de otras Casas y charlarían sobre cualquier aspecto de su

vergonzosa conducta mientras se atiborraban de las sobras de la despensa. Por eso sabía que era peligroso que tuviesen tiempo libre, lo usaban para cotillear. El servicio de una Casa honorable debía estar siempre ocupado para no darles la oportunidad de congeniar entre ellos. Mirando a su séquito de bienvenida, tan servicial y dispuesto, se tensó. Eran espías y enemigos.

Salió con la cabeza alta, sin dar instrucciones ni dedicarle una palabra a nadie. No eran nada, no se merecían nada. Y al cruzar el umbral de la casa sintió que todo se hacía más pequeño a su alrededor, las paredes la cercaban, las puertas se estrechaban y las ventanas se alejaban de ella. Respiró hondo. Cerró los ojos el tiempo justo para que la oscuridad le permitiese alejarse de la sensación de encierro, necesitaba recuperar el control, ser tan fría como la cumbre más alta de TerraLinde. Entrelazó los dedos con fuerza, ella era joven, era fuerte, era el futuro de DanzaDragón. Subió las escaleras hasta los aposentos de su padre con la vista fija en las grandes puertas lacadas. Dos nuevas hileras de criados la esperaban ante ellas. Gwyllión no les permitió el placer de verla vacilar, entró sin dudar. Ocultando todo lo que pudiese sentir o pensar tras una máscara fría. Ya conocía aquel ritual, su padre le gritaría hasta quedarse tranquilo y luego todos volverían al trajín diario, incluso ella le restaba importancia a los accesos de furia del anciano. Fingiría que no le tenía miedo, que sus palabras no le dolían, que la vida podía seguir una y otra vez sin mayores percances. La tormenta pasaba, el sol volvía a asomar entre las nubes y los pájaros cantaban de nuevo. Salvo que no era verdad, Gwyllión se desgastaba bajo el peso de las palabras de Lydden, cada vez le costaba más soportar sus envites de furia. Entró en el dormitorio cogiendo una gran bocanada de aire.

El gran dormitorio había cambiado, Lydden había ordenado quitar las pesadas cortinas de los ventanales y el dosel. La luz invernal inundaba la sala. Una buena parte de los braseros estaban apagados y los que aún continuaban encendidos no desprendían ninguna de las pesadas fragancias de las que el anciano tanto había disfrutado

en los últimos días de su enfermedad. Las sábanas y las colchas eran blancas, de un blanco radiante, suave y esponjoso, compitiendo con el camisón inmaculado sobre el que lucía una gruesa cadena de oro de la que colgaba el emblema de DanzaDragón.

Gwyllión conocía esa joya, igual que la delgada corona que ceñía las sienes plateadas del anciano. El emblema había sido un regalo que la Casa Real les había hecho a sus antepasados cuando el reinado de los PrendeSoles era aún joven. La corona había pertenecido a su abuelo, estaba labrada con plata de las montañas de TocaEstrellas y adornada con tal cantidad de diamantes que creaba la ilusión de que quien la lucía estaba tocado por la luz de la mismísima Danu. Lydden no era dado a lucir joyas, las muchas que tenía languidecían en baúles y cajones. Verlo tan engalanado dentro de su cama le pareció tan ridículo que, de no estar en aquella situación tan tensa, le habría costado contener la risa.

Tácito permanecía de pie junto a la cama, trataba de parecer serio y sereno, pero en su rostro se adivinaba una enorme incomodidad. El bogan, que también conocía todo lo que ocurría entre aquellos muros, apenas se atrevía a mirarla a los ojos. «Ya somos dos», pensó la joven mientras se acercaba a la cama. Ninguno de los dos estaba donde deseaba porque no podían oponerse a la voluntad de Lydden de DanzaDragón.

—Mi hija, Tácito —dijo su padre, su voz sonaba más despejada, más fuerte—, vuelve con la cabeza alta a esta casa como si no estuviese cubierta de vergüenza, como si no tuviese nada que esconder.

«No he hecho nada malo», pensó apretando los labios. La mirada cohibida del criado le quemaba más que la de su padre. Le sorprendía verlo tan entero, antes de irse parecía estar realmente débil y ahora estaba sentado en su cama, con la espalda casi recta. Los ojos iluminados de nuevo por esa eterna furia que no daba tregua, esperando como siempre una obediencia absoluta que nunca lo dejaba satisfecho. Sin embargo, Gwyllión no se dejaba cegar por la puesta en escena, podía adivinar el cansancio de su padre porque

el tono de voz no era tan firme, el dedo que la señalaba, temblaba. La sidhe permaneció de pie sin decir nada.

—¡Cómo te atreves a abandonar esta casa y tus obligaciones cuando más falta haces! ¡Y todo para irte a confabular con ese degenerado de AltaCumbre a mis espaldas! ¿Qué crees que tramas?

No era capaz de comprender cómo sabía su padre a dónde o con quién había estado. Había tenido mucho cuidado de no decirle a nadie del servicio a dónde iba. Y sin embargo, una vez más, lo sabía. Allí estaba el brujo que descubría todas sus travesuras, otra vez con la vara en alto, dispuesto a castigarla. Y una vez más, flaqueó, como siempre que trataba de plantarle cara.

—¡Solo me he ido a descansar unos días! Estaba agotada, nada más. No tienes derecho a reprocharme nada, no he hecho nada que pueda avergonzarte —contestó a la defensiva.

—¡Te marchaste de puntillas como una ladrona, esperando que no me enterase! ¿Es ese el comportamiento de una hija obediente? ¡Ni siquiera te dignaste a pedirme permiso!

«No me habrías dejado marcharme aunque te lo hubiese rogado de rodillas», pensó sintiendo que la rabia contenida le apretaba la garganta.

—No quería molestarte, era solo una salida inofensiva…

—¡Mentiras! —gritó el anciano golpeando el colchón con los puños huesudos—. ¡Mentiras!

Gwyllión bajó la cabeza, esperando a que se calmase. Sabía que en aquellos momentos sería totalmente inútil tratar de añadir nada más.

—¡Y pensar que ha tenido que ser el Cillero de Calendemyn el que me ha contado lo que estabas haciendo! —exclamó Lydden con una dolida decepción—. ¡Qué vergüenza! ¡Las cosas que me ha contado!

La sidhe se quedó helada, clavada en su sitio. Aglanor de QuiebraFuegos se había molestado en correr a avisar a Lydden sobre su visita a AltaCumbre. ¿Por qué? ¿Era una venganza por no haber

aceptado su ofrecimiento? «Me voy a cobrar esta jugada», se prometió.

—¿Y confías más en la palabra de un desconocido que en la de tu propia hija? —le reprochó.

—Una hija desobediente y mentirosa —respondió el anciano con dureza.

Conocía esa cantinela. La mala hija que hacía lo que quería a espaldas de su pobre padre, resopló para sus adentros, esperando pacientemente que acabase de soltar todos los reproches que se le ocurriesen y la dejase marcharse. Lydden la miró como si supiese lo que estaba pensando. Gwyllión nunca había visto tanta decepción en los ojos de su padre.

—Ya he tenido bastante paciencia contigo. —El anciano le hizo un gesto a Tácito, que le acercó a su hija un par de pliegos de papel sellados y firmados—. He decidido adoptar a tu primo Alceo como mi heredero. No puedo confiarte el legado de esta Casa, partirás a BosqueVivo para casarte. Esas son mis órdenes. Tácito enviará las cartas hoy mismo. Será lo mejor para todos, se acabó el problema de la sucesión. No estás hecha para gobernar.

«No, no, no, no, no», pensó Gwyllión. Estaba tan nerviosa que era incapaz de leer lo que ponía en los documentos, ni siquiera reconocía la letra del escrito. Las líneas se montaban una sobre otra, las palabras se desdibujaban, lo veía todo borroso. Se llevó la mano al pecho, le costaba respirar. Estaba encerrada dentro de un corpiño demasiado apretado. Una lágrima le cayó en el dorso de la mano. ¿Estaba llorando? Sí, debía ser eso. Estaba llorando, su vida no podía decidirse así, en cuatro líneas firmadas.

—¡No te atreverás! —logró decir al fin—. No te atreverás a hacerme esto después de tantos años bajo tu sombra, tragándome todos tus desprecios. ¡No te atreverás!

Por primera vez Gwyllión vio a su padre asombrado, le parecía que era otra la que se dirigía hacia la cama rompiendo los papeles.

—¡He hecho todo lo que has querido! ¡Siempre! ¡Sin un solo reproche, sin una protesta!

—¡Siempre has sido una hija desleal y rebelde! ¿Cómo te atreves a discutir lo que te ordena tu señor?

Llegó hasta la cama de su padre. Le parecía que el vestido encogía por momentos, apretándola más y más. Como si la furia la hiciese crecer. Se acercó al enfermo. ¿Cuándo fue la última vez que habían estado tan cerca el uno del otro? Tenía delante de los ojos desvaídos, fríos y déspotas del anciano, la máscara marchita de su crueldad que no cedió ni un momento, la furia de su hija no lo impresionaba.

—Nadie te ha obedecido con tanta lealtad como yo —le dijo tratando de serenarse.

—Tu madre lo hizo —replicó Lydden dispuesto a tener la última palabra en los labios hasta el último momento.

—¿Es eso lo que quieres? ¿Que te obedezca hasta la muerte? —Gwyllión trató de aflojarse el cuello del vestido.

—Es lo que se espera de una dama.

—¡Llevo toda la vida intentando complacerte! —La voz se le quebró—. He obedecido cada orden, he complacido cada capricho… Lo único que te pido es un poco de libertad.

Su padre se apartó de su lado.

—Eso es lo que no entiendes, nunca lo has entendido. Las hijas obedientes no piden nada —le dijo desdeñoso.

Gwyllión se tiró del corpiño, sus dedos rozaron la empuñadura de la daga que llevaba oculta en el busque. Sacó la hoja de hueso de dragón, que se deslizó por la tela suave y fluida. «Esto tiene que acabar», pensó. Y entonces la hundió en el pecho de su padre con toda la rabia acumulada durante una vida. Una, dos, tres, cuatro veces… La hoja subía y bajaba impulsada por un movimiento casi automático. La sangre y las plumas blancas de los almohadones se mezclaban, el rojo teñía las sábanas inmaculadas, creando un contraste precioso. Lydden dejó de moverse, pero sobre todo dejó de gritar. Un delicioso silencio se adueñó de la habitación cuando soltó el puñal. Por fin calma.

—Señora, ¿qué ha hecho…?

Tácito la miraba horrorizado. Se había caído y no era capaz de levantarse. Pataleaba en un vano esfuerzo por encontrar algo de apoyo. Quizás estaba demasiado nervioso, quizás era demasiado mayor. «Y demasiado obediente, demasiado leal». Gwyllión se acercó a él mientras tiraba del cordón del corpiño y por fin logró soltarlo entero. El bogan la miraba con los ojos desbocados, y se dio la vuelta para tratar de alejarse de ella a gatas, hasta quedar casi varado en la alfombra. Cuando lo alcanzó, se sentó encima. Se había subido mucho a aquellas espaldas de niña. El criado siempre encontraba tiempo para llevarla a caballito. Entonces pensaba que eran amigos.

—No me hagáis nada, no diré nada. Lo prometo. Siempre os he sido fiel.

Le pasó el cordón por el cuello. No había soltado una sola lágrima por su padre, pero cuando comenzó a apretarlo los ojos se le emborronaron. Le resbalaban por la cara y caían sobre el cogote del anciano, cada vez más inmóvil.

—Nunca lo suficiente —sollozó sin dejar de apretar.

Tácito pataleó por última vez y luego se desplomó sobre la alfombra mientras Gwyllión se sentaba a su lado, con la cabeza apoyada en las rodillas sin poder parar de llorar. Se abrazó las piernas, apretándolas contra el pecho. Podría haberse ahorrado muchos años de miseria si hubiese sido más valiente. Tendría que haber sido capaz de comprender que aquella era la única salida que le quedaba.

Al cabo de un rato se puso de pie, la habitación bailó un poco a su alrededor. Debía mantener la calma, tomar el control de la situación. Recogió todos los pedazos de papel que encontró por el suelo y los quemó con un gesto rápido de la mano. Una pizca de magia y volvía a ser la legítima heredera de DanzaDragón. Miró la cama, el revoltijo blanco y rojo en el que descansaba su padre, con una expresión de desconcierto que era pura justicia. Seguramente los últimos momentos de su vida los había pasado tratando de comprender qué estaba pasando, incapaz de creerse que su hija se

atreviese a ponerle la mano encima. Le cerró los ojos, y empujó con suavidad la barbilla del sidhe para cerrarle la boca. Un Alto Señor debe llegar a la otra vida con serenidad. Recogió la corona de entre las sábanas, era bellísima. Una pieza no debía estar oculta en el fondo de un joyero, la colocaría en una vitrina para verla brillar y se la pondría. No le faltarían bailes y ceremonias en las que lucirla ahora que era la Alta Señora Gwyllión de DanzaDragón. La dejó sobre una cómoda, tenía los dedos manchados de sangre, no quería estropearla.

Limpió el pequeño puñal en las sábanas y volvió a guardárselo en el corpiño. Su vestido estaba hecho un desastre, lleno de manchas. Era una lástima porque le gustaba muchísimo, el color la favorecía, era cómodo y abrigado. Tendría que pedir que le hiciesen uno nuevo exactamente igual. Dibujó un pequeño símbolo de ocultación sobre la falda, una ligera corriente mágica chisporroteó sobre la tela mientras las manchas y los desgarros desaparecían. No duraría mucho, Gwyllión estaba agotada y mantener la concentración le resultaba un suplicio, su atención saltaba de una idea a otra tratando de encontrar el mejor modo de arreglar aquel desastre. Salió de nuevo al pasillo, los criados habían desaparecido. Descubrió aliviada que la mayoría habían vuelto a las cocinas mientras esperaban una orden que los obligase a levantarse de las sillas del comedor del servicio.

Llegó a sus habitaciones, se quitó el vestido casi a tirones, se lavó la cara y las manos frotando hasta que las tuvo rojas. Rojas y limpias. Ni rastro de la sangre de Lydden, un paso menos hacia la normalidad. Necesitaba ayuda, por mucho que le molestase, no podía enfrentarse a semejante situación sola. Así que fue hasta el comedor, cogió una enorme bandeja de plata de la mesa principal y se la llevó de vuelta a sus dominios. La colocó en el suelo, vertiendo sobre ella agua limpia. Para un hechizo como aquel eran necesarios ciertas condiciones, agua recogida bajo la luna nueva, de lago o de arroyo, agua recogida bajo el cielo. Tendría que conformarse con lo que tenía, lo compensaría con la plata. La bandeja era de plata vieja,

pulida, sin arañazos ni imperfecciones, plata como la cara de la luna llena. Para completar el hechizo colocó el puñal sobre la bandeja, un objetó de vínculo. Gwyllión extendió las manos, dejando que la magia surgiera de ella. La superficie del agua tembló un momento antes de saltar de la bandeja y quedarse flotando en el aire, convertida en una esfera perfecta que latía lentamente, con una cadencia pausada. La elfa estaba lanzando su llamado. «Por favor, por favor», rogó con los ojos cerrados, reuniendo el poder que le quedaba sobre la superficie curva. «Por favor, llega hasta ella». Finalmente, la esfera adquirió una nueva forma. Gwyllión dio gracias a Danu en silencio mientras la figura de Rheia aparecía en la habitación, de pie, una forma translúcida y transparente.

—¡Qué pintoresco, hacía mucho que no hablaba a través del agua! —exclamó divertida.

—Necesito tu ayuda —le dijo sin preámbulos, mantener el hechizo era cansado incluso para alguien fresco. Ella estaba agotada y no quería decir más de lo necesario—. Tienes que venir a mi casa lo antes posible, sé discreta, por favor.

—¡Uy! Cuánto misterio.

—Por favor— le rogó—, ¿vendrás?

—¿Qué necesitas?

—Eso no importa, ayúdame y te prometo que te daré cualquier cosa que me pidas. Olvidaré mis recelos, apoyaré a Elio, entraremos en guerra con NubeArgéntea, lo que quieras. Por el amor de Danu, ven pronto.

Era difícil distinguir los rasgos de la Señora de SilvaViento en aquella forma acuosa, pero Gwyllión creyó adivinar una sonrisa que le recorrió la piel como un viento frío.



43. Malas noticias

Una manzana entera de uno de los barrios más ricos de la ciudad reducida a un enorme agujero lleno de escombros no parecía ser problema suficiente, así que a eso había que añadir que media ciudad estaba aterrorizada porque creían que el causante de aquel destrozo era el Monstruo de Abajo, mientras que la otra media aseguraba que lo había visto. La historia sobre el horrible gato volador que emergió de entre las llamas y el polvo, causó graves destrozos en un par de edificios cercanos y desapareció en la noche como un antiguo dragón corría de boca en boca a tal velocidad que pronto la conocerían hasta en DunasAltas. Prácticamente cualquier hada a la que le preguntases estaba convencida de que la bestia volvería para sembrar el terror de nuevo. Volvería porque era la misma que ya había causado altercados en las MalasCasas hacía unas semanas. Aunque esta vez era más grande, así que su próxima aparición sería catastrófica. Y como las desgracias nunca venían solas, Lydden de DanzaDragón había muerto. Al parecer, la explosión había sido más de lo que su anciano corazón había podido soportar. Al atardecer, debía regresar a Palacio para cumplir con sus obligaciones como copera en una reunión urgente del Alto Consejo; ahora la silla vacante había dejado de ser un asunto que podía postergarse. El encuentro prometía ser tenso, desagradable y largo.

Para evitar que los curiosos y los ladrones se amontonasen sobre las ruinas, la Guardia había levantado un hechizo de barrera que envolvía el destrozo y le daba al aire el color tornasolado del jabón

líquido. La atmósfera dentro del campo mágico era densa, estaba enrarecida y olía intensamente a cobre caliente, lo que le producía la molesta sensación de tener una pinza apretándole con fuerza la nuca. El aire estaba impregnado de un ligero polvo azul que no había acabado de asentarse. Los soldados, incluida ella misma, habían preferido taparse la boca y la nariz con pañuelos empapados en esencia de bardana y azafrán para evitar respirarlo. La presión del nudo en el cuello era una tortura añadida que aguantaba porque no estaba dispuesta a respirar aquella porquería, fuera lo que fuese. Cuando la primera patrulla de la Guardia llegó al agujero, no encontraron a nadie tratando de apagar el fuego o apartando cascotes. Se toparon con un montón de hadas cubiertas de ceniza y azul, algunas reían y bailaban sobre las ruinas, inexplicablemente felices pese a sus heridas, otras estaban totalmente ensimismadas, perdidas en sus propios pensamientos sin ser capaces de reaccionar a ningún estímulo. La mayoría atacaron a los soldados con una brutalidad salvaje que en algunos casos se convirtió en una lascivia animal e incontenible. Lo peor fue que cuando los soldados respiraron el aire contaminado se vieron afectados por la misma locura, convirtiendo el solar humeando en una orgiástica batalla campal. Las siguientes patrullas llegaron ya advertidas y se habían protegido del aire contaminado, pero reducir a los afectados les llevó buena parte de la noche. Hubo más heridos de lo recomendable, la suerte les sonrió lo bastante como para conseguir que nadie muriese. Incluso los vecinos cercanos acabaron presa de sus pasiones más primarias. Todas las Casas de Curación de la ciudad, y las de asentamientos extramuros, habían recibido a pacientes.

«Menudo desastre», suspiró Lena en su mente. La mellifata se las había arreglado para convencerla de que sería más útil investigando por libre y estaba fuera de su vista, lo que no la ayudaba a tranquilizarse. «Por donde estoy se empieza a acumular el polvo por todas partes».

«Hay que convocar silfos para que dispersen esta mierda del resto de la ciudad», concluyó Sygurn.

«No parece que haya muchos afectados. Pero sí, curémonos en salud, un poco de viento no le hará daño a nadie», secundó la duende.

Se acercó al jefe de la escuadra de ingenieros, un sidhe con la cara tapada por un llamativo pañuelo escarlata, alto y tan delgado que parecía que le habían estirado la piel sobre unos huesos puntiagudos. Estaba ante una mesa, observando un dibujo mágico que se alzaba ante él, las cejas juntas y una ligera arruga en la frente dejaban adivinar una expresión seria que se suavizó cuando alzó la vista del plano.

—Mi señora. —La saludó con una reverencia marcial, corta y rápida.

—Sois el maestre ingeniero, si no me equivoco. El caballero Fergal.

El sidhe asintió.

—Creo que sería conveniente aclarar la atmósfera con un poco de viento, pero me gustaría conocer su opinión.

—Entiendo, una brisa suave desde el sur podría ayudar al levantar el polvo sin causar daños. Un grupo de silfos debería bastar. Aconsejo volverla más fuerte durante un par de días fuera de las murallas para evitar que los cultivos se contaminen. —El ingeniero frotó el polvillo acumulado en sus guantes—. Sin saber qué es esta sustancia es lo único que me atrevo a aconsejar.

Era una respuesta práctica, el sidhe se mostraba prudente. Le preocupaba causar más daños. Eso le gustó, en esos momentos necesitaba rodearse de hadas sensatas. «No será tan fácil con el Consejo», pensó sombría.

—De acuerdo. Eso será lo que haremos —dijo por fin.

El caballero Fergal tenía el uniforme tan manchado de polvo como cualquier soldado raso y la única joya que lucía a la vista eran unos discretos pendientes con grabados de protección. Algo que lo delataba como un militar vocacional. Usaba la insignia con la rueda de agua de la Escuadra de Ingeniería como cierre para los guantes, nada de broches o colgantes. El tipo de nobles con los que a Sygurn

le gustaba trabajar. Observó el plano; las líneas doradas que configuraban la recreación del edificio desaparecido resultaban algo confusas a primera vista, como una maraña de hilos alzados en el aire, pero en cuanto se observaba con detenimiento, empezaban a cobrar sentido y podía verse el trazado del edificio desaparecido.

—¿Qué se ha podido averiguar?

Fergal volvió a arrugar la frente.

—Los Conservadores están buscando cadáveres bajo los escombros, hemos encontrado a los primeros. En la manzana había otros dos edificios y la perfumería. Sabemos que el establecimiento que explotó fue justo ese, pero ahí aún no ha aparecido ningún cuerpo. Es muy posible que si hay víctimas en ese edificio estuviesen en el sótano. Creo que, si seguimos trabajando a este ritmo, para mañana a estas horas podremos empezar a sacarlas.

—Imagino que no hay ningún modo de acelerar un poco el proceso…

—Podemos trabajar deprisa y destruir pruebas o hacerlo despacio y, tal vez, conseguir algunas respuestas más —respondió el ingeniero—. Un grupo de trolls podría despejar esto en unos minutos…

—Pero aunque fuesen los trabajadores más delicados del mundo lo destrozarían todo, pesan demasiado. Si además los ponemos a mover escombros, destruirían el solar.

—Opino lo mismo —asintió Fergal—. Además, no pierdo la esperanza de encontrar algún superviviente.

«Eso sería una bendición», pensó, aunque ella no compartía el optimismo del maestre ingeniero. Estaría bien tener algo más que poder llevar a Palacio para la reunión del Alto Consejo. Para los Altos Señores era fácil exigir resultados, no sabían que obtenerlos requería esfuerzo ni valoraban otro tiempo que no fuese el suyo. No pensaba poner en riesgo la investigación para contentar a un grupo de nobles que, de cualquier modo, ahora estaban más interesados en otros asuntos. Tendrían que practicar el elevado arte de la paciencia como cualquier otra criatura feérica y conformarse con lo que pudiese

ofrecerles. Sobre la mesa descansaban cuatro trozos de ladrillo, dos de ellos estaban visiblemente quemados. Algunas de las zonas ennegrecidas se habían cristalizado de un color azul tan oscuro que a veces costaba diferenciar un color de otro. La superficie cristalizada era suave, pulida como un trozo de azulejo. Las otras piezas tenían unos curiosos cambios de color, iluminados por pequeñas motas de polvo iridiscente. Sygurn cogió una de ellas.

—Magia —dijo mirando el ladrillo destrozado.

—Exacto —corroboró el ingeniero con una notable chispa de entusiasmo en la voz—. Lo que fuese que causó esta explosión tuvo un detonante mágico. Creo que en los estratos inferiores deberíamos encontrar más piezas como estas, eso nos dará una idea de a qué nos enfrentamos.

No necesitaba más que mirar a su alrededor para verlo, varias fachadas se habían desprendido enteras y dejaban al aire las habitaciones, como si los edificios se hubiesen convertido en gigantescas casas de muñecas. Más allá, donde las casas habían aguantado la explosión, no quedaba una sola ventana que conservase los cristales, o las contraventanas. Se habían convertido en agujeros oscuros y profundos, ojos ciegos que miraban hacia el enorme socavón. Entendía lo que el ingeniero trataba de decir, con más información se podría conocer la naturaleza y el poder del hechizo que se había utilizado, pero por el momento ella ya tenía algo que lanzar a los perros. Un hechizo de este tipo no se conjuraba por error, podía ocurrir que el invocador calculase mal la potencia, aun así, era necesaria un hada de un poder considerable. Sygurn estaba segura de que a un gentil le costaría conseguir semejante destrucción, sería complicado incluso para un sidhe.

«A no ser que se usase un artilugio mágico», le recordó Lena. «Lo cual nos lleva a las redes de contrabando de la ciudad».

—¿Cree que esto pudo causarlo algún mecanismo mágico? —tanteó, estaba segura de que conocía la respuesta. Solo quería corroborarla. Si iba a contárselo al Alto Consejo necesitaba que fuese cierta.

—Estoy casi seguro, no vamos a encontrar a un sidhe precisamente ahí abajo. ¿Se ha hecho un recuento de los habitantes de Palacio? ¿Se ha descubierto alguna ausencia significativa?

Tomó nota, un repaso al censo del Barrio Real no estaría de más. Molestaría muchísimo a los nobles más quisquillosos, pero también daría apariencia de eficacia. Era sobre todo una medida cosmética, estaba bastante segura de que Fergal tenía razón, no encontrarían a ningún noble allí abajo. Además, mientras un grupo de portapliegos se dedicaba a llamar a todas las puertas nobles, provocando protestas y dando pie a cotilleos inofensivos, ella tendría las manos libres para seguir la pista del posible artilugio mágico.

—Parece ser que tendré que pasearme por el Barrio de Constructores —resopló, la idea la cansaba antes siquiera de volver a cruzar el umbral.

—Es lo que yo haría en su lugar, aunque no se frustre si no consigue nada. Ya sabe cómo son los knockers con sus asuntos.

Esta vez, Sygurn se permitió el desahogo de resoplar. Empezaba a descubrirlo. El Gremio de Constructores era un perfecto dolor de culo.

Dejó que el caballero Fergal continuase con su trabajo, ella tenía que asegurarse de que un par de auxiliares de la Guardia llevaran las nuevas órdenes al Cuerpo de Invocadores y a la Cancillería Real. Estaba segura de que les encantaría tener la oportunidad de jugar un poco con la magia. Al que no le haría tanta gracia recibirlas sería a Lisandro de TorreSabia, y tendría que verlo cara a cara esa misma noche.

«¿Has averiguado algo interesante?», le preguntó a Lena tratando de alejar su mente de la inevitable reunión del Alto Consejo.

«La Casa del Pueblo está cerrada a cal y canto. No he podido hablar con el Viejo León. Las calles andan revueltas, la gente está asustada y se pregunta qué hace la Guardia para protegerlos».

Por supuesto, un edificio volaba por los aires y la culpa era de la Guardia por no ser capaces de evitar crímenes antes de que ocurriesen. La historia de siempre.

«He descubierto que en las MalasCasas hay gente vendiendo el azul que les queda a precios muy locos. No he averiguado si es cierto o no, pero se cuenta que esta mañana han asaltado una casa de apuestas de Munera, al parecer se ha corrido el rumor de que el tipo tiene azul».

Perfecto. Eso era algo con lo que podía trabajar.

«Emitiremos una orden de detener a cualquiera que tenga azul, daremos recompensas por cualquier información que nos lleve a los vendedores y a ese Munera le vamos a buscar un alojamiento incómodo en los calabozos de Palacio», pensó satisfecha.

«Vas a poner las MalasCasas patas arriba», le advirtió Lena. «Y sin el permiso del Viejo León».

«Bueno, no creo que acabe deteniendo a ninguno de los suyos, y si lo hacemos, negociaremos».

«¿Y luego qué? ¿El Barrio de Constructores?».

«Ven aquí, ya has hecho más que suficiente. Si mis pesquisas en las MalasCasas sirven para algo, igual podemos dejar a los knockers tranquilos».

Un soldado se le acercó.

—Señora, un emisario del Senescal la espera fuera de la cúpula.

Confiaba en que Calendemyn le daría algo de tiempo antes de pedirle informes, al menos hasta después del almuerzo. En Palacio, las cosas debían de andar más que revueltas y el Senescal necesitaba respuestas tanto como ella. Por desgracia, apenas tenía nada que ofrecerle.

Cruzar la barrera le permitió quitarse el pañuelo y los guantes. La brisa otoñal le acarició las mejillas y Sygurn se dio un instante de paz, respirando a pleno pulmón y colgándose los guantes del cinturón. Para poder trabajar con tranquilidad había habilitado una sala en lo que quedaba de una casa cercana. No era gran cosa, un despacho donde la Cancillería Real ya estaba tomando notas de los destrozos y un pequeño destacamento de soldados auxiliares, todos gentiles, como los que apartaban escombros dentro de la burbuja de contención, estaban acabando de instalar cocinas portátiles para

ofrecer comidas calientes a los trabajadores y a los vecinos que habían perdido sus casas. Las noches habían sido muy frías, la prioridad era habilitar un almacén cercano, cedido por un mercader que se estaba encargando de vaciarlo en la medida de lo posible, para que nadie tuviese que dormir al raso. Muchas hadas exigían volver a sus casas para recuperar los enseres que aún les pertenecían o para comprobar en qué estado habían quedado. Los soldados, ayudados por los portapliegues de la Casa de TorreSabia, trataban de calmarlos. A todo el mundo le preocupaba que pudiesen robarles, Sygurn sabía que prevenir los saqueos iba a ser una tarea monumental, en cuanto cayese la noche, muchos intentarían acceder a las ruinas a rapiñar.

«Estos son los problemas en los que debería estar trabajando. El asiento del Alto Consejo puede esperar», pensó la Alférez entrando en los despachos improvisados. Ante la mesa que habían dispuesto para ella, la esperaba Aglanor de QuiebraFuegos, cómodamente sentado en un sillón que seguramente había escapado de la destrucción, tomándose un té caliente. Llevaba la ropa limpia, las botas altas relucientes, un pantalón de montar que nunca había estado cerca de ninguna montura, un jubón de manga larga con el cuello y los puños de encaje, todo a juego con el pelo rojo y sus muertos ojos azules. Una pequeña llama cómodamente instalada en medio del caos. Ninguno de los dos había vuelto a verse desde que el Senescal charlase con él sobre su visita clandestina a las MalasCasas. Si estaba enfadado con ella se guardaba mucho de demostrarlo.

—Pareces cansada, querida —le dijo poniéndose en pie y dejando la taza sobre la mesa nada más verla.

—Esta noche estaré peor.

«Este solo se preocupa de su culo», le gruñó Lena. La sentía muy cerca, pero no era capaz de localizarla. Debía de estar esperando que se quedase sola para regresar a su lado.

—Sí —confirmó el Cillero apesadumbrado—. Nos espera una jornada muy larga.

A Sygurn le parecía más honesta la educada cortesía del caballero Fergal que la impostada amabilidad de Aglanor.

—Entonces vamos al grano. ¿Cuál es el motivo de tu visita?

—La Guardia acaba de dispersar una revuelta frente al Barrio de los Constructores, al parecer culpan a los knockers de la explosión.

—Siempre culpan a los knockers cuando hay explosiones. ¿Muchos detenidos?

Aglanor torció la boca.

—Uno de los atacantes ha muerto, al parecer los knockers dispararon desde los tejados para evitar que los atacantes entraran en su barrio.

«Mierda», maldijo Lena. «¿Quieres que me acerque a ver si me entero de algo?».

«No, ya iremos juntas».

—Entiendo. Gracias por informarme, pero el Senescal no te manda solo para que me cuentes eso.

—No, claro que no. —El Cillero le entregó un pliego con los sellos de la corona y la Casa de VuelaPluma—. Calendemyn ha ordenado el toque de queda, que empezará esta misma noche y se prolongará hasta próxima orden.

Sygurn abrió el pliego, allí estaba la orden, firmada y sellada. Tenía diez copias, una para cada capitán de brigada de la Guardia.

—Samhain está a la vuelta de la esquina. No pretenderá que la Hueste deje de celebrar su noche.

—El Senescal espera que no haya que prolongar tanto esta situación excepcional.

Las órdenes eran claras y simples. La ciudad se cerraría a cal y canto durante la noche, sin excepciones, algo que no representaría grandes problemas. Las calles debían quedar vacías desde la caída del sol hasta el amanecer, ningún local ni negocio podría permanecer abierto y cualquier hada que fuese descubierta por las calles sin un permiso de Palacio debía ser devuelta a su casa, con una multa de una lanza de plata. Sygurn estaba segura de que la cantidad había sido idea del Cillero, una ayuda extra a las arcas del tesoro. La

Celosía no iba a tomarse bien que sus burdeles cerrasen en sus mejores horas, ni los posaderos. Y los gentiles no iban a ser los únicos que protestarían. Si los sidhe se veían confinados mucho tiempo en el Barrio Real, acabarían quejándose.

«No son problema tuyo», le recordó Lena. «Que el Alto Consejo lidie con esas quejas».

Tenía razón. Ella ya tenía bastante trabajo por delante.

—Es una pésima idea —dijo segura de que el Cillero correría a repetir sus palabras ante Calendemyn—. Pero se hará como el Senescal ordene.

Aglanor se marchó tras desearle buena suerte en sus tareas. Sygurn escribió una orden para que todos los capitanes de brigada se reuniesen con ella de inmediato. Estaba sellando la orden cuando un joven sidhe entró corriendo.

—El caballero Fergal quiere que vaya a su puesto lo antes posible, mi señora.

«Y ahora qué», pensó, eran malas noticias. Estaba segura de que hoy solo iba a recibir malas noticias.

Al volver a la mesa del ingeniero comprobó que su corazonada era totalmente cierta. Un grupo de excavadores estaba sacando un amasijo de hierros de entre los ladrillos, un reposabrazos de madera y un aparatoso respaldo forrado de cuero rojo. Los restos estaban destrozados, pero habían formado parte de un vehículo demasiado peculiar como para no reconocerlo de un vistazo. Era la silla del Viejo León. Se mordió el labio. La orden del toque de queda ya no le parecía tan descabellada. La Hueste Invernal exigiría respuestas y ella acababa de perder a un valioso aliado.



44. La carpeta verde

A pesar de las amenazas, los aprendices se quedaron. Avispa tampoco cumplió la suya y mantuvieron los sueldos, aunque eso no evitó que el ambiente en la Carbonería, que ya solía ser tenso en sus mejores días, fuese ahora insoportable. Gubia apenas hablaba fuera de la carpintería y cuando llegaba la hora del almuerzo, recogía el plato de la cocina para llevárselo a su mesa de trabajo. Prefería comer entre virutas de madera y serrín antes que tener que cruzar ni media palabra con el maestro o con su nueva segunda. Asha también comía muchos días en el patio, pese al frío, aunque ella no había dejado de tratarla como siempre y de vez en cuando, si el sol iluminaba el patio, Nicasia la acompañaba y comían juntas. Jovial y Bermejo simplemente desaparecían a la hora de comer y nadie sabía a dónde iban, no era que con lo que ganaban se pudieran permitir almorzar fuera todos los días.

—Creo que Liatris les prepara fiambreras sin que el viejo se entere —le explicó la carpintera en uno de sus almuerzos al aire libre—. No descarto hacer lo mismo cuando el invierno se ponga serio.

La idea entristecía a Nicasia, ella no podía marcharse de la Carbonería sin permiso y casi todos los días comía en la cocina con Avispa y Liatris, que de repente estaba invitada a la mesa. La sátira era amable, pero Avispa apenas usaba los signos cuando hablaba, así que la pobre no podía participar gran cosa en la conversación. De todos modos, el knocker hablaba casi únicamente de trabajo, a

veces hasta se llevaba sus planos y diagramas a la mesa para seguir comentándole mientras comían. Esto hacía que las jornadas de trabajo fueran interminables. Ni siquiera a los esclavos se les negaba el descanso de la comida.

Nicasia se sentía dividida. Por un lado, estaba aprendiendo más que nunca. El maestro le había montado un pequeño taller para que se dedicase a la fundición y el montaje de piezas en una de las salas vacías de la planta baja y el prototipo volador por fin estaba tomando forma. El viejo se volvía amable y entusiasta cuando hablaba de lo que le gustaba, y tener a alguien que mostraba interés daba alas a su locuacidad. Cuando estaban en el estudio o en su taller, era un hada casi distinta, se volvía cordial y comprensivo. Puede que le gustase un pelín escucharse a sí mismo, pero no lo suficiente para volverse pesado. Además, al contrario de lo que solía pasar con casi todas las hadas convencidas de que sabían algo, Avispa era un excelente ingeniero, una mente privilegiada cuyo principal obstáculo siempre era la falta de medios. Si el knocker hubiese nacido rico, o contase con el apoyo real de un noble que supiese apreciar lo que de verdad valía, seguramente toda TerraLinde estaría beneficiándose de su talento. Precisamente el dinero era el otro lado de la situación. Una de sus nuevas tareas era repasar la contabilidad de la carpintería. La entrada de dinero por su labor legítima como carpintería no era mala, en la Corte de los Espejos había pocos artesanos más hábiles con la madera que aquel extraño grupo de knockers. La Carbonería podría ser un negocio próspero si el prototipo de Avispa no fuese tan caro de construir. Conseguir los materiales, las herramientas y el equipo de precisión que utilizaban y construir piezas que a veces era necesario fabricar de cero, con el consabido gasto de recursos que suponían los muchos intentos fallidos, salía muy caro. A eso se le sumaba el tiempo que claramente Avispa no dedicaba a ampliar el negocio y su manía de comprar libros y rollos de ingeniería a precios desorbitados. El maestro gastaba como si el dinero no fuese un problema y lo era, vaya si lo era.

Muchas veces, mientras rellenaba los libros de cuentas y repasaba las columnas de gastos e ingresos, sentía un aleteo sombrío en el corazón, una sensación de miedo se le agazapaba en las tripas suave y mortal como un lincesombrío, mientras alguna voz oculta le susurraba muy bajito que no estaba segura allí.

Por eso odiaba el trabajo de contabilidad. Aquella mañana Avispa no se paró a desayunar. Se puso su mejor levita y se largó con una carpeta de cuero desgastada bajo el brazo. Antes de desaparecer por la puerta le pidió que registrase el balance de su último viaje. Bermejo y Jovial entraron tan pronto como el maestro salió por la puerta. Se habían acostumbrado a desayunar muy temprano o a esperar a que el knocker se fuese a su despacho. Los dos aprendices se sentaron en la mesa.

—¡Un desayuno tranquilo, para variar! —Sonrió Jovial poniéndose la servilleta al cuello.

—¿Dará tiempo a comer decentemente? —preguntó Bermejo acercándose a los fogones de Liatris.

—No creo que aparezca en toda la mañana —respondió Nicasia—. Estoy casi segura de que ha ido a Palacio.

Liatris debía de pensar lo mismo, porque el desayuno era especialmente generoso. Les ofreció gachas, bien dulces con azúcar y canela o saladas con panceta crujiente y pan tostado. Nicasia nunca rechazaba un dulce, pero los dos muchachos optaron por la segunda opción, que era mucho menos frecuente.

—Podríamos avisar a Gubia —propuso la cocinera.

—No vendrá —le gestualizó el pintor—. Es demasiado orgulloso y está muy dolido. Y Asha ahora desayuna en su casa.

La anciana puso los ojos en blanco y chasqueó los labios.

—Al menos le podríais llevar luego un plato —comentó Nicasia mientras espolvoreaba más canela sobre sus gachas—. No creo que le haga ascos a un trozo de panceta.

—Desde luego que no —se rio el pintor—. Pero no le diremos que ha sido idea tuya.

El comentario entristeció a Nicasia.

—Yo no he pedido este puesto, y tampoco es para tanto. No me ha subido el sueldo y tengo más trabajo y más responsabilidad. ¡Si hasta sigo durmiendo en el establo!

—Pero podrías convertirte en maestra a la muerte de Avispa, o antes, si él te propone ante el Gremio de Constructores. Ese ha sido el sueño de Gubia desde que entró a trabajar aquí. Mazarín se lo había prometido. Tú has llegado más lejos en el poco tiempo que llevas aquí que él en toda su vida —le explicó el carpintero.

—No era lo que yo pretendía —insistió.

—Nosotros lo sabemos, no te agobies, chica —trató de tranquilizarla Bermejo—. Seguro que para la primavera ya volveremos a estar como siempre. En cuanto apriete el frío, comerá en la cocina, como siempre.

Nicasia no estaba tan convencida, pero sonrió deseando que fuese verdad. Terminaron el desayuno hablando de lo frío que sería este invierno y de lo cerca que estaban de acabar los encargos de Samhain, luego volvieron al trabajo con la falta de entusiasmo habitual.

Al menos, los días que Avispa se marchaba podía pasar un rato con Manx. Cuando entró al despachó, bajó las defensas mágicas y abrió la ventana, la gata se coló saltando desde el alfeizar tras sacudir un poco las patas. Nicasia le acarició la cabeza y la phoka cambió de forma para darle un inesperado beso en los labios.

—Buenos días, ratoncita —la saludó tras soltar un largo bostezo que dejó al descubierto unos colmillos largos y blancos—. Te has largado de la cama sin darme ni un mal beso.

La mestiza le dedicó una sonrisa mientras se sentaba tras el escritorio.

—Estabas tan dormida que no te habrías enterado ni aunque te hubiese dado un mordisco.

Manx se movía como si no le requiriese ningún esfuerzo, con una fluidez y una gracia más propia del agua que de un cuerpo pesado y lleno de huesos. Prácticamente se deslizó hasta Nicasia y se sentó

en su regazo, frente a frente, pasándole las suaves yemas de los dedos por el cuello mientras le susurraba.

—Con lo que me gustan los mordiscos.

Intentó apartar a la gata con pocas ganas y una risita tonta.

—Anda, déjame trabajar —le rogó poco convencida.

Poco dispuesta a obedecer, le deshizo el nudo de la blusa y trató de colar una mano hasta uno de sus pechos. Nicasia se apartó ahogando la risa, no quería que las pillaran en el despacho del viejo. Sospechaba que la echaría sin darle la oportunidad de abrir la boca. Además, le asqueaba la idea de que alguien pudiera mirarlas mientras estaban juntas. Era lo habitual en el Mercado de las Almas, donde todo estaba a la vista de todos. La intimidad era un lujo nuevo para ella, podía alejarse de las miradas ajenas sin ponerse en peligro, podía estar sola, podía entregarse a alguien por voluntad propia.

—En serio, si nos descubren aquí tendrás que largarte de la Carbonería.

—Reglas, reglas… —Manx se apartó con mohín infantil—. Las reglas y el trabajo nos estropean la diversión.

—Ojalá no tuviese que trabajar —sonrió Nicasia anudándose la blusa de nuevo—. Te aseguro que prefiero pasarme el día besándote.

A modo de respuesta, la gata le plantó los labios en la frente antes de volver a su forma felina para instalarse sobre la chimenea del despacho, que estaba encendida desde casi primera hora de la mañana.

—Bueno, te daré ánimos desde aquí —le respondió antes de empezar a lamerse la cola.

Nicasia abrió el libro de cuentas y empezó a sacar de la carpeta las notas de gastos que Avispa había hecho durante su viaje. Al comprobar las cifras se dio cuenta de que no le llevaría demasiado tiempo poner el registro al día. Sacó un trozo de papel para hacer los cálculos en sucio y luego traspasarlos limpiamente a las interminables columnas de cifras que registraban sus magros

ingresos. Tras echar un vistazo sobre la mesa, se dio cuenta de que su portaminas no estaba allí. Normalmente lo dejaba siempre listo, bien para un cálculo rápido, bien para un boceto. Podía ser que Avispa se lo hubiese llevado sin avisar. No quería entrar en el despacho del viejo, no le gustaba que tocasen sus cosas. Sabía que tenía uno en el bolsillo del delantal, en el taller de mecánica, pero no le apetecía bajar hasta allí, hacía un frío que raspaba y la escalera tenía unas corrientes espantosas.

La mesa tenía un pequeño cajón cerrado con llave que nunca se había molestado en abrir.

—Manx, ¿puedes abrir esto?

La gata saltó al suelo y miró la cerradura.

—Es antigua, con un trozo de alambre deberías poder abrirla.

Nicasia se quitó una de las horquillas que le sujetaban el pelo. La phoka tenía razón, la cerradura giró soltando un quejido oxidado, pero el cajón no se abrió.

—La madera está hinchada, el fondo del cajón está abombado. Sé buena y pégale un buen tirón.

La knocker levantó el fondo del cajón desde abajo con la mano mientras Manx tiraba. Lo hizo con tanta fuerza que acabó sentada de culo en el suelo con el tirador en la mano mientras el contenido del cajón se desparramaba por la alfombra; varias monedas verdosas, un par de portaminas, papeles amarilleados por el tiempo, plumillas, un tintero completamente seco, un sello de lacrar con una «M» delicadamente labrada y varias cuentas y piezas de vidrio coloreado… Lo que llamó de inmediato la atención de las dos hadas fue la segunda lámina de madera que colgaba del cajón. Nicasia la arrancó sin pensarlo, era el suelo de un doble fondo que ocultaba una pequeña carpeta de cuero de color verde. La cogió sin dudarlo. Aquel escritorio había pertenecido a Mazarín y al parecer la antigua mano derecha del Maestro Avispa tenía sus secretos. Manx se la quitó de las manos.

—¿Qué haces? ¡Eso no es tuyo! —le riño Nicasia.

—Ñi, ñi, ñi, ñi… Ya sé que no es mío. No es mío y estaba escondido. ¿No sabes lo que dicen de la curiosidad y el gato? —Abrió la carpeta sin enseñarle el contenido, con una mirada traviesa y una sonrisa burlona—. Todavía tengo todas mis vidas sin estrenar.

—¡Deja eso en paz! —dijo tratando de arrebatarle la carpeta.

Manx la esquivó sin esfuerzo y la abrió.

—Bah —contestó la gata desilusionada al ver el contenido—. Solo son más números.

Abandonó su hallazgo sobre la mesa con un gesto de disgusto, como si hubiese cazado a un ratón demasiado enfermo para comérselo. Nicasia descubrió que se refería a un cuadernito cosido a mano que contenía varias filas de cuentas. Era una copia del libro de cuentas de Avispa, subrayada y llena de notas. Una de las primeras era un pago hecho a la Carbonería, un tal Tizón les había comprado una lista de objetos registrados como «Cristalería Mey». En la lista adjunta figuraban matraces, tubos, pipetas… Una buena cantidad de material vendida por una cifra ridículamente baja. Mazarían había garabateado un «¿Para qué?» junto a la anotación y no era una mala pregunta. Si esa Mey era la hermana de Asha, y tenía que serlo, ¿por qué vendería Avispa aquellos objetos a un precio tan bajo cuando lograr que la cristalera los hiciera le había costado un dineral?

También vio numerosos albaranes de mercancía entregada al taller, pero no había ninguna factura asociada. En una caligrafía apresurada, Mazarín había dejado un comentario en uno de ellos: «¿De dónde sale el dinero?». Nicasia recordó todos los materiales que le había mostrado Avispa al regresar, el contenido del carro que se había traído de vuelta de su viaje era más valioso que el contrato que había conseguido. Entre las notas, señalaba entradas de dinero que marcaba con interrogaciones. Cogió el pesado libro de cuentas y buscó las fechas de esas entradas, las cifras estaban allí, todas correspondían a pagos que el tal Tizón le había hecho al taller por facturas que era evidente que Mazarín no reconocía. Tras un rato de repasar las cuentas le quedó claro que Tizón era un cliente

generoso, tanto que sin él, Avispa habría quebrado antes de que ella llegase a la Carbonería.

La mestiza siguió repasando las cuentas. Tizón ya no le hacía encargos a la carpintería, pero un nuevo mecenas ocupaba su puesto, Galbano. Nicasia conocía al misterioso cliente en cuestión, aparecía mucho en la contabilidad más reciente, un hada que nunca se había pasado en persona por allí. Volvió a hacer las cuentas sin sorprenderse por el resultado, de nuevo un generoso benefactor sacaba al negocio de sus apuros económicos con encargos caros en los que solo trabajaba Avispa. Galbano era, además, mucho mejor pagador que Tizón. En la carpeta había también algunos pagarés sellados y firmados por un tal Elio de AltaCumbre en el que se aprobaba la entrega de materiales, distintos tipos de cuero, madera de cedroleve, arenas de fundición… Todo sin duda destinado a que Avispa siguiese trabajando en un su vehículo volador.

Nicasia cerró el libro de cuentas con la cabeza llena de preguntas. En el cajón también había un pequeño cuaderno de tapas grises en las que Mazarín tomaba notas, bocetos de muebles, nombre, direcciones. La letra del knocker era fácil de reconocer, tenía una caligrafía sencilla y bonita. Aquella debía de ser su agenda. La última anotación era una fecha junto a un recordatorio «Calle Vapor n.º 6, a la hora sexta, llamar a la puerta trasera». En una de las solapas del cuaderno guardaba un pequeño marcapáginas de cristal emplomado con forma de pluma. El trabajo del color era exquisito.

—¿Has encontrado algo interesante? —preguntó al cabo de un rato Manx con tono de mortal aburrimiento.

—No estoy segura. Pero no creo que a Avispa le guste saber que he encontrado esto.

—Pues no se lo digas. Déjalo todo ordenado y finjamos que no hemos visto nada —respondió encogiéndose de hombros.

Era exactamente lo que pensaba hacer, tiró al fuego el fondo del falso fondo del cajón para borrar todo rastro de su existencia, recogieron las monedas y las cuentas de vidrio y todo lo que había rodado por el suelo. Solo quedaba por decidir qué hacía con la

carpeta verde. Los secretos eran un arma de doble filo, o eso solía decirle Eleazar Ibn Bahar cuando los dos eran aún esclavos en la Ciudad de Piedra. «Un esclavo que conoce los secretos de su amo puede conseguir dominarlo, o puede acabar muerto». Lo sencillo, desde luego, era lanzarlo todo a la chimenea y olvidar lo que había visto, pero tenía la intuición de que aquello podía serle útil en algún momento.

—Necesito un sitio seguro donde esconder esto —le dijo a Manx.

La gata sonrió.

—La mejor manera de esconder algo es que parezca que no lo has escondido.

—¿Y eso cómo se hace, listilla?

La ladrona cogió la agenda, la metió dentro de la carpeta verde junto a todos los papeles. Nicasia se había guardado el marcapáginas en el bolsillo. Tras comprobar que no abultaba demasiado, Manx le arrancó un pelo a la mestiza y lo metió también dentro de la carpeta, después lo coló bajo una de las pesadas estanterías de un ligero puntapié.

—Si alguien lo encuentra solo tienes que decir que sabías que estaba ahí —le explicó como si fuese lo más habitual del mundo.

—¿Y si quiero recuperarlo? Esa estantería es muy pesada para moverla.

—En ese caso silbas.

—¿Qué?

La gata se acercó a ella, le pasó la mano por los hombros y le sonrió con esa picardía traviesa que le alegraba la cara cuando sabía algo que otros desconocían.

—Voy a enseñarte un valioso truco de mi profesión.

—Eres una ladrona —le recordó Nicasia sin poder enfadarse con ella.

—Profesional. Una ladrona profesional —especificó Manx fingiendo seriedad—. Tírate suavemente del pelo y silba.

Nicasia obedeció mirándola de reojo. Estaba convencida de que le estaba gastando una broma. Se tiró un par de veces del pelo

mientras silbaba suavemente. Para su sorpresa un pico de la carpeta volvió a asomar por debajo de la estantería, como si una fuerza invisible hubiese tirado de ella. La knocker se volvió hacia Manx sin comprender muy bien qué estaba pasando.

—Magia simpática —le dijo retomando su sonrisa burlona—. Es muy práctica.

—¡Enséñame más!

El toque de campanillas las sorprendió mientras la phoka le explicaba los principios básicos de la magia simpática. Nicasia recogió su pequeño despacho y bajó a la cocina con el marcapáginas de vidrio en el bolsillo. La ausencia de Avispa hizo que Asha decidiese comer en la cocina, así que la mestiza se sentó a su lado y puso el marcapáginas sobre la mesa. Al verlo, la carpintera se quedó helada.

—¿De dónde lo has sacado? Hace mucho tiempo que no veía uno de estos.

—Lo hizo tu hermana, ¿verdad?

Asha asintió con los labios apretados para contener las lágrimas. Nicasia se lo puso en la mano.

—Estaba entre unos libros de Mazarín. Quédatelo.

—Mi hermana se lo regaló. Me cuesta creer que se fuese sin él —comentó la carpintera con la voz quebrada.

La voz suave volvía a remover los temores de Nicasia. Mazarín tenía un cajón oculto donde escondía unas dudas que ambos tenían en común. ¿De dónde salía tanto dinero? ¿Por qué un noble hacía donaciones tan generosas a un knocker que ni siquiera estaba en buenos términos con el Gremio de Ingenieros? «No estás a salvo», susurraban sus miedos. Pero Avispa era bueno con ella. Si no metía las narices en sus asuntos, no le pasaría nada. Un buen esclavo sabe ser discreto, sabe guardar secretos. El silencio es una coraza, un refugio. El silencio la protegería. «Quien nada sabe, nada teme», recordó. Era un viejo dicho de los esclavos de la Ciudad de Piedra. «Si no ves nada, no sabes nada y no temes nada», se repitió a sí misma para convencerse de que estaba a salvo.

Liatris sirvió la comida, tenían sopa espesada con patata, calabaza y zanahoria, además, la sátira había puesto huevo picado y pan frito del desayuno para aprovecharlo. Nicasia miró el plato, le encantaba aquella sopa, pero aquel día no tenía hambre.



45. Un nuevo árbol en el jardín

Solo los descendientes directos de los DanzaDragón podían ser enterrados bajo la imponente sombra de un ArbolDragón. Sus antepasados descansaban abrazados a las raíces centenarias en el gran jardín familiar. Ninguno de los árboles llevaba nombres, placas o distinciones. Al iniciar el camino eterno y comenzar a crecer hacia las estrellas, todos eran iguales. Gwyllión reconocía cada árbol. Ayden de DanzaDragón, el primero del linaje, yacía bajo un inmenso ejemplar de tronco grueso, erizado de espinas, con la corteza blanca y una copa que se extendía por buena parte del jardín. Al lado, un monumental roble crecía sobre los restos de su esposa, Ceridwen. Un poco más allá estaban Sia y Sian, dos feroces guerreras caídas durante la Guerra de Invierno, que descansaban bajo árboles casi dorados, idénticos, con las copas entrelazadas tras la muerte, como lo habían estado en vida. Junto a ellas estaban los árboles favoritos de Gwyllión: el de su tío Taliesin, junto a sus hijos, Urien y Wyenn, que tuvieron la desgracia de ser invitados de los TocaEstrellas cuando los goblins arrasaron la fortaleza por sorpresa. Esas muertes eran una herida abierta entre las dos familias. Taliesin era más joven que Lydden, el título debería haber pasado directamente a sus manos y ella habría quedado libre de obligaciones. Muchas tardes, mientras leía bajo aquellas ramas familiares, le rogaba a Taliesin que regresara de la tierra de los muertos, ofreciéndose incluso a ocupar su lugar. En una ocasión, Lydden la descubrió cortándose la palma de la mano para dejar caer un pequeño reguero de sangre entre las

raíces mientras le ofrecía al espíritu del árbol un intercambio. Su padre le soltó una bofetada que le infló la mejilla: «No dejaré que la nigromancia ensucie el suelo de mis antepasados», le dijo arrastrándola lejos de los árboles. «Si te vuelvo a ver intentando algo así, te repudiaré y dejaré que te cacen como a una bestia. Nadie bajo mi techo practicará nunca magia de sangre». Gwyllión, asustada y confusa, juró que no volvería a hacerlo. No quería imaginar un destino que no la llevase a descansar junto a los suyos cuando muriese.

Gwyllión se acercó al mirador de la sala de visitas, desde allí se podía contemplar todo el bosque de los antepasados. Era un buen refugio para esperar la llegada de todos los invitados.

El Señor de DanzaDragón siempre quiso que lo enterrasen junto a su esposa. Sobre la tumba de Evandra crecía un fresno grácil, de copa densa y frecuentado por todo tipo de pájaros. Lydden solía trenzarse coronas con las ramas verdes y, hasta el último día de su vida, llevó junto al pecho un relicario con las primeras flores del año. Gwyllión había mandado cavar un agujero cerca del precioso árbol para que al fin pudiesen descansar juntos.

Como a su padre le habría gustado, todas las Altas Casas estaban presentes, sus estandartes se habían colocado a lo largo de la avenida por la que desfilaría el cortejo fúnebre. El día estaba despejado, algunas nubes perezosas festoneaban un cielo radiante y tranquilo. El jardín lucía un manto de colores otoñales resaltado por el brillo del rocío. Había aprovechado para hacer una alfombra con las hojas caídas que iba desde la puerta del jardín hasta la fosa. Ella misma, al vestirse con el rojo y el negro de la Casa de DanzaDragón, tenía un aire otoñal. Estuvo tentada de ponerse la corona de plata de Lydden, como un símbolo mudo de su triunfo, pero le faltó valor. Optó por una tiara dorada y discreta. Lo que sí llevaba era el busque con el puñal oculto, nunca se separaría de él. Lo mantendría oculto entre los lazos del corpiño, cerca del corazón, en el mismo rincón en el que guardaba sus secretos y sus miedos.

—Mi señora, el Senescal Real desea hablar con usted —le anunció una voz suave.

Gwyllión se giró. Rheia, consciente de que tenía que centrarse en organizar el funeral con todo el trabajo que conllevaba, le había buscado un sustituto para Tácito. Un joven phoka, vestido con la librea roja y negra de DanzaDragón, la miraba inexpresivo, cortés y correcto. Era bajito y luchaba por permanecer recto dentro de la ropa almidonada. Tenía la piel sonrosada y ligeramente pecosa, una naricilla respingona que no paraba de moverse, olisqueando el ambiente constantemente como si buscase algo que limpiar, y unas orejas largas y peludas que le caían a ambos lados de la cabeza dándole un aspecto encantador. Aún no tenía una idea formada sobre el nuevo mayordomo, no lograba recordar cómo se llamaba. Era insignificante y no parecía demasiado listo. Costaba creerse que alguien tan pequeño, y aparentemente cándido, tuviese el carácter necesario como para meter en cintura al resto del servicio, aunque no era una preocupación inmediata. Sabía de primera mano que los criados no serían un problema durante mucho tiempo. Rheia también se había encargado de eso.

La noche de la muerte de Lydden, la Señora de SilvaViento necesitó muy poco tiempo para presentarse en la mansión. Su llegada se sintió sobre la casa, se extendió sobre ella, aunque no como una sombra amenazante. Más bien se cerró sobre la mansión como un nudo corredizo en un pañuelo de seda. Rheia entró en su dormitorio, sin avisar ni ser anunciada. Un silencio absoluto la seguía. No llegaba ni una pisada de los criados, ni un rumor de la cocina. En el jardín, el viento se había detenido, las lechuzas y los cantanoches permanecían mudos. Venía sola, la serpiente de su collar asomaba una fina lengua roja entre las hojas de hiedra. El reptil la envolvía, apretando sus curvas sobre un vestido verde oscuro. La sidhe le dedicó una de sus miradas intensas y Gwyllión apretó los puños, demasiado asustada aún para sentir alivio, o para alegrase.

Demasiado entumecida para alcanzar a comprender lo que quedaba por hacer.

—Puedo ayudarte. Tengo amigos en la Casa de los Conservadores, se encargarán del cuerpo de tu padre sin revelar nunca cómo murió —fue lo primero que le dijo, acompañó la frase con una sonrisa suave y servicial.

—Pero los criados… Tácito —murmuró Gwyllión al borde de las lágrimas.

Rheia se sentó junto a ella y la rodeó con los brazos, sintió el roce suave y metálico de la serpiente deslizarse entre sus cuerpos.

—Tácito sirvió toda su vida a esta casa y servirá una última vez. ¿No estarán hambrientos tus pequeños después de un viaje tan largo?

Gwyllión contuvo una arcada. La idea de los gyvernos devorando el cadáver del mayordomo era un trago que no podía pasar.

—Querida, si quieres salir de esta situación debes ser fuerte. Si me haces caso, en un par de días serás Señora de DanzaDragón. Si flaqueas, te nombran leannan sidhe.

Asintió. Rheia tenía razón, el Alto Consejo no dejaría pasar un crimen como aquel. Podía ser que no se manchasen las manos condenándola a muerte, pero el resultado sería peor. Un verdugo al menos garantizaba una muerte rápida, algo que un paria no tenía garantizado. No sería ella quien arrastrase el nombre de su casa tan bajo.

—¿Y los criados? Hablarán…

—Ese es mi trabajo —la cortó Rheia—. Necesito que reúnas a todos los criados en la sala principal.

Rheia la ayudó a cambiarse, con un paño suave borró los restos de maquillaje y los surcos de las lágrimas. Le prometió que no volvería a sufrir y la peinó mientras le susurraba promesas sobre el brillante futuro que la esperaba. Le aplicó un perfume suave en el cuello, en las muñecas, en las sienes… Un olor dulce que calmó sus nervios rotos. Al acabar, se sentía serena, cubierta por un muro de hielo que apaciguaba las mareas de su interior.

La sala principal llevaba tanto tiempo sin usarse que el polvo hacía difícil ver las alfombras del suelo. No podía culpar a los criados de aquel abandono, su padre había guardado la llave de la habitación. Era la primera vez que se abría en lustros. Así que allí estaban todos, de pie sobre el polvo, estornudando y frotándose los ojos. Gwyllión miró a su alrededor, no era consciente de tener tantos criados, apenas conocía a la mitad. Los miró, cocineros, doncellas, jardineros, mozos de cuadra, pajes. Calpurnia era la única cara realmente conocida, la bogan tenía la cabeza gacha y se tapaba la nariz con un pañuelo. No parecía atreverse a mirarla directamente. Estaba frente a un mar de rostros sombríos. Tal vez ninguna de aquellas hadas sabía exactamente lo que estaba ocurriendo, pero sospechaban que no era algo bueno para ellas. Eran conejos ante el tajo del carnicero.

—Vuestra señora os dio una orden sencilla, que nada debía perturbar el descanso del señor y mucho menos con minucias como un viaje de descanso. Pero esas órdenes no se cumplieron.

Un rumor comenzó a removerse entre los gentiles. Rheia lo silenció alzando la voz.

—¡Para que una gran casa funcione la obediencia debe ser absoluta! ¡Esta noche aprenderéis a obedecer!

Lo único que acertó a ver Gwyllión tras aquellas palabras fue un destello dorado, seguido de un dolor punzante en la muñeca. La serpiente de Rheia se ocultó de nuevo entre las hojas esmeralda del collar mientras un hilo de sangre caía sobre el suelo. La magia hizo vibrar la habitación como el tañido de una campana. Sobre el suelo, la sangre recorrió surcos de polvo hasta dibujar un diagrama rojo y dorado. Su sangre y su magia ataron a los criados al suelo. Finas hebras carmesíes lo cubrieron todo, creando un manto esponjoso y húmedo, lleno de bultos de los que sobresalían brazos, piernas, rostros con la expresión perdida que la miraban sin verla. Una red infinita, un circuito de magia y carne desbaratada que confluía en ella. Gwyllión apenas podía moverse, nunca había canalizado tanto poder. El fluir de la energía la tenía presa en un estado de dolor y

éxtasis. Se sentía el centro de un pequeño universo, un reino de huesos, nervios y carne ajenas que se rendían ante ella, una corriente de pensamientos desesperados se derramaba sobre Gwyllión y le suplicaba piedad. Era una sensación dulce, tener un control tan absoluto la hacía sentir pletórica y agotada. Rheia le susurró desde fuera de su círculo perfecto de control. La escuchó con avidez. Las palabras del hechizo llegaron hasta ella, se escribían en su mente con letras de fuego, se abrieron paso a través de ella como una riada.

Por mi sangre, más espesa que el mar.
Por mi sangre, más oscura que la noche.
Por mi sangre, más ardiente que el fuego.
Invoco el nombre de la Sagrada Madre,
perdida en la danza de las estrellas.
Por su poder y el mío, por los antiguos nombres.
Ato vuestra voluntad a la mía, vuestra vida a la mía.
Desde hoy hasta el fin del tiempo.

Con la última palabra, la red de sangre desapareció. Gwyllión se quedó tumbada en el suelo, rota y poderosa al mismo tiempo. Abrió los ojos, ya no estaba en presencia del perfecto infinito. El techo de la sala, con sus molduras y artesonados, le pareció vulgar, material, pero un lado de su mente se alegró de volver a un plano de existencia más sencillo. Se aferró a esa pizca de cordura para regresar a la realidad, aunque empezó a temer que una parte de sí misma siempre anhelaría la oscuridad roja y caliente que dejaba atrás. Rheia se le acercó y le extendió la mano para ayudarla a levantarse.

—Eso era magia de sangre —susurró Gwyllión presionándose la herida de la muñeca con la otra mano.

—Sí —contestó su compañera. No era necesario decir nada más.

Los cuerpos inertes de los criados aún yacían ante ellas, sin expresión, con los ojos vacíos de toda voluntad. La Señora de

SilvaViento mostraba un aplomo escalofriante. Lo que acababan de hacer rompía las leyes más fundamentales de TerraLinde, era una profanación tan impura de la magia que Gwyllión comprendió que, si las descubrían, el destierro sería poco castigo para ellas. Nada de eso parecía preocupar a Rheia, ni una sombra de inquietud asomaba a su rostro. A juzgar por su sonrisa, podría decirse que estaba satisfecha.

—Ahora te obedecerán ciegamente, jamás podrán hacer ni decir nada que te perjudique. Sus vidas y sus voluntades te pertenecen —le explicó Rheia con una sonrisa.

—¡La magia de sangre está prohibida! —se escandalizó Gwyllión.

—El parricidio también, querida —le respondió riendo—. Anda, diles que se levanten, tenemos muchas cosas que hacer.

Miró a su nuevo mayordomo y le sonrió, él era el único que no estaba atado a su hechizo. Se desharía de él en cuanto acabase la ceremonia. Si Rheia quería meter espías en su casa, tendría que ser más lista.

—Decidle que me espere en el jardín —le respondió.

Encontró al Senescal junto al ArbolDragón recién trasplantado. El sidhe tenía una mano sobre la corteza y los ojos cerrados, buscando la última esencia del antiguo señor para despedirse de él. Ambos, el árbol y el elfo, relucían levemente. Era un ritual de respeto, un último adiós desde el fondo del alma para alguien querido y respetado. Pocos miembros del Alto Consejo se despidieron de Lydden en su entierro. Gwyllión vio a Tirso de BosqueVivo arrodillarse ante el ArbolDragón tras la ceremonia. Se abrazó al tronco con lágrimas en los ojos, sin avergonzarse de mostrar su dolor. Le habría gustado saber qué últimas palabras le había dedicado a su amante, qué vínculo compartían que ella nunca había sido capaz de comprender. La conmovió que al menos alguien mostrase un duelo sincero. Lisandro también se acercó, con sus intenciones ocultas tras los cristales oscuros. Los Altos Señores restantes tiraron sobre la fosa pétalos de flores, hojas y frutos,

deseándole un dulce retorno a la Madre pero ninguno mostró señales de aprecio.

Que Calendemyn hubiese preferido esperar para poder mostrar sus respetos a solas le pareció un gesto de honestidad. En sus últimos años, el mal humor permanente de Lydden lo había aislado del mundo y, aun así, todavía le quedaban amigos dispuestos a perdonar aquellos últimos años para despedirlo sin rencores. El gesto enterneció a Gwyllión.

—Le habría gustado despedirse de ti en persona, pero la muerte no hace planes —le dijo Gwyllión mientras se acercaba al árbol.

El Senescal asintió.

—Ha sido una ceremonia muy hermosa, Gwyllión, estoy seguro de que tu padre está satisfecho con su despedida. —Miró el arbolito y volvió a acariciar la joven corteza—. Ahora descansa tal como siempre quiso, junto a los suyos.

—Es lo que todo DanzaDragón anhela. Yo misma quiero descansar aquí cuando llegue la hora.

Calendemyn le sonrió.

—Eres muy joven, la muerte aún no debería preocuparte.

—Lo que me preocupa es mi posición en la Corte.

La última voluntad de Lydden dejaba claro que deseaba que Gwyllión se casase con Arleíon, tal como le había advertido Tirso, para que su hermano mayor Acteón tomase el cargo de Señor de DanzaDragón. Por suerte, esa voluntad se había convertido en cenizas antes de que nadie pudiese leerla. Sus amados primos seguían en el sur, sin sospechar siquiera lo cerca que habían estado del Alto Consejo. Pasarían el resto de sus vidas vigilando las fronteras de las tierras familiares, asegurándose de cobrar los impuestos que les correspondían y celebrando monterías. Se casarían con nobles insignificantes y en un par de generaciones sus hijos serían nobles sin tierra, al servicio de un señor más afortunado. Su destino ya estaba marcado. El de Gwyllión, en cambio, seguía en el aire y era algo que quería solucionar cuanto antes.

—El Alto Consejo se reunió tras la muerte de tu padre. La ciudad está atravesando un momento delicado. Necesitamos mostrar unidad ante el pueblo. Hemos decidido que ocuparás el asiento y el título de tu padre. Eres la Señora de DanzaDragón por derecho propio.

Si hubiese estado sola, habría bailado sobre la tumba de su padre. Las palabras de Calendemyn disiparon todos sus miedos. Llevaba días atormentada por las dudas, asustada por la posibilidad de que tantas atrocidades solo hubieran servido para lastrar su conciencia. Pero no, Rheia tenía razón y el destino recompensaba a los audaces. Todo había merecido la pena. Era libre, era poderosa, era dueña de su propio destino. Contuvo cualquier muestra de entusiasmo, era una hija doliente.

—Cumpliré con mi deber —dijo haciendo una pequeña reverencia.

—No lo dudo. Recuerda que mis puertas siempre estarán abiertas para ti —le recordó Calendemyn—. Nunca dudes en pedirme ayuda si la necesitas.

Era un alivio. Quería demostrar su valía, abrir camino a otras damas. El apoyo de Calendemyn, que ya tenía entre sus filas a la Primera Alférez del reino, podría ser de gran ayuda. Lo acompañó hasta la salida mientras hablaban de los últimos sucesos. La ciudad estaba en toque de queda y los ánimos no dejaban de caldearse. Los disturbios no eran graves, pero se repetían a diario, las colas de peticionarios que llegaban a Palacio crecían de un día para otro. Nadie parecía satisfecho, y mientras tanto se sabía muy poco de la explosión que había causado todos estos males. Gwyllión lo escuchó atentamente, necesitaría más información. Quería estar al tanto de todo cuando llegase el momento de sentarse en el Alto Consejo.

Cuando Calendemyn por fin se marchó, se arrancó el velo de luto y echó a correr por el jardín. No quedaba nadie que le dijese que aquella no era una actitud adecuada, dejó caer la tiara al suelo, se soltó el pelo y se rasgó el cuello del vestido, que la asfixiaba. Bailó entre los árboles. Por fin sola, la alegría volvería a aquellos salones, daría fiestas, conciertos, iría al teatro. Corrió hacia los establos, los gyvernos no volverían a estar encerrados, tendrían los jardines a su

disposición, caminaría con ellos por la casa. Nadie le diría que eran criaturas peligrosas, ni ruidosas. Nadie podía volver a decirle nada. Se haría su voluntad porque aquella casa le pertenecía. Era suya hasta el último ladrillo, le era leal hasta la última gota de sangre.

Al llegar a los establos se detuvo en seco, el gran pabellón donde descansaban los gyvernos debería estar desierto a esas horas, pero la puerta principal estaba abierta y ante la reja de la segunda podía ver una silueta tambaleándose. Alguien estaba mirando la gran jaula, y les canturreaba a sus ocupantes como si fuesen borrachos de taberna. Gwyllión invocó una luz. Elio de AltaCumbre se giró, tenía los bajos de la túnica blanca manchados de tierra y albero, en algún momento debía de habérsela pisado y el largo desgarro le dejaba un delgado hombro al descubierto.

—No deberías estar aquí —dijo Gwyllión confusa —. Todos los invitados se han marchado ya.

—Sí, debería buscarme una fiesta con más vino —respondió Elio—. Pero quería ver a tus amigos. Rheia habla mucho de ellos.

Su cabello larguísimo estaba revuelto, los adornos y las perlas tintineaban sobre su cabeza como los abalorios baratos de un buhonero. El maquillaje se le resquebrajaba a la altura de los labios manchados de un profundo azul cobalto.

—Me han dicho que ahora eres una de las nuestras —le dijo cambiando de tema mientras se aferraba a las rejas para no caerse al suelo—. Te felicitaría, pero la verdad es que conseguir lo que quieres tiene un precio muy alto.

—¿Te refieres al Alto Consejo o a…? —preguntó preocupada.

Elio sacó una polvera de su bolsito, espolvoreado de motas azules. La abrió y se pintó los labios una y otra vez con una resina azulada, usando los dedos. Al acabar se los lamió con ansia uno por uno.

—Es todo lo mismo, chiquilla. Todo lo mismo.

Al pasar por su lado, le posó una mano lánguida sobre el hombro y le dio unas palmaditas dejándole encima un rastro de polvo.

—No te preocupes por mí. Ya sé salir. En fin, mis condolencias…. por… por todo, supongo —se despidió Elio mientras se marchaba tambaleante.

Gwyllión se giró para asegurarse de que los gyvernos estaban bien. Veloz se acercó para que lo acariciase, pero Feroz no le hizo caso. Estaba ocupado sacando la médula de un hueso largo y grueso. Los poderosos dientes chascaban mientras el animal hurgaba con la lengua entre las astillas.

Se alejó de las jaulas dando bandazos. Logró salir del pabellón antes de ponerse a vomitar.



46. Aquellos a los que fallamos

Empezaba a acostumbrarse a las habitaciones de Palacio, a sus techos altos y a los ventanales inmensos por los que la luz entraba a raudales. Cada vez se le hacía menos extraño despertarse escuchando el canto de los gorriones y no de las trinaescarchas. Sygurn se giró en la cama. Hacía varios días que no se daba una noche entera de descanso, por un día podía remolonear un poco. Sentía que, de cualquier manera, sus esfuerzos eran inútiles. La ciudad era un caos apenas contenido, las noticias de la muerte del Viejo León corrían de boca en boca. Aprovechar el desconcierto de una Hueste Invernal desmantelada para cerrar las arenas de combate clandestinas le había parecido un golpe maestro, pero ahora los bajos fondos trataban de reorganizarse y los ajustes de cuentas eran continuos. Cada mañana amanecía con algún cadáver en las calles. Algunas muertes especialmente macabras se le achacaban al Monstruo de Abajo. Saber que el horror de las alcantarillas no tenía nada que ver con ninguna de ellas no era un alivio. Era la prueba de que había monstruos anónimos caminando bajo la luz del día.

Se levantó arrastrando los ánimos hasta la habitación contigua. Lena había montado allí su particular puesto de operaciones: una gigantesca mesa de roble, tan grande que había sido realmente aparatoso llevarla hasta allí desde el pasillo donde la encontraron cogiendo polvo, ocupaba todo el lateral. Encima se amontonaban largas hileras de documentos, la mayoría estaban roídos por las

ratas y mostraban todo tipo de manchas poco saludables, pero todos estaban ordenados y algunos incluso tenían a su lado un trozo de papel con anotaciones en las que se veía una letra diminuta, casi como puntitos marcados con tinta. La mellifata había logrado sacar de la Cancillería toda la información que creía relevante con ayuda de Feral de DunasAltas, autoproclamado secretario de la duende. Él se encargaba de todo lo que ella no podía hacer, obtener papeles, hablar con los escribanos y los portapliegos y descifrar el farragoso lenguaje legal que utilizaba Palacio para tratar sus asuntos y encargarse de que la investigadora siempre tuviese algo a mano para picar: fruta, pastelillos, caramelos, bombones…. El sidhe ya estaba en su puesto, con las botas sobre la mesa, aunque en lugar de tratar de descifrar algún registro de los calabozos estaba leyendo un ejemplar de *El cotilla ilustrado.*

—¡No esperaba encontrarte tan temprano en mis dominios! —le dijo tratando de leer las noticias de portada de la gaceta.

—¡Buenos días! Eres la Alférez Mayor, así que podría decirse que todo el reino es tu dominio —le contestó Feral dejando de leer—. Quería comprobar unos datos, pero no está, ha dejado una nota.

Sentía su presencia, pero la notaba muy lejana, algo que empezaba a volverse demasiado habitual y que siempre la ponía nerviosa. No quería empezar la mañana con mal pie, así que cogió la nota torciendo la boca.

«Me voy en misión de rescate, no descarto regresar con algunas de las piezas que nos faltan». Sygurn gruñó al leerlo. Aquella nota apenas aclaraba nada, habría preferido que fuese más precisa y le dijese dónde estaba exactamente y a qué se refería con eso de las piezas que les faltaban. Se temía que iba a meter las narices en algún lugar peligroso sin que ella estuviese cerca para protegerla.

—No pongas esa cara —la animó Feral al verla fruncir el ceño—. Estará bien, es perfectamente capaz de cuidar de sí misma.

—Espero que sí. La mataré si le pasa algo malo.

En aquellos momentos no podía ausentarse de Palacio para ir a buscar a su amiga, pese a que era lo que más le apetecía. Para no

seguir pensando en lo que pudiera estar haciendo, cogió el ejemplar de la gaceta que Feral había dejado sobre la mesa. No decía gran cosa sobre el entierro de Lydden de DanzaDragón. En un pequeño editorial describía como «un fracaso profesional» no haber podido colarse en el evento. Al parecer, tampoco había logrado colar a nadie, se notaba que lo poco que tenía era información de segunda mano. Ella sí había estado en el jardín de la Dama Gwyllión como parte del séquito de Calendemyn y la ceremonia no había dado para mucho cotilleo; había sido corta, sobria y tan fría como la mañana de otoño que les había tocado soportar a los invitados. Lydden no era ni demasiado querido ni especialmente odiado en Palacio. Solo Tirso de BosqueVivo había mostrado tristeza. Sygurn no paraba de pensar en qué clase de hada era capaz de no dejar tras de sí más que indiferencia. Vivir tantos años y no tener amigos ni nadie que se duela por tu pérdida le parecía deprimente, el síntoma final de una vida desperdiciada. Su propia hija había tenido problemas a la hora de destacar algún mérito del difunto: no dejaba grandes leyes, no había pasado su vida conteniendo a los goblins, como ocurría con Tirso de BosqueVivo o con Elio de AltaCumbre, ni modernizado la Cancillería como Lisandro de TorreSabia. No había mediado entre los nobles como hacía Calendemyn ni explorado los mares de brumas como la Casa de PuertoPlácido. El último testimonio de su paso por la tierra era una hija visiblemente desbordada, tan abrumada por los acontecimientos que parecía estar a punto de desmoronarse en cualquier momento. Nada de eso se reflejaba en la gaceta. Ni tampoco la aparente familiaridad de la Dama Rheia con la nueva Señora de DanzaDragón.

—¿Pasó algo interesante? —preguntó Feral rascándose la perilla. Él no había sido invitado, aunque no parecía lamentarlo.

—Elio de AltaCumbre apenas se tenía en pie. Luego se ofreció un banquete en honor de DanzaDragón y él se decantó por una dieta más bien líquida. Los Altos Señores lo miraban como si quisieran tirarlo de cabeza a un foso lleno de goblins. Ayden de CopasAltas

estaba de un humor estupendo, quizás demasiado alegre para un entierro. Fue vestido de celeste y plata.

—Esos fueron los colores de guerra de la casa de CopasAltas durante la última Guerra Goblin —recordó Feral, que era tan aficionado a la heráldica como Lena—. Pensará que con una señora en el asiento de DanzaDragón será más fácil conseguir esas tierras que llevan disputándose desde hace siglos.

—Me parece que se va a llevar un chasco. Pero la verdad es que esas cosas me interesan bien poco ahora mismo. —Pasó un par de hojas. *El Cotilla* hablaba poco de los disturbios en la ciudad, aunque sí nombraba unos cuantos establecimientos que se saltaban el toque de queda. Tendría que averiguar si era cierto. Tras apuntar los nombres, descubrió una noticia que la hizo sonreír.

—¿De qué te ríes? ¿Por qué me miras con esa cara de cachondeo?

Sygurn le tendió la gaceta al elfo señalando una columna con el dedo.

—Ahí dice que tu madre está embarazada, enhorabuena.

Feral empezó a leer a toda prisa.

—¡Pero cómo es posible que *El Cotilla* sepa esto antes que yo! ¡Si hasta dicen el nombre! Al parecer, el niño se llamará Ignis de DunasAltas —leyó alzando las cejas con gesto de asombro.

No es que pareciese especialmente enfadado, en su voz primaban la sorpresa y la alegría. Se puso de pie de un salto y recorrió toda la habitación visiblemente emocionado.

—Voy a tener que escribir a casa para averiguar si esto es cierto. Mi madre deseaba tener algún hijo más… ¡Un nuevo hermano a estas alturas! Habrá que enseñarle a montar y a criar a los animales. —Sonrió mirando de nuevo la noticia—. Voy a dejar una carta en la Cancillería —dijo cuando logró calmarse.

Un criado trajo la bandeja del desayuno y la documentación de la mañana. A Sygurn se le fueron los ojos hacia un sobre gris con el sello de la Casa de los Conservadores. La Maestra del Moho quería

verla. Podían ser buenas noticias, quizás la maestra había averiguado algo de los cuerpos encontrados en la herrería.

—Tengo que hablar con la Maestra del Moho, creo que podría tener algo que ver con tu herrero perdido. ¿Quieres venir? —preguntó después de leer la breve nota.

Feral asintió.

—Necesitarás a alguien que tome notas de todo. Solo te pido que me dejes escribir a casa antes de salir.

Le alegró tener a alguien que la acompañase, alguien capaz de mantenerse positivo y quizás de aportar un toque constructivo. Últimamente solo se relacionaba con militares veteranos que no dejaban escapar ninguna oportunidad de recordarle la gravedad de la situación en la que se encontraban. Los sidhe con los que estaba trabajando eran buenos soldados, con muchos años de experiencia a sus espaldas, pero parecían incapaces de aportar alguna idea que no pasase por aplicarle mano dura a los gentiles. «Hasta que se tranquilicen», decían, pero Sygurn sabía que apalear a un perro herido era mala idea, necesitaba soluciones constructivas. Si no lograba que los ánimos en la Corte de los Espejos se tranquilizasen un poco, la noche de Samhain sería una pesadilla y se estaba quedando sin tiempo.

—Perfecto, nos vemos en las caballerizas —le dijo mientras cogía un panecillo de miel de la bandeja del desayuno.

Ni siquiera la Casa de los Conservadores escapaba de los recientes acontecimientos. Estaba mucho más concurrida y los conservadores iban de un lado a otro, apresurándose para cumplir con sus tareas. Nunca le faltaban los visitantes, a fin de cuentas, cualquiera era libre de pasear por sus veredas. Esa mañana, muchas hadas se iban a visitar a los árboles familiares, limpiar lápidas o colgar lucernas. Acudían a pedir protección, o consejo a sus antepasados, a despedir a los recién fallecidos, a buscar calma y consuelo. Casi todos los transeúntes con los que se cruzaron les dedicaron miradas hostiles, algunas más directas que otras. Una phoka con una llamativa cresta roja cayéndole sobre los ojos y una

larga cola de plumas pardas escondió tras sus faldas a un par de críos que jugaban entre unas lápidas. Aunque Sygurn entendió que lo hacía por puro instinto, no pudo evitar sentirse dolida. No deseaba ningún mal a los gentiles. A pesar de que no parecían apreciarlo, estaba allí para protegerlos. Feral pareció leerle los pensamientos.

—No te enfades con ellos, durante muchos años la Guardia ha sido el brazo armado del Alto Consejo. Ellos te ven como alguien que viene a imponer leyes que no suelen gustarles. Tendrá que pasar algo de tiempo antes de que te vean como a una protectora —la animó.

—Sé que es algo que tengo que ganarme, pero tal como están las cosas, va a costarme más trabajo del que pensaba —contestó alicaída.

El sidhe le cogió la mano. Tenía los dedos callosos, un poco ásperos. No era la mano suave y blanda de un noble. Feral trabajaba en los establos, daba clases de monta a otros nobles, alimentaba y cuidaba a sus animales y domaba por encargo para varias casas nobles. La mano de Feral era grande, y muchos elfos dirían que tosca, falta de delicadeza. Sygurn, por su parte, pensaba que era un tacto familiar y amable.

—No estás sola. Lena y yo nunca te abandonaremos —le prometió el Señor de DunasAltas.

Por primera vez en muchos días sonrió con ganas. Al dejar VuelaPluma estaba preocupada, triste por alejarse de la calidez de los suyos. La Corte de los Espejos y su corte palaciega le parecían fríos y extraños. Se imaginaba sola, rodeada de extraños, encorsetada por un protocolo rígido que no la dejaría ser ella misma y observada de cerca por todos los que se preguntaban qué hacía una jovenzuela ocupando un puesto tan importante como el suyo. En parte, esas predicciones se habían cumplido, por suerte, no todo estaba siendo tan lúgubre. Contaba con el apoyo incondicional de Calendemyn, y con Lena. Lo que no había previsto era que Feral, como Señor de DunasAltas, pasara gran parte del año en la capital. Antes apenas se veían, sus tierras natales estaban muy alejadas y

Feral solos pasaba por las montañas cuando llevaba una reata de animales para vender en la feria de CopasAltas, o si Calendemyn necesitaba ampliar la cabaña de sus establos. Pasar tanto tiempo juntos había estrechado aún más sus lazos. Por fin tenía a alguien con quien podía tratar de igual a igual. En casa tenía amigos gentiles, pero era imposible que dejasen de verla como la hija de Olymar de Ventisquero, nunca tendría auténtica confianza en nadie por mucho que lo intentara. En cambio, con Feral todo era sencillo, entre ellos no había rangos, ni protocolos. Podían mostrarse tal cual eran, hablar sin tapujos uno con el otro. Ambos conocían de sobra lo que era sentir sobre los hombros el peso de las expectativas ajenas, por eso cuando estaban juntos, no se exigían nada, simplemente buscaban una compañía agradable.

—Eso de que tengo a Lena… —dijo con una sonrisa—. Le ha faltado tiempo para marcharse…, aunque me alegro de que tenga otros amigos.

—¿Sabes a dónde ha podido ir?

—Últimamente va mucho con Jadul, le cae bien. Lo único que espero es que no se meta en líos.

—Un tipo interesante, desde luego.

La Maestra del Moho les salió al encuentro por un pequeño camino. Su estilizada figura blanca destacaba entre los oscuros cipreses que la flanqueaban. La melena roja le caía por los hombros mezclada con los flecos de algodón blanco del tocado que le cubría la mitad superior del rostro. Como la mañana era fría, sobre la túnica llevaba un largo manto de lana, blanco y ligero. El hada les dedicó una sonrisa y los sidhe la saludaron con una respetuosa reverencia.

—Buenos días, sois bienvenidos al jardín —les dijo cuando se enderezaron.

—Buenos días, maestra, he traído conmigo a Feral de DunasAltas. Él conocía a Tizón.

—Era herrero, nadie ponía las herraduras mejor que él —explicó el sidhe—. Quiero saber si el cuerpo que se encontró en el pozo es suyo, para encender una luz en su honor y dar la noticia a su familia.

—Es un buen propósito —dijo la maestra—. Espero que lo que mis estudiantes y yo hemos podido averiguar sirva para traer paz a esos huesos. Seguidme, por favor.

Los guio hasta un pequeño pabellón que se alzaba en una plazoleta, allí les esperaban tres sillas y una pequeña mesita hexagonal de marquetería, hecha con madera, marfil y piedrasombra en la que descasaba una pequeña cajita de nácar y bronce.

—Por favor, sentaos —les rogó la maestra mientras ella misma tomaba asiento.

Obedecieron, mirándose de reojo. La presencia de la Maestra del Moho siempre resultaba sobrecogedora. De las largas astas de ciervo colgaban runas y cuentas de metal y sus labios pintados de negro siempre parecían guardar la sombra de una sonrisa serena. Era como una escultura de nieve coronada por un fuego feroz, pero incapaz de consumir a la figura helada. Sygurn, que no era especialmente devota de ninguno de los cultos de Danu, se sentía en presencia de algo ancestral y sagrado cuando estaba cerca de ella.

—Hemos podido confirmar que había dos cuerpos en el pozo —su voz era suave y sosegada—. Dos knockers, con total seguridad. Uno de ellos debía ser muy corpulento en vida y en algún momento de sus días bajo el sol se rompió la pierna izquierda y no acabó de soldar bien, así que seguramente cojearía. También empezaba a mostrar signos de una enfermedad que le estaba deformando los dedos.

—¿Cree que mediría unas dos varas y media? —preguntó Feral.

La Maestra del Moho asintió haciendo tintinear los adornos de su tocado.

—Sin duda.

—Estoy convencido de que era Tizón. Lo encontraron en su taller y con esas señas… —Feral dejó caer los hombros—. Siempre tenía líos de dinero, pero no imaginé que lo llevarían a ese fin.

—¿Y sabemos algo más del segundo cadáver? —preguntó Sygurn.

—Nada, me temo. Era un knocker algo mayor, sin grandes lesiones ni rasgos distintivos destacables.

La maestra del moho abrió la cajita. Los dedos pintados de negro y las manos marcadas con glifos destacaban sobre el nácar.

—El hongo azul que cubría ambos cuerpos lo había corroído todo, salvo esto. Quizás pueda ayudaros.

Puso sobre la mesa un colgante de cristal. Era una pieza con forma de hoja de color rojo brillante dentro de la cual brillaban chispas naranjas y amarillas de una viveza perfecta. Relucía como la lava caliente. Parecía delicada, en cambio cuando Sygurn la cogió se sorprendió, era más pesada de lo que se había imaginado. Estaba segura de que también podría aguantar algún que otro golpe antes de romperse. Cuando la luz la atravesó, reveló la maestría de quien la había soplado.

—¡Es una pluma de fénix! Una pluma de la cola, las puntas tienen esta forma de lágrima. Es una reproducción fabulosa —exclamó Feral admirado—. Nunca había visto unos colores tan logrados.

—¿Crees que podía ser de Tizón?

—Me extrañaría, ni podría permitirse algo tan caro ni era su estilo. Debía pertenecer al otro knocker —respondió Feral.

—Me gustaría llevármelo, para encontrar a alguien que reconozca el colgante —pidió Sygurn.

—Por supuesto, seguro que es lo que su dueño querría —accedió la maestra.

—Muchas gracias, seguro que será de mucha utilidad.

—Tengo algo más que contarle, mi señora Alférez, es sobre la sustancia azul que cubría los cuerpos.

—Esa basura… Nadie en Palacio ha podido averiguar nada sobre ella. Agradezco cualquier cosa que pueda contarme.

—Es un hongo, un hongo desconocido para nosotros. Pero hemos estudiado sus efectos en los últimos días. Se puede comer, o aplicar sobre la piel. Aspirarlo también sirve, aunque el proceso de convertirlo en polvo diluye sus efectos como hemos comprobado estos días. Anula la voluntad, e induce un estado de euforia o de

total abandono, según quién lo tome. Puede amplificar las sensaciones placenteras, pero curiosamente anula el dolor. Es sin duda muy potente, y muy sensible a la magia. Eso lo convierte en una sustancia muy peligrosa.

Eso explicaba el comportamiento errático de algunas de las hadas que entraron en contacto con el polvo azul. Hubo quienes cayeron en un éxtasis lánguido, con los ojos muy abiertos y los cuerpos blandos como trapos. Sonreían bobaliconamente, babeaban y se meaban encima sin que pareciera importarles lo más mínimo. Otros se dejaron llevar en una euforia sexual desinhibida, y en algunos casos, violenta. Por último, unos pocos entraron en un frenesí violento e irracional. Los soldados que tuvieron que lidiar con estos últimos aseguraban que eran más fuertes de lo normal y que no parecían notar el dolor.

—No son buenas noticias. Ordenaré destruir cualquier rastro de esa porquería, es lo único que se me ocurre hacer por el momento.

—Deberías preguntar en el Santuario de FuegoVivo —propuso Feral—. Los Conservadores estudian la muerte, esta droga es cosa de los vivos. Deberías consultar al rector Tiresias.

La Maestra del Moho asintió.

—Sería lo más sabio. Yo no puedo hacer mucho más.

—Habéis hecho muchísimo. El Alto Consejo os está agradecido por vuestros servicios, me aseguraré de que estos desvelos no queden sin recompensa.

—Sois generosa, Alférez. Vuestro antecesor no era un hada agradecida.

No supo qué responder, le incomodaba recordar que había tomado el sitio de un corrupto tan descarado que incluso los suyos se vieron obligados a darle la espalda. Recogió el colgante y se despidió con una reverencia cortés. Feral le siguió los pasos sin mediar palabra hasta que dejaron atrás el pequeño pabellón.

—Antes de irnos me gustaría encender una luz por Tizón —dijo apenado.

—Claro, lo entiendo.

El sidhe colgó una lucerna de hierro en el corredor de luces. Casi todas las lucernas estaban hechas de algún material que el knocker al que recordaban trabajó en vida. Con algo de magia, las había incluso de papel y madera. Feral invocó entre los dedos una pequeña llama mientras dedicaba sus últimas palabras al difunto:

—Fui estúpido y arrogante, Tizón. Te consideraba un amigo, pero no hice nada por demostrarlo, nunca sentiste la suficiente confianza como para contarme tus problemas. Porque eras un gentil y yo no dejé de comportarme como un noble. Nunca te pregunté por tu familia, o por tus preocupaciones. Debí hacerlo, quizás podría haberte ayudado. No lo hice… No fui el amigo que necesitabas y lo siento.

Sygurn acarició la pluma de cristal que llevaba en el bolsillo. Feral tenía razón, estaban rodeados de gentiles, pero los sidhe rara vez pensaban en ellos como hadas, siempre eran sirvientes, soldados… ciudadanos. Parte de una multitud a la que debían cuidar porque eso era lo que Danu les había encomendado. No estaba muy segura de que la diosa, la Madre de todos, realmente hubiese dado esa misión a sus primeros hijos, dudaba incluso de que les hubiese dado misión alguna. Lo único que tenía claro era que no estaban haciendo bien la tarea que ellos mismos decían suya.



47. Lena al rescate

Le sorprendía no estar muerto. Era un sentimiento que lo avasallaba de continuo desde que había vuelto del bosque de las luciérnagas. Recordaba que había aceptado la ayuda de la misteriosa figura emplumada y se estremecía. Le regresaba la misma extraña sensación de expandirse a toda velocidad que tuvo la primera vez que perdió el conocimiento en las MalasCasas. La segunda vez algunas impresiones fueron algo más claras, creyó notar que la piel se le rasgaba, que el lomo se le rajaba del cuello a la cola para dejar salir algo nuevo que ya no era del todo él. Un fuego más negro que la primera noche del mundo lo consumió, y él se entregó de lleno a aquel olvido de sombras y estrellas. Entonces tenía que sacudir la cabeza, parpadear con fuerza y respirar hondo para volver a la realidad.

Lena lo había encontrado desnudo en la copa de un árbol en un equilibrio tan milagroso que acabó cayéndose en cuanto se movió un poco. Por los pelos logró transformarse en mitad de la caída para caer de pie sobre la hierba escarchada.

—Me tienes que explicar cómo narices has llegado hasta aquí. Y espero que sea una historia buenísima porque no me acuerdo de la última vez que volé tanto —le reprendió la mellifata, aunque había más sorpresa que enfado en su voz.

—¿Pero dónde demonios estoy? —preguntó mirando a su alrededor. Conocía los bosquecillos que rodeaban la Corte de los Espejos, que en realidad eran arboledas más que bosques

propiamente dichos donde abundaban árboles jóvenes y hierbas bajas, con mucho espacio para pasear y cazar conejos. Ahora estaba rodeado de árboles muy viejos, altos como casas y con copas espesas. Bajo ellos crecían arbustos densos y la hierba casi tapaba por completo al gato. Olía a tierra negra y el viento le traía rastros de animales que desconocía. Algo que no le gustaba.

—Estás en el Bosque de las Luciérnagas —le explicó Lena, que se había sentado sobre un mullido grupo de setas—. Y me encantaría saber cómo has llegado hasta aquí.

—¿Has volado hasta el Bosque de las Luciérnagas por mí?

No estaba demasiado lejos de la Corte, pero pocas hadas se aventuraban más allá de las arboledas de los linderos, el corazón del bosque tenía fama de ser un lugar peligroso y no eran cuentos de viejas. Las vespifatas que anidaban en lo profundo del bosque eran conocidas por su ferocidad, las mellifatas por la malicia que volcaban en los viajeros incautos y los centauros, que se refugiaban al frescor de los árboles durante el verano, por una hostilidad descarnada hacia los extraños. Si los duendes parecían poco motivo para adentrarse en los robles centenarios, la zona estaba tan infectada de tarascas y mantícoras que Palacio tenía un cuerpo especial de cazadores para mantener la población estable y lejos de los pastos. Era un viaje largo y peligroso para una mellifata solitaria. Jadul se sentía tan agradecido que le soltó un par de lametones a Lena.

—Menos babas y más explicaciones —protestó con la boca pequeña—. Aparta, hueles a magia vieja. Ya me estás contando cómo has llegado hasta aquí.

Jadul la obedeció, sintió que lo menos que podía hacer después de que Lena se hubiese arriesgado por él era ser sincero. La duende lo escuchó sin interrumpirlo, había arrancado una de las setas que le servían de asiento y la iba mordisqueando mientras escuchaba al phoka. No tardó mucho en perder el apetito. Cuando Jadul acabó de hablar, Lena no ocultó su preocupación.

—Menuda historia —logró decir antes de hundirse en un largo y pensativo silencio.

—Te juro que no quería… —No le salían las palabras —. Yo solo quería sobrevivir.

—Fue la explosión lo que mató a todas esas hadas, no tú. Tendremos que inventarnos qué le contamos a Sygurn para saltarnos la parte de que eres el gato gigante que salió volando por los cielos. No creo que la engañemos, pero comprenderá que es mejor dejarlo correr.

—¿Crees que es seguro contarle esto a la Alférez? —dudó Jadul, no le gustaba la idea de hablar con la sidhe.

—Sí quieres mi ayuda, es lo que vas a hacer. No te preocupes, no permitiré que te encierre. —Volvió a quedarse callada, Jadul casi creía ver cómo los pensamientos oscuros y confusos de la mellifata se arremolinaban alrededor de su cabecita.

—¿Qué te preocupa? —preguntó dándole un empujón con el hocico.

—La primera vez que te vi pensé que olías de forma extraña, pero acababas de salir de una alcantarilla y lo achaqué a eso. Es obvio que ahora mismo hueles mucho mejor que entonces, pero también tienes el mismo olor que aquella vez. A magia antigua.

—Alguien, yo la llamo la Emplumada, me ronda desde hace un tiempo. Su magia me salvó en las alcantarillas y también me sacó de la explosión.

A medida que hablaba, sueños a medias olvidados, visiones a las que no se había atrevido a prestar atención y toda una noche perdida en su memoria fueron aclarándose. Le sorprendió ser capaz de contarle su primer encuentro con la dama transparente, el beso, el oro oculto tras el espejo, la extraña petición. La mellifata se había tapado la boca con las manos, lo miraba con los ojos llenos de miedo y las alas temblorosas.

—¡Llevas un geas encima! —chilló horrorizada la mellifata—. ¿Pero cómo es posible? No se impone ninguno desde las Guerras de la Niebla, se prohibieron hace mucho.

—No lo sé, no he pensado mucho en eso. Ahora solo me preocupa poner a mi familia a salvo. Cuando lo logre, veré cómo me

quito esta cosa de encima.

La mellifata asintió.

—Los antiguos Aen Sidhe imponían geas a sus vasallos, especialmente en tiempos de guerra. Eran Altos Juramentos. El señor otorgaba fuerza y poder a uno o varios protegidos a cambio de una obediencia absoluta. De este modo, obtenía soldados invencibles, se dice que podían alzar montañas y domar dragones, pero a cambio le entregaban su voluntad de por vida.

—¿No se podía anular?

—He leído leyendas que aseguraban que los geas tenían condiciones y cumplirlas traía la libertad. Los afectados renunciaban a sus poderes para recuperarla. Pero no eran reglas fáciles de cumplir, podía implicar no volver a hablar con tu familia o olvidar tus recuerdos. En otras ocasiones, las condiciones eran cosas a las que renunciabas para mantener tu poder. Podías renunciar a cantar, o a tener descendencia o a beber agua de un río. La Emplumada no te ha dicho nada porque aún no has aceptado su trato.

—Entonces quizás debería aceptarlo y averiguar a qué debo renunciar para librarme del hechizo.

—Ni se te ocurra —le advirtió Lena—. Entonces, primero tendrías que obedecerla y eso podría ser muy peligroso. Dejémoslo por ahora. Ya pensaremos en algo. Antes hay que volver a la Corte.

—No quiero hablar con tu amiga alférez —insistió Jadul—. Cuéntale tú lo que te acabo de decir. Ya tengo problemas de sobra encima.

Lena se asomó fuera del tronco, vigilando los alrededores.

—Hagamos un trato, te voy a sacar de aquí, y hablaré en tu nombre con Sygurn. Pero entonces tendrás que hacerme un último favor.

Resopló, estaba visto que su destino era hacer tratos. Al menos Lena era justa en sus peticiones.

—Vale. Acepto.

—Fantástico. —Lena se le posó en la cabeza—. Pues en marcha. Viniendo para acá he visto una posta. Creo que podemos llegar

antes de que anochezca.

Comenzó a caminar, procurando mantenerse al refugio de los arbustos y las hierbas altas. Por muchas precauciones que tomase, le parecía que el rugido de sus tripas lo delataba a cada paso. Lena en cambio no parecía nada preocupada, aunque no apartaba los ojos de las ramas.

—¿Qué buscas entre los árboles?

—Me preocupa que nuestra presencia alerte a cualquiera de los duendes que suelen merodear por aquí. Hay magia que las hadas no podéis comprender, y es peligrosa.

—No sabía que la magia de las hadas y la de los duendes fuese diferente —comentó Jadul.

—Porque no lo es —explicó Lena—. Es la misma magia, solo que la usamos de modos distintos. Vosotros invocáis la magia, la obligáis a obedeceros, le dais forma para que cumpla vuestra voluntad. Nosotros canalizamos directamente la magia salvaje y la dejamos salir. Así pude encontrarte.

—¿Cómo?

—Porque somos amigos, estamos enlazados. Quizás tú no lo hayas notado porque es un vínculo débil. Pero para mí fue suficiente. Cuando por fin volviste a ser un phoka, sentí que estabas en peligro y pude rastrearte.

—¿Tanto me aprecias? —Se conmovió Jadul—. Significa mucho para mí. Si alguien trata de atacarnos, te defenderé con garras y dientes.

—No te ofendas, pero no creo que ninguno de los dos pudiésemos hacer gran cosa.

—¡Oye! Soy un peligro —se río Jadul.

—Solo para ti mismo, me temo.

La broma de Lena había dado de pleno en el clavo. Pese a que no iba con mala intención, se sintió dolido. Últimamente no se consideraba besado por la fortuna. Esperaba que los vientos cambiasen y le diesen la oportunidad de cambiar las tornas. No podía dejar de pensar en el geas. Su corazón estaba dividido, tal vez

estaba llegando la hora de sincerarse con Uro. No sabía qué le deparaba el destino, lo que sabía era que, si le debía algo a alguien, era sobre todo a él.

—Estás muy callado —dijo al cabo de un rato la mellifata.

—Se supone que tenemos que ser sigilosos, ¿no?

Sabía que no era cierto, el bosque hacía tiempo que empezaba a despejarse, los árboles se espaciaban cada vez más. Debían de estar llegando al lindero, era poco probable que las vespifatas se aventurasen por allí, demasiadas oportunidades de encontrarse con un grupo de Grandes contra los que no podrían luchar. Los duendes eran belicosos, no suicidas. Solo atacaban para defender su territorio y hacía tiempo que lo habían dejado atrás. Lena le rascó entre las orejas con las dos manos. Tenía los dedos tan pequeñitos que notaba un hormigueo muy relajante.

—Antes no quería ofenderte —le explicó con una vocecilla compungida—. A veces soy un poco burra haciendo bromas.

—Nah, tienes razón. Mi vida es un desastre y no encuentro la manera de arreglarla.

La mellifata alzó el vuelo para ponerse a la altura de los ojos del gato y se puso a hacer cabriolas.

—¡Lo que me recuerda que no te he dado una noticia que te encantará! —exclamó sonriente—. Sygurn detuvo a Munera, está en un calabozo. Y con la que hay liada en la ciudad, se ha impuesto un toque de queda, todas las arenas de combate, legales o no, están cerradas hasta próximo aviso.

—¡Cómo no me lo has dicho antes! —exclamó saltando de alegría sobre la hierba—. Es la mejor noticia que me han dado en mucho tiempo. ¡Uro no tendrá que combatir! Solo tengo que encontrar a Manx y podremos marcharnos de esta maldita ciudad…

—Me daría mucha pena que te fueras… para una vez que hago amigos —confesó Lena—. Pero entiendo que la ciudad no tiene nada bueno que ofrecerte.

—Te prometo que solo me alejaré lo suficiente para mantener a Manx lejos de los líos de su madre. Te escribiremos y podrás

visitarnos siempre que quieras —la tranquilizó.

Lena se le tiró encima con los brazos abiertos en un intento de abrazo.

—Iré a veros siempre que pueda. ¡Os contaré más cotilleos que esa revistucha de pacotilla! —exclamó enterrando la cara en el pelaje del gato.

Jadul le dio unos toquecitos amistosos con la zarpa para que se tranquilizase.

—Venga, no estés triste. Vamos a seguir cotilleando. ¿Por qué lo han detenido?

Lena le explicó la historia con pelos y señales mientras seguían caminando. Le habló sobre la investigación para encontrar al knocker desaparecido, el robo en el taller y los documentos falseados. En este punto se hinchó de orgullo.

—Es verdad que en los registros de los calabozos no estaba el nombre de quien firmó la liberación del ladrón, pero el otro día me acordé de que, aunque las liberaciones debe aprobarlas un noble, puede pagarlas cualquiera, así que pedí en Cancillería el libro de pagos. Los registros del calabozo son un desastre porque no se les presta mucha atención, pero el dinero es otra cosa. TorreSabia vigila las cuentas de Palacio como un halcón. Así que encontré al pagador de la fianza y resultó ser Munera.

Jadul movió los bigotes, pensativo.

—Pagar una fianza no es ilegal —le comentó.

—No, pero estar compinchado con la venta de drogas ilegales y tener una arena de combate sin licencia sí son delitos.

—¿Crees que Munera estaba compinchado con el perfumista?

Jadul negó convencido.

—No, él solo compraba algunas de esas porquerías para amañar los combates. No es tan listo como para montar un entramado de contrabando. Ni tan poderoso. No quiero que lo saquéis de la cárcel, pero estáis investigando al hada equivocada.

—¿A quién investigarías tú entonces?

—A Urakarnake, para empezar. No estoy del todo seguro, pero creo que el perfumista fabricaba la droga y él la vendía. Debe de tener un almacén en alguna parte, un punto de reparto…

—Podría merecer la pena investigarlo —reconoció Lena—. Se lo diré a Sygurn.

—Dile que lo haré yo —se apresuró a decir.

—¿Tú? —preguntó extrañada Lena—. ¿Por qué?

—Porque me has salvado otra vez y os debo un favor —mintió—. Además, conozco mejor la ciudad y llamo menos la atención.

—En eso tienes razón.

Lena no indagó más, seguramente se olía algo más tras las buenas intenciones del phoka, o tal vez no, tal vez confiaba en él sin más. No era que estuviese pensando jugársela a Lena o la Alférez. No quería problemas con la Guardia, lo que quería era poner a salvo a Manx. Podía apostarse las orejas a que si empezaba a husmearle el rastro al gorrorrojo, acabaría por descubrir que su hija estaba metida hasta el cuello en algún asunto ilegal. No pensaba permitir que acabase en la cárcel. Les serviría la cabeza de Urakarnake en cuanto tuviese ocasión, con una manzanita en la boca y todo si era necesario, pero antes pondría a salvo a Manx. Tal vez, ver cómo Alia acababa a la sombra junto a toda la caterva de inútiles con los que merodeaba sirviese para abrirle los ojos. Quizás así aceptase irse a vivir con ellos lejos de la ciudad.

—Pero sí hay algo que ella puede investigar. El perfumista no quiso darnos ningún nombre, pero el Viejo León estaba convencido de que había alguien con mucho dinero y poder detrás de todo esto.

Por eso, y solo por eso, estaba en esos momentos escondido entre las chimeneas de una panadería, relamiéndose los bigotes y haciendo uso de toda su paciencia. Tan pronto como volvió a la ciudad, comenzó a pisarle los talones a Urakarnake, lo que no resultó fácil ni barato. De nuevo, sus ahorros estaban en los huesos. Para enterarse de por dónde se movía el matón tuvo que comprar unas cuantas lenguas. Munera se valía del miedo para cerrar las

bocas de su gente, pero el gorrorrojo iba un paso más allá. Quienes lo conocían poco estaban muy interesados en mantener las distancias y apenas sabían nada sobre él. En cambio, las hadas que trabajan para él creían que, aunque podía ser muy duro, también era justo. Había logrado ganarse una lealtad con la que el conseguidor solo podía soñar. Así que, bien por miedo, o bien por la devoción que sentían hacia él sus cercanos, nadie soltaba palabra hasta que dejaba ver el destello de una moneda de plata. Y en varias ocasiones lo hicieron para mentirle descaradamente. Finalmente, un mocoso que hacía recados en una herboristería le dijo que Alia solía frecuentar la carpintería de uno de los pocos knockers que no tenía su negocio en el Barrio de Constructores.

Y allí estaba, el muchacho no le había mentido. Alia frecuentaba la puñetera carpintería. Llegaba por las mañanas, llevaba varias tarteras con comida para el grupo de albañiles más lamentable que hubiese visto jamás y, cuando terminaban de desayunar, se llevaba los cacharros aparentemente vacíos. No le costó mucho trabajo ver cómo un tipo al que llamaba PatasCortas las cambiaba. Eran hábiles, tenía que admitirlo. De este modo, la gata se llevaba de vuelta algunas tarteras que contenían la famosa resina azul tras la que iba Sygurn. Era un método sencillo y elegante. Seguramente el dueño del negocio se llevaba un buen porcentaje de las ventas. Todos ganaban, algo que, por otro lado, le importaba bien poco a Jadul. Aquel asunto de la droga era problema de la sidhe, no suyo. A él le interesaban otros asuntos.

Manx estaba escondida en la carpintería. Cuando la vio por primera vez sintió que el corazón le daba un vuelco. Reprimió el primer impulso de acercarse a ella. Si lo hacía sin más, la cosa acabaría igual que en las MalasCasas. Necesitaba hablar con ella en un escenario que le fuese más favorable, lejos de la influencia de Alia. Tras un par de días, dio con el plan.

Su hija parecía haberse encariñado con una jovencita, una knocker paliducha y bajita, con unas orejas que bien le servirían para planear sobre los tejados si se lo propusiese. Y esa muchacha

salía de la carpintería cada dos o tres días para comprar galletas justo en el local que estaba vigilando. Esperó a que saliese porque solía sentarse en los escalones traseros del local para comerse un hojaldre de crema antes de volver al trabajo.

—Buenos días, señorita —la saludó cuando la knocker solo llevaba un par de bocados de su desayuno.

La joven lo miró con una desconfianza cauta, como una liebre acorralada que estuviese sopesando si era mejor huir o atacar. Vestía buenas ropas, aunque estaban manchadas de grasa, igual que su delantal, lo que era extraño para una supuesta carpintera. Pero llevaba el pelo largo bien recogido en una trenza alrededor de la cabeza. Lo tenía limpio y brillante. Era claramente alguien que comía bien a diario, no una chica de los recados, ni una aprendiz recién llegada a pesar de que parecía casi una cría. No era el tipo de hada que trabajaba con el gorrorrojo. La knocker tenía los ojos clavados en él, una mirada azul e intensa que parecía querer desvelar el misterio que ocultaba Jadul.

—Buenos días. ¿Lo conozco de algo? —preguntó tensa sin apartar la mirada de él.

—No, pero conoces a mi hija Manx. Me llamo Jadul.

—El padre de Manx está muerto —dijo poco convencida.

Jadul se rascó la coronilla, incómodo. La knocker parecía desconfiar más de él que al principio, estaba envolviendo su dulce en una servilleta. Seguramente para guardársela en el bolsillo y salir corriendo a la menor oportunidad. Tenía poco margen para llevarla a su terreno.

—No a menos que yo sea un fantasma. ¿Parezco un fantasma?

—No —reconoció la knocker.

—Necesito hablar con mi hija —se sinceró.

—Ya me imagino. ¿Y a mí qué? ¿Qué puedo hacer yo?

—Se que la aprecias —le dijo—. Si Manx sigue al lado de su madre, corre un grave peligro. Necesito advertirla. Pero no puedo acercarme al taller, la gente de Urakarnake intentaría matarme de nuevo.

—De nuevo… —repitió.

—Su madre no quiere que me acerque a ella. Necesito hablar con mi hija en algún lugar seguro, lejos de Alia. ¿Podría hablar con ella esta noche?

—Hay toque de queda.

Desde luego, la muchacha no era de muchas palabras.

—Ese es mi problema. Podemos vernos en el tejado de tu establo. —Juntó las manos, suplicante—. Por favor, no quiero hacerle daño. Nunca le haría daño…, pero es importante que hable con ella.

—Esta noche, en la carpintería. Cuando se apague la última luz de la casa.

—Muchas gracias. De verás.

—Más te vale no intentar hacerle daño —le advirtió poniéndose de pie.

—No es mi intención.

—Manx necesita ayuda, espero que tú sí puedas dársela.

La joven se marchó, seguramente a terminarse su desayuno en un lugar más tranquilo. Jadul suspiró aliviado, la primera parte del plan estaba en marcha. Lo complicado estaba por venir.



48. Votación

Elio de AltaCumbre fue el último en votar, cogió la bola de marfil y la colocó sobre el soporte de votación con una elegante dejadez y una medio sonrisa desvaída, tenía los ojos opacos, su mirada era un espejo empañado que nadie se molestaba en limpiar. Gwyllión se preguntó si alguien más veía la ruina en la que se estaba convirtiendo. Ahora que sabía que las uñas azules y los labios a juego no eran simple maquillaje, se preguntaba qué pasaría si el Alto Señor de AltaCumbre sufría una muerte temprana. No tenía noticias de que hubiese nombrado un heredero entre sus familiares cercanos y estaba convencida de que cumplir con la obligación de desposarse y engendrar un heredero que continuase el legado de los AltaCumbre no estaba entre sus principales preocupaciones. Seguramente todos los nobles sentados a la mesa del Alto Consejo se preguntaban si tenía alguna más allá de divertirse y lucir el exquisito gusto para la moda que lo había convertido en un referente para un buen número de nobles en Palacio. Pensaban que era un irresponsable, y trataban de averiguar si podía ser un peligro, un aliado o un estorbo. Gwyllión tenía otra pregunta, quería saber hasta qué punto las decisiones de Elio eran iniciativa propia, por eso cuando el sidhe votó a su favor, se revolvió en el asiento que hasta aquel momento había pertenecido a su padre. La inquietud le amargó lo que debería ser un triunfo aplastante. Solo Ayden de CopasAltas y Caliban de TruenaRocas habían votado en su contra. Por primera vez desde Jeanna de Nogalera, había de nuevo una Alta

Dama sentada en la mesa del Consejo. Su nombre pasaría a la historia de TerraLinde, aunque no podía negar que le preocupaban las palabras que se escribirían sobre ella. Elio de AltaCumbre lo había definido muy bien mientras acariciaba la esfera blanca.

—Por el futuro —dijo recostado sobre el reposabrazos de su asiento—, es la hora de las damas.

Y esas últimas palabras, junto a la mirada maliciosa que le había dedicado ensombrecieron su ánimo. Sabía que no lo decía para apoyar el derecho de las sidhe a heredar los títulos de sus padres. Se refería a Rheia y a ella. «La hora de las damas» no sonaba como una llamada al cambio, o la esperanza en un futuro distinto. Era más bien una broma. «A ver qué hacéis ahora». Un desafío. O tal vez solo quería ponerse cómodo para ver cómo TerraLinde ardía. O solo quería amargarle el momento. Bueno, si ese era el caso, podía darse por satisfecho, lo había conseguido.

Se sentó bien recta. Ahora era una Alta Señora, podría decidir quién debía sucederla, con quién quería casarse, si es que decidía hacerlo. Su vida le pertenecía. Recordarlo hizo que una sonrisa aflorase en su rostro.

—Trataré de servir al reino y al Consejo con sabiduría. Tal vez alguna vez falle mi juicio, pero mi lealtad no fallará.

Los sidhe a su alrededor golpearon suavemente la mesa para mostrarle su apoyo. Incluso Ayden y Caliban lo hicieron de mala gana. Nadie quería que se pusiese en duda que la lealtad era el principal valor que debía mostrar el Alto Consejo. Lealtad a TerraLinde y a su reina ausente, que Danu siguiese arrullándola por muchos años. Estaba rodeada de viejos, las caras que la miraban impasibles como las máscaras animadas de Samhain pertenecían a nobles que llevaban muchos más años en el juego que ella. Incluso Elio, el más joven del grupo, le llevaba décadas de ventaja. «Te pondrán a prueba», recordó las palabras que su padre le había repetido mil veces. «Te pondrán a prueba porque eres joven y nunca has empuñado una espada. Tendrás que demostrar tu valía más

veces que cualquiera de ellos. Pero tus antepasados bailaron con dragones y ellos solo son serpientes. No debes tenerles miedo».

—Para ponerla al día de los muchos pormenores del Consejo me he tomado la libertad de prepararle una secretaria que la ayude y la instruya en algunas de las tareas más tediosas —dijo Lisandro oculto tras los cristales granate de sus gafas doradas, redondos, oscuros. Los ojos del Canciller se escondían tras pozos de sangre, pero su sonrisa, maquillada de un verde esmeralda brillante, era amigable—. Estará a su servicio en todo momento.

—Sois muy amable —le respondió con una sonrisa—. Creo que instalaré un despacho aquí en Palacio, para poder trabajar más cerca de la Cancillería. Así, vuestra discípula no tendrá que desplazarse.

«Si creías que ibas a meter una espía en mi casa, estabas totalmente equivocado», pensó satisfecha por lo rápido que había reaccionado a las intenciones de TorreSabia. El Canciller, fiel a su costumbre, se limitó a sonreír.

—Es una idea muy adecuada. Nos facilitará las gestiones a todos.

El Senescal interrumpió la conversación.

—Aún quedan asuntos importantes que debemos debatir y el tiempo apremia. Si os parece bien haremos un pequeño descanso y regresaremos a la mesa a la próxima llamada del Chambelán —dijo con un deje de impaciencia en la voz.

Los nobles se levantaron de sus asientos, pese a que la votación resolvía el problema de la silla vacía en el Consejo de un modo rápido y prevalecía la solución más lógica y obvia, el ambiente distaba de ser alegre. Los señores felicitaron a Gwyllión con reverencias y palabras de ánimo, pero haciendo gala de una cortesía un tanto distante. Seguramente algunos de ellos aún se preguntaban si acababan de tomar la decisión correcta o solo la más rápida. La otra opción habría sido que varios candidatos optaran al asiento vacante, algo así les habría llevado semanas y tras los últimos acontecimientos, lo único en lo que coincidía toda la mesa del Alto Consejo era en que no tenían tiempo que perder. La capital estaba fuera de control y devolver la normalidad a las calles era

prioritario. Nadie quería que las semillas del descontento se extendiesen por el reino. Todos se preguntaban si Gwyllión estaba hecha de la misma pasta que su padre. Algunos, seguramente, esperaban que no. El Senescal la cogió por el brazo amablemente.

—Me gustaría enseñarte algo, si no tienes nada importante que hacer —le pidió.

—No me importaría despejarme un poco. Cualquier cosa que me saque de esta habitación me parecerá estupenda.

Salieron de la sala, seguidos a una distancia prudencial por la Alférez Mayor. La figura de la Dama de Ventisquero, alta, con el pelo rubio recogido en una sencilla trenza que le caía por la espalda como un rayo de luz y el rostro sereno como un lago en calma debería haberla tranquilizado estaba allí para protegerlos. Aunque llevase un vestido con los colores de la Casa de VuelaPluma, hoy una espada colgaba de su cinto. La idea de una dama empuñando un arma le parecía tan extraña como a sus compañeros de mesa tenerla entre ellos. Quizás debería pedirle que la ayudase a mejorar su esgrima, ahora que era libre de hacer todas esas cosas que Lydden no consideraba apropiadas en una dama.

Calendemyn la acompañó hasta que el pasillo por el que caminaban comenzó a cambiar, las paredes acabaron por desaparecer para dejar paso a un espacio amplio, una densa niebla se extendía bajo sus pies ocultándole el suelo que pisaba. Amplias columnas empezaron a aparecer ante ellos y no tardaron en rodearlos. Gwyllión conocía de oídas el Bosque de Columnas, como todos los sidhe. El misterioso corazón del Palacio de Cristal, un lugar que estaba a mitad de camino entre TerraLinde y los intrincados senderos de EntreMundos. Las columnas se alzaban, ahora talladas como árboles inmaculados cuyas copas podían adivinarse sobre ellos, pero no verse. La magia era allí tan poderosa que Gwyllión la sentía hormigueando sobre su piel, erizándola como un escalofrío. Intentar cualquier hechizo en un lugar así sería como encender una llama sobre un bosque seco. Siguieron caminando en silencio durante un rato, el ambiente era demasiado solemne para

enturbiarlo con palabras. Finalmente llegaron hasta una puerta de mármol. Era un inmenso portón blanco de dos hojas con un enorme roble tallado en ellas, hilos de luz plateada recorrían las falsas vetas de la corteza del árbol para iluminar las ramas llenas de hojas.

Calendemyn empujó la puerta y la llevó hasta una sala vacía, que olía profundamente a bosque húmedo. Los ventanales de la sala estaban cubiertos con preciosas vidrieras y la luz tintada caía de lleno sobre un árbol idéntico al que acababa de ver en la puerta, que se alzaba en mitad de la sala. El suelo estaba cubierto de una fina hierba verde salpicada de jaramagos blancos. El Senescal se acercó al árbol y puso la mano sobre el tronco. Al instante, una nube de chispas de luz iluminó la enorme copa, redonda como una cúpula. Cuajado de flores, Gwyllión reconoció el Cerezo Real, el emblema de la Casa de PrendeSoles. Supo que era el mismo árbol que los primeros reyes de la dinastía habían pintado en sus escudos, soñando con la danza eterna de Danu entre las estrellas. Cada pequeña flor era tan brillante como un pequeño sol, y todas las ramas se arremolinaban formando una galaxia, una nube resplandeciente que se alzaba ante la oscuridad del universo. Entonces descubrió que algunas ramas se entrelazaban para arropar a una resplandeciente figura dormida, con el pelo rojo como el fuego primordial y la piel cándida. Sobre la frente ceñía una corona de oro blanco y pequeños zafiros relucientes.

—Entonces es cierto… La reina duerme… —susurró Gwyllión con el corazón encogido.

Ningún noble de TerraLinde que estuviese en sus cabales se atrevería a dudar de la veracidad de la historia de Silvania de PrendeSoles, la última de su estirpe. Silvania cayó en un misterioso sueño cuando sus padres ya eran ancianos para no volver a despertar. El Alto Consejo fue formado por la reina madre para evitar el vacío de poder en el reino. Las Altas Casas, consideradas descendientes directos de Danu, fueron llamados a gobernar en armonía, a la espera de que la heredera despertase. Lydden siempre lo consideró una jugada maestra que evitó que las Altas Casas se

lanzasen unas sobre otras para conseguir el trono. De este modo se mantenía la paz del reino y se preservaba el legado de la Casa de PrendeSoles. El Juramento de la Reina hizo que cada señor de las entonces diez Altas Casas hincaran la rodilla ante aquel mismo árbol. Ninguno de ellos, ni sus descendientes reclamaría el trono para sí. Esperarían a que la reina despertase, trayendo con ella un nuevo resurgir de la magia.

Esa era la historia, pero los años se hicieron lustros, los lustros se volvieron décadas. Los siglos pasaron y pasaron. Y la reina, dormida en el corazón de Palacio, protegida por una inexpugnable crisálida de magia pura y lejos de los ojos de sus súbditos, se convirtió en una leyenda para los gentiles, y en un dogma de fe para los sidhe.

—Todos los nobles del Alto Consejo ven a la reina al ocupar su puesto. Te he traído para que recuerdes que el poder no nos pertenece. Nosotros solo somos servidores de la corona, nuestras Casas juraron proteger el reino. Juraron fidelidad a la reina.

—Y su despertar también será el de la magia —recordó Gwyllión.

—Sí, eso reza el Juramento —asintió Calendemyn.

Se atrevió a tocar el tronco del árbol, estaba extrañamente caliente y era suave, como un guijarro al sol. Allí dormía el verdadero poder del reino. Volvió a mirar el rostro durmiente, los labios entreabiertos, los ojos cerrados. Tuvo la certeza de que el sueño de la reina era real. No estaba muerta, no era una ilusión. Su presencia, silenciosa y serena ocupaba la sala, hasta el último rincón estaba impregnado de la placidez del sueño. Todo parecía haberse detenido. La magia misma palpitaba allí, contenida, esperando, esperando, esperando… Su padre había visto aquel mismo rostro, y su abuelo, y así una larga línea de Señores de DanzaSombras que cerraron sus ojos para no volverlos a abrir nunca hacía ya mucho tiempo. Esperó ser una más, tener la oportunidad de gobernar, de disfrutar del poder. Quería una larga vida sin dueños. Por ella la reina podía seguir durmiendo cientos de años más.

—Cumpliré con mis deberes —contestó.

Calendemyn la miró, los ojos azules del Senescal mostraban una mirada engañosamente mansa. No albergaba una pizca de ingenuidad en ellos. Que conservase un corazón amable pese a llevar tanto tiempo cargando con un título que lo ponía en el centro de todas las intrigas del reino era un mérito. Sabía que esperaba algo de ella, algo que no le pensaba dar.

—Muchos nobles renuevan el Juramento cuando ven a la reina —dijo por fin.

«Ah, ya veo lo que pretendías», pensó Gwyllión, sin sorprenderse demasiado. «Todo este numerito era una encerrona». Jurarle lealtad a la reina era lo mismo que jurársela al Senescal. No tenía la intención de doblar la rodilla ante nadie.

—Buscaré los votos de mi padre y los renovaré —respondió fingiendo que mantenía la misma mansa obediencia que siempre había mostrado.

El Senescal asintió, le molestaba no poder leer en su expresión un rastro de decepción, una sombra de sospecha, algún gesto que le diese la llave de lo que estaba pensando. Llevaba demasiado tiempo practicando la diplomacia, a su lado ella era una principiante. Gwyllión comenzó a alejarse del árbol, allí ya no le quedaba nada por hacer y la presencia de la reina empezaba a resultarle molesta. Al llegar a la altura de la puerta se encontró con la Alférez Mayor guardando el dintel, la joven tenía los mismos ojos azules del Senescal, aunque los suyos no lograban mantenerse serenos; veía claramente la decepción pintada en ellos. Apartó la mirada, no iba a dejar que la juzgara una banderiza por muy alto que hubiesen tratado de alzarla sus padres.

Volver al salón, lejos de la solemnidad y el silencio cargado de magia salvaje fue un alivio similar al de quitarse de los hombros un manto mojado. Se sintió liberada; las conversaciones fluían, los nobles charlaban en grupos engrosados por sus secretarios, pajes y familiares. Lisandro de TorreSabia estaba hablando con su hija y con la joven Diedre, que no paraba de asentir mientras tomaba notas en la pequeña libreta que llevaba encadenada al cinturón. Al parecer, el

Canciller le estaba dando instrucciones a su nueva secretaria, era justo que supiese cuáles eran. Antes de poder alcanzarlos Rheia le cortó el paso. La sidhe salió casi de improvisto de detrás de una columna, con un vestido de color zafiro y esmeralda que atraía todas las miradas de una sala de color blanco y plata.

La sidhe le ofreció una copa de cristal tallado, pero ella ya llevaba una en la mano.

—Bebe, querida, solo somos dos damas hablando de trivialidades —le aconsejó cogiéndola del brazo—. Y no dejes de andar, así no se nos acercará nadie por ahora. Tenemos que hablar.

Gwyllión obedeció casi por inercia, la llegada de la Dama de SilvaViento había sido tan repentina que su única reacción fue darle un sorbo a la copa y comenzar a seguir el paso de su acompañante. El vino era dulce, estaba frío y las burbujas le acariciaban la lengua.

—He visto a la reina —murmuró aún sorprendida.

—¿Así que eso era lo que quería el viejo zorro? ¿Hacerte doblar la rodilla ante la princesa de la siesta eterna? Espero que hayas sido lo bastante lista como para no hacerlo.

—No era mi intención —respondió ofendida.

—Perfecto, porque ahora mismo tu voto me pertenece.

Se separó del brazo de Rheia de un tirón, olvidándose por un momento de las decenas de ojos que las rodeaban.

—¿Cómo te atreves a decir eso? —le siseó.

La banderiza de AltaCumbre soltó una risilla amistosa y vació su copa de un trago para dejarla sobre una mesita. Luego volvió a colocarse junto a Gwyllión, le agarró el brazo con fuerza y se apretó contra ella.

—Porque puedo, porque tengo tus secretos guardados en una cajita —le susurró para luego añadir con un tono que era todo miel—: Pero no quiero usarlos, quiero que seamos amigas, que tus planes sean los míos. Podemos alcanzar un poder con el que tu padre nunca se atrevió a soñar. Necesito que votes a favor de la presa de Elio.

—Eso daría una excusa a CopasAltas para reclamar ValleLargo, lleva semanas acampando tropas en la frontera. Si permito que Elio invada NubeArgéntea, ¿Cómo voy a pedir luego que me defiendas cuando Ayden meta sus tropas en mis tierras?

—No tendrás que pedir que nadie te defienda. Nosotras nos defenderemos. Dime una cosa, ¿no hay cerca de esas fronteras un sistema de cuevas?

No entendía cómo podía saber Rheia de la existencia de las cuevas de AguaOculta, parecía saberlo todo. Todo sobre ella, todo sobre sus tierras natales. Entonces se dio cuenta de que nada de aquellos encuentros era casual, no estaba en mitad de un plan improvisado. La Dama de SilvaViento llevaba mucho tiempo preparando el modo de alcanzar sus propias metas y ella era una pieza más, una jugada más en mitad de una partida muy larga.

—Sí. —No tenía sentido mentirle—. Hay cuevas muy cerca.

—Entonces te daré un ejército, uno que Ayden no espera. Y tanto oro como puedas soñar. Déjame esas cuevas y dame tu voto.

—Me sentiría más cómoda si me contaras qué tramas.

—Aquí no. —Rheia suspiró sobre su cuello, haciéndole cosquillas—. ¿No te he cuidado hasta ahora? ¿No te he ayudado y protegido? Seguiré haciéndolo y te prometo que pediré muy poco a cambio. A mi lado saldrás ganando.

Fuese cierto o falso, Gwyllión estaba atrapada. Sin darse cuenta, se había convertido en un pajarito atrapado en una trampa construida hacía mucho tiempo. Si votaba a favor de la construcción de la presa de Elio, polarizaría el Alto Consejo y centraría su atención en un solo problema, mientras Rheia seguía jugando a sus juegos, oculta de la vista de todos. Por ahora tenía pocas opciones. Solo le quedaba transigir. Pero ella también era capaz de jugar a largo plazo, solo tenía que encontrar el modo.

—Está bien, Elio tendrá mi voto.

Estaba metida a ciegas en un juego que no conocía. Tendría que espabilar y aprender las reglas.



49. Peleas de gatos

—Tengo que enseñarte algo —le dijo a Manx mientras miraba de reojo las luces encendidas—. Te va a encantar.

La phoka siguió a Nicasia hasta la Carbonería. Quedaban tres días para Samhain y la actividad de la carpintería estaba siendo frenética. Muchos nobles encargaban al Maestro Avispa las máscaras y los disfraces que lucirían en el Baile de Otoño y todo debía estar perfecto para entregar el día de antes, así que los aprendices estaban dispuestos a doblar horas si era necesario. Ninguno de ellos quería que su nombre fuese ligado a un trabajo mediocre, había que ultimar detalles y dar los retoques finales. Era casi medianoche cuando Bermejo dejó por fin su puesto de trabajo para irse a dormir. Nicasia tenía prácticamente todas las llaves de la Carbonería, abrió la puerta y entraron de puntillas, sin encender ninguna luz. Sabía que Manx podía ver en la oscuridad casi tan bien como ella y, de cualquier modo, conocía aquel lugar lo bastante bien como para moverse a ciegas. La llevó hasta una habitación contigua a la carpintería, donde los aprendices tenían colgadas de las paredes las máscaras que habían fabricado en los últimos meses. Sobre una mesa también había algunos complementos: un peto de madera que imitaba el de una armadura, tallado con la forma de una cabeza de tarrasca con las fauces abiertas, unos zancos con muelles listos para hacer cabriolas y todo tipo de armas falsas: espadas, arcos y escudos de varios tamaños, todos ellos con hechizos atados a la madera para crear ilusiones y efectos mágicos. Un par de crinolinas

esperaban a sus dueñas sobre sendas panoplias. Alrededor de una de ellas giraban estrellas, lunas y planetas, la otra imitaba un enorme papel de avispas de fuego.

La mestiza le fue explicando las mejores máscaras y prendas mientras Manx la escuchaba con los ojos brillantes y una sonrisa que valía más que todas las piezas del almacén. La gata se fijó en una máscara que representaba un rostro arrugado que sobresalía de un trozo de árbol seco. Algunas hojas doradas colgaban de unas ramitas delicadamente talladas. El nivel de detalle era asombroso, la corteza del árbol parecía real, y no esculpida, la boca tenía una curva suave que escondía una sonrisa y las cuencas de los ojos tenían una forma alargada, como ranuras del propio tronco. El color estaba aplicado con delicadeza, musgo de varios colores se agarraba a las grietas como si se tratase de un árbol vivo.

—Impresionante, ¿verdad? Uno de los mejores trabajos que han hecho Asha y Bermejo —le explicó observando la expresión de asombro de la gata.

Sin mediar palabra, Nicasia tiró de una de las ramas. La máscara se abrió dejando escapar una nube de mariposas mientras sobre un segundo rostro se abrían racimos de flores que perfumaron el ambiente. La segunda máscara representaba un rostro joven, con la piel lisa y lustrosa y una serena sonrisa que contrastaba con el rostro arrugado de la máscara exterior. La carpintera había lijado y pulido la madera hasta que había quedado lisa y suave. Nicasia la cerró de nuevo y, al volverla a abrir, se repitió el efecto mágico de las mariposas. Lo increíble era que las flores no eran una ilusión, sino que los pétalos estaban tallados uno a uno y montados sobre un mecanismo que se abría al mismo tiempo que la primera máscara.

—No tengo palabras, es preciosa —admitió Manx acariciando una rama.

—Como tú —dijo Nicasia cogiéndola de la mano.

—¿Te imaginas llevar algo así a un baile? Y un vestido enorme, con mucho vuelo. Que sea ligero para que se mueva cuando estés bailando. En un salón elegante lleno de luces…

Manx la cogió de la cintura y comenzó unos pasos de baile que Nicasia siguió conteniendo la risa. Acabaron chocando con una de las mesas y prefirieron salir de la carpintería antes de armar un estropicio. Siguieron bailando por el patio, hasta que quedaron frente a frente. La phoka le dio un beso largo y tierno, cuando se separaron tenía los ojos brillantes. La noche era fría y clara, con un cielo despejado en el que se adivinaba la fina cuchillada de la luna. El toque de queda había hecho que la ciudad quedase envuelta en un tranquilo silencio. En esos primeros momentos de la noche, cuando las hadas empezaban a recogerse y las calles se quedaban vacías, sentían que el mundo desaparecía para dejarlas solas.

—Prefiero bailar aquí —dijo Nicasia—. Prefiero que estemos las dos a nuestro aire para hacer lo que queremos.

Manx giró con gracia alrededor de la knocker.

—¡Tenemos que bailar juntas en Samhain! ¡Tu primer Samhain en la Corte! No es tan brillante como un salón de Palacio, pero bailar entre las hogueras bajo las estrellas mientras suenan los tambores de invierno… —Hizo una pausa para intentar encontrar la mejor manera de explicarlo, tras darle un par de vueltas se rindió—. Es algo que tienes que vivir. No puedo explicarlo.

La idea de salir de la Carbonería y exponerse a la muchedumbre ponía nerviosa a la mestiza. A ratos pensaba que lo mejor sería fingir que se ponía enferma esa noche para quedarse a solas en la buhardilla. Tranquila y a salvo. Era una decisión que tendría que tomar pronto, pero no de inmediato, su principal preocupación ahora era la visita sorpresa del padre de Manx. La gata parecía no notar sus nervios, seguía bailando y hablando sobre Samhain. «Espero que se alegre de ver que sigue vivo», pensó jugueteando con su trenza.

—Oh, podría enseñarte la explanada, si quieres. —Los ojos de Manx se animaron con la chispa de una idea—. Ya deben de haber empezado a decorarla.

—¿Ahora mismo? Hay toque de queda…

La phoka le puso un dedo sobre los labios y se acercó a ella.

—Nadie me ha detenido nunca en los tejados, los conozco mejor que las calles de la ciudad —le dijo traviesa—. No te pasará nada.

Miró de reojo las ventanas de los aprendices. La de la habitación de Gubia acababa de apagarse, pero la de Bermejo y Jovial seguía encendida. Seguramente estarían jugando a las tabas o leyendo *El cotilla ilustrado*. En el despacho de Avispa tampoco había luz, pero su dormitorio daba a la calle, así que podía seguir despierto. Tenía que retener a Manx algo más de tiempo, aunque no le resultaría fácil.

—No, no, no, no. El Maestro Avispa me mataría si nos pilla la Guardia y tiene que pagar una multa por mi culpa —dijo asustada.

—Alia y sus colegas van donde les da la gana y aún no los han pillado —presumió Manx—. Solo pillan a los idiotas.

No dejaba de sorprenderle lo ciega que podía llegar a estar Manx con respecto a su madre y los círculos en los que se movía. Incluso ahora, que ambas apenas se hablaban, seguía defendiéndola. La comprendía, porque ella se había comportado igual con Eleazar. Se sentía tan agradecida por haberla ayudado a escapar, por facilitarle sus primeros pasos en el exterior, que le perdonó demasiadas cosas, como que la hiciese vivir con los esclavos de la familia o que dejase que su mujer y sus hijas la insultaran. Se ganó su estancia en la caravana trabajando de sol a sol mientras su salvador mantenía las distancias, mostrando indiferencia al pasar por su lado e incluso negándole un saludo cuando estaba acompañado de los ancianos del Círculo o de algún familiar. Y ella lo toleraba porque era feliz de estar al aire libre, porque, al caer la noche, el hada se sentaba a su lado y la enseñaba a leer y a escribir, a hablar la lengua común y muchas de las cosas que necesitaría para poder vivir bajo el cielo. Eleazar le tiraba las migajas de su atención y ella las convertía en un banquete. Veía hacer lo mismo a Manx, corretear tras su madre, un cachorrillo buscando una pizca de calor incapaz de ver que Alia no la consideraba una hija a la que querer, porque su única prioridad era conseguir fumarse la siguiente pipa, y la siguiente.

Sabía que era inútil intentar hacerla comprender que lo más probable era que Alia acabara entre rejas cualquier noche, y que lo mejor que podía hacer era alejarse de ella. Ahora veía que se había esforzado por justificar el comportamiento de Eleazar, igual que Manx hacía con su madre. Una pequeña caricia la hacía olvidar horas de abandono, una broma o una sonrisa borraba cualquier desdén, cualquier mal gesto. Era más fácil seguir amando que admitir que estaba sola. Manx no tenía por qué sufrir eso, ella tenía otras oportunidades. Solo esperaba que su padre tuviera una oportunidad de hacérselo ver.

Nicasia abrazó a la phoka, apoyándole la cabeza en el hombro.

—Ya verás cómo todo sale bien al final —dijo deseando que fuese verdad.

La luz del último dormitorio se apagó. Nicasia suspiró, era la hora de la verdad.

—Voy a buscar algo de cena —dijo señalando la cocina.

Entró en la cocina con el corazón en un puño. No sabía si estaba haciendo lo correcto o, por el contrario, aquel error la alejaría de Manx para siempre. Se asomó con discreción a una de las ventanas al escuchar un grito ahogado que le hizo suponer que el tal Jadul acababa de aparecer en el patio. Desde allí pudo distinguir las siluetas de los dos phokas y una serie de murmullos airados. Estaba demasiado lejos para escuchar lo que decían, aunque por el tono no parecía que fuese un reencuentro feliz. Cada vez que Jadul intentaba acercarse a su hija, esta se apartaba con la cola erizada y las orejas gachas. Nicasia tragó saliva. Si empezaban a gritar, iban a despertar a toda la carpintería.

El gato trató de acercarse una vez más a Manx y esta huyó, trepando por el techo del establo. Nicasia maldijo entre dientes y salió a toda prisa tras los phokas, pero cuando logró subir al tejado, se habían esfumado. Era imposible saber hacia dónde habían ido, un mar de tejados se extendía ante ella en todas direcciones. No se atrevía a dejar la seguridad de la Carbonería, la asustaba que la pillasen. Se sentó en cuclillas sobre las tejas de madera para ahogar

las ganas de gritar. Quizás acababa de poner a Manx en peligro con sus estúpidas buenas intenciones, a fin de cuentas, no sabía nada de Jadul. Había decidido ayudarle porque odiaba a Alia, odiaba cómo le hablaba a su hija, cómo la trataba y el daño que le hacía. Pero eso no hacía bueno al padre. Volvió a ponerse de pie, estaba tan nerviosa que apenas conseguía respirar, le dolía el pecho, la cabeza le daba vueltas y por mucho que miraba a su alrededor, no encontraba nada que la tranquilizase. Ni se le ocurría algo que pudiese hacer. Cogió una manta de la buhardilla, se la echó sobre los hombros y esperó sobre el tejado, temblando de frío y de miedo. Maldiciendo por tener tan buenas intenciones y tan malas ideas.

Hasta que la luna no empezó a bajar, no distinguió una sombra moviéndose por los tejados en dirección a la Carbonería. Se puso de pie de un salto, al principio con cierta esperanza, porque le pareció distinguir la figura de un phoka, la cola y la manera de moverse le hizo pensar en Manx. Perdió toda ilusión cuando tuvo la silueta más cerca: era Jadul y venía solo.

—¿Qué ha pasado? —Nicasia tuvo que contenerse para no gritar.

El gato le puso una mano sobre el hombro y ella se apartó molesta.

—¿Dónde está Manx? —repitió más nerviosa.

—Mi hija tiene suerte de tener a alguien que se preocupe así por ella —dijo Jadul conmovido—. No ha querido escucharme. Se ha marchado y no sé dónde puede estar.

—Ha debido ir a buscar a Alia.

Jadul asintió.

—Eso creo. ¿Sabes dónde está? —le preguntó esperanzado.

—Ni idea. —No necesitaba mentir para contestar a esa pregunta.

El gato se encogió de hombros y se frotó la cuenca del ojo que le faltaba.

—Tenía que intentarlo —respondió con resignación—. Manx piensa que quiero vengarme de su madre, pero solo quiero ponerla a salvo. La Alférez Mayor anda siguiéndole los pasos a la gente de Urakarnake, es cuestión de tiempo que los encarcelen a todos y no

quiero que ella corra esa misma suerte. Pero a mí no me escuchará. Creo que, si alguien puede mantenerla a salvo, esa eres tú.

—¿Yo? —preguntó sin comprender.

—Ella te quiere, volverá contigo. Aquí está a salvo.

Una oleada de pánico invadió a Nicasia. Recordó la carpeta azul, oculta bajo la estantería del despacho. Si los sidhe detenían a Alia y Urakarnake, acabarían por delatar a Avispa.

—No, aquí tampoco estará a salvo —tartamudeó Nicasia—. Mi jefe es cómplice de Urakarnake… Estaremos todos en peligro. Avispa conoce a un sidhe que lo protege. No sé qué pasará si los detienen…

Asha, Bermejo, Jovial, incluso Gubia, podían perder el trabajo, su hogar, tal vez hasta acabar en una mazmorra. Nicasia sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Eleazar le había prometido un lugar seguro. Aquello no era justo. Jadul la cogió por los hombros.

—Tranquila, respira hondo. ¿Hay un sidhe detrás de esto? ¿Estás segura? Eso podría ser una buena noticia. Los nobles se pelearán entre ellos como siempre y se olvidarán de los gentiles. A la Alférez le interesará más ir a por ese sidhe…

—No estoy segura. Creo que un tal AltaCumbre paga a mi jefe por un trabajo que no existe. —Se arrepintió de haber dicho aquello cuando vio la cara de preocupación del phoka.

—AltaCumbre… es una Casa del Alto Consejo. Sombras del día y de la noche… Esto no pinta bien.

El gato dio un par vueltas por el tejado, sacudiendo la cola, visiblemente nervioso.

—Necesito que te calmes —le dijo Jadul dándole su pañuelo—. Entiendo que estés asustada, pero por ahora no te preocupes, actúa como siempre, ¿vale? Estos días sigue con tu trabajo y mantén la boca cerrada. Te prometo que no permitiré que os pase nada ni a ti ni a Manx. Buscaré el modo de poneros a salvo.

—¿Y los aprendices? Si le pasa algo a Avispa, podrían perderlo todo…

—Tienes buen corazón —le dijo el gato. Al verla temblando la envolvió en la manta—. Estoy seguro de que, en ese caso, la Alférez

y el Gremio de Constructores llegarán a un acuerdo. No te preocupes.

—¿Qué hacéis hablando vosotros dos?

Escuchar la voz de Manx fue como si la tocase un rayo. Se giró sin ser capaz de articular palabra. La phoka estaba subida en la chimenea del edificio principal, mirándolos con la cara encendida de ira. Antes de que pudiese reaccionar, o siquiera pensar en algo que decirle, Manx se dio media vuelta y echó a correr por los tejados. Una luz se encendió en el cuarto de Gubia.

—¿Quién anda ahí? —gritó el knocker asomado a la ventana. Llevaba un ridículo gorro de dormir con un estampado floral que en otro momento habría hecho reír a Nicasia. El carpintero miró en todas direcciones maldiciendo.

—¿Qué haces gritando a estas horas, viejo? —la voz de Jovial resonó malhumorada desde el otro dormitorio—. ¡Vuélvete a la cama, chalado!

Jadul tiró de Nicasia a tiempo para que se agachase, quedando los dos ocultos tras un pequeño muro que separaba la cuadra del edificio principal.

—Tengo que ir a por Manx —le susurró—. Volveremos a vernos. Mientras tanto, mantén la calma y ten la boca cerrada.

Se marchó de un salto, dejando a la mestiza sola sobre el tejado. Con mucho cuidado, se deslizó dentro de la buhardilla. Tenía la mirada de Manx clavada en el corazón. «Nunca me perdonará», pensó derrumbándose sobre la cama. Volvía a estar sola, sola y rodeada de peligros.



50. EntreMundos

Jadul regresó a casa arrastrando los pies y los ánimos. El día iba tiñendo el cielo de rosa y dorado. La luna comenzaba a transparentar mientras el azul nocturno palidecía y apagaba las estrellas. No le hizo falta entrar a hurtadillas. Pese a lo temprano que era, Uro ya estaba levantado, absorto en el ritual que antecedía a sus jornadas de trabajo. Le gustaba tener sobre la mesa todo lo que iba a usar, bien alineado, y tomarse el primer café del día mientras miraba el dibujo o el manuscrito sobre el que estuviera trabajando. Al toro le bastó echarle una mirada para darse cuenta de que las cosas no habían salido bien. Se levantó de la silla y fue hacia él para envolverlo en un enorme abrazo.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó acariciándole el pelo—. Venga, te preparo un café y me lo cuentas.

Jadul dejó la capa y la bufanda en el colgador junto a la puerta. La casa estaba casi vacía, y vista sin sus cachivaches hogareños, la habitación parecía enorme. Triste y desolada como ellos, en un rincón se amontaban un par de cajas y un baúl que contenían sus magras pertenencias. Uro solo había dejado fuera lo imprescindible para poder acabar unos últimos encargos, la poca ropa que tenían y los maltrechos cacharros de cocina. Ambos pensaban largarse tan pronto como hubiesen conseguido convencer a Manx de que viniese con ellos, o al menos de asegurarse de que estaba a salvo. Cuando se sentó ante la mesa de la cocina, Uro le sirvió una taza de café solo y enseguida empezó a tostar pan en la sartén. Se dejó abrazar

por el sabor del brebaje que el toro se bebía para empezar las mañanas, tan intenso que despertaría a los muertos. Tras beberse media taza y añadirle un buen chorro de leche al café que le quedaba, se sintió con ánimos de empezar a hablar.

—Nuestra hija no se creyó ni una palabra de lo que le conté —dijo derrotado cuando acabó el relato—. Cree que queremos castigar a Alia. Le tiene la cabeza totalmente comida y lo peor es que he vuelto a perderle el rastro.

Uro le dio un par de palmaditas en la mano. Lo vio luchar contra el desánimo, esforzándose por ocultarlo tras una sonrisa de apoyo. Era capaz de encajar las malas noticias con la misma fortaleza con la que encajaba golpes en la arena. Jadul estaba convencido de que no había en TerraLinde un hada más fuerte y tozuda que él.

—Volveremos a dar con ella. La ciudad no es tan grande y ahora ya no tenemos que preocuparnos de Munera y los suyos. Ten paciencia —lo animó—. Y duerme un poco, sin energía no encontrarás ni tus zapatos.

No tuvo más remedio que devolverle la sonrisa mientras contenía un bostezo. Estos últimos días, mientras vigilaba la Carbonería y pensaba en la mejor forma de abordar a Manx, le contaba a Uro cómo le iban las cosas a su hija. Le dijo que tenía una compañera, una knocker con un buen puesto de trabajo que parecía bastante sensata. Se alegró mucho el día que se lo contó, solía opinar que a Manx le faltaban influencias positivas.

—Lo peor de todo es que creo que he hecho que tu hija se enfade con la novieta con la que anda.

—¿La knocker? ¿Qué te ha parecido?

—Feúcha —explicó intentando ponerle algo de humor al asunto—. Pero creo que quiere a Manx de verdad. Espero que acaben haciendo las paces.

Le remordía haber dejado a la pobre chica sola sobre el tejado. No podía convencerse de que era culpa de Manx por no escuchar nunca a nadie. Pero no tendría que haber metido a la knocker de por medio, le debía una disculpa. Aunque bien pensado, lo mejor que

podía hacer por ella era ponerla a salvo. Lena estaría encantada de enterarse de lo que había averiguado sobre la carpintería. Puso al día al Uro de esas últimas averiguaciones, lo que hizo que el phoka arrugase el hocico. Que le cayese bien la mellifata no quería decir que tuviese buena opinión de la Alférez.

—Que los sidhe arreglen sus mierdas sin nosotros. Tenemos que centrarnos en encontrar a Manx —bufó el toro—. Tú descansa un rato y yo iré a preguntar por nuestro viejo barrio. Quizás sus antiguos amigos puedan ayudarnos. Además, quiero entregar unos encargos, no nos vendrá mal tener algo de dinero en el bolsillo.

Se recostó en el respaldo de la silla y se estiró. Le crujieron las rodillas y un desagradable pinchazo le agarrotó el cuello. Con el frío de la noche se le habían entumecido los huesos. Unos años antes se habría pasado toda la noche jugando al tarot o bailando en alguna taberna y ahora un par de carreras por los tejados lo dejaban baldado. Hacerse viejo era un trago difícil de aceptar.

—Estoy tan cansado que no sé si dormiré —gimió ahogando un bostezo—. Creo que bajaré a los baños antes de echar una cabezadita.

—Me parece una buena idea. Además, a estas horas, en los de Ahti no hay casi nadie. Seguro que te deja la bañera grande.

Mientras hablaba, Uro recogió algunos papeles de la mesa y los guardó en un bolsillo oculto en la manga de su jubón.

—¿Qué has vendido? —quiso saber.

—Hay mucha demanda de pases para caminar de noche por la ciudad, pero no quiero hacer demasiados y los estoy vendiendo muy caros para desanimar a la clientela. La Guardia los otorga con cuentagotas y si de repente hay demasiadas hadas por las calles, llamará la atención.

—Si se los llevas a Petrel, salúdalo de mi parte. Hace tiempo que no veo al viejo.

No había vuelto a pisar la taberna desde el día en que recogió aquel encargo misterioso. No culpaba al viejo de su encuentro con la dama misteriosa. Petrel no era un mal tipo, seguramente habría

descartado el anuncio del tablón a la mínima sospecha de que encerraba algo peligroso. La evitaba porque al recordar el viejo tugurio donde tantos buenos momentos habían pasado, se deslizaba en él un sentimiento oscuro, el temor mudo y visceral del conejo que presiente a un halcón volando sobre el prado. Uro seguía sin saber nada de esa noche, no era capaz de contarle una sola palabra. No por miedo, el geas lo hacía físicamente imposible.

Recogió algo de ropa limpia. Lena se las había arreglado para que volviesen a darle prendas nuevas después de la explosión. Tuvo la suerte de no perder la espada de la armería real porque en el último momento había decidido no llevarla y optar por una daga, que le resultaba más sencilla de esconder. Le habría dolido perderla, para los gentiles conseguir un arma de esa calidad era prácticamente imposible. Cuando dejase la Corte, esperaba conseguir trabajo como mercenario para algún comerciante, o quizás volvería a sus días de titiritero. En la capital, su espectáculo no era rival para los teatros, las charadas y los sofisticados eventos de sombras danzarinas y los extraordinarios juglares. La competencia era feroz, pero podía irle razonablemente bien en una ciudad pequeña o de itinerante por algunos pueblos.

La casa de baños de Ahti era la mejor del barrio. Aunque había otras dos, más grandes y modernas, Jadul prefería la de Ahti y su familia porque la mantenían escrupulosamente limpia. Las salas olían a madera pulida y el jabón de sauco que vendían hacía una espuma espesa que le parecía de lo más agradable. Para rematar, justo enfrente del local había un negocio que vendía batidos, zumos de frutas y todo tipo de infusiones frías o calientes que eran el remate perfecto después de un buen baño.

Tal como Uro había predicho, Ahti estaba ya tras el mostrador de la tienda, metido hasta el cuello en su propia piscina de agua caliente. El phoka había llegado con su familia hacía muchos años desde las tierras sumergidas de BosqueHundido y quizás explicase por qué le gustaba pasar tanto tiempo en su forma animal, incluso en el trabajo. Era algo menos habitual en los phokas de la capital,

aunque llevaban allí tanto tiempo que nadie se extrañaba de encontrarse a un capibara atendiendo la casa de baños.

—Buenos días, Ahti.

El phoka abrió los ojos y lo miró con expresión plácida.

—¿Puedo usar la bañera grande? ¿Hay alguien ya por allí?

—Está vacía, eres el primer cliente del día. Aprovecha.

Dejó el dinero en el mostrador y entró en el vestidor para soltar la ropa en una cesta de mimbre. Se enjabonó y se aclaró bien antes de sumergirse en el agua caliente. La sala estaba llena de vapor y el rumor del agua era tranquilizador. El cuerpo se le fue desentumeciendo. Cuando Manx era niña jugaban en el agua con los hijos de Ahti, su familia era tan grande como hospitalaria. Entonces, todos iban en verano al lago de la pradera, a pasar los largos días de calor entre el frescor del agua y la sombra de los árboles. La sonrisa de aquel recuerdo no le duró mucho. Ahora ni siquiera sabía dónde estaba su hija y tenía que darse prisa si no quería que la Alférez la pillase antes de que él la pudiera encontrarla. No pensaba fiar la suerte de Manx a la generosidad de ningún sidhe, más aún cuando había Altas Casas involucradas. Si el Alto Consejo decidía dar ejemplo con aquel asunto, los castigos podían ser muy severos. Le repugnaba la tremenda hipocresía que envolvía toda la trama. Ni por un segundo se creía que a algún noble le preocupase que los gentiles estuviesen consumiendo una sustancia peligrosa. Las flores de luna no eran para nada inofensivas y se podían comprar en cualquier herborista. La diferencia estaba en que los vendedores de flores pagaban sus impuestos, igual que los recolectores. El azul le estaba colmando los bolsillos a un grupo de hadas que no querían llenar las arcas reales a costa de sus beneficios, podían congraciarse con los gentiles, aunque Munera no le inspirase ninguna compasión, porque serían los que pagarían las consecuencias. A quienes depreciaba era a los nobles que movían los hilos. No creía que fuesen a recibir castigo alguno. No, tenía que poner a Manx a salvo cuanto antes. Alia podía cavar su propia tumba como prefiriese pero no iba a permitir que arrastrase a su hija con ella.

Tenía dos retos por delante. El primero era volver a encontrar a Manx. El segundo, pensar cómo lograr hablar con ella. No quería volver a discutir, cada pelea los alejaba un poco más y, si seguían al ritmo actual, acabaría abriendo un abismo entre ellos.

Un zumbido pesado, que recordaba al de un moscardón enorme o al vuelo de un escarabajo, interrumpió sus pensamientos. Jadul ya lo reconocía de sobra, aunque no fuese capaz de ver a la responsable.

—Estoy desnudo, Lena.

La mellifata apareció de golpe sobre su cabeza al romper el hechizo que la ocultaba.

—Yo también, ¿y qué? Tampoco es la primera vez que te veo el culo. No tiene nada especial, es un culo.

A Jadul le seguía maravillando que la duende no sintiese el frío. Antes de conocerla pensaba que los duendes no usaban ropa porque eran criaturas poco inteligentes, prácticamente incapaces de fabricar las cosas más elementales. Descubrir que no la necesitaban lo obligó a replantearse mucho de lo que creía conocer sobre ellos. Lena solo notaba la temperatura exterior en lugares donde no tenía conexión con el tejido de la magia, el resto del tiempo su propia naturaleza la protegía.

—Vale, tienes razón —concedió—. Si quieres saber cómo me fue anoche te diré que bastante mal. —Hubo una buena carga de amargura en sus palabras.

La mellifata se tiró a la bañera y comenzó a flotar bocarriba, nadando en pequeños círculos.

—Me lo he imaginado cuando te he visto aquí con la cara larga.

—Al menos he averiguado algo que puede interesarte. El perfumista no era el único negocio de la Corte donde se vendía el azul. El perfumista la fabricaba y se la vendía a los clientes ricos, el resto de la mercancía se guarda y se vende en otro sitio, en una carpintería llamada la Carbonería. Según he podido averiguar, el dueño trabaja para la Casa de AltaCumbre. Quizás sea el nombre del inversor del perfumista.

Lena se subió al borde de la bañera. Su habitual expresión risueña había desaparecido por completo.

—¿Estás completamente seguro de eso?

—Es lo que he descubierto. —Jadul se encogió de hombros—. Aunque sí creo que merece la pena investigarlo. Me lo contó una aprendiza y parecía bastante asustada.

—AltaCumbre… —La mellifata se sacudió el agua con energía—. Como sea verdad, será un problema considerable… No sé si alegrarme por tener una pista nueva o tirarme de los pelos pensando en lo que se le puede venir encima a Sygurn. Bueno, lo decidiré luego. Primero voy a ayudarte a encontrar a tu hija.

—¿Sabes algo? —No se atrevía a darle alas a sus esperanzas, aunque le resultaba inevitable hacerlo.

—Las hadas sois poco imaginativas con el uso de la magia, no te ofendas, pero habéis olvidado muchas cosas importantes.

—¿Como qué?

—Como la urdimbre de la magia —respondió Lena peinándose la larga melena con los dedos.

—¡No me he olvidado de la urdimbre de la magia! —Que lo considerase tan ignorante hirió un poco sus sentimientos.

—Entonces, ¿por qué no la usas para buscar a tu hija? Estáis unidos por un vínculo de sangre, si sigues el hilo que os une, llegarás hasta ella —le explicó como si fuese lo más evidente del mundo.

—¡Porque viajar por EntreMundos es peligroso! —Jadul gritaba más enfadado consigo mismo por no haberlo pensado antes que porque realmente considerase la idea de Lena un peligro.

—Tienes un geas encima, la criatura que te lo echó no va a dejar que te hagan daño —le recordó su amiga—. Sé que no puedes hablar de él aquí. En el Bosque de las Luciérnagas estabas protegido por la Magia Salvaje, que es primordial y sagrada. Escapa del control de la emplumada esa. Aquí vuelves a estar en sus dominios, así que ni lo intentes. Tampoco hace falta explicar nada.

Jadul salió de la bañera y corrió a la habitación de secado. Ahti había invocado una suave corriente de aire caliente dentro de un cuartito pequeño de cuyas paredes colgaban varias toallas. Lena encontró divertidísimo volar dentro del suave torbellino. Al salir de la casa de baños, los recibió una bulliciosa mañana otoñal y la mellifata volvió a hacerse prácticamente invisible.

—Vuelvo a Palacio. Mucha suerte con Manx. ¿Necesitas ayuda para tirar del hilo?

Sentía la vocecita de Lena por encima de la cabeza, muy cerca de las orejas.

—No creo, sé cómo puedo hacerlo. Lo que no sé es cómo agradecértelo.

—No tienes que agradecerme nada, eres el primer amigo que tengo aparte de Sygurn. Me gusta ayudarte.

—Ojalá te hubiese conocido antes, Lena. Me habría venido bien una amiga sensata.

—Más vale tarde que nunca. Nos vemos pronto.

—Que tus días sean brillantes —se despidió Jadul.

Volvió a casa después de pasar por la botica de Lantana, un sátiro viejo que vendía buenos remedios a precios razonables Lo que Lena le había dicho era cierto, las hadas no tenían la misma conexión que los duendes con la urdimbre de la magia. Jadul no era ningún erudito, no conocía el motivo. Las cosas eran así y no necesitaba saber nada más. Viajar por EntreMundos era algo que nunca había hecho, el plano de las brumas que rodeaba TerraLinde era un lugar aterrador, habitado por criaturas peligrosas, donde el tiempo y el espacio tenían reglas que no se parecían en nada a las que él conocía. Pero desde allí se veía la urdimbre, y si encontraba el hilo que lo unía a Manx, solo tendría que seguirlo para que lo llevase a ella. No necesitaba ningún tipo de equipaje, no cogió la espada, ni la daga. No se llevó las ganzúas. Lo único que cogió fue la bolsa de monedas de oro que seguía escondida en el fondo del espejo. Nunca había tenido el valor para reconocerlo, pero siempre había sabido que, llegado el momento, de entre proteger a su familia y una bolsa

llena de oro, Alia escogería la bolsa. La escogería todas y cada una de las veces que se le planteara aquel dilema. Cerró los ojos, sintiendo el peso de la bolsa en las manos. Aquel era el peso de su alma y le pareció poca cosa.

Así que cogió un carboncillo y pintó una puerta en la pared desnuda, luego sacó las setas secas que le había comprado a Lantana y se las metió en la boca. Sabían a tierra, a moho y eran gomosas como el cuero de unas botas viejas. Le costó tragarlas, estaba a punto de hacer algo que no había intentado nunca. Iona, que era la que conocía las brumas, decía que las sombrillas de bosque eran las mejores para ver el tejido de la magia. Recordarla siempre le resultaba agridulce. Al verla aparecer ante la puerta pintada, sintió un pinchazo en el corazón. La sluagh lo miró con dulzura. «Es una ilusión, no es nada más», se dijo para ahogar la oleada de sentimientos que le producía verla allí de pie, con el vestido de gasa azul oscuro que tanto le gustaba y una sobrevesta con las fases de la luna bordadas alrededor del cuello. Iona abrió la puerta y cruzó el umbral, esperando que él lo imitase.

Se encontró ante un paisaje inmenso, con los colores desmoronándose a su alrededor como una acuarela demasiado aguada. Lo único definido y claro era la figura oscura de Iona, que sostenía entre las manos un delgado hilo de color humo. Jadul sintió lo que era, porque pese a que verlo era casi imposible, podía sentirlo, en cierto modo tiraba de él. Estaba hecho con todas las canciones, los cuentos, las risas, los disgustos y las alegrías que había compartido con Manx, y esa hilera de recuerdos se extendía a lo largo de un camino que se perdía en el horizonte borroso. El hilo y su guía eran lo único real en aquella senda de brumas, así que la siguió. Caminó hasta que perdió el sentido del tiempo, le parecía que llevaba una eternidad andando pese a que no estaba cansado. Trataba sobre todo de centrarse en andar en línea recta, sin mirar a los lados, porque por el rabillo del ojo creía ver largos grupos de pájaros negros como gotas de tinta fresca, posados sobre árboles

fantasmagóricos y desdibujados. Podía adivinar una miríada de ojillos clavados en él, vigilando todos sus pasos.

—Iona, ¿adónde vamos? —preguntó por fin.

La sluagh muerta se giró para mirarlo.

—Pensé que no ibas a hablarme nunca —le dijo risueña—. Ya hemos llegado.

Una puerta de color azul se dibujó en mitad del camino.

—¿Si no te hubiese dicho nada habríamos seguido andando?

—Es posible. No conozco bien las reglas de este sitio, estoy aquí porque me has llamado.

—Me gustaría volver a verte. —Trató de acercarse, pero la imagen siempre parecía estar a dos pasos de distancia—. Uro y yo te echamos de menos. Yo te echo de menos. Todo ha ido a peor desde aquella noche.

Iona le sonrió, Jadul esperaba alguna frase de consuelo, una despedida. Cualquier cosa que fuese capaz de aliviar la ausencia que llevaba cargando tantos años. No quería volver a dejarla. La sluagh abrió la puerta.

—Yo soy el pasado. Ya no necesito nada, no soy nada. —Señaló el vano abierto—. Fuera está el presente. Manx te necesita.

Tenía razón, Iona siempre fue razonable, dulce, sensata. Todo lo que él no era. Al menos esta vez podría decirle algo que llevaba mucho tiempo guardado en su corazón.

—Adiós, Iona. Siempre te recordaré.

La sluagh se deshizo en un soplo y Jadul se quedó solo delante de la puerta abierta. El gato cerró el ojo sano con fuerza, no iba a llorar. Iona tenía razón. Ya no podía hacer nada por ella, pero aún podía ayudar a Manx. Se secó los ojos y cruzó la puerta.

No le sorprendió encontrarse en mitad de las MalasCasas. Alia parecía empeñada en volver a su antiguo barrio una y otra vez. Había aparecido en un callejón sin salida, delante de una casa desvencijada de adobe basto con un tejado hecho de planchas de metal que conocía muy bien. Jadul miró a su alrededor, reconocía el sitio. Los edificios que daban al callejón eran negocios honrados:

una lavandería que era la culpable del suelo embarrado y el intenso olor a sosa y jabón de ceniza, una carnicería que vendía carne de dudosa procedencia y una zapatería. La casa que tenía delante había pertenecido a un hojalatero, un buen amigo de su madre, aunque probablemente llevaba muerto mucho tiempo.

La voz de Alia confirmó que Jadul estaba en el lugar correcto.

—¿Qué le has contado a tu padre, desgraciada? ¿No te he dicho que no te acerques a él? ¡Nos vas a llevar a la ruina!

—¡Que no le he dicho nada! —respondió la voz de Manx desesperada.

—Mentirosa, mentirosa. ¡Eres una guarra mentirosa! ¿Es que quieres que nos ahorquen? Vamos a ir ahora mismo a ver al jefe. ¡Miéntele a él si tienes valor!

Su antigua compañera arrastraba las palabras, la voz era pastosa. Conocía bien esos signos, estaba borracha o drogada. Quizás ambas cosas. La puerta de la casucha no era gran cosa, Jadul la abrió con un hechizo sencillo y se encontró de bruces con un paisaje desolador. La casa no tenía más muebles que un jergón sucio, ante el que había una pipa y un bolso arrugado con el contenido desperdigado por el suelo y una estufa improvisada con ladrillos de adobe. Las ventanas y las paredes estaban cegadas con tablones de madera ennegrecidos por el humo. La ropa andrajosa colgaba de un par de cordeles extendidos de un lado al otro del cuartucho. En mitad de tanta miseria, Alia, despeinada y vestida solo con una camisa interior desaliñada, blandía contra Manx uno de sus zapatos. A esta le habría resultado fácil mantener a raya a su madre. Era más fuerte, más joven y estaba sobria. Pero la quería demasiado para hacerle daño, se limitaba a permanecer lejos de ella y a esquivarla. Jadul, que ya no sentía ninguna compasión por su antigua compañera, la agarró por la muñeca hasta que la obligó a soltar el zapato.

—¿Serás capaz de llevar a tu hija a que Urakarnake le parta la cara para salvar tu miserable pellejo? —le gritó zarandeándola—. ¿Has perdido la cabeza?

Alia entornó los ojos confundida, hasta que una sonrisa retorcida le iluminó la cara.

—Eres tú. Es cierto eso de que bicho malo nunca muere, ¿eh?

—No es eso. Es que sois unos inútiles de mierda —le respondió mientras la arrinconaba contra la pared.

Manx se metió entre los dos y los separó a empujones.

—¡Basta! ¡Basta! ¿De qué estáis hablando?

Jadul se apartó de ellas. Se recordó que no estaba allí para pelearse con nadie. No iba a dañar a Alia por mucho que lo provocase.

—Pregúntale a tu madre. Pregúntale por qué estaba tan segura de que había muerto. —Se giró a hacia Alia—. Venga, explícaselo.

La actitud de Alia cambió completamente, se acercó a Manx con una sonrisa conciliadora. Intentó acariciarla, pero su hija se apartó entre confusa y asustada.

—Mamá, ¿de que estáis hablando? —Sus palabras desbordaban angustia—. ¿Intentasteis matarlo?

—¡Yo no! —se ofendió Alia—. En todo caso, nunca habría pasado nada si él no andase metiendo las narices donde no lo llaman.

Solo tardó uno momento en darse cuenta de que aquella confesión, aunque fuese a medias, no la favorecía. Vio cómo Manx se alejaba espantada.

—¡Fue cosa de PatasCortas! —explicó a toda prisa al ver la reacción de su hija—. No mía.

Las tornas no podían ser más favorables, Jadul la miró a los ojos y Alia rehuyó su mirada.

—Estabas allí y no moviste un pelo para defenderme.

—¡Porque quieres llevarte a la niña! ¡Quieres quitármelo todo! —Alia trató de lanzarse contra él, pero tropezó y acabó de bruces en el suelo. Se quedó tumbada sollozando y gimiendo a gritos. Manx no se acercó a ayudarla. No sabía qué hacer ni cómo reaccionar. Estaba paralizada.

—¿Eso es verdad? —preguntó Manx.

—¿No ves que quiere separarnos? Miente, siempre miente. Porque se cree mejor que yo.

—Mamá, no quiero seguir con Urakarnake, no quiero seguir vendiendo azul. Te quiero, pero me dan miedo tus amigos —dijo Manx agachándose ante Alia para ayudarle a levantarse—. No me importa…

—No, tú no puedes irte, ingrata asquerosa —la interrumpió agarrándola por la ropa—. Sabes más de la cuenta. Es tarde para echarte atrás. Si os dejo salir de aquí, os iréis corriendo a hablar con la Guardia. Y a mí me ahorcarán.

Jadul comprendió que no lograría convencerla. Llevó la mano a la bolsa de oro de su cinturón. Nebel le había dicho lo que significaría gastar una sola de esas monedas. Igual que Lena. Hacerlo significaría aceptar el trato de la emplumada, fuera cual fuese. Luego miró a Manx. Su hija tenía que verlo para entender quién era, en quién se había convertido su madre. Jadul soltó la bolsa de oro de su cinturón y dejó caer algunas monedas en el suelo, delante de Alia.

—Déjame marcharme con Manx y es tuyo. Márchate de la ciudad, salva el pellejo. Hay más que de sobra para empezar una nueva vida en cualquier otra parte. Serás rica. ¿No es eso lo que siempre has querido? —le ofreció.

—¿Es oro de verdad? ¿Esto son monedas? —Alia cogió una moneda y la mordió para comprobar que no trataba de engañarla. Luego le arrancó la bolsa de las manos y la sopesó con avaricia. Todavía desconfiada, empezó a vaciarla. Las pupilas grandes y redondas devoraron el amarillo de los ojos.

—Te las puedes quedar todas, hasta la última de ellas —dijo con amargura. Si una sola iba a ser su perdición, ¿para qué conservar el resto?—. Pero tienes que dejar que me lleve a Manx lejos de Urakarnake —le explicó Jadul—. Y asegurarte de que nadie pregunta por ella.

Se le partía el corazón porque Alia ya no miraba a su hija, toqueteaba las piezas de oro, las contaba sin ser capaz de llevar bien

la cuenta, empezando una y otra vez. Mientras Manx la miraba entre el desconsuelo y el asco.

—Que se largue si le apetece, pero si os vais de la lengua, no me hago responsable de los que pueda pasar.

Jadul se volvió hacia Manx, el corazón le latía con fuerza, como si llevase en el pecho una bandada de pájaros negros.

—¿Te vienes? —le preguntó aterrorizado por la posibilidad de que se negase—. No tienes que regresar a casa si no quieres. Ya se nos ocurrirá algo.

Su hija se lanzó a sus brazos. Hacía mucho que no se abrazaban. Acababa de vender su alma y no le importaba. Aquel momento lo valía todo.



51. Teorías y sospechas

Lena no consideraba importante resumir una historia. La suya era una cultura oral, donde los cuentos y las narraciones podían alargarse durante días. Los grandes, como ella llamaba a cualquier hada de TerraLinde, no conocían el amor de las mellifatas por los cuentos, las fábulas o simplemente las noticias que un viajero pudiese traer de una comunidad lejana. Si esas mismas hadas fuesen más observadoras, o las mellifatas menos hábiles, se habrían dado cuenta de que no solo eran ávidas ladronas de comida. También robaban libros. Era más difícil que llevarse un saquito de harina o un trozo de queso. Estos robos requerían grupos bien entrenados que llevaban a cabo planes meticulosamente elaborados. No era que pudieran hacerse con muchos, ni tampoco conservarlos tan bien como querrían. El bosque no era un buen lugar para guardar algo tan delicado, y las que vivían en ciudades lo tenían peor, era difícil encontrar refugios seguros entre la hostilidad de los grandes. Las que sabían leer, que eran unas pocas, se aprendían los textos de memoria y viajaban de colmena en colmena compartiendo sus narraciones. La llegada de una de estas narradoras siempre era un acontecimiento y se las escuchaba sin importar cuánto tardasen en contar lo que tenían que compartir.

Así que Sygurn, mientras su amiga hablaba, pudo acabarse el almuerzo, dar cuenta de un buen postre, tomarse dos tazas de té y empezar a limpiar las botas del uniforme de gala. De vez en cuando paraba para tomar notas. La información que le estaba contando era

vital. Si todo lo que estaba contando Lena era cierto, AltaCumbre había creado una red de contrabando ilegal que probablemente no se limitase a vender en la Corte de los Espejos. Las piezas encajaban, o al menos la mayoría. Le costaba creerse que el Elio que ella conocía fuese capaz de llevar a cabo algo tan sofisticado. No era que lo considerase un incapaz o un idiota. Le costaba imaginárselo esforzándose en hacer algo que no fuese encontrar un remedio para su aburrimiento crónico, solo para cansarse de inmediato después de haberlo encontrado. Siempre creyó que arrastraba con él una desidia crónica, nadie le conocía ningún interés específico, salvo quizás los sastres, las telas lujosas y las joyas. Nunca le había dado la impresión de que ambicionase nada, el poder no parecía importarle y sus arcas estaban tan repletas de monedas que debía de costarle cerrarlas. Lo que le contaba Lena la sorprendía porque, de ser verdad, Elio llevaría muchos años enmascarando a la perfección su carácter. Fingiendo una apatía densa, que en muchos casos le hacía parecer incompetente. Todo el Alto Consejo estaría equivocado respecto al Señor de AltaCumbre y en realidad, al parecer, poseería una inteligencia sibilina y un don magistral para el engaño. Le costaba creérselo, sí, pero quizás ahí residía la genialidad del sidhe. Llevaba años mostrando una máscara perfecta.

La historia de Lena la llevaba a otro problema, no tenía ni una sola prueba sólida. Lo único que podía aportar frente al Alto Consejo era, con suerte, un puñado de testimonios de gentiles, todos con una pésima reputación. Ninguno de ellos iba a hablar por voluntad propia, acabarían en la horca o se pudrirían en una celda lo que les quedase de vida. Seguramente confiarían en que, si mantenían la boca cerrada, alguien pagaría las fianzas adecuadas para soltarlos a su debido tiempo.

Ahora se confirmaban las sospechas que había empezado a fraguar tras el incendio de los archivos. Un ataque así solo podía venir de alguien de dentro de Palacio, alguien con autoridad y dinero para comprar a los carceleros y mantenerlos callados. Así que Lena tampoco iba desencaminada cuando dijo que al encargado de los

registros seguramente lo mataron unos aficionados, pero no por deudas de juego. Lo mataron para que no hablase con ella. Seguramente fue él quien liberó a las salamandras, o quien manipuló los registros. O las dos cosas. Pero conseguir elementales no era algo que estuviese al alcance de cualquiera. Se necesitaban conocimientos de magia que requerían muchos años de estudio. El carcelero muerto no le parecía un erudito.

Una vez concluyó su narración, Lena decidió recuperar fuerzas comiéndose una cereza confitada. Para no mancharse el pelo, se lo había recogido sobre la cabeza usando un trozo de hilo suelto de la manga de Sygurn. Tenía la cara manchada de caramelo y las manos de un rojo sangriento.

—Te has quedado muy seria —dijo Lena entre bocado y bocado.

—No sé qué voy a hacer con esto que me has contado, Lena. Necesito pruebas. Los involucrados en la explosión de la perfumería están todos muertos, salvo Jadul, al que no quieres involucrar en esto.

—No sería justo. Y me harías faltar a mi palabra. Podríamos convencerlo de que viniese a declarar, pero necesitarías un argumento muy convincente o traerlo cargado de cadenas.

—Pensé que era tu amigo.

La mellifata le lanzó una mirada maliciosa.

—¿Estás celosa? —Se rio—. Precisamente porque es mi amigo prefiero que dejemos pasar lo de las cadenas. Además, estoy tratando de reunir las pruebas que necesitas.

Sí, Lena y Feral llevaban mucho tiempo revisando una cantidad ingente de documentos de todo tipo, que se amontonaban en disciplinadas pilas siguiendo algún tipo de lógica que la sidhe no entendía. No podía decirse que estuvieran perdiendo el tiempo, tenían algunos indicios interesantes. Y quizás podrían encontrar más si tiraban del hilo de los encargos a esa misteriosa carpintería. Pero eran solo eso, indicios. Sygurn meditó un instante.

—Ya sabes lo que dicen: «Si la soga no llega al pozo, acerca el pozo a la soga». Podría organizar una reunión con Calendemyn y

Jadul fuera de Palacio, a solas. Sería cosa de buscar un sitio discreto…

—No digo que no haya que llegar a ese punto —la interrumpió Lena—. Pero antes podemos hacer algo más fácil. Tienes encarcelado a Munera por el tema de las arenas de combate. Apriétalo un poco, a ver qué nos cuenta.

—Ya —contestó Sygurn desanimada—. Sé que debería hacerlo, lo he estado retrasando no sé muy bien por qué.

—Porque ambas preferimos que nos den un martillazo en un pie a tener que volver a bajar a las mazmorras —le explicó Lena dejando el hueso de la cereza en un plato—. Es perfectamente normal, Sygurn. Casi nos matan.

—Avisaré a Tachi para que nos prepare alguna sala donde poder hablar con el tipejo ese en cuanto pase Samhain —contestó sin lograr ocultar del todo su desgana.

La carcelera era la única cosa buena que Sygurn encontraba en las mazmorras y quería tenerla contenta. Sabía que muchos de sus compañeros pensaban que la nueva Alférez Mayor era blanda. Obligaba a alimentar a los prisioneros tres veces al día de lo que podían disponer de las sobras de Palacio, además de las consabidas gachas aguadas que hasta ahora eran el único plato disponible para las celdas, un poco de pan y una jarra de agua al día. En realidad, la mejoría no era tan enorme como se cotilleaba en Palacio. Los criados de cocina repartían las sobras, así que solían llevarse la mejor parte. Otros criados también recibían parte de ese sabroso botín, así que lo que llegaba a la cárcel era la verdura que no se consideraba apta para las mesas de Palacio, la carne pasada y la peor harina de las moliendas. Y aun así, muchos de los carceleros que habían entrado en las mazmorras con el anterior Alférez lo consideraban demasiado bueno. Quizás el verdadero motivo del enfado era que permitía que los prisioneros condenados por los delitos menos graves pudiesen recibir visitas de familiares o amigos. Estos solían traer ropa, comida y medicinas que antes requisaban los guardias. Los sobornos siempre habían estado prohibidos, pero solo

ahora empezaban a castigarse. Sin el apoyo de Tachi, se arriesgaba a que los carceleros decidiesen dejar sus puestos o intentasen algún tipo de motín.

La gorrorrojo se encargaba de que a ninguno de los carceleros se les olvidasen por casualidad las nuevas reglas. Para conseguirlo tenía un renovado equipo de guardias y portapliegos que trataban de mantener a raya la corrupción y las malas prácticas. No eran los únicos cambios. Sygurn se había empeñado en desalojar las abarrotadas celdas para dejar en ellas solo a los criminales peligrosos o reincidentes. Encarcelar a un ladrón de gallinas era un gasto innecesario y una crueldad desproporcionada. Una multa, bien en dinero, bien aumentando su impuesto de horas, era castigo suficiente y siempre hacían falta manos para las tareas comunales. Incluso el concilio de jueces, para sorpresa de muchos, apoyó plenamente a la nueva Alférez. El sistema de multas les quitaba mucho trabajo. De paso, eran necesarios menos verdugos, así que los menos motivados habían pedido reubicaciones. Esto había mejorado las mazmorras, pero a Sygurn le seguían pareciendo un lugar insoportable.

Quería interrogar a Munera en algún lugar discreto. Le escribió a Tachi para comunicarle que llevara a los prisioneros a un viejo almacén en la zona de la armería tras Samhain. Era una pequeña sala cerca de las mazmorras, trasladar hasta allí a Munera y a su gentuza no sería arriesgado y ella se ahorraría una visita que no le apetecía. Era consciente de que antes o después tendría que empezar a enfrentarse a esa aversión. Y tenía el firme propósito de hacerlo en cuanto regresase de VuelaPluma, después de haber descansado un poco se sentiría más fuerte, mejor predispuesta.

Tras el Baile de Otoño, era costumbre que los sidhe partiesen a pasar el invierno a sus tierras natales. Los asuntos de Palacio se paralizaban y la Casa de TorreSabia se encargaba, junto a un auténtico ejército de escribas, portapliegues, archivistas, legisladores y los ediles de provincia, de mantener el reino en marcha, aunque fuese una marcha lenta, ya que con la nieve invadiendo los

principales caminos, y la mayoría de los campos en barbecho, TerraLinde parecía dormir esperando los días de primavera.

Sygurn había estado tan ocupada que no tenía nada del viaje organizado, ni un baúl de ropa mal empacado, ni algún regalo para sus hermanos, y faltaban dos días para la partida. Calendemyn tampoco había podido dedicarles tiempo a esos menesteres, quizás retrasasen la salida aun a riesgo de encontrar nieve en los caminos, claro que teniendo en cuenta los últimos acontecimientos, lo más sensato sería quedarse en Palacio. Con la última votación del Alto Consejo, años y años de delicado equilibrio político acababan de saltar por los aires. AltaCumbre no iba a detener las obras de la presa durante el invierno, alargarlas significaba darle tiempo a NubeArgéntea de reunir tropas para impedírselo. Calendemyn y sus partidarios sospechaban que los Altos Señores podrían aprovechar el invierno para organizar sus ejércitos de cara a la primavera. Les sería más difícil conseguirlo si encontraba un buen motivo para obligarlos a permanecer en la Corte durante el invierno. Buscar una solución a contrarreloj para poner en marcha el plan lo tenía encerrado en su despacho. Ni siquiera ella podía hablar con el Senescal en esos momentos.

—Olvídate de interrogatorios y delincuentes por una noche —le aconsejó su amiga—. Vete al puñetero baile ese. Diviértete.

—Tienes tú más ganas que yo —se rio Sygurn.

—Toda esa comida… —soñó Lena.

Aparecer sin compañía en el Baile de Otoño se consideraba una falta de etiqueta intolerable. Feral y ella habían decidido acudir juntos. Sentían el mismo desdén por las convenciones sociales y planeaban estar en el Gran Salón el tiempo justo para no dar que hablar y pasar el resto de la noche en cualquier otro lugar, compartiendo un par de botellas de vino. El Señor de DunasAltas le confesó que nunca estaba en Palacio por estas fechas, prefería celebrar Samhain en sus tierras natales si le era posible, o en mitad de los caminos, llevando o trayendo a sus animales a alguno de los grandes mercados. Sygurn siempre lo había celebrado en

Ventisquero, donde los gentiles y los nobles se mezclaban en el gran salón común, compartiendo comida y canciones. El centro del edificio estaba reservado para un enorme brasero que se encendía en cuanto comenzaba a caer la noche, hasta tener un buen fuego cuyo humo se elevaba hasta el cielo gracias a un tragaluz en el techo. Las hadas tiraban a las llamas papeles con deseos para el nuevo año, ramos de hierbas aromáticas como ofrendas o pequeños animales de paja para rogar por la fertilidad del ganado.

El Gran Salón no tenía nada en común con sus fiestas rurales. El techo resplandecía con enormes candelabros de cristal y hueso de dragón, espejos de plata multiplicaban el brillo de las luces y el suelo, de una piedra inmaculada, creaba el efecto óptico de que los asistentes flotaban sobre el suelo con los lujosos vestidos revoloteando para lucir los carísimos satenes, las sedas brillantes, los encajes delicadísimos y el brillo de una constelación de joyas multicolor. Sygurn se sintió totalmente deslumbrada. Un toque de fanfarrias y la voz de un heraldo anunció su llegada. Se alegró mucho de llevar puesta la máscara que Calendemyn había tenido el detalle de escoger para ella. Representaba la cabeza de una auriarpía, una inmensa ave de las montañas de VuelaPluma famosa por ser capaz de levantar al vuelo una oveja entera si le era necesaria. Un pájaro poderoso, pero también de una enorme belleza, con el pico afilado de color azul hielo y una cresta de plumas que le caía sobre los hombros del uniforme combinándose a la perfección con la capa. Feral, más modesto, llevaba una máscara de madera, tallada y pintada por artesanos de DunasAltas, que representaba al ardiente sol de sus tierras natales. Para recordar el resplandor de las arenas del feudo estaba decorado con polvo de cristal tan finamente machacado que le daba a la máscara un resplandor casi ilusorio, como la línea del horizonte de los desiertos de sal. La casaca amarilla, con pequeños soles bordados y el fajín a juego convertían al sidhe en una llamarada andante. Cuando el heraldo los anunció, se cogieron del brazo sin ser casi conscientes de

que lo hacían, buscando seguridad el uno en el otro. Y así bajaron las escaleras hacia el Gran Salón.

Ninguno de los dos recordaba cuándo fue la última vez que habían visto tantos sidhe juntos. Desde luego, ninguna fiesta de los Altos Señores, o las recepciones que a veces se celebraban en Palacio, lograban reunir a tantos nobles. Debían de estar allí todos los que vivían en la ciudad, sin importar el título que ostentasen.

La Hueste Estival celebraba Samhain de un modo muy diferente al de la Hueste Invernal. Los estivales usaban máscaras y encendían tantas luces y hogueras como les era posible para protegerse de la oscuridad y espantar al invierno. Para que fuese corto y benévolo, esperando que la amabilidad de la primavera llegase lo antes posible y les otorgase sus muchos dones. Los sidhe, además, añadían un matiz más. Sus luces, la brillantez de los vestidos, el reflejo de los cristales y los espejos era un recuerdo de que la luz de Danu vencía toda oscuridad y todo el mal que esta pudiese albergar. Por eso ellos, hijos de la Primera Luz del mundo, relucían incluso en la noche más oscura.

Sygurn y Feral esquivaron la pista de baile, aunque este no empezaría hasta que el Senescal Real hiciera el baile de apertura con su pareja de aquel año, la Señora de DanzaDragón, y se instalaron en la comodidad de un diván blanco para observar a los invitados. Sygurn, además, sabía que Lena estaba por allí, aunque no pudiese verla. La única duda que tenía respecto a su amiga era cuánto sería capaz de comer antes de pasar su interés de la comida a las conversaciones.

Apenas habían transcurrido unos minutos cuando un criado se abrió pasó a través de la multitud.

—Señora, la requieren de inmediato en el patio de justicia —le susurró al oído.

Sygurn se puso se pie de inmediato.

—¿Qué ocurre? —preguntó Feral.

—No lo sé.

—Voy contigo —dijo colgándose la máscara del fajín.

Salieron por la puerta trasera del Gran Salón para evitar a la multitud y llamar menos la atención. Sygurn dejó la máscara sobre una mesa. Un soldado gentil la estaba esperando. Era un gorrorrojo de buena estatura, con el uniforme gris de los carceleros y una porra claveteada colgada del cinturón. Debía de ser de la compañía de Tachi y, pese a parecer un luchador capaz, era evidente que estaba preocupado.

—Señora, está pasando algo en las mazmorras, se han llenado de humo.

Tenían un trecho enorme que recorrer antes de llegar. Sygurn maldijo, las distancias en Palacio eran una pesadilla cuando tenías prisa.

—¿Otro incendio? —preguntó.

—No lo sabemos. Al parecer hay humo en los pasillos. En las plantas superiores es poca cosa, pero las plantas bajas… no se puede pasar. Varios soldados han muerto intentando escapar. Esa cosa quema todo lo que toca.

«Sombra de Danu», maldijo para sus adentros. Había ordenado redoblar las guardias mientras tuviera a Munera y los otros dueños de las arenas de combate detenidos. Si lo que decía el soldado era verdad, podía ser una masacre. «Lena, ¿estás conmigo?». La mellifata tardó una corta eternidad en contestar.

«Estoy contigo», de inmediato sintió la cercanía de su presencia. Sin pensarlo dos veces empezó a correr hacia un ventanal.

—Seguid bajando —les gritó a Feral y al carcelero—. Nos vemos en el patio.

Lanzó un estallido mágico que reventó la ventana y saltó al vacío. La presencia de Lena la invadió con la fuerza de un destello incandescente. La caída comenzó a convertirse en un descenso controlado. La espalda de Sygurn se corono con unas alas de luz pura. Llegó al suelo ilesa. Lena abandonó su mente en cuanto las botas de la sidhe tocaron el suelo.

«¡No vuelvas a hacer algo así sin avisar! ¡No sabía que podíamos hacer esto!», chilló la mellifata histérica.

«Yo tampoco».

El patio de justicia estaba lleno de soldados. Algunos habían logrado salir de las mazmorras por su propio pie, tosiendo y soltando escupitajos grisáceos. Otros ayudaban a sacar a sus compañeros, e incluso vio que algunos de ellos estaban abriendo las celdas de las plantas superiores para permitir salir a los prisioneros. Ladronzuelos, estafadores de poca monta y borrachos de taberna que se ponían violentos con un par de cervezas. En el suelo, guardias y prisioneros luchaban por respirar sin que nadie fuese capaz de ayudarlos. El edificio de la mazmorra solo tenía una puerta de acceso, que vomitaba un humo violáceo con un fuerte olor a podredumbre. Tachi salió corriendo a su encuentro en cuanto la vio acercarse. Sygurn se alegró de ver que la gorrorrojo estaba bien, a pesar de que no podía parar de toser.

—¿Qué haces aquí? ¿No estás celebrando Samhain?

—¡Estábamos de fiesta ahí dentro! —le dijo para después escupir un salivajo gris plomo.

No quería imaginarse la fiesta.

—¡Necesitamos sanadores, conservadores, más guardias, lo que sea! Que ayuden a los que están aquí.

«Hay que sacar a Munera y a su gente. Si se mueren, estamos fritas», dijo Lena. Tachi, al enterarse de que el conseguidor podía estar tras la muerte de Calanís, le había proporcionado una celda especialmente oscura en la planta más baja del calabozo. No creía que pudiese aguantar mucho allí abajo, sin ventilación.

—Tachi, el Señor de DunasAltas está a punto de llegar. Dile que vaya a buscar al Senescal. Dame las llaves de las celdas de nuestros invitados especiales.

La gorrorrojo asintió, le puso una llave en la mano y se fue a ayudar a otro grupo de soldados que salían a gatas de las mazmorras. Sygurn rasgó un trozo de su capa y lo usó para cubrirse la nariz y la boca. Al acercarse a la gran puerta percibió una esencia mágica retorcida y cruel. Era poderosa, pero no era magia elemental ni salvaje. Desenvainó la espada y comenzó a convocar su propio

hechizo. Ella era una Ventisquero, una hija de la nieve y la tormenta. La tempestad era tan suya como las luces boreales. Soltó un tajó al aire ante el pasillo oscuro y una ráfaga cortante de viento y nieve lo recorrió dispersando la neblina. Comenzó a adentrarse en la oscuridad. A cada paso que daba, el hielo y la nieve cubrían las viejas piedras y el humo tóxico se mitigaba. Avanzó buscando el origen de la humareda. Le escocían un poco los ojos, pero en cuanto Lena se hubo recuperado una mínima del esfuerzo que le había supuesto lograr que no se estampase contra el suelo, creó en torno a ellas una burbuja protectora.

Las mazmorras estaban diseñadas como una torre invertida. Las plantas superiores eran para los guardias y las celdas de los criminales menos peligrosos. A medida que se descendía a través de la escalera de caracol, el escenario se volvía más sombrío. Un montacargas ayudaba en las tareas más pesadas. Sygurn lo dejó atascado en el primer nivel helando las poleas del elevador. Si quien había invocado la niebla seguía allí, tendría que usar las escaleras para intentar salir. Cada planta tenía una puerta que servía tanto para evitar fugas como de cortafuegos, por desgracia se las estaba encontrando todas abiertas. Hasta que llegó a la quinta planta. La puerta estaba cerrada. La abrió con un golpe brusco de ventisca. Allí, el humo era denso y apestaba a muerte. Incluso con el hechizo protector de Lena, costaba respirar. Estaba segura de que cualquiera fuera de la burbuja estaría ya muerto. Miró a su alrededor con cautela y la espada lista, moviéndose despacio. Pese a que sentía una magia muy fuerte allí, no veía a nadie. La planta era circular. Cada celda tenía una puerta solida con un ventanuco estrecho para alimentar a los prisioneros. Con cuidado, comenzó a comprobarlas una a una. Munera estaba en la tercera celda, con la cara negra y la lengua tan hinchada que se le salía de la boca.

«Valiente mierda», se lamentó Lena.

«Esto es culpa mía, tendría que haber reforzado la Guardia, ponerlos en custodia», gruñó Sygurn descorazonada.

«¿En Samhain? ¡Pero si hasta los guardias que se habían quedado estaban de fiesta!».

El chirrido de unas bisagras interrumpió la conversación. Sygurn se giró a tiempo de ver cómo una figura esbelta, con una máscara plateada y un lujoso traje negro bordado de pedrería, se le echaba encima. La sidhe esquivó una cuchillada y alejó a su atacante haciendo un barrido con la espada. Quedaron frente a frente. No recordaba haber visto esa máscara en el baile, demasiado sencilla, un rostro femenino que ni siquiera tenía hueco para los ojos. Sygurn extendió la mano libre lanzando una ráfaga de carámbanos de hielo contra la extraña figura, que las derritió soplando una fuerte llamarada. La Alférez no trató de esquivarla, se cubrió de hielo y atacó.

Eso cogió a su atacante por sorpresa, que en lugar de disponerse a bloquear o esquivar sus golpes, retrocedió manteniendo una guardia endeble, más propia de la esgrima de los salones deportivos que de la Verdadera Destreza usada en combate. Sygurn dio un paso largo y giró sobre sí misma lanzando un amplio tajo con una sola mano. La figura enmascarada no había tenido en cuenta la diferencia de longitud de sus armas y no había dejado suficiente distancia para impedir que la espada larga le abriera un tajo en el vientre. Sygurn recuperó con rapidez una postura mucho menos abierta y se dispuso a continuar el combate mientras su atacante se palpaba con torpeza. No era un corte demasiado profundo, pero desde luego limitaría sus movimientos. Sintió su mirada, cargada de rabia, clavada en ella desde el otro lado de la máscara.

De las manos le brotaron dos chorros de niebla que enturbiaron todavía más el aire. Sygurn permaneció tranquila y se concentró en el silencio mientras Lena, a su lado, compartía con ella su percepción de la urdimbre. Primero notó la magia confluir en un punto a su espalda, una magia que le produjo un leve escalofrío de repugnancia. Y luego un restallido, parecido al de soltar la cuerda de un arco. Sygurn concentró su poder en la hoja de la espada e interceptó la flecha de sangre que emergió de la niebla directa a su

corazón. El impacto fue mucho más potente de lo que esperaba y la hizo trastabillar mientras un millón de esquirlas afiladas llenaban el aire y le arrancaban un grito a Lena.

Sygurn se incorporó. Lena estaba en el suelo, sacudiendo la cabeza confusa y con un ala desgarrada. No parecía herida de gravedad, pero cuando volvió a fijar la atención en su atacante, vio la silueta escapando escaleras arriba convertida en una veloz humareda. Gritó de rabia. Con todos sus testigos muertos, y un nuevo ataque en las mazmorras, su credibilidad quedaba por los suelos. Por mucho que alegara ante el Alto Consejo que habían intentado asesinarla dos veces, no tenía nada para explicarles el motivo. Solo teorías y sospechas.



52. La noche de los prodigios

Costurina la obligó a agacharse para ponerle una corona de acebo nada más cruzar por la puerta de la casona de Marsias. Asha la recibió con un enorme abrazo y una jarra de cerveza aún más enorme que fue imposible de rechazar. Madre e hija la arrastraron hasta el patio, adornado con ramilletes de acebo y guirnaldas de salvia. El interior de la casona se había transformado con aquella decoración agreste, parecía que el bosque hubiese reclamado el lugar, las hiedras secas y el moho de las paredes desconchadas combinaban bien con lamparillas esparcidas por todas partes, amontonadas al pie de las columnas que sostenían los pórticos, en las escaleras y en los antepechos de las ventanas. Algunas eran modestas lucernas de arcilla, otras estaban esculpidas en el interior de unos troncos secos hábilmente tallados. Seguramente el olor intenso que lo invadía todo provenía de la madera ardiendo lentamente. Era un perfume agreste y sencillo. La casa ya no parecía un lugar destartalado y lleno de desconchones, se había transformado. Ahora tenía un aspecto solemne, lleno de vieja sabiduría.

—¿Te gusta? —preguntó Costurina dando saltitos entusiasmados—. ¡Mamá me ha dejado encender las luces!

—Es precioso —le respondió sonriendo—. Gracias por invitarme.

Aunque más que una invitación era una obligación en toda regla. Manx seguía desaparecida, no había vuelto por el taller desde que se había peleado con su padre y no sabía dónde encontrarla. Alia

también se había esfumado y los otros albañiles, a los que al parecer les quedaba muy poco para terminar con su faena, no sabían nada de ninguna de las dos phokas. Nicasia estaba confusa, no quería creerse que la gata la hubiese abandonado. Sin despedirse, sin dar explicaciones. La idea la desgarraba de tal forma que ni se atrevía a tenerla en cuenta. Debía de haberle pasado algo, era la única posibilidad que estaba dispuesta a aceptar. Se había atrevido a salir de la Carbonería para tratar de encontrar a alguien que pudiese ayudarla, sin lograrlo. Quiso ocultar su desanimo, no muy bien al parecer, porque Asha se presentó en la buhardilla el día de Samhain y la sacó de la cama sin escuchar ni una sola de sus protestas. «No te vas a pasar tu primer Samhain suspirando como un fuelle flojo, te vienes con nosotros. Tendrás muchos otros días para estar triste». Sospechaba que la carpintera conocía el motivo de su tristeza. Era observadora y más de una vez había intentado sonsacarle qué se traía con la phoka. Ahora la carpintera fingía desconocer sus males de amor para centrarse en animarla a pasar una buena noche.

—No dejes que se te caliente la cerveza. —Asha le guiñó un ojo—. Honra a tus anfitriones. ¡Que la oscuridad te oculte de los injustos!

Nicasia alzó la jarra hacia Asha y dio un largo trago. Era más fácil seguir la corriente que negarse. Le sorprendió el sabor tostado y espeso, esperaba algo más amargo. Aun así no estaba dispuesta a beber mucho más aquella noche.

—Que el fuego te proteja y la nieve borre tus pisadas —respondió Nicasia tal como había leído en uno de los libros de la biblioteca de Avispa.

La respuesta hizo que Asha levantase las cejas, sorprendida aunque sacudiendo la cabeza con aprobación.

—Mira, eso no lo había escuchado nunca. Me gusta, muy de los viejos tiempos.

—Me gustan las viejas formas —se apresuró a responder Nicasia. Llevaba tiempo leyendo sobre Samhain en la biblioteca de Avispa, buscando información sobre las costumbres y las tradiciones para

saber cómo debía comportarse. No se había atrevido a preguntarle a nadie del taller, ni siquiera a Manx, si existía algún tipo de etiqueta alrededor de la fiesta. Suponía que les parecería extraño que supiese tan poco de una fiesta que se celebraba en todo el reino, así que leyó todo lo que tenía el maestro en sus estanterías. Pensaba que con eso le bastaría, pero ahora la reacción de Asha la hacía dudar. Seguramente los libros eran antiguos y las costumbres habían cambiado.

La carpintera la guio hasta la cocina, donde el resto de su familia esperaba reunida alrededor de la gran mesa, decorada con esmero y llena de comida. Marmitón, con una corona de mirto un poco torcida sobre la coronilla husmeaba el horno, del que salía un olor muy prometedor mientras Marsias, que lucía una vistosa diadema de hojas de roble y bellotas perdida entre los salvajes rizos oscuros, estaba sentado con Axel en brazos. El crío golpeaba la mesa con las manos balbuceando muy interesado por las muecas que le estaba haciendo CantaTrovas desde el otro lado de la mesa. El juglar llevaba la radiante melena recogida sobre la nuca con un elegante adorno de hojas de hiedra. Todos lucían sus mejores galas, hasta el delantal rojo de Marmitón estaba limpio. La recibieron con sonrisas y le ofrecieron una silla, Costurina le tendió una empanadilla pequeña y algo deforme con los ojos relucientes y una sonrisa que desbordaba felicidad.

—Lleva toda la semana ayudándome a hacer la comida —le explicó el bogan sin ocultar su orgullo.

—¡La he hecho yo! —chilló la niña entusiasmada.

Nicasia se la metió entera en la boca asegurándose de hacer ostentosos ruidos de aprobación. No tenía que mentir, estaba realmente deliciosa y, cuando se lo dijo, Costurina parecía a punto de reventar de felicidad. Se fue corriendo junto a su padre para preguntar qué más podía hacer.

Pasaron el resto del día comiendo, charlando de todo un poco, a medida que el día avanzaba y las jarras se iban vaciando las conversaciones se fueron transformando en un intercambio de

canciones, chistes y viejas anécdotas sentimentales que alargaron la sobremesa hasta bien entrada la tarde. Nicasia consiguió esquivar con más o menos acierto las ocasiones en las que le preguntaron por CorreCabras o su familia. Contestaba la verdad cuando podía, hablando de Yirkash y sus padres como si fuesen realmente sus parientes. En cualquier otro momento de su vida habría sido incapaz de contar esas historias. No eran exactamente mentiras, los consideró su familia durante mucho tiempo y le dolía recordarlos. Si en aquel momento pudo hablar con tanta naturalidad era porque se sentía segura con aquellas hadas.

Cuando la conversación empezó a decaer, CantaTrovas sacó la zanfoña y empezó a cantar una tonada alegre. Nicasia cogió de las manos a Costurina y la sacó a bailar. Mientras las dos se reían y la niña intentaba copiar sus pasos de baile, Marmitón cogió de la cintura a Asha y ambos se unieron al baile sin seguir demasiado bien el compás, riéndose de su propia torpeza. Marsias, que hasta entonces se había limitado a jugar con Axel, acabó por animarse, dando ágiles vueltas con el bebé en brazos. Todos acabaron cantando alguna canción, incluso Nicasia, que los sorprendió con una vieja tonada de los Ibn Bahar. Tras varias rondas de baile, CantaTrovas dejó de tocar y les dedicó una exagerada reverencia.

—Querido público, lamento tener que parar ahora, pero debo reservar mi voz y mi repertorio para esta noche —dijo el sátiro engolando la voz, con una fingida solemnidad.

Asha puso los brazos sobre los hombros de su esposo y le besó los labios.

—Hazlo y trae un buen puñado de monedas para alimentar a tu familia hambrienta.

—Mi esposa, siempre tan interesada en las artes —bromeó el juglar devolviéndole el beso.

—Te recuerdo, mi pequeño cantor, que soy escultora y por tanto, una artista. Lo que no me impide traer un puñadito de monedas a casa de vez en cuando.

—Qué sacrílega —fingió ofenderse—. Queriendo hacer dinero en esta noche sagrada.

—No considero mis talentos como arte, pero yo también espero traer un puñado de monedas a casa —añadió Marsias, dispuesto a apoyar a la knocker.

—Querido, tú solo tienes un talento, pero es enorme —le respondió Asha con picardía.

Todos se echaron a reír, Nicasia ocultó su incomodidad tapándole las orejas a Costurina que no entendía nada de lo que estaba pasando pero que consideraba las risas de los adultos excusa de sobra para reírse ella también.

—¿Entonces iréis todos a la explanada esta noche? —preguntó Nicasia.

—Marmitón se queda con los niños, es un estival muy tradicionalista —dijo CantraTrovas mientras el cocinero asentía—. Apagará las luces cuando llegue el momento y hará ofrendas a la Reina del Invierno. Para los demás, Asha ha preparado una sorpresa.

La carpintera se levantó y les indicó que la siguieran. En la habitación contigua, que tal vez en otros tiempos fue una despensa o un comedor para los criados, había una mesa despintada en la que Asha había dispuesto unos tocados de lo más pintorescos; cuatro máscaras de madera, cada una tallada para representar a un animal distinto, una recordaba a un oso, la que tenía al lado era un enorme sapo, o tal vez un tritón de ojos saltones. CantaTrovas escogió una que representaba vagamente un ciervo astado. Estaban talladas para ser una curiosa y delicada mezcla entre animal y monstruo. Nicasia escogió una que tenía cierto parecido a una lechuza. A cada máscara le correspondía una peluca de fibra de lino, todas decoradas con fruta seca y ramitas. Para completar los disfraces tenían capas de paja trenzada sobre un ligero armazón de mimbre.

—Máscaras dignas de un sidhe —exclamó Marsias, que estaba encantado con su máscara anfibia.

—No verás a un elfo con una capa de paja —se rio CantaTrovas abrazando a Asha—. Pero no tenemos nada que envidiarles a sus

sedas y sus encajes.

—La mitad de las máscaras que van a llevar esta noche esos estirados las he hecho yo, pero ninguna lleva tanto cariño como estas. De eso sí que podéis presumir.

Nicasia contempló el disfraz con sentimientos encontrados. Le gustaba la idea de poder ocultarse tras una máscara, nadie tenía que reconocerla. Ni siquiera si acudía con su verdadero aspecto despertaría alguna sospecha. Pero la fiesta aún la asustaba, sospechaba que Asha y CantaTrovas tenían sus propios planes para esa noche y eso significaba que se quedaría sola, rodeada de extraños en mitad de una celebración cuyos ritos no conocía.

—Te veo algo nerviosa —le dijo Marsias cuando Asha y CantaTrovas salieron de la habitación.

—Es mi primer Samhain en la capital, pensaba que iría con una amiga…, pero al final…

—Estás sola —el sátiro acabó.

—Eso me temo —concluyó Nicasia más triste de lo le habría gustado.

—¿Tu amiga es invernal?

—Creo que sí —contestó insegura. No entendía demasiado bien qué implicaba pertenecer a una hueste o a otra. Los Ibn Bahar eran libres y no tomaban hueste, ni se molestaban en comprenderlas. Sin embargo, en el día a día del reino sí eran importantes. Las hadas juraban por sus huestes, algunas incluso eran más reacias a negociar o a trabajar con alguien de la hueste contraria. Había trabajos donde era difícil encontrar estivales, todos los conservadores eran invernales porque creían que la muerte y el invierno eran la misma cosa, por el otro lado los sanadores eran casi todos estivales, porque la vida y la luz estaban ligadas. Nicasia había escuchado que eso no impedía que ambos gremios colaborasen mano con mano. Le habría gustado que alguien le explicase estas dinámicas con más detalle.

—Entonces puede que esté en la explanada —respondió el sátiro—. Puedo acompañarte si te apetece. Samhain se disfruta

mucho más en compañía y te aseguro que Asha terminará borracha antes siquiera de que enciendan las hogueras.

Nicasia sonrió, la carpintera tenía un impresionante aguante para el alcohol, pero Marsias tenía razón, llevaba bebiendo toda la tarde y no tenía aspecto de pretender bajar el ritmo. En cambio, el sátiro parecía bastante fresco.

—Pensé que querías trabajar esta noche. No quiero ser una molestia.

El sátiro se rascó un muslo, pensativo. Llevaba unos pantalones anchos abiertos por los lados y un chalequillo a juego. La tela de las prendas estaba descolorida y un poco deshilachada.

—La verdad es que la semana pasada me trabajé un trío con uno de mis mejores clientes y no me pagó nada mal. Y es probable que quiera repetir antes de regresar a sus tierras natales, le recordaré que el invierno es duro sin su presencia —dijo poniendo una cómica expresión de desconsuelo—. Y le dejaré caer que sería un detalle por su parte dejarme algunas monedas extra para mis reservas. Yo he vivido muchos Samhain en la Corte, pero es tu iniciación, debería ser memorable.

—¿No te molesta?

—Al revés, me pondré el disfraz que ha hecho Asha al completo y me ahorraré cambiarme de ropa. ¿Te parece que sea tu acompañante?

Podría volverse al taller sin más. Estaba segura de que incluso Asha lo comprendería. En cualquier otro momento habría sido su plan ganador, pero esa noche sabía que si volvía sola a la buhardilla, todo le recodaría a Manx y caería sin remedio en los brazos de la tristeza. No le apetecía. Prefería intentar encontrarla en la famosa explanada, por difícil que fuese. Además, la mejor manera de aprender las costumbres de la ciudad era llevando consigo a un guía local. Estaba segura de que Marsias conocía todos los entresijos interesantes de Samhain. Si alguien podía ayudarla, ese era él.

—Será un placer —dijo tendiéndole la mano.

Salieron con las primeras horas de la noche. Pese al frío, las calles estaban llenas de hadas ocultas tras todo tipo de máscaras, coronas de hojas, caras tiznadas y ropas estrafalarias. Se alumbraban el camino con lamparillas o luces mágicas, muchas iban tocando algún instrumento o cantando, formaban una animada comitiva que se dirigía hacia la Puerta de Oriente para salir de la ciudad. La tensión acumulada durante el toque de queda parecía haber desaparecido por completo. No había guardia en las calles y los transeúntes disfrutaban del ambiente festivo.

Samhain y Beltaine eran las dos únicas noches del año en que las murallas de la ciudad permanecían abiertas de par en par. Eran noches de paz que se respetaban a rajatabla, las hadas sabían que en esas fechas la magia salvaje era poderosa, que vagaba libre por el mundo y que lo mejor que se podía hacer era honrarla y cumplir los pactos que la apaciguaban. Aventurarse por los caminos, adentrarse en los bosques y los páramos era peligroso, pues muchas criaturas y cosas sin nombre surgían de las brumas de EntreMundos. En Beltaine se apaciguaba a estas criaturas con ofrendas y se canalizaba la magia con danzas y rituales, se celebraban el orden del mundo y la abundancia de las cosechas. Había altares en las casas y las calles, en los campos sembrados y en los lagares. Era una fiesta de orden y luz.

En Samhain las hadas abandonaban la seguridad de los muros para celebrar el invierno. Dispuestas a encontrarse de cara con la oscuridad, a mezclarse con lo desconocido. Si la magia salvaje corría desatada por el mundo, las hadas de la Hueste Invernal se unirían a ella, aunque solo fuese por un momento, para recordar que una vez fueron indomables y libres. Iban cantando, bailando, soltando barbaridades contra los sidhe, riendo y gritando. Giraban y golpeaban sus tambores, soplaban sus flautas y agitaban ruidosos cencerros. Fluían por las calles para alejarse de la luz de la civilización, como una manada de fieras borrachas de música y oscura alegría.

Nicasia se dejó arrastrar por la multitud sintiendo que la inundaba una extraña euforia. Algo que nacía en lo más profundo de sus entrañas le pedía que bailase, que gritase. Algo en la noche le exigía que dejase de pensar y se entregase a sus instintos. Los goblins que salían en partida de caza debían de sentir algo parecido, aunque ellos, antes de las expediciones, bebían un mejunje al que llamaban leche negra, que los volvía feroces. A cada rato trataba de respirar hondo y mantenerse calmada, al contrario que las hadas que la rodeaban, ella no estaba dispuesta a dejar salir su yo oculto.

Pese a que la noche era tan fría que el suelo estaba comenzando a helarse, mirase donde mirase encontraba hadas de todas las edades con el cuerpo cubierto de pintura azul y poco más. La pintura la hizo estremecerse. Los goblins usaban una pintura similar con los esclavos de los parideros, los pintaban o les obligaban a beber una tintura azul. Lo llamaban tintura pierdementes, se hacía con una mezcla de hongos y líquenes que solo unos pocos eran capaces de hacer bien. La tintura era un poderoso afrodisíaco, pero también anulaba la voluntad de quienes la usaban, convirtiéndolos en criaturas dóciles, que solo buscaban cómo satisfacer sus deseos. Y era adictiva. Nicasia no quería recordar lo que había visto hacer a algunos esclavos solo para conseguir que sus amos les diesen un poco de ungüento o unas gotas de tinte.

—¿Por qué la pintura azul? —le preguntó Nicasia a Marsias esperando que lo tomase como una pregunta inocente.

—¿En tu pueblo no la usáis? Es quemapieles, lleva alcanfor, ortigas y no sé qué más cosas además de tinte de lunarias, para darle ese color. Ayuda a conservar el calor. Podrías ir en pelota picada la noche más fría y ni lo notarías. Al menos un tiempo. Se suele usar sobre todo en Samhain, pero no mucho más. Mañana muchos de estos pintarrajeados se levantarán con la piel llena de ronchas, o rojos como cangrejos. Más de uno pillará un catarro. —Marsias sonrió—. Muchas boticas se quedarán sin aceites calmantes en cuanto la gente empiece a despertar. Yo suelo sacarme algo de dinero fabricando una fórmula que aprendí cuando estudiaba en

FuegoVivo y me reparto los beneficios con una amiga que tiene buena mano con las ventas.

—¿Estudiaste en FuegoVivo? No sabía que querías ser sanador.

—Bueno es que no quería —contestó Marsias, que con el disfraz puesto parecía una enorme criatura salvaje y extraña—. Mi tío nos adoptó a mi hermano y a mí, quería que siguiésemos sus pasos, pero conmigo no lo consiguió. Yo prefería seguir los de mi madre.

—¿Era bailarina?

La risa del sátiro escapó por debajo de la máscara.

—No, soy prostituto, como ella. Es cierto, siempre me has visto bailando. ¿Tan bien lo hago que crees que podría dedicarme a eso? Me halagas, pero me muevo mucho mejor en horizontal.

Escuchó esa palabra por primera vez cuando ya vivía con los Ibn Bahar. La caravana se detuvo en una ciudad, PuentePiedra, un puerto fluvial bastante grande y animado. Acababan de atravesar DunasAltas, con un calor infernal, caminos pedregosos y nubes de polvo que dejaban la garganta seca y los labios en carne viva. La ciudad estaba junto a un lago, al refugio del sol gracias a un enorme roquedal que la protegía de los inclementes vientos del desierto. Era grande y tras tantos días de soportar los caminos tórridos, las moscas y la ropa llena de arena, todos estaban deseando parar. No solo para vender mercancías, querían descansar y divertirse. Allí escuchó por primera vez el término «prostituta». Eleazar le había dicho que cuando necesitase saber algo se lo preguntase a él, así que, como tantas otras veces, obedeció. Necesitó tiempo para asumir la respuesta. Ningún goblin pagaría por sexo, tenían esclavos y para eso estaban los parideros. Por mucho que Eleazar trató de explicarle que eran trabajadores libres, que escogían a sus clientes y ponían un precio que consideraban justo, Nicasia no pudo dejar de verlo como algo perverso. Quizás porque el propio concepto de sexo en su mente aparecía como algo desagradable y degradante. No había conocido otra cosa. Con Manx había empezado a sentir algo distinto, pero era un camino largo.

—¿Y te gusta tu trabajo? —preguntó con voz ahogada.

—Preferiría sentarme sobre una montaña de monedas de oro y no tener que trabajar nunca. —El sátiro se rio de su propia idea—. Pero sí que me gusta. Escojo a mis clientes y no dependo de nadie más que de mí.

Desde luego sonaba mejor de lo que ella tenía en mente.

—¡Mira! —dijo el sátiro señalando hacia un mar de pequeñas hogueras—. ¡Ya casi hemos llegado!

La Explanada de las Hogueras la decepcionó un poco, esperaba que un sitio con un nombre tan llamativo fuese más espectacular. No era más que un descampado enorme en el lecho de lo que hacía mucho tiempo debió de ser un ancho río. En una de las orillas aún quedaba un viejo molino en ruinas. El tejado tenía un agujero considerable y ninguna de las ventanas conservaba los cristales. A un costado de la construcción había un inmenso roble seco, casi fosilizado, que extendía sus ramas esqueléticas hacia el cielo. Una gruesa capa de liquen amarillo y hiedras secas cubrían el tronco y las raíces sobresalientes, tejiendo una red empeñada en no dejar caer a su antiguo anfitrión al suelo. Incrustadas entre raíces había unas enormes rocas oscuras que recordaban vagamente a un trono.

—Lo llamamos «El Trono de Piedra» —le explicó Marsias cuando descubrió que lo miraba con curiosidad—. ¿Has oído hablar de él en CorreCabras?

Nicasia decidió hacer un movimiento confuso con la cabeza.

—Vagamente.

—La Hueste Estival tiene su precioso arbolito de hojas eternas y nosotros tenemos el nuestro. El Trono de Piedra. Antes se sentaba ahí el Viejo León, pero seguramente esta noche un nuevo culo lo ocupe.

Nicasia había oído hablar del Viejo León, el anterior señor, y sabía que había muerto recientemente. No entendía muy bien en qué consistía la ceremonia para elegir al sustituto, ni le interesaba especialmente. A juzgar por sus escasas lecturas, parecía una figura extraña, más folclórica que útil. En ese momento prefería centrarse en otros asuntos, quería encontrar a Manx y empezaba a pensar que

iba a ser una tarea complicada. La explanada estaba salpicada de grandes hogueras alrededor de las que bailaban todo tipo de extrañas figuras. Por todos lados, colocados casi de cualquier manera, había barriles de diversas bebidas. Las hadas se servían a su antojo de ellos o de las mesas improvisadas, cargadas de comida. En ese mar de cuerpos y rostros enmascarados, querer encontrar a alguien era pedir un milagro.

Decidió consolarse con un pedazo de tarta. No era que hubiese comido poco, muy pocas veces desde que estaba en la ciudad había probado cosas mejores y en raciones tan abundantes como aquel día, pero Nicasia siempre estaba dispuesta a hacer un hueco en su estómago para cualquier cosa que fuese dulce. Y ver tanta variedad a su entera disposición era demasiado tentador para dejarlo pasar. Tras dudar un poco, decidió que podía picar un par de cosillas antes de que la muchedumbre hambrienta acabase con todo y luego intentar probar suerte buscando a Manx. Marsias pareció leerle el pensamiento.

La mesa más cercana le planteó un serio dilema, había unos hojaldres rellenos de queso y fruta que parecían realmente maravillosos, pero quizás un poco pesados. Si se los comía, no tendría espacio para mucho más porque su segunda posible elección, una tarta de calabaza con crema de leche, también parecía bastante contundente. Quedaba muy poco de ambas opciones, dentro de un rato toda la comida habría volado de la mesa, pero no quería arriesgarse a coger una indigestión.

—Deberías probar la de calabaza, es de temporada y este año la cosecha ha sido un poco escasa —le dijo Marsias—. Los pasteles puedes comerlos en cualquier pastelería de la ciudad todo el año. Pero podemos hacer una cosa: compartir el botín y comer un poco de cada. Si es que eres un alma generosa.

—Nunca soy generosa con los dulces, pero sí que soy un espíritu práctico. Compartir me parece una buena opción —respondió sin apartar los ojos de la mesa.

—Eres la viva voz de la sensatez —le sonrió el sátiro—. Busca un sitio para sentarte. Voy a por algo de beber.

Se sentaron en un rincón tranquilo. Marsias traía en las manos dos vasos de madera, se levantó la máscara para comer tranquilo. Nicasia hizo lo mismo. Los dos se sonrieron.

—Los nobles siempre regalan comida y bebida para las grandes celebraciones. —El sátiro le señaló unos calderos enormes distribuidos por toda la explanada—. Este año algún ricachón ha querido mostrarse generoso y hay vino caliente por todas partes. Toma, prueba un poco.

Marsias le pasó el vaso. El vino, caliente y con un toque de miel y canela, era incluso más dulce que los pasteles y el calor se agradecía, tenía un fondo de sabor terroso que no supo reconocer. Comieron y charlaron como si se conociesen de toda la vida. Marsias le contó un montón de chistes y cotilleos. Nicasia se reía mucho y hablaba poco. Era justo el tipo de conversación que le gustaba. Se había olvidado por completo de sus compañeros, que seguramente estaban divirtiéndose por su cuenta. Solo tenía en mente levantarse para buscar a Manx en cuanto acabase la comida.

—Creo que nos hemos comido todo lo que merecía la pena —aseguró al cabo de un rato Marsias dejando un plato de madera en el suelo—. Supongo que querrás buscar a tu amiga.

Miró a su alrededor, el vino caliente estaba siendo todo un éxito. Las hadas sedientas se agrupaban ante los calderos y bebían alegres. Cantaban a gritos, bailaban y algunos charlaban en grupos. Una multitud densa poblaba la explanada, una corriente de caras tapadas que no paraba de moverse, aunque casi todo el mundo se alejaba del Trono de Piedra. Muchas hadas incluso apartaban la mirada, tratando de ignorar su presencia. Encontrar a Manx iba a ser imposible. Al ponerse de pie, el mundo se tambaleó un poco. Marsias la sostuvo, aunque él tampoco parecía demasiado fresco.

—Ese vino es más peligroso de lo que creía —dijo sacudiendo la cabeza.

El sonido ronco de un cuerno sonó varias veces con un gemido largo y siniestro. Las hadas dejaron lo que estaban haciendo y centraron su atención en la llamada.

Una muchedumbre que cuchicheaba y murmuraba empezó a dirigirse al viejo roble seco sin que el cuerno dejase de tocar.

—¿Qué ocurre? — preguntó Nicasia.

—Nos convocan —le explicó Marsias muy serio—. Ha llegado el momento de la toma de la hueste.

Había leído sobre la elección, un día íntimo en el que cada hada, ante su familia, elegía la hueste de la que quería formar parte. En ninguno de los viejos libros de Avispa se mencionaba aquello de presentarse ante la hueste.

—¿Cómo? —La herrera no debería haber preguntado, pero estaba demasiado sorprendida.

—Está claro, mi pequeña forastera, que en CorreCabras ignoráis costumbres muy elementales.

La respuesta la enfureció, no tenía ganas de que se rieran de ella. Sentía el cuerpo muy caliente y la cabeza le daba vueltas.

Llegaron al centro de la explanada, sobre una mesa de hielo descansaban varias hileras de coronas, hechas de vidrio tallado como pequeños cristales de hielo y entrelazadas con frutos de acebo. Un sluagh volvió a hacer sonar el cuerno.

—¡Es la noche más larga, la más oscura de todas las noches! ¡Esta noche nos pertenece! —voceó con una voz de trueno un gorrorrojo.

—Esta noche nos pertenece —gritaron miles de gargantas mientras pateaban el suelo con todas sus fuerzas.

—Y una vez más, saludamos a los jóvenes que deciden escoger el invierno en sus vidas. Recordad «No dejaré ofensa sin justicia».

—No aceptaré más señor que mi voluntad —coreó la multitud.

Un grupo de jóvenes de todas las edades se abalanzaron entusiasmados para coger una de las coronas y ponérselas en la cabeza mientras el público gritaba:

—¡Toman hueste! ¡Toman hueste! —Los nuevos invernales regresaban sonrientes con sus amigos y familiares. Nicasia observaba fascinada.

—Nunca tomé la corona en CorreCabras —confesó sin saber si el vino la estaba ayudando a perder el miedo o la estaba volviendo imprudente.

—¿Cómo es eso posible? —preguntó Marsias.

—Nunca tuve ocasión —dijo temblando de emoción y de miedo.

—¿Y la quieres?

—Sí —dijo convencida. Quería sentirse parte de algo, ser de algún lugar. Y sentía que una de esas coronas era para ella.

—¡Pues corre a cogerla! —Marsias le dio un empujoncito.

Nicasia corrió hacia la mesa con el corazón desbocado y cogió la corona abriéndose paso entre hadas que no parecían menores que ella. Ser bajita y delgaducha siempre la hacía parecer más joven. Cuando sus manos tocaron el cristal frío sintió que era para ella, que el invierno la aceptaba como una de sus muchos hijos. Al girarse, vio que Marsias le sonreía, regresó con él con la corona puesta y una sonrisa ligera. Se sentía exultante, una parte de sus miedos se desvanecía en aquel instante. Ya no tendría que temer cuando le preguntasen si pertenecía a alguna hueste, se sentía menos goblin. Había podido escoger hueste sin que sucediese nada malo, sin que nadie la frenase. Tal vez algún día podría ser una ciudadana de pleno derecho de la Corte y ese día perdería el miedo definitivamente. Se lanzó a los brazos del sátiro feliz como una niña y el sátiro la alzó sobre su cabeza. Se sentía ligera, mareada y exultante.

—¡Nicasia por la Hueste! —gritó Marsias.

Nunca unas palabras le habían sonado tan dulces. Porque Nanyalín se hundía un poco más en el olvido y Nicasia salía a la luz de una nueva vida. Quiso besar al sátiro en la mejilla, Marsias trató de hacer lo mismo y en un gesto torpe acabaron besándose en los labios. Un beso ligero y accidental, que encendió la cabeza de la knocker. Necesitaba más. No entendía nada, no quería entender

nada, su cuerpo reaccionó a aquel beso con un hambre agónica. Lo volvió a besar y esta vez el sátiro le devolvió el beso, y fue como tener una flor sobre los labios, una flor primaveral, salpicada de rocío, tierna, dulce, sincera. No quería separarse de esa boca, no quería alejarse del cuerpo que la sostenía. Se besaron con una tierna furia, la sed de quien ha atravesado muchos desiertos. El mundo a su alrededor se convirtió en un telón nuevo. Nicasia bajó al suelo para deshacer los lazos de los pantalones del sátiro, Marsias le desabotonó los pantalones. Nicasia nunca había estado con nadie por deseo propio, pero esos recuerdos estaban lejos, notaba el aire gélido de la noche sobre la piel y quería calor. Acarició el pecho del sátiro que se había quitado la capa de paja y se sorprendió de la fuerza que ocultaba y a la vez de su gentileza. Se sentó a horcajadas sobre él y volvió a besarlo, sintiendo cómo el cuerpo de su compañero respondía a cada beso. Durante un momento, Marsias la detuvo y la miró a los ojos, tenía la mirada tierna, oscura como la tierra más fértil, dulce como los dátiles maduros. La mestiza nunca había visto tanta ternura en el rostro de alguien que la desease y eso la encendió aún más. Lo guio con las manos hacia la cálida humedad que la desbordaba. Lo dejó entrar por deseo propio y por primera vez se meció al compás de su deseo hasta que estallaron todas las estrellas y solo quedaron ellos.



53. La sombra se despierta

La vela no olía a nada, era blanda y grasienta, del mismo color grisáceo de las velas baratas de sebo que se usaban en las posadas. Alguien poco observador habría dicho que era un objeto vulgar. Jadul en cambio se había fijado en ese pequeño detalle, el de su total falta de aroma, y no le gustaba. Incluso el hielo tenía su propio olor. De joven, había estado en las cumbres del sur de TerraLinde y recordaba cómo olía la nieve, un olor muy tenue, mineral y limpio. Nunca antes se había topado con algo que no tuviese aroma. Las Brumas tampoco olían a nada, eran un lugar extraño. La idea hizo que un escalofrío le recorriese la espalda. Definitivamente esa falta de esencia no podía ser buena. Sin querer darle más vueltas al asunto, la envolvió en un pañuelo y la guardó con sumo cuidado.

Revisó una vez más el contenido de su pequeña mochila antes de echársela a la espalda. En el armario dejó la ropa de calle, las herramientas que no creía que fuese a usar y, muy a su pesar, incluso las ganzúas. No podía arriesgarse a llevar nada que contuviese algún tipo de magia, en Palacio su propia esencia podía delatarlo.

Repasó lo que llevaba puesto, una camisa ajustada, una capucha con embozo y unos pantalones anchos metidos dentro de unas botas flexibles. El atuendo que solía vestir cuando soñaba con convertirse en un reputado TrepaSombras. Se alegró al comprobar que, pese a los años, le seguía quedando bien. Había cambiado las suelas de las botas por otras de fieltro para amortiguar el ruido de sus pasos, en

la mochila llevaba todo el material que necesitaba. El colgante que le permitía cambiar de forma sin perder sus pertenencias estaba listo, era la única pizca de magia que llevaría encima, pero era un riesgo que merecía la pena correr. Estaba bien afeitado y se había recogido el pelo en un moño alto del que no se escapaba ni un solo pelo para que no le molestase. Respiró hondo e intercambió una mirada cómplice con el phoka que asomaba en el espejo, estaba listo.

Se subió al alfeizar para recibir una brisa que ya era prácticamente invernal. El aire olía a tejo quemado y a comida. Toda la Corte lucía sus mejores galas. Sus fachadas adornadas con lámparas y luces, guirnaldas de hiedra colgaban de un lado a otro de las calles, sosteniendo farolillos de papel pintados de azul claro y violeta. Las ventanas y las puertas estaban decoradas con ramas entrelazadas de muérdago y acebo. Miles de lucecitas de colores alumbraban las calles y las casas. Las hadas llevaban lucernas y antorchas o se hacían acompañar por hechizos brillantes que las perseguían como luciérnagas amaestradas. Entre todas tejían una telaraña de la que colgaban las motas de luz, como si fuesen gotas de lluvia. Él encendería la última luz de aquella noche.

Cambió de forma, saltó del alféizar y enfiló el camino hacia el Palacio de Cristal.

Las calles eran ruidosas y estaban llenas de alegría. Los gentiles no trabajaban durante Samhain, estaban en las puertas de sus casas, felicitándose entre sí y encendiendo candiles ante ellas, abiertas de par en par para ofrecer la mucha o poca hospitalidad que podían permitirse. No había demasiados, los invernales debían de estar ya de camino a la Explanada de las Hogueras y muchos estivales se unirían igualmente a la fiesta. Los que decidieran ser fieles a la tradición se quedarían en sus casas, con las contraventanas cerradas, cerca del fuego, contando las aterradoras historias sobre la Reina del Invierno y los malvados thussers de pieles azules y dientes de hierro, esas terribles criaturas que provocaron largos años de heladas sin fin con su magia cruel. Los Años de Hielo eran el centro de muchísimas historias, de cómo las

plantas se helaban y era imposible cosechar nada. Hablaban de los largos años sin luz ni primavera, con noches interminables en las que terribles espectros rondaban los caminos y las casas. El propio Jadul le había contado algunas de esas historias a Manx, le gustaban muchísimo, quizás por eso eligió la corona de invierno cuando le llegó el momento. Por esas narraciones truculentas de sangre y nieve, y de gentiles valientes que se enfrentaron a la oscuridad. Historias de héroes anónimos capaces de todo.

Al mirar el carnaval de máscaras y cuerpos pintados que marchaban para salir de la ciudad no pudo evitar pensar en Uro. Le había prometido que se uniría a él más tarde. No estaba seguro de poder cumplir su promesa, sus esperanzas estaban en ser capaz de explicarle sin mentiras cómo había logrado que Manx regresase a casa. Quizás no esta noche, tal vez el día siguiente delante de un buen desayuno.

Llegó al jardín de la Torre del Dragón, quizás aquella mañana muchas hadas hubieran paseado o incluso comido al abrigo de los árboles. Tal vez algunos juglares aprovecharon para actuar, quedaba un escenario vacío junto a la glorieta principal y guirnaldas de papel colgando de los árboles. Pero ahora ya no quedaba allí ni una pareja de amantes furtivos, lo cual le hizo muy fácil colarse en el túnel que le había enseñado Lena. Parecía que hubiese pasado mucho tiempo, aunque en realidad solo hacía una luna. La puerta no opuso resistencia, regresó a la oscuridad de los túneles con una facilidad que le dio mala espina. En cualquier caso, ya era tarde para echarse atrás, una vez aceptado el pago debía cumplir las órdenes de la emplumada.

Nada más cruzar, la puerta se cerró a sus espaldas. No estaba totalmente oscuro, podría apañárselas en la penumbra. Lena había usado aquel pasadizo para sacarlo de Palacio, sabía que llevaba a una sala de armas totalmente olvidada, claro que esa noche los nobles celebraban el Baile de Otoño y no estaba muy seguro de qué se encontraría al salir. Retiró la puerta oculta con toda la precaución de la que fue capaz. Se encontró de nuevo con las siluetas de las

armaduras y las panoplias en las paredes y las vitrinas cubiertas de polvo. Olisqueó desconfiado con las orejas atentas a cualquier sonido. Nada. La sala de exposición estaba vacía. El problema era que no sabía a dónde debía dirigirse. Necesitaba averiguar dónde estaba la famosa Torre Norte. «Si encuentro una ventana creo que podré orientarme», pensó avanzando cautelosamente.

El canto de un mirlo casi le hizo pegar un salto, lo pilló completamente desprevenido. Buscó al pájaro sintiendo que el corazón se le salía por la boca. Lo encontró fuera de la sala, sobre un enorme candelabro. En cuanto se acercó un poco, alzó el vuelo. Jadul comprendió al instante que debía seguirlo y así lo hizo hasta que, después de un largo recorrido por pasillos y galerías totalmente olvidados, el ave atravesó una pared y lo dejó solo. El phoka se detuvo, confiaba en que su pequeño guía lo llevase directo a la Torre. Al parecer tendría que arreglárselas por su cuenta.

El mejor sistema para revelar una puerta secreta eran los polvos de gloria, cualquier ladrón lo sabía. Fabricarlos era caro y costoso, entre otras cosas porque había que usar plata y pulverizar una piedra que hubiese caído del cielo. En contraposición, utilizarlos era sencillo. Jadul sopló ante la pared y, tras un instante de tensa espera, aparecieron dibujados con líneas de color verde el contorno de la puerta y el mecanismo de apertura; una palanca oculta tras una columna falsa. Antes de abrir, el phoka colocó una lámina de cobre pulido sobre la puerta. Había grabado en ella un hechizo de transparencia. La pared empezó a hacerse borrosa hasta que dejó ver lo que había al otro lado, como si mirase a través de una fina gasa. El pasillo daba a un gran recibidor, la luna entraba por las vidrieras reflejándose sobre el suelo pulido. Ninguna de las lámparas estaba encendida y, lo que era mejor, parecía que estaba desierto. Sacó una botellita llena de perfume de flor de suspiro. No era buena idea usar magia pura dentro de palacio, resultaba demasiado fácil de detectar. Necesitaba recurrir a talismanes y pócimas. El perfume no lo volvería invisible, pero sí lo desdibujaría para hacerle más fácil ocultarse en las sombras.

Se deslizó hacia la sala en completo silencio y, tras asegurarse de que no había nadie a la vista, se acercó a una ventana. Desde allí se veía la Torre Norte, el punto al que tenía que ir. Estaba muy cerca. Otro mirlo se posó en el alféizar y lo miró con sus pequeños ojos brillantes, más oscuros que el miedo, luego alzó de nuevo el vuelo. Jadul se estremeció al verlo cruzar la noche.

Se untó pegamento de araña en las manos y en las suelas de las botas. La sustancia le permitiría caminar por las paredes durante un buen rato. Desplazarse por aquellos techos altos y sumidos en la sombra sería un buen modo de avanzar sin ser visto. Caminó por ellos con el oído atento, buscando los que le parecían menos transitados. Era fácil adivinar que esa noche los nobles debían de estar en la torre principal, que se veía desde todas las ventanas, iluminada como una estaca de fuego y cristal.

Cruzó con la cabeza gacha dos salas sin mayores problemas. En una de ellas, los guardias estaban bebiendo discretamente mientras hablaban de lo orgullosos que se sentían de sus hijos. En la sala de lado, uno de los soldados cabeceaba y el otro se miraba encantado en un espejo, sacándole brillo a los adornos de su uniforme. Estaba claro que nadie esperaba un merodeador por aquellos lares. Así que salió con mucho cuidado a una antesala que, si no se equivocaba mucho, debía llevar a la torre norte.

Al cruzar la puerta, reptando como un murciélago, no se dio cuenta de que estaba pasando algo raro. Cuando estiró la mano buscando apoyo no lo encontró, asomó la cabeza y se dio cuenta de que allí no había nada. Absolutamente nada, un vacío blanco, deslumbrante y algodonoso. Tuvo una sensación extraña, alguien tiró de él y, en un instante, estaba elevándose a través de una blancura radiante. Su cuerpo era como una pluma suspendida entre las nubes que se movía despacio, muy despacio. El phoka no veía ninguna forma distinguible, solo la luz inmaculada, no oía nada, ni olía a nada. Aterrorizado, trató de girarse, quería dejar de estar cabeza abajo. Moverse le costó muchísimo, el cuerpo sin peso en el que se había convertido se resistía a obedecerle. Era extraño pensar

en arriba o abajo en aquel lugar sin dimensiones, sin embargo, su instinto felino le decía que tenía que girarse y Jadul siempre le hacía caso. Lo consiguió después de un par de intentos balanceándose estúpidamente. Nada más lograrlo, sintió que recuperaba peso y empezó a caer mientras el mundo iba a volviendo a dibujarse a su alrededor.

No aterrizó en el suelo del vestíbulo, estaba en una sala vacía que olía a polvo. Largos cortinajes mantenían la estancia casi a oscuras. Miró a su alrededor con el pelo erizado, la espalda arqueada y las orejas atentas. El lugar que acababa de dejar se parecía mucho a EntreMundos y, aunque no entendía cómo era eso posible en Palacio, no tenía tiempo para averiguarlo. Se mantuvo inmóvil, pegado al suelo, la cola entre las piernas y la cabeza baja, buscando quién más podía estar allí mientras sus ojos se acostumbraban a las sombras. La poca luz de la habitación venía de una nube de puntos brillantes, como una lluvia de polvo suspendida en el aire, que emitía un resplandor dorado. Muy despacio, comenzó a acercarse. Era consciente de que debería proseguir su búsqueda de la Torre Norte y sin embargo no podía resistirse a la atracción de la neblina luminosa. Nunca había visto nada tan peculiar, era una extraña belleza. La luz se hacía más intensa a medida que avanzaba, caía de las ramas de un árbol blanco como si fuese rocío. El suelo dejó de ser de mármol para estar cubierto de teselas verdes, brillantes y suaves, imitando la hierba salpicada de flores. Jadul tuvo que plantar las manos sobre ellas para convencerse de que no se estaba volviendo loco y que aquello no era hierba real por mucho que lo pareciese. El suelo no estaba frío, era cálido y la luz se estaba volviendo tan brillante que tenía la sensación de estar caminado por un prado primaveral. No eran imaginaciones suyas. Alzó la cabeza porque alguien lo estaba llamando. No usaba su nombre, pero la voz le traía recuerdos, imágenes difusas de una vida que no había vivido.

—Estrella de mis ojos —susurró Jadul sin saber por qué—. Estoy aquí.

—No te veo, luz de mi corazón —gimió una voz desconocida, que le iluminó el pecho como si despertase de un sueño.

—Pero he venido, he venido tal como te prometí. —Las palabras surgieron de su boca en contra de su voluntad.

—¿Dónde estás?

Había tanta angustia en aquella pregunta, tanta urgencia, que al phoka se le erizó el pelo. Una tristeza inabarcable se había instalado en su corazón. Recordaba un cuerpo enfriándose junto al suyo. La espera enloquecedora, carcomido por las dudas y el miedo. La desesperación al no ser capaz de cumplir con el pacto sellado. La desolación de verse obligado a seguir con una vida que no deseaba. Jadul se arrodilló, llevándose las manos a la cabeza.

En su memoria se mezclaban imágenes, en algunas se veía con su hija en brazos, riendo con Iona y Alia, sentado bajo un árbol con Uro, pero en otras paseaba por los jardines más hermosos que hubiera visto jamás. Podía ver su reflejo en un lago, y era de la sidhe más bella que jamás podría imaginar. Y también era un caballero, un phoka que entrenaba junto a nobles y gentiles por igual. Las imágenes que le venían a la cabeza eran recuerdos, recuerdos teñidos de tristeza, recuerdos envueltos en la amargura, en rabia, en temor.

—¿Quién eres? —gritó, estaba en el suelo, demasiado débil para levantarse—. ¿Dónde estás?

Un rostro radiante se dibujó en su mente, envuelto por unos cabellos encendidos como la propia sangre. Radiantes como el jaspe.

—Enciende la luz y me verás —contestó la luz.

Jadul sacó la vela de la bolsa con manos temblorosas mientras todos sus instintos le gritaban que huyese. Puso la pequeña vela de pie sobre el suelo frente al árbol helado, frío como la plata. La habitación se desdibujó, las paredes y los ventanales dejaron paso a un pequeño jardín presidido por el árbol, un cerezo que ahora estaba cargado de flores rosadas. Sostenida por una red de ramas entrelazadas, la sidhe que acababa de ver paseando por el jardín dormía con los labios entreabiertos.

El cabo se prendió con una pequeña llama que danzó en la oscuridad. Un hilo de luz dorada corrió por el suelo hasta las raíces, tejiendo el tronco con miles de hilos de luz que se expandieron por las ramas y fueron encendiendo una a una todas las hojas. La sombra del tronco, en cambio, creció y serpenteó hasta Jadul que sintió que algo se le abría paso a través de las entrañas, algo grande, viscoso y amargo. Abrió la boca para dejarlo salir, pero se dio cuenta de que no sería suficiente. Porque aquello necesitaba carne y sangre para tomar forma, y estaba devorando la suya. Trató de volver a apagar la luz mientras veía cómo los brazos y las manos se le arrugaban como ropa vacía.

Supo que no volvería a ver a Uro, ni a Manx. Se había despedido de él con una mentira.

«Perdonadme», rogó sintiendo que la cuenca del ojo vacío se le llenaba de lágrimas.

Una figura sólida se abrió paso a través de su cáscara cada vez más vacía. Una figura pálida, blanca como la luna, con el pelo largo y liso tan negro como la noche, envuelta en una nube de mariposas negras. Sus ojos eran zafiros que lo veían todo. Un mirlo de ojos azules.

Lo que quedó en el suelo ya solo era una triste piel. Su amor, su fuerza, sus esperanzas, su mismo nombre habían desaparecido. La vela siguió ardiendo, pero ya no quedaban sombras en la sala.



54. El trono florece

Le sorprendió mucho que Calendemyn la invitase a ir con él al baile. Que votase a favor de la construcción de la presa de AltaCumbre no solo sirvió para que NubeArgéntea estuviese a punto de marcharse del Alto Consejo dejándole a AltaCumbre una declaración de guerra sobre la mesa. Dejó una pincelada de decepción en los ojos del Senescal que la enfurecía. ¿Se pensaba que votando por ella iba a ponerla bajo su ala? ¿Que se convertiría en su tutor? Llevarla a ver a la reina con el cuento de la lealtad al reino para convencerla de renovar unos votos que ni siquiera sabía si Lydden había hecho había sido una maniobra sucia para asegurarse de que la mantenía dentro de su área de influencia, y era algo por lo que no estaba dispuesta a pasar. Al menos Rheia iba de frente y podía negociar con ella. Era evidente que la Señora de SilvaViento tenía sus planes, pero eran claros como el aire, quería poder y oro. Era ambiciosa, muy ambiciosa. Y lo era sin dobles tintas ni disimulos. Esa podía llegar a ser su gran debilidad, porque se creía mucho más lista de lo que realmente era. La había engañado una vez, se aseguraría de que no hubiese una segunda.

Cuando fue a contarle que iría al baile del brazo del mismo Senescal, la encontró tumbada en un diván fumando de un narguile de boquilla larga, con los ojos entrecerrados y los rizos azules desperdigados entre los cojines. Era hermosa, con la belleza estudiada de las obras arte. Rheia nunca dejaba nada al azar, incluso si lo que pretendía era relajarse, se vestía para la ocasión: poco

maquillaje y una bata de seda y satén azul que fluía sobre ella como el agua. El narguile, de cristal con filigranas de oro, representaba un pavo real con la cola abierta, pero la boquilla era la cabeza de una serpiente con dos ágatas talladas como ojos. Cada vez que se la acercaba a los labios para fumar parecía que la besaba en la boca.

—Calendemyn de VuelaPluma quiere que vaya con él al Baile de Otoño —anunció mientras se sentaba junto a ella.

Rheia abrió perezosamente los ojos y la miró entre las largas pestañas.

—Aún tratará de llevarte por el buen camino. —Sonrió, una nube de humo perfumado escapó de sus labios—. Querrá convencerte para que te pienses lo de la presa. Pero veros juntos enfurecerá a NubeArgéntea, y a CopasAltas… A fin de cuentas, le has dado a Elio lo que se lleva negando a Ayden desde tiempos de tu abuelo.

—Esto podría acabar en una guerra.

—Fantástico. A río revuelto, ganancia de pescadores —le dijo apoyándose de costado sobre un codo—. Los negocios florecen cuando la sangre los riega.

No era la respuesta que quería.

—No me convertiré en Jeanna de Nogalera.

—En ese caso, ve con tu Senescal, sonríe con él. Asegúrale que la próxima vez serás una buena acólita. Vota a favor de algunas de sus propuestas. Debes tener una mano llena de flores y otra llena de espinas.

No era un consejo desatinado. Calendemyn se mostraba a favor de terminar con el toque de queda. Consideraba que solo servía para tensar la ciudad, y a Rheia le convenía que las hadas volviesen a divertirse. El azul era la fuente de su riqueza. El azul debía volver a regar las calles.

—Le seguiré la corriente.

Rheia se levantó y la besó en los labios. Sus besos siempre sabían a violetas azucaradas.

—Bien hecho —le dijo antes de volver a su plácida languidez.

—Imagino que irás —le preguntó—. No me has enseñado tu vestido.

—Iré, iré. Tengo que encargarme de unos asuntos, pero iré —le aseguró soltando perezosos aros de humo.

Decidió ordenar que llevasen sus ropas a Palacio para vestirse directamente allí con tiempo. El vestido y la máscara que había escogido para el Baile de Otoño eran demasiado aparatosos y quería ahorrarse un incómodo viaje en carruaje. Podía haber enviado también a sus criadas, una peinadora, un par de vestidoras y a la maquilladora que cada mañana la rociaba con agua de rosas antes de aplicarle rubor en los labios y algún color en los ojos que combinase con las joyas o las prendas escogidas para ese día. Decidió no hacerlo, Palacio tenía criadas de sobra para ayudarla a vestirse y como Alta Señora le correspondían sus propias estancias allí. Eso le ahorraría tener a sus criados cerca. Desde que Rheia los había atado con su hechizo de sangre, eran como extraños para ella. Seguían atendiendo a sus tareas, los escuchaba hablar entre ellos y la casa estaba tan bien atendida como siempre. No podía quejarse de ellos, tampoco podía evitar pensar que había algo diferente en sus rostros, eran menos expresivos, las voces tenían un tono apagado y le parecía ver un punto opaco en aquellos ojos sin gracia que la ponían sumamente nerviosa en algunos momentos.

Tenía además la intención de hablar con Calendemyn, limar asperezas. A pesar de que no hubiese votado lo que él esperaba, no tenían por qué convertirse en enemigos. Siempre se podía negociar, en eso consistía la política. «En apostar con las cartas ganadoras en la mano», pensó sonriendo para sí misma. Si no se equivocaba, la fiesta ya estaría empezando, las Casas Menores llegaban primero al Gran Salón y abrían los primeros bailes. El momento álgido de la noche, con el encendido de las luces de Samhain y la danza de invierno, llegaría cuando el Senescal Real y su pareja aparecieran ante todos. Calculaba que tendría tiempo de sobra para hablar brevemente con él. Sonrió. Las cosas estaban saliendo mejor de lo

que había pensado. Una vez se solucionase el pequeño desacuerdo con la dichosa presa, le daría una buena lección a ese palurdo de Ayden de CopasAltas y dejaría zanjado de una vez por todas sus problemas fronterizos. Ella no pasaría a la historia como un heraldo de la guerra, sería una campeona de la paz.

Cuando la silla de mano se detuvo delante del Gran Portón de Palacio, un olor agrio le llenó la nariz. Los guardias apostados a ambos lados del rastrillo parecían un tanto desconcertados, pero la dejaron pasar. Dentro de Palacio el ambiente estaba lejos de ser festivo, muchos nobles, ya vestidos con sus mejores galas, se asomaban a las ventanas y los balcones que daban a alguno de los patios del ala oeste, una delgada columna de humo gris se elevaba sobre los muros. Gwyllión ordenó que detuviesen la silla para bajarse. En cuanto dio dos pasos para alejarse de su transporte, una patrulla de guardias se dirigió hacia ella. Pese a que vestían el uniforme de gala, sus expresiones no eran para nada festivas.

—Mi señora —la saludó un joven sidhe que sudaba a chorros y casi no tenía aliento para hablar—. Soy Galdwin de MarcaArena, tengo órdenes de escoltarla hasta las estancias que prefiera, debe permanecer en ellas hasta que sepamos que el Palacio es seguro.

—¿Seguro? —se alarmó Gwyllión—. ¿Qué está pasando?

—Aún no lo sabemos, mi señora. La Alférez Mayor solo nos ha dado la orden de poner a los asistentes al baile a salvo. Si es tan amable de decirme dónde desea ir.

—Me gustaría que me llevaran a las estancias del Senescal de inmediato.

Los guardias se miraron entre sí un segundo, confundidos e inseguros. El joven Galdwin asintió.

—Como ordene, mi señora. Tenga la bondad de acompañarnos.

De inmediato, se vio rodeada de soldados que la llevaron casi a la carrera por todo el Palacio. En su camino se cruzaron con varios grupos de soldados y un buen número de sanadores que corrían hacia los pasillos que llevaban al Patio de la Justicia. «¿Será otro ataque en las mazmorras? Parece que a nuestra Alférez Mayor le

viene grande el puesto». Pensar en que la joven que la había mirado con tanta desaprobación junto al árbol de la reina era en realidad una incapaz, le supuso un alivio. ¿De qué servía jurar lealtad y envolverse en conceptos como el honor si era incapaz de hacer su trabajo? Puede que su antecesor fuese un corrupto, pero mientras fue Alférez nadie atacó Palacio. «Así se le bajarán un poco los humos», se dijo a sí misma con una sonrisa.

Las estancias del Senescal estaban vacías, Calendemyn había salido al encuentro de su pupila. Gwyllión decidió pedir que enviaran a alguna criada disponible para empezar a arreglarse. No estaba segura de si se celebraría el baile o no. Sería inaudito no celebrarlo, la ofrenda a la diosa del invierno jamás había dejado de hacerse, ni siquiera en lo más crudo de las Guerras Goblin. Ocurriese lo que ocurriese, la pillaría preparada.

El Senescal llegó justo cuando una de las criadas le cerraba el último botón del vestido. El Señor de VuelaPluma entró tras llamar a la puerta, venía sudoroso y pálido. Se sirvió una copa de agua y la vació de un trago dos veces sin decir una palabra. Su ropa traía el mismo olor ácido que había percibido al entrar en Palacio. Gwyllión apartó a las criadas que trataban de peinarla con un par de manotazos y se acercó a Calendemyn.

—¿Qué ha ocurrido? He visto el humo en la entrada…

—Nada grave —le respondió sombrío—. Un nuevo incendio en las mazmorras. La Alférez ya se está encargando de ello.

Mentía, lo sentía. Por mucho que el rostro del Senescal fuese imperturbable, estaba nervioso. Se movía por la habitación acariciándose el bigote.

—Es la segunda vez que ocurre. Y en la primera resultó gravemente herida. —Gwyllión se acercó a él, tuvo el impulso de cogerlo del brazo para calmarlo, pero pensó que el olor a humo le estropearía el carísimo vestido. Colocó la mano sobre la del Senescal—. ¿Al menos esta vez está ilesa?

—Sí, ha estado a punto de atrapar al culpable —respondió Calendemyn apartando la mano.

—Tendrá que responder ante el Alto Consejo. Los ataques a Palacio, la explosión en la calle de los Ensalmos … Todo el mundo está nervioso. Y la Guardia debería dar respuestas y soluciones.

—¡Lo hará! A su debido tiempo.

—Espero que sea antes que pronto —comentó—. Porque las esperas largas solo sirven para empeorar las cosas.

El Senescal se giró hacia ella.

—Ambas sois damas en puestos que muchos dirían que no os corresponden. Sois el centro de todas las miradas. Aunque creas lo contrario, no te haría ningún bien que Sygurn perdiese su puesto. En lugar de tratar de ponerme en su contra, deberías ayudarla. Confié en ti pensando que eras diferente de tu padre, no me hagas cambiar de idea.

—Estoy y estaré al servicio del reino y del Senescal. No le deseo ningún mal a la Dama de Ventisquero.

Lo dijo con una impecable serenidad que no convenció al Senescal. Algo en él le hizo pensar que sospechaba que estaba mintiendo y eso la asustó. «¿Qué ha podido hablar con esa bruja?».

—Eso espero, Gwyllión. Lo espero de corazón. Con tu permiso, voy a cambiarme. No pienso permitir que nada empañe las celebraciones de esta noche.

—Por supuesto. Terminaré de arreglarme.

Calendemyn salió cerrando la puerta un poco más fuerte de lo necesario. Gwyllión se sirvió también algo de agua. No sabía por qué estaba tan nerviosa. Ella no tenía nada que ver con lo que hubiese pasado en los calabozos. «Tengo que encargarme de unos asuntos», recordó las palabras de Rheia y volvió a sentir la garganta seca. Esta vez se llenó la copa de vino. No tenía nada de lo que preocuparse. Esos asuntos no eran los suyos. Tras una segunda copa de vino volvió a permitir que las criadas siguiesen con su trabajo.

Debutar en el Baile de Otoño del brazo del Senescal Real era toda una declaración de intenciones, el apoyo incondicional a la nueva integrante del Alto Consejo incluso cuando pudieran estar en

desacuerdo. Entraron en la deslumbrante sala, anunciados por una fanfarria de trompetas y un chambelán que recitó sus nombres en tono solemne, con todos los títulos de la pareja. Si Lydden no hubiese sido tan cerrado de mente, habría vivido para ver ese momento y estaría orgulloso. Gwyllión se permitió una sonrisa exultante bajo su pesada máscara, que mostraba el rostro del invierno, y oculto tras él por un ingenioso engranaje, el de la primavera. Su vestido era verde y dorado por los campos y las cosechas, con un elaborado cuello de encaje y diamantes que representaba el invierno gélido, frío y radiante. Todos los ojos de la sala se giraron hacia ella, y pudo adivinar en ellos su admiración, su envidia, su curiosidad y su recelo. La atención absoluta de los presentes cayó sobre ella como un torrente. Se sintió viva, llena. Tan llena que pensaba que el vestido se le quedaba estrecho. Había alcanzado su más antiguo deseo: brillar con luz propia, salir de las sombras y que el mundo la viese tal como era.

Buscó con la mirada a la Alférez, era de suponer que llevaría el uniforme de gala. Con su melena rubia y sus rasgos toscos debería ser fácil de localizar. Estaba claro que no estaba en la sala. Rheia sí que estaba allí, sentada en un canapé junto a Elio, que reposaba la cabeza sobre el hombro de su banderiza, y le sonreía mientras esta jugueteaba con no dejarle comer un bombón.

Calendemyn dio un suave golpe en el suelo con el bastón de mando, la orquesta empezó a tocar de inmediato la *Sonata de invierno,* la suave música con la que los antiguos reyes desafiaban a la noche más larga y más oscura del invierno para atraer de nuevo con ellos la luz de Danu. El Senescal y su pareja debían abrir el baile central y con él, encender las luces que desafiaban a las tinieblas.

Caminaron hasta el centro del gran salón cogidos de la mano mientras los presentes les abrían paso entre reverencias. Todos estaban allí, todas las Casas tenían allí a sus representantes y todas se inclinaban ante ella. Calendemyn se colocó frente a ella, la saludó con una reverencia y se dispuso a cogerle la mano derecha.

No llegó a hacerlo. Una violenta sacudida lo hizo caer al suelo. Gwyllión logró mantener el equilibrio a duras penas. El Palacio entero había temblado y las viejas campanas de bronce, que llevaban mudas desde la muerte de los últimos reyes, repicaban sobre sus cabezas. Sonaban alegres, giraban y daban salvas enloquecidas que parecían poder oírse por todo el reino mientras los elfos se levantaban del suelo confusos y doloridos entre gritos de pánico. El Gran Salón quedó a oscuras un instante y luego comenzó a brillar como si un deslumbrante fuego interno hubiese invadido el interior de los muros.

El suelo que los sostenía y las agujas que se alzaban en las torres vecinas, todo relucía. Las viejas piedras se habían transformado en cristal limpio y resplandeciente. Muchos otros nobles empezaron a asomarse a los ventanales y los balcones de la sala para admirar el inesperado prodigio. Gwyllión no había notado antes una magia tan poderosa, no era que vibrase en el aire como ocurría con los hechizos normales, es que lo hacía arder. La noche se había vuelto repentinamente más cálida, las corrientes de aire frío habían cesado. Estaba eufórica sin comprender el motivo, sin necesitar ni querer comprenderlo. Se miró las manos y comprobó que brillaban débilmente. Sintió que, en aquel momento, no había hechizo ni deseo que no pudiese realizar. La sensación era embriagadora y peligrosa. Calendemyn la ayudó a volver a la realidad, la cogió de la mano y tiró de ella de vuelta al interior de la sala. Se dejó arrastrar porque sabía a dónde la llevaba, estaba segura de que él también estaba obedeciendo a la voz que los llamaba, a ella y a todos los sidhe. Los llamaba con la voz dulce que las madres usan con sus hijos.

La voz procedía de una inmensa puerta de mármol con las dos hojas abiertas de par en par en mitad del Gran Salón. Gwyllión reconoció la puerta de la Sala del Cerezo y el corazón le dio un vuelco.

Al entrar, se encontraron en una pradera radiante. El césped crecía bajo los pies de los presentes y las flores se abrían

delicadamente. Sobre ellos, el cielo se desplegaba, no un cielo nocturno, sino un brillante mediodía presidido por un sol que brillaba en toda su gloria en mitad de un cielo limpio, azul y despejado. Los sidhe supieron que ya no estaban en el Palacio, habían entrado en el delicado espacio que existía entre los mundos, donde reinaba la Magia Ancestral. Estaban en una colina despejada, sobre la que se alzaban dos cerezos entrelazados de cuyas ramas caía una lluvia de pétalos rosados. Y allí, sentada a la sombra de las ramas floridas, los aguardaba una figura vestida de un verde tan profundo como los primeros bosques del mundo. Su pelo era una interminable llamarada roja, la piel blanca como las nubes. Sobre la frente la corona relucía. Era la primera estrella de la noche, la luz del mundo. Gwyllión la miró como la miraban todos, con una confusa mezcla de amor y asombro. ¿Cómo no amar aquel rostro tan hermoso? ¿Cómo no querer perderse en sus ojos antiguos y sabios, jóvenes y fuertes? Aquella joven era una sidhe y era algo más que eso. Tras ella, apenas perceptible, una figura pálida y oscura, con los ojos azules como una noche infinita, trataba de ocultar una desnudez delicada, una piel que casi era niebla y una melena larga, negra y sedosa.

—Somos… —La dama pálida susurró en el oído de la sidhe—. Soy Silvania de PrendeSoles —les dijo con una voz firme y dulce—. Soy la Señora del Trono de Cerezo, soberana de TerraLinde, vencedora de las Brumas. Pedisteis mi vuelta y en mis profundos sueños escuché vuestras súplicas y, por ellas, he despertado.

Gwyllión dobló la rodilla, como todos los que la rodeaban. Feliz y agradecida por aquel retorno que tantas veces había soñado. Solo que ella sabía que nunca había ocurrido, jamás había deseado el regreso de la reina. Aquella reina dulce y terrible. Tenía los ojos llenos de luz, de destellos, de una belleza casi insoportable. Sonreía. ¿Cómo no sonreír? Sonreía a la Alta Señora, la sangre de la diosa Danu. A una descendiente directa de los Tuatha de Danann. Sonreía y al mismo tiempo se preguntaba dónde estaba su sombra y quién era la silueta negra, la figurita pálida y oscura que, escondida tras los troncos del trono, los miraba a todos con esos ojos profundos

que eran capaces de llegar hasta el último rincón de su alma. Al verla supo que el mundo iba a cambiar. Y eso podía hacer que lo perdiese todo.



55. RecorreTúneles

Nicasia no supo en qué momento se había quedado dormida, se despertó medio desnuda, con la cabeza pesada y la lengua esponjosa y seca. Tenía el estómago revuelto y la memoria llena de nubes. Estaba tumbada junto a Marsias, que dormía plácidamente desnudo, salvo por algunos manchurrones azules que le tintaban los brazos. Al verlos, al reconocer aquel índigo ahora con la cabeza despejada, tuvo un escalofrío que le retorció las entrañas. Se subió los pantalones como pudo y se alejó del sátiro dando bandazos para vomitar junto a un árbol reseco. Se frotó la frente desesperada y se llevó los dedos tiznados a la nariz y aquella peste terrosa y ocre la devolvió a sus peores recuerdos, el de aquel mismo aroma mezclado con el olor dulzón del sexo, del sudor, de la sangre. Creyó recordar los gritos y los gemidos, entonces alzó la vista y se dio cuenta de que no había vuelto a sus recuerdos. La explanada era una maraña de cuerpos enloquecidos, algunos peleaban como animales, mordiéndose, arañándose, lanzándose golpes salvajes. Otros se besaban y se retorcían en el suelo, desnudos o medio desnudos, lamiéndose, penetrándose, gimiendo. Los menos afectados por aquella locura colectiva andaban como ella, esquivando cuerpos, confusos, quizás algo borrachos aún. Llegó tambaleándose hasta una mesa sobre la que había varios cuencos con restos de pintura, al llevarse uno a la nariz volvió a sentir que las tripas se le retorcían con ese escalofrío helado del miedo y volvió a vomitar hasta que no tuvo nada más que el amargo sabor de la bilis en la boca. Aquel

mejunje era Pierdementes y ella se había dejado arrastrar por las mismas ansias de las esclavas de los parideros. Se sintió sucia y furiosa porque el sexo apremiante y cálido, el suave dolor que aún notaba en las ingles, aquel pequeño éxtasis, había sido mentira. «Soy prostituto», le había dicho Marsias un rato antes. Drogas y vino y ella estaba allí, pero podría haber estado con cualquiera. Se secó los ojos, no sabía en qué momento había empezado a llorar y tampoco sabía cómo parar.

Una mano se posó sobre su hombro. Nicasia alzó la vista y se encontró con la sonrisa de Manx.

—Te he estado buscando —dijo la gata—. No podía volver a la Carbonería…

No la dejó seguir hablando, no necesitaba explicaciones, solo quería abrazarla y encontrar refugio para esconderse de la tormenta de horror y miseria que retumbaba en su mente. La gata le devolvió el abrazo y la meció suavemente, arrullándola hasta que el dolor y el miedo se fueron apaciguando, hasta que se quedó sin lágrimas y solo le quedó un llanto seco que le desgarraba la garganta. Cuando logró tranquilizarse, Manx le secó la cara y la besó con suavidad. Nicasia no sabía qué explicarle, no podía contarle su vida en la Ciudad de Piedra, no podía hablarle del Mercado de las Almas, donde la vida de un esclavo apenas valía nada, ni contarle del horror de los parideros. Miró a la gata de arriba abajo, no parecía estar manchada de azul. Llevaba un disfraz horrible que la hacía parecer un espantapájaros deshecho, con un sombrero de paja destrozado y una especie de casaca tejida con hierba seca, pero ni una sola pizca de azul le manchaba la piel. Sintió un alivio inmenso al comprobarlo.

—¡No se te ocurra usar la pintura de los cuencos! —le advirtió Nicasia.

—¿Estás loca? —Sonrió Manx para quitarle importancia—. Es la mierda que venden Urakarnake, Alia y toda esa panda de cabrones. No tocaría eso ni con un palo. Precisamente te estaba buscando para advertirte de lo mismo.

Nicasia bajó la voz.

—Pero este mejunje lo usan los goblins, se prepara con unas setas y líquenes que crecen en lo profundo de las cuevas. Solo los Pastores del Musgo saben fabricarlo… —Se quedó callada de golpe. Estaba hablando demasiado.

—¿Entonces Urakarnake y su gente están negociando con los goblins?

—No solo Urakarnake. —Nicasia bajó todavía más la voz—. Recuerda las facturas que encontramos escondidas en el cajón… Avispa también… y puede que algún sidhe.

Manx le tapó la boca a Nicasia y la miró muy seria. Podía ver el miedo pintado en sus ojos.

—¡Calla! No digas ni una palabra más —estaba hablando en susurros—. Si alguien se entera de que sabemos esto, estamos muertas.

—Tu padre… Yo le conté cosas.

La gata negó volviendo a ponerle un dedo sobre los labios.

—Ya hablaré con él… Vamos a olvidarnos de este asunto. Nos callaremos y seguiremos con nuestras vidas.

Cualquier negocio o contacto con los goblins estaba totalmente prohibido y era considerado alta traición, el único delito de TerraLinde que se castigaba con la muerte. Era consecuencia del terrible legado que las sucesivas Guerras Goblin habían dejado en el reino. Los goblins eran expansionistas, tremendamente territoriales y sus relaciones con las hadas del exterior nunca fueron fluidas. Ellos, al igual que los sidhe, se creían los primeros descendientes de la diosa de la creación, pero mientras para los elfos esta era Danu, para los goblins era Nemed. Ambos pueblos creían en su derecho divino de gobernar sobre el reino. Por el momento, los sidhe prevalecían mientras los goblins llevaban mucho tiempo luchando por su mera supervivencia. Le parecía impensable que un sidhe comerciase con un goblin. Tampoco el pueblo de las montañas vería con buenos ojos que uno de los suyos vendiese un secreto tan preciado a un hada del exterior. Nicasia comprendió que el alcance de ese comercio iba más allá de una simple operación de

contrabando. Quien hubiese negociado con los goblins debía de haberles ofrecido algo muy jugoso.

De nuevo, el sonido de un cuerno volvió a resonar sobre la explanada para convocar a los presentes, los que aún podían mantenerse en pie empezaron a desfilar tambaleándose hacia el sonido, como una horda de marionetas desmañadas. Manx se levantó con la intención de unirse a ellos.

—¿Qué haces? ¡Deberíamos irnos! —exclamó Nicasia.

—Quiero ver quién es el nuevo jefe de la Hueste Invernal. Tal vez sea alguien que pueda ayudarnos.

Nicasia trató de tirar de ella para frenarla.

—No es buena idea…

—Lo peor que puede pasar es que sea otro soplaflautas como el anterior —dijo para tranquilizarla. Se agachó para coger un par de máscaras que alguien había dejado tiradas por el suelo. Se volvió para colocarle una y luego se puso la otra—. Vamos a ver qué pasa.

Al ver que Manx no estaba dispuesta a cambiar de opinión, fue tras ella. No podía dejar de darle vueltas a lo que acababa de descubrir. ¿Debía volver a la Carbonería y seguir trabajando como si no supiese nada? ¿Qué otras opciones tenía? Se suponía que Eleazar la había traído a la Corte de los Espejos porque era el lugar más seguro para ella, una ciudad que ningún goblin había pisado jamás. Le había dicho que nunca se atreverían a poner un pie tras las altas murallas, pero ella estaba allí, incluso había podido tomar hueste sin que nadie sospechase de ella. Estaba temblando cuando llegó junto al Trono de Piedra.

El mismo sluagh que los había llamado para tomar hueste tocaba de nuevo el cuerno transparente una y otra vez, arrancándole un bramido profundo imposible de ignorar. Cada vez más hadas se congregaban alrededor del trono. Entonces el sluagh se subió a las ramas secas del viejo árbol para que todos pudieran verlo.

—¡El Trono de Invierno está vacío! El Viejo León ha muerto. ¿Quién desea reclamarlo? —anunció solemne.

Al contrario de lo que esperaba Nicasia, la multitud se quedó muda, las hadas se miraban entre ellas sin atreverse a dar un paso adelante. El sluagh volvió a repetir la pregunta sin obtener más respuesta que un runrún de murmullos acobardados.

—¿Por qué no se presenta nadie? —le preguntó Nicasia a Manx en voz baja.

—No entiendo nada. —La gata se encogió de hombros.

El heraldo seguía voceando cada vez con más insistencia.

Una voz se alzó entre las hadas.

—¡Yo quiero ocupar el trono de piedra!

Reconoció de inmediato al que había gritado. Urakarnake era uno de esos personajes a los que era difícil confundir. Se había adornado las rastas rojas con plumas y huesos. Un faldellín de tiras de cuero tachonado y una larga colección de cicatrices completaban su atuendo. Nada más. No le hacía falta nada para parecer terrible.

—¡Soy Urakarnake! —gritó golpeándose el pecho con sus gigantescas manos—. Quiero ser jefe de la Hueste Invernal. ¿Quién se cree mejor que yo? ¿Quién quiere retarme a un combate?

No obtuvo ninguna respuesta, las hadas cotilleaban entre ellas, vitoreaban o abucheaban al candidato, pero ninguna se atrevía a responder al desafío. Resultaba sencillo comprender el motivo. Urakarnake era una bestia, tenía mirada de lobo y la mandíbula cuadrada le daba un aire brutal. Sonreía como si fuese a devorar a cualquiera que lo mirase. Daba vueltas en círculos, mirando con sus ojos escarlata al público, desafiándolos a salir a luchar.

El sluagh tocó el cuerno una única vez más. Urakarnake seguía rugiendo y soltando bravatas mientras mostraba su cuerpo brutal y hacía resonar sus nudillos.

—Si al tercer toque no aparece nadie para desafiarle tendrá que esperar hasta Yule para volver a lanzar un desafío —le explicó Manx, que se había puesto de puntillas, intentando esquivar a un troll que se les había colocado delante—. Desde aquí no veo nada, vamos a acercarnos un poco más.

—¿Y si en Yule tampoco aparece nadie? —quiso saber Nicasia que se dejaba arrastrar por su compañera.

—Entonces tendrá que retirarse. No podrá optar al trono y tendrá que dejar que otros lo intenten. Por eso no se presentan voluntarios. Nadie quiere que ese bruto sea el Señor de la Hueste. Ni enfrentarse a él.

Encontraron un hueco entre las primeras filas casi en el mismo momento que el cuerno sonaba por segunda vez.

—¡Cobardes! —gritaba el candidato—. ¡Sois unos mierdecillas cobardes!

A Nicasia se le erizaba el vello cada vez que aullaba. El gorrorrojo se iba poniendo cada vez más frenético y las hadas de la explanada estaban empezando a dispersarse. Al parecer, tendrían que esperar para saber quién los lideraría. Parecía que en cualquier momento el tercer toque dejaría desierto aquel encuentro. Manx bostezó.

—Me voy a buscar algo de beber —le dijo ahogando un bostezo—. Aquí no va a pasar nada interesante.

La phoka empezó a dar empujones para alejarse del círculo. Nicasia quiso seguirla, pero un par de hadas le cerraron el paso. Una de ellas era MechaCorta, la cara picada y los cuernos envueltos en hierro lo hacían inconfundible. La herrera los miró confusa. Antes de lograr que la dejaran pasar, alguien la agarró del cuello y la arrojó al interior del círculo, tropezó y rodó por el suelo hasta los pies de Urakarnake.

—¡Un candidato! —anunció el gorrorrojo del cuerno—. ¡Tenemos un candidato!

—¡No! —gritó angustiada Nicasia, se levantó de un salto y trató de regresar a su sitio, pero las hadas de la primera fila le cerraron el paso—. Dejadme pasar, por favor, dejadme pasar. Yo no quiero pelearme con nadie.

—¿Cómo te llamas, valiente? —le preguntó Urakarnake, mirándola con una sonrisa sádica.

Tenía la mente en blanco. Le costó comprender que, con la máscara, él no la había reconocido. No quería decir su nombre, no

quería pelear. No quería estar allí. Volvió a intentar colarse entre el público solo para encontrar que le negaban totalmente el paso. Los espectadores empezaron a reírse. La knocker se giró. No tenía ni la menor idea de qué podía hacer.

—Me llamo RecorreTúneles —respondió.

Cuando un esclavo se cansaba de vivir, se internaba solo en los lúgubres corredores abandonados de las minas para perderse en la oscuridad y el silencio. Para ser dueño, al menos, de su propia muerte. Se decía que cuando tomaban la decisión de marcharse, su carácter cambiaba y los ojos se les quedaban vacíos de voluntad. Los llamaban los recorretúneles y todos los esclavos pensaban que sus fantasmas vagaban para siempre por lo más profundo de la montaña.

—Estás a punto de cagarte de miedo, ¿no es verdad?

Las hadas respondieron a la gracia del gorrorrojo con una gran carcajada y una lluvia de insultos para ella. No entendía por qué había acudido ese nombre a sus labios. Simplemente lo había dicho. Sintió un chispazo de rabia. La mera idea de estar rindiéndose, de quedarse plantada ante Urakarnake para que la matara y convertirse en un fantasma, la enfurecía. Nicasia apretó los puños. La última vez que sintió algo parecido había apuñalado a Jarash hasta romper la hoja del cuchillo. Sabía que el azul aún la nublaba, que tenía las emociones a flor de piel, y en aquel momento el miedo estaba dando paso a una rabia ciega. Pero estaba agotada de estar siempre asustada.

—Al menos yo no me cago cuando intento pensar.

Jamás en su vida se hubiese imaginado dando una respuesta así a nadie. La multitud estalló en carcajadas que hicieron enfurecer a Urakarnake. El cuerno volvió a sonar, una nota larga y tan grave que le tembló en el pecho. El gorrorrojo sonrió.

—¡Acepto el desafío! —rugió alzando los brazos como si esperara una ovación. Algunas hadas respondieron, otras abuchearon. Debería haberse arrepentido de sus palabras, pero no fue así. No quería rendirse al miedo.

—¡Yo no…!

Urakarnake se abalanzó sobre ella y la cogió de la camisa antes de que pudiera terminar de hablar.

—Eso ellos no lo saben —le susurró antes de levantarla en vilo y tirarla al suelo.

Sintió un dolor punzante en la espalda y luego un hormigueo candente le bajó por todo el brazo derecho, hasta la punta de los dedos. Intentó moverlo, pero no le respondía. Se le había dislocado el hombro. Se giró para tratar de levantarse, escuchaba risas y gritos. La humillación le quemaba las entrañas, iba a morir delante de un público hambriento de emociones, sin que nadie le prestase la menor ayuda. «Moriré como si fuese una esclava», pensó con amargura. No había escapado del Mercado de Piedra, no había soportado el miedo y las humillaciones para acabar ahí, sin más.

Le pareció que alguien gritaba su nombre y un pequeño cuchillo, más adecuado para rajar bolsas que para luchar, cayó a sus pies. Lo cogió con rapidez y cuando el gorrorrojo trató de apresarla de nuevo, se zafó en el último momento y apuñaló aquella zarpa repugnante. Urakarnake se frotó un momento el dorso de la mano y luego la miró con desprecio.

—¿Eso es todo lo que puedes hacer? ¿Picar como un tábano?

Una oleada de recuerdos la asaltó. Yirkash hablándole de la formación de los batallones goblins. Las horas de forja, trabajando los pequeños artilugios que los soldados usaban en las incursiones en la superficie. Así era como las llamaban, «enjambres». Porque atacaban con ferocidad, confundiendo al enemigo y aguijoneando una y otra vez hasta derribarlo.

—La primera picadura no te mata —dijo Nicasia para sí misma.

Miró alrededor. No luchaban en pequeños corredores ni tenía a una horda de hermanos de sangre para cubrirla. Nunca los había tenido, era una esclava, no una guerrera. Pero era de noche y si había algo con lo que estaba familiarizada, era con la oscuridad y las sombras. Reunió la poca magia que pudo convocar y rodeó su mano izquierda en un jirón de negrura.

El público aulló cuando la vieron cargar contra la mole de Urakarnake, un pequeño cuchillo en una mano y un jirón de sombras un poco más oscuro que el resto de la noche en la otra.

Urakarnake intentó golpearla, pero a pesar de su fuerza y su tamaño, no era tan rápido como ella. Se escabulló de nuevo y, al conseguir colocarse a su lado, se irguió para lanzar el hechizo directamente al gorrorrojo, que retrocedió llevándose las manos a la cara.

Desde lejos, quizás pareciera que había conseguido golpearle de manera muy débil y torpe. De hecho, ni siquiera había llegado a tocarle, pero cuando se apartó de él y vio la expresión de su rostro, supo que su pequeña treta había surtido efecto. Urakarnake rugió, enfadado, y cargó contra ella. Podía ver, no había sabido cegarlo por completo, pero en aquel momento las sombras debían parecerle más intensas y la luz de las antorchas demasiado brillantes.

Logró apartarse a tiempo y volver a clavar la fina hoja en el brazo del gorrorrojo. Aunque no ocasionara ninguna herida importante, lo hacía enfurecer y lo volvía más irracional. Por un instante creyó que quizás podría salir de aquello con vida. Urakarnake siguió golpeando. Una y otra vez. Ella iba consiguiendo escabullirse y, si tenía ocasión, usaba el cuchillo, pero se dio cuenta que no tenía la resistencia de un guerrero. Pronto le empezaron a temblar las manos y sintió que las piernas ya no le respondían con la misma velocidad. Su adversario consiguió golpearla de refilón, tirándola al suelo, aunque pudo esquivarlo antes de que él aprovechara la oportunidad.

Jadeando, sintiendo una confusa mezcla de ira, miedo y excitación, Nicasia comprendió que había sido una ingenua. No iba a sobrevivir si no lograba derribar a aquel gigante. Gritó, un alarido de pura desesperación, y luego se lanzó hacia Urakarnake. Debía olvidar los brazos o el torso, con aquella hoja solo serviría de algo herirle en el cuello o la cara. Se impulsó con todas sus fuerzas y saltó para engancharse al corpachón gris. Le arañó las orejas, le rodeó el cuello con las piernas y se preparó para acuchillarle en la cara las veces que fuera necesario. Pero Urakarnake era un guerrero

de verdad, no como ella. Sabiendo bien lo que hacía, se lanzó al suelo, aplastándola con todo su peso.

Apenas percibió el golpe, fue solo un brutal estallido de dolor que la dejó sin aire, aturdida y confusa. Aflojó la presa de las piernas y él aprovechó para separarlas más, dirigir las fauces abiertas a la pantorrilla y clavarle los enormes dientes, rasgando piel, músculo y hueso. Nicasia gritó como nunca lo había hecho. Quiso llorar. Quiso rendirse. Quiso morir y dejar de sufrir. Pero un destello de fuego y odio impidió que se desmayase.

Alargó los brazos para apretarle la mandíbula con toda la fuerza que fue capaz. Notó un millón de cuchillos clavándose en su espalda y en el pecho y una sensación muy extraña al respirar. Aun así, no soltó a su presa. Urakarnake mordió con más rabia hasta que se dio cuenta de que no podía respirar. La carne y la sangre le llenaban la boca y la nariz, asfixiándolo y ella le impedía escupir. Cuando en lugar de retenerle la pierna, trató de apartarla, aprovechó para zarandearle la cabeza.

—Púdrete por dentro, hijo de una rata —rugió mientras él trataba de sacudírsela. Con un último esfuerzo, le tapó la boca y la nariz hasta forzarle a tragar. Durante un instante no ocurrió nada. Luego sus ojos se abrieron por la sorpresa al notar el veneno y el ácido que acababa de ingerir. El gorrorrojo se contorsionó, logró cogerla de un brazo y la estampó contra el suelo como si fuera un muñeco de trapo. Se levantó como pudo, dispuesto a sentenciar el combate, pero en lugar de eso se llevó las manos a la garganta—. ¡Púdrete!

Con una expresión de pánico, y haciendo aspavientos mientras berreaba, se abrió paso entre la gente a manotazos en busca de ayuda o alivio. Nicasia se quedó tendida en el barro. La cabeza le daba vueltas y no sentía la pierna izquierda. Lo que sí notaba era un dolor tremendo al respirar y una presión en el pecho que no auguraba nada bueno. Le dio igual. Se sorprendió al sentir que sonreía. Por primera vez en su vida, no solo era una superviviente. Era una vencedora.

—¡RecorreTúneles! ¡RecorreTúneles por la Hueste! —gritó el sluagh del cuerno.

Fue lo último que escuchó antes de perder el conocimiento.



56. La compasión requiere valor

Ianthe solía hablarles a Marsias y a su hermano del fuego del corazón. Los días que estaba de buen humor, los llevaba hasta la cama y les contaba historias sobre los Tuatha de Danann y los primeros reyes sidhe, cuentos llenos de magia, de héroes y de batallas. Otras veces les contaba relatos que narraban cómo los primeros sátiros escucharon la llamada del amor, del amor por todos y para todos, y de cómo, guiados por la voz que escuchaban en sus corazones, se refugiaron en el bosque de FuegoVivo para crear un santuario donde amar y sanar a cualquiera que lo necesitase.

Marsias se despertó con el sonido lejano de los cuernos. Sacudió la cabeza tratando de despejarse, no le gustaba soñar con FuegoVivo, ni con su madre. Tenía la lengua seca y un dolor punzante detrás de los ojos. Le sorprendió no encontrarse allí a Nicasia. Se ató los pantalones pensando que se habría despertado tan sedienta como él y que seguramente había ido a buscar algo de agua. Entonces el cuerno volvió a sonar y vio cómo las hadas se arremolinaban en torno al Trono de Piedra. Había algo extraño en el aire, él mismo estaba lejos de sentirse bien. Le costaba pensar con claridad y tenía las emociones a flor de piel, estaba nervioso y cargado de una energía que necesitaba liberar como fuese. Se fue acercando al coro de hadas y escuchó a Urakarnake reclamar el trono para sí. Se cruzó de brazos, esperaba que nadie estuviese tan loco como para darle una oportunidad. No tenía interés por aquel espectáculo y estaba a punto de darse la vuelta cuando vio que

Nicasia entraba a trompicones en el círculo de combate. El corazón le dio un vuelco, empezó a dar empujones y codazos para que lo dejaran pasar. Las hadas lo insultaban, apretándose aún más entre ellas para permitir el paso a semejante maleducado.

—¡Con lo alto que eres!—protestó un bogan cuando pasó por delante—. Deberías dejarnos ver a los demás.

No tenía tiempo para disculparse, pero la pelea había empezado y él aún estaba lejos de las primeras filas. Al pasar junto a un árbol al que se habían subido varias hadas, ya lo bastante cerca como para entrar en el círculo, un sátiro con la cara marcada por una red de cicatrices le cortó el paso con una daga.

—No se puede interrumpir el duelo una vez empezado, amigo.

—¡Eso no es duelo limpio! —protestó—. Es una matanza.

Un grupo de hadas pintarrajeadas lo cercaron. Todas iban armadas. Sabía que se tomarían muy en serio su labor de no permitirle interrumpir el duelo. Las reglas eran estrictas. Una vez se iniciaba, nadie podía detenerlo. El combate acabaría cuando uno de los contrincantes se rindiera o muriera. Marsias dudaba que Nicasia supiese que tenía la opción de rendirse. Trató de apartar al tipo de la daga con un empujón. Un sluagh casi tan alto como él le puso una hoja de afeitar junto al cuello. Los gentiles no podían portar armas, así que los que no podían conseguir una de contrabando, usaban sus herramientas de trabajo.

—No querrás que me pase recortándote la barba, ¿verdad? —le siseó al oído.

Alguien le golpeó una pata con tanta fuerza que lo hizo caer al suelo. Se pasó toda la pelea forcejeando y soltando todas las palabrotas que conocía, tratando de que comprendieran lo que estaba pasando. Acabó tan exhausto que en algunos momentos la visión se le volvía borrosa.

Entonces vio pasar corriendo a Urakarnake y empezaron a sonar vítores y aplausos. Al parecer no había ganado la pelea. «RecorreTúneles, RecorreTúneles por la Hueste». El grupo de matones lo soltaron, dispersándose a toda prisa entre la multitud.

Marsias se puso de pie, lleno de moratones, escupiendo hierba y tierra. Echó a correr hacia el círculo. Algunos de sus atacantes estaban haciendo lo mismo. El sátiro no tuvo ninguna duda de que, si eran partidarios de Urakarnake, Nicasia aún podía estar en peligro.

La multitud empezó a inquietarse. El sluagh del cuerno intentó anunciar el resultado del desafío, pero entonces alguien gritó y otro devolvió un golpe y el círculo se deshizo en una suerte de batalla en la que todo se reducía a la violencia. Llegó junto a ella apenas unos instantes antes que el grupo de matones. Una phoka abrazaba a la knocker pidiéndole entre lágrimas que abriese los ojos. Un knocker viejo, con unas gafitas doradas colgando de una nariz demasiado larga, susurró algo en el oído del sátiro con la cara marcada, señaló en dirección a Nicasia y luego se marchó a toda prisa. La confusión era tal que Marsias comprendió que aquellos tipejos pretendían aprovechar el momento para matar a las dos hadas, prácticamente sin que nadie se diese cuenta.

Probablemente lo habrían conseguido de no ser porque una salva de campanadas empezó a repicar y todo el mundo se giró hacia la ciudad. El Palacio de Cristal se había encendido, como si fuese la primera luz del día. Como un dedo incandescente partiendo de la noche. Relucía sobre la colina de la Corte, deslumbrante y poderoso. Todas las almenaras de las murallas estaban encendidas y las campanas que nadie había escuchado hasta entonces tocaban a arrebato.

Marsias notó algo extraño. El corazón le latía con tanta fuerza que casi podía sentir cómo la sangre le corría por las venas, la piel le hormigueaba, el aire olía de un modo extraño. Creyó notar un lejano perfume de flores nuevas en mitad de la escarcha nocturna y supo que no era el único que percibía aquella sensación de despertar. A su alrededor, muchas hadas habían dejado de pelear y miraban hacia el haz de luz con la expresión de quienes habían salido repentinamente de un sueño extraño y necesitasen comprender qué estaba pasando.

Sabía que debía aprovechar el desconcierto. Pese a que creía poder percibir algo en la canción alegre que las campanas lanzaban

al aire, no se paró a escuchar. Cuando el sátiro se acercó, la gata echó las orejas hacia atrás y siseó enseñándole unos colmillos afilados.

—No vengo a hacerle daño —le dijo alzando las manos para mostrar sus buenas intenciones.

—¡No la toques! —le advirtió la gata sacando las uñas, tenía la cola erizada y una mirada feroz.

Marsias miraba de soslayo, no sabía cuánto duraría el embrujo.

—Si la dejas aquí, morirá. No puedes hacer nada por ella.

—¿Y tú sí? —bufó poniendo su cuerpo sobre el de la knocker.

—No podemos discutir ahora, te daré todos mis juramentos si los quieres, pero debemos sacarla de aquí ya.

La gata se secó los ojos con el dorso de la mano y volvió a mirarlo.

—Si le haces daño, te mataré.

No tuvo ninguna duda de que cumpliría la amenaza, lo miraba como si ya estuviese dispuesta a saltarle encima para arrancarle la piel de la cara.

—No hará falta —le dijo agachándose.

La phoka se retiró despacio, sin quitarle el ojo de encima. Marsias se movió despacio. Nicasia tenía la pierna izquierda en un ángulo muy raro que le hacía pensar que moverla sería una pésima idea, la sangre manaba a chorros. Puso la mano sobre la herida y las enredaderas que llevaba tatuadas en el brazo envolvieron la pierna de Nicasia de tal modo que detuvieron la hemorragia y crearon un entablillado algo tosco. Marsias se sorprendió de la facilidad con la que fluía la magia. Las ramas saltaban de su piel, corriendo hasta la knocker con el deslizar ágil de un río de serpientes. Eran ramas de hiedra gruesas, flexibles, justo como las necesitaba. La phoka contempló el hechizo con el mismo asombró que él, quizás porque también sentía cómo reverberaba el aire a su alrededor.

Tras dudar un momento sobre el mejor modo de levantarla del suelo, la cogió todo lo delicadamente que fue capaz. Si nadie la ayudaba, moriría en las próximas horas, o la matarían para que

Urakarnake fuese el Señor de la Hueste Invernal. No estaba dispuesto a permitir un asesinato a sangre fría, ya había visto bastante brutalidad por una noche.

Lograron pasar entre la muchedumbre desconcertada sin que nadie les hiciese caso. Debía aprovechar mientras aún estuviesen centrados en las luces de Palacio, así que, con la gata abriéndole camino, salieron a paso ligero de la Explanada de las Hogueras. Trataba de no tocar a nadie, temeroso de que el hechizo colectivo en que estaban envueltos se rompiese en cualquier momento y la atención de las hadas volviese a centrarse en el resultado del combate.

No se detuvieron hasta estar a una distancia prudencial. Decidió apartarse del camino principal y atravesar el sotobosque, a resguardo de los árboles dispersos. Notaba un líquido espeso y caliente deslizándose por el brazo que le producía una quemazón que se acabó volviendo insoportable. «Tal vez Urakarnake estuviese usando algún tipo de veneno», pensó. Necesitaba comprobarlo; si seguía escociéndole de aquella manera acabaría por dejar caer a Nicasia. Un poco más adelante vio un grupo de arbustos que se levantaban entre unas rocas, formando una pantalla a un lado del camino. No iba a encontrar un escondite mejor.

—¿A dónde vas? —preguntó la gata, que caminaba tan pegada a él que podría morderle las orejas.

—Necesito parar un momento.

—¡Pensé que habías dicho que no podíamos perder tiempo!

—¿Quieres cargar tú con ella? —gruñó con la voz ahogada mientras apretaba el paso para llegar a los arbustos antes de que le diese un calambre en el brazo.

Se agachó dejando a Nicasia sobre el suelo e invocó una pequeña luz. Tenía el brazo manchado de un líquido pardo, casi negro, que no era para nada el color que debería tener la sangre de un hada saludable. También olía raro. Si el gorrorrojo había usado veneno en la pelea, era poco probable que Nicasia tuviese opciones de sobrevivir, su sangre quemaba. Cuando comprobó el pulsó se

sorprendió, era débil pero ahí seguía. Seguía viva. El líquido pardo manaba de la brutal herida de la pierna, así como del resto de cortes y golpes. El sátiro nunca había visto nada así. No podía ser que el veneno estuviese en su sangre, un líquido tan corrosivo ya la habría matado. La única explicación posible era que aquella sustancia fuera la sangre de la knocker. No era que estuviese envenenada, por algún motivo que no entendía, su sangre era venenosa. Eso explicaba que Urakarnake hubiese reaccionado de aquel modo al poco de morderla. Si sobrevivía a tragarse un líquido así, le esperaba una recuperación muy dolorosa.

Al examinarla, descubrió que estaba mucho peor de lo que creía, la pierna izquierda colgaba por debajo de la rodilla. El hueso, roto y astillado, asomaba entre la carne sanguinolenta. Tuvo que respirar muy hondo para no vomitar allí mismo y él tenía un estómago curtido. También era obvio por los ruidos que hacía al respirar que tenía varias costillas rotas y probablemente alguna le habría perforado un pulmón. Levantó la camisa y confirmó sus sospechas al ver como la piel se amorataba, el costado tenía una extraña depresión que delataba los huesos fuera de lugar. Maldijo entre dientes. No estaba seguro de ser capaz de curar heridas tan serias. Tal vez se iba a morir de cualquier manera. «Al menos, no lo hará en la calle como un animal abandonado», pensó. Mezcló sangre con tierra y le dibujó en la frente un hechizo de sueño. Aunque fuese poco probable que recuperase la consciencia, le ahorraría sufrimientos innecesarios. La phoka lo miraba con los ojos muy abiertos, dos grandes ventanas que dejaban ver todo su miedo.

—¿Se va a morir? —preguntó con un hilo de voz.

—Aquí no —le prometió el sátiro sin saber muy bien por qué le daba falsas esperanzas. Volvió a cogerla en brazos y se puso en pie—. Pero hay que llevarla a la ciudad.

Salieron de los arbustos, a lo lejos se veían algunas hadas dispersas que comenzaban el regreso a la Corte, sosteniendo antorchas y lámparas para iluminar el camino. Eran pocas, pero si no se daba prisa, les darían alcance. No tardó mucho en darse cuenta

de que sería imposible llegar hasta las murallas antes del amanecer, y muy poco probable hacerlo sin cruzarse con nadie a menos que se alejasen mucho del camino principal. Tendrían que dar un buen rodeo, estaba agotado y no tenía tanto tiempo. «¿En qué lío te has metido, imbécil?», gruñó mientras seguía avanzando.

—Sígueme, conozco algunas rutas de contrabandistas —dijo de repente la phoka al ver que avanzaba por el camino—. Llegaremos mucho antes.

La phoka les guio hasta un pozo cegado. Tras activar un mecanismo oculto y murmurar una palabra que no alcanzó a entender, descendieron por una empinadísima escalera de caracol que daba a un túnel húmedo e irregular, tan torpemente excavado que parecía más la obra de un topo gigante que de un hada. Lo recorrieron durante un trecho antes de que Manx le indicara que debían trepar por otra escalera de mano hasta llegar a un patio oculto en la plaza de la Quincalla, por suerte el Barrio Real quedaba cerca y las calles estaban bastante despejadas. Marsias sintió tal alivio al ver que la puerta de los guardias estaba vacía y abierta que no se dio cuenta de lo extraña que era la situación. Tenía que atender a la knocker y debía hacerlo cuanto antes.

Cuando llegaron al patio principal de su casa, entró llamando a sus compañeros a gritos. Marmitón salió a la carrera de la cocina, seguido de cerca por Costurina.

—¿Quién anda por ahí? —preguntó el cocinero levantando su quinqué para ver algo mejor en la oscuridad del patio—. ¿Qué ha pasado?

—No hay tiempo para dar explicaciones —dijo el sátiro saliendo a la luz—. Marmitón, quiero que saques la olla más grande que haya en casa, llénala de agua y ponla al fuego. Mientras esperas a que hierva, sube a mi dormitorio. Debajo de mi cama hay un baúl. Llévamelo a la habitación de aquí al lado, la de la mesa grande. —Luego se dirigió a la niña que aún no había logrado recuperarse del

asombro—. Costurina, por favor, ve con la gata a la alacena. Al fondo hay un barrilete con el sello de FuegoVivo, traédmelo.

Las hadas se apresuraron a obedecer y él se fue al salón de lectura. La mesa era enorme, pero algo estrecha, perfecta para lo que necesitaba. Por una vez estaba despejada. Recitó un hechizo de purificación que hacía años que no pronunciaba y dejó al hada herida sobre ella. Volvió a tomarle el pulso. La fortuna quería que siguiese viva. No quería perder fuerzas invocando una luz, porque estaba cansado y aún tendría que hacer mucha magia. Encendió todas las velas de la habitación y las acercó a la mesa. Marmitón llegó y dejó el baúl sobre una silla. Sin preguntar, se fue para regresar con más velas. Al poco tiempo, llegó la phoka y dejó el barrilete sobre la mesa. Luego tomó de la mano a Nicasia.

—¿Hago falta para algo más? —preguntó Marmitón. Al ver las heridas de Nicasia se había puesto muy pálido.

—¿Te impresiona la sangre?

—Bastante —reconoció el bogan.

Marsias suspiró.

—Vete con tus hijos y asegúrate de que Costurina no entre hasta que acabe.

Marmitón cumplió la orden sin rechistar y con una velocidad digna de elogio. Marsias se giró hacia la phoka.

—¿Puedo contar contigo? Necesito ayuda.

Ella asintió en silencio, incapaz de articular palabra.

—No va a ser bonito. Si te mareas, te dan ganas de vomitar o no te ves capaz de hacer algo, aléjate de la mesa, porque no podré ayudarte. ¿Entendido?

Al sátiro no se le escapaba cómo le temblaban las manos a la phoka desconocida. Habría tiempo para las presentaciones. En aquel preciso momento lo único que le importaba era que no estaba nada seguro de si sería una ayuda o un estorbo. Marsias trataba de recordar lo que había aprendido en FuegoVivo. Su tío Tiresias solía decirle que tenía un don para la medicina, era el momento de

averiguar si lo decía en serio o solo trataba de convencerlo para que se quedase en el santuario.

—Voy a ir a la cocina a lavarme —dijo en su tono más tranquilo—. Coge unas tijeras de mi baúl y quítale la ropa. Toda.

Apenas había conseguido meter los brazos bajo la bomba de agua de la cocina cuando escuchó maldecir a la phoka en la habitación de al lado. Acabó lo que estaba haciendo y regresó a la carrera.

—¡Te dije que si te impresionaba la sangre no te quedaras! —la riñó, se estaba quedando sin paciencia.

Un solo vistazo hizo que se diera cuenta de que a la phoka no le asustaba la sangre, el hada que había sobre la mesa había cambiado. Tenía unas enormes orejas y los rasgos más afilados. Marsias sabía reconocer lo que estaba viendo, aunque no tuviese la piel verde. Se acercó y le abrió la boca, los dientes eran como dos sierras en miniatura. La phoka se había pegado a la pared, con los ojos abiertos como platos.

—Es una goblin, es una goblin —murmuró aterrada—. Si la descubren, nos ajusticiarán a todos.

—¿Qué ha pasado?

—Le quité la ropa y su cara cambió completamente… ¡Es una goblin! —dijo la gata.

Marsias agarró los restos de la camisa y de entre ellos se escurrió un colgante que acabó en el suelo. Con las prisas, la muchacha debía haber cortado el cordel con el que lo llevaba atado al cuello junto a la tela. Debía reconocer que era un modo muy inteligente de llevar un hechizo de ocultación permanente. Entonces comprendió algunas cosas. La sangre de los goblins era venenosa, eso lo había estudiado con su tío. Por eso quemaba y por eso Urakarnake se había empezado a asfixiar. Salvo el color de piel, todas las piezas encajaban. Con la tensión de la huida, no se había dado cuenta. Siempre se contaban historias de duendes espías escondidos en la Corte, las típicas historias sin fundamento que se escuchaban en las tabernas. Solo que aquello era real. La ley era clara; los goblins que se encontraran fuera de sus territorios debían ser ajusticiados al

momento y protegerlos estaba castigado con la pena de muerte. Marsias se dejó caer en la silla que tenía más cerca y volvió a mirar el cuerpo. Podía dejarla morir. Sin cuidados, no llegaría al amanecer. Era lo más fácil, dejarla morir. Salvo porque creía conocerla. Salvo porque le tenía aprecio desde la primera vez que la vio. No estaba seguro de lo que iba a hacer, de lo que estaba muy seguro era de lo que su madre le había dicho tantas veces: «La compasión requiere valor».

—Vete con tu familia, denúnciame si quieres. En FuegoVivo no le negamos la ayuda a nadie —le dijo a Manx antes de levantarse de nuevo y coger un bisturí.

La phoka dudaba. Marsias jamás había estado tan asustado, pero no quería decirle nada. Era su decisión.

—Mis padres dicen que no se puede juzgar a nadie sin haber escuchado su historia. Te ayudaré.

Marsias sonrió aliviado.

—Con una condición —añadió la phoka.

No era difícil imaginar lo que iba a pedirle.

—Será nuestro secreto, lo juraré si tú también lo juras. Solo lo sabremos nosotros.

Se estrecharon las manos y pronunciaron al unísono las palabras del juramento. Al terminar, Marsias lanzó otro hechizo hipnótico sobre la knocker. No se despertaría, ocurriese lo que ocurriese. Si no la llevaba a la muerte, no abriría los ojos hasta estar fuera de peligro. Luego agarró el bisturí y le pidió a su corazón que se aplacase. Necesitaba un pulso firme y la mente clara.



57. La caja y la bolsa

Las piedras del patio se volvieron de un transparente marino, las altísimas torres de Palacio eran espirales de agua encendida que se elevaban hasta el cielo coronadas por el alegre repicar de decenas de campanas. La luz, una luz purísima, del blanco más limpio que Sygurn hubiese visto jamás, convirtió los feos muros de las mazmorras en plata nueva.

Las hadas que hasta hacía unos instantes yacían inconscientes en el suelo comenzaron a levantarse, completamente sanas, confundidas y maravilladas a la vez. El ala de Lena se remendó con unos finísimos hilos de luz incandescentes. La magia fluía, llenaba el aire como el perfume de una noche primaveral. De repente, el mundo parecía nuevo, más limpio, más ligero. Sygurn envainó su espada, que ahora le parecía una cosa tosca y fea, hecha solo para hacer daño. Algo que no tenía lugar en la maravilla que estaba contemplando. Alzó la vista hacia lo más alto de la torre central de Palacio, convertida en un faro deslumbrante que lanzaba una llamada sin voz. Que la llamaba. La llamaba de un modo que no podía explicar y que no le dejaba otra opción que no fuese obedecer. Lena le tiró de la trenza, no necesitaba decirle nada, ella también quería subir. Sus mentes se fundieron con suavidad, una aureola de magia la envolvió con una calidez cándida y suave, se vio completamente unida a Lena. Eran un solo ser, el corazón de una criatura que era la mezcla de ambas, y que se elevaba en la noche

con las alas de una mariposa nocturna, irremediablemente atraída hacia la luz.

El hechizo se rompió, separándolas de nuevo, en cuanto cruzaron uno de los ventanales de la torre principal. Allí las aguardaban las puertas de mármol de la Sala de la Reina abiertas de par en par.

Cruzarlas fue como pasar de la noche al día, dejar el invierno atrás y entrar de lleno en una espléndida mañana de primavera, en una pradera bajo la suave luz del sol. El césped era verde y fresco, salpicado de flores por las que vagaban las abejas. La brisa traía los pétalos rosados de los dos inmensos cerezos que coronaban una pequeña colina y a su sombra se alzaba una silueta espléndida, hermosa y a la vez terrible. Su melena roja ondeaba, ardiente como los primeros fuegos del mundo. Sus ojos eran las estrellas más puras del cielo y su piel era la nieve intocable de las montañas más altas. Sygurn no pudo resistir contemplarla durante mucho tiempo, porque, en comparación, ella era pequeña y joven, una niña que daba sus primeros pasos en un camino inabarcable, mientras que la sidhe a la sombra de los cerezos era al mismo tiempo joven como una recién nacida y tan vieja como la misma muerte. Se arrodilló, como todos los sidhe que la rodeaban, con la cabeza gacha. Se sentía humilde y emocionada. ¿Cómo no estarlo si la última hija de Danu estaba de vuelta entre ellos?

—Alzaos, mis buenos señores —dijo la voz en tono dulce—. Alzaos y continuad con vuestras celebraciones, puesto que hoy ambas huestes recuperan sus tronos. La magia renace y las nieblas se disipan. ¡Que vuestra luz desafíe a la oscuridad del invierno, hijos de Danu! Esta será la primera orden de vuestra reina.

Los nobles se miraron entre confusos y exaltados. Muchos empezaron a vitorear a Silvania de PrendeSoles. «La reina ha regresado», «La reina ha regresado» se escuchaba por todas partes, «Larga vida a la reina», repetían otros. Sygurn se sentía cansada y confusa, levemente mareada. El caudal de magia que la rodeaba era demasiado intenso, le costaba asimilarlo.

Cuando alzó la cabeza para ponerse en pie descubrió que el hermoso paisaje primaveral había desaparecido, volvían a estar en la sala gris, con los ventanales inmensos cubiertos de cortinas polvorientas. Salvo que el árbol de mármol ya no estaba. La sala era ahora una de tantas estancias vacías de Palacio. Y la reina parecía haberse esfumado en el aire.

Los nobles se miraban entre sí como si acabaran de despertar de un extraño sueño, la mayoría sonreía, sin saber muy bien qué hacer a continuación. Sygurn empezó a buscar caras conocidas. Feral estaban unos pasos tras ellas con la misma expresión de desconcierto que el resto de los presentes. Trató de encontrar a Calendemyn pero el Senescal no parecía estar por allí. En cambio, su Cillero estaba a punto de salir de la sala. Aglanor cruzó la puerta a toda prisa, mientras invitaba a algunos nobles a seguirlo al Gran Salón para continuar la fiesta.

La Alférez se abrió paso tan educadamente como pudo entre los asistentes. Tuvo que pararse varias veces a devolver saludos y contestar a las preguntas sobre lo que había pasado en el patio. Por suerte, el despertar de la reina había dejado el incidente de las mazmorras casi olvidado, así que entre sonrisas, reverencias y frases corteses logró llegar hasta el lugar donde se había alzado el cerezo.

Una oleada de pena inconsolable la golpeó en el pecho y vio cómo Lena volaba hacia lo que al principio le pareció un pellejo, la carcasa de un animal muerto. Se apresuró a seguirla. Lena abrazaba una piel, una piel marchita y transparente como la camisa abandonada de una serpiente, que aún conservaba algunas prendas de ropa adheridas. Estaba rota y era evidente que alguien la había pisado sin prestarle atención. Sygurn se arrodilló, Feral la miró y le cogió la mano.

—Creo que es Jadul —le dijo al oído.

El corazón de la Alférez se encogió de dolor.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

Lo que yacía en el suelo era un amasijo irreconocible, un pergamino ajado con algo de pelo y unos pocos huesos secos. No

podía ser de ninguna manera el phoka valiente y amable que la había rescatado de las alcantarillas.

—Ella lo sabe —respondió Feral.

Quería pensar que Lena podía haberse equivocado, aunque sabía que era muy difícil. Su amiga desarrollaba fuertes vínculos con las hadas a las que apreciaba y en las últimas semanas no había parado de hablar de su nuevo amigo, de la nueva familia que tenía. De hadas que la trataban como si fuese una de ellas y no una mascota, ni una plaga. Hadas que la habían tratado con cercanía y dignidad. Y ahora sentía todo el dolor de su pequeña compañera. Qué inmenso, hondo y afilado era. Qué abrumador. No sabía cómo acallarlo, no se le ocurrían palabras de consuelo que no sonasen triviales. Se arrodilló junto a los restos con la mente embotada y el corazón pesado. Feral le puso una mano en el hombro. Los tres permanecieron juntos y en silencio, compartiendo la pena. La sala que unos momentos antes había sido un valle rebosante de alegría pasó a ser un mausoleo frío y olvidado mientras a una pared de distancia los sidhe celebraban la llegada de la reina.

—Tenía un geas —consiguió decir Lena entre hipidos, secándose la naricilla—. Tenía un geas que lo obligó a venir aquí. Él solo quería proteger a su familia. No tendría que estar aquí. No tendría que haber venido. Lo obligaron.

Sygurn intentó posar la mano sobre la espalda de Lena, la mellifata se apartó alzando el vuelo para alejarse de ellos.

—¿No lo entendéis? ¡Tenía que morir para que la reina pudiese despertar! —La cara de la mellifata se fue poniendo roja de rabia—. ¡Esto es lo que hacéis los sidhe! ¡Cogéis lo que os da la gana y ni os paráis a mirar lo que estáis haciendo! ¡Destruís todo lo que tocáis! ¡No tendría que haber venido!

—Lo que dices es imposible. —A Sygurn se la comían la vergüenza y la culpa—. Lena… ningún sidhe impondría un geas tan cruel. Debe hab…

—¿Un buen motivo? —chilló alejándose de los sidhe—. ¡Lo hizo porque podía! ¿Desde cuándo necesitáis motivos para hacer algo?

¡Tú misma pudiste cerrar las arenas de combate en el mismo momento en el que te hicieron Alférez y no moviste un dedo para no privar de su diversión a tus amigotes! ¡Si me hubieses hecho caso, él no estaría aquí!

—Lena, eso no es justo.

Una oleada de furia golpeó a Sygurn. Los sentimientos de la mellifata la apuñalaron como una lluvia de agujas, todo su dolor, toda su ira la arrastró. Sintió lo que Lena llevaba años guardando en su pequeño corazón. El cansancio de vivir siempre a escondidas, dependiendo de su protección constante. La humillación de saber que incluso los más allegados a la sidhe la consideraban prácticamente una mascota, el capricho exótico de una niña extraordinaria a la que se le podía permitir esa pequeña extravagancia. La culpabilidad de vivir a salvo mientras los suyos eran exterminados a diario. La vergüenza cada vez que alguien la miraba con asco, y la rabia. Rabia porque el mundo era injusto, porque ella era demasiado pequeña para cambiarlo, porque nadie la escuchaba. Odio porque los sidhe nunca dejarían de actuar como si el mundo les perteneciese y nada, ni una reina vuelta del sueño, iba a cambiar eso. Y ante todo, una inmensa pena porque la persona a la que más quería en este mundo, con la que había vivido la mejor parte de su vida, no era capaz de comprenderla cuando más la necesitaba.

La mellifata salió volando a toda velocidad de la habitación y Sygurn no fue capaz de seguirla. Se quedó clavada en el suelo ahogándose en el dolor de Lena. Feral tuvo que sujetarla para que se mantuviese en pie. Lo apartó tambaleándose. Quería salir corriendo tras su amiga, pero no sabía qué podía decirle. No era su culpa. Nada de lo que ella hubiese podido hacer habría evitado que Jadul muriese. No era su culpa, lo habría protegido, pero ni siquiera sabía que estaba en peligro. ¿Cómo podía dudar Lena de ella? Estaba intentando cumplir con su deber. Se estaba dejando la piel tratando de actuar lo mejor posible. Nadie se lo estaba poniendo fácil. ¿No era capaz de comprenderlo? Se secó los ojos con los

puños, apretándose la cara para no caer en un llanto interminable. Se mordió los nudillos con una rabia incandescente. ¿Por qué la culpaba? Era injusto, era tremendamente injusto.

—Necesitamos a un conservador —dijo con voz ronca—. No podemos dejarlo aquí.

—Iré yo. Vete a buscar a Lena.

No podría encontrarla ni aunque quisiera. En lugar de la presencia cálida que la había acompañado desde su niñez, ahora solo quedaba una amarga soledad.

—No —contestó tajante—. Quédate aquí y cuida de que nadie toque nada.

—Lena…

—Ya volverá. —Lo dijo más como una esperanza que como una certeza—. Hay cosas que hacer.

Fue a la Casa de los Conservadores al día siguiente, al caer la tarde. Aún no había tocado la cama y notaba la cabeza saturada y el alma pesada. El despertar de la reina había convertido las calles en una fiesta multitudinaria y caótica. Resultó imposible evitar que las noticias corrieran de boca en boca. No era algo que pudieran ocultar, el Palacio brillaba como un faro y hasta el más torpe podía sentir que algo nuevo palpitaba en las corrientes de la magia. Los gentiles celebraban enloquecidos la llegada de Silvania, convencidos de que traía con ella tiempos mejores. Ambas huestes celebraban a sus nuevas gobernantes. Se decía que la Hueste Invernal tendría su propia reina, «la Dama», como empezaban a llamarla, que al parecer había desaparecido misteriosamente tras derrotar a su oponente usando una magia desconocida y poderosa. Dos damas, una de luz para la Hueste Estival y otra de sombra para la Invernal, la idea era demasiado profética. Solo podía ser una señal, una señal de tiempos mejores, de una bonanza que hermanaría a las hadas y traería justicia y prosperidad para todos. Paradójicamente, esta supuesta era dorada empezaba dándole mucho trabajo a la Guardia de la ciudad. Las celebraciones eran tan enormes que resultaba

imposible controlarlas. Tuvo que ordenar que la Guardia solo actuase en situaciones extremas y que, a ser posible, no se detuviese a nadie salvo que fuese un caso de fuerza mayor. No era cuestión de que los primeros días del reinado comenzaran con las celdas llenas o, peor aún, con un motín. Los calabozos no estaban en condiciones para albergar a nuevos prisioneros y la ciudad ya había sufrido bastante. Era mejor que disfrutasen de las nuevas esperanzas.

Los nobles, ya recuperados de la euforia colectiva, exigían audiencia mientras empezaban a preguntarse qué cambios traería la nueva era. Por ahora sus peticiones caían en saco roto, nadie había vuelto a ver a la reina tras su regreso triunfal. Sygurn había dejado a Aglanor encargarse de la diplomacia. No confiaba una pizca en el Cillero, pero mientras Calendemyn no apareciese, no le parecía mal dejarlo lidiando con las exigencias y los ruegos de la nobleza, lo mantendría ocupado.

Al entrar en el edificio de piedra, la recibió una calma fría y silenciosa. Allí no llegaba la algarabía de las fiestas. Allí el despertar de la reina no significaba gran cosa, la muerte no se pausaba y los Conservadores continuaban con sus tareas envueltos en una apacible rutina que resultaba consoladora. La vida seguía su curso, y la muerte seguía siendo una constante, incluso en mitad de un milagro.

La Maestra del Moho la recibió en una sala blanca de ventanas largas y estrechas que filtraban la luz, con las paredes llenas de hornacinas en las que descansaban urnas de todos los materiales y formas imaginables. Un manto blanco, decorado con hilo trenzado y cuentas talladas en hueso, le caía majestuosamente sobre los hombros. A Sygurn le resultaba extraño que alguien que ocultaba sus ojos tras un tocado de tupidos flecos, y de la que le resultaba imposible adivinar el pueblo al que pertenecía, pudiese inspirarle tanta paz. Siempre que veía los cuernos de ciervo, blancos como el marfil, se preguntaba si era una phoka, pero aquellas astas no parecían pertenecer a un ser vivo.

—Lamento mucho su pérdida —dijo. Su voz siempre era serena y suave—. Y también lamento haber sido de tan poca ayuda en sus investigaciones.

Sygurn sacudió la cabeza.

—El fracaso es mío, no suyo. No tiene que disculparse.

La maestra cogió una caja de madera negra, con un sencillo decorado de líneas doradas y la colocó delicadamente sobre una mesa alta, junto a una bolsita de satén a juego, cerrada con un botón de cristal negro.

—Hemos podido separar los restos de las ropas —le explicó—. Así podrá entregárselas a sus familiares. A veces, conservar este tipo de objetos es un consuelo.

Ver la caja y la bolsa sobre el mármol de la mesa le produjo una impresión que no se esperaba. Eran pequeños, como si la vida de Jadul dejase muy poco tras él. Por lo que Lena le había contado, eso no era verdad.

—Su antecesor rehuía visitarme. —Los labios de la maestra se tensaron en una fina línea—. Tampoco es que me agradase su compañía, pero él me tenía miedo. Paradójicamente, a los sidhe no suele gustarles pensar en la muerte, pese a que sus vidas son mucho más largas que las de cualquier otro pueblo feérico. Pero a vos no parece asustaros.

—El deber de la justicia es ser la última voz de los muertos.

—No hay ninguna justicia que buscar aquí. Este cuerpo fue consumido por una magia muy antigua. Antigua y poderosa. Una vida para encender otra.

Aquella última frase la dejó confundida. La reina nunca había estado muerta, solo dormida. O tal vez no, tal vez solo parecía dormir y durante aquellos años había vagado entre las sombras de la muerte y la luz de los vivos. Ni del todo muerta ni del todo viva. «Baen Sidhe», pensó y con esa idea el miedo entró en su corazón como una corriente de viento helado. Un alma sin cuerpo, arrastrándose por los límites del tiempo y el mundo. Rondando entre las sombras, anhelando una piel que vestirse, sangre que la

calentase, carne que le devolviese el aliento. Sygurn conocía las historias de los Baen Sidhe, las almas de los sidhe caídos en desgracia que lloraban por las noches anunciando desgracias a quien tuviese la mala fortuna de escucharlos. Heraldos de la desdicha. Nunca llegó a creer que fuesen algo más que un cuento.

—Esa magia no existe. —Eso era lo que quería creer.

—¿Cómo puede la magia no existir, si es el tejido del mundo? —le preguntó la Maestra del Moho—. Existe y las pesadillas que rechazáis son ciertas. Negarlo no hará que deje de ser verdad.

—Entonces me está diciendo que se puede resucitar a los muertos… —Sygurn llevó la mano involuntariamente a la espada, la apartó avergonzada, allí no había ningún enemigo al que pudiese combatir.

La Maestra del Moho negó con el dedo haciendo tintinear sus pulseras de plata.

—Estoy diciendo que se puede engañar a la muerte. Existen diferentes maneras, tenéis una delante. Una vida para encender una vida, pero esto no es magia de sangre. La entrega debe ser voluntaria.

—¡No! No fue voluntaria. —Sygurn no podía olvidar las lágrimas de Lena—. Aceptó un geas, pero…

…pero él no sabía que iba a morir. O tal vez sí. No fue capaz de decirlo en voz alta. Lena le había contado que Jadul quería proteger a su familia. Que estaba dispuesto a hacer lo que hiciese falta. No podía perseguir a nadie por la muerte del phoka. Se había entregado a ella. Era injusto, pero no era un crimen, aunque Sygurn pensase lo contrario.

La elfa cogió la caja. Cabía en una mano y era ligera.

—¿Os encontráis bien, mi señora?

—No es justo.

La Maestra del Moho se acercó a ella y la abrazó, sintió el olor cálido de la mirra, del algodón limpio. La delicada solidez de su cuerpo y el calor de la piel pálida.

—No —le dijo mientras la mecía—. No suele serlo.



58. La princesa Silvania

El esplendor de la visión se disipó en un instante. La desaparición de la reina los devolvió a la tristeza de la realidad sin ningún tipo de delicadeza. Gwyllión miró a su alrededor parpadeando confusa, como hacían muchos otros nobles que buscaban entre las frías paredes un atisbo, una chispa, un pequeño rescoldo de la gloria que apenas habían podido contemplar antes de desaparecer, algo que los convenciese de que acababan de ver algo real. Algunos miraban al suelo, como tratando de encontrar briznas de hierba entre las losas de mármol, mientras que otros escudriñaban los artesonados del techo, el enorme candelabro polvoriento, las cortinas mohosas. Lo único que los libraba de pensar que acababan de ser testigos de una broma monumental era la sensación de efervescencia que sentían sobre la piel, una suave ligereza que los acariciaba sin tocarlos. La magia inundaba el aire como el polen en un campo de caléndulas, podía olerse tenuemente como un bote de perfume ya seco. Aunque las paredes de Palacio seguían refulgiendo levemente, el hechizo se había roto y allí no quedaba nada del repentino esplendor que los había golpeado para retirarse con la rapidez de una ola inesperada.

Gwyllión se giró hacia Rheia, que estaba a sus espaldas. La Señora de SilvaViento, con su máscara entre las manos, tenía el mismo aspecto de acabar de despertar de un sueño extraño que los demás. Lo que, en lugar de tranquilizarla, hizo que el estómago se le llenase de hormigas, pequeñas y rabiosas, que empezaron a devorarla por dentro con bocados de fuego. «La reina ha

despertado», pensó, y aun así nada era como contaban las leyendas. La magia no fluía lo bastante como para devolverlos a los días gloriosos de los Aen Sidhe, no era como los primeros hijos de Danu. La reina había brillado para ellos con toda su gloría para apagarse en un instante, como un pergamino reseco. «La reina ha despertado», volvió a pensar, porque esa idea le martilleaba en la cabeza mientras el hormigueo de sus tripas crecía y crecía. «Eso puede cambiarlo todo». La idea la llenó de angustia. Miró al suelo, estaba pisando un montón de ropa mugrosa, un despojo de la sala. Lo apartó con una patada de asco. El borde del vestido estaba bordado con hilos de oro, era un tejido delicado, carísimo, difícil de limpiar. No quería estropearlo. Encontrarse de pie sobre la mugre la convenció de que el despertar que acababan de contemplar no era el deslumbrante milagro que habían esperado durante tantas generaciones. «La realidad siempre es decepcionante», se dijo acariciando los bordes de su máscara.

A su alrededor, los nobles empezaban a reaccionar tras el estupor inicial, salían de la habitación comentando lo que acababa de pasar. A otros, demasiado ensimismados, se los llevaban sus amigos tirando de ellos. Gwyllión buscó a su compañero de baile sin encontrarlo. El caballero Aglanor empezó a pedir a los que estaban en la vieja sala que salieran para poder continuar con la fiesta en el Gran Salón. Obedeció mirando en todas direcciones sin lograr encontrar al Senescal.

Se quedó en la parte alta de las escaleras esperando, o bien ver llegar a Calendemyn, o encontrarlo entre la multitud. No debería ser difícil, iba vestido de blanco, azul y plata, colores fríos en un mar de tonos otoñales, dorados y rojos encendidos. Tras un rato de pasear la vista por la enorme sala decidió rendirse a la evidencia, el Senescal no estaba allí. Decidida a encontrar a alguien que pudiese aclararle el paradero de su compañero de baile, regresó al salón. No estaba disfrutando de su primera fiesta como Alta Señora. Por supuesto que todos los miembros de las Casas vasallas, especialmente de las suyas, la habían felicitado y le habían

asegurado que le jurarían lealtad del mismo modo que lo hicieron con Lydden. Pero estaban cumpliendo con el protocolo, algunas felicitaciones fueron tan corteses como frías. Y los Altos Señores no se decidían a acercarse a ella. Su primera votación en el Consejo había levantado ampollas. Ahora los consejeros mantenían las distancias, calibrando sus opciones para los días que tenían por delante. El propio Calendemyn, antes de iniciar el baile, mientras los dos esperaban en la salita de recepción para entrar al Gran Salón e iniciar las celebraciones, no tuvo reparos en decirle lo decepcionado que estaba con ella. La había apoyado sin reparos para que ocupase el asiento del Consejo, hablando incluso con algunos de los señores más indecisos para que ella incendiara muchos años de delicado equilibrio votando a favor de una petición injusta y desconsiderada con Tytos de NubeArgéntea, que no pasaba por su mejor momento.

«Votó a tu favor y le has pagado con traición», le dijo enfadado. «¿Cómo esperar que confíen en ti en el futuro? Has traicionado a Tytos y me has decepcionado a mí. Te he escogido como Reina del Baile porque quiero pensar que tu error ha sido fruto de la inexperiencia y estoy dispuesto a darte una segunda oportunidad mostrándoles a todos que sigo apoyándote. Espero no equivocarme». Gwyllión habría preferido que la abofetease. Aquella regañina no era muy diferente a las que solía soltarle su padre. De nuevo, no era lo bastante buena por sí misma. Lo agarró del brazo del mismo modo que Rheia solía hacer con Elio y replicó la misma sonrisa dulce, inofensiva. Una dama siempre debía parecer inofensiva y dócil. «Aún hay mucho que se puede discutir respecto a ese asunto, he estado en esas tierras y solo pensé que la presa podía facilitar el transporte de mercancías. Las vías fluviales del norte están muy olvidadas». Calendemyn quedó más apaciguado que convencido con sus explicaciones, y su entrada en el Gran Salón fue triunfal. Todos la miraban, todos hablaban de ella. La noche iba bien hasta que llegó el milagro. Ahora ya nadie se acordaba de ella. Necesitaba encontrar a Calendemyn, hablar con él. Necesitaba que le asegurase que no tenía nada de que temer.

Optó por acercarse a Tirso de BosqueVivo. El antiguo amante de Lydden estaba solo junto a una fuente de la que manaba vino de rosas. Ni siquiera en su disfraz había renunciado a vestir el rojo encendido de su casa. Iba disfrazado de dríade, la dríade de un árbol de fuego, y su capa eran miles de las hojas de tela cosidas y decoradas con perlas de ámbar. El sidhe refulgía, iba con las mejillas encendidas y la nariz colorada. Debían de llevar encima un buen número de copas de vino.

—Buenas noches. Estoy buscando a Calendemyn —le dijo—. ¿Por casualidad lo has visto?

Tirso vació la copa que tenía en la mano de un trago para servirse otra de inmediato.

—Si de verdad he visto lo que creo que he visto, se ha ido con la reina —respondió en un tono burlón que parecía más destinado a reírse de sí mismo que a ofenderla—. Bueno, con su otra reina. En vista de que eres la reina del baile podemos decir que te ha dado plantón. Aunque seamos sinceros, mi niña, con semejante competencia nadie hubiese tenido ninguna oportunidad. Hasta yo me habría ido con ella, y no suelo preferir a las damas.

Era lo mismo que creía haber visto ella. Escucharlo de otros labios lo hizo aún más real.

—Entonces… ¿Lo que hemos visto era real? ¿La reina ha despertado y ha desaparecido ante nuestros ojos? ¿Ya está?

El sidhe hizo un gesto circular con la mano. De inmediato empezaron a surgir llamas rojas y moradas que le envolvieron el brazo. Incluso borracho y algo tambaleante, hizo un complejo paso de baile con gracia, seguido por el rastro de las llamas que provocó un estallido de aplausos entre los nobles más cercanos.

Apagó las llamas con otro sencillo gesto y haciendo una reverencia a los espectadores.

—¿Cómo que «ya está»? ¿No lo notas? La magia ha despertado. No hay signo más claro del regreso de los PrendeSoles.

—No es lo que esperaba —confesó obstinada en negarse a aceptarlo.

—Ah. —Tirso se sirvió una nueva copa—. Las cosas nunca son como esperamos. Tu padre solía decir eso a menudo.

La nota melancólica que adivinó en la voz del noble fue una advertencia para Gwyllión. No quería aguantar las tristezas de nadie. Se despidió de él y decidió abandonar el Gran Salón. Animados por la pequeña muestra del Señor de BosqueVivo, otros sidhe empezaron a experimentar con sus propios hechizos, que fluían con tanta facilidad que pronto el aire se cargó de la estática caliente y metálica de la magia mientras haces de luz navegaban entre los candelabros, árboles de colores surgían del suelo cargados de frutas imposibles e inofensivas bolas de fuego estallaban como pequeñas estrellas moribundas. Entre aquel despliegue de luces chillonas y visiones ilusorias iba a ser imposible encontrar a Calendemyn, mucho menos a alguien sensato. Todos parecían borrachos de magia y esperanza. Todos menos ella, que lo único que sentía era frustración y miedo.

Abandonó Palacio mucho antes de lo que se esperaba de una Reina del Baile. Estaba segura de que no la iban a echar de menos. Al subirse a su carroza, Peris, su cochero, la miró con una sonrisa plácida y los ojos opacos. Ninguno de sus criados le había pedido permiso para celebrar Samhain. Gwyllión sabía de sobra que algunos pertenecían a la Hueste Invernal, pero gracias al hechizo de Rheia, la obediencia primaba ante todo. Cuando llegase a casa se encontraría un hogar eficiente, silencioso como un mausoleo. La idea la hizo hundirse en el asiento, desanimada. No era lo que necesitaba. Se pusieron en marcha, las calles del Barrio Real solían animarse en fiestas como Samhain, pero esa noche parecía que las calles se habían quedado desiertas y los palacios vacíos, ninguna luz encendida, todo el ruido que podía oír venía de fuera de las murallas. Debía de ser un buen escándalo si era capaz de oírlo desde donde estaba. Soltó un suspiro hastiado. Estaba siendo una noche extraña. Dentro de unos años, cuando tratasen de recordar qué hacían o dónde estaban la noche que el Palacio se encendió, muy pocos podrían contarlo. La mayoría inventarían una historia, un

remiendo cosido a partir de sus recuerdos borrosos y las historias que habían oído y a base de repetirla acabarían por creer que esa era la verdad.

Su palacete era el único de todo el barrio con las luces debidamente encendidas, aunque dentro la esperaba el silencio y las miradas plácidas de unos criados casi sin voluntad. Se quitó los zapatos, que a esas alturas de la noche empezaban a ser una tortura, y se puso unos más cómodos que guardaba en un cajoncito bajo el asiento. Cruzó la puerta desanimada, una doncella recogió su máscara y otra le quitó la capa brocada de los hombros. Mientras caminaba hacia el dormitorio, comenzó a quitarse las horquillas, dejándolas sobre el primer mueble que encontraba o simplemente dejándolas caer al suelo. Le divertía la idea de que una criada se dedicase a seguir el rastro, como si dejase en un camino de guijarros en el bosque. Fue más delicada con las peinetas y las cintas enjoyadas. Las primeras, fue metiéndolas en la bolsa de mano, eran muy caras. Las segundas se las ató a la muñeca con un nudo suelto para no estropearlas. Librar la cabeza de aquellas diminutas máquinas de tortura fue un alivio, para cuando llegó al dormitorio el cabello le caía libre sobre los hombros y la espalda. Antes de esperar que otra doncella la ayudase a quitarse el aparatoso vestido, comenzó a deshacerse los nudos del corpiño y a tirar impaciente de los cordones, había dejado los zapatos de gala en la carroza. Su padre habría desaprobado aquella forma de entrar en casa, ir desnudándose sin cuidado ni decoro era impropio de una dama. Tal vez fuese impropio de una dama, pero ella era una Alta Señora y podía hacer lo que le diese la gana.

En la habitación encontró las luces apagadas y la chimenea encendida. Una silueta índigo y verde la esperaba tumbada en su canapé favorito. Pudo oler el perfume intenso de la Señora de SilvaViento, vestida con un camisón verde esmeralda tan trasparente como el mar. La sidhe se levantó apartando a Feroz, que dormitaba enroscado sobre los cojines.

—Supuse que te apetecería hablar con alguien. —Rheia le dedicó una de sus sonrisas dulces mientras se acercaba. Tuvo un primer impulso de apartarse, pero luego cedió. Sí que le apetecía hablar y la sidhe era la única con la que podía hacerlo con total libertad.

La sidhe empezó a ayudarla a desvestirse, con movimientos suaves y la experiencia de una doncella bien entrenada. Gwyllión se preguntó si habría aprendido eso desvistiendo a Elio. La imaginó librando aquel cuerpo blanco y delicado de las túnicas superpuestas, de las fajas, los cinturones, las largas hileras de perlas, todas y cada una de sus joyas. Moviéndose alrededor del Señor de AltaCumbre como una mariposa, tal y como estaba haciendo ahora y tuvo que agarrarla del brazo y besarla con fuerza. Rheia despertaba en ella una sensación liberadora, desataba sus instintos. Podía demostrar su lado más feroz, el más bajo. Ella conocía como nadie su ambición y no la juzgaba. Ambas compartieron un beso largo y profundo. Al separarse Gwyllión se encontró con unos ojos brillantes, iluminados por la misma codicia insaciable.

—La reina ha despertado. Podría cambiarlo todo. Puede deshacerse de un plumazo de todo por lo que hemos luchado —dijo volviendo a notar el hormigueo ansioso del miedo, la oscuridad de la incertidumbre.

—Olvidas lo esencial —le susurró su compañera al oído—. Cuando Silvania se durmió, era todavía una princesa y la magia ancestral no la ha coronado aún como reina, por mucho que todos la llaman así.

Rheia hundió los dedos entre sus cabellos con una caricia larga y la arrulló. Era cálida y real. Una certeza a la que agarrarse.

—Entonces quizás no está todo perdido.

La princesa, como se había acostumbrado a pensar en ella desde su conversación con Rheia, se hizo esperar dos largos días durante los que toda la vida en Palacio se detuvo. Pensó en convocar una reunión del Alto Consejo, una idea que desechó tras pensarlo un poco. No serviría de nada, el resto de Altas Casas aconsejaría prudencia y no harían nada, sería una reunión para desperdiciar

tiempo y saliva. Solo Lisandro y Calendemyn, que retomó sus funciones al día siguiente de la fiesta como si nada extraordinario hubiese pasado, siguieron trabajando con cierta normalidad. El Senescal no dijo nada de su repentina desaparición, ni del paradero de la princesa. Lo único que les aseguró era que los nobles serían atendidos a su debido tiempo. Así que no les quedó más opción que cotillear haciendo corrillos por los salones de Palacio. Gwyllión decidió no caer tan bajo y esperó en su casa, sola. Resultó que los años de soledad forzada la habían adiestrado para la espera paciente, para cultivar cierta calma. No le servía de nada dejarse ver en reuniones donde nadie tenía una sola cosa verdadera que aportar y tampoco necesitaba conocer la opinión de hadas a las que apenas valoraba. Cuando llegó la carta de Palacio, estaba paseando por el jardín, con los gyvernos correteando a su alrededor y un cesto de alesias de invierno en la mano con las que pensaba adornar un par de jarrones. Rasgó el sobre con la daga de su busque sin estropear los sellos reales, de lacre dorado y rosa. Era una misiva breve, con la letra elegante de los escribas de la cancillería y un ribete dorado adornando los bordes. La princesa ordenaba a los señores de todas las casas que acudiesen al Gran Salón Real la víspera de la próxima luna llena para asistir a la ceremonia de encendido del Lar de Danu. Resultaba curioso que los convocase en la misma sala donde había aparecido. «Bueno, este es el movimiento del que habló Rheia», pensó. «La princesa quiere convertirse en reina delante de todos».

El gran salón real y las estancias aledañas llevaban tanto tiempo cerradas que fue necesario un pequeño ejército de criados, albañiles, carpinteros, costureros y pintores trabajando en turnos interminables para devolverle su antiguo esplendor. No eran los únicos que trabajaban incansables. Al parecer, el Senescal, encargado de la ceremonia de encendido, iba de un quebradero de cabeza en otro. Hacía mucho que no se celebraba nada de semejante importancia y en Palacio desconocían el protocolo a seguir. Lisandro encontró algunos viejos tratados sobre el tema que

ayudaron a esclarecer la situación, pero no fue el final de sus problemas. Conseguir que todos los nobles aceptasen el lugar que debían ocupar fue una pesadilla. Las antiguas rencillas entre familias y el orgullo de algunos señores volvieron a aflorar, y los cotilleos volaban por las esquinas de Palacio. Ningún señor de las viejas Casas quería ponerse cerca de las familias de títulos más recientes. Las familias del Valle Tormentoso discutieron durante días, la Casa de ValleAlto no quería ni ver en la ceremonia al Señor de SotoValle. Pedían un imposible, el derecho a asistir del Señor de los Vados era legítimo, aunque hubiese tenido dos hijos ilegítimos con una sátira, algo escandaloso según el criterio de los nobles del Valle. El Senescal tuvo que amenazar con dejar fuera de la sala a ambas familias para que el asunto se calmase y todo aquel esfuerzo fue para nada, ya que finalmente las carreteras heladas impidieron que los representantes de SotoValle pudiesen acudir a la ceremonia y mandaron una carta disculpando su ausencia.

Tras superar todos los escollos imaginables, llegó el gran día. Según las historias, el lar representaba el compromiso de los reyes y reinas de TerraLinde de mantener el juramento realizado a Danu tras su partida y la fuerza del fuego que ardía en su interior era una medida de su conexión con la magia ancestral. Desde la muerte de la Reina Madre, el lar se había mantenido en un letargo de ceniza blanquecina, en cuyo interior solo podía adivinarse algún pequeño rescoldo en días especiales, como Samhain o Beltaine.

Devolver el lar a la vida implicaría que la propia magia ancestral aceptaba a Silvania como legítima gobernante del reino y podría ser coronada como reina en una gran celebración pública el primer día de primavera.

Los nobles esperaban pacientemente para entrar en la sala. Algo que no fue necesario, cuando los dos guardias abrieron la puerta, la sala se inundó de color. Las paredes y el techo desaparecieron de nuevo. Los nobles volvieron a encontrarse en la soleada colina primaveral, bajo una lluvia de pétalos rosados. Los cerezos entrelazados formaban un trono y el césped verde, tierno y suave,

cuajado de florecillas blancas, hacía las veces de alfombra. Silvania los esperaba sentada bajo los árboles, vestida de verde y oro. Aún no iba coronada, ni llevaba ningún velo, sus cabellos rojos, largos, sueltos, ondeaban al aire como los de una doncella. Tampoco lucía joyas, ni adornos. No los necesitaba, sus ojos eran las prendas más bellas que pudiese lucir un hada, dorados, intensos, antiguos como los tesoros de las primeras eras. La futura reina los miraba con una sonrisa serena, Gwyllión nunca había visto a nadie más hermoso, la piel era blanca y delicada, los labios suaves y rosados. Era esbelta, fuerte y desprendía una sabiduría infinita. Era al mismo tiempo alguien muy joven y muy viejo.

Había dos hadas más junto a ella. Una era Calendemyn, al pie de colina. Con la mano reposando sobre el puño de una espada imponente. El pomo refulgía y la vaina era de un cuero blanco puro tachonado en plata. El Senescal miraba a Silvania con una adoración absoluta, aunque no olvidó saludar con una reverencia a los convocados. Tras la princesa, larga como una sombra, una sluagh alta y delgada se podía adivinar tras los árboles. Vestía completamente de negro, y el cabello largo y oscuro era un río de tinta que se le derramaba casi hasta los tobillos. Sus ojos eran brillantes, de un azul muy oscuro que no dejaba distinguir pupilas ni iris. Destacaban como pozos profundos sobre una piel de niebla, increíblemente clara. Mientras la princesa parecía una figura radiante que ocupaba todo el paisaje, convirtiéndose en el centro de un mundo armonioso y bello, la otra figura era la sombra pasajera de un mal sueño.

Los nobles se arrodillaron sin que nadie tuviera que pedirlo, con la cabeza baja. La propia Gwyllión sintió la necesidad de hacerlo.

Silvania se colocó ante el altar de mármol, coronado con un sencillo pebetero dorado, situado bajo los árboles. La princesa alzó las manos con los ojos clavados en la ceniza helada.

—Alzaos, Señores de TerraLinde, y contemplad el fuego de Danu —dijo la sidhe.

Un millar de ojos siguieron ansiosos las manos de la princesa mientras se colocaban ante el lar, pendientes del más mínimo detalle. La heredera enterró sus dedos largos y finos entre la ceniza azulada mientras a su alrededor el silencio se volvía pesado como un manto de plomo. Gwyllión la vio mover los labios, murmurando unas palabras que no fue capaz de percibir, incluso ella se inclinó levemente hacia delante sin poder evitarlo. Notaba que el corazón le latía más deprisa, las sienes le palpitaban. Estaba conteniendo la respiración, esperando ansiosamente lo que debía venir a continuación, aunque ni ella misma sabía qué estaba esperando. Algo se movió en el pebetero, la ceniza se convirtió en rescoldos y unas suaves llamitas azuladas envolvieron las manos de la elfa. Se escuchó algo, un chasquido suave y un escalofrío de magia despierta los envolvió a todos, pero fue algo tenue y suave, desapareció al instante. Una sensación fugaz y tremendamente frustrante. Las diminutas lenguas de fuego se apagaron, la magia se desperdigó por la sala sin que los presentes pudiesen llegar a disfrutarla. Silvania repitió la oración, esta vez de un modo más apremiante, aunque igualmente nadie pudo oír lo que decía. No tuvo ningún efecto, las llamitas se agitaron un poco sin dejar de ser unas insignificantes lengüecillas de fuego casi transparente para volver a extinguirse. Silvania retiró las manos de las llamas, temblando, su rostro había perdido toda la serenidad y ahora mostraba un desconcierto compartido con todos los presentes.

—¿Dónde está el fuego de Danu? —gritó alguien entre los espectadores.

Los nobles olvidaron por completo el protocolo, se habrían lanzado sobre el altar si los soldados de la Guardia no hubiesen puesto sus lanzas de por medio. Gwyllión vio a la joven Sygurn acercando la mano a la empuñadura de la espada, pero Calendemyn le hizo un gesto para que no desenvainase, así que se limitó a colocarse hombro con hombro junto a los otros soldados, tratando de contener a los nobles que ahora gritaban exigiendo el fuego de Danu.

—¡Esa no puede ser nuestra legítima reina!

Aquel grito anónimo rompió el hechizo en el que estaban envueltos. La hermosa pradera desapareció para dejar al descubierto una gran sala que todavía olía a pintura fresca. Este regreso a la realidad enfureció a los sidhe, que empezaban a exigir explicaciones. El griterío se volvió atroz y Calendemyn aprovechó el desorden para acercarse al altar y coger del brazo a la princesa, que seguía inmóvil, con las manos hundidas en la ceniza repitiendo una y otra vez las misteriosas palabras que debían despertar el fuego de Danu. El Señor de VuelaPluma la sacó con muy poca delicadeza de la sala mientras los soldados los rodeaban para protegerlos. Sygurn trató de correr para ponerse a la altura del Senescal y cubrir la retirada. La Guardia de Palacio pudo contener a los nobles sacando las espadas, permitiendo un poco de espacio para salir de la sala. Gwyllión tenía muy cerca los rostros de los nobles, podía ver sus miradas ávidas y furiosas. No pudo contener una sonrisa, los días de la reina aún tardarían en llegar.



59. La pieza que faltaba

En la calleja, las banderillas de papel azul y las guirnaldas aún colgaban entre las casas mezcladas con la ropa puesta a secar. Un par de gentiles con aspecto cansado y grandes cestas en las espaldas barrían con desgana las basuras acumuladas después de varios días de fiesta. Las cestas llevaban pintado el emblema real, lo que indicaba que los desganados barrenderos estaban cumpliendo con su cuota de trabajo comunal. Sygurn entendió de inmediato el poco interés que ponían en la tarea, trabajar de balde no era un buen aliciente. Algunos vecinos, pocos dispuestos a conformarse con el resultado, baldeaban las aceras con una mezcla de agua y vinagre que pretendía deshacerse del hedor que escapaba de las esquinas más apartadas, dejando en el aire una nota agria que molestaba a Tormenta. El animal atrajo miradas poco cariñosas por parte de las hadas que trataban de mantener la calle limpia, seguramente temiendo que acabase por dejarles un montón de mierda fresca en mitad de la calzada. Tras dedicarles un momento de muda hostilidad, volvieron al trabajo. Alguien se puso a silbar la «Canción del ciervo», una cancioncilla que se estaba haciendo muy popular en las calles. Una hojalatera tintineaba con el martillo sobre una chapa en el interior de su local y algo más allá un zapatero atendía a un cliente. A espaldas del avispero en el que se había convertido Palacio, la ciudad recuperaba la normalidad, pues a los gentiles los dramas de los sidhe les eran totalmente ajenos. Gobernase la reina

o el Alto Consejo, ellos aún tenían que poner un plato de comida sobre la mesa todos los días.

No le costó mucho trabajo averiguar dónde vivía Uro. El Barrio de la Ratonera debía su nombre a las calles torcidas y los edificios apiñados, construidos en madera y piedra por los albañiles responsables de levantar el acueducto que daba de beber a buena parte de la ciudad. El que Sygurn estaba buscando tuvo alguna vez la fachada pintada de amarillo con las contraventanas rojas. Algunas conservaban la pintura mejor que otras, un detalle que debía de depender del propietario de cada vivienda. Si no le habían dado mal las señas, el phoka vivía en la última planta de cuatro. Una que tenía las contraventanas bien pintadas, abiertas de par en par. Al bajar del caballo notó las piernas flojas y el cuerpo pesado. Estaba cansada, cansada y rota. Se sentía sola, se sentía miserable. La impotencia se la comía. No había dejado de pensar en lo que podría haber hecho para evitar tantas muertes, en lo que podría haber dicho para que Lena se quedase con ella. Se había pasado la noche en vela, imaginando mil veces la conversación que estaba a punto de tener. Basculaba entre la pena y la rabia, a ratos se sentía tan culpable que solo deseaba que le dieran la oportunidad de pedir perdón. En otros momentos, quería gritar que no era culpa suya, que ella no podía proteger a todo el mundo. Quería decirle a Lena que era muy fácil juzgar cuando no tienes ninguna responsabilidad a tus espaldas. Tenía miedo de que Uro la mirase con el mismo desprecio que había visto en los ojos de la mellifata. Tenía miedo porque iba a subir esas escaleras y cuando llamase a la puerta, el mundo de aquel phoka nunca más volvería a ser el mismo. Y recordaría que fue ella quien le dio todas las malas noticias y ninguna solución, ningún consuelo.

Acarició la cabeza de Tormenta, que empezó a husmear las ropas de la sidhe en busca de alguna chuchería. Para él, era un día de tantos, igual que para las afanosas hadas que limpiaban los restos de las pasadas fiestas. Las celebraciones habían acabado y sus vidas continuaban. Seguramente la reina se sentaría en el trono y la aclamarían en los momentos de abundancia igual que la maldecirían

en los de escasez. Al recordar la noche de su despertar, tratarían de recordar dónde estaban o qué hacían cuando el Palacio de Cristal se encendió y el aire se llenó con el repique de las campanas. Ninguno de ellos sabría quién había encendido esas luces. El precio del despertar de la reina pesaría solo en el corazón de unos pocos.

Empezó a subir las malditas escaleras, eran empinadas y estrechas, los escalones eran demasiado altos. Los descansillos eran pequeños y oscuros. Olía a guisos, a jabón fuerte, a carbón de cocina. Se escuchaba el arrullo de las palomas arriba, en el entretecho, y tras las puertas el murmullo de las conversaciones cotidianas llenaba las plantas. Aquellas eran hadas sencillas que reían en las tabernas y trabajaban a diario. Conocían dos caras de los sidhe, una era la que leían en *El cotilla ilustrado,* fiestas, bailes, historias de amoríos y caprichos excéntricos, que los hacían soñar con un colorido mundo de abundancia al que no estaban invitados a menos que hiciese falta lavar los platos o quitar el polvo a los candelabros. La otra era la de los legisladores sin nombre que imponían las cuotas de trabajo por horas, los impuestos, los sobornos y llenaban las celdas de prisioneros cuyo principal delito era ser pobres. Esos sidhe de los que era mejor mantenerse alejados. Los que les hacían bajar la cabeza cuando pasaban a su lado. Ella era un poco de esas dos caras y de cualquier manera una intrusa entre esas paredes. Había dudado si vestir el uniforme de la Guardia o no aquel día, pero finalmente se lo puso. Era lo mínimo que podía hacer para que Palacio se responsabilizase de la muerte de Jadul, pese a que en el fondo sabía que si estaba allí era únicamente por voluntad propia. A nadie ni del Alto Consejo ni de fuera de él le importaba lo más mínimo lo que estaba a punto de hacer.

Llamó a la puerta con el corazón encogido sin saber si prefería que nadie abriese, aunque eso significase tener que repetir la pesadilla de volverse a encontrar frente a esas escaleras otro día a cambio de evitar lo que le esperaba si la puerta se abría. Tragó saliva, tenía la garganta seca. Creyó escuchar pasos acercándose. El

corazón se le aceleró y frotó la palma de las manos contra los pantalones. Con el crujido de las bisagras sintió una punzada en el pecho. Se encontró de cara con un phoka que prácticamente ocupaba todo el dintel, era tan alto que Sygurn supuso que, al salir, tendría que agachar la cabeza, para que los cuernos no chocasen con un travesaño que de cualquier modo ya estaba lleno de señales. El pecho era ancho y el cuello poderoso, lo suficiente para soportar una cabezota grande, cargada por una potente melena rubia que le caía sobre los ojos y los hombros musculosos. A su lado, la elfa se sintió pequeña, algo que no le pasaba a menudo. Y sin embargo, ni los brazos musculosos, marcados por un buen número de cicatrices, ni las manos toscas, grandes, con los dedos nudosos, le parecieron amenazadores. El rostro del phoka era tranquilo, los ojos apacibles, sobre unas ojeras oscuras que marcaban una expresión de tristeza y agotamiento que Sygurn pudo entender muy bien.

—Señor Uro. —Decir «buenos días» se le antojó grotesco dadas las circunstancias—. Soy Sygurn de Ventisquero. Alférez Mayor del reino.

—La amiga de Lena —dijo el phoka.

Sygurn agachó la cabeza. Era la Dama Sygurn de Ventisquero, Alférez Mayor del Reino, Banderiza de VuelaPluma, EspadaLeal del Senescal Real. Pero aquel título, «Amiga de Magdalena, la mellifata», lo acababa de descubrir. Era el que más le importaba y el único que había perdido.

—Sí. —Era un alivio saltarse el protocolo de Palacio—. ¿Puedo pasar?

Intercambiaron una mirada tensa, ambos sabían que la elfa no necesitaba pedir permiso para entrar. Uro trataba de averiguar qué estaba pasando, no podía evitar considerar a la elfa como una amenaza. Podía ver el miedo y la desconfianza pintados en todo él: en la postura a la defensiva, en los ojos cautelosos que la medían tratando de desentrañar a qué amenaza se enfrentaba, el rostro aparentemente sereno que en realidad estaba tenso. Podía

reconocer a alguien acostumbrado a esconder sus temores, a estudiar a un oponente antes de actuar.

—Espere un segundo, mi señora, por favor —le dijo mientras se secaba las manos en un trapo manchado de pintura que llevaba colgado de la cintura.

—Claro.

El phoka se apartó de la puerta dejando ver una habitación pequeña y casi desnuda, salvo por algunos muebles vacíos y unas pocas cajas y baúles amontonados en una esquina. No tardó mucho en volver.

—Pase, por favor.

Sygurn entró. Lena le había descrito la casa como un lugar cálido y lleno de alegría. A ella le parecía vacío. La luz entraba a raudales por las ventanas para mostrar en toda su crudeza el suelo desgastado, las grietas de la madera, una mesa rayada por el uso y cuatro sillas, todas distintas y ninguna realmente en buen estado. Contra una pared había una mesa más pequeña, llena de botes de tinta, pinceles y plumas. El phoka había puesto el trapo que acababa de usar para limpiarse sobre un trozo de papel, parecía un gesto de descuido, pero la elfa no pudo evitar preguntarse si le estaba ocultando algo.

—Siéntese donde quiera, mi señora. ¿Puedo ofrecerle un té?

El toro estaba esperando a que escogiese una silla para retirarla de la mesa. Sygurn se adelantó y la retiró ella misma sin saber si se estaba tomando demasiadas libertades.

—No será necesario, gracias.

Inconscientemente Sygurn se había sentado presidiendo la mesa, Uro quizás tratando de mantener las distancias escogió el otro extremo. Se miraron en silencio, ambos tensos, asustados uno del otro. Fuera, un gorrión canturreaba.

La Alférez echó mano de la bolsa que llevaba a la espalda, oculta bajo la capa, y desenvolvió con delicadeza el paño de satén negro con el que había envuelto una caja de mármol negro. Se la había encargado a toda prisa a un artesano para poder guardar en ella la

bolsa con las prendas de Jadul y la pequeña urna. Uro observó sin decir palabra cómo la empujaba hasta el centro de la mesa.

—La pasada noche de Samhain —empezó a hablar Sygurn. Las palabras le parecían pesadas y espesas—. Encontramos el cadáver de Jadul en Palacio. He considerado mi obligación traer sus restos mortales yo misma y darle mi más sentido pésame. Lo siento muchísimo.

Durante un instante, Uro la miró sin comprender, luego bajó los ojos hasta la caja y volvió a mirarla como si no quisiera comprender lo que estaba ocurriendo. Sygurn había entrelazado las manos sobre la mesa con fuerza.

—Lo siento muchísimo —repitió.

El toro alargó las manos hacia la caja, su fortaleza parecía haberse desvanecido, temblaba como un arbolito joven bajo las primeras lluvias. Ya no parecía un gigante, era una figura desmadejada que se movía con una lenta torpeza, respirando como si no quedase aire suficiente en el mundo. Abrió la tapa y sacó la bolsa. A Sygurn le pareció que tardaba una eternidad en deshacer el sencillo nudo que la cerraba. Sacó las prendas cuidadosamente dobladas y fue colocando todo el contenido sobre la mesa alineándolo, buscando hasta que ya no quedó nada más. Entonces miró la pequeña caja de los Conservadores, no mucho más grande que algunas de las que tenía en la mesa de trabajo, y alzó la cabeza.

—El cuerpo estaba en muy malas condiciones, los Conservadores no han podido hacer nada más —le explicó Sygurn con un nudo en la garganta—. No quise traerle…

No pudo continuar la frase, ni Uro le pidió que lo hiciese. Estaba mirando la caja, lo que quedaba de su compañero de vida, de su amante, del hada con la que seguramente esperaba envejecer. A Lena le había contado que querían marcharse de la ciudad. Empezar una nueva vida en algún lugar tranquilo donde pasar los días fuese más sencillo. Hacerse apaciblemente viejos dejando atrás el caos y la sangre. Sygurn se obligó a mirar a Uro, los nudillos destrozados, las cicatrices de los brazos, la nariz ligeramente torcida. Un labio

roto hacía mucho que no acabó de curar bien. Todo eso era fruto de las arenas de combate que no se preocupó en cerrar y que seguramente le habían robado años de vida. Y ahora le devolvía un montón de polvo. No quedaba nada que abrazar, ni un último beso, ni una última palabra. No quedaba un cuerpo al que despedir, al que cerrar los ojos, al que decirle adiós. Solo cenizas, cenizas en una caja bonita.

—Si hay algo que yo pueda hacer… —carraspeó—. Si tiene alguna pregunta. Lo que necesite.

—¿Qué hacía mi esposo en Palacio? —preguntó sin mirarla.

—No lo sé, al parecer fue obligado por un geas. Una atadura mágica que…

—Sé lo que es un geas —la cortó—. No me dijo nada. No sabía nada.

—Probablemente no podía.

Uro asintió. Lo vio tragar saliva haciendo un esfuerzo por mantener la voz y la compostura. En ningún momento levantó la mirada hacia ella, hablaba casi como un sonámbulo. Sygurn decidió ahorrarle más sufrimiento.

—Fue Lena quien lo encontró. Ella no ha podido venir, pero estoy segura de que lo hará en algún momento. Los quiere mucho. A los dos.

El toro volvió a asentir, casi distraído. Sin darle importancia a unas condolencias que probablemente no lo consolaban.

—¿Tuvo algo que ver con lo que pasó en Samhain? ¿Con el Palacio encendido, la vuelta de la reina, las campanas? ¿Tuvo algo que ver? —preguntó.

Sygurn guardó silencio. Probablemente nadie en Palacio quería que el triunfante regreso de la reina se empañase lo más mínimo. No querrían que hubiese rumores y un gentil muerto no le importaba a nadie. Calendemyn le habría recomendado que fuese prudente, porque a veces bastaba una chispa para encender fuego. Aún no había recibido ninguna orden de la reina.

—No estoy segura, pero probablemente sí. Es posible, sí.

—Gracias —le respondió con algo más de amabilidad—. Lena me dijo que iba a mentirme sobre lo que había pasado. Pero se equivocaba.

—¿Lena ha estado aquí? —se sorprendió Sygurn.

—Vino directamente, me lo contó todo. La he estado esperando desde entonces. Quería oír su versión.

Se levantó sin darle tiempo a reponerse de su sorpresa, entró en la habitación de lado y volvió con una carpeta de cuero azul en la mano. La dejó junto a Sygurn.

—Mi hija ha estado trabajando en la carpintería del Maestro Avispa. Hace unos días me pidió que le trajera esto y lo escondiera. Lena me ha aconsejado que se lo dé. Cójalo y váyase de mi casa.

La sidhe obedeció casi como una autómata. Se levantó de la silla con la carpeta bajo el brazo, necesitaba salir de allí, tenía ganas de bajar las escaleras, montar a Tormenta y marcharse al galope hasta Ventisquero. De vuelta con sus padres, con sus hermanos, con las hadas que no la consideraban una enemiga. Antes de cruzar la puerta se giró.

—Lo siento muchísimo. —Necesitaba volver a decirlo, necesitaba que la creyese—. Si puedo hacer algo…

—No vuelva nunca más por aquí —la interrumpió el toro—. No me busque, no me importa que crea que tiene que decirme algo. No quiero oírlo. Ya tengo todo lo que necesito. Ni Palacio ni usted me deben nada. Márchese, por mí ya ha cumplido.

Cerró la puerta sin darle tiempo a añadir nada más, tampoco es que quisiera hacerlo. A veces lo más sanador que se puede hacer por alguien es guardar silencio. Entendía al phoka, de veras lo entendía. ¿Qué era ella, sino una fuente de malas noticias, una portavoz de una institución implacable con los gentiles? ¿Quién era ella, sino una bienintencionada idiota que se había creído capaz de cambiar el mundo? Y había fallado, porque nunca tuvo la oportunidad de ganar. El mundo la había devuelto de una bofetada a una realidad en la que ella no era más que una pieza de un engranaje que llevaba años en marcha.

Regresó a Palacio a paso lento. Dejando que el caballo marcase el ritmo de la marcha. Intentó mantener la cabeza en blanco. Decían que el regreso de la reina iba a traer muchos cambios, quizás aceptase su renuncia. Podía nombrar a una nueva Alférez. Aunque sus padres se enfadasen, acabarían por entenderla. Quizás le pidiese a Feral que la llevase con ella en sus viajes. Necesitaba algo nuevo, algo nuevo muy lejos de aquella ciudad de mierda.

La sorprendió encontrarlo en sus habitaciones hasta que recordó que solía aprovechar su tiempo libre para repasar y ordenar las notas de Lena. El sidhe estaba recogiendo y guardando todo el ordenado caos que la mellifata había ido organizando las pasadas semanas, se detuvo en cuanto la vio cruzar la puerta y corrió a abrazarla. Se derrumbó en sus brazos, feliz de que la entendiese en silencio. El joven le quitó la pesada capa de invierno y la bolsa de viaje que llevaba oculta bajo ella, le desabrochó el cinturón de la espada y la arrastró hasta el diván donde la dejó acurrucarse en su regazo.

—Han sido días difíciles —le susurró mientras le deshacía la apretada trenza para acariciarle el pelo—. Con el tiempo, verás las cosas en perspectiva y quizás seamos capaces de entender toda esta locura.

—Me salvó la vida y yo no he podido hacer nada por él —dijo soltando todo el llanto que llevaba días guardando. Poder llorar sin tapujos era un alivio.

—En las alcantarillas os salvasteis el uno al otro —le recordó Feral. Le hablaba con una dulzura tierna y sabia. Con la sencillez sincera de un buen amigo.

—Pero al final no sirvió para nada —se reprochó Sygurn.

Al final había muerto solo y olvidado, no había mucha diferencia con lo que habría pasado si hubiese muerto en las alcantarillas. Una muerte sin nombre más en una ciudad que no se preocupaba por sus desaparecidos.

—Pudo vivir unas semanas más y eso ya es de un valor incalculable. Seguro que él me daría la razón si pudiera.

—Lena cree que es todo culpa mía, me odia. Se ha marchado —sollozó de nuevo—. No sé dónde está, no sé si está peligro. No sé si está viva o muerta. No sé cómo hacer que vuelva.

—Dale tiempo. Necesita un poco de espacio para procesar su dolor. Estoy seguro de que no tardará en volver. Hasta las mejores amigas pueden pelearse alguna vez. Y ella tiene tantas ganas de resolver este asunto como tú.

Era fácil para Feral decir algo así, se conocían desde que eran niños. Los tres habían estado juntos siempre que les era posible y para el sidhe verlas juntas era tan natural como la luz del día o las estrellas de noche. Allí donde iba Sygurn, Lena la acompañaba. Las había visto compartirlo todo, y las pocas veces que habían discutido ante él había sido por asuntos pueriles, casi bromas. Lena y ella se enfadaban a veces, sí. Pero nunca hasta ese grado. Jamás había roto el vínculo que las unía voluntariamente. Podía soportar sentirse sola, lo que no era capaz de superar era el miedo de perder a su amiga para siempre. Sabía que ahí fuera, sin la protección adecuada, la mellifata era tremendamente vulnerable. Le angustiaba no saber qué le podía estar pasando.

—En mi bolsa hay una carpeta, me la dio el esposo de Jadul. Tal vez deberíamos echarle un ojo y ver qué…

Feral impidió que se levantase.

—Lo miraremos luego. Deberías dormir un rato.

No era una sugerencia, se dio cuenta de que Feral estaba tejiendo un hechizo de sueño mientras le pasaba los dedos por el pelo. La magia era distinta desde que la reina había despertado, aunque tal vez no era la epifanía gloriosa que llevaban esperando algunos sidhe desde hacía cientos de años. No parecía que las brumas se hubiesen disipado para domar la magia salvaje. La magia no se había plegado a la voluntad de las hadas, solo parecía fluir con más facilidad, era más sencillo darle forma y el sidhe estaba tejiendo un hechizo cálido y suave, un susurro amable que tiraba de ella hacia los reconfortantes brazos del sueño.

Al despertar, Feral le contó que en la carpeta azul había pruebas de que el taller del Maestro Avispa usaba una falsa contabilidad para ocultar el movimiento de enormes sumas de dinero. Facturas falsas, pagos en materiales y encargos inflados. Estaba todo ahí. Feral le mostró un ejemplo. Avispa había encargado material de laboratorio a una sopladora de vidrio y lo había vendido por un precio ridículo al responsable de la perfumería que Jadul había identificado como el lugar en el que fabricaban el azul. Al mismo tiempo, el knocker había recibido varios cargamentos de material provenientes de los almacenes de AltaCumbre como pago por un encargo que nunca se entregó. Haría falta estudiar todo aquello con la Cancillería, cotejarlo con lo que el taller y AltaCumbre declaraban ante el Tesoro, pero estaba segura de que tenía suficiente para lanzar una investigación sobre Elio y Calendemyn no podría negarse.

—Por fin lo tenemos.

Las estancias del Senescal estaban plagadas de nobles que se amontonaban en la gran antesala. Ahora, un pequeño grupo de soldados que formaban la recién nombrada Guardia de la Reina custodiaban las puertas. Sygurn había elegido a los sidhe que, según su opinión, debían formar ese pequeño cuerpo, que estaba destinado a proteger el Palacio y que solo respondían a las órdenes directas del Senescal. A Sygurn no le molestaba en absoluto aquella inferencia real, que le parecía más un capricho decorativo que una medida útil. No le importaba lo que quisiese hacer la reina, cómo pensase conformar su nuevo consejo o si la conservaría en su puesto. Se daría por contenta si dejaba el asunto del contrabando de azul cerrado. Le bastaba con que los culpables pagasen.

Los guardias la dejaron pasar sin poner ningún obstáculo. Algo que no gustó nada a muchos de los solicitantes. Muchos de ellos, como Tytos de NubeArgéntea o Ayden de CopasAltas no estaban acostumbrados a que los hiciesen esperar. Pero las cosas en Palacio estaban cambiando, harían bien en aceptarlo lo antes posible.

Calendemyn y ella no habían hablado desde la llegada de la reina. Que el Senescal hubiese desaparecido junto a ella el día de su despertar levantaba no pocos rumores en Palacio, todo el mundo quería saber qué había pasado durante las horas en que habían estado juntos, de qué habían hablado, cómo habían sido esos primeros momentos de la reina tras despertar de su largo sueño. Hasta el momento, ninguna de esas preguntas tenía respuesta directa. La reina se había apoderado del ala este de Palacio, donde estuvieron sus antiguos aposentos y concedía muy pocas audiencias. Aún debía adaptarse al nuevo mundo al que había regresado. Era la única explicación que se había ofrecido. Unas pocas damas de Palacio formaban su servicio inmediato y ellas estaban tan recluidas en el ala real como la propia reina. Calendemyn era el único señor que podía verla a diario.

Sygurn sentía la misma curiosidad que el resto de nobles, aunque amortiguada. Tenía asuntos más importantes que atender y confiaba en que las respuestas llegarían con el tiempo. Debía ser paciente, su lealtad no era ciega. Conocía a su padre, era minucioso y nunca se precipitaba a la hora de hacer o decir algo. Apremiarlo no serviría de nada.

Lo encontró sentado tras su mesa, tan repleta de papeles como siempre. Mientras su Cillero, vestido con una elegante chaquetilla verde esmeralda, un color que junto al rosa pálido eran los colores de moda para mostrar lealtad a la reina, y unas calzas a rayas negras y verdes, sellaba algunos documentos y los repartía por los diferentes casilleros de un organizador. Le dedicó una sonrisa almibarada y una reverencia antes de volver a sus tareas. El Senescal no iba tan elegante, la túnica azul estaba algo arrugada y se había desabrochado los apretados puños para remangarse la camisa blanca hasta los codos. Aun así, la recibió con una enorme sonrisa.

—Sygurn, cariño, lamento no haber tenido tiempo para ti estos días —le dijo señalándole una silla libre junto a él—. Ven, siéntate.

Obedeció, agradecida de encontrar al Calendemyn de siempre. Sacó la carpeta azul donde Feral y ella habían recopilado todas las pruebas a su disposición sobre el contrabando de azul y la dejó sobre la mesa.

—Tenía muchas ganas de verte. Han debido de ser días intensos —contestó conteniendo las ganas de saltar directamente al asunto que la había llevado hasta allí.

—¡Mucho! Pero debo decirte que, pese a todo, has cumplido tus deberes con creces. Su Majestad está más que complacida contigo, y yo también. Estos días han sido complicados, pero la Guardia se ha comportado de un modo ejemplar. Estoy orgulloso de ti.

Ella no estaba de acuerdo y aun así se sonrojó de satisfacción, siempre la hacía feliz recibir cumplidos de su padre. Todos sus esfuerzos estaban centrados en estar a la altura de sus expectativas. Estaba segura de que, pese a los halagos, sabía que tenían muchos asuntos pendientes que resolver.

—Muchas gracias, padre. Te traigo buenas noticias, he encontrado a los responsables del contrabando de azul. Aún quedan varios cabos sueltos por atar, no sabemos de dónde ha salido ni los ingredientes con los que se fabrica, pero estoy segura de que, cuando detengamos a los responsables, lo sabremos.

Calendemyn volvió a sonreír. Cogió la carpeta y empezó a repasar alguno de los documentos, Sygurn había escrito un informe muy minucioso, adjuntaba pruebas y nombres. La sonrisa del Senescal desapareció.

—¿Sospechas de Elio de AltaCumbre?

—No es ninguna sospecha —le corrigió Sygurn—. Las pruebas están ahí. Solo necesito permiso para hacer las detenciones.

—Es una de las Altas Casas más poderosas, su contribución al tesoro real es inmensa.

Calendemyn estaba visiblemente preocupado.

—Vaya si lo es —añadió Aglanor desde su lado de la habitación.

—¿Estás completamente segura de esto? —le preguntó repasando los documentos.

—Necesito interrogar a algunos de los implicados, hoy mismo detendré al Maestro Avispa y algunos de sus otros secuaces.

—No.

Sygurn no se creía lo que estaba oyendo.

—Acusar a una Alta Casa de contrabando ya no está en mis manos. Ahora es la reina la que debe tomar esa decisión. Si fuera un asunto entre gentiles tendrías carta blanca. Pero implicar a AltaCumbre lo convierte en un delito de traición al reino.

—Pero el contrabando va en aumento, la noche de Samhain la cantidad de azul en las calles era demencial y no sabemos con qué objetivo. Esto solo irá a peor. Están muriendo muchas hadas y habrá más violencia. —Sygurn hablaba tan deprisa que montaba las palabras—. La delincuencia se hará más agresiva, más peligrosa…

—Detén a los gentiles que creas necesario —la cortó Calendemyn—. Pero por ahora, nadie debe vincular a Elio con este asunto. Al menos hasta que lo consulte con la reina.

—¡Los gentiles son peones reemplazables! ¡Mientras Elio siga libre, encontrará nuevos modos de hacer lo que le plazca!

Calendemyn le puso las manos sobre los hombros, Sygurn dejó de gritar. Se miraron a los ojos, su padre trataba de apaciguarla. Se dio cuenta de que Lena tenía razón, los sidhe no harían nada. No se atacaban entre ellos. Y el Senescal era un poco mejor que el resto, pero a la hora de la verdad no era diferente.

—Confía en la reina.

¿Qué otra cosa podía hacer? Quizás él sabía algo que ella no. Quizás la reina fuese realmente buena y sabia. Trató de convencerse de que su padre no iba a fallarle, trató de pensar que aún era pronto para perder la fe. Pero en su memoria tenía el peso exacto de una pequeña caja negra. Un montoncito de ceniza para traer la luz al mundo. Un sacrificio, una vida por otra vida. Era la regla de la magia.



60. Extraños aliados

Le pareció ver a Tácito junto a ella mientras cortaba flores del invernadero. El viejo mayordomo llevaba la librea impecable y le sonreía con amabilidad. Esperaba pacientemente a que le diese alguna orden mientras la escuchaba bufar de rabia y protestar contra el mundo.

Silvania se lo había robado todo. La que debería haber sido su noche triunfal, entrando del brazo del mismísimo Senescal en el Gran Baile de Samhain como la primera Consejera Real en cientos de años se quedaría en una anécdota a pie de página en la crónica del despertar de la princesa. Ni siquiera sería recordada como Consejera, apenas había tenido tiempo de participar en una votación cuyo resultado, ahora que el Alto Consejo había suspendido sus funciones a la espera de que la princesa se reuniese con ellos, era totalmente irrelevante. Se sorprendió echando de menos al viejo criado. En aquella casa ahora todo funcionaba con una precisión impecable, nadie discutía sus órdenes ni hacían algo que no fuese de su gusto. Estaba rodeada de obedientes y dóciles marionetas sin personalidad ni capacidad de consolarla en sus malos días. Gwyllión pensaba en todo lo había hecho para alcanzar el poder y lo cerca que estaba de perderlo, y se enfurecía sin que nadie tratase de calmarla. Casi le parecía escuchar a Lydden riéndose de ella en la tierra de los muertos.

Al menos había tenido la satisfacción de ver a la radiante Silvania fracasar en su intento de encender el lar en primera fila. Saboreó

cada momento de la patética insistencia con la que lo había intentado una y otra vez sin conseguir más que alguna débil llama que volvía a extinguirse sin remedio. Luego Lucio de Avellaneda, un noble norteño que nunca había brillado por su inteligencia, empezó a gritar, a exigir el milagro que esperaba ver y que no llegaba. Fue como lanzar una chispa sobre un montón de leña seca. Muchos nobles se sumaron al alboroto y el caos más delicioso se desató con la velocidad de un incendio catastrófico. Ella no esperó a que la Guardia la desalojase del Salón Real, no iba a consentir que ningún noble sin título pusiese las manos sobre un vestido que valía más que lo que pudiese ganar como caballero en toda su vida. No, se retiró a tiempo para poder disfrutar de la indignación de los presentes en los corredores que llevaban hasta el salón. El desconcierto era total. ¿Qué acababan de ver? ¿Era realmente Silvania de PrendeSoles la muchacha que los había encandilado con su rutilante aparición? ¿Debían considerarla su reina? Ella ya había decidido que no, que no era su reina. A Gwyllión le daba igual si era una PrendeSoles o no, pero sería estúpida si no aprovechaba esas dudas a su favor. Se acercó a un grupo de nobles que prácticamente tenían acorralado contra las cortinas de un gran ventanal a Lisandro de TorreSabia. El canciller, alto y delgado, destacaba entre la multitud gracias a su túnica de seda amarilla, era como la llama de una vela rodeada de polillas ansiosas. Conocía a muchos de los presentes; el que estaba prácticamente tirando de una de las amplias mangas era Calisto de Pedregales, una Casa vasalla de los CopasAltas. Calisto no destacaba por su sutileza, era hijo de sus privilegios y los años no lo habían hecho sabio. Jamás pedía permiso ni se disculpaba, a menos que tratase con alguien a quien considerase más poderoso que él. Pero tenía un criterio pésimo a la hora de calibrar el poder. Creer que Lisandro era un chupatintas de poca monta al que no debía ningún respeto era un error del que podía tardar poco en arrepentirse.

—¿Es que nadie nos va a dar explicaciones de qué acaba de pasar? —exigía Calisto sin dejar de tirar de las mangas del canciller.

—¡Sé tan poco como tú! —protestaba Lisandro al tiempo que golpeaba las manos del noble para que le soltase la túnica—. Imagino que el Senescal dará explicaciones a su debido tiempo. Debemos esperar un poco.

—¿Cómo podemos saber que Calendemyn no está intentando poner en el trono a una impostora?

La que preguntaba era Leandra de MonteVerde, una anciana tan retorcida como estirada. Llevaba el escudo de su Casa bordado en un llamativo corpiño, tan grande y cubierto de pedrería e hilo de oro como era posible, sus ojos eran dos ranuras estrechas y crueles. Fruncía los labios disgustada. Lisandro se giró hacia ella.

—No conoces al Senescal, Leandra. Sería incapaz de hacer algo así, yo contendría mi lengua antes de seguir por ese camino. De la insinuación a la traición hay un solo paso y sigo siendo miembro del Alto Consejo…

—Ah, ¿pero el Alto Consejo va a seguir existiendo? —preguntó Gwyllión con falsa inocencia. Disfrutó de cada una de las palabras mientras las decía, aunque se aseguró de no mostrarlo.

Lisandro la miró, estaba segura de que tras los cristales rubí de sus anteojos debía de esconderse una mirada que ardía de rabia.

—Creo que deberíamos irnos todos a casa y esperar noticias. Aquí no queda nada que ver —contestó secamente. Recogió las amplias mangas de la túnica y las enredó alrededor de los brazos para que Calisto dejase de tirar de ellas reclamando su atención.

—Para ti es fácil, Lisandro —rio Gwyllión—. Por ahora vives aquí.

—¿Te parece divertido echar leña al fuego? Pues déjame decirte una cosa, uno siempre sabe cómo empieza un incendio, pero es imposible adivinar cómo va a acabar. Eres una Alta Dama, formas parte del Consejo. Sé un poco más responsable.

Se alejó del grupo dando zancadas. Gwyllión decidió hacer lo mismo. Lisandro tenía razón, allí ya solo se podía especular o cotillear, y ninguna de las dos cosas le apetecía lo más mínimo. Ella no pensaba que la princesa fuese una impostora, le sorprendía que los sidhe conociesen tan poco la esencia de la Magia Ancestral.

Silvania no había fracasado al encender el lar, no del todo, alguna débil llama se alzó de entre las cenizas, aunque ninguna llegara a prender. Quizás la princesa estaba débil tras tanto tiempo en ese extraño sueño, quizás algo en su esencia había cambiado, era difícil comprender estos procesos. Seguramente la única que tenía la respuesta era la propia Silvania. Los antiguos Aen Sidhe tenían una gran conexión con la Magia Ancestral, pero por desgracia, mucho de su antiguo saber se había perdido. Quizás los PrendeSoles no fuesen hijos directos de Danu, pero era lo más cercano que se podía imaginar. Era obvio que algo había despertado con ella, Gwyllión no dudaba de los derechos de la princesa al trono, le parecía interesante que otros sidhe si lo hicieran. Tal vez fuera una baza que merecía la pena aprovechar.

Estaba tan perdida en sus pensamientos que no vio que Rheia se acercaba a ella hasta que la tuvo prácticamente al lado. La Señora del SilvaViento la cogió del brazo con total confianza y la atrajo mientras seguían caminando.

—La Alférez Mayor tiene pruebas de que Elio está involucrado en el contrabando de azul —le susurró al oído.

Gwyllión la escuchó impasible. La suerte que pudiese correr Elio no entraba en su lista de preocupaciones. El juego del contrabando era algo que no la implicaba, pero no pudo evitar sentir una morbosa curiosidad.

—¿Cómo lo sabes?

—Aglanor los escuchó hablar. Calendemyn tiene ahora mismo problemas más urgentes que tratar, pero es cuestión de tiempo que presente los hechos a la princesa.

Se podía saborear la ansiedad en las palabras de Rheia, un toque salado de sudor y miedo. Gwyllión supo que estaba a punto de pedirle ayuda, así que se adelantó.

—Tienes que deshacerte de la Alférez.

Rheia negó con la cabeza cortándole la frase.

—Ya lo he intentado, es más dura de lo que parece. Además, es tarde para eso, Calendemyn tiene en su poder todas las pruebas que

inculpan a Elio. Si le pasa algo a su protegida, no dudará en acusarlo.

—¿Los incendios en las mazmorras han sido cosa tuya? —preguntó Gwyllión encantada. Disfrutaba del miedo de Rheia y de sus fracasos, estaba bien que las tornas cambiasen para variar.

Rheia le tiró de la manga para que bajase la voz.

—Tenemos que hacernos con el control del Consejo. ¿Podrías organizar una cena esta noche en tu casa?

No le entusiasmaba la idea, pero ambas sabían que le era imposible negarse.

—¿Por qué en mi casa?

—Porque tus criados son de total confianza.

«Les robaste su libre albedrío, claro que son de confianza», pensó enfadada. Así que esa era otra de las cosas que Gwyllión podía proporcionarle a Rheia; ya no era solo un voto más bajo su control, ahora era también una casa discreta que manejar a su antojo. Recordó su encuentro con Elio en el entierro de su padre. La forma en la que le había dado el pésame aun le producía escalofríos porque le supo a advertencia velada. Empezaba a darse cuenta de que la lánguida decadencia que mostraba en público, y que quienes lo rodeaban confundían con aburrimiento, era en realidad la tristeza de un esclavo. Si no se andaba con cuidado, ella podía acabar igual. Rheia era peligrosa, eso ya lo sabía de sobra, pero también era adictiva. Su egoísmo, la forma retorcida en la que lograba valerse de los demás para conseguir lo que quería, su desprecio por el honor o los escrúpulos le resultaban refrescantes. Aun podía aprender mucho de ella.

—De acuerdo. Más vale que sea algo interesante, todo este asunto es aburrido de narices.

Rheia abrió muchos los ojos, su mirada tomó ese matiz desquiciado que a veces se asomaba a las pupilas anchas y negras, rodeadas solo por un leve aro de color.

—¿Aburrido? Esto no es aburrido, querida, es la oportunidad de nuestras vidas —le dio un beso de despedida en la mejilla—.

Seremos cuatro, no lo olvides.

Se separó de ella sin añadir una palabra más, corriendo ligera como una codorniz persiguiendo a un gusano.

Pasó la tarde en el jardín, cortando algunos de los preciosos matainfantes del invernadero. Eran unas flores acampanadas de un color morado intenso, con el interior jaspeado de motas negras y blancas y unos estambres casi plateados, difíciles de ver. Si se consumían, podían matar a un hada en cuestión de horas a menos que se le administrara el antídoto que, paradójicamente, se fabricaba con una infusión de las hojas aterciopeladas de la misma planta. Veneno y remedio en la misma planta. A Gwyllión le fascinaba la sabiduría de la naturaleza, la belleza mortal de las flores que crecían a su alrededor la tranquilizaban, conocía cada planta y sus letales propiedades, sabía cómo cuidarlas sin peligro, era un mundo con reglas que comprendía y podía controlar. Poder jugar con la muerte sin que la tocase la hacía sentirse fuerte; aquellas plantas eran peligrosas, pero no para ella. Se acercó a un arbusto de muerdelobos, las flores eran grandes, con cinco pétalos de color vino rematados por un espectacular pistilo amarillo. Aquellas flores debían cortarse con guantes gruesos. Si fabricase una corona con esas flores, y la princesa se la pusiera, estaría muerta casi un instante después. La idea la hizo sonreír, era un plan imposible, pero soñar era fácil. Sería muy peligroso tejer la corona, llevarla a Palacio sin que nadie más la tocase y convencer a la princesa para que aceptase ponérsela. Los conservadores darían con la causa de la muerte antes de que el cuerpo estuviese frío. Demasiado riesgo. Salió del invernadero con una cesta llena de flores letales, quería hacer un centro con ellas para adornar la mesa de la cena.

Descubrió que le ilusionaba recibir visitas. Era la primera vez que ejercía a solas como anfitriona. Había escogido un saloncito con chimenea que daría a la cena un ambiente acogedor. Era una reunión informal, a fin de cuentas. El menú sería una ensalada de berros con queso desmigado, nueces y frutillas de fuego, bien aderezado con una salsa de miel y vinagre. El pan era blanco, de

corteza crujiente pero interior suave y fragante. Tenía un pastel de carne de venado y paloma, aperitivos de pescado ahumado y patés en gelatina, un asado de lechón, cervezas y vinos de sus propias bodegas y vino invernal de VuelaPluma, refrescos de jengibre y miel y para los postres una tarta de crema y bizcocho, sorbete de rosas, galletas de naranja, dulces de almendra. Y café, té y más vino de frutas junto a una reserva de licores de hierbas y frutas maceradas del propio jardín. Los cocineros habían trabajado con poco tiempo y aun así el resultado era impresionante. Los habría felicitado si no supiese que, en realidad, apenas les importaba o alegraba nada que pudiera decirles. Ella se preparó con un vestido sencillo de brocado color lavanda, sin joyas, salvo una redecilla plateada que usó para recogerse el pelo.

El mayordomo le anunció que todos los invitados habían llegado a la vez, al parecer en el mismo carruaje, lo que resultaba, como mínimo, extraño. Se encogió de hombros sin darle mucha importancia, Elio y Rheia eran dados a las excentricidades. La verdadera sorpresa fue encontrarse ante su puerta cara a cara con Ayden de CopasAltas. Al menos esta vez no iba vestido con el tono pardo de su casa, sino de negro y burdeos. Una combinación que favorecía a sus ojos grises y fríos a juego con la sonrisa sarcástica que le dirigió. Gwyllión se quedó clavada en el vestíbulo con los puños apretados.

—No eres bienvenido en esta casa —le advirtió tensa. No dudaría en echarlo por la fuerza si era necesario.

Tras él surgió la figura corpulenta de Caliban, con su pesada capa de piel y la extraña belleza asimétrica y una sonrisa involuntariamente feroz.

—Calma, muchacha. Ha venido a negociar una tregua, entre otras cosas —le dijo con voz ronca.

Así que ese era el motivo por el que Rheia no había querido decirle quiénes eran los invitados. Sabía que se negaría en redondo a permitir que Ayden de CopasAltas cruzase su umbral. Ahora ya estaba allí y echarlo sería una afrenta más entre sus familias. A

Gwyllión no le gustaba que la engañaran. Acarició la cabeza de Feroz, que olisqueaba a los recién llegados desde una distancia prudencial. Si fuese un auténtico dragón, los calcinaría a todos. A Rheia, que conocía demasiado bien sus secretos, a Ayden, que llevaba años tratando de provocar primero a su padre y luego a ella, a Caliban, que insistía en tratarla como a una niña incluso ahora que eran iguales y a Elio, que era un desprestigio andante para su título. Estaba segura de que si pudiese convertirlos en ceniza, nadie los lloraría demasiado tiempo. Abandonó las fantasías infantiles, si se corría la voz de que se había negado a negociar con CopasAltas cuando él lo había ofrecido de buena fe, se haría un pobre favor.

—Me llamo Gwyllión y no «muchacha». Harías bien en recordarlo dentro de mi casa —respondió, escuchando sisear al gyverno, sin duda alertado por el tono en el que había hablado, y se alegró de que su mascota pareciese amenazadora.

—Es justo —concedió Caliban—. Entonces, ¿podemos pasar o no?

Se apartó de la puerta tirando del collar de Veloz para dejar pasar a los sidhe.

—Sed bienvenidos.

Vio la sonrisa de Rheia, los ojos siempre se le encendían cuando se salía con la suya. Elio entró el último, con paso desganado y algo más de maquillaje de lo habitual. La saludó con un gran bostezo, del que tuvo la delicadeza de disculparse. Una vez que todos entregaron sus capas y abrigos a las criadas, Gwyllión los guio hasta el salón. Antes de que pudiese entrar, Rheia la retuvo.

—Relájate. —No era una sugerencia—. Me ha costado mucho organizar este encuentro y espero grandes resultados. Así que colabora un poco.

—¿Y qué se supone que debo hacer? —contestó molesta.

—Por ahora me vale con que sonrías y abras un poco la mente. —Rheia miró la mesa—. Me encantan las flores.

Gwyllión había escogido una mesa redonda. Ya que todos eran Altos Señores, una mesa cuadrada podría ser un problema de protocolo a la hora de elegir quién debía presidirla. Esa mesa dejaba

claro el mensaje de que estaban entre iguales, aunque técnicamente la Señora de SilvaViento era la cabeza de una casa menor. Elio fue el primero en sentarse y el primero en pedir vino. Parecía cansado, más de lo habitual. No había polvo de perla ni sombra suficiente para ocultar las ojeras que le hundían los ojos en un par de pozos sombríos. Gwyllión no tenía ningún interés en la comida, algo que parecía compartir con sus invitados, así que decidió no andarse por las ramas.

—No creo que estemos aquí para celebrar el regreso de la Casa de PrendeSoles —dijo después de un par de tragos de vino—. Así que me gustaría saber qué nos ha traído a esta mesa.

—Rápida y directa como una serpiente. Eso lo has sacado de tu padre. Lydden tampoco se andaba con rodeos —rio Caliban, era el único que parecía tener apetito y estaba atacando el asado de lechón con ganas.

—La reina nos ha traído hasta aquí. —Ayden parecía a punto de ponerse a dar puñetazos sobre la mesa—. O, mejor dicho, la princesa. Después de lo que hemos visto hoy, ¿de verdad vamos a dejar gobernar a una muchacha de la que apenas sabemos nada?

—¿Y qué podemos hacer para evitarlo? Estoy deseando saber qué opciones tenemos, porque imagino que habéis venido hasta aquí para proponer algún plan de acción —supuso Gwyllión sentada ante un plato limpio. No tenía apetito.

—Nuestras bazas más valiosas serían Calendemyn y Lisandro. Entre los dos paralizarían el reino, podrían poner a Silvania de rodillas en un par de semanas. —Elio se sirvió más vino—. Podríamos forzarla a aceptar la tutela del Alto Consejo hasta que encienda el lar.

—Calendemyn está entregado por completo a la princesa, le pertenece en cuerpo y alma. —Ayden estaba diciendo algo que todos sabían—. ¿Pero qué hay de Lisandro? Es el que más podría perder en esta situación…

—Y precisamente por eso no se arriesgará a menos que vea las opciones de victoria muy claras —dijo Rheia—. Si le damos a

conocer nuestros planes, corremos el riesgo de que la reina descubra nuestras intenciones antes de tiempo.

—La princesa —la corrigió Elio.

Caliban dejó un hueso limpio sobre el plato y se limpió los dedos con su propio pañuelo.

—Sí, Lisandro siempre querrá jugar con las bazas a su favor —dijo asqueado—. Eso solo nos deja a Tytos, Talos y a Tirso para que se unan a nuestra proposición.

—Tytos nunca estará a favor de nada que salga de los labios de Elio, o de Gwyllión, tras la última votación. Piensa que quieren arruinarlo. —Antes de que Gwyllión pudiese protestar, Ayden levantó la mano para que lo dejase continuar—. En cualquier caso, no nos importa, su posición es débil.

—Nos quedan Tirso y Talos —les recordó Elio—. Dos huesos duros de roer.

—Talos es imprevisible, quién sabe qué le está pasando por la cabeza en estos momentos. Quizás, si hablamos con él antes que nadie, se una a nuestras peticiones o puede que Calendemyn ya esté negociando con él para asegurase de que su armada de barcos jure fidelidad a la princesa. Hay que averiguarlo. En cuanto a Tirso, no hará nada que ponga en peligro a FuegoVivo. El santuario es su joya y se alejará de cualquier amenaza para su seguridad.

Tras el resumen de Caliban, se hizo un breve silencio en la mesa en el que casi parecía que se podía adivinar lo que pasaba por las cabezas de los presentes. Elio se aburría, no paraba de disimular bostezos. Para él, aquel era uno de los juegos de Rheia, y si se prestaba a participar era porque no tenía más remedio. Ayden estaba dispuesto a dejar de lado una enemistad muy larga a cambio de aliados, Gwyllión suponía que ese interés debía de ocultar algún punto débil, deudas probablemente. No tenía la menor duda de que olvidaría sus buenas intenciones en cuanto el viento volviese a soplarle a favor. Caliban podría volver a sus tierras natales y dedicarse a la caza hasta el último de sus días, podría llevar una vida tranquila que a la larga le acabaría gustando, pero era incapaz de

ceder el control del reino. Si Silvania se convertía en reina, disolvería el Alto Consejo y nombraría uno de su gusto. Algo que ninguno de los presentes estaba dispuesto a aceptar. Además, las arcas reales estaban menos llenas de lo que cualquier monarca consideraría aceptable. A todos les preocupaba que Silvania les recordase que ellos también debían pagar impuestos a la Corona. Hasta ahora habían sido Altos Señores, gobernantes del reino. Eso podía cambiar, la princesa los convertiría en vasallos y ninguno de ellos estaba dispuesto a doblar la rodilla ante nadie.

—Tal vez si yo hablase con Tirso se viese más inclinado a unirse a nuestra causa —propuso Gwyllión.

—Ah —suspiró Elio—. La hija de su gran amor, pidiendo ayuda en recuerdo a los lazos que unieron a ambas familias. Desde luego sería un gran cebo, Tirso es un sentimental.

—Pero no un idiota, querrá algo a cambio —dijo Ayden.

—Claro que querrá algo a cambio, lleva años tratando de que Gwyllión se case con su hijo. Antes, eso podía ocasionar un conflicto de intereses en el Consejo. Ahora que todo ha cambiado, uniría dos grandes Casas, con todo lo que ello conlleva. Si le ofreces tu mano, se unirá a nosotros con los ojos cerrados, y con el Santuario apoyando nuestra causa podemos debilitar seriamente el poder de la corona. —Elio sonrió satisfecho con su exposición, por primera vez en la noche probó algo de la comida que tenía delante.

—Entonces todo solucionado, muchacha, debes prometerte con Floriel y asunto arreglado —sentenció Caliban satisfecho de que se hubiese encontrado una solución que no lo comprometía a nada.

Gwyllión se encendió de ira. No era una yegua que pudiesen intercambiar con un apretón de manos. Aquella caterva de idiotas estaba decidiendo con quién casarla en su propia casa sin molestarse en preguntarle qué opinaba o si la idea era de su agrado. Ayden le lanzó una mirada rápida, casi una cuchillada gris, y antes de que pudiese abrir la boca para protestar, alzó la voz.

—Me opongo. Si esas tierras se unen, nada les impediría acabar formando un ejército que podría suponerme una amenaza en un

futuro.

De nuevo el silencio, esta vez cargado de frustración y resentimiento, se hizo sobre la mesa. Los comensales se miraban sin saber qué decir para romper el punto muerto en el que se encontraban.

—Muchos nobles han dudado hoy de la legitimidad de la supuesta reina—expuso Gwyllión—. Que no haya encendido el lar ha despertado sospechas. Leandra de MonteVerde incluso se ha atrevido a decirlo delante de media corte. Es algo que podemos explotar, las dudas sobre la legitimidad de una sidhe de la que no sabemos nada.

—¿Acusarla de ser una impostora? —preguntó Caliban con el ceño fruncido—. ¿Quién sería capaz de organizar un engaño semejante?

—¿Quién no se ha separado de la princesa desde que despertó? —Las palabras de Elio sumieron la mesa en un silencio denso.

—Calendemyn… —Se atrevió a susurrar Ayden un largo minuto después.

Gwyllión notó que el corazón se le aceleraba. La actitud del Senescal había sido sospechosa desde el despertar de Silvania, y que fuera el único señor que tuviera permiso para reunirse con ella había levantado muchas ampollas. Recordó la paternalista actitud con la que la había tratado antes de empezar el baile, el modo en que creía hacerle un favor dándole una segunda oportunidad.

—¿Y de qué nos sirve esparcir esos rumores? —Miró a Caliban con desprecio. Aquella pregunta dejaba claro que el Señor de TruenaRoca no entendía el poder que podía tener una buena historia.

—Darían legitimidad a cualquier movimiento que un grupo de Altos Señores llevara a cabo para proteger el reino —respondió Gwyllión, inclinándose sobre la mesa. De repente, todos los ojos se centraron en ella. En especial los de Rheia, que sonreía con una mueca de ambición que rozaba la lascivia—. ¿Qué otra cosa podríamos hacer para impedir que TerraLinde sea presa de la

conjura de un Senescal corrupto que aprovecha a una joven de rara sangre antigua, más que detenerlos y apartarlos del poder? —Hizo una pausa para que la idea calara entre los comensales—. Una denuncia firmada por cuatro Altas Casas, apoyada por la Cancillería tendría demasiado peso para que las Casas Menores pudieran ignorarla.

—¿Y Lisandro accedería a algo así? —Ayden se había echado adelante en la mesa y tamborileaba con los dedos. Era evidente que veía el potencial de aquella idea.

—Hay muchas maneras de hacer entrar a alguien en razón. —Las palabras de Rheia, dulces como la miel, le provocaron un escalofrío. En sus labios, por inocentes que parecieran, escondían una amenaza muy seria. A su lado, Elio había perdido la sonrisa.

—Lisandro es un arribista, si ve que los nobles podrían apoyarnos, cederá, estoy segura —dijo Gwyllión sin apartar la mirada de Rheia. Y si no cedía, todavía recordaba lo apegado que parecía a su jovencísima hija. Estaba segura de que, por protegerla, haría cualquier cosa. Aunque fuera traicionar al Senescal.

—Habrá que reunir hadas leales para llevar a cabo las detenciones. —Caliban sonreía ahora al hablar—. No podemos confiar en que la Alférez Mayor obedezca la orden de detener a Calendemyn, aunque esté firmada por el propio Lisandro.

—Es su banderiza —terció Ayden sacudiendo la mano como si apartara una molesta mosca—. Formaría parte de la conjura sin duda.

De repente, Elio carraspeó y se levantó de la mesa.

—¡Pero qué tarde se ha hecho! —dijo mientras buscaban entre sus túnicas un bolsillo en el que pudiera tener escondido un reloj.

—¿Qué mosca te ha picado? ¿Dónde crees que vas? —preguntó Caliban.

Feroz, que llevaba toda la cena tumbado cerca de la mesa, se irguió al escuchar el tono con el que Caliban pronunció esas palabras. En lugar de amilanarse, Elio se enderezó, sus ojos desvaídos cobraron una chispa de vida y se volvieron hermosos.

—Esto… —dijo mientras trataba de abarcarles con un gesto torpe—. Esto no es lo que quiero en mi vida. Me aburre, y lo que es peor, me parece estúpido y peligroso. No contéis conmigo. —Se volvió hacia Rheia, que lo miraba con una expresión tan fría que la asustó más que la amenaza velada que se escondía tras las palabras de Caliban—. Vámonos de aquí, querida.

Sin esperar a que su EspadaLeal tuviera tiempo a reaccionar, se dio la vuelta y se encaminó hacia la salida. Gwyllión apretó los puños. Jamás tendrían una oportunidad semejante. Y no podía dejar que aquel esperpento de noble lo echara a perder. Paseó la mirada por la mesa para terminar comprendiendo que ninguno de los Altos Señores movería un dedo, carecían del valor necesario. Elio trastabilló y se detuvo un instante para recuperar el equilibrio.

Debía detenerlo. Necesitaba hacerlo o todo por lo que había luchado se le escurriría entre los dedos. Recordó el instante en que había terminado con la vida de Lydden. Entonces la furia y la desesperación la dominaron y apenas fue consciente de lo que hacía. Con Tácito fue diferente, se le crisparon las manos al recordar el cordón alrededor del cuello del anciano. Lo mató porque era necesario. Fue entonces cuando cruzó la mirada con Rheia y esta, con un movimiento sutil, le mostró el sello de AltaCumbre que todavía tenía en su poder. Gwyllión cogió una de las flores del centro de mesa con delicadeza y se acercó a él.

—Espera, Elio… —El sidhe se volvió con el ceño fruncido—. Entiendo tu postura. No esperaba menos de ti, eres un cobarde. Pero puedes irte en paz —le dijo ofreciéndole la flor de muerdelobo. Elio se la arrancó de la mano y la tiró al suelo, arañándose los dedos con las largas espinas del tallo.

—No quiero acabar mis días convertido en un proscrito. Si eso te parece cobardía, lo acepto. A mí, en cambio, me parece la opción más sensata. —Saludó a los presentes con una reverencia—. Buenas noches, señores. No se preocupen, pueden contar con mi discreción.

Ayden por fin se levantó para tratar de impedir que el Señor de AltaCumbre saliese de la habitación. Gwyllión le hizo un gesto para

que se detuviera.

—Ya me encargo yo, es mi invitado.

Logró llegar hasta las escaleras, allí se detuvo, dando los tumbos típicos de un borracho, pero Elio estaba demasiado acostumbrado a beber como para no darse cuenta de que no era el vino lo que torcía sus pasos. Se volvió para mirar a Gwyllión que había salido tras él, más sorprendido que asustado o enfadado. Las piernas le fallaron y cayó desmadejado en el suelo, donde convulsionó un par de veces antes de quedar inmóvil.

Gwyllión respiró hondo, conteniendo un súbito mareo. Aunque había tenido cuidado de no tocar ninguna espina, el veneno de la flor empezaba a hacerle efecto. Sacó una botellita de un bolsillo oculto de su vestido y la vació de un trago. Luego volvió a esconderla, se alisó una arruga en el vestido y regresó con el resto de sus invitados.

—Comed, por favor. Hay mucho que planear y la noche se nos puede hacer larga con el estómago vacío —les dijo con una larga y afilada sonrisa.



61. La batalla de Palacio

El frío de la noche arreciaba y obligó a Sygurn a arroparse dentro de su capa de piel. El invierno empezaba a dejarse sentir, las heladas no tardarían en llegar. En su habitación, la chimenea estaba encendida. Feral dormía desde hacía rato, bien envuelto en un edredón de lana y sabía que si volvía a la cama, la abrazaría medio dormido hasta que entrase en calor mientras le murmuraba que tenía que pensar menos y dormir más. El sidhe intentaba por todos los medios confortarla y no dejarla sola, no se equivocaba al pensar que necesitaba compañía y sabía quedarse a su lado sin atosigarla. Ojalá fuese capaz de seguir los consejos que le daba. Le gustaría poder dejar de darles vueltas a los últimos acontecimientos. Descansar y levantarse sin sentir que tenía el cuerpo relleno de plomo, dejando atrás la pegajosa sensación de que las cosas que hacían eran totalmente inútiles, que no tenía sentido esforzarse si no iba a conseguir nada.

Cada mañana tenía que convencerse de que quedarse en la cama sintiendo lástima por sí misma no era la mejor opción. Cada noche se levantaba a mirar el cielo salpicado de estrellas, sereno y helado como la superficie de un lago, para concentrarse en pedirle a Lena que volviese. Esperaba que la mellifata sintiese sus pensamientos, que la percibiese y decidiese volver, aunque solo fuese para darle la oportunidad de hablar. Le preocupaba tanto que le hubiese pasado algo que a veces se dejaba invadir por oleadas de pánico repentino, porque le parecía ver el pequeño cuerpo de su amiga en cualquier

rincón. Cuando veía que alguien tenía colgado de su balcón los cadáveres de mellifatas, tenía que cerciorarse de que ninguno era el de Lena. Tras el alivio inicial, sentía rabia, por mucho que ninguna de las duendes fuese su amiga, ya no podía ignorar que estaban masacrando a seres inteligentes por pura estupidez. Lo había comprendido demasiado tarde y ahora le pesaba en la conciencia.

Para protegerse un poco más de la helada buscó refugio. La terraza de la habitación tenía un pequeño cenador techado donde solía protegerse del relente. La capa de piel de osonoche que le había regalado su padre, grande y tan pesada que no resultaba especialmente cómoda, se había convertido en la aliada de sus vigilias. El silencio y la oscuridad la acogían, sentía que dentro de la piel desaparecía del mundo, un mundo que se había vuelto mucho más complicado desde que la reina no había logrado encender el Lar de Danu media luna atrás.

Por la ciudad corrían todo tipo de rumores y la mayoría eran preocupantes porque ponían de manifiesto la profunda desconfianza que estaba calando tanto entre gentiles como nobles. En la última semana habían intervenido una docena de imprentas ilegales que producían panfletos a cada cual más incendiario, y tan pronto cerraban una, surgía otra. Y algunas tenían dinero detrás, sobre todo las que compartían la teoría de que la reina era una impostora colocada por un noble del Alto Consejo para hacerse con el control del reino. El nombre del noble variaba, a veces eran incluso inventados. Lo que importaba era que el mensaje iba calando. Las dudas sobre la legitimidad de Silvania eran cada vez mayores, así que la maniobra estaba funcionando.

Le habría gustado hacer algo más al respecto, pero Calendemyn había sido claro; cuando la reina se recuperase del largo sueño, se despejaría cualquier sospecha sobre su identidad. A Sygurn le preocupaba más el rédito que algunos podrían estar intentado sacarle a las conjeturas sobre la identidad de Silvania. Especialmente Elio de AltaCumbre, que al parecer estaba esparciendo todo tipo de rumores en Palacio.

Unos apremiantes golpes en la puerta reclamaron su atención. Si alguien la buscaba a esas horas no podía ser para nada bueno. Le esperaban malas noticias o alguna urgencia de vital importancia, de las que últimamente surgían a cada momento. Molesta, se arrebujó bajo la capa y se dirigió hacia la puerta antes de que volvieran a llamar y despertaran a Feral.

Al abrir se encontró con Grendal y Arthes, dos oficiales de alto rango, flanqueando a Latoi, un sidhe con el que había coincidido en algunas ocasiones y que trabajaba en la cancillería. Detrás tenían a cuatro guardias gentiles que tenían aspecto de no querer estar ahí. Antes de que pudiera preguntar qué ocurría, Grendal se le adelantó.

—Sygurn de Ventisquero, Alférez Mayor del reino, por orden de la Cancillería del Reino y bajo la autoridad del Alto Consejo, queda detenida por alta traición. Acompáñenos.

Sygurn se quedó estupefacta. No reaccionó cuando el sidhe hizo el ademán de cogerla por el codo para sacarla al pasillo. Durante un aterrador instante se sintió como un cervatillo ante un cazador, incapaz de reaccionar. Pero al sentir la mano de Arthes sobre el brazo, la apartó de un manotazo.

—Primero quiero ver esa orden —dijo intentando mantener la compostura, aunque el corazón le latía desbocado.

Con una sonrisa llena de suficiencia, Grendal chistó y Latoi le tendió un pergamino arrugado por la fuerza con la que lo había estado sosteniendo. Sus ojos parecían gritar tanto una súplica de ayuda como una advertencia. Sygurn lo cogió y leyó con rapidez.

Se la acusaba de connivencia con el Senescal para usurpar el trono a través de una falsa reina, una sidhe desconocida que trataba de usurpar la identidad de la verdadera Silvania de PrendeSoles. La firma de Lisandro, apenas reconocible, cerraba la orden. En una esquina vio tres gruesas manchas de sangre que apenas habían tenido tiempo de secarse.

No le costó unir las piezas. El Canciller era el único miembro del Alto Consejo con la potestad de iniciar una investigación sobre las otras Altas Casas. Aquella firma temblorosa y la sangre en el

pergamino le dejaron claro que Lisandro no estaba colaborando de buen grado en aquello. Grendel y Arthes, que la habían odiado desde su nombramiento, se habrían ofrecido encantados a detenerla.

Hizo el ademán de devolverle el pergamino y cuando Latoi alargó la mano, lo cogió de la muñeca y tiró de él hacia el interior de la habitación, alejándolo de los dos oficiales.

—Os doy una oportunidad de retiraros y podréis esperar en vuestros aposentos el juicio de la reina en lugar de en una mazmorra —les dijo Sygurn cruzándose de brazos mientras el portarrollos se apresuraba a esconderse tras ella.

Arthes vaciló. Grendal por el contrario, echó la mano a la espada y desenvainó.

—Vendrás con nosotros ahora, troll —replicó ensanchando su sonrisa de suficiencia. Para él, Sygurn solo era una dama jugando a ser soldado. Pensaba que la visión del acero la intimidaría y no se molestó en ponerse en guardia. La Alférez miró a los cuatro soldados gentiles que se habían apartado tanto como se atrevían para no verse involucrados.

Sygurn apretó los puños. Aunque no tuviese a mano la espada, contaba con otras armas. Algo que aquellos dos sabrían si hubiesen hecho algo más aparte de subestimarla. Con apenas un instante de concentración, la magia acudió a ella con una facilidad abrumadora. Recordó el archivo en llamas, el contacto de Lena cuando usó la magia ancestral para darle más fuerza y se tomó un instante para apartar el miedo y la duda; necesitaba toda su determinación para atacar. Dio un paso rápido hacia delante que cogió a Arthes desprevenido, lo agarró de la muñeca para mantener la espada del sidhe lejos de ella y luego le hundió el puño en el pecho con todas sus fuerzas, liberando la magia que había acumulado. Cuando Arthes salió despedido hacia la pared del pasillo, aprovechó para arrebatarle el arma y ponérsela a Grendal bajo el cuello, sorprendido gimió y levantó las manos en ademán de rendición.

—¡Vosotros! —rugió a los soldados, que se cuadraron al instante. Solo reconoció a uno de ellos, una phoka cuyas grandes orejas de oso siempre le habían parecido adorables. La acompañaban un gorrorrojo que compensaba su corta estatura con unos hombros enormes, un bogan que no parecía entender muy bien qué estaba ocurriendo y otro phoka con rasgos de zorro. Ese tenía todo el aspecto de ser un veterano—. Llevad a estos dos traidores a las mazmorras y mantenedlos incomunicados hasta que vaya a interrogarles.

Grendal se dejó hacer. A Arthes, que había perdido el conocimiento, la phoka oso se lo echó al hombro.

—¿Alguna orden más, mi señora? —preguntó el phoka zorro.

Debía ir a buscar a Calendemyn, y a la reina, pero la maniobra de tomar la Cancillería era inteligente, la Guardia consideraría sus órdenes como válidas. Sygurn observó a los soldados. Podía ver su miedo. Sabían que, ocurriera lo que ocurriese, ellos saldrían perjudicados. Los gentiles siempre pagaban las guerras de los sidhe.

Pensó en lo que le diría Lena si estuviera allí. Debía protegerlos. A ellos, porque estaban bajo su mando. También se lo debía a Lena, porque tenía toda la razón al odiar a los nobles.

—Cuando estén encerrados, informad a Tachi de que necesito que forme dos unidades. Que dirija la primera y haga lo que sea necesario para poner a Lisandro de TorreVieja bajo mi protección. La otra unidad debe dirigirse al ala este y reforzar la Guardia Real. ¿Lo habéis entendido? —Empezaron a asentir, con más miedo que convicción. Entendía sus dudas, pocos sidhe aceptarían su autoridad sin una orden o un oficial al mando. De modo que se tocó el pecho un instante y murmuró una palabra antigua que su padre le había enseñado. Un pequeño copo de nieve se formó en la palma de su mano, se fragmentó en cuatro destellos y luego voló hacia las cuatro hadas—. Ahora sois oficiales de la Guardia, con Tachi como mi segunda al mando, y actuáis bajo mi autoridad directa. Cualquiera que intente impediros cumplir mis órdenes, deberá responder ante la reina. —Se volvió hacia Latoi, que observaba con expresión

ceñuda—. Sabes lo que te voy a pedir, ¿verdad? —El sidhe asintió con resolución—. Os acompañará el oficial de Cancillería y os ofrecerá toda la información que pueda.

—La resolución del Consejo estaba firmada por el Señor de AltaCumbre, Alférez… —musitó el portarrollos confirmando las sospechas de Sygurn. Por supuesto que había sido él. Rendiría cuentas por todo, pero antes debía poner fin a aquella locura.

—Daos prisa y que las estrellas guíen vuestro camino.

El variopinto grupo se puso en marcha. Rezó para no haber tomado la decisión equivocada. Recuperar la Cancillería era crucial, pero no serviría de nada si no mantenía a la reina a salvo. Y para ello debía primero evitar que detuvieran o mataran al Senescal.

—¿Qué hacemos nosotros?

Miró a Feral, que se había vestido y le tendía el mandoble. Nada le gustaría más que contar con él a su lado, pero el riesgo era demasiado grande.

—Coge a los tuyos y salid de la ciudad esta misma noche. Usa mi autoridad para franquear la muralla.

—¿Tan mala crees que es la situación? —preguntó Feral.

Sygurn se limitó a asentir mientras entraba de nuevo en sus aposentos para ponerse una camisola de malla; tardaría demasiado en ponerse la armadura.

—Debo encontrar a Calendemyn. Él sabrá qué hacer. —Se detuvo a su lado para darle un beso que le supo demasiado a despedida—. No te demores y sal de la ciudad. Si por la mañana todo está solucionado, te haré llegar un mensaje.

—¿Y si no?

—Sigue tu camino sin mirar atrás.

—Puedo ayudarte…

Sygurn le puso un dedo en la boca.

—Tal vez necesitemos a alguien fuera de la ciudad que sirva como mensajero. Así es como nos ayudarás.

Feral dudó unos instantes antes de aceptar.

—Está bien, cuenta conmigo.

Se besaron una última vez, mezclando entre sus labios miedos y esperanzas. Al separarse Sygurn salió corriendo en dirección a los aposentos del Senescal, que estaban una planta por encima de los suyos. Escuchó el sonido de una refriega en cuanto pisó la escalera y apresuró todavía más el paso.

En la parte exterior de los aposentos de Calendemyn encontró muertos a dos de los guardias personales del Senescal. Los conocía, habían venido con ellos desde VuelaPluma y estaban deseando volver para reunirse con los suyos. Contuvo la pena, los lloraría cuando se lo pudiera permitir. Pasó por encima de los cadáveres y se apresuró hacia la antesala, donde otros dos guardias, junto con un par de escribas, trataban de contener a varios soldados cuyas armaduras relucían con los colores de TruenaRocas. Sygurn entró en la refriega sin miramientos. Aprovechó que no la habían visto llegar para atacarlos por la espalda con un amplio barrido de la espada a la altura de las rodillas. Dos soldados cayeron al suelo entre alaridos, la hoja les había hecho profundos cortes en las piernas. Antes de que el tercero acabara de darse la vuelta, le asestó una estocada en el cuello. La sorpresa fue suficiente para que los guardias de Calendemyn pudiesen tomar ventaja y encargarse de los otros soldados.

—¿Dónde está el Senescal? —preguntó angustiada. Uno de los escribas le hizo un gesto para que pasara a la sala de estar. Allí había más soldados muertos, al igual que varios criados. En un rincón distinguió a una jovencísima sidhe con la librea de la Cancillería. Tenía la vista perdida y no reaccionaba a los intentos de una sirvienta para que se levantara.

Calendemyn estaba echado en un sillón, con su espada en el regazo mientras uno de sus mayordomos le cosía una fea herida en el hombro.

—¡Gracias a Danu, mi niña! —exclamó con un gemido ahogado al verla entrar—. Caliban nos ha traicionado, debemos proteger a la reina.

—No solo Caliban. La sabandija de Elio también participa de esto. —El rostro de Calendemyn se ensombreció al escucharla—. Estoy segura de que han tomado la Cancillería para obligar a Lisandro a firmar las órdenes. He mandado a la Guardia a liberarlo.

El Senescal asintió sin añadir nada. En cuanto la herida estuvo remendada, Calendemyn se puso la casaca del uniforme y posó la mano en el hombro del viejo sirviente.

—Saca a los escribas y los sirvientes de Palacio, debes llevarlos a todos a VuelaPluma —ordenó.

—Mi señor, mi deber está a vuestro lado…

Calendemyn negó con la cabeza ante la súplica del anciano.

—Debes avisar a los nuestros de lo que está ocurriendo. Que se preparen para lo peor.

Tras un breve momento de duda, el viejo asintió e inclinó la cabeza en una reverencia antes de marcharse. Luego Calendemyn miró a los pocos supervivientes de su guardia.

—Habéis cumplido con creces vuestro juramento de lealtad, ninguno tiene por qué venir con nosotros a partir de ahora.

Aquellos eran soldados de VuelaPluma, se habían adiestrado en los patios de la fortaleza, habían crecido en las altas montañas y se lo debían todo a su señor. Ninguno de ellos iba a abandonar a Calendemyn.

—¡Por la reina! —gritó alguien.

—Así sea —dijo el Senescal sin ocultar una chispa de orgullo. Después miró a Sygurn y por un instante temió que fuera a dispensarla. Que estuviese pensando en tratarla como a una hija, en lugar de como su Alférez y Banderiza. Pero Calendemyn le tendió la mano con una sonrisa.

—Será un orgullo combatir a tu lado como lo fue combatir al de tu padre.

Sygurn sintió un nudo en la garganta, se arrodilló ante Calendemyn, que en esos momentos no era otro de sus padres, sino el Senescal Real.

—El honor es mío —contestó.

El sidhe le tocó el hombro para que se levantase.

—¡Por el reino! —gritó Calendemyn a la pequeña tropa—. ¡Por su majestad Silvania y por TerraLinde!

El pequeño grupo de soldados alzó las espadas y corearon con entusiasmo a su señor. «Gritos de guerra», pensó Sygurn sombría. Ojalá fuesen los primeros y los últimos.

Saliendo hacia una de las galerías principales se cruzaron con un pelotón de soldados de TruenaRocas y AltaCumbre. Ya era la segunda vez que se encontraba con soldados de Caliban, habría que preguntarle qué le había ofrecido Elio para que se uniese a una revuelta tan insensata. Sygurn, además, distinguió entre el grupo la figura enmascarada con la que se había enfrentado en las mazmorras la noche de Samhain; arrastraba del brazo a la Dama Elvinia, que si no recordaba mal era hija de Lisandro. La joven tenía el labio partido y un moratón que empezaba a hincharse en el lado izquierdo de la cara.

—No sé qué creéis que estáis haciendo, pero os advierto que es un grave error —gritó Calendemyn dando un paso al frente, la magia se arremolinaba a su alrededor, toda luz y hielo, como una aurora boreal.

El enmascarado dio un paso atrás, mezclándose más con los soldados, mientras un oficial con el emblema de AltaCumbre en la armadura se encaraba con Calendemyn.

—Vuestra conjura ha sido expuesta, VuelaPluma. El Alto Consejo os ha arrebatado el cargo y la Cancillería lo ha ratificado.

—¿Y por eso lleváis a la hija del Canciller como si fuera una prisionera? —respondió con desprecio el Senescal.

—La dama está bajo nuestra custodia para garantizar su seguridad —aclaró el oficial—. Tengo orden de deteneros…

No llegó a terminar la frase. Aquel idiota pomposo había cometido el error de darle tiempo a Calendemyn de terminar su conjuro. Una docena de afiladas esquirlas de luz cristalizaron sobre los hombros del Senescal y salieron disparadas hacia el soldado de TruenaRocas, como una lluvia de flechas heladas. Aprovechando los gritos de dolor

y la repentina confusión, los soldados de VuelaPluma cargaron con toda su furia. Sygurn trató de abrirse paso hasta el sidhe de la máscara, que había empezado a alejarse, arrastrando a la Dama Elvinia con él. No le resultó nada fácil. Un sidhe le cortó el paso, tratando de lanzarle una estocada. Dio un paso a la derecha y la hoja rozó la cota de malla sin hacerle daño. Sygurn aprovechó que estaba casi a un costado de su atacante para lanzarle un largo tajo dándose impulso con un toque de magia. Lo alcanzó de lleno en el brazo, que crujió de un modo muy feo. La expresión de incredulidad del soldado la hizo vacilar, era como si no esperase un ataque de verdad. Apenas pudo reaccionar y cayó al suelo a plomo.

Sygurn buscó entre la lucha al enmascarado, que trataba de retirarse con Elvinia como escudo. Ver cómo zarandeaba a la muchachita, que aun así forcejeaba con todas sus fuerzas, hizo que le hirviese la sangre. Esta vez la magia llegó a ella incluso antes de proponérselo. No conocía hechizos para lo que se proponía, pero eso nunca había detenido a Lena a la hora de conjurar la Magia Ancestral. Y por primera vez en su vida, sintió que ella podía hacer lo mismo. Una sensación fría hormigueó piernas arriba y, cuando dio el primer paso, sintió que salía casi volando a ras de suelo.

Alcanzó al enmascarado antes de que pudiera reaccionar y lo estampó contra la pared de la galería, obligándole a soltar a la muchacha, que cayó al suelo hacia atrás. Sygurn se puso delante para protegerla y alzó la Guardia. Pese a que no había podido esquivarla, el enmascarado tuvo tiempo de tejer un débil escudo defensivo que absorbió lo peor del impacto. Sin vacilar, desenvainó su espada y conjuró en la mano libre un orbe lechoso que no reconoció. Sygurn afianzó su postura y se lanzó al ataque. El enmascarado logró desviar la primera estocada y contratacó lanzando el orbe contra su costado. La Alférez se protegió interponiendo el codo. El hechizo estalló en un golpe de aire y sonido que la obligó a retroceder. Al intentar levantar de nuevo la Guardia, descubrió que tenía entumecido el brazo derecho. El enmascarado se lanzó sobre ella, obligándola a defenderse usando

el arma con la mano izquierda. Siguió atacándola hasta que logró romperle la Guardia, dejándola indefensa. Sintió un latigazo de hielo en el muslo y solo la suerte evitó que rodase por el suelo.

Apretó los dientes e ignoró el dolor para alzar de nuevo la espada con ambas manos. El brazo no le respondía bien y el mandoble era pesado. Tenía que acabar la pelea pronto. Cubrió con su propia sangre el filo del mandoble. «Por la sangre de Danu, te doy la voluntad de luchar por su hija», murmuró para conjurar la voluntad del arma.

Esta vez, cuando el enmascarado volvió a atacar, la espada guio su brazo sano para ayudarla a interceptar el golpe y rechazó el envite con todas sus fuerzas, avanzando para presionarle y lanzar un revés desde abajo que partió la coraza del sidhe y lo derribó. Sygurn estaba dejando caer la espada sobre la cabeza de su contrincante cuando la frenó el grito desesperado de Elvinia. Uno de los soldados trataba de evitar que huyese. Se abalanzó sobre él, lanzándole una estocada a la pierna que se hundió en la carne con una mordida brutal, haciéndolo caer. Libre de obstáculos, Sygurn se giró de nuevo hacia el enmascarado que se alejaba tan rápido como le permitían sus heridas.

Se arrodilló ante la hija de Lisandro, que estaba cubierta de sangre y trataba de alejarse de los cadáveres con el horror pintado en el rostro.

—Ya estás a salvo… —Intentó que su voz transmitiera la tranquilidad con la que su padre la consolaba de pequeña.

—Mi padre… —Se rompió en una especie de sollozó que contuvo con valentía.

Sygurn la abrazó, Elvinia se aferró a ella.

—Estará bien —le dijo, y deseaba con toda su alma que fuese verdad—. La Guardia ha ido a liberarlo.

La muchacha asintió e irguió los hombros con una compostura que envidió. Con su edad ella no era tan fuerte. Le pasó el brazo por los hombros y la acompañó para reunirse con Calendemyn y los demás, que habían logrado despejar el paso. La sala era un pequeño

campo de batalla, sobre las hermosas alfombras yacían los cadáveres de hadas que el día anterior seguramente ni se imaginaban luchando a muerte bajo el esplendor de las lámparas de cristal. Durante un instante creyó estar en mitad de un sueño terrible. Se detuvo, algo mareada. Elvinia tiró de ella suavemente y la devolvió a la realidad. Sygurn la siguió tratando de centrarse. Aquella no era ninguna pesadilla, sus pesadillas eran infantiles al lado del horror de los cuerpos destrozados y los sollozos de los supervivientes. Se alegró de dejar atrás la sala y volver a avanzar.

Fue un alivio llegar al acceso del ala este donde estaban los aposentos reales. Descubrió que, junto a la Guardia Real, estaban el gorrorrojo menudo y la phoka oso.

—Prepara una defensa en el vestíbulo —le ordenó Calendemyn. La voz le temblaba y se dio cuenta de que el hombro volvía a sangrar. Él negó con la cabeza, como pretendiendo que no se preocupara por eso—. Iré a informar a la reina.

Sygurn ordenó organizar una barricada en el corredor de acceso. No había otro camino para llegar a las estancias de la reina. Los ayudaría a protegerse y más les valía que lo que fuese que estuviese pasando no fuese a mayores, porque aquella solución también los dejaba sin opción de huida. Estaban encerrados.

Amontonaron muebles en la puerta de entrada a la Galería Real. Usaron todo lo que tenían a mano, mesas, aparadores, estatuas. Arrancaron todas las puertas, la mayoría eran pesadas planchas de roble remachado y algunas contraventanas. Ni los cuadros se libraron de acabar en la barrera. Al acabar, tenían un improvisado pero sólido bastión. Aguantaría, además el pasillo que conducía hasta allí no era demasiado ancho, los soldados tendrían que avanzar de tres en tres. Era una pena no contar con arqueros.

Acabada la tarea se dio un pequeño descanso que aprovechó para preguntar el nombre de los soldados. La phoka oso se llamaba Ursa. Le contaron que SaltaFlores, el phoka zorro, había trazado un

plan para asaltar la Cancillería y en esos momentos se dirigía con Tachi hacia allá acompañados de los soldados más leales.

—Que Danu los acompañe —rogó Sygurn con la voz rota. Estaba rendida. Alguien le tendió un trozo de tela para que se vendase el muslo. No quiso detenerse a ver la herida, apenas notaba dolor. Y ahora tenía cosas más importantes en mente. Necesitaban refuerzos. Necesitaba averiguar cuántos miembros del Alto Consejo estaba implicados en aquella locura. Elio de AltaCumbre y Caliban de TruenaRocas no se lanzarían solos a un movimiento tan arriesgado. Elio tenía motivos de peso para no querer que la reina se metiese en sus asuntos, el contrabando era un delito contra la hacienda real. Mientras estuviera en el Alto Consejo podía manejar sus asuntos sin interferencias, algo que cambiaría en cuanto Silvania se sentase en el trono. Lo que no se explicaba era qué pretendía Caliban. ¿Tanto le asustaba perder el poder? ¿Quién más los apoyaba? Tirso de BosqueVivo debía de estar aún en pleno regreso a sus tierras natales con todo su séquito. Quizás ni supiese qué estaba pasando. Sygurn se estrujó los sesos, necesitaba algún modo de enviar mensajes de socorro. Decidió usar las cortinas blancas para improvisar banderas.

—¡Mi señora, ahí vienen! —gritó un soldado.

Las banderas tendrían que esperar. Sygurn se asomó a la barricada. Caliban siempre había sido imponente a pesar de su baja estatura era robusto, con la armadura repujada, una capa escamada sobre los hombros y un gigantesco mazo de guerra colgado a la cintura, era la viva imagen de la guerra. Tras él había al menos cien soldados. Seguramente eran más. Calculó lo que podrían resistir, e incluso siendo muy optimista supo que no sería mucho.

—¡Señora de Ventisquero! Deponga las armas de inmediato y entréguese. ¡Es una orden del Alto Consejo!

Sygurn se dejó ver.

—Yo solo obedezco a la reina y a su Senescal, mi señor.

—La reina es una farsante, un plan de Calendemyn de VuelaPluma para traicionar al Alto Consejo y tomar todo el poder —dijo en voz alta para que todos los oyesen—. Quienes se entreguen

ahora serán perdonados de inmediato. Pero aquellos que se resistan serán juzgados con todas las consecuencias.

—No tenéis autoridad para cumplir vuestras amenazas —le recordó Sygurn—. Decís hablar en nombre del Alto Consejo, pero yo solo veo a uno de sus señores.

Caliban le susurró algo al soldado que tenía a su lado, al momento dos sidhe acercaron a primera fila a Lissandro. El Canciller apenas se tenía en pie, la sangre le cubría el rostro hinchado. No era fácil reconocerlo, lo delataba la melena verde. La larga manga izquierda de su túnica de seda estaba totalmente teñida de un color rojo oscuro.

—La Cancillería ha firmado la orden de detención y junto a las firmas de CopasAltas, DanzaDragón, AltaCumbre y TruenaRocas. La mayoría del Consejo está con nosotros.

—No creo que el Señor de TorreSabia haya firmado por su propia voluntad.

Caliban soltó una risita despectiva.

—¿Me pides legitimidad cuando estáis intentando sentar a una impostora en el trono? No seas ridícula, niña. Déjame pasar y acabemos con esta historia antes de que cueste más vidas.

—Todas esas muertes caerán sobre vuestra conciencia, no sobre la mía.

—No pienso seguir hablando con una traidora.

Caliban se quitó el guante de su mano derecha y lo dejó caer. Un grupo de soldados se preparó sacando sus ondas. Cada uno de ellos descolgó una redoma de cristal del cinturón, preparándose para lanzarlas. Sygurn se maldijo, cuando el primer frasco chocó contra el suelo, la estancia comenzó a inundarse de un denso humo verde. Pese a las ventanas abiertas, era denso, pesado, se agarraba a la garganta. Antes de poder reaccionar se dio cuenta de que no veía nada. Sentía que los ojos se le derretían en la cara, los pulmones le ardían y cayó de rodillas boqueando. Alguien la agarró de la capa sin ninguna delicadeza y empezó a tirar de ella.

La primera bocanada de aire fresco le alivió el pecho, vomitó y escupió sintiendo que estaba soltando las entrañas por la boca. Logró abrir los ojos, le resultó imposible ver nada salvo una neblina blanca.

—Mi señora, tenemos que salir de aquí. —Sygurn creyó reconocer la voz de Ursa.

—Hay una salida, un antiguo túnel construido por los viejos reyes —dijo una voz que no reconoció—. Nos llevará fuera de la ciudad.

—¡No! —El grito le desgarró la garganta, volvió a toser. Tenía la boca llena de mucosidad, una flema pastosa que sabía a óxido—. No podemos abandonar…

—Iremos a VuelaPluma —escuchó a Calendemyn—. Desde allí organizaremos nuestras fuerzas.

Sygurn intentó volver a protestar y solo consiguió vomitar, alguien la cogió en volandas y la cargó como si fuese un fardo. Estaba mareada y el mundo seguía siendo de un algodonoso color blanco. Cuando se pusieron en movimiento, sintió que el estómago se le revolvía sin tener nada ya que vomitar. Se sentía como si hubiese comido brasas, como si hubiese respirado ceniza ardiendo. El mareo apenas le permitió darse cuenta de por dónde avanzaban, era un lugar oscuro, frío. Comenzó a tiritar, el cambio de ambiente la ayudó a espabilarse.

—Puedo andar —dijo con una voz que sonaba como un fuelle viejo—. Dejadme andar, por favor.

La obedecieron.

—¿Seguro que estás bien? —Calendemyn le preguntaba con una profunda preocupación.

Asintió con fuerza y se frotó los ojos. La neblina desapareció un poco, tener los ojos abiertos era una agonía, aunque la oscuridad la aliviaba un poco. Tras unos cuantos pasos comenzó a ver un poco mejor. Eran solo un puñado; Calendemyn, la reina y su camarera, la joven Elvinia y Ursa. Los demás habían quedado atrás.

Avanzaron por el laberinto de pasadizos y cámaras que formaban las entrañas del Palacio en silencio y presurosos. Con cada paso que

daba, el muslo le recordaba lo descuidada que había sido en su enfrentamiento con el enmascarado. La garganta la estaba matando y le ardía la cara. El dolor y la rabia la mantenían alerta, se alimentaba de ellos porque odiaba ser la noble privilegiada que escapaba gracias al sacrificio de aquellos que estaban por debajo de ella.

Miró de soslayo a la reina. Su paso era irregular y en ocasiones su camarera la sostenía para que no tropezara, aunque no se quejó ni una sola vez. De hecho, notaba la magia que emanaba de ella rodeándolos, haciendo que la fatiga fuera más llevadera, y manteniéndoles alerta. Se preguntó cómo se sentiría; los nobles se habían vuelto en su contra y ahora huía con dos soldados heridos y una gentil de la que no sabían absolutamente nada. ¿Pensaría en aquellos que habían dado su vida para ofrecerle una oportunidad de huir?

El camino parecía interminable. Tras girar una esquina, Ursa agitó las orejas.

—Oigo el rumor del agua —anunció con voz queda sin dirigirse a nadie en concreto.

—Por fin —celebró Calendemyn—. El río está cerca.

El pasadizo giró un par de veces y terminó abruptamente en una puerta. Sygurn sacó la llave de hueso que casi un año atrás le había dado Aglanor. Notó que la camarera de la reina daba un respingo y luego le susurraba algo a Silvania, pero ella negó con la cabeza.

A pesar de los siglos de óxido, la llave encajó en la cerradura como si estuviera recién forjada y el chasquido del pestillo resonó por el pasadizo.

—Hemos llegado —anunció Silvania.

El pequeño muelle y el barco que permanecía atracado en él habían visto tiempos mejores. El casco estaba infestado de gusanos ígneos, que reptaban gordos y brillantes entre las vetas de madera podrida. Las velas eran ya simples jirones de tela descompuesta y la cubierta carcomida hasta tal punto que Sygurn dudó que nadie

pudiera andar sobre ella. Se le encogió el corazón, huir no les iba a servir para nada. Aquel era el final del camino.

La reina se soltó del abrazo de su camarera y se acercaron al barco cogidas de la mano. Al mismo tiempo, y casi con la misma voz, ambas empezaron a cantar. Sygurn cayó de rodillas al suelo. La mezcla de emoción y cansancio la derribaron, ya no tenía fuerzas para nada más. Pero la canción era dulce y consoladora, sin entender las palabras que la formaban sintió que le hablaban directamente a ella, la animaban por su fortaleza. Le prometían descanso. Comenzó a llorar sin ninguna vergüenza, las lágrimas quemaban como el plomo hirviendo.

Pronto la canción lo ocupó todo, trenzó el aire y la magia. Las oscuras aguas del muelle se iluminaron y los gusanos comenzaron a engordar hasta explotar, una nube de mariposas brillantes rodeó el barco y bajo sus alas la madera volvió a su antiguo ser, las velas se tejieron de nuevo. Las cuerdas brillaban trenzadas en plata. Cuando la última estrofa acabó, estaban ante una embarcación hermosa, blanca y esbelta como una garza,

Silvania se volvió hacia ellos y les dirigió un gesto casi de disculpa.

—Medio reino ha debido de sentir eso, deberíamos apresu… —No terminó la frase antes de quedar inconsciente. La camarera se apresuró a atenderla.

—Sygurn, suelta los amarres mientras yo reviso el barco —le ordenó Calendemyn antes de dirigirse hacia la reina junto a Elvinia. Entre ambos la subieron a bordo y la metieron en la pequeña cabina, con la camarera siguiéndolos con paso débil.

Sygurn miró a la phoka.

—No es seguro que te quedes aquí, pero si…

—¡Quiero ir con vosotros! —la cortó Ursa antes de llevarse las manos a la boca, como si temiera que fuera a castigarla por esa insolencia.

—Será peligroso.

—¿Mas que quedarse aquí? —Ursa levantó la cabeza con resolución y la miró a los ojos—. ¡Han matado a mis amigos! ¡Quiero luchar por la reina!

De repente se sintió muy cansada. ¿Qué era peor? ¿Desechar su legítimo deseo de tomar partido como si una gentil no fuera capaz de decidir por sí misma o aceptar sabiendo que quizás terminaría muerta?

—Por favor —insistió—. Por SaltaFlores y los demás.

—Está bien… Ayúdame con los cabos.

Sygurn estaba acostumbrada a las pequeñas barcas en las que iba a pescar en VuelaPluma, sabía remar y poco más. La barcaza se movía demasiado para su gusto, por suerte estaba menos mareada. Ursa cogió algo de agua con ayuda de su capa y se la ofreció. Poder lavarse la cara la alivió. Se refrescó la boca con un par de tragos que escupió por miedo de acabar vomitando.

Calendemyn guio la embarcación hasta sacarla de la pequeña gruta donde se encontraba el muelle. Le pareció increíble que todavía fuera noche cerrada. Apenas debían de haber pasado un par de horas desde que Arthes y Grendal habían tratado de detenerla en sus aposentos.

La ciudad, un par de millas río arriba, todavía dormía. Las luces que iluminaban las murallas y las calles recortaban las formas de los edificios, dominados por el Palacio de Cristal. Desde la popa del barco escuchó llorar a la reina mientras se alejaban. Las campanas empezaron a picar en un tono lúgubre y macabro, acompañando su dolor. Sygurn pensó que la despedían con su canto de hierro. Los muros del Palacio empezaron a perder aquel aspecto traslúcido que días atrás había maravillado a los habitantes de la Corte. Las torres se apagaron como velas al viento, y lo que antes del despertar de la reina había sido de un tono blanco marmóreo, se transformó en hueso viejo y reseco.

El toque de campanas cobró más fuerza. A cada repique la tierra temblaba. Una vez. Y otra. El sonido era ensordecedor. Los árboles

se doblaban espantando a los pájaros que chillaban aterrorizados, huyendo en bandadas, y los perros ladraban desesperados. Parecía que aquella canción siniestra terminaría derrumbando la ciudad entera, hasta que el último tañido, tan terrible y profundo que resonó sobre el río a pesar de la distancia, dio paso al silencio.

Sygurn vio cómo algunas ventanas se encendían en mitad de la noche, también fuera de las murallas, en las granjas y los caseríos los gentiles despertaban de su tranquilo sueño asustados y confusos. Se juró que no los abandonaría. Aquella sería su última huida.

Epílogo

Ni los agudos ojos de los goblins podían atravesar la oscuridad absoluta del corazón de TocaEstrellas. Era un lugar vacío, negro y helado, una nada en la que reinaba un silencio absoluto. Nicasia caminaba dando tumbos contra las paredes, guiándose a tientas. No tenía frío, en mitad de las gélidas sombras, ella ardía. La envolvía un fuego invisible que la iba devorando poco a poco. La carne se le despegaba de los huesos y los trozos caían al suelo con golpes húmedos, como si lloviesen pegotes de barro. La nariz se le desprendió de la cara, las orejas se consumieron, los pechos se le derretían chorreando sobre el vientre mientras las tripas le colgaban entre las piernas. Los dientes le bailaban en la boca mientras la lengua se le hinchaba, seca y estropajosa. No estaba asustada, solo tenía sed, una sed terrible que no lograba aliviar ni pasando lo que le quedaba de la cara por la piedra congelada. No le importaba morir, lo único que quería era que dejase de arderle la garganta, que el frío de la montaña la apagase y le diese el alivio de morir soñando, como morían los esclavos que partían buscando el consuelo de la negrura helada. Como morían los recorretúneles. Se decían entre ellos que morir congelados era dulce, más dulce que una vida de trabajo y humillaciones. ¿Entonces por qué a ella le estaba costando tanto morirse? Intentó dejarse caer al suelo y el cuerpo no le respondió, solo dio un paso más y otro y otro mientras se desmenuzaba muy despacio.

Al volver a abrir los ojos descubrió que la oscuridad era ahora una penumbra débil. Al poco pudo distinguir las vigas de madera de un techo que no conocía, olía a medicamentos en lugar de a cuadra, el colchón sobre el que estaba tumbada era blando y no pinchaba. Era de lana, tenía una almohada de plumas bajo la cabeza, nunca antes

había tenido una almohada así. Le costaba mantener los ojos abiertos, trató de pedir agua y apenas logró soltar un gruñido, estaba débil y el mundo daba vueltas a su alrededor. «Tengo fiebre», pensó al sentir el calor que le encendía la cara. Trató de moverse, pero una punzada de dolor le martilleó las costillas. Trató de entornar los ojos. Le pareció ver una figura cerca de la cama, alguien que dormitaba. No fue capaz de reconocerlo. Regresó al sueño envuelta en sudor.

Vio una silueta surgir de la oscuridad, el pelo rojo del goblin que estaba junto a ella prendió la luz y pudo reconocer a Yirkash de cuclillas a su lado, con la camisa manchada de sudor, las mangas remangadas y el mandil gastado. Su hermano la empujaba.

—Levanta, dormilona. ¿De qué va a servir que te escapases si piensas rendirte ahora? —la reñía sin enfado. Yirkash podía ser serio, pero jamás se enfadaba con ella.

—Es que estoy cansada —sollozó—. Esto es demasiado duro.

—¿Más duro que los parideros? ¿Más duro que ser esclava? —le preguntó dándole con el dedo en el brazo—. ¿Peor que ser la yegua de Jarash? Quería cachorritos, ¿lo recuerdas?

No le gustaban esas preguntas, ni que la apremiase a contestarle porque no tenía una respuesta sencilla. No era peor, tampoco era fácil. El miedo la perseguía y estaba sola. Estaba tremendamente sola.

—Vuelve conmigo. Al menos vuelve conmigo.

—Todavía no. Tienes que esperar un poco más.

Se disipó en las sombras y volvió a quedarse a solas, ya no en la oscuridad, sino bajo el Trono de Piedra. Nicasia reconocía la explanada de Samhain. El molino en ruinas, el cauce seco del arroyo, el árbol muerto. A sus pies vio una mancha de sangre de la que crecían flores negras, campanillas. Se acercó. Aquella sangre era suya, ella había regado esas flores. Se acercó a observarlas con más detenimiento y descubrió entre los tallos tiernos y las hojas oscuras una daga negra, tan negra como el corazón de la montaña, como la primera noche del mundo. Negra y fría, una hoja de invierno, afilada

como la ventisca. Dos anillos de oro eran el único adorno de la empuñadura. Al tocarla escuchó graznar a un cuervo.

—Si la coges —aulló una voz en el viento—, serás mi heraldo. La hija de las sombras y del invierno. Hasta que otro me reclame.

No quería cogerla. No quería ser un heraldo, ella no había pedido la hoja. Recordó la pelea con Urakarnake, recordó que la habían empujado contra un contrincante al que no había buscado. Sintió un dolor salvaje en la pierna y cayó de rodillas al suelo mientras sus heridas se abrían de nuevo y volvían a sangrar. Recordó el miedo, la impotencia, el cansancio de pertenecer a ningún lugar.

—Si la coges te daré poder. —La voz del viento era una promesa—. Cuando luches no estarás sola nunca más.

Tocó la hoja con la punta de los dedos, era como la superficie de un espejo. Supo que la daga sabía lo que quería, comprendía su dolor y podía darle algo que ansiaba más que cualquier otra cosa: dejar de ser una víctima. Comprendió cuál era la clase de poder que le prometía y la tentó. La promesa era dulce y peligrosa. ¿Era la misma que había escuchado el Viejo León? ¿La misma que había marcado la vida de tantos otros antes que ella? Voces muertas que no podían darle respuestas. Podía sobrevivir siendo insignificante o vivir para marcar su propio destino. No sería un camino fácil y tal vez fuese corto, en cualquier caso, sería su camino. Su destino no volvería a estar en manos de nadie. No habría un Jarash, ni un Eleazar, ningún Maestro Avispa. Sería lo que esperaba ser el día que escapó de TocaEstrellas. Sería libre.

Estaba empapada en sangre y le dolía todo el cuerpo, con un enorme esfuerzo logró mover el brazo y cerrar los dedos en torno a la empuñadura. La hoja vibró y una oleada de magia inundó el terreno, la forma de la piedra cambio para transformarse en un bastón negro. Nicasia apretó los dientes y consiguió ponerse de pie. Dio un paso, el paso más doloroso de su vida y luego otro y otro, alejándose de la maldita explanada. Algo frío le rozó la frente, al alzar la vista comprobó que estaba nevando. Una nevada densa comenzó a cubrir el suelo y borró sus pasos.

—Despierta —dijo la voz—. Despierta y vive de nuevo.

Agradecimientos

Han pasado muchos años y aquí seguimos. Mi primer agradecimiento es para ti, que has llegado hasta estas páginas. Muchas gracias por hacerle un hueco a TerraLinde entre tus lecturas, espero que estas tierras siempre sean un refugio para ti y que sus habitantes te acompañen cuando los necesites.

Hay mucha gente sin la que este manuscrito no estaría en tus manos. La primera es Belén Urrutia. A ella le debo, además, una disculpa porque este libro se ha hecho esperar más de lo que debería. Gracias, Belén, por todo lo que me has enseñado y perdón por tardar tanto. Este libro no sería nada sin ti. Gracias a Txell Torrent y Alexandre López Calvo porque han hecho malabarismos para que el libro llegase a buen puerto. Alex, a veces parece que tengas un Time Walk siempre en la mano.

A Vero Navarro por la maravillosa portada, ver por fin a estos personajes me ha hecho inmensamente feliz. Y a Aránzazu Serrano, por la inspiración, el apoyo y todas las cosas buenas que compartimos.

También quiero agradecer, cómo no, a Antonio Torrubia, guardián ahora y siempre de estas tierras feéricas. Y a Leire Losa y Sara Segovia por las risas, los consejos y los buenos ratos. Nos vemos menos de lo que me gustaría, pero cada encuentro vale oro y eso es lo que importa. Gracias a Marta Muñoz, lectora cero voraz, por sus zorritos pedigüeños y sus memes de gatitos sin los que a veces me habría costado ponerme las pilas. Gracias a Delia y a Marian que son luz en un mundo oscuro.

Muchas gracias a Paula Rodríguez (Lectámbulo), oráculo de las redes, musa del marketing y gran amiga. Y a Manuel Perea, por conseguir que parezca un ser humano en las fotos.

Jacinto Soto le puso forma a TerraLinde y eso se merece mil veces que le dé las gracias.

Gracias a mi maravillosa familia, que siempre está ahí, que me ha enseñado la importancia de escuchar, de leer y de compartir.

Y, por último, gracias, Jordi, por no dejar que luche sola mis batallas.

Índice

Prólogo

1. La hora de la despedida
2. Un viaje esclarecedor
3. Todos los sidhe han de gobernar
4. Oro ganado y plata perdida
5. La Carbonería
6. El Viejo León
7. Viejos hábitos
8. El peso de las palabras
9. Malos comienzos
10. Una Alférez debe confiar en su instinto
11. Dagas ocultas
12. Oro y plumas
13. La ladrona y el mercenario
14. Damas feroces
15. Feral de DunasAltas
16. EspadaLeal
17. La advertencia de Nebel
18. Una luz en la ventana
19. Los ojos de la magia
20. Munera
21. La Maestra del Moho
22. La serpiente en la hiedra
23. Cuando el gato no está…
24. Archivos manipulados
25. Malas peleas
26. El arte de volar
27. Las Siete Revueltas
28. El Monstruo de Abajo

29. La Alférez Mayor
30. Dos caras de la desgracia
31. El camino intermedio
32. Una chiquilla perdida
33. Dos partes de un todo
34. Una mala mano
35. Noches azules
36. Una canción de ciervos y nubes
37. Pocas opciones
38. Los secretos de los muertos
39. Ascenso inesperado
40. Regreso
41. Hacia arriba
42. Nunca solas, nunca indefensas
43. Malas noticias
44. La carpeta verde
45. Un nuevo árbol en el jardín
46. Aquellos a los que fallamos
47. Lena al rescate
48. Votación
49. Peleas de gatos
50. EntreMundos
51. Teorías y sospechas
52. La noche de los prodigios
53. La sombra se despierta
54. El trono florece
55. RecorreTúneles
56. La compasión requiere valor
57. La caja y la bolsa
58. La princesa Silvania
59. La pieza que faltaba
60. Extraños aliados
61. La batalla de Palacio

Epílogo

Agradecimientos

Créditos

Edición en formato digital: 2025

Revisión de pruebas a cargo de Antonio Torrubia y Sara Segovia Esteban

Conjura de otoño © 2025 de Concepción Perea,
por mediación de MB Agencia Literaria, S. L.
© del mapa: Jacinto Soto, 2025
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2025
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN ebook: 979-13-7009-088-3

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.